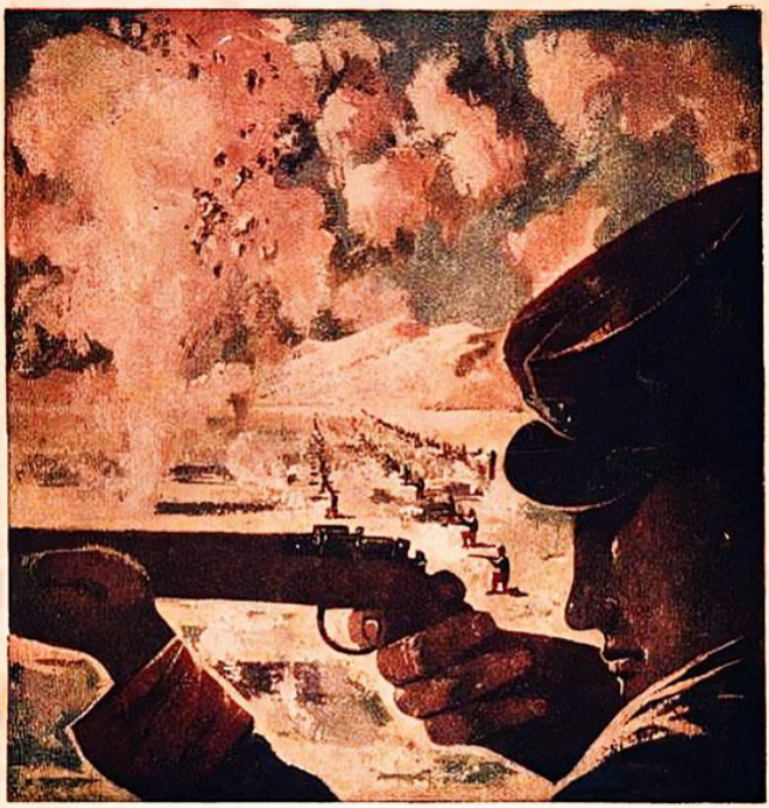
JORGE INOSTROSA C.



ADIOS AL SEPTIMO DE LINEA

"La Frontera en Llamas"

Esta obra, como todas las novelas históricas de Jorge Inostrosa, está detalladamente basada en hechos históricos. El propio autor declaró que todos sus libros «han significado un estudio detallado y una investigación exhaustiva de la Historia. Una vez que me hago mi plataforma —dijo—, novelo sobre ella tratando de mantenerme apegado a la fidelidad histórica y sicológica de los personajes. Eso me exige un trabajo de aprendizaje del lenguaje, vestuario, costumbres, religión, política, geografía, clima, etc».

Para escribir *Adiós al Séptimo de Línea* Inostrosa no solo leyó cuanto se había escrito sobre la Guerra del Pacífico, sino que viajó a los lugares donde ésta se desarrolló, entrevistó a algunos de sus sobrevivientes, reunió mapas y fotos, consultó archivos e intercambió conocimientos con militares y marinos estudiosos de aquel conflicto.

«En mis obras —confesó Inostrosa en una ocasión— los personajes de ficción son solamente dos o tres... En *Adiós al Séptimo de Línea* está exclusivamente Leonora y su criada. Todos los demás son reales».

Con respecto al éxito de *Adiós al Séptimo de Línea*, que ha vendido sobre un millón y medio de ejemplares, Inostrosa decía que «todos los chilenos, lo reconozcan o no, llevan escondido el espíritu guerrero romántico». Y Agregaba: «Por otro lado, en el libro aparecen miles de personajes, entre los que cada cual encuentra a algún pariente lejano o al amigo del abuelo. Es como la guía de teléfonos de 1879».

A todo ello habría que añadir que el éxito de la obra también se debe a la amenidad y a la pasión con que está escrita, a la cercanía afectiva que se produce con sus personajes, y al amor patrio desbordante de su autor.

En este primer volumen titulado «La frontera en llamas» se narra la situación de los trabajadores chilenos en Antofagasta, bajo soberanía boliviana en la época, la creación de ligas de defensa por parte de los obreros, el inicio del conflicto y el combate naval de Iquique.

Jorge Inostrosa Cuevas

Adiós al séptimo de línea I: La frontera en llamas

Adiós al séptimo de línea - 1

ePub r1.1
Titivillus 09.04.2026

Título original: *Adiós al séptimo de línea: La frontera en llamas*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1955
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1
Digitalización y OCR para Epublibre

Prólogo

Expiraba el año 1796. En la rada del Callao, un bergantín empavesado con los pendones de la Corona de España esperaba al virrey del Perú, Taboada y Lemos, quien regresaba a la península terminado su mandato.

El sacerdote gobernante se encontraba aún en el palacio virreinal de Lima, en su despacho artesonado con ricos vigones dorados a fuego y esmaltados con violentas pinturas incaicas. Inclinado sobre un escritorio, indicaba un mapa de América del Sur. De pie, a su lado, corpulento y sanguíneo, lo observaba su sucesor, Ambrosio O'Higgins, barón de Vallenary.

—Como bien podéis ver, señor barón —decía el virrey—, el virreinato del Perú tiene los siguientes límites: por el norte confina con el reino de Nueva Granada; por el nordeste, con la pampa de Sacramento; por el sureste, con el virreinato de Buenos Aires; y por el sur, siguiendo la costa, llega hasta el río Loa, limitando con el reino de Chile, del cual lo separa el desierto de Atacama.

Ambrosio O'Higgins, que seguía desdeñoso las evoluciones de la mano del virrey, irguió su corpachón de irlandés aventurero, templado en todos los climas y en todos los oficios.

—¿Son ésos los limites que fijara Su Majestad el rey de España? —preguntó.

—Exactamente —respondió Taboada y Lemos—. Su Majestad, a quien Dios guarde, determinó estos límites, al precisar los deslindes de las Reales Audiencias de Lima y de La Plata, fijando como frontera a esta última, por el suroeste, el camino de Humasuyo, desde San Pedro de Atacama, siguiendo la ruta de Arequipa, hasta

la parte de Las Charcas.

El índice del virrey dibujó una línea sinuosa sobre el mapa, y agregó:

—Por lo tanto, Su Majestad prescindió del desierto de Atacama, que pertenece al reino de Chile.

El barón de Vallenary apartó su mirada del mapa y dio unos pasos por la sala.

Volvióse luego, con la expresión desconfiada que le era característica, e inquirió:

—¿Habéis recorrido vos esas fronteras, Excelencia?

—Si, barón —respondió el sacerdote—; lo he hecho guiándome por los planos de deslindes que, por orden del rey, confeccionó mucho antes, en octubre de 1528, el general don Alonso de Mory y Aguirre. Esos planos fijan los mismos límites que ya os he indicado para los virreinatos del Perú, la Real Audiencia de La Plata y el reino de Chile.

Eran las fronteras que el rey de España, único con personería suficiente para fijarlas, determinaba: para el virreinato del Perú, por el sur, el brazo norte del río Loa. Para la Real Audiencia de La Plata, hoy Bolivia, por el suroeste, San Pedro de Atacama, sin incluir el desierto del mismo nombre, que pertenecía al reino de Chile.

El desierto de Atacama, en consecuencia, tanto por la determinación del rey, como por la jurisdicción ejercida sobre él, *fue siempre chileno*; durante el imperio de los incas, durante la Colonia y aun a comienzos de la República.

Este firme dominio terminó irregularmente cuando el general Simón Bolívar, desde los balcones de su mansión de Gobierno en Chuquisaca, prometió a la muchedumbre que lo aclamaba que «desde ese día Bolivia vería sus aspiraciones cumplidas». Declarando en seguida que, desde aquel 25 de octubre de 1825, el país tendría salida al mar, a través del desierto, por medio de una franja de territorio comprendida entre los paralelos 22 y 23, la que desembocaría en la caleta de Cobija.

Así, sin ningún derecho ni acuerdo internacional, Simón Bolívar segregó de Chile la faja de territorio que comprendía Cobija, para dar un puerto a la nación que hoy lleva su nombre. Y poco después, quiso dar asimismo las islas de Juan Fernández y Chiloé al Perú.

1

Al trote rítmico de sus caballos, una berlina avanzaba sobre el pavimento de piedras menudas y redondas de la Alameda de las Delicias que, con su doble hilera de grandes árboles, partía a Santiago en dos mitades.

Los faroles a gas acababan de encenderse, pero su luz apenas marcaba manchones amarillentos en la oscuridad que iba invadiendo la ciudad. Las últimas parejas abandonaban el paseo, mientras algunos jinetes y coches transitaban sin prisa por ambos lados de la ancha avenida.

La berlina embocó la calle del Peumo cuando el campanario de la iglesia San Francisco daba las ocho.

Una cuadra más allá, al llegar a la calle de La Moneda, el carruaje se detuvo detrás de dos victorias estacionadas frente a una casa de dos pisos, de fachada señorial, adornada por panzudos balcones.

Era la residencia de la familia Latorre, y esa noche del 1.º de octubre se 1876 se realizaba una fiesta íntima para despedir a Alberto Cobo, novio de la hija única de los dueños de casa.

En el corredor que daba al jardín, caballeros de levitas obscuras y chalecos claros charlaban con señoras de ampulosos vestidos con cuello alto y polisón. Del salón principal llegaban los sones de un arpa: por el corredor que conducía a las habitaciones interiores iban y volvían criados con bandejas, y desde la galería central de la casa se veían, a través de los vidrios, grupos de jóvenes que se reían en un jardincillo lateral, sentados en torno a un surtidor de agua.

En un ángulo del salón principal, una pareja, que ocupaba un diván de medallón, conversaba a media voz, con sus cabezas muy próximas.

Ella era Leonora Latorre, una joven pálida, de grandes ojos verdes. Pese a su apariencia delicada, daba una impresión de serena fortaleza, quizás debido a su mirada clara y limpia o a su frente amplia, enmarcada por el sedoso cabello castaño.

Él era un mozo arrogante. Inclinado hacia ella con natural elegancia, mostraba la segura fortaleza de sus hombros, Su levita negra destacaba las líneas ágiles de su cuerpo alto y hacía resaltar la blancura del cuello de la camisa almidonada. Su barba rizada y el fino bigote daban a sus veintiocho años la apariencia de una prematura madurez.

La conversación de ambos, dentro del tono afectuoso, era precisa y clara y los mantenía virtualmente ausentes de cuanto los rodeaba. Leonora, con sus bellos ojos atentos al rostro de Alberto, argumentaba con leve inquietud:

—Querido, no te imaginas a cuánta gente he importunado inquiriendo datos y noticias de ese sitio al que te marchas, ese remoto Antofagasta. Créeme, Alberto, que después de los informes recibidos, he llegado a perder por completo el optimismo que me dabas.

Alberto Cobo sonrió con tranquila displicencia.

—No creas cuanto te dicen —murmuró—. Antofagasta es un pueblo demasiado lejano, fuera de Chile, y son muy pocos los que pueden hablar de él con conocimiento. Tal vez sólo un hombre, entre las personas que frecuentamos, podría haberte informado con certeza, y estoy seguro de que no lo has consultado.

—¿A quién te refieres?

—A Rafael Torreblanca, el prometido de mi hermana Clementina. Su padre tuvo yacimientos en Caldera hasta su muerte, y los hermanos de nuestro amigo son mineros en Copiapó. Además, tú sabes que Rafael fue profesor en el Perú y ha estado varias veces de paso en Antofagasta.

—Es verdad —recordó la joven—. Muchas veces le he oído hablar de Antofagasta. Pero te equivocas al creer que no hablé con él sobre tu viaje.

—¿Y qué te dijo?

Leonora hizo un gesto vago.

—Creo que eludió darme una información concreta. Me dijo que Antofagasta era un pueblo de enorme porvenir…, que existían en él

grandes posibilidades para un hombre de empresa…, que estaba junto al desierto de Atacama…, que antes era insufrible vivir allí, pero que, a raíz de no sé qué tratado entre Bolivia y Chile, ahora era un poblado tan tranquilo como cualquier otro.

—¿Ves tú? —exclamó Alberto—. Ahí tienes una opinión sensata.

—Sí… —admitió condicionalmente Leonora—. Pero, en cambio, el capitán Urízar me aseguró que aquello estaba en medio del despoblado, que las condiciones de vida eran durísimas y que las autoridades bolivianas procedían en forma tiránica y arbitraria con los chilenos que trabajaban las minas y el salitre.

—Exageraciones, querida —replicó Alberto—. Yo he recibido informes dignos de fe, en los que se me asegura que los chilenos pueden vivir y trabajar en Antofagasta como si estuvieran en su país.

—Ojalá no se equivoquen —murmuró pensativa la muchacha—. He hablado largamente con mi padre de tus proyectos. Me dijo anoche que le era indispensable conversar contigo antes de que te marches.

—Muy bien —repuso Alberto—; podríamos hacerlo ahora mismo.

Poniéndose de pie, paseó una mirada por el vasto salón. Antonio Latorre conversaba con un señor gordo y canoso. El padre de Leonora era un anciano vigoroso, de espesa barba y duro mostacho blanco. Mientras conversaba, retorcía sin tregua su bigote, a fin de mantener enhiestas sus guías.

Alberto y Leonora se detuvieron junto a los sillones que ocupaban ambos caballeros.

—Con el permiso de ustedes, señores —musitó el mozo, haciendo una leve reverencia—. Leonora me ha dicho que usted desea hablarme, don Antonio.

—¡Ah, sí, Alberto! —expresó el viejo señor—. Justamente tratábamos de usted con el capitán Urízar.

El aludido confirmó, inquiriendo si definitivamente se marchaba a Antofagasta.

—Así es, capitán ~respondió Cobo con firmeza.

—Y dígame, Alberto —preguntó Antonio Latorre—, ¿por qué fue a escoger precisamente ese sitio?

El muchacho meditó un instante, como ordenando sus ideas.

Luego comenzó a exponerle los razonamientos que tantas veces se había hecho a sí mismo. Un amigo de su difunto padre le había ofrecido con insistencia un puesto en las minas de plata que poseía en Caracoles, poblado cercano a Antofagasta. Todo el mundo decía que las riquezas de aquellos yacimientos eran inmensas y que existían posibilidades de labrarse una fuerte posición en corto tiempo. Por otra parte, sus expectativas en Santiago eran muy pobres. Su modesto empleo en un Banco no prometía nada. No tenía paciencia para esperar indefinidamente.

Latorre había escuchado atentamente al joven. Después de pensar un momento, le preguntó con gravedad:

—¿Sabe usted. Alberto, qué precio debe pagar un chileno para alcanzar allá lo que usted anhela?

El aludido calló, observándole con perplejidad.

—No le entiendo —advirtió en voz baja—. ¿Cuál es ese precio?

—El de la humillación, muchacho, el de la servidumbre —exclamó don Antonio. Volviéndose bruscamente al capitán Urízar, requirió su confirmación. El exmarino asintió.

—Es así; efectivamente es así —dijo—. Las autoridades bolivianas establecidas en el litoral, después de la cesión que Chile les hizo de ese territorio por medio del Tratado de 1866, parecen sentir una inquina especial hacia los chilenos, que forman casi la totalidad de la población.

Latorre intervino, aclarando:

—Los funcionarios, a tan gran distancia de su Gobierno central, cometen abusos continuos contra los chilenos; abusos que abarcan desde la ofensa diaria en las calles y caminos, hasta el atentado contra sus bienes y sus vidas.

—Hace un mes, en Mejillones, un oficial de policía flageló bárbaramente a un minero —comentó sombríamente el capitán Urízar—; pocos días después, en Tocopilla, ocurrió otro tanto.

Los dos hombres se expresaban con calor, acumulando antecedentes que aparecían de cuando en cuando en los diarios de Valparaíso.

—Un domingo en que varios mineros chilenos se trabaron en pendencia en una fonda —agregó don Antonio—, llegó un piquete de guardianes bolivianos y, en lugar de separarlos, disparó sobre el grupo, hiriendo a varios y matando a un obrero llamado Clemente

Andrade.

La mirada de Alberto iba de uno a otro, escudriñadora, como si le pareciera increíble lo que oía afirmar. El viejo marino, sorprendiendo esa duda, puso cariñosamente una mano sobre un hombro del joven.

—Ésa es la verdad, Alberto —concluyó.

—No se marche a Antofagasta —propuso el padre de Leonora—. Yo tengo varios negocios importantes en Santiago, como usted sabe, y podría preocuparme de su porvenir.

El joven se quedó silencioso unos instantes, reflexionando. Después negó con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, señor dijo. —De mí dependen mi madre y mi hermana Clementina. Debo realizar un trabajo que me proporcione pronto la seguridad de una situación firme. Ese tipo de ganancias no se obtiene en la ciudad: en las minas del norte, aseguran que sí. Iré a Antofagasta. Ya he escrito a Caracoles comunicando mi partida.

Latorre y el marino se miraron sin decir palabra. Leonora espiaba ansiosamente a los dos. El primero abrió las manos en un ademán vago, como quien deslinda una responsabilidad. Pero, al advertir el gesto apesadumbrado de Alberto, expresó:

—En fin, no se puede negar el aliento a un hombre decidido a lanzarse en una empresa esforzada. Ojalá los sucesos ocurridos en Antofagasta sean meros accidentes y pueda usted trabajar en paz y con éxito.

No había más que hablar. Los dos jóvenes cruzaron el salón, del brazo y en silencio. Leonora espiaba el rostro de su novio mientras salían a la galería. Éste caminaba sintiendo en su cerebro las advertencias de los dos señores, pero sin darles crédito. Pensaba que las noticias de Antofagasta llegaban exageradas a Santiago. Se le hacía inconcebible que los bolivianos tiranizasen a los chilenos, que componían la mayoría de la población del litoral, que habían dado recursos a la zona, levantado pueblos, muelles, y construido caminos, un ferrocarril, escuelas. Más lógico era pensar que la tensión se debía a la gran cantidad de chilenos que formaban la población y que protestaban por ser regidos por autoridades que no eran las suyas.

En ese instante llegaban a la puerta que daba al jardín. Al

abrirla, divisaron una pareja de jóvenes que conversaban en voz queda, sentados junto a la pila circular.

Leonora oprimió levemente el brazo de su novio y ambos se miraron sonriendo.

—Rara vez he visto a dos que se entiendan mejor que Clementina y Rafael —susurró la muchacha—. Pueden estar horas sin sentir pasar el tiempo.

Clementina Cobo y Rafael Torreblanca estaban de novios hacía mucho tiempo y se disponían a casarse pronto. Ella era una jovencita delgada, de grandes ojos oscuros y cabello negrísimo. Se asemejaba mucho a su hermano, precisamente en esa irradiación potente que se desprendía de sus naturalezas tranquilas. Al sentirlos llegar, volvió la cabeza sobresaltada.

—Ah, son ustedes —exclamé con voz agradable—. Han interrumpido a Rafael, que me recitaba su último poema.

Torreblanca no se había movido, como avergonzado. Luego dejó escapar una leve carcajada, para ocultar su turbación, y giró su cuerpo delgado con una sonrisa maliciosa que le achicaba los ojos grises. Altísimo, aunque no desgarbado, sus ojos claros contrastaban favorablemente con el cabello castaño y la piel dorada, curtida por la vida al aire libre y sus años de minero en Copiapó. Con cómica seriedad se dirigió a los recién llegados.

—Y bien, Leonora, ¿todo fue inútil? ¿Se marcha de todos modos tu galán?

—¿También tú me lo censuras? —inquirió Alberto.

—No, hermanito. Tú eres hombre de acción, Santiago te queda estrecho; necesitas buscar horizontes nuevos.

Clementina, que escuchaba con atenta simpatía, comentó, entre orgullosa y burlona:

—Mi hermano tiene alma de conquistador.

—Mientras no la ejercite con las mujeres de Antofagasta… —sentenció sonriente Leonora.

A través de la puerta de la galería, los sones del arpa comenzaron a oírse entusiastas. La tía de Leonora, doña Clarita, tocaba uno de sus viejos valses sentimentales.

Clementina batió palmas con infantil regocijo, y tomando de la mano a Rafael, hizo ademán de arrastrarlo al salón.

—Doña Clarita está tocando «Carmen Julia», nuestro vals.

Vamos a bailar, Rafael.

El joven se resistió suavemente, y sin soltar la mano que le retenía Clementina, dijo rápidamente a Alberto:

—En Antofagasta ocurren cosas que no podrás creer mientras no las veas, Alberto. Pero, a fin de que no te tomen desprevenido, será bueno que al llegar encuentres algún conocido que te sirva de guía en tus primeros pasos.

—¿Vas a recomendarme a alguien?

—Sí. Vive en Antofagasta un viejo amigo, radicado allí desde hace años. Es Julio Riesco, un muchacho excelente, muy bien emparentado en Santiago. Pero mañana hablaremos más de esto. ¿A qué hora parte tu tren a Valparaíso?

—A las ocho de la mañana.

—Bien. Te esperaré en la puerta de la Universidad y tomaré contigo el ferrocarril urbano que va a la estación. Durante el trayecto te daré más detalles y una carta de presentación para mi amigo.

—Gracias, Rafael.

Clementina lo apremiaba tirándolo suavemente de la manga. Con un gesto de cariñosa resignación, la siguió.

Leonora y Alberto se quedaron contemplándolos con afecto. Hasta el jardín llegaba un retazo del vals. Una corriente de emoción los impulsó a enlazarse las manos y se sentaron en el escaño que acababan de dejar Torreblanca y su novia.

Durante un larguísimo espacio de tiempo estuvieron callados, sin dejar de mirarse a los ojos, como si sus pensamientos se comunicaran a través de las miradas.

Hasta aquel momento, Leonora había estimado indispensable la separación, considerando los fines perseguidos por su novio. Sin embargo, después de haber oído las advertencias de su padre y del capitán Urízar, se sentía flaquear. Comenzaba a temer por Alberto. Sabía que era orgulloso, altivo, incapaz de tolerar abusos. Y si los hechos de Antofagasta se producían como lo contaban, él estaría siempre en peligro.

—Estás temblando, Leonora —oyó que murmuraba Alberto—. No temas. Voy quizás hacia una aventura, pero ella es al mismo tiempo una esperanza positiva. Yo soy pobre, tú lo sabes, y voy en busca del dinero necesario para crear un hogar contigo y ocuparme

de empresas mayores. Pero si algo me hiciera ver que la riqueza obtenida debía pagarla con la renuncia a tu amor, te juro que en el primer puerto saltaría atierra, para volver a tu lado, aunque fuera pobre y vencido.

Ante estas palabras que recordaban la inminencia de la partida, la emoción contenida de la muchacha se desbordó incontenible. Le echó los brazos al cuello y lo estrechó ardientemente, mientras murmuraba apasionadas palabras.

Los labios de Alberto oprimieron los suyos en una caricia plena de ardor y de tristeza. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que volvieran a sentirse así, tan juntos, confundidos el uno en el otro?

El arpa de tía Clara desgranaba los compases de una antigua melodía y, a los ojos velados de Alberto, aquellas figuras amables que pasaban danzando tras las ventanas parecían ya terriblemente lejanas.

2

Las grandes ruedas laterales del vapor «San Juan» agitaban las olas, avanzando trabajosamente hacia el norte. Un día hacía que el barco abandonara el último puerto chileno, Taltal, y los escasos pasajeros que se agrupaban en cubierta esperaban ver aparecer la bahía de Antofagasta.

Alberto Cobo conversaba, junto a la borda, con un viejo minero chileno que se dirigía al Perú. Ambos miraban con insistencia el horizonte costero. Hacia el norte y el oeste tenían el océano liso, majestuoso en su calma. Pero hacia el este divisaban el continente limitado por el roquerío abrupto.

El buque jadeaba, derivando suavemente hacia la costa.

—No llegaremos a Antofagasta hasta seis horas más —decía el minero, tratando de sobrepasar el ruido de la máquina y del mar—. Recién vamos a cruzar el límite de Chile con Bolivia, establecido en el Tratado de 1874.

«El paralelo 24», pensó el santiaguino, clavando los ojos en la costa.

Durante la navegación había oído hablar mucho de ese discutido paralelo 24. Los viajeros chilenos que venían en el barco no tenían reparos en proclamar lo que pensaban sobre aquella nueva fijación de fronteras.

—Si los bolivianos no supieron cumplir el primer tratado, que se firmó en 1866, tampoco respetarán éste —decían.

Cobo se enteró por ellos de los detalles de aquella querella.

Antes, la región frente a la cual pasaba el barco era como una tierra de nadie. Un día, sin embargo, los chilenos López. Naranjo y Carabantes descubrieron las guaneras de Mejillones; luego, el cateador don José Santos Ossa encontró salitre en el Salar del

Carmen. Entonces tanto Chile como Bolivia sintieron despertar su interés por ese territorio. Y así fue como la situación comenzó a ponerse tensa.

El Gobierno chileno, deseoso de asegurar la paz, firmó un tratado con el Gobierno del general Melgarejo en 1866, por el cual se fijaba la frontera chileno-boliviana en el paralelo 24. El tratado establecía también la medianería de un grado geográfico, al norte y al sur del citado paralelo.

—O sea, los dos países se repartirían en medias las riquezas que produjera el territorio comprendido entre los paralelos 23 y 25 — había resumido uno de los informantes.

Y otro puntualizó:

—Para ser más preciso, la región en medianería abarcaba desde Paposo a Mejillones, quedando dentro de ella Antofagasta, Caracoles y gran cantidad de yacimientos mineros. Pero lo que a Chile interesaba era su participación en los derechos aduaneros de Mejillones, bahía por la cual se hacía el tráfico de minerales.

Pero el Tratado de 1866 no fue cumplido. Durante ocho años Bolivia no pagó a Chile las sumas que le correspondían en la medianería del territorio. Y para hacer aún más difícil la situación, en 1872 fue derrocado el general Melgarejo, que gobernaba Bolivia, y el presidente que le sucedió anuló todas las concesiones salitreras hechas por la administración anterior.

Chile propuso entonces a Bolivia un nuevo tratado, el que fue firmado el 6 de agosto de 1874. En éste se daba por terminada la medianería y se fijaba definitivamente la frontera en el paralelo 24; lo que significaba para Chile la renuncia a Antofagasta y a los yacimientos de Caracoles, las Salinas y todos los comprendidos entre los paralelos 24 y 25.

Alberto Cobo se había quedado estupefacto al oír aquello. Se encontraba en la cámara del «San Juan», y sus interlocutores eran dos comerciantes chilenos que luego desembarcaron en Taltal.

—¿Y a cambio de qué renunció nuestro país a la posesión de Antofagasta y los yacimientos vecinos? —les había preguntado.

Y uno de ellos le había respondido.

—A cambio de que los diez mil chilenos que trabajaban en las minas y que daban vida a Antofagasta, Calama, Caracoles, Mejillones y otros poblados menores pudiesen vivir tranquilos. El

tratado dice que Bolivia no podrá imponer ninguna contribución fiscal o municipal a los chilenos y sus industrias durante veinticinco años.

Cobo recordaba claramente las palabras de aquellos compañeros de viaje. El minero que se acodaba a su lado en la borda fumaba su pipa atisbando hacia la costa.

De pronto, la sirena del barco rasgó el aire. Alberto levantó los ojos hacia la corta chimenea.

—¿Qué significa ese pitazo? —preguntó.

—Que estamos pasando frente al límite chileno —repuso el minero—, y que entramos en aguas bolivianas. O sea —agregó—, que usted y yo, como chilenos, desde este momento quedamos fuera del brazo protector de nuestra patria.

Alberto Cobo lo miró con inquietud.

—¿Qué quiere usted darme a entender?

El minero sonrió vagamente, sin responder. Enseguida inició un ademán para retirarse al interior del barco, pero, ya en camino, se volvió, exclamando:

—Ya comprenderá el significado de mis palabras, señor Cobo.

Cuando las ruedas del vapor empezaron a girar más lentamente, impulsando la nave al interior de la bahía de Antofagasta, Cobo sufrió su primera impresión de extranjero. Por sobre las casas del puerto se divisaba la bandera bicolor de Bolivia.

Los pasajeros habían amontonado sus equipajes en la cubierta. El trajín a bordo, y el movimiento de carga y descarga que se observaba en la bahía, distrajeron momentáneamente la atención del chileno. Imitando a los demás, esperó que la lancha de las autoridades trajera el pase para el desembarco. Después, uno a uno, los pasajeros bajaron a tierra.

Alberto Cobo se encontró en el muelle con una desagradable sensación de orfandad. De espaldas al mar y eliminando de su visión el puerto, se le ofrecía el espectáculo desolado de un caserío chato, de techos horizontales.

Echó a andar siguiendo al grupo de desembarcados del «San Juan».

Las escasas calles trazaban perspectivas blanquizcas al recibir el sol en sus suelos arenosos. Hacia el interior de la ciudad, aumentaba la animación por los numerosos comercios de pacotilla que se alternaban con oficinas de corretajes y de transacciones mineras y de valores. Abundaban los bodegones de bebidas, con grasientas puertas de batiente, de las que fluían hombres de todas clases y calañas.

Era visible en las calles la gran proporción mestiza de la población, en la que los rasgos del indio quichua se mantenían vivamente fijos. Correteaban también, con su peculiar trotecillo, indios puros del Altiplano, cuyas crenchas lacias sobrepasaban las desteñidas gorras con orejeras. Al borde de las aceras, indias panzudas acumulaban moscas, en el venteo maloliente de las múltiples enaguas que jamás se mudan. Sus hijos mantenían del ronzal a pacientes burros que empapaban de orines el suelo.

Guardianes vestidos con uniformes de burda bayeta, afirmaban sus espaldas en los muros, descansando con el sable entre las desnudas piernas morenas.

Cobo consultó el sobre que le entregara Torreblanca. Éste venía dirigido a: «Julio Riesco. Hotel Comercio. Antofagasta».

Dirigiéndose a un guardia, lo interpeló cortésmente.

—Buenos días. ¿Podría usted hacerme el favor de indicarme dónde está el Hotel Comercio?

El policía se irguió flojamente y contestó con sonsonete cantarino:

—Ahicito no más, señor. Si usted quiere ahorita lo acompaño.

Le indicaba al mismo tiempo un edificio de madera, de dos pisos, ubicado en la cuadra siguiente.

—Muchas gracias, no vale la pena.

Alberto siguió calle arriba, atravesando por entre grupos de hombres con trazas de obreros. Sin saber por qué, imaginó que entre ellos debía haber varios chilenos.

Muchos hombres afluían al hotel, que parecía ser el centro habitual de reunión. En sus alrededores, conversando con parsimonia, se divisaban otros grupos. Parecían mineros acomodados, empleados superiores de las oficinas o simplemente vecinos de cierta posición.

La puerta del hotel daba directamente al bar. El hotelero, un

hombre corpulento, de gruesos brazos desnudos hasta el codo, atendía detrás de un largo mesón. Charlando con uno y con otro, iba llenando las copas de sus clientes que, afirmados en la barra, bebían los gruesos vasos de cerveza, el oloroso pisco peruano y, muy raramente, un detestable vino que se hacía pasar por contrabando traído de Chile.

Alberto, cargando sus valijas, atravesó el bar y fue a enfrentarse con el dueño del negocio. Una sonrisa profesionalmente acogedora dilataba su rostro.

—Buenas tardes, caballero. ¿En qué puedo tener el honor de servirlo? ¿El señor es seguramente viajero recién llegado? ¿Necesita hospedaje? ¿Quiere el señor tomar alguna copa antes que nada?

Cobo sonreía de buena gana. El hotelero interrumpió su verbosidad unos segundos cuando se enteró de que era chileno y que buscaba al señor Julio Riesco. Dilatando sus ojos, exclamó atolondrado:

—¡Un chileno, por mi vida! ¡Déjeme estrechar su mano, señor! No se imagina qué gusto da recibir en esta tierra a un chileno más, sobre todo en estos momentos. ¡Muchacho, muchacho! ¡Rápido, anda a buscar a don Julio!

Un niño moreno, de ojos picarescos, escrutó la sala. No tuvo que buscar mucho, porque en una de las mesas se había puesto de pie un hombre.

—¿Qué sucede, don Amadeo? ¿Para qué me necesita usted? —preguntaba en voz alta.

Cobo se volvió vivamente hacia el sitio de donde provenía la voz. Un joven de agradable apariencia, vestido correctamente, pero sin elegancia, se acercaba. Comparado con Alberto, acusaba de inmediato su calidad provinciana; pero la distinción de sus facciones, el color pálido de su tez, su cabello negro cuidadosamente peinado y la desenvoltura de sus modales, hacían notar su buena clase.

—¿Me buscaba el señor? —preguntó aproximándose.

—Sí, señor —contestó Alberto—. Me llamo Alberto Cobo y traigo de Santiago, para usted, una carta de mi amigo Rafael Torreblanca.

Un gesto de alegre sorpresa se marcó en el rostro de Riesco.

—¡Caramba, un compatriota, y santiaguino, por añadidura! ¡No

sabe usted cuánta alegría me da! Y si es usted amigo de Rafael, cuánto mejor. Voy a estarle agradecido, señor, si me trae buenas noticias de él. Pero hágame usted el favor, acompáñeme a mi cuarto. Nuestro patrón lo acomodará mientras tanto, ¿no es así, don Amadeo?

Instantes más tarde se encontraban en una habitación amoblada con modestia, aunque con comodidad.

—Como usted ve, señor Cobo, mi hogar es limitado —decía Riesco, mostrando con un gesto su aposento—; pero no se puede pedir más. Una cama limpia, un lavatorio, una ventana…, muy estrecha, dirá usted. Para mirar las calles de Antofagasta es más que suficiente. Pero a qué hablarle de cosas desagradables, cuando ya tendrá tiempo para experimentarlas personalmente.

Aunque picado por la curiosidad de pedirle que le explicara cuáles eran aquellas cosas desagradables, Cobo no se dejó llevar por la tentación. Sacó la carta de recomendación de Torreblanca y se la extendió.

Excusándose, el otro la abrió con impaciencia y la leyó. Cuando terminó, su rostro cordial resplandecía. Se puso de pie, extendiendo su mano a Alberto, mientras exclamaba:

—Amigo Cobo, si mi primera impresión de usted fue favorable, ahora, conociendo mayores detalles suyos, me siento obligado a solicitarle que acepte mi amistad y mis modestos servicios. Disponga usted de mí.

—Muy agradecido, amigo Riesco. Es impagable encontrar un amigo como usted en esta ciudad extranjera.

—Me informa Rafael que viene usted por un tiempo a Antofagasta y que sus intenciones son efectuar algún trabajo aquí —dijo Riesco—. ¿Es así? ¿Son ésas sus miras?

Su mirada lo interrogaba solícitamente. Alberto le explicó en forma detallada su propósito de marchar a las minas de Caracoles, donde un amigo de su padre, don Francisco de Borja Carrasco, poseía unos laboreos de plata en explotación.

Riesco lo escuchaba atentamente, pero a medida que lo oía expresar su proyecto de labrarse un porvenir rápido en aquellos yacimientos, su rostro iba retratando una creciente preocupación. Cobo no dejó de percibir este cambio de humor de su nuevo amigo y le rogó le explicara qué ocurría en Caracoles. Pero el

antofagastino parecía no querer desilusionarlo. Por fin, ante las reiteradas instancias de Alberto, se decidió a hablar.

—No sé si usted sabrá que los chilenos componemos casi la totalidad de la población de estas tierras —comenzó—: sólo en Caracoles hay más de seis mil chilenos. Ellos son los que trabajan, los que producen y hacen progresar esa región. Igual Cosa ocurre en Antofagasta y en todos los poblados cercanos. Pues bien, esta gran masa de connacionales está siendo provocada, vulnerada en sus derechos más elementales.

A Cobo le parecía estar oyendo al padre de Leonora y al capitán Urízar, Riesco proseguía, expresando idénticos conceptos a los que habían expresado los chilenos que viajaban en el vapor «San Juan».

—… Este clima de injusticias ha llegado a su culminación. En cualquier momento se va a producir un estallido. Los bolivianos se han quitado las máscaras. Lisa y llanamente quieren expulsamos de Antofagasta y apoderarse de lo que hemos creado. Los comerciantes chilenos son abrumados con toda clase de exigencias y algo Peor les ocurre a los obreros de las minas. Éstos son hostilizados, perseguidos y Maltratados. Por cualquier minucia, los policías proceden a apalear chilenos. Es algo exasperante.

Calló Riesco, como para hundir un pensamiento imprudente.

Alberto inquirió con extrañeza, aun cuando ya sospechaba la respuesta:

—Pero ¿qué hace, qué dice nuestro Gobierno? Tengo entendido que existen en el Tratado de 1874 disposiciones que garantizan a los chilenos la libertad de vivir y trabajar tranquilos en Antofagasta.

—¿Nuestro Gobierno? ¡Bah! —rió sarcásticamente Riesco—. Nuestro Gobierno lisa y llanamente «ignora» este problema… o pretende ignorarlo. —Y confidencialmente añadió—: Mire usted, mi querido amigo, lo que hay en el fondo de este asunto es que en los círculos superiores del Gobierno chileno impera una doble cobardía, moral y física. En este problema Bolivia ha hecho caso omiso de las disposiciones de los tratados, procediendo a su antojo, ante la indolente sumisión de Chile. En el nombre de un mal entendido americanismo, nuestro Gobierno ha esquivado afrontar el problema dignamente, con virilidad, y esta política de flaqueza nos convierte en parias, a menos que…

Calló un segundo, como si temiera aventurar su pensamiento;

pero en seguida continuó en voz baja:

—… a menos que nos hagamos justicia nosotros mismos.

Alberto no hizo comentarios. Se quedó mirando fijamente a su nuevo amigo. Éste le sostuvo la mirada. Sin agregar una palabra, ambos se pusieron de pie y se encaminaron en busca de la habitación que ya debían haber destinado a Cobo.

Un par de horas más tarde, terminaban de comer juntos, conversado con animación.

Entre el humo de cigarros y pipas, se oían los acentos de cuatro o cinco lenguas distintas: el cortante del inglés, el suave sonsonete del boliviano, el italiano sonoro, el francés melodioso y nasal, y sobre todos ellos, dominando por el número, el rudo hablar de los chilenos.

—Debe usted considerar mis argumentos, Alberto —decía con familiaridad Riesco—. Dentro del actual estado de cosas, considero aventurado que se vaya a sepultar en Caracoles. Creo que vale la pena que acepte el ofrecimiento que acabo de hacerle. Tiene usted que considerar, por otra parte, que la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta» es la organización más poderosa y progresista del norte. Un empleo en ella es un anzuelo echado al porvenir.

—Está bien, amigo mío; no sabe usted cuánto le agradezco el interés que se ha tomado por mí —reflexionaba Cobo—. Pero, dígame sinceramente, ¿cree usted en la seguridad de tal empleo?

—¡Uf, en forma absoluta! Soy íntimo amigo de don Jorge Hicks, gerente de la Compañía; además, desde hace tiempo tengo negocios importantes de maquinarias con ella. Créame, a ellos les conviene muchísimo un hombre como usted: chileno, caballero, con buenas vinculaciones en Santiago y, a mayor abundamiento, con experiencia bancaria. ¿Qué más pueden pedir? Si quiere mañana mismo vamos a hablar con míster Hicks. ¿Qué le parece?

Alberto lo miró, sonriendo con simpatía.

—Es usted ejecutivo, Julio… Pues bien, conforme, acepto. Ahora mismo escribo a Caracoles, renunciando.

Riesco palmeó efusivamente el brazo del santiaguino y alzó su copa.

Vamos a celebrarlo. Brindemos ¡por la patria!

¡Por la patria! —repitió Cobo.

3

Los días siguientes a la partida de Alberto transcurrieron en Santiago en medio de una nerviosa inquietud ciudadana. La grave crisis que se iba gestando en la economía del Estado amenazaba provocar serios trastornos. El país entraba en un período de pobreza aguda, en el que, pese a los esfuerzos del presidente don Aníbal Pinto, todas las medidas se tornaban estériles, a causa de las disputas entre los partidos políticos. Había malestar e inquietud en todos los círculos.

No se escapaba a este sentimiento general la casa de la familia Latorre. Los negocios de don Antonio se resentían por la crisis y el caballero llegaba cada día más malhumorado a casa.

—Las cosas andan peor que nunca, hijita —repetía ante los requerimientos de Leonora, que se desolaba por las preocupaciones de su padre.

Una tarde don Antonio le entregó un sobre, sonriendo cariñosamente.

—Tienes carta de Antofagasta, Leonora; acabo de retirarla del correo.

Leonora la recibió con los ojos brillantes de emoción.

> *Mi Leonora adorada* —comenzaba Alberto. Y a renglón seguido le narraba su incorporación a la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta». Y añadía—: *Desde luego, puedo decirte que tiene la ventaja de tratarse de una poderosa organización cuyos orígenes, capitales y administración son chilenos. La historia de su formación se vincula al descubrimiento del salitre que hiciera don José Santos Ossa*

en el Salar del Carmen, en 1866. Este señor obtuvo las escrituras de pertenencia del Gobierno de Bolivia, mediante el pago de 10 mil bolivianos, y formó en Valparaíso una sociedad para explotar las salitreras. Poco después, el señor Ossa y su socio, don Francisco Puelma, traspasaron sus derechos a una Compañía que se llamó «Explotadora del Desierto de Atacama», la que gestionó con el Gobierno del Altiplano la liberación de impuestos por quince años. Ésta granjería se le concedió previo pago de una contribución de 10 000 pesos y la obligación de construir un camino de 30 leguas. Pero una revolución derrocó en Bolivia al Gobierno del general Melgarejo y el primer acto administrativo del nuevo presidente fue anular las concesiones de boratos y salitres…

Entretanto, la «Compañía Explotadora del Desierto de Atacama» había transferido sus terrenos y derechos a la «Melbourne, Clark y Cía.», sociedad que llevaba invertidos más de 10 millones de libras esterlinas en su establecimiento. El representante de esta sociedad hizo nuevas gestiones ante el Gobierno boliviano, consiguiendo que se reconociera una concesión reducida a quince leguas en el Salar del Carmen, con una cuantas estacas en las Salinas. Esta escritura, que se llamó «De Transacción», fue firmada por el Gobierno boliviano el 29 de noviembre de 1873. La empresa explotadora pasó a llamarse «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta».

Toda esta larga relación, mi querida Leonora, tiene el propósito de ilustrarte sobre las relaciones entre bolivianos y chilenos, para que comprendas el porqué del estado convulso de ellas en la actualidad.

Como te decía, se firmó esa escritura que prometía llevar la tranquilidad a los negocios salitreros. Sin embargo, el Gobierno de Bolivia no cumplió con ellas, ni con las clausulas del tratado que celebró con Chile un año más tarde. Y el año recién pasado, o sea, 1875, se impuso a la Compañía un gravamen del 2 % por Derecho de Faro, y otro similar por Derechos de Puerto, Pero esto no ha eximido a la Compañía de las numerosas gabelas que debe

soportar y que constituyen verdaderas exacciones ilegales, amén de un empréstito directo que le solicitó el propio. Gobierno de Bolivia, y que, desde luego, nunca ha pagado ni amortizado.

Esto en lo que se refiere a mi empleadora. En lo que a nosotros personalmente se refiere, mi querida Leonora, tengo un poco de recelo en extenderme, pese a la confianza que tengo en tu valeroso temperamento. El caso es, mi vida, que el ambiente aquí, en Antofagasta, comienza a caldearse peligrosamente. Se respira una atmósfera pesada, precursora de quién sabe qué desastres. En realidad, como ya habíamos escuchado en Chile, los funcionarios locales cometen continuas tropelías en contra de la población chilena. Parece que hubiera un propósito preconcebido de hostigarnos, con el objeto de obligarnos a abandonar estas tierras. Sin embargo, no te inquietes por esto, Por el momento, a mí en nada me ha afectado. Tengo el propósito de dedicarme exclusivamente a mis labores, con la única mira de formarme lo más pronto un porvenir aquí, en el norte. Si veo mis ambiciones cumplidas, creo que me atreveré a proponerle a tu padre que me autorice para ir a buscarte a Santiago, casarnos y venir a formar nuestro primer hogar aquí. Besa tus manos queridas,

tu ALBERTO

Leonora dejó la carta sobre su falda y se quedó pensativa. Su padre, que la observaba con interés, le preguntó:

—¿Qué hay, hija? ¿Buenas noticias de tu novio?

—Ssssí, papá —repuso en forma indecisa—; buenas noticias, hasta cierto punto. Pero hay algo que no me gusta —murmuró—…, algo que presiento encierra mucho más que lo que Alberto me cuenta.

Tenía razón Leonora. Pasaron muchos días antes de que volviera a recibir noticias de Cobo. La inquietud la consumía ya, cuando una segunda carta de Antofagasta llegó hasta la casa de la calle del Peumo. Era mucho más breve que la anterior, y causó a Leonora una verdadera conmoción. Decía:

Mi adorada: aprovecho el viaje de un carguero a Valparaíso para enviarte estas lineas, por medio de un compatriota que viaja a Santiago. He tomado esta medida para asegurar a mi carta una rápida llegada a su destino, y, al mismo tiempo, en previsión de cualquier infidencia. Existe una censura estricta sobre la correspondencia de los chilenos.

Mi querida Leonora, debo confesarte mis graves temores de que estemos en vísperas de acontecimientos decisivos. No sé en qué forma influirán éstos sobre nuestros planes. En estos momentos, están en juego en Antofagasta no sólo los intereses y la vida de los chilenos, sino su dignidad y su honor. Me he relacionado ampliamente con mis compatriotas y me siento en la obligación de compartir sus rebeldías ante la injusticia. Desde hace varios días formo parte de una liga de protección mutua que hemos llamado «La Patria». Mi decisión para dar este paso no la han motivado los atropellos graves que he sufrido de parte de las autoridades, y que me niego a relatar para evitarte sufrimientos, pues sólo ha sido suficiente el contagiarme con el espíritu heroico de mis compatriotas, que están resueltos, al precio de sus propias vidas, a reivindicar para Chile su honor, su nombre y aún este territorio. Por ahora, mi adorada, nada más puedo adelantarte y únicamente te ruego mantengas tu fe en mí. Si quieres escribirme hazlo a nombre de Mr. Jorge Hicks, a la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta». Mi nombre ya no es seguro aquí. Te besa con ternura,

ALBERTO

¿Qué sucedía en Antofagasta? ¿Qué traslucían las palabras de Alberto Cobo?

Al segundo día de su llegada a esa ciudad, volvía Cobo de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril», después de entrevistarse con su gerente, el señor Jorge Hicks.

La entrevista fue un éxito. La presentación de Riesco obró milagros y el gerente aseguró a Alberto un cargo de secretario en las oficinas.

Las condiciones del cargo no podían ser más halagüeñas. De ahí que los dos amigos salieran del imponente edificio de la Compañía animados de optimistas pensamientos.

—Esto hay que celebrarlo, Alberto —dijo Julio Riesco—. Me permitirá usted que lo invite esta noche a una reunión de compatriotas en el hotel. La ocasión servirá, para presentarlo y al mismo tiempo para festejar la buena nueva. A las ocho pasaré a buscarlo. ¿Le parece bien?

—¡Encantado, mi estimado amigo! No sabe cuánto agradezco sus desvelos. Aprovecharé el tiempo que me queda para escribir a Santiago.

Riesco rió maliciosamente.

—Veo, Alberto, que lo domina la impaciencia por comunicar a su novia la noticia, ¿eh? ¡Vaya, amigo, vaya! Pero no se olvide: a las ocho.

El campanario de la iglesia matriz de Antofagasta había dado recién las ocho, cuando Riesco llegó al Hotel Comercio, acompañado de dos amigos, hombres jóvenes, de apariencia acomodada.

Dirigiéndose al patrón, le preguntó:

—¿Ha llegado Antonio González, don Amadeo?

—Está en el reservado del fondo, señor Riesco.

—Vayan ustedes al reservado —indicó Riesco a sus acompañantes—; yo iré en seguida con el amigo Cobo.

Minutos después volvían juntos y se encaminaban al interior, hasta un cuarto a cuya puerta golpeó Riesco. Salió a recibirlos un hombre moreno.

—Pasen, pasen ustedes —exclamó al reconocerlos—. Son Julio y su amigo santiaguino —anunció a los del interior.

Un murmullo de bienvenida se produjo entre la decena de hombres que ocupaban la habitación. Una gran mesa redonda de póquer cobijaba a los asistentes, los que se pusieron de pie. Riesco

estrechó las manos de varios, y, apoyándose en la mesa, anunció:

—Queridos compatriotas, tengo el agrado de presentarles a don Alberto Cobo, de Santiago de Chile, recién llegado a conquistar estas tierras y ya flamante secretario de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta».

Un coro de voces entusiastas saludó a Alberto. Éste retribuyó sus atenciones, € sintiendo dentro de sí crecer una emoción nueva: la fraternidad de la nacionalidad en país extranjero.

El joven González llenó dos copas y se las pasó a los recién llegados.

—Mis amigos —dijo—, ya que tenemos la oportunidad de celebrar un acontecimiento como éste, permítanme que, al brindar por nuestro nuevo amigo, quiera evocar con ustedes la imagen de nuestra patria querida, por la que nosotros, los aquí desterrados, suspiramos con dolor y rebeldía. ¡Por Chile y porque algún día llegue a estas tierras la influencia protectora de nuestra bandera!

Su voz se había hecho vibrante. Traslucía un sentimiento definido y todos participaron de él, ya que vaciaron sus copas con gravedad.

—¿Ve usted? —indicó Riesco al santiaguino—. No se ha apagado el patriotismo, pese a la distancia.

En ese momento se acercó a ellos un caballero ya maduro.

A propósito de lo mismo, mi estimado Julio —le recordó—, no olvide que tenemos una invitación para esta noche. Nos espera don Roberto Rodríguez en su casa de la calle de la Aduana N.º 21.

Un extraño silencio siguió a las palabras de aquel señor.

Alberto presintió que estaba tocando el verdadero objetivo de aquella reunión y esperó en tensión que su compañero respondiera. Éste repuso que no lo había olvidado y que iba a proponerle que se dirigieran allá después de esa reunión, la que prolongarían hasta la cena, para salir ya oscurecido. Y concluyó diciendo:

—Incluso pienso invitar al amigo Cobo a que nos acompañe.

Alberto sintió que las miradas de todos lo taladraban. Como volviera sus ojos hacia su acompañante, Riesco le dio una explicación:

—Ha llegado hace pocos días un compatriota que viene de La Paz, y piensa desarrollar una misión especial entre nosotros. Como preparación de ella, ha invitado a un grupo de chilenos a su casa.

Pensando en Leonora y en sus planes de trabajo, Cobo insistió en saber la verdad completa:

—¿Puedo saber qué misión es ésa? —preguntó.

Riesco reflexionó un instante, mirando alternativamente a los demás y a Cobo. Por fin, habló bajando la voz:

—Vea, Alberto. Pese a que usted aún no se ha familiarizado con los problemas que soportamos, creo que ya tiene una idea general sobre ellos. Pues bien… ¡hemos decidido organizarnos en defensa de nuestros derechos! Esta organización, que no es un secreto, aunque naturalmente la presentamos como una inofensiva sociedad de socorros mutuos, ha encontrado un eco favorable hasta en ciertos círculos bolivianos descontentos con la política del Gobierno de su patria. Don Roberto Rodríguez, que es el que acaba de llegar y nos invita para esta noche, está relacionado con nuestra representación diplomática en Bolivia, ha residido largo tiempo en La Paz, y, en cierto modo, sirve de enlace entre los bolivianos descontentos y nosotros. ¿Me entiende?

—Sí, creo que sí —afirmó Alberto—. Es algo así como… una conspiración, ¿verdad?

—Más que eso —apuntó enfáticamente Riesco—; estamos preparando una verdadera revolución.

¡Una revolución! Precisamente contra esa clase de eventos lo había prevenido Leonora, adivinando que el fermento sedicioso estaba maduro en Antofagasta. Él le había prometido no mezclarse, y, sin embargo, mientras pensaba se sorprendió preguntando qué opinaban al respecto las autoridades del litoral.

—Están sobre ascuas —dijo uno de los presentes—. Presienten que tienen un volcán bajo sus pies. A eso se deben las torpes medidas policiales que menudean contra los chilenos.

—Mi casa y mi oficina están vigiladas, así como las de los presentes —terció otro—. Se viola nuestra correspondencia, se espían nuestras reuniones sociales más inocentes.

—Ya sentirá usted en carne propia sus efectos —resumió Riesco, dirigiéndose a Cobo.

—Sería interesante contar con su colaboración en nuestra Liga —expresó otro.

Cobo titubeó unos segundos.

—Debo confesarles —dijo— que mis ideas al venir a Antofagasta

eran las de dedicarme exclusivamente a trabajar, pero… pese a que no estoy bien interiorizado en estos problemas, creo que no puedo substraerme, si ustedes estiman que mi cooperación sirve de algo.

—¡Magnífico! —aplaudió Riesco—. Ya sabía yo que no se negaría usted a secundara sus compatriotas. Por lo pronto, irá con nosotros esta noche adonde Rodríguez.

Eran las nueve y media, cuando tres grupos distanciados entre sí caminaban hacia los suburbios del costado sur de la aduana, Las calles estaban solitarias, de manera que nadie advirtió su presencia; por lo menos, nadie visible.

El dueño de casa era un hombre alto, de cabello plateado y facciones distinguidas. Mientras saludaba a los llegados y les indicaba sus asientos, Riesco le conversaba animadamente.

—Nos hemos visto obligados a adoptar algunas precauciones, señor Rodríguez —le explicaba—. Como a nuestros amigos bolivianos les interesan tanto nuestras actividades, hemos disimulado en lo posible esta visita.

—Muy acertado, señores —respondía el misterioso anfitrión—. Conviene que yo permanezca en la sombra. Pese a que mi presencia en Antofagasta es justificable, ya que tengo la representación de firmas comerciales de La Paz, es preferible no atraer la atención de la policía boliviana sobre mí. El prefecto Severino Zapata debe estar informado de mis vinculaciones con ciertos militares descontentos con el régimen del general Hilarión Daza.

Todos estuvieron de acuerdo en que las visitas debían ser cortas y espaciadas para no despertar sospechas. Alberto los escuchaba alerta para comprender cuáles eran los alcances de aquella organización. Precisamente en aquel instante Riesco interrogaba al señor Rodríguez sobre sus planes inmediatos.

—Desde luego, unir y organizar a todos los chilenos del litoral —respondió éste—; formar con ellos un núcleo poderoso, respetable, capaz de hacerse oír por las autoridades y el Gobierno bolivianos, así como también… por el Gobierno chileno. Tenemos que aprovechar la inestable situación política de Bolivia para reivindicar este territorio, obteniendo para los chilenos las garantías de las que no han gozado jamás en este suelo que ellos engrandecieron. ¿Qué les parece a ustedes este plan?

¿Están de acuerdo en principio?

Todos respondieron: «De acuerdo».

—Supongo que esta organización deberá designarse de algún modo. ¿Qué denominación han pensado ustedes darle? —intervino Cobo.

—Ya he pensado en eso —manifestó el señor Rodríguez—. ¿Qué les parece el de «Liga La Patria»? Sí, compatriotas —repitió—. ¡«Liga La Patria»! Y hoy sellaremos el acuerdo de su formación brindando por su suerte, que es la nuestra…, y por Chile. Les ruego, mis amigos, que pasemos al comedor.

La madrugada se anunciaba ya con la aparición del lucero del alba cuando los invitados de don Roberto Rodríguez se despedían, dispersándose por las dormidas calles de Antofagasta.

Cobo y Riesco echaron a andar silenciosamente hacia el Hotel Comercio. Los pasos de los dos hombres sonaban chirriando suavemente al aplastar la arena gruesa de la calle. Del oeste les llegaba el ruido del mar.

Al cabo de algunos minutos llegaron al hotel. Tirando de un cordelillo. Riesco descorrió el cerrojo de una puerta y entraron directamente al patio. Allí se dieron las buenas noches y marcharon cada uno a su habitación.

Alberto caminaba tratando de apagar el ruido de sus pasos, aunque sabía que en ese costado del hotel no había alojados. Su cuarto era el penúltimo dela corrida. La puerta daba al corredor que bordeaba el patio y tenía una ancha ventana a la calle. Pocos metros antes de llegar, sacó su llavero para abrir su cuarto; las llaves tintinearon, agigantándose su sonido en el silencio. Fue entonces cuando observó algo que lo dejó sobrecogido. Por debajo de su puerta corrió fugazmente una luz. Alguien estaba dentro.

Su primer pensamiento fue: ¡ladrones! De un salto estuvo en la puerta e intentó abrir rápidamente el candado. Mientras pugnaba por introducir la llave, oyó el ruido de pasos apresurados dentro de la habitación y el de alguien que saltaba por la ventana a la calle.

Al fin el candado cedió y pudo entrar. La ventana estaba abierta de par en par y la penumbra que entraba por ella mostraba vagamente el desorden total en que había quedado la habitación. Corriendo hacia la ventana, alcanzó a distinguir sus maletas abiertas y las ropas y los papeles diseminados en desorden.

Ansiosamente miró la calle. Al término de la primera cuadra se

veían dos sombras huyendo. De un salto traspuso el alféizar y corrió tras ellas. La rabia aligeraba sus piernas. Los intrusos doblaron en la primera bocacalle y el ruido de sus pisadas se ahogó en el suelo blando. Pero Cobo no abandonó la persecución; por el contrario, corrió más velozmente hasta la esquina. Enceguecido dobló hacia la calle perpendicular, pero súbitamente la pierna de un hombre se atravesó entre las suyas y cayó a la acera. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, sintió una lluvia de golpes que le caían sobre el dorso y la nuca, Retorciéndose, se puso de espaldas y aferró al hombre que alcanzó a atrapar, derribándolo sobre sí y cubriéndose con su cuerpo. El otro hombre le aplicaba feroces puntapiés en los costados, pero él había conseguido agarrar al primero del cuello y lo estrangulaba, apretando con toda su alma. Los dos se revolcaban en el suelo, cubriéndose de arena húmeda. Las uñas de Alberto se incrustaban en el cuello de su contrincante, desgarrándole la piel.

De pronto Alberto sintió que el otro individuo le golpeaba la espalda con un objeto metálico. Por el ruido comprendió que era un sable. Un pensamiento acababa de iluminarlo «¡Guardias!», cuando sufrió una espantosa conmoción en la cabeza, un dolor como si se la destrozaran y… nada más.

Volvió en sí casi en seguida. Atontado y adolorido se sentó y apoyó el dorso contra un muro. Comenzaba a amanecer y en la penumbra se divisaba a los hombres perdiéndose a la carrera por el fondo de la calle.

Recuperando sus fuerzas, se puso nuevamente en pie, decidido a continuar la persecución. Pero, al iniciar el movimiento, su pie derecho chocó con un objeto que rodó bulliciosamente. Era un farol, uno de los característicos faroles de los guardias nocturnos de Antofagasta. De un manotón lo recogió y echó a correr en la dirección que había visto seguir a su atacantes.

Jadeante, sintiendo removérsele dolorosamente el cerebro, cruzó varias calles, hasta aparecer por una de las esquinas de la plaza principal, donde estaba la prefectura de policía. Estaba seguro de que la pista de los hombres que le habían registrado el cuarto tenía que llevarlo allí. Iba a cruzar hacia la prefectura, cuando, de súbito, una voz áspera le dio el alto y un sargento, surgido de un macizo arbusto, le interceptó el paso.

—¡Alto! ¿Qué escándalo es éste? ¡Alto, he dicho!

—Dos guardias se han metido en mi habitación y en seguida me han asaltado —articuló Cobo, ahogado por la carrera.

—¡Dos guardias? ¿Está usted borracho?

—Digo la verdad. Me han asaltado dos guardias y he venido persiguiéndolos hasta aquí. Mire usted; dígame si este farol no es el que usan los guardias.

El suboficial contempló el farol y vaciló, pero en seguida exclamó brutalmente:

—Borracho y ladrón. Ese farol tienes que haberlo robado a un guardia.

Cobo sintió que la sangre se le subía a las sienes, quemándolo.

El sargento retrocedió un paso al ver su gesto congestionado, y le encañonó.

—¡A la prefectura! —ordenó—. Al prefecto Zapata irás a contarle tus mentiras y explicarle de dónde sacaste ese farol de reglamento. ¡Andando!

—¡A la prefectura, sí! —barbotó Cobo estremecido de cólera—. El prefecto ha de darme explicaciones, y mañana tendrá que dárselas al cónsul de Chile por violar el domicilio y asaltar a un extranjero en la calle.

La criada del hotel fue la primera en dar la alarma. Al entrar al cuarto de Cobo con la bandeja del desayuno, descubrió las maletas abiertas, las ropas esparcidas por el suelo y la ventana abierta.

Minutos más tarde, Julio Riesco examinaba el cuarto junto con el dueño del hotel, y ambos coincidieron en que Cobo debía haber sufrido un contratiempo inesperado. Inmediatamente comprendieron que los que habían puesto el cuarto en aquel desorden eran guardias. Conocían los procedimientos que usaban en sus investigaciones. Y la desaparición de Alberto tenía que estar relacionada con aquel registro. Ninguno dudó de que el santiaguino estaba arrestado en el cuartel de policía.

Sin detenerse a considerarlo, Riesco corrió a la oficina del cónsul de Chile, encargando a don Amadeo que enviara a comunicar al señor Roberto Rodríguez la desaparición de Cobo.

Una hora más tarde, el cónsul Villegas, acompañado por Riesco, llegaba a la prefectura de policía y pedía inmediata audiencia con don Severino Zapata.

En la sala de guardia no se notaba nada de particular, salvo voces violentas que salían del despacho contiguo. Éstas cesaron bruscamente, cuando el sargento de guardia entró a dar el recado al prefecto y un instante después salió un guardia, avergonzado y rojo, tratando de cubrirse la garganta con el alto cuello de su casaca.

Los dos chilenos fueron introducidos al despacho de la más alta autoridad de Antofagasta. Detrás de un escritorio se encontraba un funcionario de alta estatura, delgado y con el pelo negro y aceitoso. Sus ojillos rasgados y con las comisuras exteriores caídas, los miraron con cierto destello burlón.

Incorporándose, los saludó con forzada cortesía.

El cónsul permaneció un momento indeciso.

Señor prefecto —comenzó diciendo—, vengo a preguntar a usted si esta prefectura ha tenido noticias del ciudadano chileno Alberto Cobo, que ha desaparecido esta madrugada misteriosamente de su alojamiento.

—¡Alberto Cobo! —repitió lentamente el prefecto, como haciendo memoria—. Esperen ustedes un momento.

Volviendo a medias el cuerpo preguntó en voz alta a un suboficial que escribía en un rincón:

—Diga, furriel, ¿no se llama Cobo el chileno que trajeron detenido esta mañana por ebriedad y desacato?

—Efectivamente, señor prefecto.

Al oír aquella afirmación, que sabía completamente falsa, Julio Riesco enfrentó exasperado al jefe de policía:

—No es posible, señor —exclamó—. Anoche yo me he separado de Alberto Cobo a las tres y media de la madrugada, en el interior del hotel y aseguro a usted que estaba perfectamente sobrio. Y me consta que entró inmediatamente a su cuarto.

—Siento contradecirle, señor Riesco —repuso el oficial, sarcástico—, pero ese chileno fue arrestado al amanecer en esta plaza, frente al cuartel, con la ropa desordenada, embarrado y alborotando incoherentemente, como si viniera saliendo de una riña. Estaba en completo estado de embriaguez, según el parte que se me ha pasado. Y aunque no quisiera molestar a usted, señor cónsul, debo agregar que el señor Cobo fue sorprendido portando un farol robado a uno de nuestros guardias nocturnos.

Riesco abrió la boca para protestar, pero el señor Villegas lo

contuvo, tomándolo del brazo.

—Contrólese, Julio —le dijo—, ya averiguaremos cómo pudo producirse eso. Pero, entretanto, dígame usted, señor prefecto, ¿qué ha sido de nuestro compatriota? ¿Se encuentra aún en este cuartel?

—No, de ninguna manera —protestó el policía—. Después de una cordial conversación y de entregar, naturalmente, el farol, el señor Cobo se ha marchado tranquilamente.

El funcionario sonreía con obsequiosidad burlona.

Villegas quedó un momento indeciso y miró a Riesco. Nada podían objetar a lo aseverado por el oficial. No obstante, Riesco insistió:

—¿Usted nos garantiza que Alberto Cobo se ha marchado de aquí sin novedad, señor Zapata?

—Desde luego, mi distinguido señor. Hará una hora que salió de aquí.

—Gracias, entonces —concluyó el cónsul—. Nos alegramos de que este incidente haya terminado bien. Buenas tardes señor prefecto.

Ambos regresaron preocupados al hotel. El patrón les salió al encuentro desde la cantina, y les dijo con cautela:

—El señor Cobo no ha llegado, señores. ¿Averiguaron su paradero?

Se dispusieron a esperar, sentados a una de las mesas de la cantina.

El sol de media mañana caía fuerte sobre el pueblo y el calor entraba por las persianas de tablillas. Don Amadeo les trajo algunas bebidas frescas.

El cónsul no podía estar más tiempo fuera de su oficina. Se marchó dejando advertido a Julio que le avisara tan pronto tuviera alguna novedad.

Riesco almorzó en la misma mesa en que estaba ubicado. El patrón, profundamente inquieto, venía a cada momento a conversar con él.

—¿Y qué vamos a hacer, don Julio? —le preguntó pasado el mediodía.

—Esperar todavía algo más, Alberto puede haberse entretenido en alguna parte. A lo mejor ha ido a la oficina… No sé… No se me ocurre qué hacer.

El cónsul atendió a sus obligaciones con la misma preocupación. El viejo reloj de pared marcaba las siete y media cuando dejó de trabajar. Villegas cogió su sombrero y salió. A pasos rápidos se dirigió al Hotel Comercio. Allí estaba Riesco cada vez más inquieto. Cobo no había dado señales de vida.

Con decisión, los dos chilenos se encaminaron nuevamente a la prefectura de policía. Tuvieron que esperar largo rato antes de que el prefecto quisiera recibirlos. Los escuchó con fastidio y a los requerimientos del cónsul respondió:

—Nada puedo añadir a lo ya informado a usted sobre el señor Cobo. Salió de esta prefectura esta mañana y no sabemos más de él. Por otra parte, señor cónsul, ¿no cree usted que está exagerando en su oficioso afán por su compatriota? Se encuentran ustedes en un país civilizado, regido por leyes…

El cónsul lo interrumpió con un gesto irónico, pero tajante:

—¡Dejémonos de sutilezas, señor prefecto! —exclamó—. Bien sabemos todos que aquí, en Antofagasta, a los chilenos se nos aplica la ley sólo en sentido restrictivo.

—¡Señor cónsul!

—Bien, no es éste el asunto de nuestro interés por ahora. Quiero representar a usted, señor prefecto, que siento fundada inquietud por el señor Cobo e invoco su calidad de funcionario para obtener noticias sobre él. Mi compatriota ha desaparecido después de venir a esta oficina, y tengo, por lo tanto, fundamento suficiente para responsabilizar a esta prefectura de su destino.

El oficial repuso nerviosamente.

—Sus suspicacias son ofensivas, señor cónsul. Sin embargo, y en abono a la consideración que dispenso a su cargo, quiero extremar mi celo. Ordenaré de inmediato una investigación para ubicar a su compatriota. Pero tengo casi la seguridad de que será usted quien, a la postre, se verá obligado a darme explicaciones.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque el señor Cobo fue arrestado en estado de embriaguez y bien puede ahora que esté desaparecido… emborrachándose.

—¡Señor prefecto, no le permito a usted expresarse en esa forma de mi amigo Cobo! —saltó Riesco—. Alberto no bebe jamás. Y están ustedes afirmando una falsedad al decir que anoche fue arrestado por ebriedad, Yo estuve toda la noche acompañando a nuestro

compatriota y juro que no estaba ebrio.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde estuvieron ustedes toda la noche? —inquirió agudamente el oficial.

Sin detenerse a reflexionar. Riesco respondió:

—En la casa de don Roberto Rodríguez.

No había terminado de decirlo, cuando comprendía que había cometido una imprudencia. El prefecto lo contemplaba con los ojos semicerrados.

—¿Y qué hacían en la casa del señor Rodríguez? ¿Conversaban? ¿Discutían?… ¿Planeaban algo?…

La intención del interrogatorio era demasiado evidente. Riesco apenas atinó a contestar:

—Cenábamos.

—¿Y cenaban sin vino?… ¡No, no, no, mi señor! Bien sabemos que los chilenos jamás celebran una comida sin beber, y generalmente en abundancia. ¿De qué podemos extrañarnos entonces si el señor Cobo estaba embriagado esta madrugada?

Riesco se quedó silencioso, completamente turbado. Si seguía discutiendo se vería obligado a dar mayores detalles sobre la reunión en la casa del señor Rodríguez.

El cónsul adivinó el embarazo del joven y fue en su ayuda.

—Encuentre usted a nuestro compatriota primero —le expresó al prefecto—, y créame que no vacilaré en excusarme ante usted si los hechos lo justifican: pero por el momento, le advierto que aguardaré su investigación hasta mañana a las ocho de la mañana, sin perjuicio de las que yo mismo practique. A esa hora, si no ha aparecido el señor Cobo, reclamaré oficialmente a la legación de Chile en La Paz. ¿Estamos de acuerdo?

El prefecto se inclinó ceremoniosamente.

—Usted ordena, señor cónsul —contestó, con los ojos brillantes por el triunfo obtenido.

Los dos chilenos salieron del despacho sin saber qué pensar sobre la suerte de Alberto.

A las nueve de la noche, la oscuridad ocultaba casi por completo Antofagasta. Desde el muelle, lanzando la mirada hacia la ciudad,

desaparecían los cerros como tragados por un abismo. Difícilmente se adivinaban las calles, iluminadas por los escasos faroles ubicados en las puertas de algunos edificios.

Una bruma sutil que progresaba rápidamente, velaba las estrellas. La camanchaca cotidiana bajaba de la pampa.

En el centro de Antofagasta quedaban escasas manifestaciones de actividad. Aparte de algunos negocios de bebidas, el comercio estaba cerrado. Casi nadie transitaba por las calles.

Hacia el interior, disminuía aún más el movimiento. En las barriadas, al sur y al norte de la ciudad, la oscuridad húmeda imperaba en las callejuelas que servían de albergue a pescadores y mineros de paso. No había alumbrado público, y sólo ocasionalmente algún rayo de luz brotaba de una ventana.

En el barrio de la Chimba, frente a la isla Guamán, persistía el bullicio hasta la madrugada. Era el sector de las chinganas, casas de remolienda de todas clases y categorías. Los sonidos de las guitarras y el arpa, la voz aguda de las cantoras, el batir de las manos y el arrítmico taconeo de zamacuecas, huainitos y marineras traspasaban los delgados tabiques de madera o calamina.

Mezcladas con las chinganas, se agrupaban allí las ventanas de baratillo, donde se mercaban productos y chucherías de los tres países que se asomaban al Pacífico por Antofagasta.

Lógicamente en aquel mundillo existían también hospederías, casas de alojados, cocinerías y albergues para los centenares de traficantes, contrabandistas, marinos y parias que entraban y salían de Antofagasta.

Aquella noche había una relativa calma en la Chimba. Tan sólo de las últimas casas salían a la calle unos apagados rasgueos de guitarra. En el callejón que empalmaba con el camino al Cerro Moreno ni el menor movimiento de gentes acusaba la naturaleza del barrio. Muy al fondo, en el umbral de una puerta abierta, estallaba en chispas un gran brasero. Al fulgor de la lumbre, se divisaba un cartel de lata. En letras malamente pintadas se leía en él: «Hospedería La Minera».

De pronto, en la dirección de la ciudad, se oyó el lejano rodar de un coche que se acercaba. A medida que disminuía la distancia, tomaron forma la pareja de mulas que lo arrastraba.

Frente a las primeras casas, el cochero, envuelto en una vieja

manta, refrenó violentamente sus bestias.

Cambió el hombre roncas frases con personas que venían en el interior, sin descender del pescante. Rápidamente se abrió una puerta en la trasera del vehículo y un bulto humano, desarticulado e inerte, fue arrojado al suelo.

Las mulas intentaron una espantada, con los ojos encendidos y las orejas erectas, pero la robusta mano del cochero les martirizó los hocicos, y un restallante latigazo las volvió a la quietud.

Una voz áspera surgió del carro:

—¡Ya, juliano: vamos ahora!

El cochero sacudió un violento trallazo a las mulas, que brincaron alocadas, arrastrando velozmente su carga.

Nadie asomó desde las casas vecinas. Un perro solitario ladró al paso de las mulas, para volver resignadamente al silencio.

El cuerpo arrojado desde el coche yacía inmóvil en el suelo. De improviso, el silencio fue interrumpido por una voz de mujer que ordenaba algo en la Hospedería La Minera. Pronto apareció la figura de un muchacho que venía en busca del brasero abandonado en el umbral. Hurtando el rostro al fuego, lo asió con ambas manos, e iniciaba ya el retorno al interior cuando divisó el cuerpo del hombre tirado en el suelo.

—¡Mi madre! —exclamó—.

—¡Un ñato con ataque!

Dejó el brasero en el suelo e impulsado por la curiosidad, se acercó al bulto. Ya junto a él, se inclinó tratando de verlo mejor. Instantáneamente salló atrás y corrió hacia la puerta gritando:

—¡Menche! ¡Menche! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

Los gritos del muchacho crearon un coro de chillidos de mujeres y un atropellado rumor de pisadas que desembocaron en la calle. En tumulto, salió un grupo encabezado por el muchacho, a quien seguía una llamativa mujer de largas trenzas negras. Tras ellos, un viejo y una gorda mujerota asomaron a la puerta.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó esta última.

—¿Aquí, doña Chayo, aquí! —exclamó la primera mujer, señalando al caído—. Parece muerto.

—¿Qué sabes tú, Menche?! —gruñó doña Chayo—. A ver, déjenme ver.

A la luz de un farol examinaron el cuerpo. Doña Chayo, después

de darlo vuelta, hizo un gesto despectivo.

—Es un borracho —exclamó—. Está empapado en pisco.

—¡No, doña Chayo! —le corrigió la muchacha—. Está lleno de sangre. ¡Mírele la cara!

Acercando el farol, la mujer lo observó con cuidado.

—Es cierto —murmuró—. Parece que lo asaltaron. ¿Estará muerto? ¡Caramba…, y parece un futre!

El grupo, engrosado por algunas mujeres que salieron de las casas vecinas, inclinó sus cabezas. En efecto, la buena calidad de la vestimenta del hombre era notoria. En cuanto al rostro, sólo se percibía una masa sanguinolenta. La boca hinchada, desfigurada por violentos golpes, dejaba ver unos dientes blancos, por entre los cuales se cuajaban hilos de sangre. Tenía los ojos cerrados, con los párpados violáceos. Al voltearlo, la cabeza quedó caída hacia atrás, dejando al descubierto el cuello blanco almidonado, con una fina corbata en torno.

—¡Es un caballero! —exclamó la Menche—. ¡Cómo lo han golpeado, Dios mío!

—Parece que respira —dijo una mujer—. ¿Por qué no le ponen el oído al corazón?

La muchacha de las trenzas oscuras se arrodilló en el suelo arenoso y apoyó el oído en el pecho del hombre.

—Está vivo —dijo—. Le late el corazón bien fuerte. Pero… está «pasado» a pisco.

—¡Bueno, bueno! —intervino doña Chayo con energía—. Lo que importa es que está vivo y herido. Hay que levantarlo de aquí. ¡A ver, ustedes! —ordenó—. ¡Tómenlo entre varios!

Obedeciéndola, algunos del grupo levantaron el cuerpo y lo transportaron hasta el interior de la casa. Doña Chayo los precedía con el farol.

El cuerpo quedó tendido de espaldas en un presuntuoso catre de bronce, en trágica postura.

Mientras Menche le limpiaba el rostro con un trapo embebido en agua, la dueña de la hospedería tomó la levita y comenzó a dar vueltas los bolsillos, extrayendo algunos papeles y cartas. Levantando una de estas últimas, leyó el sobre con dificultad:

—«Alberto… Cobo. Hotel Comercio… Antofagasta».

4

Daba las doce la sirena de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril» cuando Julio Riesco y el doctor Segura se introdujeron atropelladamente en el consulado chileno. En el vestíbulo, el señor Villegas se disponía a salir.

—Precisamente iba en su busca, Julio —se apresuró a decir el cónsul—. Hace diez minutos que se ha marchado de aquí el prefecto Zapata, quien vino a traerme la más desconcertante noticia.

—¿Sobre Alberto Cobo?

—Exactamente. ¿Saben ustedes que apareció?

—Desde luego, señor Villegas. Acabamos de separarnos de él, ¿qué le ha informado el prefecto?

—¡Hombre! Vino a decirme que sus hombres habían encontrado a Cobo en el barrio de los prostíbulos de las chilenas, en completo estado de embriaguez y con evidentes muestras de haber sostenido una pendencia. Francamente, me he sentido avergonzado.

Riesco le interrumpió con vehemencia.

—Señor Villegas —exclamó—, el prefecto lo ha engañado. Cobo ha sido envuelto en una intriga diabólica. El doctor Segura, aquí presente, puede confirmar mis palabras. Acabamos de dejar a Alberto en casa de unas chilenas; en el barrio de las chinganas, es cierto, pero también lo es que lo arrojaron de un coche o carretón gravemente herido, frente a la Hospedería La Minera. Un muchacho oyó el carromato y están las huellas de sus ruedas. Y Alberto ha sido, golpeado en forma salvaje, está lleno de contusiones y sufre una conmoción cerebral. El doctor, que acaba de hacerle las primeras curaciones, ha prohibido su traslado, dada su gravedad.

—Así es, señor cónsul —confirmó el doctor Segura—. Ese joven está molido a golpes.

—¡Oh, esto colma las medidas de lo tolerable! —estalló el cónsul, pálido de ira—. Mañana despacharé un informe completo a La Paz; pediré se formule una protesta diplomática severa…

Riesco lo contempló con desaliento.

—No servirá de nada, señor Villegas; ya lo sabe usted bien. Se formulará, la protesta, se iniciará un sumario y todo quedará igual. ¡Tenemos que hacernos justicia nosotros mismos!

El cónsul le echó una mirada desolada.

—Dígame, Julio —le preguntó con voz insegura—. ¿Qué hay de esa sociedad de chilenos que se ha constituido? No me mire usted con ese asombro. Era lógico que yo me enterara. Pero ¿es efectivo todo?

Como Riesco callara, insistió:

—No debe usted tener reservas conmigo, Julio; soy chileno y…

—¿Reservas con usted? ¡Cómo se le ocurre, señor cónsul! —saltó Riesco, vencidas sus vacilaciones—. Usted es uno de los hombres con los que contamos. Sí, señor Villegas, anteayer han sido echadas las bases de una liga que bautizamos «La patria». Vamos a organizar a lodos los chilenos del litoral. ¡No se volverán a repetir hechos vergonzosos como el asalto de que ha sido víctima…!

—¡Calle usted! Aún no sabemos quién agredió a Cobo.

Riesco giró la vista por la habitación, comprendiendo el pensamiento del señor Villegas. Pero no se veían criados cercanos.

El doctor Segura confesó por su parte:

—Ayer conversó conmigo don Recaredo Almarza, y mi nombre ya figura en el registro de la Liga.

Villegas se sentó preocupado. Rechazó un cigarrillo que le ofreció el doctor y pensó bastante rato. Después se puso nuevamente de pie.

—Entiéndanme, mis amigos —dijo resuelto—. Pueden contar ustedes con mi apoyo. Comparto sus pensamiento plenamente. Pero evítenme la inclusión en los registros. Puedo prestarles mejores servicios no figurando en ellos. Mis actitudes de diaria controversia con las autoridades del litoral me han colocado ya en un plano difícil. No quiero dar motivos para que me cancelen el *exequatur*, privándome de poder amparar a mis connacionales.

—De acuerdo, señor cónsul: usted nos servirá más desde la obscuridad. De todas maneras, sería conveniente que don Roberto

Rodríguez conversara con usted —sugirió Riesco.

—Lo invitaré a mis oficinas, pierda cuidado. Tengo también algunas sugerencias importantes que hacerle, Por lo pronto, y a pesar de que desconfío de su electividad, comunicaré mañana mismo a nuestro encargado de negocios en La Paz el incidente ocurrido a nuestro compatriota Cobo. Supongo que ustedes se habrán preocupado de lo que necesita, ¿verdad?

—Desde luego. Por el momento, quedó en casa de una chilena, doña Rosario Martínez. Es la dueña de la Hospedería La Minera.

—¡Ah, la Chayo! La conozco bien. Tengo su documentación aquí. Viene a menudo a pedirme antecedentes de los huéspedes que le llegan. Es una valerosa mujer «chilenaza». Lo cuidará como a un hijo. Yo iré a verlo mañana. ¿Podrá declarar algo el señor Cobo, doctor?

El médico movió la cabeza.

—¡Quién sabe! —reflexionó—. Yo pasaré temprano a examinarlo y puedo informarle en la tarde.

—De acuerdo, estimado doctor. Mañana veremos, entonces.

Riesco y el doctor Segura abandonaron el consulado.

A través de los agujereados visillos de la ventana, el alba fría de Antofagasta proyectaba su pálida luz desde el patio de la casa de doña Rosario Martínez hasta el cuarto en que reposaba Alberto Cobo.

La primera impresión de vida que éste sintió fue desgarradoramente cruel. Mil dolores lacerantes se hicieron presentes. Su intensidad lo hizo quejarse roncamente.

De improviso, sintió con nitidez —su primera sensación clara— el contacto húmedo y frío sobre su frente. Se trataba de un paño mojado, y eso le dio, de inmediato, la idea de que era objeto de cuidados. Al mismo tiempo, oyó a su lado una voz que parecía venir de muy lejos, pero que identificó como de mujer:

—No se mueva… Tranquilo… No se mueva.

Simultáneamente, con fresco contacto, unas manos recorrieron lentamente su rostro, desde las sienes, torturadas hasta el cuello.

—Tranquilo…, no se agite… Tranquilito.

La dulzura de la voz, como el tierno contacto de las manos, amenguaban el sufrimiento del herido. La sed lo devoraba. Con trabajo, dominando la dificultad que experimentaba para articular sonidos, tartajeó:

—Agua… agua…

Casi en seguida, las mismas manos suaves le abrieron la boca e introdujeron una cuchara entre sus dientes. El líquido comenzó a entrar en su garganta provocándole tos y arcadas.

—Es limonada; tráguela despacito.

Lentamente, con gran trabajo, Alberto empezó a ingerir la bebida, sintiendo un creciente alivio. Sus ideas comenzaron a ordenarse. En un esfuerzo considerable, alzó los párpados. Su mirada abarcó el estrecho campo de luz extendido ante él, en el que se destacaba la figura borrosa de una mujer, cuyas largas trenzas pendían hacia el lecho. La imagen vaciló esfumándose; luego se precisó nuevamente, hasta enfocarse más nítida en la forma del rostro de una joven de grandes ojos oscuros que lo miraban sonriendo.

—Parece que vuelve, mi chilenito —murmuró con júbilo—. ¡Gracias a Dios!

Pese a los dolores agudos que le provocaba cualquier movimiento, Alberto pretendió erguirse.

—¿De dónde eres tú? —interrogó, receloso, a la muchacha.

—Soy… chilena…, chilena como usted —respondió ella—. Cálmese, por favor. Aquí todos somos amigos suyos, todos chilenos.

Alberto cedió lentamente ante la fatiga que le provocara el esfuerzo. Dejó caer la cabeza en la almohada y quedó en silencio, cansado. Murmuró en voz baja:

—Perdón, señorita; discúlpeme usted.

—No me diga «señorita»: me llamo Mercedes. Dígame Menche.

La mirada del hombre vagó por el cuarto.

—¿Quién me trajo acá? —preguntó.

—No sabemos. Parece que lo arrojaron de un coche frente a esta casa.

—Me golpearon —recordó Cobo—. Saltaron de un carretón. Es lo único que sé. ¿Y en qué parte estoy?

—Está en la hospedería de doña Chayo… Doña Rosario Martínez —se corrigió Menche.

—¿En qué parte de Antofagasta queda esto, Menche? —insistió el herido.

—En…, en la Chimba…, el barrio de las chinganas —murmuró avergonzada la muchacha.

El santiaguino la contempló en silencio y una sombra de sonrisa amable se marcó en sus labios hinchados.

—Menche… —murmuró quedamente.

—¿Qué quiere?

—Póngame sus manos en la frente, Menchita. Me alivian.

La muchacha se inclinó sobre el herido con ternura, cubriéndole los ojos con sus manos. Alberto, sin verla, adivinaba su rubor. Lentamente se fue adormeciendo, sintiendo desvanecerse sus dolores en una quietud amodorrada y agradable.

Mediaba la mañana cuando llegaron a visitarlos Julio Riesco, el cónsul Villegas y el doctor Segura. Este último se mostró sorprendido de la magnífica reacción del herido. No habían desaparecido, ciertamente, las huellas de la brutal agresión, pero su ánimo estaba recuperado y sus energías restablecidas en gran parte. Sentado en el lecho, acogió con una cordial sonrisa a sus compatriotas.

Don Roberto Rodríguez no había podido acudir, porque tuvo que partir urgentemente a Caracoles. Enviaba sus excusas con el cónsul Villegas.

—Me congratularía si el viaje del señor Rodríguez a Caracoles tuviera alguna relación con nuestra campaña —comentó Cobo, jadeando todavía un poco—. No se imaginan cómo deseo tomarme el desquite con los que me redujeron a este estado.

—Pierda cuidado, Alberto —lo tranquilizó Riesco—. Este atropello nos ha hecho avanzar más de lo que podíamos esperar.

—Por ahora, mi estimado amigo —intervino el cónsul—, nos gustaría oír de sus labios la relación de los hechos. No tenemos más que una vaga sospecha de ellos y debemos saber la verdad absoluta, pues de la confirmación de nuestras sospechas dependerá nuestra acción.

La relación de Alberto Cobo planteó un agudo dilema a sus compatriotas: o acelerar las cosas o echar pie atrás y disolver su organización.

En frases breves, les narró cómo encontró a dos hombres

registrando su habitación del hotel y la lucha que sostuvo con ellos en la calle; luego, la persecución a través de Antofagasta hasta la plaza principal, frente a la prefectura, y el arresto por un sargento que lo acusó de escandalizar y de haberse robado un farol de guardias.

Custodiado por varios guardias, Cobo tuvo que esperar cerca de dos horas, pues el prefecto no había acudido aún a su despacho, ya que eran apenas las cuatro y media de la madrugada.

Cansado y con frío, aguardaba en el enorme vestíbulo del puesto policial. Maldecía por centésima vez el impulso que lo lanzó a perseguir a los guardias que registraban su cuarto, cuando el sargento que lo había aprehendido apareció en la puerta del despacho del prefecto.

—Entren al preso —dijo a los guardias que lo cuidaban—. El señor prefecto quiere verlo.

Detrás de una mesa escritorio estaba el prefecto Severino Zapata con el rostro lustroso recién lavado y afeitado.

—Éste es el hombre que fue detenido esta madrugada por alborotar borracho en las calles y por portar un farol robado a uno de nuestros guardias.

—¡Todo lo que dice este hombre es falso! —refutó furioso Alberto—. Escúcheme usted, señor prefecto…

—¡Silencio! —gritó éste, dando un puñetazo en la mesa—. Nadie lo ha autorizado para hablar. ¿O es que cree usted que está aquí de visita?

—No puedo permitir que se me impute una acusación tan falsa como la que…

—¡Basta! Una palabra más y lo hago encerrar en un calabozo hasta que aprenda cómo debe conducirse ante la autoridad.

Cobo comprendió que sería inútil debatirse contra aquellos hombres y guardó silencio.

—¿Quién es este hombre? —preguntó el prefecto a su subalterno.

—Aquí están sus antecedentes —respondió el sargento, alargándole una hoja de papel.

Cobo lo observó con asombro, pues no adivinaba cómo podían los policías de Antofagasta tener antecedentes suyos.

El prefecto la leyó con parsimonia. Pero, de pronto, levantó los

ojos y los clavó en Alberto con una triunfal satisfacción.

—¡Conque chileno, eh! —dijo, inflando el pecho, como si gozara anticipadamente de la situación—. ¿Cuándo llegó a Antofagasta? —preguntó.

—El 10 de octubre.

—¿Puede informarme a qué vino?

Alberto lo miró sorprendido.

—Naturalmente —contestó—. He venido a trabajar.

—Sí, a trabajar…, pero ¿en qué?

—Pues…, vine contratado por don Francisco de Borja Carrasco, para la oficina de su mina de plata en Caracoles.

El rostro del prefecto se iluminó.

—¿Y quiere decirme usted por qué no se ha ido a Caracoles?

Cobo vaciló antes de responder.

—Cambié mis planes —argumentó—. Mi amigo don Julio Riesco, a quien venía recomendado, intercedió por mí para conseguirme un empleo en la «Compañía de Salitres y Ferrocarril».

—¡Ajá, conque venía recomendado a don Julio Riesco!

—Si, señor, por mi futuro cuñado Rafael Torreblanca, de Santiago.

—Todo esto es muy interesante, señor Cobo —comentó irónicamente el prefecto—. Parece que las cosas se ligan unas con otras.

—Ignoro a qué se refiere usted —repuso, molesto, Alberto—. Lo único que me interesa es dejar constancia ante usted de que mi domicilio ha sido violado por dos hombres, que estos mismos hombres me han atacado posteriormente en la calle y que un farol que arrebaté a uno de ellos me permite asegurar que…

—Ya hablaremos de todo eso, señor —le interrumpió Zapata secamente—. Por el momento, tengo especial empeño en que me aclare usted ciertos pormenores respecto a sus relaciones. Dígame, ese Rafael Torreblanca que lo recomendó a usted, ¿no vivió en Antofagasta?

—Sí. Es práctico de minas y su padre tuvo pertenencias en Caldera y aquí hasta los años 1873 ó 1874.

—¿Y él lo recomendó a Riesco?

—Sí, señor, ya se lo he dicho.

—¿No le habló de alguien más?

—No.

La irritación de Cobo iba en aumento. No obstante, el prefecto seguía preguntando con airecillo socarrón, despreciando el fastidio del santiaguino.

—¿Está usted seguro de que no le habló de nadie más? ¿No le hablaría, por ejemplo, de un tal… Roberto Rodríguez?

Cobo sintió que el corazón se le detenía. ¿Por qué mezclaba el policía a don Roberto Rodríguez? ¿Qué podía saber de él?

Comprendiendo que su asombro lo estaba vendiendo, trató de salir del paso fingiendo despreocupación en tanto que se le ocurría algo mejor.

—Pero ¿qué tiene que ver don Roberto Rodríguez con todo esto?

—Eso mismo pregunto yo —apuntó incisivamente el boliviano.

Durante unos segundos lo contempló fijamente, manteniendo los dientes apretados. De repente, dio una palmada sobre los papeles y gritó furioso:

—¡Basta de disimulos, señor mío! Usted sabe perfectamente a qué me refiero. Nuestra policía está informada al detalle de lodos los movimientos de los chilenos. Y escúcheme. Usted llega a Antofagasta sigilosamente y expone en su documentación presentada a las autoridades un hecho falso: que va a trabajar a Caracoles. Luego se queda en este puerto. Viene, según su propia confesión, recomendado a Julio Riesco por Rafael Torreblanca, con quien no niega tener relaciones estrechas. Ese tal Torreblanca vivió hace algunos años en Antofagasta y tuvo serias dificultades con la policía boliviana, por sus actividades antinacionales. Usted lo sabía, ¿no es cierto?… En seguida de llegar, entabla usted relaciones con Riesco, quien lo coloca en la «Compañía de Salitres y Ferrocarril». Toca también la casualidad que don Julio Riesco es sospechoso ante nuestros ojos, al igual que el señor que se hace llamar Roberto Rodríguez.

—Pero ¿qué tiene que ver…?

—¡Espere usted, espere! —lo interrumpió una vez más el prefecto—. Queda aún la carta final.

Hizo una pausa como para dar mayor realce a su pregunta:

—¿Me querrá usted decir —inquirió con siniestra suavidad— qué objeto tuvo la reunión celebrada anoche en casa de ese Roberto Rodríguez?

Cobo quedó momentáneamente confuso. Había estado presintiendo la pregunta, pero no había podido dar con una respuesta conveniente. Contestó con lentitud, buscando frases que no lo comprometieran ni dejaran traslucir el verdadero espíritu de aquella reunión.

—No tengo razón alguna para ocultarlo, Asistí… con varios compatriotas a una reunión… simplemente social en casa del señor Rodríguez… Reunión sin ningún objeto determinado. Ocurrió que…, que, después de una comida que se me dio en el Hotel Comercio, para celebrar mi contratación por la «Compañía de Salitres», quisimos saludar a don Roberto Rodríguez, un compatriota distinguido y recién llegado a este puerto.

—¿Y qué mas?…

—Pues… nada más que pueda interesar a usted. El señor Rodríguez nos invitó a una copa y hablamos de cien temas distintos…

—¿Puede decirme precisamente de qué se habló? —le cortó tajante el policía.

Alberto alzó la voz con impaciencia.

—¡Señor prefecto —exclamó tratando de poner fin a la entrevista—, este interrogatorio es ridículo y humillante! No tengo nada que ocultar a la policía.

—¿Está usted seguro, señor Cobo? ¿No recuerda, por casualidad, si entre todo lo que allí se trató se habló algo de una… «Liga La Patria»?

Alberto se sintió cogido entre las mallas que tendía el prefecto. Y fue aquella sensación de estar atrapado la que le dio fuerzas para mostrarse audaz.

—Efectivamente —confirmó con fiereza—. Veo que su servicio de espionaje funciona bien.

—¡Delo usted por seguro! —remachó el prefecto desafiante—. Debemos mantenerlo así, para protegernos de la acción de los elementos perturbadores y peligrosos, como usted y sus amigos.

—¿Ah, sí? —comentó desdeñosamente Cobo—. Créame que me halaga el valor que otorga usted a mi modesta persona.

Severino Zapata interrumpió la sarcástica salida del santiaguino con un violento golpe sobre la mesa.

—¡Basta ya! —exclamó—. ¡Esta farsa ha terminado! Ahora va a

indicarme usted todos los planes de esa ridícula liga y los nombres de sus componentes principales. Además, va a explicarme las relaciones que tienen con algunos bolivianos del interior.

—Se ha equivocado usted, prefecto —comentó Cobo con sonrisa serena—; se olvida usted que soy chileno y un caballero.

Zapata dio rápidamente vuelta en torno al escritorio y se plantó delante del joven.

—¿Sabe usted que tengo medios para obligarlo a hablar? —dijo poniendo su rostro contraído casi junto al del chileno.

—Vuelvo a repetirle —exclamó éste marcando las palabras— que se ha equivocado usted. No me infunden temor sus amenazas, y si pretende extremar sus atropellos tendré modo de recurrir a la ley.

—Está bien, aplicaremos la ley —concluyó el policía, golpeando un timbre de resorte.

Instantáneamente se abrió la puerta y aparecieron tres guardias.

—¡Conduzcan a este hombre a un calabozo! —les ordenó el prefecto.

Los guardias saltaron sobre Cobo y lo inmovilizaron, aferrándolo de los brazos y de los hombros.

—Dejo constancia de mi protesta por estos inicuos atropellos —gritó, mientras lo sacaban de la sala—. ¡Haré que el cónsul reclame a la legación de mi patria en La Paz.

Cobo fue arrastrado a través del patio y arrojado dentro de un estrecho calabozo. La puerta de tablones, reforzados con láminas de hierro, fue asegurada por fuera con un pesado cerrojo.

—Permanecí encerrado varias horas en aquella celda —prosiguió Alberto, ante la expectación del cónsul Villegas, el doctor Segura y Julio Riesco.

Cuando estaba por concluir la tarde, volvió a abrirse la puerta del calabozo y dos guardias lo sacaron. El prefecto Zapata lo esperaba en su despacho. Pero su expresión era distinta que la de la mañana. Se mostraba extrañamente cordial, casi suave.

—Señor Cobo —le había dicho—, he reconsiderado su caso. En realidad, creo que me he portado demasiado severo. Pero en ello influyó su actitud…, ¿cómo diríamos?…, un tanto rebelde.

Cobo guardó silencio, sorprendido.

—De todas maneras —continuó el prefecto—, creo que debería imponerle una multa por lo menos. Ha substraído usted un farol de reglamento…

Alberto se irguió indignado, pero el policía lo atajó con un gesto conciliatorio.

—Pero no se la impondré, en atención a su condición de recién llegado a esta tierra. No está usted ambientado todavía y no conoce la graduación alcohólica de los vinos de este lugar —concluyó sonriendo.

Alberto iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Estoy libre? —preguntó sin poder dar crédito a lo que oía.

—Sí, señor Cobo. Puede irse.

—Muy bien. Le agradezco, señor prefecto, su espíritu de justicia. Buenas tardes.

El santiaguino abandonó la prefectura estupefacto. No atinaba a comprender qué había hecho cambiar de rumbo al jefe de policía, y múltiples conjeturas le bullían en el cerebro.

Un suboficial de la guardia lo acompañó hasta la puerta del cuartel y lo saludó al despedirlo.

Hacía rato que había anochecido y comenzaba a refrescar. Cobo caminaba a prisa en dirección al Hotel Comercio, ansioso de un buen plato de sopa caliente y una cama blanda.

Cruzó la plaza sin toparse con ninguna persona conocida y entró a la calle en que estaba el hotel. Se veía solitaria. A esa hora, habitualmente, los hombres estaban en las cantinas de la Avenida de la Aduana o en el propio Hotel Comercio.

En una esquina había un carretón o carromato, tirado por dos mulas. En la oscuridad no se veían más que sus contornos. Alberto no puso mayor atención en él y pasó tranqueando rápidamente.

Ya lo dejaba atrás, cuando sintió un ruido, como de hombres que se ponían repentinamente de pie en el techo del carricoche. Volvió la cabeza justo en el momento en que dos enormes bultos humanos, con los brazos abiertos, saltaban sobre él. Levantó sus brazos vara cubrirse y quiso esquivar el cuerpo, pero recibió un violento golpe en la nuca y sintió que se desplomaba aplastado por el peso de los dos hombres. Era cuanto recordaba Alberto Cobo.

5

Así como en un terreno inundado de petróleo una chispa provoca una conflagración, así en Antofagasta la invisible «Liga La Patria» produjo una explosión de patriotismo.

La noticia del atentado contra Alberto Cobo contribuyó a fomentar, con el acicate de la indignación, el entusiasmo por la unión secreta y decidida.

Las espectaculares revelaciones de la víctima sobre la vigilancia a que estaban sometidos los chilenos prominentes, así como el conocimiento que tenía el prefecto Zapata de la organización recién formada, contribuyeron a dar a ésta mayor consistencia. Las voces, que al principio susurraron la noticia de oído a oído, adquirían ahora el tono de una clarinada de alerta, y un franco estrechar de manos sellaba el pacto tanto tiempo esperado.

Por cerros y desiertos, en minas y salitreras, en las calles sucias de Mejillones, en los caseríos de los esforzados cateadores acampados en la pampa, en todo el litoral dominado por Bolivia, la idea revolucionaria de la «Liga La Patria» se desparramó incontenible.

Además del movimiento popular, sentimental e irreflexivo, se gestaba la obra afectiva de los dirigentes. Esta labor inteligente y concienzuda se desarrollaba en la sombra.

Roberto Rodríguez, verdadero gestor político de la Liga, había marchado sigilosamente a Caracoles, después de una reunión con los chilenos más seguros, entre los cuales estaba Julio Riesco.

En el vecino mineral, el terreno estaba abonado para el estallido que se esperaba. Las noticias de Antofagasta habían remecido los inquietos espíritus de los seis mil mineros chilenos radicados en Caracoles.

La intención de Rodríguez, dirigida a organizar una filial de la «Liga La Patria» allí, se presentó como una tarea fácil. Pero faltaba la culminación de la obra: la acción conjunta de estos grupos lanzados contra autoridades bolivianas para reivindicar los territorios que comprendían el litoral y ofrecerlos al Gobierno de Chile.

Para este fin era menester contar con algo más que la entusiasta palpitación colectiva de los chilenos: era preciso conquistar el poder en el litoral, desplazando a las autoridades bolivianas. Y este objetivo hacía precisa la ayuda de parte de ciertos círculos bolivianos.

Los dirigentes de la Liga trataban de poner en juego un plan maquiavélico: interesar a políticos y militares bolivianos, descontentos con el régimen del presidente Hilarión Daza, e ilusionarlos con la esperanza de que la Liga pudiera ayudarlos a conquistar el poder en Bolivia, o, cuando menos, en los territorios del litoral.

Así, Roberto Rodríguez, en su viaje a Caracoles, tenía planeado celebrar un convenio formal con dos prominentes ciudadanos bolivianos: el doctor Ladislao Cabrera y el coronel Rufino Carrasco.

Reinaba, entretanto, en toda la región, un ambiente de tensa expectativa. Las autoridades encabezadas por el prefecto Severino Zapata, mantenían un nervioso contacto entre ellas. El subprefecto de Caracoles, Carlos Apodaca, y el comandante de las fuerzas de línea acantonadas en Mejillones, coronel Juan Granier, enviaban a diario informes a Antofagasta, preparándose para poner dique al movimiento de insurrección que venía creciendo progresivamente.

Mientras tanto, Alberto Cobo convalecía rápidamente en casa de doña Rosario Martinez.

Esa mañana lo había visitado por última vez el doctor Segura, autorizándolo para trasladarse al hotel al día siguiente. Guardaba cama todavía, pues los movimientos le provocaban algunos dolores en los costados.

En las primeras horas de la noche llegó Julio Riesco a visitarlo.

—Mucho me alegra verlo tan restablecido —exclamó—. Espero que mañana lo tendremos ya en el hotel.

—Así es, querido amigo. Ya siento fuerte para salir a buscar a los tunantes que me asaltaron.

Riesco lanzó una carcajada.

—¡Calma, calma, Alberto! —dijo riendo—. No corra tanto —y luego, poniéndose serio, agregó—: Tendrán su castigo. Pero no nos adelantemos. Tengo un montón de noticias que darle.

Brevemente informó Riesco a su amigo de la forma en que adelantaban las labores de la Liga. El señor Rodríguez había mandado un mensaje desde Caracoles, comunicándole que la Liga había prendido con furia entre los mineros. Los administradores, mayordomos, capataces, jefes de faena, en suma, todos los chilenos con algún mando estaban comprometidos a obrar en la forma y el momento que se les indicase. Los obreros esperaban una orden para alzarse.

—Se ha anunciado para el 12 de noviembre la primera reunión pública de la Liga —continuó Ríesco—. Participarán en ella, además de los chilenos, numerosos bolivianos, entre los que estarán el doctor Cabrera y el coronel Carrasco.

Cobo no concluía de entender aquello de dar participación en la dirección de la Liga a bolivianos. Le parecía extremadamente peligroso. Pero Riesco procuró tranquilizarlo, confiándole que esos bolivianos no serian enterados de todos los planes de la Liga, sino de aquellos que pudieran ser conocidos por el público.

Al otro día, a media tarde, un coche se detuvo frente a la casa de doña Rosario Martínez. De él descendieron el cónsul Villegas, Julio Riesco y un mozo del consulado.

Desde la esquina atisbaban dos guardias bolivianos, sofocados por el pesado sol nortino.

Alberto Cobo esperaba a sus compatriotas ya en pie y vestido. Sus ojos aparecían orlados aún por las cárdenas ojeras que le produjeran los golpes. Sin embargo, mostraba buen espíritu. Su despedida de doña Chayo fue teatral.

Hasta el último, Menche no apareció por el cuarto. Fue necesario que el propio Alberto fuera a buscarla.

La encontró tendiendo a secar unas ropas, en el patio. Al verlo acercarse, la muchacha interrumpió su labor. Él se adelantó con la mano extendida.

—¿No quería despedirse de mí, Menchita? —le dijo—. Ya me voy.

La muchacha se volvió hacia él. Tenía los bellos ojos obscuros

húmedos de lágrimas.

—Adiós, don Alberto —murmuró con voz velada—. Que le vaya a usted muy bien.

—Pero ¿qué es eso, Menche? Cualquiera diría que no vamos a vernos más.

La muchacha sonrió con leve amargura.

—¡Quién sabe! —musitó.

—No, amiga mía —protestó Alberto—. Ya sabe usted que volveré, que no la perderé de vista.

—¡Dios quiera que así sea, don Alberto!

—Descuide, Menche, todo irá bien. Ahora, adiós…, o mejor dicho: ¡Hasta luego! Y gracias por todo, mi niña.

La boca de la joven tembló. De sus ojos brunos cayeron dos lágrimas. Sorpresivamente, se abrazó de Alberto, apegando su rostro contra el pecho de éste, quien, vencido a su vez por la emoción, la retuvo ceñida contra su cuerpo.

Después de ese arrebato, al que Cobo cedió sin reflexión alguna, experimentó una reacción turbadora. Un inexplicable rubor lo hizo apartarse casi bruscamente de la muchacha y, dando vuelta la espalda, regresó al interior de la casa.

Menche quedó en medio del patio, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo y una expresión transfigurada en el rostro.

El 12 de noviembre de 1876, Caracoles, el rudo pueblo minero situado al nordeste de Antofagasta, amaneció agitado como en un día de fiesta. Desde todos los contornos, aún de las minas más distantes, rudos mineros y barbudos cateadores habían acudido a la plaza de Caracoles. Desde la noche anterior y durante el amanecer se los vio converger hacia el centro del pueblo. A media mañana estaban por centenares frente a las tres cantinas o sentados en el suelo, en la puerta de la panadería, o en las bancas de piedra de la rudimentaria plaza, platicando rudamente, mientras liaban cigarros o bebían cerveza y vino. Todos sentían una gran expectación por conocer qué era esa pregonada «Liga La Patria».

El jefe de la policía en Caracoles, subprefecto Apodaca, inquieto ante el acontecimiento que se gestaba, había acuartelado la

totalidad de las fuerzas bajo su mando. Guardias vestidos de civil tenían el encargo de mezclarse a los asistentes a la reunión, para informar de los sucesos y del pensamiento oculto en ellos.

A las diez de la mañana las bodegas y caballerizas de la panadería del chileno Juan Neves estaban atestadas de gente. En la calle se aglomeraban grupos de hombres que no alcanzaron a encontrar cabida. En la espera del comienzo del acto, comentarios y gritos aislados empezaron a formar consignas colectivas, que se corearon en tono de chacota, primero, y luego con caracteres de violento desafío:

—¡Abajo la policía! ¡Viva la patria!

Poco a poco la asamblea iba caldeándose. Los gritos subían de tono, cuando alguien lanzó un:

—¡Viva Chile!

La multitud encontró en aquel grito el verdadero cauce de sus sentimientos. Fue un huracán desatado en cientos de gargantas.

Tal era el estado de los ánimos cuando aparecieron en la tribuna los dirigentes de la Liga. Entre ellos se veía a varios vecinos prominentes de Caracoles, pero en primer plano figuraban don Roberto Rodríguez. Julio Riesco y don Marcos Latham, rico minero chileno; además, los bolivianos coronel Canasco y doctor Cabrera.

Ante un gesto del señor Rodríguez, la revuelta asamblea guardó silencio. Julio Riesco se adelantó.

—Mineros y vecinos de Caracoles —dijo—. Esta reunión Ira sido convocada con el objeto de dar a conocer los principios de la sociedad llamada «Liga La Patria». Con este propósito, os dirigirá la palabra, en primer término, uno de sus principales inspiradores, don Roberto Rodríguez.

Nutridos aplausos saludaron al aludido, que, destacando su alta figura, se colocó en el centro del tabladillo y empezó su discurso.

Hablando mesuradamente y en términos muy simples, el cabecilla fue dando una explicación vaga de los fines de la Liga, sin aludir a su verdadero objetivo. En aquella primera reunión, destinada a tantear la tolerancia de las autoridades y los pensamientos de los bolivianos que asistían, no era conveniente dejar ver los propósitos de reivindicación alentados por los chilenos. Sin embargo, toda la peroración del señor Rodríguez estuvo encaminada a convencer a los mineros de la necesidad vital de

unirse, de estrechar sus voluntades en un solo haz suficientemente fuerte para oponerse a las arbitrariedades, cuando éstas se hicieran sentir.

La mayor parte de los chilenos comprendió la intención que encerraban las palabras del dirigente y en varias ocasiones sus aplausos lo interrumpieron. Muchos de los bolivianos sospecharon también la verdad oculta, pero se abstuvieron de dar a conocer sus reacciones.

Sin embargo, dos de ellos, que eran guardias vestidos de civil, aprovecharon la agitación y las aclamaciones para escabullirse fuera y correr hacia la oficina del subprefecto Apodaca.

El jefe policial los esperaba con la dotación de guardias formada. Obligó a sus informadores a repetirle palabra por palabra todo cuanto habían logrado captar. Pero, aun cuando los dos hombres le transmitieron sus sospechas de que la Liga reunía a los chilenos no con el inofensivo propósito de formar una sociedad de socorros mutuos, sino de organizar la resistencia contra las autoridades bolivianas, no encontró pretexto para lanzar a sus hombres sobre la asamblea y disolverla.

Entretanto, la reunión en la panadería de Neves seguía su curso.

Enardecidos por los aplausos, hablaron los jefes bolivianos convidados por Rodríguez. El coronel Carrasco trató el asunto con franqueza militar. Coincidió con las apreciaciones del chileno, pero llevó sus declaraciones mucho más adelante, tal como lo esperaban los dirigentes de la Liga. Según él, los males del litoral se debían al pésimo Gobierno de Bolivia y cabía, en consecuencia, dirigir los esfuerzos a liberar a aquel territorio de la administración central. Propuso, al efecto, el respaldo a las pretensiones del doctor Casimiro Corral. Y extremando sus miras insinuó que aún cabía considerar como mejor solución el derrocamiento del Gobierno del general Hilarión Daza, para cuyo fin no faltarían ayudas en las ciudades centrales de Bolivia.

El doctor Cabrera se expresó en parecidos términos.

Ambos discursos fueron bien acogidos por la asamblea, aunque los chilenos comprendían que para ellos no existía ninguna ventaja en cambiar unos funcionarios bolivianos por otros de la misma nacionalidad. Pero, en cambio, las peroraciones de los dos hombres les sirvieron para comprender, al fin, la fuerza que podrían ejercer

mediante la unión en torno a la Liga y para entrever los verdaderos fines perseguidos por dirigentes.

Terminados los discursos, los mineros se diseminaron por las calles de Caracoles. Muchos volvieron a internarse en el desierto, de regreso a sus lugares de trabajo, pero una gruesa cantidad decidió aprovechar aquella «bajada al pueblo» para darse una noche de jolgorio. Ésos fueron los que, enardecidos por el alcohol y por la sensación de fuerza emanada de la fraternidad, pregonaron aquella noche la meta secreta de la Liga: la apropiación del territorio del litoral y del desierto.

El subprefecto Apodaca se enteró de aquellas declaraciones y comprendió el peligro que empezaba a cernirse sobre la escasa guarnición boliviana de Caracoles.

El estallido no podía tardar en producirse; los ánimos estaban demasiado caldeados. La actitud de los chilenos durante los ocho días posteriores fue francamente provocativa.

Al domingo siguiente, los miembros de la Liga se juntaron nuevamente para celebrar el octavario de su fundación.

Don Roberto Rodríguez, junto con comunicar a la subprefectura la hora y lugar en que se verificaría la asamblea, envió una breve nota al señor Apodaca, invitándolo a concurrir a ella, convite que el subprefecto rechazó, tratando de conservar la compostura ante el enviado de la Liga. Pero la ira y el despecho lo consumían. Con órdenes secas volvió a formar su dotación de guardias y la hizo esperar arma al brazo.

Sería poco más de las once de la mañana cuando, repentinamente, se oyó en el centro del pueblo un clamoreo violento.

El subprefecto Apodaca, intrigado, salió al corredor del cuartel, justo en el momento en que entraba por la puerta principal un guardia a todo correr.

—¡Los chilenos están asaltando a un grupo de bolivianos! —gritó jadeante.

—¿Dónde? ¿Cómo ha sido? —saltó el jefe de la policía.

—Frente a la cantina de Liborio Retamales, señor prefecto. Varios chilenos salían escandalizando de esa cantina y se estrellaron con un grupo de bolivianos que pasaba. Algo se dijeron y de las palabras saltaron a los hechos. ¡Y en estos momentos, señor

subprefecto, están tramados en una pelea descomunal!

El subprefecto no esperó más. Era la oportunidad de restablecer el dominio de su autoridad. A la carrera cruzaron sus guardias el pueblo y enfilaron hacia la calle en que se producían los tumultos.

Pero el aviso también había llegado a la panadería de Neves. Un minero irrumpió en la sala atestada, gritando:

—¡Están pegándole a un grupo de chilenos!… ¡Los bolivianos atacan a nuestros compatriotas!

Como un tropel de potros, los mineros se lanzaron a las puertas y se desbordaron en la calle.

Don Roberto Rodríguez y Julio Riesco trataban de contenerlos, pero no podían hacerse oír. Confundidos en la baraúnda salieron de la panadería y fueron empujados en dirección a la cantina, frente a cuya entrada se veía el pelotón de hombres que se batían a puñetazos, pedradas y garrotazos.

Por una desventurada casualidad, los chilenos que salían de la panadería y los guardias que venían de la subprefectura entraron en la calle por los extremos opuestos, dejando entre las dos fuerzas al grupo de los que peleaban. Por esta causa no se vieron.

El subprefecto llegó con sus guardias a treinta metros del tumulto y les ordenó desplegarse y apuntar sus fusiles. Los chilenos envolvían a los bolivianos, ofreciendo sus espaldas a la dotación policial.

Dominado por la nerviosidad, el subprefecto no reflexionó. Olvidando que su deber era mezclar sus hombres entre los que reñían y restablecer el orden, sólo atinó a dar dos órdenes:

—¡Apunten!… ¡Fuegooooo!

El estampido de los treinta fusiles apagó todo otro ruido. Varios gritos de dolor brotaron como un alarido y la masa de combatientes se rompió, diseminándose los peleadores a la desbandada.

Pero muchos quedaron inmóviles, con las cabezas vueltas con un gesto de asombro hacia los fusileros.

El centenar de chilenos que saliera de la panadería detuvo su avance. Entonces el subprefecto los vio. Se quedó alelado y rápidamente dio orden a su gente de volver a cargar los fusiles.

En ese instante, uno de los mineros se agachó y miró a los caídos. Cuando irguió su cuerpo, había en su rostro una expresión de odio tan reconcentrado que Apodaca retrocedió

inconscientemente. El minero grito con furia:

—¡Mataron a Eliseo Arriagada!…, ¡Miren! ¡Mataron a Eliseo Arriagada y dejaron moribundos a cuatro compañeros más!

Un rugido sordo brotó del grupo de chilenos. Avanzaban paso a paso, en línea, como una aplanadora que abarca la calle de una acera a otra.

El minero del centro seguía gritando:

—¡Mataron a Eliseo! ¡Nunca había abierto la boca contra ellos y lo mataron!

De la fila de hombres que avanzaban surgieron varias voces:

—¡Justicia de una vez por todas! ¡Mueran los traidores!

Casi simultáneamente, las manos fueron a las fajas y se elevaron en el aire, blandiendo los corvos mineros.

Apodaca se estremeció y blandió su sable, gritando:

—¡Deténganse!… ¡Deténganse o dispararemos!…

La masa humana seguía acercándose inexorable.

Apodaca se desesperó, perdió toda cordura. Aterrado corrió a un extremo de la fila de sus hombres y ordenó:

—¡Atención…, apunten!…

La hilera de fusiles se enfocó contra los pechos de los mineros. Pero, en ese preciso momento, a espaldas de los guardias se alzó una voz autoritaria:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deténganse, compatriotas! —Y un hombre corrió por el costado de los guardias y se interpuso entre éstos y los mineros.

Era el cónsul Villegas que llegaba de Antofagasta. Al escuchar los disparos había corrido, llegando a tiempo para detener la matanza.

Al mismo tiempo, don Roberto Rodríguez y Julio Riesco lograban romper la fila de los mineros y se interponían también ante los fusiles.

Conteniendo a los mineros más decididos con sus propias manos, consiguieron detener su avance. El cónsul gritaba, haciéndoles ver que sería aquella una matanza estéril, que nada podían los puñales contra los fusiles.

—La hora no ha llegado todavía —agregaba—. Yo les prometo que la muerte de Eliseo Arriagada y las heridas de estos otros compatriotas serán vengadas…

Con los fusiles en ristre y retrocediendo en ordenada hilera, los guardias de Apodaca aprovecharon aquella pausa para retirarse.

Por su parte, el cónsul y los dirigentes de la Liga se apresuraron a exigir a los mineros que abandonaran las calles, asilándose en las casas o yéndose de Caracoles los que vivían en otros poblados o minas.

Al caer la tarde, un aire de tragedia flotaba sobre el mineral.

La noticia de lo ocurrido corrió por el territorio con rapidez increíble, repercutiendo en Antofagasta como el estallido de una carga de dinamita.

Las versiones dadas sobre la impotencia de la multitud frenética de venganza enardecieron a los chilenos, El nombre del minero muerto llegó a mencionarse como el de un mártir de la causa reivindicacionista.

Por su parte, el prefecto Severino Zapata adoptó febriles medidas de seguridad. Ordenó inmediatamente al coronel Juan Granier, de guardia en Mejillones, que trasladara a mata caballo a sus treinta y cuatro fusileros a Caracoles. Como al día siguiente se realizarían los funerales del obrero Arriagada, temía el estallido de un motín.

Alberto Cobo, después de ver cruzar Antofagasta a los guardias de la prefectura, en dirección a Mejillones, llevando la orden de traslado a los fusileros de Granier, se dirigió apresuradamente al Hotel Comercio. Comprendía que sí los dirigentes de la Liga lo precisaban, lo buscarían allí. Y así fue.

Nervioso e inquieto, terminaba de cenar, cuando hizo su aparición en el comedor Julio Riesco. Venía sucio y demacrado por el cansancio. Sin hablarle le hizo un gesto, indicándole el reservado donde se habían reunido otras veces.

No terminaba Cobo de cerrar la puerta, cuando Riesco le espetó:

—¡Alberto, ha llegado el momento! Don Roberto Rodríguez me ha ordenado que encargue armas a Valparaíso.

—¿Armas ya?…

—Sí; ha llegado la hora de actuar. El proceder de los bolivianos en Caracoles lo exige.

Cobo frunció el ceño. La noticia le producía una desazón terrible; los hechos se precipitaban.

—Pero ¿quién puede proporcionarnos armas secretamente? —

preguntó en voz baja.

Inclinándose hacia él. Riesco le confió el secreto.

Desde la revolución que promovió el coronel Quevedo en Bolivia y que abortó antes de llegar a la lucha, quedó en Valparaíso, en poder de la firma Phillips Brothers, un stock de armas destinadas a ese caudillo. Éstas eran las que el señor Rodríguez estaba en situación de conseguir.

—En el primer barco que pase hacia el sur —concluyó Riesco— enviaré un mensaje en clave, pidiendo que nos despachen cincuenta fusiles Comblain, con las correspondientes municiones.

Alberto no concebía el éxito de un procedimiento tan simple. ¿Cómo recibirlas bajo las barbas de la policía boliviana?

—El cargamento se enviará disimulado en fardos de pasto consignados a Antonio González, proveedor de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta» —le explicó su amigo.

—¿Y qué haremos una vez en posesión de ellas?

—Las conduciremos de noche a una de las minas centrales de Caracoles, en la que se concentrarán los hombres cuando se dé la señal. De ahí ha de partir el batallón que libertará el litoral. Los caminos entre Caracoles y Antofagasta serán cortados y vigilados por nuestros hombres, y tan pronto los mineros de Caracoles hayan dominado a los guardias bolivianos en ese lugar, avanzarán sobre este puerto. Nosotros, entretanto, nos habremos apoderado del cuartel, y esperaremos a los compañeros del interior para dar término a la labor.

Cuando Riesco se marchó, Alberto sintió una pesada depresión. Aquel plan de la Liga era la revolución, abierta, franca. Presentía que la dominación de Antofagasta y del desierto no iba a ser fácil. Y el pensar en la sangre que costaría lo desazonaba profundamente.

A la mañana siguiente, cuando entró en el comedor para tomar su desayuno, don Amadeo, deteniéndolo unos instantes del brazo, le susurró al oído:

—Mañana, a las diez de la noche, en casa de doña Chayo Martínez, Riesco dejó este mensaje.

Cobo atrancó fuertemente su puerta y su ventana aquella noche, y durmió con el revólver debajo de la almohada. El día siguiente lo pasó en la oficina, temeroso de ser arrestado en la calle. Y a las diez en punto de la noche se presentó en la casa de doña Rosario.

La puerta le fue abierta antes de golpear. Tras ella lo esperaba Menche. Sus ojos relucían en la negrura, agrandados por la nerviosidad.

Cruzaron casi toda la casa y fueron a detenerse frente a la puerta del último cuarto, que daba al patio.

—Sólo ha llegado don Julio —murmuró Menche, acercando su boca a un oído de Cobo. Luego se alejó en la oscuridad.

Minutos más tarde llegaron en un coche don Roberto Rodríguez, Recaredo Almarza y Antonio González; y a pie, dos mineros. Riesco los presentó. Uno era un hombre joven, de rostro inteligente y decidido; se llamaba Carlos Hormazábal. Junto con su compañero, José Cuevas, un robusto cateador de mayor edad, habían sido comisionados por los mineros de Caracoles para llevar un mensaje a los dirigentes de la Liga.

—Nuestros compañeros quieren lanzarse a la lucha mañana mismo —transmitió Hormazábal nerviosamente—. La efervescencia por la muerte de Eliseo Arriagada los domina. Se ha convenido en asaltar el cuartel de policía después de los funerales. Seguramente se reunirán unos tres o cuatro mil hombres.

—Necesitamos saber antes la opinión de ustedes —terció el segundo minero—. Este paso representa una alteración de los planes anteriores.

—Lamento haberme venido de Caracoles —repitió don Roberto, pasándose las manos por el cabello canoso—. De haber participado en las deliberaciones posteriores, no haría permitido una idea tan, tan impracticable. ¡Es simplemente una locura, amigos!

—¿Por qué? ¿Por qué, patrón? —lo interrumpió el cateador.

—Esta tarde ha despachado el prefecto Zapata al coronel Granier con treinta y cuatro fusileros hacia Caracoles, para reforzar la dotación de Apodaca. Llevan, además de su armamento, una ametralladora pesada. En cambio, ustedes no tienen, salvo uno que otro revólver, ni un miserable fusil, ni balas. ¿Que van a hacer los puñales frente a los fusiles y a una ametralladora?

Todos comprendieron que tenía razón. Había que postergar las iniciativas bélicas hasta que llegaran las armas.

—A propósito de las armas —interrumpió repentinamente Cuevas—, ¿el coronel Carrasco y el doctor Cabrera están impuestos de su llegada?

—Desde luego —afirmó Rodríguez, con gesto de preocupación —. Ellos conocían el derrotero para conseguirlas, por haber actuado en la abortada revolución de Quevedo.

—No me gusta nada eso —reflexionó el cateador—; especialmente que lo sepa el coronel. Es un fanfarrón que parece haber tomado nuestra lucha por su cuenta. Además, está rodeado de bolivianos de cuyo convencimiento no se tiene ninguna garantía.

El señor Rodríguez se había hecho ya esa misma reflexión; asintió, preocupado.

Todos comprendieron la gravedad del peligro. Si las autoridades bolivianas llegaban a enterarse de aquel encargo de armas y se apoderaban de ellas, tendrían el motivo para condenarlos por atentar contra la soberanía, las autoridades y las leyes de Bolivia. Ello acarrearía una persecución brutal contra todos los chilenos, la muerte de muchos, la expulsión del resto y la pérdida definitiva de sus posesiones en el litoral.

—Debemos postergar toda acción inmediata —resumió Rodríguez—. Hay que esperar hasta que tengamos las armas.

—Va ser difícil contener a los compañeros de Caracoles —reflexionó el cateador—. La muerte de Arriagada y las heridas de los otros los han enardecido. Si los gendarmes bolivianos llegan a mostrarse en los funerales de mañana, se va a armar la grande.

—Hay que evitarlo a toda costa —insistió don Roberto—, aunque sea preciso avisar al propio subprefecto Apodaca para que acuartele sus tropas. Además, enviaremos una carta a nuestro compatriota Marcos Latham para que hable a los mineros, instándoles a esperar.

Cobo hizo ver sus dudas de que pudieran cruzar hasta Caracoles, con todos los caminos patrullados por soldados de Zapata.

Los mineros sonrieron.

—La pampa tiene miles de senderos ignorados —sentenció el más joven—. Tendrían que ser brujos los policías bolivianos para pillarnos. Descuiden, llegaremos al amanecer.

Todos les estrecharon las manos y los vieron salir apretándose las fajas, como quien se dispone a una larga galopada.

Media hora más tarde, los demás fueron saliendo, de a uno, regresando a pie Antofagasta.

La medida de pedir al subprefecto Apodaca que mantuviera a

sus guardias en los cuarteles, unida a las instrucciones que se enviaron a los mineros, evitaron incidentes en los funerales de Eliseo Arriagada.

Una enorme multitud silenciosa y sombría acompañó los restos hasta el humilde cementerio del mineral. Ya de regreso, salieron de la columna esporádicos grito contra los guardias, pero la masa minera se mantuvo disciplinada y obediente a las consignas de sus cabecillas.

No obstante, reinaba la impresión de que esa pasividad no era sino una prórroga del estallido que habría de desatarse pocos días después.

6

Los días siguientes transcurrieron en una engañosa quietud. El prefecto Zapata los veía pasar con creciente nerviosidad.

Corridas dos semanas, el cansancio fue aflojando sus nervios y llegó a pensar que habían juzgado exageradamente la importancia de la rebeldía; pero una tarde, sorpresivamente, le anunciaron la llegada del subprefecto Apodaca. Cuando hizo su entrada, era visible la excitación que lo dominaba.

—¡Los chilenos han encargado armas a Valparaíso! —gritó desde la puerta—. He conseguido informaciones confidenciales de los propios conjurados.

El prefecto dio un salto y se enfrentó con su subalterno, exigiéndole una explicación detallada.

—Compatriotas nuestros relacionados con el traidor Carrasco me comunicaron que los dirigentes de esa misteriosa Liga han pedido armas a Valparaíso, las que deben llegarles en algunos días más —aclaró de un tirón el jefe policial de Caracoles.

El prefecto dio un puñetazo sobre el escritorio y cubrió de maldiciones a todos los chilenos avecindados en el litoral.

Apodaca, amedrentado, proseguía dando su cuenta.

El coronel Carrasco, con algunas copas de aguardiente, se había pavoneado ante varios bolivianos del poder que él alcanzaba en la Liga. Y ya lanzado en el terreno de la fanfarronería, no tardó en delatar el propósito de dominar Caracoles y Antofagasta, terminando por revelar el envío de las armas. Afortunadamente, un chileno que lo escuchó pudo callarle antes de que confesara la forma en que éstas llegarían a Antofagasta.

Pero el prefecto Zapata y su subalterno Apodaca no les sería difícil determinar cuál era la vía por donde podían llegar esas

armas.

—La única que pueden utilizar —expuso Apodaca— es la de los vapores que vienen del sur, y las embarcarán con designación falsa.

—¡Desde luego! No van a embarcar armas con la declaración de tales. Seguramente serán consignadas a algún chileno de confianza como mercadería corriente.

Las deducciones ulteriores eran simples y surgieron solas. Hombres de confianza del prefecto partieron al puerto de Mejillones con la misión de revisar toda carga consignada a chilenos y la misma precaución se dictó para Antofagasta. Por sí acaso, se enviaron patrullas montadas a custodiar los caminos que conducían a Chile a través del desierto, aun cuando se sabía que era punto menos que imposible pasar armas por el desierto de Atacama.

Después de ver cumplidas todas sus disposiciones, el prefecto Zapata se sentó a esperar en su cuartel.

Los conjurados, ignorantes de que sus gestiones estaban en conocimiento del jefe policial, aguardaban cada día con renovadas esperanzas la llegada del barco.

Por fin, una tarde, Julio Riesco entró a paso vivo al Hotel Comercio.

Cobo no tuvo tiempo de preguntarle nada, porque Riesco, tan pronto entró en el cuarto, lo tomó de un brazo y lo llevó a la ventana:

—Mire la bahía —dijo.

En el fondo de la herradura, como un juguete minúsculo, se divisaba un velero.

—Es el «Magdalena» —le confirmó Riesco—. Lo estuve mirando con catalejo desde las ventanas de la «Compañía de Salitres», y, además, es el único barco del sur que entra hoy.

—¿Es el trae las armas? —preguntó Alberto, muy nervioso.

—Exactamente. Al anochecer habrá entrado en el puerto, y mañana podrá retirar las armas nuestro amigo González.

Cobo miraba por la ventana sin hacer comentarios. El cielo estaba completamente gris y una ventolina helada correteaba nubes bajas. El mar zumbaba sonoro y rítmico, sacudiendo la costa con latigazos de espuma. No era preciso ser marino para interpretar esos síntomas. El mar iría poniéndose más bravo.

—Cuando se embravece, los barcos tienen que mantenerse fuera

de la bahía hasta que amaina —reflexionó Cobo—. Y eso suele demorar dos o tres días.

Los dos amigos se quedaron unos instantes contemplando el velero. Habría que esperar hasta que se calmaran las olas. Pero el «Magdalena» al alcance de la vista hacía esta espera más inquietante. Los fardos de pasto podían ser hurgados; las armas, descubiertas.

Los dos chilenos decidieron permanecer juntos, por sí el barco entraba a la bahía y procedía a descargar.

Pero el viento arreció al caer la noche y las olas crecieron. A la hora de cenar, se divisaban vagamente las luces de posición del velero, a la gira frente a la bahía.

Riesco y Cobo se acostaron tarde y sé levantaron al amanecer. La camanchaca estaba disipándose cuando se encaminaron a la costa.

Los fleteros estaban ya en sus botes y lanchones, y los cargadores iban llegando con sus caperuzas de saco sobre las cabezas y los hombros.

El «Magdalena» estaba entrando en la bahía, pese a la fuerza de la resaca, y algunos botes le salían al encuentro.

Llegaban ya al final del terraplén de las vías que domina la playa, cuando un hombre les salió al encuentro. Era Antonio González, el chileno proveedor de la Compañía, a cuyo nombre venían los fardos de pasto.

Con el rostro alterado, y extendiendo su diestra hacia el barco, les espetó con voz temblorosa:

—Compañeros, las cosas andan mal. El prefecto Zapata, con varios de sus hombres, se ha embarcado en una lancha y navega hacia el «Magdalena».

Riesco lanzó una mirada hacia el océano. En la mitad de la bahía cabeceaba el velero, y casi junto a él se divisaba una lancha llena de hombres que ascendían por los costados de la nave.

«Si el propio prefecto encabezaba a los guardias —reflexionó Riesco, mientras Alberto miraba por anteojo—, me temo lo peor. Eso querría decir que…».

Pero no alcanzó a terminar, La diestra de Cobo se crispó sobre su manga.

—¡Diablos! —exclamó éste—. ¡Mire!

De un manotón, Riesco alcanzó el anteojo que le alargaban. Se veía claramente la cubierta del velero, y en ella un grupo de guardias rompiendo a barretazos varios bultos grandes, Bastaba fijar un poco más la mirada para percibir que aquellos bultos eran fardos de pasto.

¡Alguien nos delató! —dejó escapar Cobo, mientras González trataba de quitar el anteojo a Riesco, para mirar a su vez.

—Todo está perdido —exclamó Riesco, entregando el instrumento—. Están descubriendo las armas.

—Pero ¿quién?… ¿quién nos denunció?…

—Ya no importa saber cómo se informaron —murmuró Riesco mirando a González, que estaba ensimismado en la observación del velero—. De todos modos estamos perdidos…, y el que corre peligro más inmediato es Antonio, ya que esos fardos vienen a su nombre.

Pese a que habló en voz baja, el referido lo escuchó.

—Me imagino que debo huir de inmediato —dijo—. Si me encuentran me encarcelan… y me fusilan.

—Riesco asumió de inmediato una actitud ejecutiva.

—Tienes que refugiarte entre los demás miembros de la Liga en el desierto —indicó—. Coge un caballo y galopá a Caracoles para comunicar a don Roberto Rodríguez y a los directores de la Liga que ha fallado el asunto de las armas y que hay que prepararse para evitar las represalias de las autoridades. Luego te ocultarás y veremos modo de enviarte en algún falucho a Caldera o Taltal. ¡Parte, parte de inmediato! Tienes una hora de ventaja sobre la policía. Nosotros iremos después a Caracoles. Recuerda: en ningún caso debes entregarte. Zapata no tendrá piedad para ti.

Se estrecharon apresuradamente las manos, y González se alejó, corriendo sobre los durmientes de la vía férrea. Riesco y Cobo lo siguieron al paso para no llamar la atención de la multitud de cargadores, fleteros y hombres de mar que llenaban la playa.

Tristes y ceñudos, los dos chilenos regresaron al Hotel Comercio. El plan de acción fracasaba desde su base, y su falla acarreaba inmensos peligros para todos los que en él participaron.

Llegados al hotel, se encaminaron a sus habitaciones y se armaron. Luego Riesco llamó a don Amadeo y procedió a dictarle mensajes para los chilenos más comprometidos, residentes en

Antofagasta. En general, la consigna era la de no actuar, esperar los acontecimientos con serenidad, ocultar los registros de la Liga y negar enfáticamente todo dato que hiciera posible la incriminación colectiva de sus miembros.

En seguida, los dos jóvenes se dirigieron al consulado. El señor Villegas, después de escucharles con expresión sombría, estuvo de acuerdo en que debía paralizarse toda acción y en que era imprescindible que ambos huyeran cuanto antes de Antofagasta.

No perdieron tiempo en despedidas inútiles. Comprendían que el prefecto ya debía estar en tierra dictando las órdenes de prisión contra ellos. El cónsul les proporcionó caballos y antes de las nueve de la mañana salían al galope hacia Caracoles. Corrían con la certeza de que serían detenidos a la salida del pueblo, pero estaban dispuestos a abrirse paso como fuera. Cuando los caballos asentaron uña en la última cuadra, sacaron sus revólveres y cruzaron el límite del poblado como exhalaciones; con gran sorpresa de ellos, nadie les cortó la salida hacia el desierto.

Durante varias horas cruzaron la ondulada planicie del desierto sin disminuir la velocidad de su carrera. Sólo una vez la detuvieron, para descansar a la sombra esmirriada de un pimiento, único árbol que logra la sequedad de la pampa.

Cuando avistaron el caserío de Caracoles, los caballos jadeaban casi agónicos. Entraron en la callejuela principal al trote, arrastrando las pezuñas.

Riesco y Cobo clavaron los ojos en dirección a la panadería de Neves, sitio de reunión de los chilenos. Se divisaba una masa de hombres agitándose en su contorno.

Los dos jinetes saltaron de sus cabalgaduras y hendieron la multitud, introduciéndose en la panadería. Al entrar en la bodega central, les envolvió un confuso griterío.

Una cincuentena de mineros se desparramaba por sobre las rumas de sacos de harina, por sobre las hileras de barriles de manteca y las bateas del amasado. En el centro, de pie ante una mesa pequeña y sucia, se divisaba a don Roberto Rodríguez, que peroraba a gritos, en un intento inútil de hacerse oír.

Antonio González los divisó y les salió al encuentro, descompuesto.

—¡Felizmente llegan ustedes! Quizás logren contener a estos

desorbitados y eviten que se produzcan las locuras que está proponiendo el coronel Carrasco.

—¿Qué pasa? —inquirió Riesco, abriéndose paso hacia donde estaba el señor Rodríguez.

—Ese boliviano loco pretende lanzar a los mineros a la revolución ahora mismo, pese a la falta de armas.

Habían llegado cerca de Rodríguez y alcanzaban a entender sus palabras.

—… Y debemos volver a empezar, compatriotas —gritaba enloquecido—. Aunque momentáneamente hemos perdido todo, aún nos queda el ansía de defender nuestros derechos. Esperemos con serenidad una nueva ocasión, aunque tengamos que recomenzar cien veces, lo haremos con…

—¡No, no! ¡No debemos esperar más! —rugía una voz, cubriendo por completo las argumentaciones de Rodríguez.

Era el coronel boliviano Carrasco. Se había puesto de pie sobre un montón de sacos, y con la camisa abierta y chorreando sudor, dominaba a la masa de mineros.

—¡Todos estamos ya en calor de guerra! —gritaba—. ¡No debemos esperar más! La pampa entera está templada para la revolución. ¡Tenemos puñales, barretas y hombres! ¡Hombres! ¡Yo, como militar, encabezaré esta revuelta justiciera!

De un salto, Riesco estuvo junto al coronel.

—¡Es una locura! —le gritó, remeciéndolo de una manga—. ¡No es posible que mande usted a los hombres a la matanza, sin armas y sin ninguna posibilidad de éxito!

Pero sus reflexiones llegaban tarde. El coronel había logrado infiltrar en los chilenos el ánimo de lucha, y la violencia llameaba en los ojos de todos.

—No nos van a intimidar treinta y cuatro fusiles, cuando contamos con seis mil hombres decididos —proseguía el orador—. Además, éste será solo el comienzo. Desatada la revolución, el estallido se contagiará a Bolivia y nos veremos secundados y provistos de armas. Bolivia y el litoral necesitan un nuevo jefe, y yo se los ofrezco en la persona del doctor Casimiro Corral. ¡Este antiguo vecino de Caracoles conoce las aspiraciones de los chilenos y sabrá dar satisfacción a ellas!

Rodríguez, Riesco y Cobo luchaban por llegar a las puertas para

impedir el desborde de los hombres. Sujetaban a los más exaltados, intentando hacerlos entrar en razón, pero nadie quería oírles. Se zafaban a tirones y seguían tras el boliviano, gritando:

—¡A la revuelta! ¡Venguemos a Eliseo Arriagada! ¡A la revolución!

Desde la puerta central, el coronel Carrasco vociferó:

—¡Hermanos chilenos, si ustedes me siguen, yo les prometo que el litoral será regido por chilenos, protegidos por Bolivia! ¡A la calle! ¡A mostrar a esos soldados que somos hombres y tenemos el corazón bien puesto!

—¡A la calle!… ¡A la calle!

Un inmenso grito atronó y los mineros se desbordaron por las puertas. Los chilenos que habían escuchado las últimas frases del coronel desde la calle se les unieron y todos avanzaron a la carrera en dirección a la plaza donde estaban los soldados de Granier y el cuartel de la policía de Apodaca.

Los tres chilenos de Antofagasta vieron con sombría impotencia a los mineros alejarse enloquecidos.

A una señal de Rodríguez, los tres corrieron tras ellos. Tenían una vaga esperanza de contenerlos en la plaza. Pero no habían avanzado cien metros, cuando del centro del poblado surgió una atronadora descarga de fusilería. Durante unos segundos, las voces de la multitud se callaron, pero en seguida volvieron a elevarse más iracundas. Una nueva ráfaga de detonaciones no consiguió apagarlas. Desde aquel momento todo se confundió en una baraúnda aterradora.

Raleadas las primeras filas de los mineros, las que seguían atrás siguieron avanzando a pecho descubierto, empujadas por la masa humana que se amontonaba tras ellas.

El destacamento de Granier se replegó con orden, cargando sus fusiles. A los gritos y pedradas de los chilenos respondían con balas. No se perdía un solo proyectil; cada uno tumbaba a un hombre.

Luego, del techo y las ventanas de la subprefectura comenzó a llover una granizada de plomo. La policía de Apodaca tomaba parte en la lucha. Del torreón del cuartel comenzaron a caer los repetidos proyectiles de la ametralladora pesada.

La ola de chilenos se detuvo y se rompió desordenadamente. Los hombres corrían agachados buscando amparo en los escasos árboles

y en los escaños de la plaza. Otros se refugiaban en los quicios de las puertas.

Los fusileros de Granier, parapetados tras la gruesa puerta de la Subprefectura, disparaban con calma y eficacia.

Pronto se vio la desastrosa inutilidad del coraje frente al armamento organizado. Todos los ataques contra el cuartel provocaron una espantosa sangría de muertos y heridos. Los soldados seguían disparando sobre seguro, fuera del alcance de los puñales y barretas.

En las horas que siguieron, la situación se agravó. Muchedumbres de pampinos bajaban a Caracoles a intervenir en la lucha, creyendo que se trataba de la verdadera oportunidad.

El atardecer sorprendió al pueblo en un clima confuso de dolor y espanto. Ninguna ventaja se había obtenido para el bando de los rebeldes, pese a la aplastante superioridad del número. El cuartel permanecía firme e inexpugnable.

Y en las últimas horas de la tarde, el panorama cambió bruscamente. De súbito surgió por el camino de la costa una veloz columna de caballería, y poco más tarde otra de infantería. Frente a la primera venía el prefecto Severino Zapata, quien, informado de la revuelta, requisando cuanta cabalgadura encontró en Antofagasta y reclutando bolivianos civiles, acudió a sofocarla.

La lucha de asedio al cuartel se transformó en una persecución encarnizada de los amotinados.

Los mineros, acosados y perseguidos como fieras, abandonaron el pueblo, lanzándose a los caminos y a la pampa, en grupos desconectados entre sí. La matanza habría sido total de no haber llegado la noche. Sin embargo, durante toda ella se oyeron los estampidos repentinos de los fusiles. Cada descarga significaba el fin de uno o varios mineros, cazados en las hondonadas del desierto.

Riesco, Cobo y Rodríguez, que habían abandonado Caracoles a la llegada de las fuerzas de Zapata, se tapaban los oídos con rabiosa angustia cada vez que oían las detonaciones. Se habían refugiado en la boca de una mina abandonada, a pocas cuadras del pueblo, y desde allí habían asistido a la consumación del descalabro.

El desaliento los aplastaba. La revuelta había fracasado, todo estaba perdido y apenas si quedaban a los chilenos la fuga y el

«sálvese quién pueda».

7

Antofagasta amaneció con la ruidosa apariencia de un día de fiesta. Desde la noche anterior, por disposición de la prefectura de policía, todas las cantinas del pueblo debieron destapar barriles de cerveza frente a sus puertas y escanciar gratuitamente la bebida a todos los pobladores.

Ruidosas turbas paseaban por las calles al son de «yaravíes» y «alegres», portando banderas y vivando a Bolivia y al prefecto Zapata.

Durante todo el día prosiguió el bullicioso festejo. Fuegos artificiales cruzaron el aire al atardecer y al caer la noche comenzó la fiesta en la prefectura. A través de las ventanas se veía al prefecto Zapata, eufórico, acompañado del comisario y sus subalternos, reír alborozadamente frente a un impresionante despliegue de botellas.

En cambio, el barrio de las chinganas, que era el que ordinariamente mantenía el bochinche de las guitarras y las voces hasta el amanecer, estaba aquella noche sumido en silencio. La mayor parte de las mujeres de fondas, cantinas y prostíbulos eran chilenas, y muchas sufrían por los mineros caídos.

De a uno o en grupos, habían ido regresando de la pampa los actores del movimiento subversivo; mustios y rencorosos se habían acogido a la hospitalidad de la Chimba. Se consolaban bebiendo brutalmente, en hosco silencio.

La casa de doña Rosario Martínez estaba igualmente silenciosa.

Apoyado en el marco de la puerta, Perucho, el muchacho de los mandados, contemplaba melancólicamente la calle. Así vio cómo, destacándose de un grupo de ebrios, se acercaba un hombre alto, tocado por un gorro pampino y envuelto en un chamanto desflecado. Venía zigzagueando, con paso torpe que le hacía

tropezar en las irregularidades de la calle.

Al llegar junto a la puerta, se afirmó en la pared, como ignorando al muchacho.

Éste lo observó con curiosidad. El hombre tenía el rostro barbón y sucio de polvo. Repentinamente, lo escuchó hablar.

—¡Perucho! —lo llamaba en voz queda—. ¿No me conoces?

El muchacho le clavó la mirada, buscándole el rostro bajo la sombra del gorro.

—¡Dios santo! —exclamó reconociéndolo—. Pero si es don…

—Chist, chiquillo, cállate! ¿Hay gente adentro?

—Sí, señor, hay unos hombres bebiendo.

—¿Bolivianos?

—No se sabe. Andan muchos bolivianos disfrazados, mezclados con los cargadores del puerto.

—Me lo temía. ¿Y la Menche?

—Está adentro, en la cocina.

—Ve y llámala. Pero con todo secreto, Perucho.

El muchacho pensó unos segundos inmóvil.

—Oiga, señor —le propuso al fin—, los clientes están en el comedor y en la cantina. Pase usted derecho por el pasadizo y se mete en el dormitorio de doña Chayo. Yo le llevaré allí a la Menche.

El hombre le obedeció bamboleándose. Nadie se preocupó de él y pudo llegar al fondo del pasillo. Entonces recobró la firmeza y abriendo una puerta se coló en la obscuridad de una habitación, encerrándose al momento.

Pronto sintió unos pasos leves. Giró la tosca falleba de la puerta y crujieron suavemente sus goznes. En el hueco se recortó la figura de Menche.

El hombre la atrajo de los brazos hacia el interior, volviendo a cerrar la puerta tras ella:

—Menche, soy yo.

—¡Don Alberto! —musitó ella con voz temblorosa—. ¡Don Alberto! —repitió acongojada—. ¡Qué miedo hemos tenido por usted! ¿Qué le ha sucedido?

En la oscuridad, sus manos pequeñas se alzaron hasta el rostro del hombre, como para comprobar su identidad o en una caricia irresistible y velada.

—¡Dios santo, cómo viene usted! —dejó escapar.

—Hace días que vagamos como fieras perseguidas, Menchita. Hemos venido a Antofagasta, porque es el único sitio donde podemos hallar medios para huir a Chile por mar.

—La policía los ha buscado todos estos días —recordó la muchacha con alarma—. Han allanado esta casa dos veces y la rondan continuamente.

—Me iré pronto. Tengo que reunirme en la casa de un argentino, dueño de un falucho pesquero, con don Roberto Rodríguez, Julio Riesco, Antonio González y dos chilenos más.

—¿A qué hora?

—A medianoche. La casa está cerca de la bahía. De ahí nos escabulliremos al embarcadero donde está el falucho. Pero antes necesito procurarme dinero con el cónsul Villegas, retirar mis ropas y documentos del hotel.

—Descuide, don Alberto —afirmó la muchacha—. Yo me ocuparé de todo. Enviaré a Perucho al hotel y al consulado. Mientras tanto, debe usted comer algo y descansar. Tiéndase en la cama de doña Rosario. Ya vuelvo.

Alberto se dejó caer en la cama. Lo abrumaba el desaliento. Su aventura antofagastina estaba terminada y con ella habían muerto sus planes y esperanzas. Volvería a Santiago derrotado. ¿Qué diría Leonora? ¿Tendría ánimo para relatarle sus fracasos, sus humillaciones?

Menche no tardó en regresar. A tientas buscó la mesa y depositó en ella un tintero y papel. Prosiguió hacia la cama, llevando una botella encaperuzada por un vaso. La dejó en el velador.

Alberto no había cambiado de posición, siguiéndola en la oscuridad, por los ruidos, hasta que el crujido de su vestido estuvo junto a su cabeza. Adivinaba el sobresalto íntimo de la mujer y la vibración de sus nervios se le contagiaba como si hubiese estado tocándola. La sintió raspar un fósforo, y sin pensarlo, levantó sus manos y asió las de ella, sujetándoselas.

—No encienda, Menche. Prefiero estar a obscuras.

—¿Qué tiene usted, Alberto? —balbuceó ella.

—Estoy desazonado. He ido de fracaso en fracaso; me siento solo, perdido. Si no me hubiera mantenido la esperanza de encontrar en esta casa una palabra de afecto y de aliento, me habría dejado morir en la arena caldeada.

—Alberto, por Dios, nosotros estábamos esperándolo…, día a día… ¡No podía usted dudar!

Cobo levantó la cabeza y con un gesto casi violento atrajo las manos de la mujer hasta su boca y las besó apretadamente, sintiendo una sensación dolorosa de consuelo.

Entonces, súbitamente, ella libró una de sus manos y deslizándola por las mejillas del hombre, se inclinó sobre él y le abrazó la cabeza, estrechándola contra su pecho.

Alberto sintió el golpear del corazón de Menche, aturdiéndole las sienes, y el olor y el calor de su cuerpo. Los labios de la muchacha resbalaban por su frente, buscándolo, llamándolo.

Un par de horas más tarde, Perucho regresaba después de realizar su misión.

Alberto estaba solo.

—Don Alberto —exclamó el muchacho tan pronto entró—, va a tener que irse usted al momento, si no quiere que lo agarren los guardias. Viene una ronda para acá.

Cobo se puso de pie y se guardó el sobre y el dinero que el niño le entregaba.

Menche, que había oído desde la puerta, se acercó inquieta.

—Salga pronto, Alberto —lo urgió—. No vayan a pillarlo aquí los bolivianos. Yo iré al hotel a buscar sus cosas y se las llevaré a la casa del argentino. No tenga cuidado por mí; una mujer pasa inadvertida. Márchese, por favor.

Lo tomó de una mano y lo guió por el pasadizo hacia la calle. La casa estaba silenciosa; sólo en la cantina se oían las voces de dos hombres que bebían.

La muchacha abrió la puerta de calle con sigilo.

—Salga —susurró—. No se ve a nadie; todo está obscuro. ¡Sálvese, por caridad… y vuelva algún día, pero no se exponga inútilmente!

Cobo se embutió el gorro y se envolvió en el viejo chamanto, cubriéndose la mitad del rostro.

Hasta luego, Menchita; nos despediremos en la casucha del argentino —susurró saliendo.

Vacilando como un borracho, el santiaguino se alejó hacia el centro del pueblo. Llevaba la diestra bajo la faja, oprimiendo la cacha del revólver. Pero nadie le salió al encuentro. Soslayando el

pueblo, eludió las calles principales, donde aún se oía bullicio. Sólo en una o dos ocasiones divisó algunos grupos de hombres que vagaban semiborrachos buscando sus casas o donde terminar la juerga. Alberto, oculto bajo su atavío pampino, pasó inadvertido y pudo llegar hasta las vecindades del puerto. Por último, se escurrió en una corta callejuela, hasta enfrentar un obscuro bodegón. Golpeó con sigilo y esperó. Transcurridos unos segundos, una voz le preguntó algo desde el interior. Cobo dio su nombre y la entrada le fue franqueada.

Alumbrados por una vela, sus compañeros le esperaban. Estaban todos, menos don Roberto Rodríguez. Una voz le informó que se encontraba en el interior, con el patrón del falucho. Él no los acompañaría a Chile, sino que intentaría dirigirse a un puerto peruano.

Cobo dejó sobre la mesilla la carta y el dinero enviados por el cónsul.

—¿A qué hora partimos? —preguntó.

—Después de medianoche —contestó Riesco—. El falucho está anclado al sur del embarcadero, a pocos pasos de la playa, y a esa hora no hay guardia.

Momentos después apareció Rodríguez. Era el único que vestía sus ropas habituales. Todos los demás lucían trajes de barreteros, como Alberto, y estaban tan sucios y barbones como él.

Leyeron la carta del cónsul, en la cual éste les daba su despedida, prometiéndoles cautelar los intereses de cada uno de ellos.

Revisaron después sus armas y el señor Rodríguez les repartió algunas balas. Hablaban poco y preguntaban a cada momento la hora a Riesco, que era el único que conservaba su reloj. Rodríguez estaba repartiéndoles el dinero, en porciones iguales, cuando Antonio González, que montaba guardia, avisó alarmado:

—¡Chist, alguien viene hacia acá!

Todos se pusieron de pie. Riesco apagó la vela.

—Es una mujer —aclaró González, aliviado.

—La Menche —supuso Alberto.

Efectivamente era ella. Venía jadeante desde el Hotel Comercio. Se apoyó sin rubores en el santiaguino, enlazándolo por la cintura. Alberto le cubrió los hombros con su brazo.

—Traigo sus documentos, Alberto —aclaró—, y estos víveres que les mandó don Amadeo para el viaje. Les desea un feliz arribo a territorio chileno.

—¿Vio usted grupos sospechosos por las calles cercanas, señorita? —averiguó Rodríguez.

—No, señor; la gente se ha vaciado por el lado de la prefectura. Creo que podrán ustedes alcanzar la playa sin peligro.

El patrón del falucho, un argentino corpulento, recogió el paquete con víveres y se encaminó a la salida.

—Nos reuniremos en el costado sur del embarcadero —indicó—. Yo iré adelante para levar el ancla y preparar la vela. Ustedes tendrán que vadear un poco y quizás llegar a nado al falucho. La marea está crecida.

Abrió la puerta con cuidado y se perdió en la obscuridad. Antonio González y los dos chilenos que habían venido desde Caracoles lo imitaron.

Don Roberto Rodríguez les estrechó fugazmente las manos.

—Yo los despediré aquí. Permaneceré oculto hasta la vuelta del patrón con su falucho. Quizás, más tarde, tengan noticias mías, enviadas desde el Perú. No pierdan las esperanzas, amigos míos.

Haciéndole gestos de adiós, fueron saliendo todos. Cobo se quedó el último.

—Tú te quedas aquí, Menchita —dijo a la muchacha, que se disponía a salir tras él—. Adiós, chiquilla, y gracias por todo.

Menche se abrazó a él temblando. Alberto la tomó de los hombros y la separó suavemente, aunque con firmeza, entregándola al señor Rodríguez. En seguida salió, cuidando pisar sin ruido.

El cabecilla chileno cerró el portón y llevó a la muchacha hacia el interior.

—¡Pobre niña! —le decía—. No se angustie. Alberto volverá algún día.

Volvió a encender la vela. Después se sentó, contemplando a la muchacha, que lloraba quedamente. No hallaba qué decirle. Iba a repetirle las frases de consuelo habituales, cuando, bruscamente, un disparo desgarró el silencio. Los dos se pusieron de pie. ¡Tres! ¡Cinco! ¡Diez disparos se sucedieron vertiginosamente!

—¡Los han sorprendido! —exclamó Rodríguez, ahogado.

Menche exhaló un grito sordo, y corrió desatinada hacia el

portón.

El caballero saltó para contenerla; pero ella, de un manotón, descorrió el picaporte y se perdió corriendo por la calle que llevaba a la playa.

Rodríguez desenfundó un gran revólver y echó a correr, siguiendo a la muchacha, cuyos pasos se oían en la obscuridad.

El grupo de chilenos había sido sorprendido cuando llegaba al término de la calle, allí donde ésta se ensanchaba para vaciarse en la playa. Antonio González y los dos chilenos que marchaban adelante se precipitaron demasiado. Como vieran al patrón argentino adentrarse en la playa, desecharon las precauciones y entraron a la carrera al terreno despejado. No habían alcanzado a correr veinte pasos cuando, desde una lancha volcada boca abajo, surgió un fogonazo. Se detuvieron atontados, sin atinar a huir en ninguna dirección.

Desde la esquina de la última casa, Riesco y Alberto los vieron luego caer acribillados.

El argentino quiso llegar a todo escape hasta el agua para sumergirse en ella. Pero, en la orilla misma, se puso en pie una hilera de guardias. El patrón del falucho lanzó un alarido de espanto y giró sobre sus talones para volver al pueblo.

Los dos chilenos, desde el amparo del muro, oyeron el grito casi junto con la descarga de los fusiles. El argentino dio un salto y cayó de bruces, retorciéndose. Se alzó sobre las rodillas y las manos y corrió en cuatro pies, profiriendo angustiosos sollozos. Una prolongada descarga lo tumbó nuevamente, pero volvió a ponerse a gatas, gritando siempre.

La hilera de fusileros avanzó hacia él, a la carrera; los guardias parapetados tras la lancha abandonaron su refugio y convergieron también sobre él.

Cobo y Riesco no pudieron contenerse y empezaron a disparar sus revólveres. Uno de los guardias rodó alcanzado y los demás se detuvieron. A los disparos siguientes de los chilenos, retrocedieron a sus refugios, ignorantes del número de sus, atacantes.

En ese instante, del fondo de la calle llegó el ruido inconfundible de una patrulla de soldados avanzando a todo correr.

—¡Estamos cercados! —exclamo Alberto.

No pudo oír la contestación de su compañero, porque los fusiles

de los guardias de la playa se descargaban sobre el argentino, que aún se arrastraba en la arena.

Después de la descarga que lo ultimó, se produjo un profundo silencio, roto sólo por los pasos de la patrulla que se acercaba al trote.

Alberto sintió la mano de Riesco tironeándole de la manga, mientras le hacía ademán de cruzar la calle agachado.

—Ya nada podemos hacer por el argentino —le oyó decir en su susurro—. Salvémonos escurriéndonos por la esquina hacia el otro extremo del embarcadero. Los guardias de la playa no nos han visto y no saben cuántos somos.

Era la única salida que les quedaba. Si lograban atravesar la calle sin ser vistos por los guardias de la playa y los que avanzaban por la calle, lograrían esfumarse en el silencio.

—¡Vamos! —determinó Cobo, agachándose también.

Pero en aquel mismo segundo, un grito sobrecogedor se levantó en alguna parte de la calle:

—¡Alberto!… ¡Alberto!…

Menche se acercaba corriendo por el medio de la calle, desatinada, enloquecida. Había dejado caer su rebozo en la carrera y su blusa clara resaltaba en la obscuridad.

Era inexplicable que los guardias que convergían en su misma dirección, no le hubiesen disparado.

Cobo no vio más que ese peligro. A saltos le salió al encuentro y la arrastro rápidamente en la dirección que habían acordado con Riesco. Éste, tomado de sorpresa, vaciló unos segundos y luego emprendió la carrera, en seguimiento de sus compatriotas. Atravesaba la calle, diez pasos más atrás que Cobo y la mujer, cuando se descargaron los fusiles de los guardias de la playa. Riesco se detuvo, se levantó bruscamente sobre la punta de los pies, y alzó los brazos estirados sobre la cabeza.

—¡Cobo!… —alcanzó a gritar, y cayó retorciéndose.

Todo había ocurrido rápidamente; cuando Alberto volvió la cabeza, su compañero ya estaba tumbado, agonizando. El santiaguino adosó a la muchacha al muro, de un empujón, y regresó junto a Riesco. Lo volvió cara al cielo y, comprobando que aún vivía, lo asió de los brazos y quiso arrastrarlo al amparo del muro. Pero los bolivianos estaban ya demasiado cerca. Dispararon al

mismo tiempo.

Alberto cayó sobre una rodilla. Menche lo vio, aterrada, inclinarse sobre su amigo. Luego, con doloroso esfuerzo, se puso nuevamente sobre sus pies y siguió tirando de los brazos a Riesco.

Sonó un tiro, uno solo, disparado desde el fondo de la calle. Había sido hecho con calma y cuidadosamente dirigido.

Alberto aflojó los brazos de su amigo, se irguió bruscamente, llevándose las manos a la cabeza, y cayó a plomo, cruzado sobre el cuerpo de Riesco.

Menche exhaló un grito desgarrador, corriendo hacia los caídos:

—¡Alberto! ¡No, por Dios! ¡Alberto, no!

Se arrojó de rodillas junto a los cuerpos y levantó desesperadamente la cabeza de Cobo. Tenía éste una enorme herida en un lado del cráneo y la sangre le brotaba en abundancia.

—¡Mírame, mi vida!… ¡Alberto, mi amor! ¡Virgen Santa, sál…!

La muchacha no alcanzó a terminar sus quejas.

Los fusiles bolivianos volvieron a hacerse oír. De ambos extremos, de la playa y del fondo de la calle, las dos patrullas disparaban sobre el montón confuso de rebeldes. En la obscuridad no podían precisar cuántos eran ni en qué estado se encontraban; disparaban, pues, sobre la mancha que formaban en la mitad de la calle. Sus disparos repetidos se ensañaban en los cuerpos inmóviles.

Menche estaba doblada sobre Cobo cubriéndole con su cuerpo el torso y la cabeza.

Cuando los bolivianos fueron acercándose cautelosamente junto al montón que formaban Riesco, Cobo y la muchacha, sólo se oía un pavoroso gorgojear. Era la sangre de los tres chilenos que, al caer, formaba barro púrpura con la arena.

Desplegados a lo ancho de la calle, los guardias fueron llegando a corta distancia de los cadáveres. Los de la playa arrastraban tras ellos los cuerpos del argentino, de González y de los dos chilenos que lo acompañaban.

Avanzando con recelo, se detuvieron a pocos pasos y enfocaron sus fusiles contra el hacinamiento de cuerpos. Luego, uno que mandaba dio una orden a otro para que se aproximara a investigar. Pero, en el momento en que el subalterno se disponía a cumplir la orden, resonó en la bocacalle un formidable estallido y uno de los guardias cayó fulminado.

Todos se volvieron hacia la esquina y corrieron diseminándose en busca de refugio.

Un segundo disparo volvió a iluminar la obscuridad y otro de los policías rodó herido.

Más ya los guardias se habían dado cuenta de que quien los atacaba no era más que un solo hombre…, cuando mucho dos. Avanzaron calle arriba, apegados a los muros, disparando sus fusiles.

Por causa de la confusión, nadie pensó en dejar un guardia junto a los caídos. Súbitamente dos sombras se despegaron de la esquina de la calle, por el lado de la playa. Corriendo en la punta de los pies, se allegaron al primer montón de cadáveres, sobre el cual se destacaba el cuerpo del patrón del falucho. De una mirada los identificaron y corrieron al segundo grupo, sobre el cual yacía Menche.

Con expresión de profundo dolor y odio, las dos personas se inclinaron sobre la muchacha y la tendieron a un lado. Era don Amadeo, dueño del Hotel Comercio, y el muchacho lavacopas del mesón.

—¡Pobre muchacha! —masculló entre dientes el corpulento hombretón.

—¡Don Amadeo! ¡Don Amadeo! —dejó escapar el muchacho, escalofriado por la impresión. Su mano indicaba los despojos de Cobo y hacía esfuerzos por explicar algo; el hotelero había oído también. Era un ruido inconfundible: el estertor de un agonizante.

Don Amadeo apegó una de sus orejas al rostro de Alberto.

—¡Rápido, chiquillo! —ordenó categórico—. Trota adelante, vigilándome el camino. Don Alberto está agonizando. Que al menos no muera en la calle, como un perro. ¡Camina! Yo lo cargaré en mis hombros. Don Roberto Rodríguez se llevó a los guardias tras él hacia los cerros, como nos prometió. ¡Vamos, chiquillo!

Como si Alberto no pesara más que un niño, el gigantesco hotelero se lo cruzó sobre el hombro y emprendió la marcha casi al trote. De la cabeza del santiaguino iba cayendo un chorrillo de sangre.

8

Un carretón pasó al trote por la calle del Peumo, haciendo resonar sus duros aros de hierro contra las piedras del pavimento.

Leonora apegó su frente a los vidrios de la ventana del segundo piso, tratando de mirar a la acera.

Era el cartero, como ella lo había supuesto; el cartero que, como todos los días a la hora del crepúsculo, recorría ese barrio entregando la correspondencia. Pero, como todas las tardes anteriores, desde hacía cuatro meses, el hombre pasaba frente a la casa de los Latorre sin detenerse.

Leonora se dejó caer desanimada en un amplio sillón que miraba a la calle.

La obscuridad comenzaba a apoderarse de las cosas, pero la joven alcanzaba a distinguir la fecha que marcaba el calendario colgado en la pared, bajo un tarjetero de paja china: 1.º de septiembre de 1877.

En octubre haría un año que partiera Alberto hacia el norte. Y hacía cuatro meses que no recibía noticias suyas.

Mientras tanto, la prensa y algunos viajeros habían informado con grandes aspavientos de un fracasado movimiento revolucionario en el litoral boliviano, provocado por una sociedad secreta de chilenos, la que fue deshecha por medio de la fuerza y con la muerte de todos sus cabecillas. El Gobierno de Santiago se había apresurado, naturalmente, a tapar estas informaciones antes de que desencadenaran un conflicto diplomático, ordenando, por otra parte, una investigación secreta en Antofagasta y en la capital de Bolivia. El cónsul en Antofagasta, señor Villegas, fue reemplazado por don Salvador Reyes, que viajó con instrucciones reservadas.

Pero el silencio en que se había perdido todo rastro de su novio consumía a Leonora. La hermosa joven se veía desmejorada y marchita. No podía concebir que su prometido, vivo, libre, la mantuviera voluntariamente en aquella angustiosa ignorancia sobre su suerte.

Por otra parte, cuando transcurrieron dos meses sin noticias, el padre de la joven hizo averiguaciones, por medios oficiales, en el consulado en Antofagasta. Y el señor Salvador Reyes envió muy pronto una lista con los nombres de los chilenos que cayeron en las escaramuzas que sirvieron para sofocar la revolución de la «Liga La Patria». Entre ellos no figuraba Alberto Cobo. Sin embargo, como una inquietante referencia, aparecía en aquella lista trágica Julio Riesco, el amigo y mentor de Cobo en Antofagasta y cuyo nombre éste mencionara tantas veces en sus cartas.

Aquel detalle despertó la angustia de Leonora. Arrastró a su padre a febriles gestiones en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Éste hizo consultas oficiales a la capital de Bolivia, sin ningún resultado positivo. No tuvieron mejor fruto las indagaciones con los escasos viajeros que llegaban del norte. La situación en Antofagasta era extremadamente confusa, y eso, sumado a la dificultad de las comunicaciones y al hermetismo intencionado de las autoridades subalternas del litoral boliviano, hacía imposible sacar nada en limpio.

Pese a su entereza, Leonora no podía soportar más aquella tensión. Estaba segura de que, por los medios corrientes, no obtendría informes mejores. Esa incertidumbre comenzaba a rebelarla y daba nacimiento a una decisión audaz, que se esforzaba por mantener secreta, con la esperanza de no verse forzada a adoptarla.

Tal era el estado de sus reflexiones aquella tarde del 1.º de septiembre de 1877, mientras contemplaba melancólicamente el trajín de la calle.

Vino a sacarla de su ensimismamiento la visita de Clementina, la hermana de Alberto. Sólo se enteró de que estaba a su lado cuando sintió una de sus manos en su hombro.

—¿Cómo estás, Leonora? —la saludó la recién llegada, inclinándose sobre ella—. ¿Has recibido alguna noticia?

—Ninguna. Alberto sigue desaparecido. ¡Oh Dios mío, cómo es

posible!

—Es preciso que tengas ánimo, querida. Cuando menos sabemos que no murió en la revolución. La carta de don Salvador Reyes lo dice categóricamente.

—No murió… o no encontraron su cadáver —comentó con amargura la dueña de casa—. ¡Nadie supo más de él! ¡Oh Clementina, preferiría saber de una vez que Alberto murió, antes que seguir en esta espantosa incertidumbre!

—¡No digas eso, Leonora! Yo presiento que ha de volver. El corazón me anuncia que no ha muerto. Tal vez, obligado a huir, atravesó la cordillera y estará muy lejos… quizás prisionero.

—No. Ya el Ministerio de Relaciones Exteriores ha hecho las averiguaciones del caso. Alberto no está preso en cárceles bolivianas.

—¡Mejor aún! Estará libre entonces y huyendo por esas tierras. Aparecerá. Estoy segura de ello y Rafael piensa lo mismo.

—¡Sí, aparecerá! —repitió con acritud Leonora—. Aparecerá ¿cuándo? Eso puede ser un consuelo para ustedes, pero no para mí.

Clementina la miró compasivamente.

—Pero ¿qué puedes hacer para apresurar los hechos? No está en tu mano…

—¿Qué puedo hacer? —la interrumpió Leonora, incorporándose con ímpetu—. Lo he pensado día tras día, Clementina: ¡iré a buscarlo yo misma!

La hermana de Cobo la contempló estupefacta. Ninguna mujer se atrevía a viajar sola dentro del país. Pensar en salir de Chile, a un territorio hostil, lejano y primitivo, era inconcebible.

—¿Ir tú a buscarlo al desierto? ¡Es una locura absurda!…

—¿No crees tú que representa un mayor peligro para mí el quedarme aquí, encerrada, dejando que la angustia me consuma? ¡No, Clementina; si continúo así, me volveré loca!

—Pero, Leonora, tu padre no te permitirá jamás ese viaje…

—¡Quién sabe! Mi padre es un hombre de empresa y me conoce bien. Sabe que, pese a mi juventud, no soy una mujer a quien asuste viajar sola.

Clementina la contemplaba con admiración, mezclada con susto y extrañeza. Eran amigas desde la infancia y sabía cuán en serio estaba hablando Leonora. Sin embargo, el proyecto le parecía tan

descabellado que opuso todas las objeciones y repitió todos los inconvenientes que había oído enumerar a Rafael Torreblanca y a los amigos de su casa, cuando discutían sobre el viaje de Alberto al norte.

—¡Podré, Clementina! Ten la seguridad de que podré. Mi afán por encontrar a Alberto me hará pasar por alto las penurias. Esta misma noche hablaré con mi padre.

En la noche, ya en torno a la mesa familiar, una visible nerviosidad dominaba a todos.

Clementina, ansiosa por conocer el resultado de la conversación, se había quedado a cenar con ellos, y se les agregó Rafael Torreblanca, que llegó con la intención de acompañarla a su casa.

Fue al término de la comida cuando Leonora abordó decididamente a su padre.

—Papá —comenzó—, necesito hablarle de un asunto importante.

El caballero levantó los ojos de la taza de café y se quedó mirando a Leonora interrogativamente.

—Padre, quiero…, necesito emprender un viaje.

Un gesto de asombro se marcó en el rostro de don Antonio.

—¿Un viaje? ¿Adónde, hija mía? —le preguntó con solícito interés. ¿Acaso te sientes mal en Santiago?

—Usted sabe que desde el desaparecimiento de Alberto no tengo tranquilidad y decaigo día a día.

Don Antonio estiró su diestra por sobre la mesa y la posó cariñosamente sobre el brazo desnudo de su hija.

—Ya lo he notado, hijita, y créeme que me ha desvelado más de una noche tu pesar. Hubiera querido encontrarle alguna solución, pero bien sabes que es un asunto fuera de mis alcances.

Leonora volvió a vacilar al oír las palabras de su padre. Lo veía tan preocupado y pesimista, que se le hacía difícil comunicarle que pensaba dejarlo solo.

Don Antonio seguía consolándola.

—Tú siempre has sido una mujercita serena y firme, Leonora. Tienes que sobreponerte. Sé que no te dejarás abatir.

—¿Recobrar la calma, pensando en que tal vez Alberto está vivo, pero perdido en aquellas salitreras… prisionero en algún punto ignorado… o gravemente enfermo?

Leonora había hablado con tan impetuosa vehemencia que don Antonio alzó una mano para calmarla.

—Ten serenidad, hija mía…

Pero la muchacha hablaba ya sin vacilaciones.

—No puedo tenerla, padre. Me impiden calmarme las ideas que me acosan minuto a minuto. No ha habido un día, desde la noticia de aquella revolución, en que no haya sufrido, temiendo por la suerte de Alberto.

Torreblanca, que había escuchado silencioso, intervino apaciguador:

—Alberto volverá, Leonora —dijo—. Yo que lo conozco desde los tiempos del colegio y que sé de lo que es capaz, puedo asegurarte que si está vivo, volverá. Y como no cayó en la revolución de la «Liga La Patria», regresará.

Era evidente que el joven hablaba con sinceridad, pero Leonora movía la cabeza negando.

—No me basta, Rafael. Si no ha regresado aún, sabiendo con cuánta ansiedad yo lo espero, es porque no puede hacerlo, porque necesita ayuda y no tiene quién se la preste. Por eso, ¡yo quiero ir a dársela!

Don Antonio tuvo un sobresalto.

—¡Leonora! —exclamó. ¿Qué es lo que has dicho? ¿Piensas acaso ir al litoral boliviano?

La joven se volvió hacia él y, mirándolo fijamente, le contestó en forma pausada:

—Sí, papá. Con todo el respeto y cariño que le tengo, le ruego que no se oponga a este firme propósito mío.

El caballero quedó consternado. Conociendo la fortaleza de su hija, no quería contrariarla. Pero aquel propósito le parecía irrealizable. Con tino comenzó a argumentar:

—No has medido la magnitud de lo que te propones, Leonora. Una mujer soltera no puede marchar sola a esos lugares, sin conocer a nadie allí, sin…

—Usted tiene relaciones con muchos personajes influyentes del Gobierno, padre —le interrumpió vivamente la muchacha—. Seguramente podrá conseguirme recomendaciones para el cónsul en Antofagasta.

—Sí, sí… —admitió condicionalmente don Antonio—…, pero no

pienses que pueda darte mi consentimiento.

—¿Prefiere usted que me marche a escondidas, desprovista de todo?…

La joven se había puesto de pie y observaba a su padre con expresión triste pero desafiante.

—¡Leonora! —exclamó asustado el caballero. Pero la hija no le dejó continuar; prosiguió, con decisión:

—Ahora lo más importante para mí es ir a buscar a Alberto. Nada podrá impedírmelo. Ni aun el respeto inmenso que siento por usted, padre. Por eso le ruego que no me coloque en un dilema tan cruel.

Don Antonio se volvió dramáticamente hacia Rafael y Clementina. Torreblanca comprendió que debía intervenir.

—Señor Latorre —expresó con cierta solemnidad—, voy a abusar de la confianza que usted me dispensa, emitiendo mi opinión sobre lo resuelto por Leonora.

Todos clavaron los ojos en él. La aludida, temiendo que el copiapino se pusiera en contra de ella, se le acercó por detrás y le puso su diestra en un hombro.

—Rafael —le advirtió—, tú debes comprender que…

—Comprendo, Leonora —la interrumpió suavemente él—, y estoy dispuesto a ayudarte.

Don Antonio esbozó un débil gesto de rechazo, pero en seguida dejó caer las manos desanimado, vencido.

—Perdóneme, señor Latorre, pero usted sabe que nada hará desistir a su hija —decía entretanto Torreblanca—. Lo más cuerdo es entonces ayudarla. Desde luego, personalmente creo en la cordura de la gestión de Leonora. Una investigación en el sitio mismo y con buenas recomendaciones para las autoridades del lugar, puede dar buen resultado.

Don Antonio estaba desarmado.

—¿Y qué propone usted? —murmuró al fin.

—Propongo dos cosas. Primero, que se agoten todas las investigaciones pendientes, por la vía diplomática y consular. Y sólo en el caso de que éstas no den resultados favorables, como es presumible, habilitar a Leonora para marchar al norte… acompañada por mí.

La joven exclamó sorprendida:

—¿Me acompañarías, Rafael?

La tristeza marcada en el rostro de don Antonio se borró al momento y sus ojos se volvieron agradecidos hacia el novio de Clementina.

—¡Oh, así es diferente! —exclamó.

—Tienes suerte, Leonora —explicaba Rafael sonriendo—. Precisamente hoy se me ha comunicado que ya puedo ir a hacerme cargo de la administración de las minas que dejó mi difunto padre. Mis hermanos prefieren quedarse en Copiapó. Así, pues, te acompañaré hasta Caldera, que está muy próximo a Antofagasta, y desde allí estaré siempre pronto a prestarte la ayuda que necesites.

Leonora, después de agradecerle, quiso formalizar el acuerdo al momento.

—¿Y qué tiempo esperaremos antes de considerar agotadas esas investigaciones? —inquirió.

—Caramba, eso no se puede precisar exactamente —indicó Rafael—; pero será un mes o poco más.

—Tienes que acceder por lo menos a eso, Leonora —apuntó don Antonio aferrándose a aquella esperanza—. En un mes pueden ocurrir novedades que hagan innecesario tu sacrificio.

No cabía discutir tan sensata petición, y Leonora aceptó; pero, en el secreto de su alcoba, siguió preparando su viaje.

Quince días después, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, informaban a don Antonio Latorre que el encargado de negocios de Chile en La Paz había recomendado especialmente al Gobierno boliviano el caso de Alberto Cobo, y que se lo buscaba afanosamente por todo el Altiplano.

Sin embargo, transcurrido un mes, aún nada se conseguía. El encargado de negocios en La Paz informó, por fin, que las autoridades bolivianas buscaron al chileno en Caracoles, en Mejillones, en todas las salitreras y hasta en la frontera peruana, sin hallarlo. Su rastro se perdía desde que los cabecillas de la «Liga La Patria» fueron repelidos por las armas en la playa de Antofagasta. Si Cobo resultó herido o murió después, se ignoraba totalmente adónde fue a parar. El Gobierno boliviano decidía abandonar la búsqueda, ya que no le era posible avanzar más en ella.

Don Antonio Latorre, trastornado por ver aproximarse el cumplimiento de lo decidido por su hija, trató de hacerla desistir,

pero no tuvo éxito. Leonora, cada vez más angustiada por el fracaso de las diligencias efectuadas, sentía ansia de partir. Había llegado a ser una verdadera obsesión para ella la imagen de Alberto, sufriente, abandonado en el desierto, clamando por una ayuda que no llegaba.

Finalmente, el 2 de enero de 1878, Leonora y Rafael Torreblanca se encontraban en el muelle de Valparaíso, dispuestos a partir al norte en un pequeño vapor de la línea inglesa. Don Antonio Latorre y Clementina Cobo los habían acompañado desde Santiago.

Aunque era muy temprano, la mayor parte de los pasajeros habían subido ya a bordo y se veía un grupo de lanchas navegando hacia el vapor de ruedas que se balanceaba a unos cien metros de la orilla.

Junto a la ancha escalerilla, el señor Latorre y los suyos formaban un estrecho grupo conmovido. Leonora, vestida con un ancho traje de *mohair* inglés y cubierta con sombrero de paja de anchas alas, llamaba la atención por su melancólica belleza.

Muy pálida, estrechaba entre sus brazos a Clementina, mientras don Antonio, visiblemente conmovido, hacía las últimas advertencias a Rafael. Éste lo escuchaba con aparente atención, pero sus ojos estaban pendientes de su novia, que, a su vez, lo miraba con los ojos húmedos de lágrimas.

—Manténgase usted en correspondencia constante con mi hija, Rafael, se lo ruego —decía don Antonio—. Pese a todas las recomendaciones que lleva, me sentiría muy afligido si usted no siguiera sus pasos desde Caldera.

Los trajines precursores de la partida del vapor se intensificaron al oírse un pitazo de la sirena.

Clementina se precipitó en los brazos de Rafael, mientras Leonora abrazaba a su padre. El señor Latorre temblaba.

Rafael, jovial, trataba de dar a la despedida un tono alegre. Sus ojos grises miraban burlonamente el rostro afligido de su novia. Con la punta de los dedos, le levantaba la barbilla y reía.

—Arriba esa barbita, querida. Me voy para volver pronto, no para quedarme. ¿No querrás que me vaya llevándome el recuerdo de tu carita triste? ¡Vamos, sonríeme!

Don Antonio, semiabrazado a su hija, le hablaba en voz baja, autoritario a veces, implorante casi siempre.

—No hagas que tenga que arrepentirme toda la vida de la locura que cometo al dejarte partir. Adiós, mi pequeña; eres lo que más quiero en el mundo, y si algo te sucediera, no podría recuperarme jamás.

Una voz les apremió desde la última lancha:

—¡Vamos a partir, señores!

Torreblanca, bruscamente emocionado, besó una mejilla de Clementina y se desprendió de sus manos. Se echó al brazo el abrigo *macfarlane* de Leonora, recogió dos valijas pequeñas, y, tomando del codo a su compañera de viaje, la separó con suavidad de su padre.

Bajaron rápidamente las gradas y saltaron a la lancha.

En el muelle, envueltas en la fina neblina mañanera, las figuras de señor Latorre y Clementina se recortaban como imágenes simbólicas de pesar del adiós.

9

Cuando Rafael Torreblanca desembarcó en Caldera y el vapor volvió a hacerse a la mar, proa al norte, Leonora sintió recién lo que era la soledad. Permaneció varias horas encerrada en su camarote, presa de una profunda angustia y un miedo creciente. Pero, al fin, su razón se impuso sobre su sensibilidad, secó sus lágrimas y decidió no volver a dejarse invadir por la debilidad. Apretando las mandíbulas subió a cubierta.

La tutela de Torreblanca, durante los primeros días del viaje, le había servido para trabar conocimiento con algunos chilenos que iban hacia el Perú y otros países más al norte. Casi todos eran mineros o comerciantes.

Varias veces, en las horas de aburrimiento, Leonora permaneció escuchando las conversaciones de Rafael con estos pasajeros y aprendió cuántas zozobras y esfuerzos costó transformar el desierto de Atacama en fuente de inagotables y renovadas riquezas.

La vaga idea que ella tenía de aquella región se enriqueció rápidamente con las informaciones de aquellos avezados conocedores de la zona y sintió nacer en su espíritu un verdadero respeto por los rudos mineros chilenos que extraían de la tierra reseca el salitre, lo transportaban a Antofagasta, desde donde se esparcía por el mundo como oro blanco. Gracias a él crecían las ciudades, se alargaban los ferrocarriles, acudía nueva gente a poblar la soledad.

La palabra «salitre» era la que predominaba en las pláticas de los viajeros. La importancia del nitrato blanco era insuperable. Leonora la iba captando, con los ojos dilatados de asombro, y cuando el vapor echó anclas en la bahía de Antofagasta, y ella puso pie en las primeras calles, comprobó que el salitre era la razón de vida de

aquella población.

Pero el estar pisando el punto preciso donde se perdiera el rastro de Alberto Cobo la distrajo de esos pensamientos.

Después de ubicar un sitio donde alojarse, se dio inmediatamente a la tarea de comenzar la búsqueda de su novio.

Desde el primer momento contó con el concurso de don Salvador Reyes, nuevo cónsul de Chile. Acompañada por él mismo o por uno de sus empleados, repitió minuciosamente las investigaciones que efectuaran las autoridades del litoral, por orden del Gobierno boliviano. Recorrió uno tras otro los sitios en que se movió Cobo. Estuvo en el Hotel Comercio, que ya no pertenecía a don Amadeo, sino a un matrimonio peruano, y conversó largamente con el gerente de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril», don Jorge Hicks.

La prefectura de Antofagasta, siempre a cargo de don Severino Zapata, nada pudo agregar a lo expuesto: Alberto Cobo no había muerto en el motín, ni estaba preso en cárceles bolivianas. El fastidiado prefecto ignoraba si el chileno había huido hacia la sierra del interior o hacia la frontera peruana.

Confidencias de compatriotas informaron a la señorita Latorre de las actividades de su novio en Antofagasta, de su participación en la «Liga La Patria» y de su actuación en la revuelta final; pero en cuanto a su suerte posterior, nadie sabía nada.

Transcurrieron varias semanas en estas idas y venidas. Agotadas las investigaciones en Antofagasta, Leonora resolvió partir a Caracoles. En aquel cercano mineral creía posible encontrar algún vestigio de Alberto.

Ultimando sus preparativos de viaje, se dirigió en la tarde del 20 de febrero a la oficina del consulado de Chile.

Encontró al señor Reyes visiblemente preocupado. El cortés funcionario le rogó que tuviera a bien esperarlo unos instantes, pues estaba terminando de preparar un informe sumamente importante para el Gobierno de Santiago.

—Hace seis días, se ha consumado en Bolivia un hecho gravísimo, que puede tener incalculables consecuencias para las relaciones entre Chile y ese país —le dijo.

—¿Qué ha ocurrido, señor cónsul?

—La Asamblea Nacional de Bolivia, que equivale a nuestra

Cámara de Diputados, ha dictado una resolución por la cual se aprueba la transacción celebrada entre el Gobierno de La Paz y el representante de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta», pero con la condición de que ésta pague un impuesto de diez centavos por cada quintal de salitre exportado.

Leonora se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Eso es tan grave, señor Reyes?

—Tan grave, señorita, que puede arrastrarnos a un conflicto con Bolivia. La cuantía del impuesto no es lo importante, a pesar de que tolerarlo impasiblemente sería abrir la puerta a los variables gobernantes bolivianos para que se acostumbraran a esa vía. Pero lo verdaderamente grave es que este acto constituye un atropello al respeto que merecen los tratados y los convenios suscritos entre Gobiernos. Con el acuerdo adoptado, se viola lo convenido en la Transacción de 1873, y, posteriormente, en el Tratado de Límites de 1874.

Leonora esbozó un gesto de confusión. Había oído hablar de esa escritura de transacción y del Tratado de Límites que fijaba la frontera chileno-boliviana en el paralelo 24, pero no conocía sus detalles.

Ante el gesto de la joven, el cónsul le puso en las manos un legajo de papeles escritos nerviosamente a lápiz.

—Como usted tiene el propósito de ir a Caracoles y recorrer territorio boliviano, llegando quizás hasta La Paz, le convendrá interiorizarse de esta cuestión, que, más que problema financiero, es problema diplomático. Tome usted. Léase estas notas, que son el borrador del informe que estoy redactando para nuestro Gobierno. Entretanto, yo iré a terminarlo.

El informe del cónsul era minucioso. Comenzaba explicando el descubrimiento del salitre en el Salar del Carmen por los cateadores chilenos don José Santos Ossa y su hijo Alfredo; luego, la sociedad formada con don Francisco Puelma para la explotación de los yacimientos, y proseguía exponiendo las razones que movieron a Chile a renunciar a sus derechos sobre la zona comprendida entre los paralelos 23 y 24, fijando la frontera en este último, lo que significaba al patrimonio chileno la pérdida de todo derecho sobre Antofagasta, Mejillones, Caracoles y todos los ricos yacimientos ubicados en esa franja de terreno. Pero esta renuncia se hacía a

cambio de que las empresas chilenas levantadas en esa zona quedarían libres de toda clase de gravámenes e impuestos por espacio de veinticinco años.

Y terminaba el cónsul por dejar en claro que transcurridos cinco años desde la firma de la escritura de transacción, el 14 de febrero de 1878, el Congreso boliviano recurría a una argucia para faltar a sus contratos internacionales. Basándose en que la ley que facultó al Gobierno de La Paz para firmar la escritura de transacción disponía que el Ejecutivo diera cuenta al Congreso de los acuerdos a que llegara con los reclamantes, a fin de que la Asamblea Nacional los aprobara, no había sido cumplida en este punto, ya que la Asamblea no llegó a aprobarla, era llegado el momento de completar lo mandado por la ley. En esta forma, se reunió la Asamblea y procedió a aprobar la escritura de transacción firmada por el Gobierno cinco años atrás, pero agregándole una condición: que todas las empresas chilenas beneficiadas por aquel acuerdo deberían pagar 10 centavos por cada quintal de salitre que exportaran del litoral boliviano.

Esta disposición del Congreso de Bolivia atropellaba desembozadamente los principios establecidos por la escritura de transacción y por el Tratado de Límites de 1874.

Aquella tarde Leonora salió del consulado de Chile con una nueva preocupación. Además de la permanente inquietud con que la atormentaba el desaparecimiento de Alberto, veía comenzar a cernirse las nubes crecientes de un conflicto, cuyo primer estallido podía producirse en las tierras que recorría.

Con esas ideas depresivas, marchó al día siguiente a Caracoles.

Los acontecimientos se precipitaron. El 25 de febrero el Gobierno de Bolivia ordenó publicar por bando, en Antofagasta, la ley que establecía el impuesto.

Entre los mineros del litoral principió a bullir una sorda agitación.

El directorio de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril», radicado en Valparaíso, solicitó del Gobierno chileno amparo diplomático para la empresa. La desaparición de las garantías que concedían a la compañía la Transacción de 1873 y el Tratado de 1874 representaban la ruina de Antofagasta y de su industria salitrera, incapaz de resistir la competencia de la industria similar peruana.

El Ministerio de Relaciones Exteriores chileno empezó a mover los engranajes de su experta maquinaria.

En Santiago, estos hechos, aunque no trascendían claramente al público, provocaban inquietud en los entendidos y en quienes tenían intereses económicos o sentimentales en Antofagasta. Entre estos últimos estaba don Antonio Latorre, que, ya bastante inquieto por las informaciones de la prensa, terminó por alarmarse totalmente al recibir una carta de su hija.

Leonora le anunciaba que abandonaba el litoral para dirigirse a Caracoles, con muy pocas esperanzas de encontrar allí huellas de Alberto, por lo que seguramente debería seguir viaje hasta La Paz.

El viejo señor fue a entrevistarse con el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Alejandro Fierro, por quien supo que se estaban dando pasos acelerados para conseguir anular el impuesto al salitre. De estos trámites se estaba responsabilizando el encargado de negocios chileno en Bolivia, don Pedro Nolasco Videla, que había dejado su lecho de enfermo para enfrentar el asunto, comprendiendo la urgencia de llegar a un arreglo.

Aprovechando aquella conferencia con el señor Fierro, don Antonio solicitó al ministro que encomendara al encargado de negocios en La Paz ubicar y proteger a su hija Leonora. Obtenida la promesa del inteligente canciller, el señor Latorre se retiró algo más tranquilo a su casa.

Pero la situación era mucho más grave y avanzada de lo que se suponía en el Ministerio del señor Fierro. La señorita Latorre lo adivinó tan pronto puso sus pies en la legación chilena de La Paz. Todos los empleados se movían por las oficinas, en una mal disimulada actitud de alerta.

Don Pedro Nolasco Videla, siguiendo las instrucciones venidas de Santiago, se había entrevistado en los primeros días de abril con el ministro de Hacienda boliviano, señor Salvatierra, obteniendo dificultosamente la promesa de dejar en suspenso la aplicación de la ley de impuesto al salitre, mientras se buscaba una solución al diferendo.

Pese a la nerviosidad que dominaba a los miembros de la legación, el señor Videla recibió con afabilidad a Leonora, escuchando atentamente la relación que le hizo de la infructuosa búsqueda de su novio en Antofagasta y Caracoles. Había recibido ya

el oficio del ministro Fierro recomendándole a la joven y se mostró de inmediato dispuesto a cooperar en las gestiones ante las autoridades centrales de Bolivia para investigar el paradero de Alberto Cobo.

Las actividades de Leonora la obligaron a un permanente contacto con la oficina del encargado de negocios. Pronto fue una figura familiar en ella, y, más aún, conocido su abnegado propósito, la simpatía de los funcionarios chilenos se le prodigó generosamente. Así, tuvo noticias de todas las alternativas que sufría el engorroso conflicto. Como persona de confianza del señor Videla, se imponía de las novedades que se iban produciendo. Sus cartas a su padre traslucían estos conocimientos.

A estas alturas, el Gobierno chileno ordenó a don Pedro Nolasco Videla tratar el asunto por escrito, para obtener una resolución formal de Bolivia. Éste lo hizo en una nota conciliatoria y cortés, fechada el 2 de julio de 1878; pero el Gobierno boliviano, ya resuelto a no echar pie atrás en la política iniciada, optó por darse tiempo, y dejó pasar los días sin dar respuesta a la nota del representante chileno.

El Gobierno de don Aníbal Pinto esperó pacientemente, durante tres meses, una modificación del criterio de La Paz, ilusionado en que el tiempo haría reflexionar a sus gobernantes; pero, transcurrido ese lapso, instruyó a su encargado de negocios para que adoptara una actitud decidida, advirtiendo al Ministerio de Relaciones Exteriores boliviano que la resistencia de Bolivia a respetar los acuerdos vigentes podía dar como consecuencia la abrogación del Tratado de Límites de 1874 y desligar a Chile de sus obligaciones, esto es, anular la cesión voluntaria de sus derechos sobre los territorios encerrados entre los paralelos 23 y 24. La nota de la cancillería chilena llevaba fecha 8 de noviembre de 1878. Veinte días después, o sea, el 28 del mismo mes, el señor Videla puntualizaba la situación existente en una nueva entrevista con el ministro de Relaciones, señor Lanza; y en vista de la ineficacia de sus intentos, se resolvió a dar a conocer el pensamiento del Gobierno chileno, leyendo la nota recibida.

La reacción producida por la advertencia de la cancillería de Santiago provocó una violenta reacción entre los gobernantes de La Paz. La cancillería boliviana dio respuesta a la postergada nota

chilena de fecha 2 de julio. El 13 de diciembre, el ministro de Relaciones Exteriores, señor Lanza, acompañando una copia del informe de su colega el ministro de Hacienda, manifestaba que, de acuerdo con dicho informe, se resolvía la fiel ejecución de la ley del 14 de febrero.

Bolivia tomaba la decisión de seguir adelante en el cobro del impuesto al salitre.

El encargado de negocios chileno parecía ser el único que veía la pendiente por la cual se empezaban a despeñar los dos países. Intentó ansiosamente conseguir que las cosas se detuvieran allí. Rogó que se aguardara a que el Gobierno de Chile tomara conocimiento de esta medida, antes de ponerla en práctica. Pero la respuesta del ministro de Relaciones Exteriores boliviano no pudo ser menos diplomática:

—El Gobierno de Bolivia ha dado ya instrucciones al prefecto Severino Zapata, de Antofagasta, para que proceda al cobro del impuesto.

Don Pedro Nolasco Videla tardó casi un minuto en reaccionar. El ministro Lanza lo observaba fríamente, con una chispa de ironía en las pupilas. Recuperó entonces la apostura firme y serena, que siempre había mantenido en sus desempeños como diplomático. Dio fin a la conferencia en un tono completamente impersonal. Su voz sonó clara y metálica, mientras expresaba pausadamente la decisión del presidente Aníbal Pinto.

—«De hacerse efectivo el impuesto al salitre, señor Lanza, mi país considerará que Bolivia emprende un ataque directo al Tratado de Límites de 1874, lo que obligará a Chile a declararlo nulo. Y debo advertir al Gobierno de Bolivia que las consecuencias de esta declaración dolorosa, pero absolutamente necesaria, serán de la exclusiva responsabilidad de la parte que deja de cumplir lo pactado».

Las palabras del señor Videla actuaron como un latigazo sobre un tigre enfurecido; el zarpazo vino de inmediato. El general Hilarión Daza rectificó su orden de aplicar el impuesto al salitre, pero su rectificación fue para hacerla más gravosa para los chilenos: el 17 de diciembre ordenó que los salitreros chilenos de Antofagasta debían pagar el impuesto inmediatamente, ¡y desde el día 14 de febrero!, fecha en que había sido aprobada la ley por la Asamblea

Nacional.

El 6 de enero de 1879, Severino Zapata notificaba a la «Compañía de Salitres y Ferrocarril» y no obteniendo acatamiento a su orden de pago, mandaba trabar embargo, el 11 de enero, dictando el siguiente decreto:

> *El ciudadano Severino Zapata, Prefecto y Superintendente de Hacienda y Minas del Departamento, ordena y manda:*
> *Que el diligenciero de Hacienda, José Félix Valda, aprese y conduzca a la Cárcel Pública a Jorge Hicks, gerente y representante de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta», deudor al Fisco de $ 90 848 bolivianos y 13 centavos.*

Hicks debió huir precipitadamente hacia la pampa, ayudado por arrieros chilenos, y la Compañía paralizó sus labores, dejando sin trabajo a dos mil obreros.

El horizonte se obscurecía más y más en el litoral.

El cable submarino tendido entre Caldera y Valparaíso vibraba día y noche, traduciendo las noticias que lograban traspasar la frontera y el desierto para llegar hasta los puertos chilenos más cercanos al litoral convulsionado. Por este único medio, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago podía captar, aunque con mucho retraso, con qué vertiginosa rapidez se iban eslabonando los hechos.

Don Antonio Latorre acudía casi todos los días a las oficinas de la cancillería y los rostros preocupados de los empleados le bastaban para penetrar la inquietud que los iba dominando.

Solía conversar con don Alejandro Fierro en la antesala de su despacho, pero, en los últimos días, le había sido imposible franquear el encierro en que se aisló el ministro «para estudiar graves asuntos», como decía el secretario.

Por fin, una tarde tuvo la suerte de toparlo en los momentos en que cruzaba los resonantes corredores del palacio de La Moneda, en dirección al departamento del presidente de la república. El señor Latorre estaba ansioso por saber de su hija Leonora; hacía noches que la angustia no lo dejaba dormir. Pero la expresión del ministro

Fierro era de tan profunda pesadumbre, que no se atrevió a cargarlo con su cuita personal. Sólo atinó a preguntarle, en un murmullo:

—Siguen marchando mal nuestros asuntos con Bolivia, ¿no es verdad?

—Cada día peor —respondió el ministro—. Bolivia ha ordenado embargar la «Compañía de Salitres y Ferrocarril», violando el Tratado de 1874; y por otra parte, su ministro de Relaciones Exteriores ha hecho estériles todas las gestiones de nuestro encargado de negocios en La Paz, ignorándolo, no dando respuesta a sus notas…

—¿Y qué actitud piensa adoptar nuestro Gobierno, señor Fierro?

Don Alejandro Fierro alzó los hombros.

—Vamos a intentar el último recurso —expresó sin convicción —. Trataremos de obtener que se someta este diferendo al arbitraje, como lo indican las cláusulas complementarias del convenio de 1874. Pero, francamente…

El ministro dejó la frase inconclusa y reinició la marcha, restregándose rudamente las hebras plateadas y lustrosas de la barba.

—¿Qué, señor Fierro? —averiguó el padre de Leonora, alentándolo a hablar y siguiéndolo por el pasillo.

El canciller volvió a detenerse y se quedó mirando al señor Latorre como si tuviera que catalogarlo entre los hombres dignos de compartir un grave secreto.

—No creo conseguir nada positivo solicitando el arbitraje — declaró por fin. Luego, volvió a callar, vacilante; durante unos segundos miró a los ojos a su interlocutor y pareció decidirse—. Nuestras informaciones —confesó, bajando la voz— nos hacen presumir que existe un tratado secreto de alianza entre Perú y Bolivia, y que es precisamente este factor el que da fuerzas a Bolivia para adoptar una postura de desafiante intransigencia.

El señor Latorre abrió los ojos con estupor.

—¿Un tratado secreto entre Bolivia y el Perú? —comentó incrédulo—. Pero… eso significaría que aquellos países tienen propósitos bélicos.

El padre de Leonora no se atrevió a seguir adelante en sus suposiciones. Con la boca aún abierta, permaneció contemplando al ministro de Relaciones Exteriores.

Don Alejandro Fierro bajó la cabeza con marcada pesadumbre.

—Nos dio el primer alerta nuestro embajador en Brasil, don Alberto Blest Gana. Indirectamente, era el emperador del Brasil quien nos ponía sobre aviso acerca de la existencia de ese pacto secreto. Luego, ha sido nuestro embajador en Lima, el señor Joaquín Godoy, quien nos ha proporcionado antecedentes que vigorizan nuestra sospecha.

El mesurado ministro apoyó una mano sobre el hombro del padre de Leonora.

—Sí, señor Latorre —prosiguió desencantado—, personalmente, creo que afrontamos una conspiración internacional y que estamos a un paso de ser provocados… ¡a la guerra!

El señor Latorre se estremeció.

—No me diga usted eso, señor ministro —exclamó con espanto —. La sola idea de que la guerra pueda estallar en el norte me enloquece. ¡Mi hija Leonora está en La Paz!

El ministro fue ahora el sorprendido.

—¿En La Paz… todavía?

—Sí, señor Fierro.

El canciller movió la cabeza, desaprobando, y se golpeó suavemente una mano contra la otra, contrariado. Al cabo de unos instantes dijo, francamente:

—Mi amigo, no quiero alarmarlo inútilmente, pero usted debe comunicarse lo más rápido que pueda con su hija y ordenarle que regrese a Chile o que, al menos, se refugie en Antofagasta.

—¿En Antofagasta? Pero si es el centro mismo del conflicto…

¡En Antofagasta! —reafirmó al canciller—. Guarde usted el secreto. Ayer zarpó de Lota el blindado *Blanco Encalada* con rumbo a ese puerto.

—¡Un barco de guerra chileno hacia el litoral boliviano! — comentó con un hilo de voz el señor Latorre. Y repentinamente, como si se encendiera un rayo de luz en su cerebro, exclamó—: ¡Señor Fierro, eso significa que…!

El ministro clavó en él una mirada firme:

—Significa que Chile se ve forzado a tomar la primera medida —concluyó.

El día 26 de diciembre de 1878 amaneció con sol radiante en Antofagasta. Desde el caserío de la población, sus habitantes podían contemplar el majestuoso mar azul, rizado apenas en sutiles encajes de espuma. La bahía amplia, con el puerto adosado a su espalda, comprimido contra los cerros rojizos, extendía sus dos brazos abiertos, acaparando el océano.

Las faenas del puerto se realizaban con el ajetreo ordinario; multitud de jornaleros y cargadores pululaban con actividad de hormigas; un confuso rumor de voces, gritos diversos, órdenes impartidas en el embarcadero, formaban la melodía de aquella sinfonía marinera.

De pronto, la uniformidad de aquellos sonidos se quebró en gritos de expectación; a lo lejos, en la plaza, sonó un clarín llamando a reunión. La multitud olvidó sus labores y se desintegró en grupos: unos se alejaban hacia el poblado, buscando el reparo de los edificios y reductos militares; otros se abalanzaban gritando a la playa. Pero todos volvían los ojos hacia el mar abierto.

Desde las ventanas superiores del edificio de la aduana, numerosos empleados bolivianos observaban también, disputándose dos o tres anteojos de larga vista. Los gritos de la playa les llegaban confusos al comienzo. Pero de pronto se alzaron definidos:

—¡Un buque de guerra!… ¡Un barco chilenooooooo!…

Por el costado sur de la bahía, deslizándose cautelosamente sobre las aguas tranquilas, se proyectaba la silueta gris obscura de un blindado. De su chimenea baja surgían débiles bocanadas de humo; el barco entraba a la bahía a medio andar, y en las crucetas y las cofas de sus tres palos, así como en las escalerillas de sus flechastes y obenques, se apiñaban marineros de Chile, con sus fusiles apuntados a la playa. Al entrar en la bahía se abrieron las portas de sus amuradas y asomaron veinte a treinta cañones. En el pico de mesana, extendido por el viento, ondeaba el tricolor de la estrella solitaria.

Era el blindado chileno *Blanco Encalada*. Dos veces pasó frente al puerto, reconociéndolo, y luego echó anclas en un extremo de la boca de la bahía, a dos millas del embarcadero. Allí quedó quieto, con sus fuegos encendidos ronroneando con suavidad.

—¡Los chilenos van a bombardear la población! —gritaban, presas del pánico, los pobladores, que huían hacia los cerros.

—¡Los compatriotas han llegado por fin! —aclamaban los chilenos, aglomerándose en la playa.

Las fuerzas de policía ingresaron rápidamente a sus cuarteles y la escasa dotación militar se organizó detrás del edificio de la aduana y las bodegas del ferrocarril. Sus jefes hicieron arrastrar a la carrera tres cañones de bronce, minúsculos frente a las bocas de fuego del blindado, y esperaron. Durante horas aguardaron tras las miras de sus fusiles y con las mechas de las culebrinas prestas. Pero el *Blanco Encalada* continuó allí quieto, de guardia. Fuera de su presentación sorpresiva, no desarrolló ninguna otra acción. Quedó en evidencia que el propósito de sus tripulantes era el de proporcionar un amparo simbólico a sus connacionales, presionados en el litoral.

Aun cuando las autoridades bolivianas llegaron también a este convencimiento, mantuvieron durante varios días un servicio de centinelas permanentes. Entretanto, el prefecto Zapata telegrafiaba la alarmante noticia a La Paz.

Con nerviosidad creciente, el jefe de la policía de Antofagasta esperó la reacción de su Gobierno.

Los obreros y mineros chilenos, en cambio, oprimidos por espacio de tantos años en el territorio del litoral, respiraron tranquilos, orgullosos. Inflando el pecho, miraban el barco cargado de cañones.

10

El denso silencio de la noche paceña entraba por la ventana de la habitación que ocupaba Leonora Latorre en una casa de huéspedes cercana a la legación de Chile.

Envuelta por el círculo de luz que arrojaba la lámpara de parafina, la joven comenzaba una carta. Con mano temblorosa comunicaba a su padre la inutilidad de todos sus esfuerzos por hallar un rastro de Alberto Cobo.

No había alcanzado a escribir mucho cuando escuchó en el pasillo la voz de la dueña de la casa de huéspedes y en seguida el resonar de pasos que se detuvieron frente a su puerta. Una mano golpeó con discreción y la llamó por su nombre. Segundos más tarde tenía ante ella a uno de los porteros de la legación chilena.

—El señor encargado de negocios le ruega que se presente mañana a primera hora en la legación, señorita. Y si le es posible, cancele su pensión y trasládese allá con sus maletas.

—¿Qué ocurre?

—Nada grave, señorita; no se alarme. Pero el señor Videla quiere que esté usted en la legación.

—¿Se agravan las cosas?

—Algo no anda bien. Buenas noches, señorita. Tengo que visitar todavía a otros chilenos.

La carta interrumpida quedó hecha una bolilla sobre la mesa: Leonora hacía rápidamente sus maletas, sin tranquilidad para concluirla. El silencio de la capital boliviana la oprimía ahora con una amenaza.

A la mañana siguiente, todo el personal de la legación se encontraba reunido en el despacho de don Pedro Nolasco Videla. Hasta las esposas de los empleados rodeaban al preocupado encargado de negocios. Las huellas de la enfermedad que éste había tenido que despreciar para afrontar el duro duelo con el Gobierno boliviano eran visibles en su rostro.

Habló largo rato, explicando las alternativas del entredicho con las autoridades; repitió lo que todos sabían: que inútilmente había esperado una respuesta del ministro Martín Lanza a su propuesta de someter el asunto al arbitraje. La aparición del *Blanco Encalada* frente a Antofagasta había apresurado los hechos. El presidente Daza, indignado, le había exigido, por medio de su Ministerio, una explicación sobre la presencia del barco de guerra chileno en aguas bolivianas. Y su respuesta de que aquélla no era más que una medida de precaución, destinada a proteger tanto los intereses chilenos como bolivianos, evitando el estallido de una revuelta de los mineros privados de trabajo por la paralización de las faenas, caía en el vacío. El 1.º de febrero de 1879, el general Daza decretaba una medida insólita: con la firma de todos los ministros, dictó un decreto por el cual se reivindicaron las salitreras cuya concesión tenía la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta».

—He comunicado este desastre a nuestro Gobierno —terminó el señor Videla— y deberemos esperar instrucciones del presidente Aníbal Pinto. Pero no me hago ninguna ilusión. Creo que nuestra permanencia en La Paz no se prolongará mucho más. Por eso los he llamado y quiero que estén dispuestos a salir de este país con la rapidez que exijan los acontecimientos. Discretamente hemos pasado el mismo aviso a los compatriotas residentes en esta ciudad. Desde este momento, todos los empleados de la legación se acogerán a sus muros con sus familias, así como también la señorita Leonora Latorre, sobre quien tengo un mensaje de nuestra cancillería sugiriéndome que la haga retirarse a Antofagasta o a territorio chileno.

Aquella misma noche, todavía impresionados, rodeaban todos la larga mesa del comedor de la legación, sin atreverse a tomar asiento mientras no llegara el señor Videla, cuando éste entró seguido por su secretario. Con gesto cansado, paseó una mirada honda sobre

todos sus huéspedes. Le temblaba un poco su barbilla cuando habló:

—Pueden ustedes ir preparando sus maletas, señores. Acabo de recibir orden de nuestro Gobierno de abandonar La Paz. Secretario, lea el cable, por favor:

En medio de un silencio angustioso, oyeron leer las siete escuetas palabras:

Recibido su telegrama de hoy. ¡Retírese inmediatamente!

La esposa de uno de los empleados ahogó un sollozo y se dejó caer en una silla. Hacía muchos años que vivía en La Paz.

Don Pedro Nolasco Videla continuó sin mirarla:

—Voy a hacer una última tentativa de arreglo. Insistiré sobre el arbitraje, dando al ministro de Relaciones de Bolivia un plazo de cuarenta y ocho horas para responderme.

—¿Y si no responde o no acepta el arbitraje? —murmuré tímidamente una voz del grupo.

—Las consecuencias serán de la exclusiva responsabilidad del Gobierno de Bolivia.

Cuatro días más tarde, el encargado de negocios pedía la visación de los pasaportes para abandonar La Paz. Su nota insistiendo sobre el arbitraje había corrido la misma suerte que las otras.

El 18 de febrero, en la mañana, el personal de la legación, con sus esposas, hijos y maletas, comenzaba a distribuirse en los coches que los llevarían a la frontera peruana.

Leonora se encontraba en el vestíbulo, disponiéndose a salir en compañía del señor Videla, cuando entró un oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia. Traía una nota oficial para el encargado de negocios.

El Ministerio de Asuntos Internacionales boliviano advertía, en último momento, al representante de Chile que se negaba a discutir el conflicto mientras el blindado *Blanco Encalada* permaneciera frente a Antofagasta.

Era una medida dilatoria, que no prometía nada.

El encargado de negocios de Chile respondió:

—Nuestra misión en Bolivia ha terminado. Devolvemos la nota

sin observación alguna.

Era la ruptura de relaciones diplomáticas, la antesala de la guerra.

Pero en los momentos en que iba a montar en el coche don Pedro Nolasco Videla, hubo una nueva interrupción.

El ministro plenipotenciario del Perú, don José Luis Quiñones, acreditado especialmente ante el Gobierno de Bolivia para intervenir en aquella crisis, aventuró una ambigua gestión conciliatoria. Uno de sus secretarios detuvo al señor Videla en el momento de marchar.

Aun cuando no abrigaba ninguna esperanza en la intervención del plenipotenciario peruano, el diplomático chileno decidió asistir a una conferencia con él. Estaba en conocimiento del supuesto tratado secreto entre el Perú y Bolivia, pero como no poseía comprobación alguna de su existencia, decidió escuchar al señor Quiñones, esperándolo en la vacía legación. Sin embargo, dio órdenes a los miembros de su personal que se mantuvieran en los carruajes que los llevarían a la frontera peruana.

Cerca de una hora esperaron en el patio de la legación, sin que aparecieran el encargado de negocios y su secretario. Eran más de las once de la mañana cuando los vieron salir por la puerta trasera del edificio.

El señor Videla agitaba un papel en su diestra.

—Ya está todo resuelto —exclamó jadeando—. Nos vamos.

Nadie habló. Recogieron sus maletas y se encaminaron a los coches. Sólo Leonora detuvo al caballero, apoyándose en su brazo.

—No hubo nuevas alternativas, ¿verdad? —le preguntó en voz baja, trémula.

—No las hubo, señorita. Por el contrario, recibí en último momento un cablegrama de nuestro Gobierno. Aquí lo tiene, traducido de la clave.

Extendió a la joven el papel y ésta leyó:

> *Reivindicación salitrera es un nuevo agravio a Chile. Nuestras fuerzas ocuparán Antofagasta. Regrese inmediatamente.*
>
> *ALEJANDRO FIERRO,*
> *Ministro de Relaciones Exteriores de Chile.*

Leonora tuvo un involuntario estremecimiento.

—Es la guerra, señor Videla —musitó.

—Sí, Leonora —afirmó el diplomático con la voz velada por la emoción—. Hemos hecho cuanto podíamos por evitarla. Es la guerra con Bolivia. ¡Quiera Dios que me equivoque.

En la noche del 8 de febrero de 1879, un tren especial se deslizaba sin luces por entre las cuestas y túneles que separan Santiago de Valparaíso.

El primero de los vagones lo ocupaban el ministro de Relaciones Exteriores, don Alejandro Fierro, y el coronel don Emilio Sotomayor, acompañados por miembros del Estado Mayor del Ejército y algunos secretarios de la cancillería. En los carros planos, distribuidos entre cureñas y cajas de municiones, acurrucados junto a grupos de mulas atadas por un mismo ronzal, ciento cincuenta artilleros charlaban alegre y nerviosamente.

Durante el viaje, el ministro se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo. Sólo de cuando en cuando se le oyó repetir:

—Lo principal es mantener el secreto. Hay muchos espías…, muchos espías.

Amanecía cuando el tren arribó a la estación del puerto.

En un coche militar, el ministro se trasladó con el coronel Sotomayor al cuartel del Regimiento 2.º de Línea, donde los recibieron sin más honores que la presentación de armas por el cuerpo de guardia.

En el ancho zaguán los recibió el teniente coronel Eleuterio Ramírez, comandante del 2.º de Línea. Sus grandes ojos claros brillaban en la penumbra.

Se encerraron largo rato en la comandancia. El resumen de lo tratado se reflejó en las últimas frases cambiadas entre ellos.

—Todo está a punto entonces. De acuerdo con nuestras informaciones, las salitreras serán rematadas el 14 de febrero y estamos a 8. Nuestras fuerzas deben desembarcar en Antofagasta antes, forzosamente —concretó el ministro Fierro.

El coronel Sotomayor asintió con tranquila seguridad:

—Se hará, señor ministro. Ya el Estado Mayor ha estudiado esa

circunstancia y traigo las instrucciones para realizar la operación.

—Bien, señores —concluyó el señor Fierro—. Recuerden que en sus manos queda depositado el honor de Chile. Deberán ustedes apoderarse de Antofagasta a cualquier costo y, de acuerdo con las instrucciones del Estado Mayor, ocuparán asimismo los pueblos mineros contiguos, habitados por chilenos.

—Confíe usted en mis bravos del 2.º de Línea, señor ministro —alardeó el comandante Ramírez.

Ya era de mañana cuando salieron al patio. Los soldados llegaban corriendo desde todos los extremos del cuartel, llamados por el toque de corneta.

En breves minutos, el regimiento estuvo formado por batallones y con su equipo completo.

Los soldados vestían uniforme de parada: guerrera azul, pantalón rojo, bota corta, de media caña; quepis francés, rojo con visera café y aplastado sobre la nuca.

El ministro lanzó una amplia mirada sobre el pelotón de soldados que se destacaba en medio del amarillento patio.

—¡Pobres muchachos! —exclamó para sí—. Ya me parece verlos cruzando el desierto.

En su cerebro sólo cabía un pensamiento. Lo dejó escapar, en voz muy baja:

—¡Qué crimen tan grande es la guerra!

El comandante Ramírez, erguido a su lado, volvió el rostro sorprendido al oírlo.

Un ayudante se acercaba a ellos.

—¡Cumplida la orden, mi comandante! —dijo cuadrándose.

Eleuterio Ramírez se volvió al coronel Sotomayor, que contemplaba las filas: con ojo crítico.

—El 2.º de Línea está listo, mi coronel —le transmitió a su vez, llevándose la diestra extendida a la visera.

—Está bien. Ordene que se dirijan al puerto a embarcar.

El comandante se desprendió del grupo y fue a colocarse al frente de su regimiento. Su voz resonó clara y viril al dar las órdenes.

Con acompasado golpear de pies, las hileras rojas y azules enfilaron hacia el ancho portón y salieron a la calle. Sólo un tambor, ubicado a la cabeza de la columna, marcaba el compás de

la marcha. La banda desfilaba silenciosa.

En el patio quedaron observando la partida el ministro Fierro, el coronel Sotomayor y sus acompañantes. Don Alejandro, al ver desaparecer a los últimos, exclamó con tristeza:

—¡A Antofagasta!… Los primeros. ¿Cuántos no volverán?

El coronel Sotomayor lo miró casi con disgusto.

—Son los primeros, sí, y van orgullosos. Los que caigan, tenga usted la seguridad de que entregarán con placer sus vidas.

Se miraron como dos seres de distinta materia, y no volvieron a hablarse.

El regimiento descendía ahora desde el cerro Barón hacia el plano de Valparaíso. La columna se dirigía discretamente hacia el embarcadero de La Bolsa, en el puerto. Allí los esperaban, junto a los bultos y cajones, cincuenta artilleros de marina. Los pertrechos y cañones habían sido embarcados ya en lanchones, que se veían atracados a los costados del blindado *Cochrane* y de la corbeta *O'Higgins*.

Los dos batallones del 2.º de Línea formaron junto a los artilleros y esperaron órdenes.

Poco más tarde llegó el ministro con su comitiva. Tomaron colocación frente a los soldados y esperaron al comandante. Pronto, éste vino hacia ellos.

—El primer batallón del 2.º de Línea está a sus órdenes, mi coronel —dijo cuadrándose ante el señor Sotomayor.

El ministro intervino nerviosamente.

—Recuerdo a ustedes, señores, que estamos luchado contra el tiempo —les dijo—. El remate de las salitreras es el 14 y estamos a 8.

—Embarcaremos de inmediato, señor ministro —repuso secamente el coronel Sotomayor, y se volvió a Eleuterio Ramírez—: Seguramente querrá usted despedir al primer batallón de su regimiento.

—Sí, mi coronel. Nada más que unas palabras de aliento y daré la orden de embarcar.

A pocos pasos de la primera hilera de sus hombres, el comandante los contempló con emoción. Comenzó a hablarles en voz baja, que fue elevándose acrecentada por la emoción.

«Soldados del 2.º de Línea, vais a partir. Mi alma de soldado se

acongoja por no poder acompañaros en esta empresa redentora que comenzáis. La patria deposita en vuestras manos el alto honor de ser la vanguardia del ejército que defenderá la honra de Chile, que se ha pretendido ultrajar. Yo, como comandante del 2.º de Línea, respondo con el nombre limpio que me legaron mis padres, que vosotros sabréis comportaros con la dignidad y el valor que son galas de los soldados de nuestra patria. ¡Soldados del 2.º de Línea, tendréis el privilegio de marchar en defensa de Chile, acompañados por los bravos artilleros de marina! ¡A unos y a otros os deseo la mejor suerte! ¡Viva Chile!».

—¡Viva Chile!… —repitió el regimiento en un ronco rugido.

El coronel Sotomayor estrechó la diestra del ministro y se dispuso a partir.

—¡Hasta la vuelta, señor ministro! Embarco ya.

—¡Hasta el regreso, coronel Sotomayor! —repuso emocionado el señor Fierro—. Nunca quise ver a Chile envuelto en una guerra, y aún espero poder evitarla. Pero, si nos vemos forzados a ella, me queda el consuelo de saber que es un soldado tan completo como usted quien comandará nuestras fuerzas. ¡Buena suerte, coronel!

—Gracias, señor ministro. Adiós.

El viejo coronel cruzó frente a las tropas que rendían armas a su paso, tratando de erguir el cuerpo con la misma gallardía de diez, veinte años atrás, cuando revistaba las guarniciones bullangueras de los fuertes del Malleco. Pero no era el mismo ya. Sus piernas estaban cansadas, sus espaldas pesadas, su vista disminuida, pensaba, mientras descendía hacia el lanchón que lo llevaría al blindado.

El lanchón puso proa al *Cochrane*, llevándose al pensativo militar.

Tras éste siguieron las demás embarcaciones repletas de soldados.

Una voz asombrada había corrido por Valparaíso y centenares de madrugadores se aglomeraban junto al embarcadero, observando la maniobra con estupefacción. Por las calles descendentes corrían hombres y mujeres hacia la playa, y en los cerros, la gente se empinaba para contemplar el sorpresivo embarco de tropas.

Cuando el segundo batallón del regimiento regresó a su cuartel, una nerviosa poblada lo fue siguiendo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaban—. ¿Por qué embarcan tropas hacia el norte?

Entretanto, la representación diplomática chilena en La Paz había abandonado su sede y se dirigía por coche y ferrocarril hacia la costa del Perú, con el propósito de embarcar hacia Chile. Su itinerario contemplaba empalmar con el tren de Moquehua a Pacocha; en cuya caleta el encargado de negocios Videla confiaba tomar un vapor que los llevara a la patria.

Cuando el personal de la legación tomó el tren en Moquehua y se acomodó en sus estrechos vagones, recién comenzó a reponerse del cansancio por la insufrible tensión en que viviera durante los meses anteriores a febrero. Muy pronto, casi todos se quedaron dormidos, amodorrados por el calor intensísimo y el monótono rodar del tren. El convoy corría por un desierto desolado, punteado muy de tarde en tarde por las casas solitarias de las estaciones.

El señor Videla, recostado en su asiento, fatigado y maltrecho, conversaba con Leonora Latorre. Su salud, delicada durante el tiempo que duró su misión en La Paz, llegaba ya al límite de su resistencia.

—Creo, Leonora expresaba el caballero, que su propósito de desembarcar en Antofagasta nuevamente, además de peligroso, será inútil.

—Usted cree decididamente que Alberto ha muerto, ¿no es verdad? —dijo temblorosa la joven.

El diplomático esbozó un gesto indeciso.

—No quiero desilusionarla, mi amiga —manifestó prudentemente—; pero ¿no buscó usted en todos los lugares posibles, cercanos a Antofagasta?

—Sí… —respondió abatida la muchacha—. Es cierto, lo busqué inútilmente por todos los contornos.

—¿Ve usted? Perdóneme, Leonora. No quiero desmoralizarla, pero sí deseo convencerla de la esterilidad de su propósito de desembarcar en Antofagasta. Se acercan horas peligrosas para ese puerto. Nuestras tropas deben estar por desembarcar allí; talvez haya lucha…, hasta es muy posible que surja la guerra por ese

punto. ¿Con qué objeto va usted a exponerse si tiene casi la seguridad de que Alberto Cobo no será encontrado en ese lugar?

La joven movió la cabeza con desesperación.

—Sí, tiene usted razón, señor Videla, pero compréndame… Resignarme a la idea de que Alberto ha muerto es abandonarme a la renunciación. Créame usted, don Pedro Nolasco, yo soy una mujer fuerte, poco dada a sentimentalismos. Gracias a eso he podido disimular mi tormento y aún obligarme a pensar que mi novio aparecerá de un momento a otro.

—Pero, Leonora, ésa es una ilusión que no puede mantenerse indefinidamente. Tarde o temprano tendrá usted que afrontar la realidad.

La joven ocultó el rostro entre las manos, doblegada por la aflicción.

El señor Videla posó paternalmente su diestra en uno de sus hombros.

—Sí, Leonora —murmuró con suavidad—, sin duda murió.

Hizo una pausa. En seguida, prosiguió:

—Existe casi la evidencia de que así ha sucedido, hija. Es doloroso, pero ¿qué podemos hacer ya? No lo piense más, pequeña; regrese con nosotros a Santiago. Bastante se ha martirizado ya.

La joven enderezó penosamente la cabeza.

—Si Alberto ha dejado de existir —declaró—, no tengo interés alguno en regresar a Santiago. ¿A qué? ¿A vivir asediada por los recuerdos?…

El diplomático tuvo un gesto de sorpresa, pero luego creyó comprender que aquellas palabras eran sólo frutos del dolor.

—No queda otra solución —le dijo con bondad—. ¿A qué otro lugar podría ir usted?

Leonora se alzó de hombros con abatimiento.

—No lo sé. Sólo atino a pensar en que me gustaría encontrar algún sitio donde tuviera algo urgente que hacer, algo que me absorbiera por completo y me impidiera recordar. Es difícil conformarse, señor Videla. Todos mis proyectos, todos los planes sobre mi vida, nacían de él, tenían como base mi unión con Alberto. ¡Ah, si siquiera fuera hombre para ahogar este dolor con la preocupación de la venganza!…

Un estridente pitazo de la locomotora cubrió sus palabras. Casi

inmediatamente el tren comenzó a perder velocidad y un sorpresivo aletazo de viento fresco se introdujo por las ventanillas.

El encargado de negocios se incorporó a medias.

—Estamos llegando a Pacocha —exclamó.

Efectivamente, el convoy había llegado a una breve cima y comenzaba a descender hacia la costa.

El río Ilo se abría en numerosos riachuelos, como las varillas de un abanico, y cubría con sus aguas ramificadas una gran extensión de playa, antes de disolverse en el mar. Hacia el norte se divisaba el disperso caserío de pescadores llamado Ilo, y en la ribera sur se desparramaban, trepándose por la suave ladera de Punta de Coles, las casas de Pacocha, puerto principal de la bahía. La fuerte brisa marina se escurría poderosa por entre las firmes casasquintas, de moderna construcción, y rebotando en la loma que espaldea el pueblo, se elevaba hacia el cielo, privando al desierto de su aliento frío. La línea del ferrocarril iba a terminar en la entrada de un moderno muelle de hierro, demasiado perfecto y mecanizado para un puerto de tan poca importancia. Dos poderosas grúas a vapor inclinaban sus largos pescantes sobre una flotilla de lanchones que iban y venían desde un barco de pasajeros anclado a media milla.

Ensuciando con hollín el follaje de higueras, el tren cruzaba el estrecho valle en declive.

Pacayos, guayabos, algodoneros, paltos, chirimoyos y olivares se hacían más numerosos a medida que se acercaban al pueblo y al río. Por fin, el convoy corrió por entre dos largas hileras de olivos, de gigantescos troncos seculares, y entró en la estación de Pacocha.

Así como el muelle resaltaba exagerado, así también la estación, con sus tres andenes, sus enormes bodegas, su maestranza, su oficina de telégrafo y sus salas de espera, parecía extravagante para una población tan escasa y un servicio ferroviario que movilizaba sólo un tren a la semana hasta Moquehua.

Cuando la locomotora dejó escapar silbando el aire comprimido de sus frenos, las ventanillas de los vagones se vieron asaltadas por los vendedores de dulces y frutas, que chillaban pregonando sus mercancías.

Don Pedro Nolasco Videla se había incorporado, estirando las piernas acalambradas.

—Creo que hemos llegado con el tiempo justo para embarcarnos

—advirtió en voz alta el caballero, buscando la salida seguido por Leonora.

Su secretario le confirmó desde la escalerilla, mientras despejaba los escalones de maletas:

—Nuestro barco es el que divisamos en la bahía, señor. Debe estar terminando de cargar.

—O esperándonos. Telegrafié que nos aguardaran, Ricardo.

Estaban ya en el andén, cuando desde las rejas que separaban el patio de trenes de la calle se vio desprenderse un hombre. Sus ademanes llamaron la atención de los chilenos y el secretario se lo hizo notar a su jefe. Sus ropas lo señalaban como un individuo de la ciudad entre aquella masa de campesinos, pescadores, cholos y mujerío del bajo pueblo. Se dirigía en derechura hacia el grupo de la legación, y, al alcanzarlo, se descubrió sonriente:

—Señores, ¿alguno de ustedes es el encargado de negocios de Chile en La Paz?

—Yo soy, señor. ¿Con quién tengo el agrado de hablar?

El recién llegado exhaló un suspiro de alivio y se inclinó cortésmente.

—Soy primer oficial de la embajada de Chile en Lima, señor. Tengo mucho gusto de conocerlo, señor Videla.

—El gusto es mío, señor. Pero…, dígame usted, ¿qué es lo que ocurre?

—He venido acompañando al señor embajador, que viajó desde Lima para conferenciar con usted.

—¡Cómo! ¿Don Joaquín Godoy está aquí?

El oficial de la embajada en Lima volvió el rostro e indicó hacia una de las salas de espera de la estación.

—Está allí, señor. Lo espera.

El señor Videla se volvió hacia los miembros de su legación y les ordenó breve mente:

—Embarquen ustedes y digan al capitán del vapor que me espere unos minutos por si…

—Perdóneme, señor, pero es preferible que esperen aquí —le interrumpió el secretario del embajador Godoy—. Converse usted primero con el señor embajador.

Don Pedro Nolasco se desprendió del grupo encaminándose a donde lo esperaba su colega de Lima, mientras los empleados de la

legación, acompañados por Leonora, se ubicaban en las bancas de madera del andén cubierto.

La sala de espera se iba quedando vacía, cuando llegó hasta su entrada el diplomático. En un rincón, un hombre alto y corpulento se puso de pie. El señor Videla lo reconoció de inmediato.

Se abrazaron, con calurosas frases de afecto.

—¡Hombre! ¡Don Pedro Nolasco! ¡Menos mal que ha logrado salir entero de La Paz! —repetía el embajador Godoy con su voz cavernosa.

Pasadas las efusiones, el representante chileno en Bolivia miró inquisitivamente a su colega.

—Y ahora, mi estimado don Joaquín, diga usted; lo escucho. Tiene algo urgente que comunicar a nuestro Gobierno, ¿no es verdad?

—Sí, mi amigo. Venga usted a ese rincón. Tenemos que aprovechar bien los minutos que les restan a ustedes antes de embarcar.

Se sentaron muy juntos en el rincón más obscuro y comenzaron a conversar manteniendo las cabezas muy pegadas.

—Escúcheme usted, señor Videla —comenzó, sin preámbulos, el embajador en Lima—. Tengo informaciones recientes que me confirman en la sospecha que comuniqué a nuestro ministro de Relaciones Exteriores acerca de que entre Perú y Bolivia existe un tratado secreto de alianza militar.

—¡Demonios! —dejó escapar el encargado de negocios. El Gobierno de Santiago le había hecho partícipe de esos temores, pero en ninguna nota había agregado el título de «tratado secreto de alianza» aquella decidora palabra que le añadía Godoy: «militar»—. Es un asunto gravísimo y se hace forzoso alcanzar una certeza sobre él —prosiguió diciendo Videla—. Imagínese usted que el embajador del Perú en La Paz se ha presentado a ofrecerme la mediación de su Gobierno en la cuestión del salitre, y aún más, me ha asegurado, en tal carácter, la neutralidad de su país en caso de conflicto.

—Sí, ya estoy enterado de esos detalles, y por eso necesito comunicar mis sospechas a nuestro Gobierno, advirtiéndole, además, que mis agentes han podido averiguar que va en viaje a Lima un embajador del general Daza, el señor Serapio Reyes Ortiz. Este viaje, que es secreto, seguramente no tiene otro objeto que el

de ultimar con el presidente Ignacio Prado la confirmación de la alianza.

—Sin lugar a dudas. Pero nuestra cancillería exigirá pruebas de la existencia de ese pacto militar.

—Son las que intento conseguir, pero, desgraciadamente, me encuentro muy limitado en mis medios. Los miembros de mi legación son sobradamente conocidos por las autoridades de Lima, y, aún más, sospecho que se los vigila. ¿Me comprende?

—Sí —asistió pensativo el señor Videla—, creo entenderle. Lo que usted desea es que yo le proporcione un funcionario de mi personal para que actúe a su lado.

—¡Eso es, justamente! Vea usted. Tengo todo preparado: pasaporte, medios para que llegue a Lima separado de nosotros, dinero… Desde hace días vengo rumiando este recurso y he ahí la causa de mi viaje hasta acá.

—Está bien. Puede usted contar con ese funcionario. Escogeremos al más capacitado.

—Dígame usted —lo interrumpió el embajador Godoy—, ¿viene alguna mujer entre su personal?

—No; en mi legación no ha habido nunca mujeres.

—¡Qué lástima! Una mujer se habría prestado maravillosamente para el caso. En realidad, no se me ha ocurrido pensar en que me traspasaría usted un empleado. Las informaciones que es preciso conquistar están mucho más al alcance de una mujer hábil que de…

Don Pedro Nolasco Videla tuvo una inspiración repentina.

—¡Espere usted! —exclamó, hurgando con la mirada en los andenes. Pero, a través del campo visual limitado por la puerta, sólo se veía el amontonamiento de cholos pugnando todavía por hallar colocación en el tren. Impulsándolo de un brazo, instó al señor Godoy a ponerse de pie con él y lo llevó hasta la salida de la sala de espera. Un poco encandilado por la violenta resolana, paseó los ojos a lo largo de los andenes, hasta que ubicó a los miembros de su legación sentados desmayadamente. Leonora estaba en el extremo más próximo de la hilera, inmóvil, con la mirada perdida—. ¡Aquélla, don Joaquín, la del traje malva y el abrigo *macfarlane*!

—¿Quién es esa señorita? —preguntó el señor Godoy, siguiendo su mirada.

—Regresa con nosotros, pero no pertenece a la legación. Es una

chilena que vino hasta La Paz en busca de su prometido.

En dos o tres frases concisas le expuso la historia de la misión que se había impuesto la muchacha.

—¡Caramba! —comentó el embajador, contemplándola—. Una mujer a la que le mataron el novio…, desilusionada y muy hermosa… Son fuerzas que pueden servirnos magníficamente. Dígame usted, ¿es inteligente?

—Muy inteligente y de una rara energía —afirmó categóricamente Videla.

—Pues es, precisamente, lo que necesitamos. ¿Cree usted, mi amigo, que será posible convencerla?

—Me decía, cuando veníamos en el tren, que le gustaría encontrar, en otra parte, algo de qué preocuparse, algún trabajo intenso que la absorbiera por completo.

—¡Magnífico, entonces! Es el momento oportuno para hacerle nuestra proposición.

—Sí —aprobó con reticencia el señor Videla—, así parece…, pero siento algunas vacilaciones. Leonora Latorre es una niña distinguida de Santiago…, y lo que vamos a ofrecerle es simplemente el papel de… espía.

Don Joaquín Godoy frunció el ceño.

—Debe usted considerar que en estos tiempos críticos para nuestra patria, el prestar servicios a Chile como los que vamos a pedirle, ennoblece la tarea.

—Sí, sí —aceptó Videla en voz baja—, tiene usted razón. Como chileno y como diplomático, me rindo a su razonamiento. Hablaremos con la señorita Latorre inmediatamente. Sírvase esperarme unos segundos, que voy por ella.

Don Joaquín Godoy había vuelto a protegerse en la penumbra del interior y los esperaba en el mismo rincón donde conferenciara con su colega. Saludó sonriente a la señorita Latorre, mientras sus ojos la estudiaban con detención.

Leonora percibió aquel encubierto examen y se sentó turbada entre los diplomáticos.

Don Pedro Nolasco Videla, acuciado por la prisa, le expuso escuetamente el asunto. La muchacha lo escuchaba con atención, sintiendo pesar sobre ella las miradas inquietas de los dos caballeros. A medida que el encargado de negocios exponía el

proyecto, su asombro iba en aumento.

Cuando terminó el señor Videla, vino a reforzar sus argumentos don Joaquín Godoy.

—Ésta es la oportunidad que usted buscaba, señorita. Al aceptar la misión que le proponemos, no sólo quedará satisfecho su propósito de ocuparse en algo útil, sino que este servicio significará un auxilio importantísimo para nuestra patria. Calcule usted el ahorro de vidas jóvenes que puede representar a nuestro ejército, en caso de llegar a la contienda, una acción inteligente de su parte. Incluso puede llegar a ser decisiva para evitar una guerra.

Leonora lo interrumpió con voz desmayada:

—Todos sus argumentos son valiosos, señor embajador, pero… pero yo no estoy en condiciones de realizar lo que ustedes me piden. En primer lugar, jamás he trabajado en algo semejante, desconfío absolutamente de mi capacidad para desempeñar con habilidad necesaria el papel de…, de… ¡No, señor Godoy, estoy segura de no servirles! ¡Precisan ustedes de una mujer de valor y sangre fría que yo estoy muy lejos de poseer!

—Pero, Leonora… —protestó el señor Videla.

El embajador no lo dejó continuar.

—Señorita, usted será una secretaria particular mía —intervino —, una empleada a mis órdenes, destinada a trabajos reservados, el principal de los cuales será tratar de arrancar a los peruanos la verdad sobre la alianza secreta que han firmado Bolivia y el Perú.

La joven se debatía acosada.

—Pero ¿creen ustedes que podría prestar alguna utilidad verdadera? —dijo, buscando la forma de disminuirse para burlar aquel asedio.

El embajador Godoy se impacientaba por aquella prolongada resistencia. La sirena del vapor sonaba lejos, urgiendo a los miembros de la legación.

—Seguramente, señorita —protestó—. Su hermosura y su visible inteligencia desempeñarán la parte principal. El resto, ya nos encargaremos nosotros de enseñárselo. Créame, señorita, que si no fuera tan vital para nosotros obtener su concurso, no la abrumaríamos con tanta insistencia.

Leonora volvió a mover cansadamente la cabeza, negándose. Apoyó la frente en las palmas de las manos y permaneció doblegada

en el asiento. Se sentía tan confusa, tan derrotada. Vagamente escuchó la voz del señor Videla:

—Es inútil, don Joaquín. Lo siento.

—Nos ha fallado el único recurso de que podemos echar mano, amigo Videla. Es lamentable.

En el fondo del puerto volvió a sonar el urgente llamado de la sirena del vapor. Al oírlo, don Pedro Nolasco se puso de pie.

—Me marcho, señor embajador. No podemos esperar más. Perderíamos el barco. Leonora sintió incorporarse también al señor Godoy. La voz del embajador en Lima le llegó profundamente desolada:

—Diga usted a nuestro presidente Aníbal Pinto que lamento no poder andar todo lo aprisa que él quiere. Pero me vigilan mucho y tendré que esperar a que la cancillería me mande una agente hábil.

Leonora alzó la cabeza y murmuró casi sin darse cuenta:

—Señor Videla, me quedo.

Fue un arrebato inexplicable, una reacción surgida independientemente del fondo de su cerebro.

Ellos no la habían oído bien, pero adivinaron sus palabras. Don Pedro Nolasco la agarró de un hombro y la remeció con involuntaria violencia.

—¿Qué ha dicho usted, Leonora? Repítalo, por favor.

—Me quedo, señores. Acepto la proposición que me han hecho.

El embajador Godoy le atrapó ambas manos y se las sacudió jubiloso.

—Gracias, gracias, señorita Latorre; no sabe usted qué enorme peso me quita de encima. Ya lo ha oído, amigo Videla; ella se queda. No se equivocó usted al recomendarla como una mujer valerosa e inteligente. Dígame, señorita Latorre, ¿estaría usted dispuesta a partir de inmediato a Lima?

La joven tuvo un sobresalto.

—¿De inmediato?

—Sí, ahora mismo. Los miembros de la legación embarcarán en unos minutos hacia Chile, y nosotros no podríamos permanecer en este pequeño pueblo sin llamar la atención. ¿Qué contesta usted?

Leonora volvió los ojos hacia el señor Videla. Éste les respondió afirmando levemente con la cabeza.

—Don Pedro Nolasco, ¿debemos separarnos aquí, entonces? —

dijo ella aún vacilante.

El caballero le presionó los hombros con sus manos y la impulsó a levantarse.

—Hija mía, usted es valiente —le dijo conmovido—. Vaya, por el bien de la patria, y que Dios la bendiga.

Leonora miró su rostro demacrado. La mirada firme pero cariñosa de sus ojos cansados terminó de convencerla. El señor Videla sacrificaba su salud, bien podía ella sacrificar su comodidad. Sonrió con gesto resignado.

—Don Pedro Nolasco —confesó—, antes de desperdiciar mi vida estérilmente, llorando a un muerto, entre las cuatro paredes de mi casa en Santiago, prefiero ofrecerla al servicio de mi país.

La sirena del barco lanzó tres pitazos breves e impacientes.

—¡Vamos, señorita! —la apremió el embajador.

—Está bien, embajador. Señor Videla, hágame el favor de explicarle a mi padre que…

—No, no —le interrumpió el señor Godoy—. La señorita Latorre cambiará de nombre y es preferible que todo el mundo ignore su paradero.

—Pero ¿y mi padre, señor Godoy?…

—No podemos ser tan rígidos, colega. Don Antonio Latorre espera que su hija retorne conmigo. Sabe que está bajo mi cuidado…

—Bien. Usted se lo dirá al padre de la señorita, pero personalmente y en perfecto secreto. Nadie más debe saberlo. Ahora despidámonos rápidamente.

Los dos hombres se abrazaron estrechamente.

—Hasta la vista, señor Godoy, y mucha suerte. ¡Cuídeme usted a Leonora!

La joven se echó en los brazos del abnegado diplomático y lo abrazó como si hubiera sido su padre.

—¡Adiós, don Pedro Nolasco! Pueda ser que algún día nos volvamos a ver. ¡Adiós, y gracias por todo!

Don Joaquín Godoy y Leonora salieron apresuradamente por una arcada que daba a una arboleda, detrás de la estación; el señor Videla, por el lado opuesto de la sala de espera, hacia los andenes.

Mientras caminaban por entre los árboles, la joven preguntó:

—¿Marcharemos juntos a Lima, señor Godoy?

—No, señorita, nadie debe verla jamás cerca de mí. Usted irá en aquel coche que está allí. La acompañará el más hábil de mis ayudantes, que la irá instruyendo durante el viaje. Será un recorrido fatigoso hasta Mollendo, donde embarcarán ustedes para el Callao.

—Ha dicho usted que deberé cambiar de nombre. ¿Cual llevaré en adelante?

—No lo he pensado todavía. Traigo todos los documentos en blanco. En Lima se lo comunicaré.

Llegaron juntos a una calesa cerrada. El auriga, que se adormilaba en el pescante, se apresuró a abrir la portezuela.

Al poner el pie en la pisadera, Leonora se detuvo sorprendida. No había prestado atención al embajador cuando le dijo que en el coche la esperaba uno de sus ayudantes. Era éste un señor alto y delgado, de cabellos plateados y ojos intensamente azules, quien, al verla, le tendió la mano para ayudarla a subir.

Don Joaquín Godoy le explicó desde abajo:

—Esta señorita es la persona a quien esperábamos, Rodríguez. Como no puedo detenerme más tiempo aquí, preséntese usted mismo y dele todas las instrucciones del caso. Ya sabe que estará bajo su tutela. ¡Pero partan, partan al momento!

Restalló el látigo del conductor, y los caballos partieron a trote desordenado.

No bien el vehículo se hubo puesto en movimiento, el misterioso ocupante del mismo se inclinó ante la muchacha con una sonrisa cortés:

—Celebro conocerla, señorita. Mi nombre es Roberto Rodríguez.

Leonora levantó los ojos hacia él, profundamente intrigada. Aquel nombre le sonaba muy familiar. Estaba segura de haberlo oído numerosas veces antes. Pero por más que su mirada recorría atentamente el rostro distinguido de su acompañante no conseguía ubicarlo en sus recuerdos.

—Roberto Rodríguez —repitió en voz baja—. Su nombre me es conocido, señor. ¿Dónde nos hemos encontrado antes?

El aludido sonrió con extrañeza.

—Créame que no lo sospecho, señorita. ¿Es usted de Santiago?

—Sí, señor. De allá he venido no hace muchos meses a Bolivia.

Él movió entonces la cabeza negativamente.

—Creo que es imposible que nos hayamos conocido antes,

señorita. Hace muchos años que falto de Santiago.

—Pero ha estado últimamente en La Paz…

—También hace años que no voy a esa ciudad.

Leonora se calló perpleja, y no se atrevió a seguir insistiendo. Desvió los ojos y entonces vio, con gran sorpresa, que bajo el asiento frontero asomaban los cantos de sus dos maletas.

Su acompañante le explicó, divertido:

—Mientras usted conferenciaba con los jefes en la sala de espera, las hice traer al coche. ¡Conozco a don Joaquín! Tenía que convencerla. Era preciso que usted regresara conmigo a Lima. A usted quizás le parezca extraordinaria nuestra insistencia, pero cuando sepa cuáles serán sus actividades y la importancia que les atribuimos, comprenderá que teníamos que traérnosla con nosotros.

—Espero impaciente que me explique usted qué tendré que hacer.

—El viaje será muy largo. Tendré tiempo para ponerla al corriente de todo, del ambiente en que tendrá usted que desenvolverse, de la personalidad que tendrá usted que afectar, de las personas con quienes tendrá usted que relacionarse… y de los riesgos que deberá evitar.

El señor Rodríguez hizo una pausa, encendió un grueso cigarro y en seguida comenzó a hablar sin prisa, tratando de ser lo más claro posible.

El coche avanzaba todo lo rápidamente que le permitía el detestable camino hacia Mollendo.

11

Antofagasta vivía aquellos días como si la tierra arenosa de su suelo se hubiese transformado, de pronto, en dinamita. Todos sus pobladores vivían en suspenso, aguardando la explosión que podía inflamar el territorio entero.

Esta sensación de proximidad de la violencia había ido creciendo a medida que se acercaba el 14 de febrero, día fijado por las autoridades bolivianas para el remate de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril».

Los mineros chilenos, despojados de su trabajo por la paralización de las faenas, vagaban torvos por las callejuelas contiguas a la Compañía o se estacionaban, en hosco silencio, en las aceras donde se ubicaban las cantinas y cocinerías a las que concurrían habitualmente.

Las fuerzas bolivianas, engrosadas por las guarniciones de Mejillones y Caracoles, patrullaban las calles con cautela.

Ambos bandos sabían que avanzaban inexorablemente hacia un encuentro sangriento. Los chilenos habían tomado el tácito acuerdo de no permitir el remate de la «Compañía de Salitres». No tenían un plan definido; sólo sabían que cuando el prefecto Zapata diera comienzo al remate, debían abalanzarse, cuchillo en mano, contra los ejecutores.

Por su parte, las autoridades del litoral esperaban esta reacción, dispuestos a no escatimar pólvora.

En esta atmósfera pesada surgió el 14 de febrero de 1879. El sol bañó el caserío, alumbrando el espectáculo de una densa multitud inmovilizada, formando un anillo, en torno a las instalaciones de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril». Sobre el mar, más grande y más próxima, se advertía la mole del blindado *Blanco Encalada*,

que había cambiado de fondeadero durante la noche, viniendo a ubicarse frente a la usina.

Los mineros chilenos, al contemplarlo en su nueva posición, creyeron entender que su tripulación también estaba dispuesta a intervenir, frustrando el remate. Aquello acrecentó sus alientos, y siguiendo órdenes de improvisados cabecillas, comenzaron a distribuirse por los anchos patios. El grupo mayor se estableció junto a la casa de fuerza, bajo la descomunal chimenea de ladrillos. A pocos metros existía un enorme reloj enclavado en el tope de un mástil de hierro de ocho metros de altura. Por una escalerilla se trepaba hasta una pequeña plataforma que abrazaba el tubo, bajo el círculo del reloj, al igual que las cofas de vigías en los palos de los veleros. Allí tomaron colocación dos de los cabecillas, que eran los únicos que poseían revólveres.

Mujeres e hijos de mineros se escurrieron hasta el angosto muelle metálico por donde las vagonetas llevaban el salitre para descargarlo en el vientre de los lanchones.

Los hombres menos decididos se esparcieron por el amplio llano extendido detrás de la usina, entre ésta y el semicírculo de casas de los técnicos ingleses. A estos últimos se los veía acodados en los corredores que rodeaban sus habitaciones. Desde hacía días vivían aterrados, presintiendo el estallido que se aproximaba.

Por su parte, la guarnición boliviana estaba reunida en el cuartel de la prefectura desde la salida del sol. Poco antes de las ocho de la mañana, hora fijada para la subasta, el prefecto Severino Zapata habló a sus hombres; los exhortó a proteger la ejecución del decreto que ordenaba el remate de la Compañía.

—Y confío en ustedes para llevarlo a cabo, aunque la población chilena de Antofagasta se oponga —terminó diciéndoles.

Se abrieron las puertas del cuartel y se dieron las órdenes de marcha.

El prefecto, cruzado el pecho con la banda bicolor, insignia de su mando, encabezó la columna. En su rostro se estampaba la firme decisión de consumar el remate costase lo que costare.

A paso vivo, los sesenta fusileros del 3.º de Bolivia avanzaron hacia el costado norte de la bahía, donde estaba la usina. Las calles estaban solitarias y las puertas y ventanas de las casas, sólidamente atrancadas.

El comisario Hillas, que se había adelantado en exploración, regresó a la carrera para informar de la presencia de los chilenos en torno a la usina. La tropa hizo alto, nerviosa.

—¡Comisario —indicó secamente el prefecto—, ordene a los soldados que se desplieguen en hileras, despejen los contornos y tomen los edificios de la Compañía!

El comisario retrocedió amedrentado. Hubiera querido buscar otro sistema de posesión, pero la fisonomía de su superior hablaba claro: no cabía discusión. Giró sobre sus talones y dio las órdenes correspondientes. Los soldados vacilaron, pero terminaron por obedecer. Lentamente comenzaron a avanzar a lo ancho de la playa.

Pero, en esos mismos momentos, un verdadero muro de cuerpos comenzó a adelantar, paso a paso, hacia los soldados.

El choque era inminente.

El prefecto Zapata observaba con las mandíbulas contraídas; comprendía que si aquella turba se acercaba a sus hombres, éstos serían arrollados y pisoteados. Alzó la mano para gritar fuego, cuando, súbitamente, una detonación formidable estremeció el aire.

Todos, bolivianos y chilenos, se inmovilizaron y volvieron los rostros atónitos hacia el mar. Un segundo cañonazo los sacudió; luego un tercero y un cuarto.

En las bandas del *Blanco Encalada* se mantenían suspendidas nubecillas de humo.

En el primer momento, el prefecto Zapata creyó, al no sentir el silbido de los proyectiles sobre Antofagasta, que el barco chileno se defendía de algún enemigo inesperado. Tal vez algún buque peruano o de nacionalidad imprecisa intervenía apoyando el remate. Pero, rápidamente, la realidad había de arrancarlo de su sueño. Dos arboladuras surgieron desde las rocas que cerraban la bahía por el sur y un concierto de cañonazos enloqueció a las gaviotas.

Eran el *Cochrane* y la corbeta *O'Higgins* que llegaban a la cita y respondían a los saludos del *Blanco Encalada*. La bandera tricolor de Chile flameaba en lo alto de sus palos.

El prefecto los contempló hipnotizado. Sus soldados, estupefactos y amedrentados, se replegaban en absoluto desorden. Era temerario permanecer más allí. La muchedumbre de chilenos aullaba alborozada y corría hacia la playa agitando los brazos,

gritando saludos. En cualquier momento, ensoberbecidos por la ayuda de los barcos de guerra, podían lanzarse sobre ellos y aplastarlos. Trémulo de rabia e impotencia, gritó una orden y los sesenta fusileros del 3.º dieron vuelta y desaparecieron hacia el cuartel de la prefectura.

Los mineros, enloquecidos de entusiasmo, brincaban en la arena y se metían en las olas, gritando vivas y llamando a sus compatriotas a tierra.

En los techos de los barrios populares comenzaron a brotar banderas tricolores. Mujeres y niños agitaban frenéticamente la insignia patria, guardada por años.

Antes que los buques echaran sus anclas, un bote se desprendió del *Cochrane* y se acercó a la orilla llevando una bandera de parlamento.

La multitud corrió por la playa, calculando el sitio de desembarco. El nuevo cónsul de Chile en Antofagasta, don Nicanor Zenteno, acompañado de varios chilenos prominentes, se abrió paso hasta la orilla y aguardó el atraque de la embarcación.

Un oficial joven, entusiasmado por la recepción, saltó a tierra, acompañado por cinco fusileros del 2.º de Línea.

El cónsul hendía la muchedumbre, haciéndoles cordiales señas de bienvenida. Después de muchos esfuerzos, consiguió acercarse al oficial que preguntaba en voz alta:

—¡El cónsul de Chile! ¡El cónsul de Chile, mis amigos! ¿Dónde está?

—Yo soy. Nicanor Zenteno, a sus órdenes, oficial.

—Capitán José Manuel Borgoño, señor consul —repuso el oficial —. Vengo en calidad de parlamentario ante las autoridades bolivianas. ¿No hay ninguna presente?

—¿Presentes?

Los mineros reían a gritos ante la pregunta.

—Se han refugiado en el cuartel de la prefectura —aclaró el cónsul.

—¿Quiere usted guiarme hasta allá, señor Zenteno?

—¡Con mucho gusto! Vamos, capitán. ¡A ver, amigos míos —pidió, dirigiéndose a la multitud—, hagan el favor de dejarnos libre el paso!

La masa humana cedió, abriéndoles camino, pero se movilizó

con ellos, como una escolta. Múltiples voces saltaban del grupo, asediando a los soldados y a su jefe:

—¿Vienen a quedarse en Antofagasta, mi capitán?…

—Antofagasta será chilena para siempre, ¿no es cierto?…

El capitán Borgoño giraba la cabeza, risueño y conmovido. Por fin, alzando los brazos para aquietar las voces, dijo en alta voz:

—¡El Gobierno de Chile nos manda a tomar posesión de Antofagasta, compatriotas, y en ella nos quedaremos!

Un rugido de alegría sacudió a la muchedumbre. Los mineros se abrazaban, delirantes.

Aquel frenético griterio duró hasta la plaza del puerto. Allí el capitán Borgoño pidió a todos que permanecieran al costado opuesto a la prefectura y se adelantó, acompañado sólo de sus soldados y el cónsul Zenteno.

Las puertas del cuartel estaban herméticamente cerradas y uno de los soldados hubo de golpear para que una les fuera abierta. Enarbolando la bandera blanca, los chilenos penetraron sin vacilaciones hasta el patio central. Al fondo vieron a los sesenta rifleros del 3.º de Bolivia, en posición de alerta. En medio del espacio descubierto, el prefecto Zapata, acompañado del comisario, esperaba pálido y ceñudo.

El capitán Borgoño avanzó resueltamente hasta ellos y los saludó militarmente.

—¿Es usted, señor, el jefe de las fuerzas bolivianas en Antofagasta?

—Sí, señor, soy el prefecto Severino Zapata, representante del Gobierno de Bolivia en su departamento de Cobija o Lamar.

—Señor, vengo como emisario del comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias chilenas, coronel don Emilio Sotomayor, a traer a usted este mensaje. Tome, señor.

El capitán Borgoño le alargaba un pliego, pero el prefecto, estremecido por la indignación, agitaba los brazos, sin tomarlo.

—Este proceder del Gobierno de Chile es inicuo y lo condenarán severamente el pueblo de Bolivia y las naciones de América…

—¡Señor prefecto —lo interrumpió bruscamente el oficial—, no he venido a discutir con usted las disposiciones de mi Gobierno! Soy simplemente un parlamentario que le trae esta notificación. Le ruego leerla al momento.

El jefe del departamento de Cobija atrapó el papel con violencia. El comunicado del coronel Sotomayor decía:

> *Antofagasta, febrero 14 de 1879.*
> *Señor Prefecto: El Gobierno de Chile, considerando roto el Tratado de 1874, me ordena tomar posesión, con la fuerza de mi mando, del territorio comprendido en el grado 23. A fin de evitar todo accidente desgraciado, espero que usted tomará todas las medidas necesarias, como asimismo sus connacionales.*
>
> *EMILIO SOTOMAYOR.*
> *Comandante de las Fuerzas Expedicionarias de Chile.*

Siempre escoltado por la multitud bulliciosa, el capitán Borgoño volvió a su nave y se presentó al coronel dándole cuenta del cumplimiento de su misión. El comandante en jefe dio orden de proceder al desembarco. Cien hombres del Batallón de Marina y cien artilleros descendieron a los botes. Los soldados del 2.º de Línea transbordaron a la *O'Higgins* y al *Blanco Encalada*; la primera nave iría a tomar posesión de Mejillones y la segunda, de Tocopilla y Cobija. El *Cochrane* permanecería protegiendo a las tropas desembarcadas en Antofagasta.

Media hora más tarde, todos los hombres estaban en tierra y los barcos comisionados se alejaban hacia el norte. El coronel Sotomayor llegó en una lancha y revisó las tropas formadas en la playa.

—¿Todos los hombres en tierra, capitán Borgoño?

—Todos, mi coronel.

—Bien, Dirijámonos entonces al cuartel boliviano.

Pero en ese instante apareció un soldado de la prefectura. Traía un documento que ofreció al coronel. Era la respuesta del prefecto Zapata. Escrita nerviosamente, reflejaba el furor del subscrito:

> *Mandado por mi Gobierno a ocupar la Prefectura del Departamento, sólo podré salir de él por la fuerza. Puede usted emplear ésta, que encontrará ciudadanos desarmados, pero dispuestos al sacrificio y al martirio. No hay fuerzas con que poder contrarrestar a los tres vapores blindados chilenos, pero no abandonaremos este puerto,*

sino cuando se consume la invasión armada.

SEVERINO ZAPATA,
Prefecto del Departamento de Cobija.

El coronel Sotomayor no recogió el desafío. Comprendía el estado de ánimo del jefe boliviano y no estaba dispuesto a convertirlo en mártir. Además, las instrucciones que traía eran terminante: debía evitar, en lo posible, la efusión de sangre. La apropiación del territorio comprendido entre los grados 23 y 24 sería ejecutada pacíficamente, dando a las autoridades bolivianas toda clase de facilidades para abandonarlo. Así se lo mandó decir al prefecto con el mismo emisario, agregándole que, para evitar actos de violencia, hiciera entrega de las armas y las tropas de su mando al comandante José Vidaurre, que acantonaba en la plaza. En cuanto a él, se le permitiría permanecer en el cuartel, sin ser molestado, hasta el día 16 de febrero, en que pasaría un vapor con rumbo al Perú.

Inmediatamente después que el parlamentario se hubo alejado llevando la respuesta, el coronel dictó órdenes para completar la posesión de la zona, buscando trazar un cerco de soldados que protegiera a Antofagasta contra el posible descenso de tropas bolivianas desde Calama y el desierto. Con esta finalidad, el capitán Francisco Carvallo partió con setenta artilleros de Marina a apoderarse de Salar del Carmen y Caracoles.

Satisfecho por la celeridad y sosiego con que se consumaba el dominio del lugar, el jefe chileno se dirigió al consulado, donde lo aguardaba don Nicanor Zenteno.

La recepción de este último fue cordialísima. Sentados en su despacho, cambiaron rápidas impresiones sobre lo ocurrido en los últimos meses y sobre los propósitos del Gobierno chileno respecto al territorio que habían determinado ocupar. El coronel Sotomayor traía un nombramiento para el cónsul.

—Traigo poderes para designar a usted gobernador civil de esta provincia —le especificó el militar, exhibiéndole el documento—; así como también para nombrar subdelegado de Caracoles al señor Enrique Villegas.

El señor Zenteno recibía sus poderes, cuando, súbitamente, llegaron hasta ellos gritos de algún lugar próximo. No necesitaron

escuchar mucho para comprender que era la turba que emprendía asaltos en el barrio céntrico. Salieron atropelladamente a la calle, en el momento en que el capitán Borgoño llegaba jadeante.

—¡Mi coronel —gritó, acercándose—, los mineros han rodeado la prefectura y amenazan asaltarla!

—¡Hay que impedir los desmanes, capitán! ¡Salga usted a la plaza y diga al comandante Vidaurre que restablezca el orden!

Mientras el capitán Borgoño corría a cumplir la orden, la muchedumbre excitada se ensañaba arrojando piedras contra las puertas y ventanas cerradas del cuartel.

Los guardias y soldados bolivianos, refugiados en el edificio, no daban señales de vida.

Azuzándose mutuamente, los mineros iban acercándose a los muros. Un grupo, enardecido, arrancó el escudo del frontis y comenzó a destrozarlo en mitad de la calle.

El prefecto Zapata, enloquecido de impotencia, olvidó toda prudencia al enterarse del ultraje. Salió al patio gritando a sus soldados, instándolos a hacer una salida desesperada y sacrificarse defendiendo el honor de sus armas. Pero no le obedecieron. Sus subalternos pensaban que no sería solamente contra los mineros contra quienes tendrían que luchar, sino que, al primer disparo, caerían sobre ellos los soldados chilenos ubicados a menos de un centenar de metros.

El prefecto regresó a su despacho atontado. Con un rugido de desesperación se desplomó en su silla giratoria y hundió el rostro entre las manos.

La batahola de la calle fue decreciendo y terminó por callar. Las tropas del comandante Vidaurre alejaban a los mineros, interponiendo una muralla de culatas.

El jefe boliviano alzó la cabeza y ordenó acercarse al comisario.

—Comisario —le dijo con voz opaca—, forme usted a los hombres y marche con ellos a Cobija. Yo escribiré al jefe chileno, comunicándole esta retirada, a fin de que les franquee el paso al norte.

Una segunda reyerta callejera ocupó a los soldados del comandante Vidaurre antes de que el mensaje del prefecto pudiera llegar a manos del coronel Sotomayor. Los mineros se habían lanzado contra la cárcel, con la intención de linchar a un boliviano

detenido allí por haber dado muerte a golpes a un chileno. Sólo la enérgica actuación de los soldados pudo impedir el bárbaro intento. Cuando se hubo restablecido la normalidad, el coronel Sotomayor se trasladó a la prefectura. Mientras caminaba hacia el despacho del señor Zapata, pudo ver que la guarnición boliviana estaba lista para partir. Habló al abatido prefecto en tono firme, pero sin hostilidad.

—Señor prefecto, quiero que usted comprenda que las fuerzas bajo mi mando desean dar a todos los bolivianos garantías y facilidades para que se retiren sin daños de este territorio.

Severino Zapata esbozó una sonrisa amarga.

—Han probado ustedes de extraña manera sus buenas intenciones: el escudo de Bolivia ha sido vejado…

—Han sido desbordes de la multitud enardecida por la opresión en que se la ha mantenido —lo interrumpió secamente el coronel—. Sin embargo, aseguro a usted que lamentamos esta tropelía. En cuanto a la nota en que me comunica que sus hombres saldrán hacia Cobija, quiero hacer a usted la advertencia que, para que mi gente en Mejillones no los consideren hostiles, es preciso que sus fusileros marchen sin armas. Ordene usted que las entreguen al comandante Vidaurre en la plaza.

El prefecto abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Nada puedo oponer a su imposición, señor —dijo—. Estoy atado de pies y manos y sin alternativa. Las armas serán entregadas. Yo, por mi parte, me acogeré al asilo del consulado peruano, hasta pasado mañana 16 de febrero, en que tomaré el vapor que va a Arica.

—Muy bien, señor. Queda usted en libertad de proceder como dice. Buenas tardes.

El prefecto, encerrado en su despacho con su ayudante, vio salir la guarnición encabezada por el comisario. Cuando ésta se hubo alejado, volvió a clavar sus ojos brillantes en el rostro del subalterno.

—Le repito —ordenó—, busque un chasqui de confianza y envíelo inmediatamente a la pampa, para que vaya pregonando que Antofagasta ha sido asaltada por los chilenos y conminando a todos los bolivianos a levantarse en armas y plegarse a las fuerzas que tiene el coronel Cabrera en Calama. ¡Rápido! ¡Corra!

Aquél fue el último acto oficial del prefecto Zapata. En seguida

se refugió en el consulado del Perú.

Esa noche, mientras la oficialidad chilena recién desembarcada se dejaba agasajar por los compatriotas, un chasqui boliviano, al que más tarde se unieron otros, galopaba de poblado en poblado derramando la restallante noticia:

—¡Antofagasta ha sido asaltada por los chilenos!… ¡A las armas, bolivianos!… ¡A las armas!…

Como las ondas que provoca una piedra en las aguas de un lago, la noticia de la caída del puerto fue difundiéndose hasta las estribaciones del desierto, promoviendo la formidable leva de la población boliviana, desde el litoral a la pampa, para reforzar las huestes del coronel Cabrera, guarnecido en Calama.

Al sur del desolado Salar de Atacama, en la cuenca socavada entre la sierra de Domeyko y la cordillera de los Andes, alzaba al cielo la desnudez de su chocería la aldea india de Tilomonte. Hasta aquel lugar llegó uno de los chasquis.

Exaltado por efecto del falso vigor de la coca, detuvo su mula en la mitad del perímetro dibujado por las chozas y miró la soledad.

Los hombres habían salido al alba, con las cabras, a la montaña, y los únicos seres vivientes en el caserío eran una india vieja y sucia que molía granos en un mortero de piedra, y un hombre alto y delgado, de rostro demacrado y larga barba enmarañada. Inmóvil en una roca pulimentada a modo de asiento, permanecía ausente, como idiotizado.

—¿No hay hombres en este caserío, india? —clamó el chasqui.

—Todos se me han ido un poco arriba de la sierra —le respondió la mujer, sin alzar los ojos de su faena.

—¿Y aquél?

Dio un talonazo a la cabalgadura y la guió hacia el personaje que se retostaba al sol, sobre la piedra.

—¡Aquél está muerto en vida! —le gritó la vieja.

El mensajero se inclinaba sobre el hombre y lo remecía.

—¿Que no has oído, compadre? ¡Antofagasta ha sido tomada por los chilenos!

El sujeto le esquivó gruñendo disgustado y levantó lentamente la cabeza para contemplar al jinete.

—¡Déjalo! ¡Ese pobre no me está en su juicio!

La india se aproximaba con enojo, como para defenderlo.

—Me lo ha traído hace dos veranos un «musiú», diciendo que lo cuidáramos porque estaba enfermo, y me ha sabido dejar ocho pesos para darle de comer, hasta que él volviera a buscarlo. No me sabe nada de nada. ¿Tú lo ves? Es un muerto en vida.

—Bueno. Diles a los hombres, cuando bajen, que deben irse corriendito a ponerse a las órdenes del coronel Cabrera en Calama.

Se alejaba ya al trote hacia el oriente, cuando, parándose en los estribos, gritó por sobre el hombro:

—¡Repíteles que Antofagasta ha sido asaltada por los chilenos!

La india alzó los hombros con fastidio y monologó entre dientes:

—Antofagasta asaltada por los chilenos. ¿Y qué?…

Sólo entonces reparó en que el enfermo se estaba poniendo lentamente de pie, mientras movía los labios con torpeza. Los ojos le resucitaban, y sus manos crispadas traducían el esfuerzo que hacía por ordenar su cerebro. De su garganta brotaban gruñidos y la lengua le giraba incontrolable. De súbito, un parpadeo rapidísimo le agitó los ojos y todo su cuerpo se sacudió bruscamente.

—¡An… to… fa… gasta! —balbuceó y su rostro se contrajo en un dolorosísimo gesto.

La india lo contempló con profundo asombro y se acercó a su lado.

—¿Hablas?… ¿Me has recuperado la palabra?

El hombre continuaba con la cabeza oculta entre las palmas, repitiendo:

¡Antofagasta!… ¡Antofagasta ha sido asaltada… por los chilenos!…

De súbito levantó el rostro y clavó su mirada en la mujer. Ésta lo contempló estupefacta.

—India, ¿qué sitio es éste? —le preguntó con ansiedad.

—Tilomonte. ¿No lo sabes?

—¿En qué país?

—No me lo sé. Será Bolivia tal vez.

—¿Hacia dónde está Chile?

—¿Chile?… No te lo conozco.

—Antofagasta entonces.

—Hacia allá.

La mano esquelética de la mujer indicaba vagamente hacia el poniente.

—¿Muy lejos?

—No me lo sé. Nunca he cruzado el desierto. Pero el Tupuy Capac me creo que dijo un día que estaba muy lejos.

El hombre caminaba por entre las chozas, tambaleante, buscando torpemente algo. Se agachó y recogió un palo reseco, una picana de las que usan los indios para arrear sus cabras. Con expresión de alucinado se volvió hacia el poniente y echó a caminar.

—¿Te me vas para allá? —le gritó la india, atónita, saliéndole al encuentro.

—Voy a reunirme con los míos.

—No puedes… No puedes. Estás flaco y sin fuerzas.

—¡Tengo que marcharme! —insistió el hombre con obstinación.

—¡Aguarda, aguarda! —le cerró el paso la mujer—. Nadie vive en el desierto sin comida, sin agua.

Lo obligó a detenerse y corrió hacia las cabañas, volviendo a cada instante la cabeza, temerosa de que se marchara. Pero el hombre permaneció inmóvil. Precipitadamente recogió algunas cosas y regresó junto a él. Le colgó de un hombro un cántaro de barro lleno de agua y le puso en las manos varias tortillas de maíz y chuño. Por último, le introdujo en el cuenco de las manos un manojo de hojas verdes grisáceas.

—Los chasquis que atraviesan el desierto llevan dentro de la boca una bola de estas hojas de coca. No se me cansan nunca. Te me metes una hoja de coca debajo de la lengua y la dejas que se haga nada allí dentro. Verás cómo me andas.

—Gracias, india.

Se echó una hoja en la boca y se puso en marcha. Ella se quedó mirándolo, con rostro inexpresivo. Cuando traspuso el linde de la aldea, le gritó de improviso, con chillidos agudos:

—¡No te me bebas el agua hasta que caigas al suelo!

El hombre no dio manifestaciones de haberla oído; marchaba ya sobre la arena.

El sol rebotaba sobre las lomas mondas de Pingo-Pingo y mostraba vagas y rojizas las lejanas sierras de Domeyko.

12

La vida de Antofagasta se transformaba con pasmosa celeridad. Tan pronto el vapor *Amazonas* se llevó a las autoridades bolivianas hacia Cobija y Arica, el coronel Sotomayor se puso a organizar la defensa del puerto. Aun cuando no se había considerado posible un levantamiento de los habitantes de Antofagasta, se había realizado una colecta entre los pobladores chilenos para costear los pasajes en el vapor de todos los bolivianos que quisiesen partir en compañía de las autoridades. Muchos aprovecharon esta generosidad.

Pero las precauciones del jefe de las fuerzas chilenas tendían a protegerse contra un peligro venido del desierto o de Calama. Comprendía que cualquier intento de recuperación del territorio debía provenir de aquella población, donde existían fuerzas militares del Altiplano. Había ordenado que los soldados del 2.º de Línea ocuparan Caracoles y formaran un semicírculo en torno al área de Antofagasta, pero le era imposible consumar su plan, que contemplaba la posesión de Calama. No disponía de tropas suficientes y se vería forzado a esperar que el Gobierno de Santiago movilizara otros regimientos en su auxilio.

Fue el cónsul Nicanor Zenteno quien vino a sacarlo de su nerviosidad, convenciéndolo del éxito que tendría lanzar una proclama pidiendo el enganche voluntario de los chilenos de la zona.

El coronel Sotomayor había traído en los blindados fusiles y municiones suficientes para equipar a dos compañías de cívicos. Aceptó, pues, la sugerencia del cónsul.

A las pocas horas de leerse la proclama, a tambor batido, y de levantarse, en el cuartel, la bandera de enganche, los patios empezaron a llenarse de una verdadera poblada de chilenos.

Los primeros fueron los del puerto mismo, pero en los días siguientes, los que se presentaban venían del desierto, surgían del interior de minas lejanas; acudían pescadores, bordeando la costa del sur y del norte.

Los oficiales escribían horas, registrando los nombres de los reclutas, que se agrupaban en torno a las mesas, risueños, ladinos y pícaros.

—Aquí estamos, pus, mi capitán.

—¿Cuántos son?

—Cuarenta y dos, con cuatro fusiles, dos caballos y un burro, mi capitán.

—¡Ehhhh!

—Sí, mi capitán, no es na broma: cuarenta y dos mineros de «La Deseada», con cuatro fusiles usados, pero güenos pa matar «cuicos».

—Está bien. Pasen de a uno y vayan cantando sus nombres.

La noticia del enganche viajó con rapidez y muy pronto traspuso la corrediza frontera del sur, entrando a territorio chileno. La supieron los hombres de Paposo y en seguida los de Taltal. De ahí saltó vertiginosamente a Chañaral y a Caldera.

Rafael Torreblanca explotaba en este último punto una pequeña mina de cobre. Se enteró del enganche, sorpresivamente, por sus propios obreros. Una mañana los vio llegar hasta el cobertizo que le servía de oficina.

—¿Por qué han dejado las faenas? —les preguntó disgustado.

—Las tropas chilenas se tomaron Antofagasta, patrón Torreblanca.

Uno tras otro lo fueron informando de lo que él ya sabía. Pero cuando uno de ellos le explicó qué los llevaba a su presencia, se puso de pie sorprendido.

—En Antofagasta están enrolando gente pa defender el puerto contra los bolivianos, patrón, y ya de las minas vecinas están bajando los compañeros a Caldera pa embarcarse.

—Dicen que en el embarcadero está el entusiasmo que arde; todos quieren irse
pa’l
norte —agregó otro.

Rafael los contempló silencioso, entendiendo perfectamente lo que no se atrevían a decirle. Por fin, uno se decidió:

—¿Nos da su licencia, patrón? —aventuró tímidamente.

Torreblanca tardó en responder. Pesaba el perjuicio que representaría para sus negocios la partida de sus mineros. Éstos lo observaban pendientes de sus labios.

—¿Y la veta que acabamos de encontrar? —se defendió Torreblanca, sin convicción.

—La tapamos con tierra y le ponemos una buena seña —saltó allanador el capataz.

Y volvieron a quedar pendientes de su respuesta.

No se atrevió a defraudarlos. Total, la mina era tan pequeña, habían trabajado tantos meses casi sin beneficio, que bien podía esperar unos dos o tres meses más, hasta que regresaran los hombres.

—¿Nos da su licencia, patrón? —insistió uno de los mineros, ante su silencio.

—¡Es claro que se las doy! Pueden partir, muchachos.

La rapidez con que cubrieron la veta recién hallada fue portentosa. Al mediodía estaban listos.

Rafael los contemplaba pensando despedirse de ellos allí mismo. Pero cuando estuvieron agrupados para descender a Caldera, era tanto el entusiasmo que derrochaban, que se sintió contagiado y marchó con ellos.

En el cuarto que ocupó en una hospedería del pequeño puerto caviló durante toda la noche. Pensó en regresar a Santiago y dar una sorpresa a Clementina, que tanto lo reclamaba en sus cartas. Pero la idea de aguardar ocioso varios meses en la capital, sin poderse casar, ya que la mina no había producido utilidades, lo avergonzaba. Por otra parte, el bullicio de los mineros que bajaban al puerto para embarcarse hacia el norte, entraba por su ventana y lo envolvía galvanizándolo. Aquellas voces, los entusiastas aprestos para la aventura, que adivinaba por los ruidos de la calle, removían el fondo de su espíritu, resucitando las ansias de andanzas que lo habían arrastrado a viajar y aventurar en otros años.

Cuando consiguió dormirse, tenía tomada una decisión. Y a la mañana siguiente se presentó en el puerto y embarcó con sus hombres.

Al igual que en Caldera, en todos los puertos y caletas, desde Valparaíso a Paposo, se repetía la misma escena; agricultores,

pescadores, mineros, comerciantes, descendían a la playa pidiendo un lugar en los escasos vapores y buques de carga que navegaban en la ruta de Antofagasta.

Por su parte, el Gobierno aceleraba la partida de soldados veteranos para reforzar a las tropas que ya dominaban el litoral de Bolivia. El Segundo Batallón del Regimiento 2.º de Línea recibía orden de embarcarse en el plazo más breve.

Abandonado ya el sigilo, la prensa pregonó la noticia de su partida y toda la población de Valparaíso se volcó en las calles para despedir a sus tropas predilectas.

Cabeceando alborotadamente en la bahía, se divisaba el transporte *Rímac*, con todos sus palos empavesados y una enorme bandera chilena en el pico de mesana.

Las voces plañideras y las lágrimas de las mujeres y las madres de los jóvenes soldados daban al espectáculo una nota de emoción contagiosa. Por orden de la intendencia, las filas de los infantes fueron regadas con flores lanzadas desde los balcones, en los momentos en que entraban al embarcadero de la Bolsa. Luego, envueltos en los vítores de la muchedumbre, los soldados fueron embarcados en lanchones atracados al muelle.

Fue el instante más impresionante. Las mujeres rompían los cordones policiales y se abalanzaban al cuello de sus hijos, esposos o hermanos, aconsejándolos, pidiéndoles prudencia, repitiéndoles las dolorosas frases de adiós.

El comandante Ramírez iba de uno a otro grupo, reorganizando las filas y confortando a los parientes.

—No tema usted, señora. Su hijo, como todos los soldados del 2.º de Línea, volverá sano y salvo. Se cuidarán los unos a los otros. Además, esto no es la guerra. ¡Vamos, vamos, muchachos, a las lanchas!

Pero no cabían consuelos engañosos: los soldados partían a la guerra. Los tambores resonaban ya en las provincias y el fervor patriótico daba nacimiento a más batallones cívicos, dispuestos a lanzarse en defensa de la vanguardia que había puesto pie en el litoral antofagastino. La corriente de hombres era ininterrumpida. No habían desembarcado todavía en Antofagasta los del 2.º de Línea, cuando ya el transporte *Limarí* contenía sus calderas en Valparaíso, esperando a los veteranos del 3.º de Línea que eran

despedidos en el muelle, entre vítores, por el ardiente tribuno don Benjamín Vicuña Mackenna.

—Soldados del 3.º de Línea —clamaba el orador—, sois los herederos de grandes glorias históricas; fueron vuestros abuelos los bravos del 3.º de Arauco, uno de los batallones que más se distinguió en las guerras de la Independencia. Tenéis todavía otros ilustres ascendientes: sois los sucesores del inmortal Batallón Carampangue. ¿Y sabéis lo que era este Batallón? Voy a decíroslo. El Carampangue no entraba jamás en el primer ataque; se lo dejaba para la reserva, porque se sabía que era irresistible y que decidía siempre la victoria en favor de Chile.

Más tarde fue el 4.º de Línea, Rancagua, el que siguió la misma ruta. Sus dolmanes azules se perdieron en el vientre de un transporte que los llevó al norte.

Mientras aquellas tropas veteranas de la guerra de Arauco surcaban el mar, los hombres de Chañaral, Taltal y Caldera seguían llegando a Antofagasta.

Mezclados en aquel río humano, llegaron Rafael Torreblanca y sus mineros. Pero tuvieron que aguardar un día completo antes de ser admitidos en un cuartel. Acababa de desembarcar un escuadrón de Cazadores y se demoraba en darles ubicación a jinetes y caballos. Además, las instrucciones del Gobierno habían sufrido un sorpresivo vuelco y el coronel Sotomayor se veía obligado a suspender sus planes. Después de decidirse a ocupar Antofagasta, tras múltiples vacilaciones, el Gobierno de Santiago interrumpía la campaña, con la esperanza de llegar a un arreglo pacífico con Bolivia.

Aquella determinación exasperaba al coronel Sotomayor.

—¡Llegar a un arreglo pacífico! —clamaba amargamente. ¿Es que nuestro Gobierno no quiere convencerse de que Bolivia está decidida a llegar a la guerra a todo trance y, sobre todo, de que el Perú quiere que ésta se produzca? Es cosa de risa. El Ministerio de Relaciones Exteriores conferencia con el enviado extraordinario del Perú, señor José Antonio de Lavalle, que ha ido a proponer el arbitraje; el Gobierno espera…, nosotros esperamos aquí… Y entretanto el coronel Ladislao Cabrera arma a los bolivianos en Calama y se apresta para lanzarse contra nosotros; y, por su lado, Perú prepara su escuadra, agrupa sus regimientos y organiza sus elementos de guerra, con una intención no muy difícil de adivinar.

¡Y nosotros esperando!…

Efectivamente, había aparecido en Santiago el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú, pidiendo la paralización de las operaciones bélicas y ofreciendo la mediación de su país para llegar a un arbitraje.

En los días que corrieron, mientras se realizaban las conferencias, el coronel Sotomayor suspendió el enganche de nuevos voluntarios, limitándose a completar dos batallones. Rafael Torreblanca y los suyos consiguieron ser los últimos admitidos en el registro.

Inmediatamente comenzó para ellos la dura instrucción militar, ocupación con que el coronel Sotomayor distrajo los días de aquella exasperante espera. Fuera de esta acelerada fabricación de soldados, la única actividad militar era la que desarrollaban los del Cazadores patrullando el desierto en torno a la ciudad.

Una pareja de estos jinetes descendía una tarde desde Caracoles en ruta hacia el sur, cuando uno de ellos señaló con el índice hacia el este. Habían venido cabalgando al trote por el contorno del desolado salar llamado, con justa razón, Mar Muerto. Hacia el oriente se divisaba una diminuta mancha obscura moviéndose sobre la arena.

Los dos jinetes aguzaron la vista.

—¡Es un hombre! —exclamó al cabo de un instante uno de ellos.

—Un hombre que camina como un borracho —confirmó el segundo.

En ese momento, la mancha obscura disminuyó de tamaño y quedó inmovilizada.

—¡Se ha caído al suelo!

Ambos echaron mano al portacarabina, y sacando sus armas, galoparon hacia el caído.

Éste había vuelto a incorporarse y, a medida que los del Cazadores se le acercaban, intentaba proseguir su marcha. Pero su agotamiento era extremado y terminó por quedar tendido en tierra.

Durante unos minutos, una duna lo ocultó a la vista de los soldados, cuyos caballos galopaban dificultosamente en la arena blanda. Desde el lomo del suave montículo volvieron a divisar al caído.

Cuando estaban a una cincuentena de pasos, los jinetes vieron

que el sujeto tumbado movía penosamente los brazos, arañando el suelo, en un desesperado intento de incorporarse. Desmontaron de un salto y avanzaron con las carabinas preparadas. Les bastó una ojeada para comprender que el desdichado no representaba peligro. A través de la camisa desgarrada se veían sus espaldas llagadas por el sol. Uno de los soldados lo asió del cabello y le levantó la cabeza.

—Está muriéndose —exclamó sobrecogido.

El rostro del hombre era una masa tumefacta. Los ojos, hinchados y amoratados, estaban rasgados en las comisuras, por la deshidratación y el fuego del sol; los labios, inflamados y despedazados por la sequedad, se le recogían arrugados, dejando al descubierto la doble hilera de dientes, teñida de verde.

—¡Qué diablo! ¿Es un blanco o un indio éste?

—Es un boliviano. Tiene los dientes verdes por la coca.

—¿De dónde vendrá?

—De muy lejos, desde luego. Debe haber atravesado el desierto caminando.

—¿Crees que puede ser un espía?

—Para salir de dudas lo llevamos «al tiro» al cuartel.

Iban a levantarlo, cuando el caído dejó escapar un gemido.

—¡Agua!… ¡A… gua!…

Uno de lo soldados destapó su cantimplora y se la aproximó a la boca. Primero le empapó los labios, humedeciéndole las rajaduras; luego le escurrió sobre la lengua ennegrecida un chorrillo del líquido. Lentamente, haciendo pausas, fue dándole a beber, conocedor de que un exceso de agua podía provocarle la muerte.

Cuando la desesperación del sediento amainó un tanto, le empaparon copiosamente el rostro y mojando el gorro de lana con orejeras que el hombre llevaba caído sobre la espalda, se lo calaron en la cabeza.

Volvieron a montar. Uno de ellos lo hizo sobre el anca de su caballo, cruzando sobre la montura el cuerpo desvanecido del desdichado. Al trote rápido, tomaron el sendero hacia Antofagasta.

Aquella misma noche, el señor Enrique Villegas, que aún no marchaba a Caracoles a hacerse cargo de su puesto de subdelegado, fue llamado urgentemente al cuartel. Se presentó en la comandancia cuando ya había sido tocado el «silencio».

A pasos rápidos cruzó los corredores solitarios, escoltando al

coronel Sotomayor, en dirección a una bodega habilitada como enfermería.

—El hombre insiste en que es chileno y habla como tal —iba diciéndole el viejo coronel—. Estaba deshecho por la travesía del desierto y costó mucho volverlo en sí. Apenas ha podido hablar. De lo poco que pudimos entenderle, desprendimos que lo conocía a usted.

El soldado que guardaba la puerta de la enfermería los guió por entre los camastros. Un enfermero se acercó con una lámpara y los condujo junto al jergón donde yacía el hombre hallado en el desierto.

Este abrió los ojos al sentir las voces y se incorporó sobre un codo, parpadeando, encandilado por la luz.

—Éste es el hombre —dijo el coronel Sotomayor—. ¿Lo ha visto usted antes, señor Villegas?

El interrogado se inclinó sobre el enfermo. Su rostro, al agacharse, entró en el haz de la luz de la lámpara. El hombre yacente se alzó hacia él con ansiedad.

—¿No me reconoce, don Enrique? —exclamó.

El señor Villegas fruncía el ceño, aguzando la mirada. Aquel rostro le traía una vaga remembranza. Pero era difícil precisar dónde podía haberlo visto: la piel estaba llagada, los ojos hinchados, los labios desfigurados.

—¿No me reconoce, don Enrique? —repitió el examinado—. Soy…, soy Alberto Cobo.

—¡Alberto Cobo!…

El señor Villegas dio un respingo de asombro. Cogió la lámpara y la aproximó al rostro del otro.

—¡Alberto Cobo! —volvió a exclamar, sin poder dar crédito a sus oídos—. ¡Dios santo, si es verdad! ¡Alberto Cobo! Pero ¿cómo es posible? Alberto Cobo murió en la revolución de 1876. Lo hemos buscado en dos ocasiones; hemos agotado las investigaciones y todo nos llevó a pensar que Cobo murió al ser sofocada la revuelta de la «Liga La Patria».

—No puedo darle explicaciones, don Enrique. No sé qué pasó. Mis últimos recuerdos se enmarañan confusamente en aquel tiroteo que hubo cuando intentábamos fugarnos de Antofagasta, Julio Riesco, el señor Rodríguez y otros seis chilenos. Después no

recuerdo más. Volví a la razón, resucité, podría decir, en una aldea india ubicada en algún punto muy lejano del desierto. De los hechos transcurridos entre aquel tiroteo de Antofagasta y el momento en que eché a andar, hace seis o siete días, no sé nada.

—Tres años hace que está usted perdido, Alberto. Pero ¿cómo salvó? ¿Cómo fue a dar a esa aldea india? Julio Riesco junto a otros cuatro chilenos y un argentino fueron muertos en la bahía, y a don Roberto Rodríguez yo lo ayudé a huir hacia el Perú. Como varios cayeron muertos en la playa, supusimos que usted pudo haber sido arrastrado por la marea. Los cuerpos no fueron recogidos sino al día siguiente.

—No puedo aclarar nada, señor consul. Debo haber sido herido en la cabeza y perdí la razón.

Cobo se dejó caer de espalda, agotado por el esfuerzo.

—No se inquiete, amigo —lo alentó paternalmente el viejo coronel—. Ahora está usted entre compatriotas y ha vuelto a su razón. Todo es cuestión de que se deje atender y recupere las fuerzas.

Cobo no le oía. Por primera vez se le presentaba con claridad la idea de los tres años perdidos; imaginaba el dolor de su madre y de su hermana al creerlo muerto. ¿Y Leonora? ¡Cómo habría sufrido!

—Me consideran muerto hace tres años —musitó con amargura.

—Sus parientes lo buscaron desesperadamente, hasta hace apenas unos meses —lo previno el señor Villegas, que alcanzó a oír su reflexión—. Pero fue vano todo cuanto hicieron. Más tarde, no hace todavía un año, llegó a esta ciudad la señorita Leonora Latorre…

—¿Leonora vino aquí? ¿Y dónde está?

—Recorrió todos los sitios habitados en torno a Antofagasta, interrogó a la gente, se mezcló con los arrieros, buscando su rastro, y al no hallarlo, marchó a Bolivia, con la esperanza de encontrar a usted en alguna prisión.

—¿Fue a Bolivia? ¿Viajaba sola?

Cobo se sentó, con los ojos dilatados y la voz estrangulada. El excónsul intentó calmarlo.

—Tranquilícese —le dijo, apoyándole una mano en un hombro —; ella iba muy bien recomendada por nuestro ministro Fierro y la legación chilena en La Paz tenía orden de protegerla y ayudarla en

todo.

Con voz casi inaudible, repitió Alberto dos o tres veces, desconcertado:

—¡Leonora en Bolivia!… ¡Leonora en Bolivia!

—No creo que esté todavía allá —intervino el coronel Sotomayor, que había asistido a la escena en silencio—. Nuestra legación en La Paz recibió orden de abandonar Bolivia cuando poníamos pie en Antofagasta. El encargado de negocios, don Pedro Nolasco Videla, tiene que haber sacado a esa señorita junto con su personal, ya que le estaba encomendada.

Durante largos segundos, los dos jefes permanecieron silenciosos, espiando el rostro del enfermo, que se había quedado inmóvil, con los ojos cerrados, profundamente reconcentrado en sus pensamientos.

—¡Menos mal! —musitó éste, por fin, sin abrir los párpados—. Podré verla en Santiago.

El coronel Sotomayor cambió una mirada con el señor Villegas y luego aventuró con tono persuasivo:

—Todos los chilenos de por acá, Cobo, se están enrolado en los batallones cívicos. La guerra es un hecho seguro y ha de empezar por este territorio.

El herido abrió los ojos y se sentó en el jergón, con la mirada centelleante.

—¿Qué me importa a mí la guerra? —exclamó. Por mezclarme en la revolución para libertar a Antofagasta he perdido tres años de mi vida, mi salud y quizás…, quizás si también a la mujer que amo. Lo único que puede interesarme ahora es regresar a Santiago. ¡Qué largos se me harán los días hasta que logre ver a los míos!

La última frase fue dicha decreciendo la voz, mientras volvía a recostarse con los ojos cerrados.

Don Enrique Villegas se enderezó llevándose la lámpara y el cuerpo tendido quedó en la penumbra. En seguida, los dos jefes se alejaron guiados por el enfermero.

Tras los párpados caídos de Alberto Cobo, la imagen de Leonora resucitaba vívida, llenándole el pensamiento.

13

Leonora Latorre estaba sentada en un sillón de alto respaldo labrado, y esperaba que don Roberto Rodríguez terminara de hojear un legajo de papeles.

Había sido llevada a Lima hacía tres días, inmediatamente después de desembarcada en el Callao.

Desde que partiera de Pacocha, acompañada por el señor Rodríguez, sus horas habían sido de continua inquietud. Cuando embarcaron en Mollendo en uno de los vapores ingleses de la Línea del Pacífico, consiguió algunos instantes de paz, encerrada en el camarote que le destinaron. Don Roberto Rodríguez, preocupado en acondicionar ciertos documentos, en la cabina vecina, la dejó sola casi todo el viaje. Cuando el vapor enfrentaba la bahía del Callao, se anunció en su puerta y entró.

Le traía un pequeño atado de papeles que habrían de ser su principal arma en el Perú. Eran certificados parroquiales de Arequipa que acreditaban que su nombre era el de Elena Alcérreca y había nacido en la «Ciudad Blanca» en un día de noviembre de 1855.

—Ése será el nombre que empezará usted a usar desde este momento, señorita —le había dicho el agente secreto, y a cada momento la llamaba de este modo para que se fuera acostumbrando.

Los otros papeles estaban llenos de cifras y palabras combinadas, formando una clave secreta para la correspondencia.

Las horas que restaron hasta que el vapor fue atracado al muelle-dársena del Callao, las empleó el señor Rodríguez en darle minuciosas instrucciones para su comportamiento en tierra peruana. Puso

especial cuidado en enseñarle a decir y pronunciar con la gracia armoniosa de las mujeres arequipeñas, a fin de que pudiera desempeñar su papel durante el desembarco.

Ella conservaba una confusa impresión de lo que había visto al subir a cubierta para descender la pasarela. El Callao presentaba el aspecto de una fortaleza semicircular en construcción. En ambos extremos de la herradura del puerto se alzaban torres fortificadas, por cuyas troneras asomaban cañones de gran calibre. En el centro, fortificaciones de sacos de arena y de ladrillos eran levantadas febrilmente.

Leonora oía en torno suyo a pasajeros experimentados que daban nombres, indicando con las manos algunos de los torreones defensivos.

—Aquella torre de fierro, al sur de la dársena, es el Fuerte de La Merced. La que está detrás es la Torre de Junín.

—Aquel torreón de ladrillos es el Fuerte Independencia. Tiene cañones de 1000 libras —decía otro, al pasar.

Mientras bajaba por la pasarela, escoltada por el señor Rodríguez, escuchó aún otros nombres: Fuerte Santa Rosa, Batería Elías Aguirre, Batería de La Punta, Fuerte Ayacucho, Fuerte Talismán, Torreón de Manco Cápac, el Pichincha, etc.

Al más lego en asuntos de guerra no podía escapársele que aquel puerto se estaba convirtiendo vertiginosamente en una base naval fortificada de modo formidable. ¿Para qué?…

Mezclados con una multitud heterogénea de soldados, vendedores, cholos de servicio y religiosos, se ubicaron en el tren que los llevó hasta Lima, cruzando los escasos kilómetros que separan el puerto de la capital.

Cuando estuvo ya instalada en aquella casa junto al río, supo por el señor Rodríguez que también tendría otro domicilio en el Callao. Esa segunda residencia estaba siendo acondicionada para ocuparla en cualquier momento. Leonora no creía que aquello ocurriese tan pronto, hasta que el señor Rodríguez dejó los papeles que examinaba y se acercó a ella.

—Su misión comenzará en el puerto, señorita Alcérreca —le dijo —. Nuestro primer interés consiste en obtener detalles sobre las fortificaciones que se están levantando allí. Además, precisamos saber si es efectivo que se están embarcado tropas para Arica e

Iquique.

—¿Cómo podré obtener esos datos, don Roberto?

—La mayor parte de la oficialidad de la armada peruana está concentrada en ese puerto. Además, se nos ha informado que se estaría realizado un enganche forzoso de contingente para trasladar a las guarniciones del sur. Usted ocupará una elegante mansión junto a la costa, cerca de las fortificaciones y la dársena.

—Y procuraré atraer sobre mí la atención de esos oficiales, ¿verdad?

—Especialmente la de los de alta graduación. ¿Monta usted a caballo?

—Sí, pasablemente.

—¿Toca algún instrumento?

—El arpa.

—¿Baila usted?

Leonora sonrió:

—En Santiago solían decirme que muy bien.

Rodríguez juntó sonoramente las manos.

—¡Perfecto! —exclamó alegremente—. Entonces le será fácil aprender los bailes más usuales en los salones peruanos. Entretanto se termina el arreglo de su casa en el Callao, me preocuparé de proveerla de una modista para que la acompañe en la compra de un ropero completo, de cierto carácter audaz. Es preciso que su belleza, su vestuario y sus maneras llamen la atención de los oficiales desde el primer golpe de vista.

Sin dar tiempo a que la joven se repusiera de la impresión que le provocaban sus palabras, abandonó la habitación, argumentando que aún debía prepararle una lista con los nombres, grados y ubicación en los batallones de los oficiales importantes acantonados en el puerto.

Desde aquel momento, Leonora comenzó a sentir que se introducía en un torbellino que la arrastraba. Acompañada por una conocedora del comercio de modas de Lima, fue recorriendo las principales tiendas, comprando cuanto ha inventado la imaginación para dar a una mujer bella una atrevida elegancia.

Tres días más tarde todo estuvo listo y en una berlina cerrada marchó hacia el camino que conducía al puerto. Pasadas las últimas casas, Rodríguez hizo detener el coche y se despidió de ella,

besándole respetuosamente la mano.

El carruaje se alejó al trote largo hacia la costa. Leonora iba pálida, mordiéndose los labios, tratando de dominar el temor que le hacía temblar la barbilla. Una lucha terrible se libró en su espíritu durante las horas que el coche rodó por la senda polvorienta. La visión de las primeras casas del Callao surtió el efecto de apaciguar su angustia. Al contemplar el puerto, comprendió que la suerte estaba echada y que ya era vana toda resistencia.

La residencia no era propiamente una mansión, como la había denominado el agente Rodríguez, pero sí una de las casas mejor tenidas del puerto. Había sido amoblada con buen gusto, aun cuando sus cortinajes y otros adornos eran de una elegancia un poco llamativa.

La servidumbre estaba compuesta por una chola serrana llamada Riana, morena obscura y de cabeza motuda, y un mozo silencioso que, aun cuando hablaba como el bajo pueblo peruano, dio a Leonora la impresión de que era un chileno puesto allí por la embajada.

Durante los primeros días, apenas se atrevió a salir en cortos paseos por las calles cercanas, seguida a pocos pasos por la criada. La mayor parte del tiempo lo pasaba sentada en el ancho alféizar de su ventana enrejada, espiando el ir y venir de las gentes en la calle, familiarizándose con los uniformes y los galones de los muchos oficiales y soldados que deambulaban en apresurada actividad.

Poco a poco, sus caminatas por las calles abarcaron más tiempo y extensión, y una mañana se atrevió a llegar al muelle a presenciar el desembarco de los pasajeros de un vapor de la carrera del Pacífico.

Su paso por las estrechas calles del puerto provocaba un efecto evidente. Su hermosura, sus vestidos, el tenue chal que le envolvía los cabellos castaños, hacían volverse las cabezas con un gesto de atónita admiración.

Aquello era excesivo y despertó los temores de Leonora. No era prudente ser demasiado conocida. Redujo entonces sus salidas, limitándose a pasar una vez al día cerca del Cuartel General de Artilleros, que quedaba en el camino a la iglesia.

El primer domingo de su permanencia en el Callao, al salir de misa, descubrió en la plazoleta extendida ante la parroquia a varios

oficiales que solía divisar en sus trajines diarios. Pasó junto a ellos sin mirarlos, con el rostro ausente. Varios la saludaron con discreto temor; uno le susurró algo con turbado desplante.

Mientras proseguían hacia la casa, la criada le iba advirtiendo en voz baja que dos o tres las seguían con torpe disimulo.

Desde aquel día comenzó a ser comentada entre la oficialidad joven. Ella lo percibía perfectamente. Todas las tardes, a las seis en punto, hora en que terminaba la jornada de los oficiales, pasaba frente al Cuartel de Artilleros. Envuelta en su rebozo de seda, cruzaba por entre los grupos de militares sin mirar a ninguno, pero a sus oídos alcanzaban a llegar jirones de sus intencionados comentarios. Su aire aristocrático y ausente los cohibía, pero contribuía a crear en torno de ella una atmósfera de misterio.

Este paseo permitía también a Leonora familiarizarse más con los uniformes y grados de los oficiales.

Dos semanas llevaba ya en este juego, cuando una noche, inesperadamente, como era su costumbre, se presentó en su casa don Roberto Rodríguez. Le llevaba un esbozo de retrato hecho a lápiz.

—Este oficial nos interesa sobremanera, señorita Elena —le dijo, entregándole el retrato—. Es un teniente de marina llamado Roberto Barraza; pertenece a la dotación de la fragata *Independencia*, que se encuentra limpiando sus fondos en el dique, pero mientras dura el receso de su nave, se desempeña como correo oficial del Ministerio de la Guerra. ¿Lo ha visto usted alguna vez en el puerto?

Leonora no recordaba aquel rostro. En realidad, la mayor parte de los oficiales en quienes había tenido oportunidad de fijarse eran artilleros.

—¿En cuál de los fuertes del Callao suele vérsele? —preguntó.

—En el Reducto del Sur: allí aloja la oficialidad de la *Independencia*.

Ubicar a un hombre por un mal apunte hecho a lápiz no era fácil, y el señor Rodríguez tuvo que convenir en que sería preciso proporcionar otros medios para encontrar al teniente Barraza. Aquella noche dejaron establecido que alguno de los agentes de la embajada, que conocía al oficial, indicara a Leonora el sitio y momentos precisos en que podría toparse con el marino.

Transcurrieron cuatro días sin noticias del servicio secreto, cuando al regresar de su paseo vespertino, un pescador andrajoso la interceptó en la puerta de su casa, identificándose como subalterno de don Roberto Rodríguez. Mientras hacía ademán de exhibirle pescados, le susurró:

—El teniente de marina Roberto Barraza está en este momento en la puerta del «Café Oriental», al costado de la plazuela. Conversa con dos tenientes de artillería. Sígame usted. Vocearé mis pescados cuando esté junto a él.

El teniente Barraza era casi un muchacho. Alto, moreno y muy delgado, tenía una apariencia enfermiza y aristocrática. Escuchaba con una sonrisa inteligente a un oficial de artillería que le relataba algo entre risas sofocadas, en el momento en que Leonora avanzó por la acera, seguida por su criada. Al divisarla, se quedó con la cabeza vuelta hacia ella, olvidado de su compañero.

Leonora sintió un estremecimiento y se turbó bajo la insistencia de aquella mirada. Al pasar junto a los oficiales, el artillero dejó en suspenso su conversación y se volvió también. Era uno de los que con mayor constancia esperaban su paso frente al Cuartel de Artillería. Girando sobre sus talones para seguirla con la vista, dejó exhalar un levísimo silbido y en seguida murmuró algunas frases a su compañero, el marino. Una pocas palabras alcanzaron a llegar a Leonora:

—Es la señora más linda de todo el Callao… Nadie sabe quién es… Tiene locos a una docena de artilleros…

Leonora sentía clavados en ella los ojos de los dos hombres, a medida que caminaba hacia un almacén de géneros que había en la esquina de la plazuela. Compró cualquier cosa, un trozo de tul color ceniza. Mientras el vendedor lo empaquetaba, fijaba en su memoria los rasgos del teniente Barraza. Cuando abandonó el almacén, sonreía ante la certeza de que no le sería difícil lograr que el marino se acercara a ella. No pasarían muchos días sin que volvieran a encontrarse y entonces idearía la forma de tentarlo a presentarse. Pero no estaba preparada para afrontar el encuentro al instante, como ocurrió. Los dos oficiales habían venido siguiéndola y estaban allí, fuera del almacén, a pocos pasos.

Leonora se sobresaltó y sin pensarlo apresuró la marcha. Pero en el momento en que iba a pasar junto a ellos, una idea repentina le

cruzó el cerebro: apoyando mal un pie sobre las piedras redondas de la acera, fingió una torcedura del tobillo y se dejó caer, con un gemido, sobre las rodillas.

Los dos oficiales, como impulsados por un resorte, estuvieron en dos zancadas junto a ella.

—¿Se ha hecho usted daño, señorita?

—Permítame que la ayude a levantarse.

—Por favor, caballeros… Mi tobillo… Me he torcido un pie…

Cada uno por un lado, la habían tomado delicadamente de los brazos y la ayudaban a levantarse; Riana no hallaba por dónde apoyarla.

En ese momento intervino un tercer personaje, en quien no había reparado Leonora, pero que se acercó a ella simultáneamente con los tenientes. Su voz autoritaria hizo levantar la cabeza a los dos oficiales.

—La señora necesita un coche para ser transportada a su casa, señores; seguramente se ha dislocado el tobillo.

—Tiene usted razón, señor general —repuso respetuosamente el artillero y se alejó unos pasos, buscando un coche con la mirada.

Leonora alzó los ojos, asombrada por la aparición de aquél a quien oía llamar general, y se encontró con el rostro amable y fino de un militar alto y huesudo, de unos sesenta años, de aguda barba entrecana, que la contemplaba con expresión mundana y un poco audaz.

—Perdóneme usted el atrevimiento, señora —se excusó gentilmente—, pero he visto cómo se ha torcido usted el pie, y temo que no podrá caminar a su casa.

—Gracias, caballeros, son ustedes muy amables —repuso Leonora, fingiendo otro gemido sofocado, que dio motivo al general para tomarla del brazo que había dejado el teniente de artillería.

El oficial de marina se mantenía en silencio, cohibido por la aparición del alto jefe.

En ese momento un coche se detenía junto al grupo.

Apoyada cuidadosamente por el general y el marino, la accidentada fue subida al carruaje y ambos la acompañaron, so pretexto de que le sería muy difícil descender sólo con la ayuda de la criada. Durante el trayecto, el general hizo su presentación. Se llamaba Juan Buendía y era el encargado de dirigir las

fortificaciones del puerto.

Leonora, por su parte, le repitió le lección tantas veces repasada. Su nombre era Elena Alcérreca, y había llegado hacía pocas semanas desde Arequipa, donde vivía con unos tíos, pues era huérfana.

Frente a la puerta de su casa, ambos hombres la ayudaron a descender con toda clase de precauciones y le sirvieron de apoyo hasta el interior del primer saloncillo.

Al dejarla sentada en un sofá, el general Buendía giró abarcando la habitación en una mirada.

—¡Hum! Tiene usted una casa de exquisito buen gusto, señorita —exclamó con tono imperceptiblemente burlón.

—Una casa que también es suya, señor general —contestó Leonora, aplicando la fórmula de cortesía usual, pero dando a sus palabras un acento ligeramente intencionado; luego, volviéndose al oficial de marina, agregó, tentándolo con una mirada cálida—: Y también suya, señor teniente.

Con elegancia cortesana, el general Buendía se despidió besándole la punta de los dedos, en tanto que el marino le hacía una leve venia, un poco triste.

Cuando la puerta de calle se cerró, Leonora suspiró con alivio. Había pasado la primera prueba con éxito. Ya podía informar a sus superiores de la embajada que estaba en situación de iniciar sus indagatorias.

La nota de la señorita Latorre causó honda satisfacción al embajador Joaquín Godoy y al señor Rodríguez. Ambos sabían que el general Juan Buendía era uno de los hombres más importantes en el ejército peruano; además, su posición como director de las fortificaciones del Callao lo hacía poseedor de datos que podían ser valiosísimos. Por estas razones, cursaron una nota cifrada y urgente a la joven, indicándole dejara de lado al marino y dedicara toda su atención al general Buendía.

Pero casi simultáneamente con el envío de aquella nota, recibieron un segundo mensaje de la señorita Latorre, en el que les completaba la información anterior:

Esta mañana he recibido la visita del teniente Barraza. Llegó a mi residencia con el pretexto de enterarse del

estado de mi salud. Conversamos largamente y consideré oportuno invitarlo a cenar conmigo pasado mañana en la noche.

Pero no habían pasado muchos minutos desde que el teniente se retirara, cuando se presentó el propio general Buendía, esgrimiendo el mismo pretexto. Divertida y asustada al mismo tiempo, lo he convidado a cenar conmigo mañana. Confío que en esa reunión con el general podré obtener detalles importantes sobre la situación general, los que me apresuraré a enviar a ustedes.

Este mensaje trajo cierta tranquilidad al embajador Godoy, porque le dio la esperanza de que la señorita Latorre quizás podría hallar las pruebas que él necesitaba para demostrar al Gobierno de Chile que el plenipotenciario Lavalle sólo trataba de ganar tiempo para que el Perú completara sus armamentos.

Con la misma sensación, Leonora comenzó sus relaciones con el general Buendía. Aun cuando maniobraba en un terreno desconocido, sabía cuáles podían ser las armas de una mujer hermosa para captarse la voluntad de un hombre mundano, elegante y un tanto relajado, como se imaginaba a su visitante.

Después de una comida esmerada, que el general paladeó con deleite casi infantil, en la que la criada escanció pródigamente el vino en la copa del convidado, Leonora se sentó frente a un arpa y comenzó a tocar antiguas melodías sentimentales aprendidas de su tía Clara, en Santiago.

El viejo militar la escuchaba con los ojos semicerrados, amodorrado en su sillón. En repetidas ocasiones dejó escapar:

—¡Con qué gracia toca usted, señorita Elena!

La muchacha lo contemplaba con una sonrisa.

—¿Le place, general?

—La paz de esta casa…, su voz suave y melodiosa, señorita… ¡Oh, son un paraíso en estos días de tanta agitación!

—Pues, puede usted acudir a este paraíso cuantas veces guste, general. Me sentiré verdaderamente honrada de poder dar sosiego a un soldado tan ilustre de nuestro Perú.

—Gracias, señorita Alcérreca. No se imagina usted con cuánto

placer aceptaría su ofrecimiento —comentó desalentado su interlocutor—; pero lamentablemente no permaneceré mucho tiempo más en el Callao.

Leonora dejó de tocar.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted pronto? —preguntó.

—De un momento a otro puedo salir hacia el norte… o hacia el sur.

La joven se le aproximó sonriendo con coquetería.

—¿Hay acaso necesidad de su espada en el norte, mi valiente general? —murmuró frente a él.

—Sí, ríase usted de mí —comentó con resignada llaneza el militar—. Parece algo ridículo que un general deba marchar ahora hacia el norte, cuando las tropas se embarcan hacia el sur, ¿verdad? Pero ¿qué puedo hacer? Ordenes son órdenes.

—¡Huy!, ¿qué será de mi? —exclamó ella con un gesto de frívolo sentimiento—. El Gobierno piensa, por lo visto, dejar vacío de oficiales el Callao. Todos van hacia el sur, usted hacia el norte…

El general rió divertido.

—Y no sólo de oficiales, sino también vacío de hombres en general, señorita. Todos están obligados a enrolarse en el ejército.

—¡Huy, qué calamidad, general!

Con un gracioso mohín de despecho, Leonora llenó dos copas y alargó una al militar.

—Por una suerte particular logré obtener unas botellas de este delicioso vino moquehuano. Bebamos, mi amigo, porque no esté usted mucho tiempo ausente.

La joven había hecho su voto con voz tan sugestiva y cálida, que el oficial se quedó contemplándola con una expresión en que había mezcla de arrobamiento, de extrañeza y de asombro.

—Pierda usted cuidado, que trataré por todos los medios de regresar lo antes posible —murmuró al fin—. Es cuestión solamente de salir al encuentro de un barco norteamericano que debe venir. La descarga se hará rápido y en pocos días podré correr a su lado de nuevo.

Leonora se devanaba el cerebro buscando la forma de hacer que el militar siguiera hablando de aquel tema, sin correr el riesgo de alentar demasiado la audacia del general. Éste había bebido en abundancia y la hora y la soledad eran propicias para despertar las

pasiones del hombre más tímido.

Leonora terminó de beberse la copa, pero cuando la separó de sus labios sonreía con un gesto picaresco y tentador.

—Usted no va a regresar, general; lo presiento —dijo arrastrando las palabras.

—¡Oh, no, le aseguro que regresaré! —repuso éste impulsivamente—. Antes de conocerla a usted no había reparado en la injusticia de esa orden. Debió haberse comisionado a un marino para cumplirla. Se trata de elementos para los barcos y no para el ejército.

Leonora sintió que se le suspendía la respiración. El general Buendía acababa de revelarle otro informe valioso. A fin de disimular su impresión, giró sobre sí misma y se encaminó al arpa. Sus dedos finos comenzaron a deslizarse lentamente sobre las cuerdas.

—¡Uf!, presiento que volveré a aburrirme como antes —dijo con quejosa puerilidad—. Creo que será mejor que me marche del Callao.

El militar se puso de pie y se le acercó presuroso y apasionado.

—No lo diga usted ni en broma —musitó—. Yo le exijo que me aguarde. Además, ¿adónde podría ir en la turbulenta situación por la que atraviesa el país?…

—Pues, al sitio adonde el Gobierno se lleva a todos los hombres del Callao —replicó con picardía la muchacha.

El general dejó escapar una carcajada de asombro.

—¿A Iquique usted?…

La idea le parecía demasiado divertida y no dejaba de sonreír.

—¡Oh, es usted una muñeca demasiado frágil para esos desiertos! Menos ahora que ese puerto estará repleto de soldados. Yo estaría eternamente celoso.

La joven seguía contemplándolo con el mismo gesto de muñeca consentida. Siguiendo el juego, preguntó casi sin darse cuenta:

—¿Realmente se pondría usted celoso, general?

Éste se acercó aún más a ella y le cogió las manos inmovilizándoselas sobre las cuerdas de arpa.

—¿Y me lo pregunta usted? —murmuró. ¿Acaso no se lee ya en mis ojos que…?

Leonora pensaba con terror cómo zafarse de las manos del viejo

oficial sin ofenderlo, cuando unos golpes discretos en la puerta vinieron a salvarla.

—Adelante —articuló con un hilo de voz, retirando las manos, y la puerta se abrió dando paso a la criada.

—Perdóneme el ama —se excusó ésta, pero ahí afuera está un señor sargento preguntando por el señor general.

—¡Oh, en ninguna parte han de dejarme en paz! —estalló el general Buendía, disgustado—. Excúseme usted, señorita Alcérreca, vuelvo al instante —agregó perdiéndose en la obscuridad.

Leonora siguió el ruido de sus pasos hasta la puerta de la calle y en seguida se puso de pie y se deslizó hasta la entrada del salón. Desde ahí se oían levemente las voces de los dos hombres. El general había inquirido seguramente para qué se lo necesitaba, porque el sargento le respondía:

—Acaba de llegar el nuevo contingente de enrolamiento forzoso, señor general, y se espera su venia para proceder a embarcarlo en el vapor *Talismán*, a fin de que éste pueda zarpar mañana mismo.

—¿Cuántos hombres llegaron?

—Ochocientos sesenta, señor general.

Durante unos segundos ninguno habló. Después se oyó la voz irritada del superior.

—Está bien. Regrese junto al sargento mayor Albarracín y dígale que estaré en el puerto en unos minutos más.

Leonora regresó en la punta de los pies hasta el arpa y volvió a sentarse, adoptando aire inocente.

El general Buendía volvió a entrar en el saloncillo con los dientes apretados.

—Perdóneme, señorita Alcérreca —masculló con rabia—, pero labores ineludibles me obligan a dejarla. Créame que lo siento en el alma.

La joven se dirigió a una mesilla rinconera y recogió un quepis y una capa que entregó al militar.

—No falte usted a sus deberes por mí, que muchas oportunidades tendremos de repetir esta agradable velada. ¿No es verdad, general?

El oficial la contempló desarmado.

—Es usted la mujer más gentil que he conocido, señorita —musitó besándole la diestra—. Buenas noches.

—Buenas noches, general.

Cuando la criada cerró la puerta, Leonora dejó escapar un profundo suspiro de alivio. En seguida se encerró en el saloncillo a redactar un informe para el servicio secreto de la embajada chilena en Lima. Desfigurado éste, más tarde, por el embajador Godoy, mediante la clave cifrada, fue reexpedido por el cable con estaciones en Arica, Iquique y Caldera. Y desde este último punto, telegrafiado al Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago.

Tan pronto lo hubo leído, el ministro Alejandro Fierro se presentó ante el presidente de la república, señor Aníbal Pinto.

—Excelencia, acabo de recibir una comunicación de nuestro embajador en el Perú, en la que nos informa que tropas peruanas en cantidad aproximada a los mil hombres se han embarcado en el Callao con destino a Iquique. También me informa que se han activado las fortificaciones en el Callao y que se espera un barco norteamericano que debe traer material de guerra para la escuadra peruana.

El presidente Pinto bajó la cabeza pesaroso. No quería la guerra. Había sido siempre un hombre de estudio, un ciudadano pacífico, que basaba sus principios en el buen entendimiento entre los hombres. Pero comprendía que los sucesos se iban encadenando en forma tal que no se podía ceder sin que la mesura fuese tachada de cobardía.

Por otra parte, él mejor que nadie conocía el estado deplorable de las finanzas del país. ¿Y si después de los insoportables sacrificios que habría que imponer a la ciudadanía, sobrevenía una derrota? ¿Cuál sería el destino del país, vencido, si ahora ya era tan obscuro?

Sin embargo, la creciente agresividad de los países limítrofes del norte no permitía meditar pausadamente hasta hallar una solución. Desde que partiera la columna expedicionaria a posesionarse de Antofagasta, el espíritu guerrero de los chilenos se había encendido y, ciego a los cálculos y a los estudios serenos, el pueblo reclamaba perentoria, orgullosamente, defender la dignidad de la nación. Era un reclamo legítimo, y el presidente Aníbal Pinto sentía que no podía oponerse a darle satisfacción si Bolivia o el Perú proseguían en sus actos provocativos.

El ministro Fierro, conocedor del espíritu americanista y

patriarcal del presidente, lo contemplaba sin urgirlo. Comprendía qué pensamientos estaban cruzando tras aquella frente amplia, prematuramente arrugada.

Don Aníbal Pinto abandonó cansadamente su sillón y fue a acodarse en la ventana, mirando hacia la calle. En sus ojos claros y pequeños había tristeza. Aquella mañana su hijo José María le había hablado de la guerra inevitable, pidiéndole autorización para incorporarse a un batallón, en caso de que se produjera.

—¿Qué estima usted que debemos hacer, don Alejandro? —dijo finalmente el presidente, volviéndose hacia el ministro.

—Dar orden inmediata a nuestra escuadra de concentrarse en Antofagasta, Excelencia; y notificar al coronel Emilio Sotomayor que debe ampliar nuestro dominio sobre toda esa región, o sea, que se prepare a completar la ocupación, posesionándose de Calama y Chiu-Chiu.

El presidente asintió resignadamente y el ministro salió al momento a preparar los despachos para que fueran remitidos a Valparaíso y al norte.

Cuatro días más tarde, el coronel Sotomayor cumplía su anhelo de introducirse en el desierto. Vestido con un atrabiliario uniforme de campaña, compuesto de guerrera de amplios faldones, pantalón embutido en botas altas de cuero y un sombrero cucalón de corcho sobre la cabeza, al estilo de los exploradores del África, encabezó la columna que dejó Antofagasta y se alargó por la amarilla planicie de la pampa. Tras él trotaba un escuadrón del Cazadores a Caballo, seguido por una compañía del 4.º de Línea; a continuación venía un batallón de reclutas, de reciente formación, integrado por hombres de Atacama, al que se había denominado pomposamente Cuerpo de Ingenieros; pese a que sus componentes eran meros artesanos de las minas. Este batallón era mandado por el teniente coronel Arístides Martínez, veterano envejecido en las guerras de Arauco, y llevaba tras sus filas tres carretones cargados con tablones para reparar los puentes del Loa que se sabía habían sido destruidos por los bolivianos en su retirada hacia Calama.

Inmediatamente detrás de los mineros rodaban cuatro carros metaleros que portaban los bagajes, víveres y municiones.

Cerraba la columna una bizarra agrupación de jinetes, compuesta por jóvenes de las familias adineradas de Santiago que

acompañaban al ejército impulsados por su romántico afán de aventuras guerreras. Eran los que más tarde recibirían el apodo despectivo de «cucalones» y que, cuando la guerra exhibió sus lacras de destrucción, crueldad y muerte, terminarían por ampararse en las filas. Vestidos con trajes de montar a la moda inglesa, costeando ellos mismos su cabalgadura, su sustento y sus armas, iban a la guerra como a una diversión.

En contraste con la frivolidad de los «cucalones», una masa obscura se arrastraba una cuadra detrás de la columna. Eran las sufridas «camaradas» o «soldaderas», esposas o mujeres apegadas a los mineros y reclutas, que se resignaban con sumisión de bestias a afrontar el castigo de las marchas y los riesgos de las batallas antes que separarse de sus hombres.

La columna del coronel Sotomayor debía llegar hasta Caracoles, donde estaba de centinela un batallón del 2.º de Línea, bajo el mando de Eleuterio Ramírez. Allí se esperaría la orden de marcha sobre Calama que debía enviarles el ministro de Guerra y Marina, general Cornelio Saavedra, recién llegado a Antofagasta en el barco del contralmirante Juan Williams Rebolledo, que venía al frente de la escuadra. Esa orden dependía de un pronunciamiento capital del Gobierno de Chile. Aún no existía el estado de guerra, pero se temía que ella estallara en cualquier momento. Si eso ocurría, la escuadra se apoderaría inmediatamente de Cobija y Tocopilla y el coronel Emilio Sotomayor asaltaría Calama y
Chiu-Chiu,
completando la posesión de todo el territorio comprendido entre los paralelos 23 y 25.

Ignorantes de los entretelones de estos movimientos, los soldados chilenos se adentraban por primera vez en el ardoroso arenal de la pampa, sin sospechar las fatigas y sufrimientos que los aguardaban.

Entre ellos, con sus mineros de Caldera, partió Rafael Torreblanca.

14

Sin que ninguna boca se hubiera atrevido aún a pronunciar la palabra «guerra», los caminos de Perú, Bolivia y Chile empezaban a resonar en sordina al paso sigiloso de la infantería, la caballería y al rodar de las cureñas.

Las tres naciones hacían converger, en presuroso secreto, sus elementos de guerra sobre un mismo punto: el desierto de Atacama; y el presidente de Bolivia, general Hilarión Daza, juraba en una carta dirigida a uno de los pocos funcionarios civiles que se mantenían aún representándolo en Antofagasta:

> *Amigo García Meza: salga de ese suelo infame y venga a reunirse con nosotros. Yo marcho a Potosí a la cabeza de diez mil hombres. Juro que antes de setenta días habré recuperado ese litoral y nuestra bandera flameará no sólo en esa capital, sino mucho más allá.*

Por su parte, el embajador extraordinario del Perú ante La Moneda, señor Lavalle, declaraba en una nota al presidente Aníbal Pinto:

> *La ocupación por parte de las fuerzas chilenas del territorio de Antofagasta, excelentísimo señor, es un escollo que embarazará todo arreglo. Yo he venido para ofrecer a usted los servicios del Perú para zanjar este crítico asunto. Pero antes es preciso que Chile abandone los territorios ocupados hasta que un árbitro se pronuncie sobre los derechos que alega su país sobre ellos. Entretanto, se puede dejar esa zona como*

región neutral, bajo la garantía de Bolivia, Perú y Chile.

Pero mientras el plenipotenciario peruano proponía estudios dilatorios, el ministro de Relaciones Exteriores de Chile seguía recibiendo notas telegráficas cifradas de su embajador Godoy desde Lima:

Telegrama N.º 8 bajo la clave «Martillo».
Transportes Lima y María Luisa salieron anoche con mil hombres de artillería e infantería para Iquique. Irá caballería. En el sur del Perú se embarcará más tropas hasta completar dos mil. División lleva, además de su armamento, tres mil rifles.

GODOY

Telegrama N.º 9 bajo la clave «Prensa».
Creo que misión Lavalle trata de ganar tiempo. Si no logra avenimiento, guerra inevitable.

La nerviosa sucesión de los mensajes del servicio secreto denotaba la actividad que desarrollaban los agentes movidos por don Joaquín Godoy, y a través de ellos se traslucía que Leonora Latorre proseguía cumpliendo su misión con habilidad extraordinaria, sonsacando día a día nuevos antecedentes al teniente Barraza o al general Buendía, que ya había regresado de su viaje.

Sus informes llevaron al ministro de Relaciones Alejandro Fierro a tomar una resolución. Comprendió que era llegado el momento de exigir al plenipotenciario peruano José Antonio Lavalle que definiera su ambigua posición. Lo hizo citar para una conferencia privada en su ministerio.

Lavalle era un aristócrata entroncado con las más rancias familias de Lima y su agudeza asombrosa como diplomático corría a parejas con su inteligencia y afabilidad.

Aquella mañana, cuando entró en el gabinete privado del ministro Fierro, se sorprendió al encontrarse un interlocutor grave y casi hostil. Su instinto le advirtió que esta vez sería llamado a

terreno, pero ensayó, sin embargo, continuar las dilaciones.

—¿Su Señoría conferenció con Su Excelencia el presidente Pinto respecto a la moción que, a nombre de mi Gobierno, propuse a usted en el sentido de declarar zona neutral el territorio de Atacama? —comenzó diciendo.

Pero el ministro lo atajó, alzando la mano.

—Perdóneme, Su Señoría, pero ruego a usted que hoy sea otro el tema que tratemos con la profundidad que se merece, y cuya discusión es previa a la de cualquier arbitraje que usted proponga.

El diplomático peruano lo contempló durante unos segundos, mordiéndose levemente los labios.

—Créame, Su Señoría, que no acierto a adivinar a qué se refiere usted —confesó, cautelosamente.

El ministro se puso de pie y rodeó su
mesa-escritorio,
yendo a colocarse frente a él.

—Al Tratado Secreto de Alianza entre su país y Bolivia —declaró.

El diplomático limeño se levantó y pareció presto a replicar con mucho asombro; pero se contuvo y volvió a tomar su actitud reposada.

—Señor ministro, yo no tengo el menor conocimiento de que Perú y Bolivia estén ligados por el compromiso que usted les atribuye —contestó.

—Señor Lavalle, tengo informaciones fieles que me hacen creer que tal alianza existe —insistió don Alejandro Fierro—. Y Su Señoría comprenderá que si es realidad ese tratado secreto, se hace imposible que sigamos aceptando las proposiciones de arbitraje que usted nos hace.

—Puedo asegurar a usted que he sido presidente de la Comisión diplomática de la Asamblea Nacional de Perú durante 1876 y 1878, y empeño mi palabra ante Su Señoría de que no he discutido jamás un pacto como el que usted menciona.

La argucia era hábil, pero no escapó al ministro. Los informes de que disponía sobre el pacto, proporcionados por el embajador de Chile en Buenos Aires, señor Guillermo Blest Gana; por el propio Gobierno del Brasil y por el embajador Joaquín Godoy, fijaban como fecha de la aprobación de la alianza el año 1873. El señor

Lavalle no mentía, pero tampoco decía la verdad. Era indiscutible que, de existir el tratado, él debía conocerlo. Y el señor Fierro estaba decidido a exigirle un pronunciamiento.

—Comprenda usted, señor Lavalle —precisó, terminante—, que nos es imposible tratar la propuesta suya sin que antes no disipe nuestras dudas una declaración oficial del Gobierno peruano.

El diplomático levantó las manos en un gesto de impotencia, y se inclinó a recoger su sombrero y su bastón.

—No puedo responder inmediatamente a usted, señor ministro —concluyó. Pero me dirigiré al momento a mi Gobierno, solicitando instrucciones sobre este hecho.

Don Alejandro Fierro lo vio partir con la sensación de tenerlo acorralado. Sin darse pausa, redactó una nota urgentísima para don Joaquín Godoy. Éste la recibió en la embajada en Lima y se trasladó al instante al Callao, para entrevistarse con Leonora Latorre.

Llegó a la casa de la agente secreta cuando ya había anochecido, y comisionando al señor Rodríguez para que cuidara de que la entrevista no fuera oída por nadie, expuso a la muchacha su pensamiento.

El ministro Fierro había exigido a Lavalle un pronunciamiento sobre el pacto secreto del 73. Lógicamente el diplomático en sus próximas comunicaciones con su Gobierno pediría instrucciones. Era forzoso enterarse del contenido de esas notas y de la respuesta del presidente del Perú. En ellas tenía que estar la confirmación de la existencia del pacto.

—Pero ¿cómo puedo conseguir esas notas, señoría? —inquirió la muchacha.

La embajada había previsto esta situación. Por ello, indicó a la agente que trabara conocimiento con el teniente Roberto Barraza, que servía como correo de gabinete entre Lima y el Callao.

—Y usted ha conseguido intimar con ese oficial, señorita —concretó el embajador—, y, aún más, el señor Rodríguez me ha informado de que ha logrado usted enamorarlo.

—Efectivamente, el pobre está enamorado de mí —confesó con cierta vergüenza Leonora.

—¡Perfecto!

—No tanto, señoría. No constituye un timbre de orgullo burlar así los sentimientos de un hombre.

—¡Vaya, señorita, es la guerra…, o casi guerra!

—Ya lo sé; y puede usted confiar en que sabré consumar mi cometido.

—Bien, fuera de retóricas, ¿qué medios necesita usted para cumplirlo? —concretó el embajador, un tanto irritado por aquella resistencia.

Leonora se quedó pensativa un momento. Luego dijo:

—Un narcótico suave…, un revólver…, un ayudante sagaz que venga a establecerse aquí y esté alerta a cumplir mis instrucciones cada vez que acuda a mi casa el teniente Barraza…, y medios para desaparecer del Callao tan pronto obtenga los documentos.

—¿Para qué el revólver, señorita? No pensará usted dar muerte a ese marino para arrebatarle los papeles.

—No, señor. Pero si sorprende mis manejos, no es descabellado pensar que intentará darme muerte.

—Confío en que no se extremarán las cosas tanto. Aquí tiene usted el revólver; el narcótico se lo procurará el señor Rodríguez, y el ayudante que usted pide será mi secretario privado, el profesor Abelardo Núñez, que actúa de enlace entre todos nuestros agentes. Él la ayudará a abandonar el Callao, si fuera preciso.

El señor Godoy irguió su cuerpo macizo en el pequeño sillón, como si se aliviara de una grave responsabilidad. Pero en seguida volvió a inclinarse hacia la joven, y apoyando su diestra en el dorso de una de las manos de ella, le dijo:

—Ahora escúcheme bien. La nota de Lavalle debe haber salido de Santiago al mismo tiempo o poco después de la que yo recibí del ministro Fierro. Debe, pues, llegar a este puerto mañana o pasado. Esté usted atenta. No permita que por motivo alguno se le pierda de vista el teniente Barraza. Recuerde que la suerte de nuestro país quizás dependa ahora de su habilidad.

Leonora asintió con una cansada inclinación de cabeza. Desde aquel momento, la agente concentró todos sus sentidos en la continua vigilancia del teniente Barraza. Su belleza, su voz suave de contralto y la mirada húmeda de sus ojos verdes le daban un aire enigmático que fascinaba al marino, el que iba cayendo cada vez más hondamente en las redes que la muchacha le tendía. Lo que al principio pretendió que fuera sólo una aventura, fue transformándose en verdadero atractivo, primero, y en amor

profundo, más tarde.

Todos los crepúsculos paseaban por las anchas veredas tendidas sobre los malecones y los espigones que contenían el mar y encerraban el puerto militar en un rectángulo. En el extremo del rompeolas, se sentaban en la baranda y conversaban dándose a conocer sus aficiones y detalles de sus vidas. Naturalmente, Leonora hablaba de una historia urdida en sus menores detalles por el señor Rodríguez, de la vida de una muchacha de la sociedad arequipeña. En cambio, el teniente Barraza se explayaba contándole de su madre, de la casa familiar de los suyos en Lima y de su actividad como militar.

La agente sabía conducir las frases para enterarse de todo cuanto había hecho el marino durante el día. Había llegado a conquistar la confianza del oficial a tal extremo que tenía la seguridad de que cuando llegasen los despachos del embajador Lavalle desde Chile, ella lo sabría.

Entretanto, había ido a instalarse en su casa el señor Abelardo Núñez, secretario del embajador Godoy y encargado de manejar todos los hilos del servicio secreto chileno en el Perú.

Cada vez que el teniente peruano llegaba acompañando a Leonora hasta la puerta de la calle, Núñez se deslizaba por las habitaciones, yendo a ubicarse en una pequeña pieza obscura, vecina al salón, con el que se comunicaba a través de una estrecha puerta. Y cuando el oficial entraba, los contemplaba silenciosamente por un pequeñísimo ventanillo enrejado que había abierto él mismo en la puerta de comunicación entre las dos piezas.

En las noches, cuando ya no se oía ruido en la calle, llamaba a Leonora al comedor y la interrogaba con exasperante acuciosidad sobre todos los temas que habían tratado la muchacha y el oficial.

Pacientemente, Leonora iba reconstituyendo sus charlas, avergonzándose a ratos al repetir las frases apasionadas que solía dedicarle el oficial.

Núñez la escuchaba con rostro delgado inmutable, sin hablar más que lo estrictamente necesario, y a veces tomaba notas.

Una tarde, el teniente Barraza no acudió a buscar a Leonora. Durante dos horas la muchacha lo esperó nerviosamente. En varias oportunidades vio asomarse el rostro preocupado de su alojado por una de las puertas que se abrían al comedor que circundaba el

jardín. Por último, cuando eran ya cerca de las siete y media de la tarde, le salió al encuentro, rompiendo su costumbre de no hablarle en ocasiones en que pudieran ser vistos por gente extraña. No obstante, la tomó de un brazo y la apartó del corredor, visible desde la calle. Se mostraba rudo, como si Leonora tuviera la culpa de la falla del oficial; quiso obligarla a salir a la calle para averiguar dónde estaba el teniente. Fácilmente comprendió después lo disparatado de su idea y se excusó; minutos más tarde salió él mismo a realizar indagaciones.

Regresó tarde. Leonora lo esperaba y al oírlo entrar se puso de pie para salirle al encuentro.

Núñez se detuvo en la entrada del salón y le dijo en voz baja:

—No llegó ningún barco del sur hoy. Podemos estar tranquilos. Pero, de todos modos, es imprescindible que averigüe usted mañana qué impidió venir al oficial. Buenas noches.

Aquella frialdad enervaba a Leonora, haciéndola sentirse vigilada. Al quedarse dormida, se había propuesto comunicarse con el embajador Godoy para pedirle que reemplazara al señor Núñez por otro agente más tratable.

Esta decisión se hizo más firme cuando, a la tarde siguiente, se le presentó el jefe de los agentes para repetirle:

—Tiene usted que averiguar con todo detalle que hizo y dónde estuvo el teniente Barraza ayer, señorita.

Y, sin más palabras, fue a encerrarse en la habitación contigua al salón.

Minutos más tarde tiraba de la campanilla de la puerta el oficial de marina. Venía sonriente, pero los reproches con que lo recibió Leonora lo turbaron.

—Excúseme usted, Elena —murmuró—. No sabe cuánto me desazonan sus reproches. Puedo asegurarle que es injusto hacérmelos. Apenas me dejo tiempo para cumplir con mis obligaciones, a fin de poder estar lo más posible a su lado.

—¿Y ayer por qué no vino? Estuve triste toda la noche.

—Órdenes de último momento, mi querida amiga. Me avisaron que llegaba un barco del sur, trayendo importantísima correspondencia oficial. Me era imposible dejar de ir.

—¿Y llegó ese barco del sur? —indagó Leonora.

—No llegó. A última hora se supo que venía retrasado y

arribaría mañana.

La agente sintió que el corazón le daba un vuelco. En ese barco venía sin duda la nota del plenipotenciario Lavalle al Gobierno del Perú.

Entretanto, el marino había seguido disculpándose:

—Me es imposible desoír las órdenes que me llegan desde Lima. Antes me era dable hacerme reemplazar por algún compañero; pero ahora he recibido instrucciones categóricas de ser yo, y solamente yo, quien reciba el correo oficial en el puerto y lo traslade a la capital.

—¿Tan importante es el correo que se espera que usted lo prefiere a mí? —argumentó Leonora, con fingido sentimiento.

—Yo no —contestó con vehemencia el oficial—, pero el Gobierno parece estar esperando noticias importantísimas. Y cuando ellas lleguen tendré que ausentarme del Callao por algunos días; tendré que llevarlas a Lima.

—¿Mañana?

—Sí, mañana seguramente.

Leonora trabajaba afanosamente buscando un medio para obligar al oficial a pasar por su casa antes de emprender el viaje a Lima. Entretanto, seguía hablando intrascendentemente, prolongando la conversación en espera de que se le ocurriera una idea. Pero no fue necesario; la solución se la dio el propio marino.

—¿Y me dejará usted sola sin remordimiento alguno, Roberto? —le había dicho ella. Y él respondió:

—Con dolor de mi alma, Elena. Pero, por otra parte, ese viaje me provocará una alegría. Usted sabe que mi madre vive en Lima.

Leonora presintió a dónde iban encaminadas las palabras del oficial. Durante los últimos encuentros había supuesto que tendría que llegar el momento en que el oficial, arrastrado por un amor que ya no disimulaba, quisiera formalizar aquellas relaciones. Pero no esperaba que se produjera así, tan repentinamente. Lo oyó como en sordina hacerle una pregunta:

—¿Me autoriza usted para que…, para que le hable de nuestras relaciones?

—¿Decirle a su madre? —musitó Leonora, espantada del significado de aquella petición.

—¡Decirle que la amo a usted, Elena, y que espero que me

acepte…!

—No, no, por Dios —dejó escapar la muchacha, interrumpiendo su vehemente declaración.

El oficial la contempló entristecido. Había en el rechazo de la muchacha una nota de vergüenza tan sincera, que hería sus ilusiones.

—¿Por qué no? —indagó vacilante—. ¿Acaso no debo tener la esperanza de que usted quiera algún día ser mi esposa?

A Leonora le pareció sentir un crujido de las tablas de la habitación vecina. Hubiera querido gritarle al marino que no cabía esperanza alguna, que se alejara antes de que el mal fuese irreparable, que ella no quería hacerle un daño tan hondo; pero allí, detrás de la puertecilla, estaba escuchando el jefe de los agentes secretos, y él representaba a la embajada chilena y a Chile mismo.

—No, no…, no he dicho eso —balbuceó desconcertada—. Pero es tan sorpresivo… No puedo responderle ahora. Déjeme…, déjeme usted pensarlo hasta mañana. Venga a saber mi respuesta cuando esté por salir hacia Lima.

Había hablado atropelladamente, sin pensar en que en esa forma obligaba al oficial a pasar por su casa antes de marchar a la capital con los documentos que tanto interesaban al servicio secreto. Ni aún se dio cuenta de ello cuando el marino le respondió con calor:

—Está bien, Elena. Me marcho ahora para no agregar una palabra más a lo que hemos conversado, hasta el momento en que usted me dé su respuesta. Volveré por ella antes de partir a Lima. Pero le ruego que, al meditarla, piense usted en que yo la adoro. Buenas tardes, mi querida Elena.

—Buenas tardes, Roberto —respondió ella con un hilo de voz, mientras el oficial por primera vez le besaba la mano.

Jamás había visto Leonora a don Abelardo Núñez tan satisfecho.

—¡Magnífico trabajo! —había exclamado cuando el oficial se hubo marchado—. Actuó usted con una habilidad tan impresionante, que ese hombre está perdido. Volverá mañana, aunque tenga que desobedecer todas las órdenes del mundo.

Luego volvió a su tono impersonal. Había que prepararlo todo para que los documentos pudieran ser leídos por él. La forma de realizarlo era simple. El oficial portaba siempre la correspondencia en un pequeño estuche de cuero que llevaba prendido al cinturón,

junto al tirador del que pendía el sable. Lo primero sería convencerlo de quitarse sable, cinturón y terciados. Algunas veces al sentarse junto a la muchacha lo había hecho. No le extrañaría que Leonora se lo propusiera. Luego, había que sacarlo del salón con cualquier pretexto.

La joven lo escuchaba tramar el plan, casi con frío. Todo su ser se rebelaba a seguir con aquella farsa, a ahondar aquella traición a los sentimientos de un hombre bien inspirado.

Por su parte, el señor Núñez proseguía en sus cálculos:

—Usted había pensado inicialmente en darle a beber algún narcótico en alguna bebida; pero no lo considero conveniente. No existe ningún narcótico que pase inadvertido. Ya que usted lo ha puesto en nuestras manos, debemos aprovecharlo para que nos traiga a nuestro poder la respuesta que el Gobierno del Perú dé al plenipotenciario Lavalle. Eso es mucho más importante que la nota que puede enviar éste a su Gobierno. En fin de cuentas, todo nos hace presumir que será una petición de instrucciones. Y esas instrucciones sí que serán valiosas para nosotros: ellas nos confirmarán presumiblemente la existencia de una alianza militar. Ya ve usted, señorita, que nos es indispensable poder disponer del teniente Barraza y tener la seguridad de que regresará de Lima a esta casa, portando la respuesta del Gobierno peruano.

—Pero ¿cómo puedo yo a obligarlo a que traiga esa respuesta a mi casa, señor Núñez?

El profesor dejó escapar una risa seca y apagada.

—No me diga que usted no lo sabe, mi amiga —respondió—. Es usted muy hábil para no haber sorprendido ya cuál es el resorte que tiene que presionar. El teniente le ha pedido su autorización para comunicar a su madre que la ama y quiere hacerla su esposa. Mañana, cuando venga por su respuesta, aprovecharemos para leer la correspondencia de Lavalle que traerá en su portacartas. Y usted le dirá que lo acepta, que lo autoriza para participar a su madre la seriedad de sus relaciones.

—¡Oh, no, señor, no! Yo no puedo descender a tanto engaño. ¡Es una infamia demasiado grave!

Leonora había hablado arrastrada por su íntima nobleza. Pero al observar los ojos fríos y duros del jefe de agentes se quedó muda.

Núñez dejó pasar un rato antes de articular palabra. Luego las

dejó caer una a una, pesadamente:

—Señorita, puestos en la balanza, por un lado el amor cándido de un oficial enemigo, y, en el otro lado, la suerte de Chile, ¿cuál debe pesar más en su opinión? Estamos luchando por salvar a nuestra patria de la agresión conjunta y sorpresiva de dos naciones. ¿Acaso usted no lo ha comprendido?

Leonora se dio cuenta de que sería inútil hacer ver a su superior la repugnancia que sentía de continuar engañando a un hombre que sólo había tenido gentilezas para con ella.

Abelardo Núñez, como si adivinara sus pensamientos, proseguía:

—Además, recuerdo a usted que al ingresar al servicio secreto de Chile contrajo el compromiso de dedicarle todo su tiempo y energías, sin oponer intereses personales a los intereses de nuestra patria. Nosotros somos, en verdad, el ejército invisible que está protegiendo al otro ejército armado que defenderá nuestro suelo, nuestras instituciones y nuestro pueblo, si estalla la guerra. Negarse a cumplir nuestras misiones, es traicionar a la patria y a los nuestros. Actualmente usted cumple una misión invaluable para nuestro país. Descubrir la existencia de ese tratado secreto entre Perú y Bolivia y verificar si es o no un pacto militar e impedir que Chile sea engañado y asaltado por sorpresa. ¿Lo comprende?

Leonora, vencida, asintió con la cabeza. Núñez continuó:

—Pues bien. Mañana usted hará que el oficial se despoje del cinturón y terciados a los cuales está unido el portacartas. Luego sacará al oficial de este salón y lo llevará, por media hora, a otra habitación.

—¿Cómo puedo llevarlo a otra habitación, señor Núñez? ¿Con qué pretexto suficientemente poderoso como para hacerlo olvidar que debe llegar a Lima con suma rapidez? Él sabe que lleva documentos urgentes y valiosos.

Núñez volvió a clavar en ella una mirada fría y despectiva.

—Señorita —exclamó, molesto—, usted sabrá encontrar el pretexto para hacer que el oficial se olvide del estuche que deja en el salón, se olvide de todo y se mantenga media hora en otra habitación.

La muchacha se quedó sobrecogida. Las palabras del superior no dejaban lugar a dudas.

Implacable, Núñez agregaba:

—Use usted los pretextos que su inteligencia le dicte, aprovechando el dominio evidente que ejerce sobre él. Pero tiene que sacarlo del salón y retenerlo el tiempo que necesito para abrir los sellos sin romperlos, para leer los pliegos que nos interesan y volver a dejarlos tal como llegaron. Compréndalo bien, señorita; es una orden la que le estoy dando.

Aquella noche Leonora no pudo dormir. En su mente surgían los rostros de todos los parientes e íntimos de su casa, contemplándola distantes y vagos, con expresión de reproche o de amargura. Distinguía las facciones austeras y envejecidas de su padre como si estuviera allí mismo, y la imagen borrosa de su madre muerta hacía tanto tiempo. También le parecía oír la voz suave y aguda de su tía Clara.

Y en medio de todos aquellos rostros que iban y venían, se mantenía fijo y obsesionante el de Alberto Cobo. Como una imagen del otro mundo, emergía primando sobre todos sus pensamientos. Avergonzada, trataba de ahuyentarla, pero era inútil, el rostro de Alberto estaba siempre allí, como una conciencia implacable.

Faltaba poco para el amanecer cuando logró quedarse dormida. Todo el día estuvo deprimida. Reclinada en un diván de su dormitorio, sentía correr las horas con angustia. Calculando que el teniente Barraza no aparecería hasta el crepúsculo, no se había ni siquiera peinado.

Serían aproximadamente las tres y media de la tarde cuando la sobresaltó el repique de la campanilla de la puerta.

Leonora se sentó en el diván. Pronto sintió el ruido opaco de los pasos de la criada y el ruido de la puerta de calle al abrirse. Con zozobra oyó la voz del marino preguntando por ella. Luego resonaron las chancletas de Riana y en seguida se abrió la puerta del dormitorio.

—Allí afuera está el marino pidiendo verte, ama —le advirtió la criada. —Está muy apurado porque tiene que seguir a Lima.

Leonora se puso de pie temblando y se encaminó hacia el pasillo. Llevaba la cabeza totalmente vacía.

El oficial la contempló acercarse desde la entrada del salón. Vestía traje de campaña y calzaba botas de montar.

La mirada de la muchacha fue inmediatamente al estuche portacartas. Se veía repleto de papeles y por su abertura superior

asomaba el canto de un sobre demasiado amplio.

El teniente la esperaba con ambas manos extendidas, y ella, sin pensarlo, lo saludó entregándole las suyas. Pero al sentir su contacto se retrajo involuntariamente.

—¿Tiene usted frío, Elena?

—No, no… Estoy…, estoy un poco nerviosa.

El oficial la contemplaba con cariño y respeto.

—Se ve usted encantadoramente niña así, mi adorada —murmuró.

Leonora no sabía qué responder; sentía la garganta estrangulada.

—Perdóneme usted si no puedo quedarme todo el rato que quisiera a su lado, Elena —explicó—, pero me han sido entregados en el puerto documentos que deben ser vistos esta misma noche por el presidente Ignacio Prado. He venido porque la ansiedad por saber su decisión me devoraba. ¿Ha meditado usted sobre mi ruego, Elena? ¿Puedo comunicar a mi madre formalmente nuestras relaciones?

Leonora desprendió sus manos y entró en el salón sin responder. El oficial la siguió ansioso.

—¿No me responde, Elena? —insistió con cierta alarma.

La muchacha se detuvo y se volvió hacia él. Sabía que Núñez estaba en su observatorio, en la habitación contigua.

—Quítese el sable —murmuró con la boca seca.

El teniente obedeció automáticamente, sin desprenderle los ojos del rostro, y dejó el cinturón con los terciados sobre una silla.

—Elena, no me torture usted —suplicó Barraza. ¿Debo considerar que no tengo ninguna esperanza, que me rechaza usted?

—No —respondió la agente en forma casi inaudible—. Puede usted contarle a su madre que… que nos amamos.

El teniente la tomó de los hombros y exclamó impulsivamente:

—¡Oh Elena, me hace usted el hombre más feliz de la tierra!

Leonora lo oía como a través de un muro, con todos los sentidos concentrados en el estuche de cuero que pendía de la silla. Como una autómata seguía jugando su papel.

—Esperaré con ansiedad saber cómo ha recibido su madre la noticia de nuestro noviazgo, Roberto —decía—. No me hará usted esperar, ¿verdad?

—Correré como un loco hasta Lima, Elena; y luego sólo estaré

ansiando poder regresar al Callao para traer a usted la aprobación de mi madre. ¡Oh Elena, no sabes cuánto te quiero!

Los brazos del marino se cerraron cuidadosamente en torno a la espalda de ella, apretándola contra su pecho. Leonora no se resistió, afanada en fijar su pensamiento en una idea que le permitiera apoderarse de aquellas cartas.

—¿Me juras que regresarás lo más pronto posible y que desde el camino vendrás directamente a darme la feliz noticia?

—Te lo juro. Aunque sólo sea para alcanzar a repetirte las frases de mi madre, vendré primero a tu casa.

Había respondido con su rostro apegado al cabello de la muchacha y repentinamente la besó en la sien.

Leonora intentó desasirse, pero el marino la oprimió más.

—Mi amor… Mi Elena adorada —balbuceaba buscándole el rostro.

En el cerebro de la muchacha golpeaba un pensamiento aturdidor: «¡Ahora es el momento!… ¡Ahora es el momento!».

Pero, al mismo tiempo, los rostros de su padre y de Alberto Cobo volvían a hacerse presentes, recordándole su verdadera vida, sus principios morales, su antiguo amor…

—Si has aceptado ser mi prometida, ¿no me permitirás que te bese? —rogaba apasionadamente el oficial—. Nunca podrías haber encontrado otro hombre que te quisiera como yo te adoro —susurraba.

Leonora imaginaba a Abelardo Núñez observando la escena por la mirilla, y adivinaba su reacción si ella desperdiciaba aquella oportunidad. Tuvo miedo. Con un escalofrío, cerró los ojos. El beso del oficial la quemó como una marca de fuego. Quedó como un muñeco sin voluntad entre los brazos del hombre. Éste seguía besándola.

La penumbra del salón, aliada al silencio y soledad de la casa, iban surtiendo su efecto. Uno de los brazos del oficial descendió desde la espalda de la muchacha hasta la cintura y la apretó, ciñéndola íntegramente contra su cuerpo. Durante unos segundos, Leonora perdió toda noción y los besos ardientes y ya brutales la marearon, la trastornaron. Pero bruscamente algo despertó en ella y una ola de vergüenza la inundó. Instintivamente hundió los codos en el pecho del marino y, haciendo palanca, se desprendió y

retrocedió unos pasos.

—¡No, no, por Dios! —gritó sofocadamente. ¡Retírese usted!

El oficial se quedó un instante jadeando, atontado; luego se disculpó, avergonzado:

—Perdóname, querida, soy demasiado impulsivo. Es que te quiero con todo mi ser y… ¡Oh, perdóname, Elena! Te prometo que nunca más volverá a suceder.

La muchacha había quedado pálida y cansada.

—Retírese —repetía con voz ronca—. Retírese, por favor.

El marino la contemplaba desazonado, sin hallar qué hacer.

—Disculpame, Elena —insistía—. He cometido un desatino enorme, pero justifícalo pensando que es por el inmenso amor que te tengo.

Los ojos de la muchacha brillaban en la penumbra y no respondía. El oficial no encontró más palabras para excusarse, y tomando precipitadamente el cinturón con sus terciados y portacartas, se encaminó a la puerta. En la percha del zaguán recogió su quepis. Pero antes de salir a la calle se detuvo frente a la entrada del salón.

—Tan pronto regrese de Lima vendré a visitarte, Elena, y traeré las sortijas para que formalicemos nuestro compromiso. Hasta la vuelta, mi adorada, y trata de ser comprensiva y perdonar mis defectos.

Leonora quedó en mitad del salón, inmóvil en la obscuridad, vacía. De pronto sintió un ansia invencible de llorar.

En ese momento, se abrió la puertecilla que comunicaba el salón con las habitaciones interiores y apareció Abelardo Núñez. Pasó junto a la muchacha, deteniéndose apenas para advertirle:

—Señorita, supongo que calcula usted la magnitud de su falta. No quiero decirle más porque se rompería toda relación entre nosotros. Me es forzoso comunicar su falta a nuestro embajador en Lima. Él decidirá qué debe hacerse con usted. Volveré mañana. Entretanto, suspenda usted todas sus actividades. Hasta mañana, señorita.

Las lágrimas que durante horas derramo aquella tarde Leonora Latorre fueron su bautismo en las amarguras del servicio secreto. De ellas salió transformada y extraña, fría y distante, y con una decisión férreamente grabada en su cerebro: desde aquel día no

habría para ella más recuerdos, afectos ni emociones.

15

Caminando cansadamente por los patios arenosos de la «Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta», un hombre alto y muy delgado iba sorteando los grupos de soldados bulliciosos y las tiendas de su campamento levantado allí desde hacía cuatro días. Eran los soldados del 3.º de Línea recientemente llegado desde Santiago.

El hombre que cruzaba aquel llano venía saliendo de la enfermería provisional, instalada en una barraca que originalmente servía para acumular los durmientes del ferrocarril salitrero. Nadie hubiera reconocido en aquel sujeto demacrado y esquelético al otrora fornido y entusiasta Alberto Cobo. Los dos años de abandono en la pampa y las penalidades sufridas en la travesía del desierto lo habían tenido al borde de la muerte. Salvado casi milagrosamente de ella, la prueba impuesta a su organismo había dejado profundas huellas. Además de su visible miseria física, una gruesa cicatriz le surcaba la sien izquierda, desde el hueso temporal hasta la ceja. Era el rastro de una de las balas que recibió en la matanza que eliminó a los cabecillas de la «Liga La Patria», en 1876. Aquella herida fue la causante del embotamiento cerebral que lo mantuvo extraviado en una chocería india del interior, con la memoria perdida.

Repuesto ya de sus dolencias, pero extremadamente débil, se disponía a embarcarse en uno de los transportes navales que llevaron los últimos batallones a Antofagasta. Cruzaba el campamento del 3.º de Línea, dirigiéndose precisamente hacia el puerto.

En ese instante pasaba al galope, ascendiendo desde la playa, la caballada de un escuadrón de Dragones de la Frontera, llegado al norte junto con el 3.º de Línea. Las bestias cruzaron piafantes,

envolviendo a Alberto Cobo en una nube de polvo.

Estaba con el rostro cubierto con un brazo, cuando una mano se posó sobre su espalda y una voz conocida le habló:

—Usted no está bien, Alberto. ¿Por qué ha dejado la enfermería tan pronto?

El hombre se descubrió la cara y miró a su interlocutor como atontado. Éste había ido a verlo varias veces durante los primeros días de su enfermedad, de modo que lo reconoció en seguida. Era don Enrique Villegas, el excónsul en Antofagasta en tiempos de la Liga y ahora subdelegado chileno en Caracoles.

—Me siento con fuerzas para marcharme, don Enrique —repuso fatigosamente Cobo—. Supe que un transporte regresa esta tarde y solicité un lugar en él.

—Todas las semanas salen transportes de regreso a Chile, mi amigo —argumentó el señor Villegas—. Podía usted haber esperado a estar más repuesto.

—No, don Enrique, tengo que ir cuanto antes a Santiago —insistió, obstinado, el mozo. —Toda mi familia, mi novia, mis amigos me deben dar por muerto; y yo mismo me sentiré como tal mientras no esté junto a los míos.

—Bien, lo acompañaré hasta el embarcadero y lo ayudaré a ubicarse en el barco, mi amigo. Vamos andando. Apóyese en mí con toda confianza.

Echaron a andar por la arena y se encaminaron al embarcadero.

Una hora más tarde, Alberto Cobo estaba tendido en una litera del barco. El viaje hasta Valparaíso le fue efectivamente reparador. Recomendado especialmente por el señor Villegas al comandante del transporte, se le dio particular atención, y los tres días de tranquilidad y de exposición al vigorizante aire marino comenzaron a resucitar su vitalidad.

En Caldera envió un telegrama a su hermana Clementina advirtiéndole su regreso; de modo que cuando el barco ancló en la bahía, la muchacha estaba esperándolo.

Se abrazaron desesperadamente y permanecieron así, sin hablar, durante largo rato.

El puerto vibraba con una ruidosa efervescencia aquel 4 de marzo. Diversos desfiles de soldados y paisanos que iban a presentarse a los cuarteles sumían la ciudad en un vocinglerío

ensordecedor.

Clementina lloraba con la cabeza hundida en el hombro de su hermano y mucha gente los rodeaba, contemplándolos.

—¡Vamos, chiquilla, no lloriquees así, que la gente nos está mirando! —musitó Alberto en el oído de su hermana y la separó de sí.

—¡Tres años sin tener noticias tuyas, Alberto! —repetía la muchacha.

Cobo la asió de un brazo y la obligó a caminar a su lado, dirigiéndose hacia la ciudad. Marcharon hablando atropelladamente, tratando de oírse por sobre la batahola de la gente.

Repentinamente, Clementina se detuvo y preguntó a su hermano:

—¿Viste a Rafael en Antofagasta?

—¿Rafael?… ¡Rafael Torreblanca!

—Naturalmente, Alberto. ¿Lo viste? Se marchó de Caldera hacia Antofagasta hace aproximadamente un mes. Me escribió anunciándome que se iba a enrolar en el ejército.

—Rafael —repitió Cobo, tratando de revivir en su memoria los rasgos de su antiguo amigo. Le parecía haberlo visto desde la distancia en el puerto nortino, y así se lo explicó a su hermana. Fue la tarde en que se puso en marcha la columna expedicionaria del coronel Emilio Sotomayor. Él estaba en la enfermería cuando comenzó a tocar la banda del 4.º de Línea. Alguien advirtió que eran los soldados que salían al desierto y todos los enfermos que podían ponerse en pie los contemplaron por las ventanas de la barraca. Entonces le había parecido divisar en las escuadras de la cola de la columna un rostro semejante al de Rafael Torreblanca. Pero había desechado aquella idea por imposible.

—Vamos a algún lugar tranquilo donde pueda contarte todo lo que me pasó, y tú, lo que ha sucedido en Santiago durante mi ausencia —propuso Alberto.

—Es que no hay ningún sitio tranquilo en Santiago o Valparaíso ahora —aclaró Clementina—. Todos los días son iguales a éste. La gente parece estar delirando. Pero dime, Alberto, ¿adónde iba esa columna en que creíste ver a Rafael?

—A cruzar el desierto, hermanita.

—¿Para qué?… ¿Para… luchar?

—Para apoderarse de Calama.

—¡Dios Santo! Por eso Rafael no me ha escrito desde hace un mes.

—No te angusties, Clementina —la consoló el mozo—; esas tropas se dirigían sólo hasta Caracoles, donde permanecerían hasta recibir la orden definitiva de apoderarse de los pueblos del desierto.

—¿Y por qué no me ha escrito entonces?

—Ya comenzarás a recibir cartas suyas de nuevo. ¿Qué es un mes, hermanita? Tú te desesperas porque hace treinta días que no tienes noticias de tu novio. Imagínate cuántas angustias habré sufrido yo, que hace tres años que no sé de Leonora.

—¡Oh Leonora! —exclamó la muchacha en voz muy baja, abrumada por la enorme desilusión que iba a sufrir su hermano.

—¡Habla, niña! —la urgió Alberto. Esperaba llegar a un sitio tranquilo para poder escucharte sin perder una palabra. Pero no he sido capaz de esperar más. Dime ¿qué ha sido de ella? ¿Por qué no vino al puerto a recibirme?

La muchacha no respondía. Caminaba con la vista baja, apesadumbrada.

Alberto sintió que la alarma le oprimía el pecho.

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió casi con violencia—. ¿Acaso está enferma?

Clementina se detuvo.

—No lo sabemos, Alberto —confesó dolorida.

El hombre la miraba sin comprender, con una profunda expresión de estupor.

—No lo sabemos —repitió la muchacha—. Leonora partió a encontrarte, hace mucho tiempo. Supimos que recorrió toda Atacama y que luego siguió hasta La Paz, con la esperanza de que hubieras sido llevado preso a una de las cárceles de Bolivia. Pero tampoco tuvo noticias tuyas allí y decidió regresar. Eso fue todo lo que supimos de ella. De pronto dejó de escribir. Y no regresó.

—No regresó —repitió Cobo idiotizado. Durante largos segundos permaneció en silencio. Después reaccionó con exaltación—: ¿Soy yo el que está loco, Clementina?

—No, no, Alberto, así fue. Nosotros también nos quedamos estupefactos, primero, y nos desesperamos después. El padre de

Leonora anduvo como loco muchos días, indagando en los ministerios, implorando noticias de su hija. Y de pronto se tranquilizó, dejó de investigar. Supimos que lo había visitado el señor Pedro Nolasco Videla, encargado de negocios en La Paz, y que, como consecuencia de aquella visita, don Antonio dejó de hacer trámites para encontrar a Leonora.

—Entonces don Antonio sabe qué ha sido de ella —exclamó Alberto, esperanzado.

—Tal vez, pero no hemos podido sonsacarle nada. Desde entonces se encerró en un mutismo triste y no volvió a salir de su casa. Como mamá se empeñara en sacarle una explicación, lisa y llanamente abandonó Santiago y se fue a vivir a San Felipe, acompañado de su hermana, la tía Clarita, ¿la recuerdas?

—Pero éste es un misterio absurdo, demasiado doloroso para mí, Clementina. Yo he vuelto al sur, mantenido exclusivamente por la ilusión de volver a encontrar a Leonora. En su compañía, en su apoyo, he cifrado mi última esperanza de volver a ser el de antes. ¡Tengo que saber qué ha sido de ella…, tengo que volver a encontrarla!

Evitando la muchedumbre, ambos se dirigieron a la estación del ferrocarril, por calles atravesadas, y tomaron el tren hacia Las Vegas, para trasbordar allí a otro tren que los llevaría a San Felipe. Cobo estaba determinado a obtener de don Antonio Latorre una declaración sobre el paradero de Leonora.

Durante todo el trayecto fueron observando la misma agitación que había en Valparaíso. Los viajeros que los acompañaban en el tren discutían a gritos, pronunciándose casi todos por una declaración de guerra inmediata a Bolivia y al Perú. En todas las estaciones se apreciaba igual efervescencia.

Estaba anocheciendo cuando Alberto y su hermana descendieron ante el Hotel Francés de San Felipe. El largo viaje realizado inmediatamente después del desembarco había extenuado a Cobo, quien tuvo que acostarse sin dilaciones.

Clementina fue la encargada de averiguar dónde vivía don Antonio Latorre. Tenía ella noticias de la dirección por algunas cartas enviadas por el padre de Leonora a sus parientes, pero no conocía el pueblo y tuvo que postergar su visita al anciano señor hasta el día siguiente. Sin embargo, cuando se presentaron, a media

mañana, en el hotel donde el caballero se había refugiado, no lo encontraron. La dueña les informó que don Antonio se encontraba en misa en la parroquia.

Las campanillas cristalinas del rito católico resonaban cándidas cuando los hermanos cruzaron la plaza de San Felipe.

—Deberíamos haber esperado a don Antonio en el hotel, en lugar de venir a buscarlo a la iglesia —advirtió Clementina, comprendiendo que les sería imposible localizarlo dentro del templo atiborrado de gente.

—No podía estarme quieto sabiéndome tan cerca de la única persona que me puede decir qué ha sido de Leonora —repuso Alberto mientras subía las gradas del pórtico—. Además, hace tanto tiempo que no oigo misa. Me reconfortará asistir al oficio.

—No había pensado en eso, Alberto —musitó la hermana, a tiempo que se echaba un velo sobre la cabeza—. Aprovecharé para implorar a Dios que proteja a Rafael en el desierto.

Abriéndose paso con gran dificultad, consiguieron avanzar unos metros dentro de la nave. Predicaba en aquel instante el párroco. Parecía haber dado comienzo recién a su prédica. Decía:

—Dios me designó este púlpito para que desde él condujera a los hombres a la paz y la fraternidad. Nada puede estar más distante de mi ministerio que el predicar el odio y la guerra. En cambio, sí puedo hablar contra la violencia y preparar el espíritu de ustedes para defenderse de ella. Así como el año pasado agoté mis palabras instándolos a unirse para luchar contra el espantoso flagelo de la viruela que diezmaba nuestra población, así también hoy puedo elevar mi voz para llamar a ustedes a unirse contra la violencia, contra la fuerza de las armas enemigas que se acerca amenazándonos con sembrar la desolación y el desamparo entre los seres débiles de nuestra parroquia.

¡Hijos míos, la guerra es un azote maldito! Pero si nos cruzamos de brazos para no hacerla, ella caerá de todos modos sobre nuestra patria y nos sorprenderá sin fuerzas para contrarrestarla y salvar a los nuestros.

La voz del predicador había ido subiendo. Sus frases vigorosas llegaban rectamente al corazón de sus feligreses.

—¡*Sí, hijos míos* —prosiguió el párroco—, *porque patria no es*

sólo una porción de territorio, no son las casas y templos que en él se levantan, no es tampoco esa maravillosa bandera tricolor que, con la unción con que despliego un trapo sagrado, coloco los domingos en la torre de esta parroquia. ¡No, hijos míos: patria es mucho más que todo eso! La patria es la gran familia que formamos todos, es la media lengua con que las criaturas pronuncian nuestro idioma, es el cariño con que damos los «Buenos días» a nuestros vecinos; patria es la abnegación con que la esposa ayuda a la mujer amiga a dar a luz su primer niño; patria es lo que nos rodea y nos hace grata la vida sobre esta tierra. ¡Dios y patria, hijos míos!

Su voz se había hecho trémula. Concluyó casi en un susurro:

—Por hoy pensamos sólo en eso: la patria nos está llamando para que nos agrupemos en torno suyo y formemos una trinchera de defensa con nuestros cuerpos y nuestros corazones. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

El órgano comenzó a sonar en el coro, suspendido sobre la puerta de la iglesia, y sus acordes solemnes contribuyeron a crear una atmósfera especial en torno a la figura pequeña del predicador, que se veía aún inmóvil en el alto púlpito.

Era el párroco de San Felipe, don José Agustín Gómez, conocido simplemente como «el curita Gómez». Legítimo pastor de almas, su fuerza interior era famosa en toda la región. Dentro de aquel cuerpecillo esmirriado y débil se escondía un alma de apóstol luchador. Su constante preocupación por su feligresía se había traducido en múltiples obras de beneficio colectivo. Él había salvado a la provincia de la viruela, él había establecido el primer hospital para la región, él había creado la primera escuela de indigentes. Toda obra de progreso, toda acción noble, toda renovación tenían siempre que estar relacionadas con «el curita Gómez».

Su ardorosa prédica serviría para aminorar el aplastante golpe que habría de sufrir minutos más tarde Alberto Cobo, al enfrentarse con el padre de Leonora.

Lo ubicaron cuando salía cabizbajo, terminada la misa. Se quedó mirando al mozo como si estuviera encandilado por la luz del sol; llegó hasta restregarse los ojos, incapaz de creer lo que veía. Y

cuando Alberto lo llamó por su nombre y se le acercó, sólo atinó a abrazarlo muy estrechamente y quedarse así, apegado a él, con los ojos fuertemente apretados y la frente hundida en el hombro del muchacho. El torrente humano que salía de la iglesia se abría en dos, dejando al pequeño grupo en el medio.

Clementina hizo notar esto a sus acompañantes y se alejaron los tres, caminando apresurados por el medio de la plaza.

Mientras caminaban, Cobo lo informó de las penurias que había sufrido y de la razón por la cual no habían tenido noticias suyas en aquellos tres años.

—Leonora supuso muchas veces que debías estar enfermo o herido —interrumpía a cada instante el caballero, denunciando la obsesión que era para él el recuerdo de su hija. Sin embargo, cuando Cobo le preguntó directamente por ella, calló de modo brusco.

—Está fuera de Chile —murmuró al fin, asediado por la mirada de Alberto—. Marchó en tu busca, como ya habrás sabido por tu hermana, y no ha regresado.

—Sí, ya me he enterado de eso —lo apremió Cobo—. Pero lo que quiero saber es dónde está ahora, por qué no ha regresado. Don Antonio, usted lo sabe; no trate de ocultármelo. Le ruego con todas las fuerzas de mi alma que me lo diga.

—No lo sé, no han querido decírmelo a mí tampoco —confesó el señor Latorre abrumado—. Piensa con cuánta ansiedad lo habré inquirido yo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero no quisieron revelarme nada más que dos cosas vagas: que se encuentra fuera de Chile y que está prestando servicios a nuestra patria.

Alberto no lo entendió al comienzo. Pero luego, durante las conversaciones que sostuvo con el señor Latorre en el día, entrevió la verdad: espionaje. Y la guerra estaba por declararse; no pasarían muchos días sin que estallara. Bien lo sabía él que venía precisamente del punto donde habría de encenderse la primera chispa. Espionaje en tiempo de guerra llevaba aparejada una conclusión: fusilamiento.

Alberto Cobo se desmoronó. Su impotencia para rescatar a Leonora de aquel peligro se sumó a su penuria física y volvió a caer enfermo. En el torbellino de su cerebro afiebrado, una pregunta se

fijaba con terquedad: «¿Dónde estará Leonora?… ¿Dónde estará Leonora?».

De haber podido adivinar Alberto Cobo cuál era la situación de la muchacha en aquellos días, sus temores habrían aumentado más.

La señorita Latorre continuaba aún en el Callao. Después de la glacial despedida del señor Abelardo Núñez, permaneció veinticuatro horas sin que nadie apareciera por su casa. Supuso que estarían estudiando su caso en la embajada chilena de Lima. Pero estaba tan cansada, que no le importaban las consecuencias que podría acarrearle el haber frustrado los planes del jefe de los agentes secretos.

Por fin, a la noche siguiente se presentaron juntos el embajador don Joaquín Godoy, don Roberto Rodríguez y Abelardo Núñez.

El embajador hizo entrar a los demás en las habitaciones interiores y se encerró en el salón con ella. Su rostro era grave y preocupado.

—En cualquier otra ocasión, señorita —empezó diciéndole—, el fracaso intencionado en su labor le habría provocado daños serios. Estamos metidos en un trabajo demasiado importante para nuestro país para que podamos anteponer nuestros sentimientos e intereses personales. Compréndalo usted bien. ¿Qué valen nuestros gustos y repugnancias, comparados con los intereses de Chile?

—Lo comprendo, señor, lo comprendo —asintió Leonora—. Pero traten ustedes de entenderme a mí también. Jamás soñé con realizar misiones semejantes, no estoy hecha para estas funciones.

—Lo sabemos, señorita, y ese conocimiento es el que he esgrimido para calmar el justo enojo de Abelardo Núñez. Todos comprendemos que la labor en que está usted empeñada es difícil y peligrosa y que tiene usted que ser muy valerosa e inteligente para poder llevarla a cabo. Considerándolo así es que borramos todo lo pasado y volvemos a usted a pedirle que siga adelante. Arriesgando a uno de nuestros agentes destacado en la casa de Gobierno, conseguimos confirmar que los documentos que llevaba consigo el teniente Barraza ayer comprendían una petición de instrucciones del plenipotenciario Lavalle al Gobierno del Perú. De modo que en

la correspondencia que ese oficial traiga a su regreso de Lima tienen que venir las instrucciones pedidas; y como ellas se refieren al tratado secreto, por su intermedio podremos, por fin, aclarar definitivamente este quemante dilema.

Señorita Latorre, tiene usted que arrebatar ese secreto al teniente Barraza, ¿me ha oído? ¡Tiene usted que proporcionar a Rodríguez y a Núñez la oportunidad de abrir los pliegos oficiales! Esta vez no puede fallar, señorita.

Leonora inclinó la cabeza con un ademán decidido. Si el marino traía consigo la correspondencia, los ayudantes tendrían la oportunidad de leerla.

El embajador Godoy se perdió solo en la noche chalaca, dejando en la casa de la joven a Rodríguez y a Núñez, quienes jugarían junto a Leonora la partida definitiva.

Comenzaron a transcurrir las horas en una tensa espera del teniente Barraza. Los tres comprendían que el Gobierno del Perú no podía dejar mucho tiempo sin instrucciones a su ministro plenipotenciario en Chile, especialmente en un momento en que las relaciones entre los dos países habían llegado al máximo de la tirantez. Sin embargo, transcurrieron tres días sin que llegara el oficial de marina.

La aparición del oficial fue tan sorpresiva que estuvo a punto de desbaratar todo.

Abelardo Núñez había salido al puerto, contraviniendo las indicaciones del embajador, obstinado en la idea de que las instrucciones del Gobierno peruano tenían que haber salido ya en algún barco hacia el sur. Y acababa de regresar, como una tromba, trayendo la noticia de que esa misma noche salía un barco hacia el sur, cuando la criada apareció en el salón.

—Estaba abriendo la puerta cuando llegó tu oficial, ama —exclamó con sonrisa tonta desde la puerta—. Está en el zaguán y quiere marcharse en seguida.

Como sombras, Rodríguez y Núñez se escabulleron por la puertecilla posterior.

Leonora necesitó unos segundos para recobrarse. Luego ordenó en voz baja a la mujer:

—¡Di al señor oficial que pase, que lo he aguardado cuatro días, que estoy ansiosa por saber las noticias que me trae.

—Bien, ama, voy corriendito.

Antes de que se perdiera el ruido de las chancletas de la chola, se oyó el de los pasos del teniente Barraza, y el oficial surgió sonriente en la entrada del salón.

—¡Mi inolvidable Elena!

—¡Roberto, cuánta ansiedad he sufrido en los cuatro días de tu ausencia!…

Se abalanzó a ella con los brazos abiertos, evidenciando el más espontáneo afecto, y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—Mi madre se ha quedado feliz al conocer la noticia de nuestro cariño, vida mía —le declaró con su boca hundida en los cabellos de la muchacha—. No sé cómo pude soportar los tres días que me demoraron, retardándome el placer de venir a participarte la buena nueva. Cuando, por fin, me entregaron la correspondencia, que debo poner a bordo de un barco antes de una hora, piqué espuelas y me he venido galopando para poder robar unos minutos a mi deber y pasar a verte antes de ir al puerto.

Leonora, apoyada contra el pecho del oficial, sentía latir afanosamente su corazón, denotando la prisa que se había tomado y la tensión en que se encontraba. Al oírlo expresar que debía marcharse en seguida, recordó la advertencia del embajador Godoy. Pero no se le ocurría qué hacer.

—Has estado cuatro días ausente y ya piensas en marcharte —se quejó como niña consentida. —Llegas y me dices que tu madre ha aceptado nuestro compromiso y…

—Nuestro matrimonio, querida —aclaró él alegremente—. En los tiempos que corren, estas cosas no pueden dilatarse.

—¿Le has dicho que tienes intenciones de casarte pronto?

Estaba nuevamente impresionada, pese a su firme determinación de mantenerse insensible.

—Sí y ella ha estado de acuerdo conmigo, Elena. ¡Quién puede asegurarme que no deberé partir!

—¡Partir! —Leonora repitió el vocablo con acento doloroso, jugando inconscientemente su papel, pero, al oírse, atrapó de inmediato la ocasión de saber más sobre los posibles movimientos de oficiales—. ¿Partir adónde, Roberto?

—Lejos… Fuera del país.

—¿Serías capaz de abandonarme ahora?

—Yo jamás quisiera abandonarte, amor mío, pero tal vez mi deber de marino me obligue. La guerra está por estallar, Elena.

—¡La guerra! —musitó ella, sinceramente impresionada.

—¿Que no ves cómo se hacen aprestos guerreros en el Callao? Pues, lo mismo se está realizando aceleradamente en Arica e Iquique. Y los despachos militares ordenan a todos los departamentos del interior el reclutamiento forzoso de cuantos hombres estén en situación de cargar armas. Ya se ha formado un ejército de siete mil hombres. Cinco mil han sido trasladados a Arica e Iquique. ¿No comprendes que eso conduce a la guerra inevitablemente?

—¡Oh, cómo odio la guerra! —dejó escapar Leonora.

—Lo mismo decía ayer nuestro presidente, el general Mariano Ignacio Prado —reflexionó el oficial—. Él no quiere la guerra y sabe que el presidente de los chilenos tampoco la quiere. Pero los peruanos la piden a gritos en todas las ciudades, y los chilenos apedrean nuestros consulados, insultan a nuestros compatriotas en Valparaíso y Santiago. La guerra es inminente, querida; tendremos que casarnos pronto, si no queremos dejar huir nuestra felicidad.

Se había separado de ella, disponiéndose a partir. Leonora lo retuvo de un brazo.

—No te marches todavía; hablemos de nuestro matrimonio. ¿Qué más dijo tu madre?

—Volveré más tarde y conversaremos con calma, mi adorada. Ahora llevo una prisa enorme. Estos documentos deben estar a bordo antes de una hora.

Intentó zafarse suavemente, pero la muchacha seguía reteniéndolo.

—Debes venir cansado y sediento. Aguarda, te serviré una copa de…

—No, querida, es imposible —la atajó categóricamente—. Debo marcharme.

Quiso volverse, pero la muchacha le trenzó los brazos al cuello y le ofreció su boca.

—Bésame.

La besó con pasión, pero aún en su arrebato se percibía la nerviosidad que lo dominaba. Se separó de ella e inició un ademán de retirada. Leonora volvió a retenerlo, esta vez con inesperada

firmeza.

—Tú no me quieres —argumentó, tratando de dar a su voz un tono dolorido y sentimental.

El oficial volvió extrañado la cabeza hacia ella y la miró con una sombra de recelo. La muchacha comprendió que había comenzado a venderse; y pensaba cómo disipar aquella impresión, cuando por sobre el hombro del marino divisó a Abelardo Núñez. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no delatar su sorpresa.

Núñez se acercaba sin un ruido, empuñando un voluminoso revólver.

Tal vez fue porque la vio palidecer o porque sus ojos traslucieron su sobresalto, pero el marino se volvió bruscamente hacia la entrada del salón.

No alcanzó a proferir una palabra. El puño del jefe de los agentes cayó como una maza y la culata del arma golpeó ferozmente entre los dos ojos al oficial. Éste retrocedió tambaleándose y luego rodó por el suelo, desvanecido. Leonora se llevó ambas manos a la boca para sofocar su grito y tuvo que sentarse en el diván.

Abelardo Núñez actuaba con toda celeridad. A tirones abrió el estuche de cuero que el desmayado llevaba al cinto y extrajo de él todos los papeles. Mientras realizaba esta operación, daba órdenes a Leonora y al señor Rodríguez, que había entrado en la habitación.

—Señorita, eche usted en una maleta sus efectos más indispensables. Tiene que salir a toda prisa de este puerto. Rodríguez, usted la conducirá hasta el coche.

—El coche está listo para salir en cualquier momento —le respondió Rodríguez, recibiéndole algunos de los pliegos que ya había extendido.

De súbito, Núñez se quedó observando con toda atención un manojo de cartas.

—Aquí están —declaró roncamente—. Una nota para el general Juan Buendía, otra para el general Velarde, en Arica, y otra…

La voz se le estranguló en la garganta.

—¡La comunicación para don José Antonio Lavalle, en Santiago! —tartamudeó.

Se incorporó de un salto y corrió a la puertecilla que comunicaba con la habitación que le servía siempre de escondrijo.

—Vigilen ustedes —advirtió a sus compañeros, desapareciendo en ella.

Don Roberto Rodríguez se dirigió con rapidez a la ventana que daba a la calle y entreabrió uno de los postigos, quedándose allí de centinela. Leonora no tenía ánimos para levantarse del sofá en que se había dejado caer. Contemplaba con espanto al oficial desmayado.

Núñez no tardó en reaparecer. Traía el voluminoso sobre abierto en una mano y en la otra una vela encendida y varias carillas en blanco. Se sentó prestamente ante la mesilla central y colocó sobre ella toda su carga. Comenzó a leer el contenido del sobre con extrema atención. De pronto interrumpió la lectura y hojeó velozmente varias carillas más adelante. Entonces se detuvo y extrajo una gruesa hoja de papel con numerosos sellos. Nerviosamente la acercó a la luz de la vela y comenzó a estudiarla. Al cabo de unos segundos, miró con ojos afiebrados a su compañero.

—Venga, Rodríguez, mire lo que he encontrado.

Rodríguez se inclinó sobre el documento.

—¡Por Dios, Abelardo, una copia del Tratado Secreto entre Perú y Bolivia! ¡Por fin hemos dado con él! Existía, ¿ve usted? Existía, señorita.

Hablaba vuelto hacia Leonora como para demostrarle lo imperdonable que habría sido que ella fallara.

Núñez leía en voz alta, tomando rápidos apuntes:

> *Adolfo Ballivián, Presidente Constitucional de la República de Bolivia.*
> *Por cuanto entre las Repúblicas de Bolivia y el Perú, representadas por sus respectivos plenipotenciarios, se celebró en la ciudad de Lima, el 6 de febrero de este año de 1873, el siguiente Tratado de Alianza Defensiva…*

Núñez siguió leyendo en un murmullo.

—Ésas deben ser consideraciones anexas al tratado mismo —advirtió Rodríguez. —Lea usted el texto medular.

Las Repúblicas de Bolivia y Perú, deseosas de estrechar de una manera solemne los vínculos que las unen, aumentando así su fuerza y garantizándose recíprocamente ciertos derechos, estipulan el presente Tratado de Alianza Defensiva; con cuyo objeto el Presidente de Bolivia ha conferido facultades bastantes para tal negociación a Juan de la Cruz Benavente, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú, y el Presidente del Perú a José de la Riva Agüero, Ministro de Relaciones Exteriores, quienes han convenido en las estipulaciones siguientes:

Artículo I.- Las altas partes contratantes se unen y ligan para garantizar mutuamente su independencia, su soberanía y la integridad de sus territorios respectivos, obligándose en los términos del presente Tratado a defenderse de toda agresión exterior, bien sea de uno u otros estados independientes o de fuerza sin bandera, que no obedezca a ningún poder reconocido.

Artículo II.-…

En aquel momento el oficial peruano se movió, quejándose. Núñez interrumpió la lectura y con un gesto indicó a Rodríguez que se encargara del desmayado. Al mismo tiempo levantó la mirada hacia Leonora.

—Señorita, tiene usted que reaccionar; le hemos ordenado que prepare inmediatamente una valija y se disponga a salir del Callao en compañía de Rodríguez. Irán ustedes en un coche hasta la caleta de Ancón, donde tomarán una lancha que los conducirá al vapor que va al sur. Rodríguez lleva los documentos preparados por la embajada para que ustedes desembarquen en Iquique como peruanos y con otros nombres que los que han usado en este puerto. ¡Rápido, señorita, rápido!

Cuando Leonora abandonó la habitación, Núñez había comenzado a copiar el tratado y Rodríguez estaba inclinado sobre el teniente Barraza.

La muchacha no demoró más de tres minutos en echar dentro de una pequeña maleta algunas ropas y regresó al salón. Núñez seguía escribiendo y Rodríguez examinaba otros documentos. Un fuerte olor a licor saturaba la sala. Leonora no le prestó atención, aturdida por la nerviosidad, pero al acercarse al oficial, ahora tumbado en el sofá, distinguió que el olor venía de él.

Rodríguez adivinó su sorpresa y le aclaró, sin levantar los ojos del documento que examinaba:

—Estaba volviendo en sí. Tuvimos que hacerlo tragar media botella de coñac para tener la seguridad de que no podrá disponer de su cabeza hasta unas horas más.

«Seguramente lo han golpeado de nuevo», pensó Leonora, y sintió que una congoja dolorosa le apretaba la garganta.

Rodríguez se había quedado inmóvil, con el oído atento a la calle. De pronto, dio un brusco soplido a la vela con que leía Núñez.

—¡Vienen unos jinetes a la casa! —exclamó en sordina.

Efectivamente, el golpe sordo de los cascos de varios caballos se oía próximo a la puerta. Fue acercándose, hasta cesar. No cabía duda: las cabalgaduras se habían detenido frente a la casa.

—Necesito seguir copiando —protestaba obstinadamente Núñez.

—En la habitación interior —le sugirió Rodríguez, entreabriendo levemente un postigo.

Núñez salió con sus papeles por la puertecilla posterior.

—¿Quiénes son, señor Rodríguez? —susurró Leonora muy nerviosa.

—El general Buendía acompañado por un grupo de soldados. Se han detenido en torno al caballo del teniente Barraza.

Ambos midieron instantáneamente la magnitud del peligro. Si entraba el general y encontraba al oficial desmayado, los tomarían a todos prisioneros y serían descubiertas sus actividades como espías; además, se perdería toda posibilidad de comunicar al Gobierno de Chile la existencia del tratado secreto.

Leonora recordó que entre los papeles arrebatados al teniente Barraza venía un despacho dirigido al general Buendía. Posiblemente el general estaba enterado del envío de aquel mensaje. Era, pues, forzoso restituir todos los pliegos al portacartas del desvanecido.

En ese momento, Rodríguez cerró el postigo y se acercó rápido a

la mujer.

—¡Ya van a entrar! —susurró. No necesito advertirle que está usted en una situación dificilísima. Mi deber es obtener que nuestra misión no se frustre, para lo cual tengo que facilitar la desaparición de don Abelardo Núñez, olvidándome de usted.

—Yo trataré de afrontar la situación; pero para asegurarme alguna posibilidad de salvación, es preciso que restituyan todos los documentos al estuche del teniente Barraza.

La campanilla sonó con estridencia. El general Buendía exigía que se le franqueara la entrada. La insistencia con que tiraba de la manilla colgada de la puerta indicaba que no venía a realizar una visita de cortesía.

—Indicaré a Núñez que devuelva los documentos a su lugar —dijo precipitadamente Rodríguez—. Pero habrá que dejar los sellos como estaban y eso requiere unos minutos. Entretenga usted al general en el zaguán. Buena suerte, señorita. En caso de que logre usted desprenderse del general, ya sabe dónde está el coche esperándola.

Los soldados habían comenzado a golpear la puerta y la voz del general Buendía se alcanzaba a oír confusa:

—¡Abran la puerta! ¡Soy el general Buendía!

Leonora salió al zaguán, pero regresó en seguida al salón, encendió una lámpara en la mesilla y con gran esfuerzo enderezó al teniente Barraza y lo dejó semisentado en el sofá. Luego salió de nuevo al zaguán, cerrando la puerta del salón.

Los golpes en la puerta de la calle menudeaban impacientes.

—¿Quién está ahí? —preguntó Leonora.

—El general Buendía —se oyó afuera, y cesaron los golpes.

—Sí, sí, general, le abro al momento. Demoro sólo el tiempo necesario para quitar la tranca.

La tranca no estaba puesta, pero Leonora la movió repetidas veces golpeándola contra la puerta, como si le fuera difícil manejarla. Necesitaba dar tiempo a los agentes para cerrar los sellos, devolver los documentos a su sitio y salir de la casa por la puerta falsa.

El general rezongó afuera:

—¿Por qué tanta demora en abrir, señorita?

Y tuvo que franquearle el paso. El jefe peruano entró sin

cortesías.

—¿Dónde está el teniente Barraza? —preguntó a quemarropa, avanzando por el zaguán y mirando hacia todos lados.

Tres soldados se habían introducido con él y obstruían la puerta de salida.

—Buenas tardes, general —le replicó la muchacha sin responder a su pregunta, restregándose las manos como presa de una gran turbación—. Llega usted muy a tiempo. ¿Puedo exigir de su caballerosidad que me permita hablarle unos segundos?

El hombre se le aproximó extrañado y receloso.

—Diga usted.

—Separémonos un poco de la puerta.

Con ademán misterioso lo asió de una manga y lo llevó unos pasos hacia el corredor que rodeaba el jardín. Durante unos segundos hizo aún una pausa, como si le fuera difícil decidirse a hablar.

—General…, estoy en un compromiso terrible —tartamudeó finalmente.

—Señorita Elena, después me dirá usted lo que necesita y la ayudaré en lo que pueda, pero ahora preciso saber del teniente Barraza.

—De él justamente es de quien deseo hablarle, general; es él quien me ha colocado en una situación tan inconfortable.

—¿Qué ha pasado?

—El teniente Barraza llegó hace media hora a mi casa, embriagado, groseramente ebrio.

El jefe peruano enarcó las cejas con desconfianza e iba a objetar algo, pero la muchacha prosiguió, sin dejarlo abrir la boca:

—Para evitar un escándalo, le permití entrar, pese a que estoy sola en casa, mas no pude impedir que siguiera bebiendo…

Leonora bajó los ojos en un gesto de culpabilidad y agregó quedamente:

—Ha estado viniendo con frecuencia a mi casa y sabe que en un mueble del salón hay licores.

El asombro más profundo se pintaba en los ojos del general. La revelación de que un oficialillo había logrado conquistar la intimidad de aquella mujer tan hermosa y fina lo hacía olvidar el objeto de su entrada en esa casa. Él mismo había visitado en dos

oportunidades a Leonora, atraído por su belleza. Pero no había tenido valor para expresarle sus verdaderas intenciones. Hombre fino y aristócrata cabal, se había diluido en insinuaciones galantes. La declaración que oía le provocaba una reacción picante y maliciosa.

«No es tan inconquistable la buena moza», pensó fugazmente, y en su fuero interno se propuso sacar provecho a su visita, dejando anudado un lazo más estrecho con ella. Pero había que preocuparse primero del teniente Barraza.

—¿Está aquí dentro?

—Dormido, totalmente ebrio. Se ha comportado como un grosero; ha dicho en mi presencia cosas indecentes. Supongo que venía de estar con mujeres del puerto.

—No, señorita, venía de Lima.

Aquella afirmación advirtió a Leonora que el general sabía que el oficial traía un mensaje para él desde la capital. Ojalá Núñez y Rodríguez hubieran tenido tiempo para devolver los documentos al estuche portacartas.

—No me explico cómo puede haberse embriagado —gruñía el general Buendía—. ¡Oh, estos oficiales jóvenes e irresponsables! ¿Dónde está? ¿En el salón?

Giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta cerrada. Leonora se le interpuso con viveza. No había conseguido ganar más de dos minutos. Quizás los agentes estuvieran todavía adentro. Pero ya no le era posible retardar más al jefe peruano sin despertar sospechas irremediables.

—Yo le abriré —murmuró con la garganta seca.

Lentamente hizo girar la perilla de la cerradura y miró hacia el interior. En el salón no había nadie más que el oficial dormido.

—Ahí lo tiene, general. Le ruego que lo haga sacar de mi casa, sin que se dé cuenta el vecindario. Comprenda el riesgo que corre mi prestigio.

El general se acercó al dormido y se quedó mirándolo con desprecio. La respiración del teniente le llegaba saturada de olor a coñac. Sin preocuparse más de él, se inclinó sobre el estuche portacartas y lo abrió. Rápidamente hojeó los documentos ordenados dentro y extrajo un sobre con su nombre.

—Menos mal. Este badulaque me trajo el despacho que

esperaba.

Al erguirse había desaparecido de su rostro toda sequedad; hizo una leve venia a la muchacha y dijo:

—Señorita Alcérreca, presento a usted excusas por el comportamiento de este oficial. Puedo asegurarle que recibirá el castigo que merece. ¡Dos soldados aquí! —llamó.

Inmediatamente, dos de los hombres que estaban en el zaguán, obedeciendo una orden de su superior, levantaron al teniente y se lo llevaron.

Cuando volvieron a quedarse solos, el jefe peruano miró sonriendo maliciosamente a la muchacha.

—Una vez más, perdón en nombre de la oficialidad, señorita. Y espero que no nos retire usted su amable acogida.

—Esta casa seguirá siendo la suya, general, y yo su servidora —respondió con los ojos bajos Leonora, aguzando al máximo su coquetería.

—Gracias. Me tomaré entonces la libertad de venir a verla mañana al mediodía para saber si se le ha pasado ya el disgusto por este contratiempo.

—Será para mí un placer. Buenas tardes, general Buendía.

—Buenas tardes, encantadora amiga.

El general se retiró lleno de bellas esperanzas. Leonora esperó a que se cerrara la puerta y tuvo después que apoyarse en un muro, porque le temblaban las piernas. Cuando consiguió reponerse, corrió hacia el interior de la casa, llamando a la criada Riana. Ésta la esperaba en el huerto con una maleta y un bulto envuelto en una lona. En la puerta falsa estaba don Roberto Rodríguez aguardando dentro del coche. El auriga chasqueó el látigo y los caballos emprendieron el trote rápido, flanqueando el pueblo por el oeste, para tomar el sendero a la caleta de Chancay, donde embarcarían. Aquella misma noche habrían abandonado el Callao y navegarían rumbo al sur, hacia Iquique.

16

¡El Tratado Secreto de Alianza Defensiva entre Perú y Bolivia existía! La información del embajador Joaquín Godoy hizo saltar en su asiento al ministro de Relaciones Exteriores, Alejandro Fierro. El presidente Aníbal Pinto quedó abrumado. El resumen de los principales acápites del pacto, ya que Abelardo Núñez no alcanzó a copiarlo textualmente, sumado a un extenso informe redactado por el embajador Godoy, indicaban al mandatario que los tres países marchaban inexorablemente a la guerra.

Don Joaquín Godoy explicaba en su informe que tenía fundadas sospechas para presumir que existió otro texto original del pacto, y que aquél establecía una alianza entre Perú y Bolivia no sólo defensiva, sino directamente ofensiva contra Chile.

Agregaba el embajador que aquel convenio de tipo militar había estado a punto de promover el ataque de los dos países contratantes contra Chile.

Firmado el 6 de febrero de 1873, tenía por fundamento razones puramente económicas. Perú obtenía grandes beneficios con su venta de guano para fertilizante. Pero un día el salitre de Tarapacá comenzó a hacer competencia al guano, y como esta nueva industria estaba regida por empresas particulares, el control de su precio escapaba a las manos del Gobierno. El presidente Pardo, mandatario en aquella época, decidió entonces monopolizar también el salitre, y compró todos los yacimientos tarapaqueños. Sin embargo, su plan se frustró porque muy pronto se descubrió salitre en Tocopilla, territorio boliviano, y el control del nitrato volvió a escapársele al Perú. En esta situación, el presidente Pardo optó por entenderse con Bolivia y consiguió que se arrendasen esos nuevos yacimientos a un agente suyo, el señor Meiggs, el que,

consumado el contrato correspondiente, lo traspasó al Gobierno peruano. No obstante, suprimido el peligro de competencia en Tocopilla, volvió a surgir en Antofagasta, en virtud de haber encontrado grandes mantos calicheros en Salar del Carmen el esforzado cateador chileno don José Santos Ossa. Y aunque los caliches atacameños eran de más baja ley que los de Tarapacá, los primeros estaban privilegiados con la exención total de impuestos otorgada por el tratado
chileno-boliviano
de 1866. No había, pues, monopolio posible para el Perú mientras los salitreros de Antofagasta pudieran vender libremente sus productos en el mercado mundial. Las arcas fiscales peruanas sintieron aquel contraste y los gobernantes de la nación crisparon los puños en el pomo de los sables.

En esa misma época comenzaron las dificultades entre Bolivia y Chile por los roces que producía la medianería del territorio extendido entre los paralelos 23 y 24. Fue la ocasión que aprovechó el Perú para proponer y firmar el Tratado Secreto de Alianza con Bolivia, ofreciéndole amparar sus pretensiones de dominio sobre todo el territorio de Atacama.

La guerra era inminente.

Chile estaba desarmado y no poseía escuadra que pudiera oponerse a la peruana. Al mismo tiempo, mantenía un grave conflicto con Argentina por los límites de la Patagonia.

Los aliados por el tratado secreto propusieron a Argentina que adhiriese también al pacto, y consiguieron que su Gobierno aceptase hacerlo. El presidente don Domingo Faustino Sarmiento, que había gozado ampliamente de la hospitalidad chilena durante su destierro, lo firmó junto con su ministro Carlos Tejedor. Propuesto, más tarde, a la Cámara de Diputados, fue aprobado también, autorizando esta corporación seis millones de pesos fuertes para el caso de producirse la guerra.

Los embajadores chilenos en Buenos Aires, Lima y La Paz tuvieron noticias vagas sobre la existencia del tratado secreto y transmitieron su alarma a Santiago.

El Gobierno de Chile había mandado construir a Inglaterra dos blindados de gran poder: el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*. Ordenó que se apresurara su envío a Valparaíso.

Por su parte, Perú y Bolivia confiaban en que se hiciera efectiva la alianza con Argentina antes de que esos blindados dieran potencia marítima a Chile, pero el Senado de la república del Plata rechazó el pacto en primera instancia, y las negociaciones se prolongaron.

El presidente chileno, don Federico Errázuriz, advertido del peligro, ordenó que el blindado *Cochrane* saliera de los astilleros británicos en las condiciones en que se encontrara. El barco zarpó de Inglaterra sin forro de zinc, pero con su artillería completa. Su presencia amenazante en el Pacífico bastó para conjurar el riesgo de la guerra y la alianza fue archivada en espera de una nueva ocasión. Ésta se producía ahora.

El informe del embajador Godoy terminaba expresando el temor de que la guerra fuera inevitable, y el presidente don Aníbal Pinto participaba de esa inquietud. Comprendía que si el pueblo chileno llegaba a enterarse de la existencia efectiva de la alianza peruano-boliviana, aumentaría su agresividad hasta un grado incontenible, haciendo estéril todo esfuerzo de avenimiento pacífico. Y aunque el mensaje del embajador Godoy había llegado en forma estrictamente confidencial, de seguro se filtraría por los pasillos del palacio de Gobierno.

Efectivamente, en los días que siguieron, la prensa comenzó a aventurar opiniones sobre la existencia del tratado y la voz pública exigió a gritos el estado de guerra definitivo…

El magistral equilibrio con que el plenipotenciario Lavalle se mantenía en su papel de mediador se hizo más inestable. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago le exigía un pronunciamiento sobre la actitud que asumiría el Perú en caso de beligerancia.

—Me es imposible manifestar en forma oficial cuál sería la actitud de mi país —argumentaba—. Pero personalmente me atrevo a declarar que es prematuro pedir a mi Gobierno un pronunciamiento en tal sentido. La guerra entre Chile y Bolivia no existe todavía. Y Perú, por su posición geográfica, por las relaciones e intereses que lo ligan con ambas naciones, no puede ser neutral en esta lucha, en caso de producirse. Si se declarase neutral *a priori*, declararía un absurdo; y luego las circunstancias harían que pudiese

ser acusado de falsía y doblez. Si mi país pudiera ser neutral entre Chile y Bolivia, no habría asumido el papel de mediador y no haría tantos esfuerzos por evitar la guerra.

En estas circunstancias, Chile necesita, con mayor razón, que el Perú declare cuál será su actitud —imponía el presidente Aníbal Pinto.

Acorralado, el plenipotenciario peruano se batía en retirada, defendiéndose siempre.

—Sin haber estallado la guerra y sin tener instrucciones especiales de mi Gobierno, no puedo agregar nada a lo dicho.

Pero la guerra se produjo inesperadamente, frustrando su manejo diplomático.

El 14 de marzo de 1879, el enviado extraordinario de Bolivia en Lima, don Serapio Reyes Ortiz, comunicaba al cuerpo diplomático residente en esa capital la declaración de guerra de Bolivia a Chile.

El embajador Godoy, siempre bien informado, junto con comunicar a Santiago la decisión boliviana, aclaraba al presidente Pinto la razón de esta desusada medida.

> *Como siempre, Bolivia rompe los usos diplomáticos. La tal declaración de guerra no es más que un subterfugio para cerrar a Chile los mercados de armas y de buques en el extranjero. Bolivia, en lugar de comunicar que entraba en estado de guerra a los diplomáticos acreditados en La Paz, ha autorizado a su embajador extraordinario en Perú para que entregue una circular al cuerpo diplomático acreditado en Lima, y esta forma de dar publicidad a la declaratoria de guerra no tiene otro objeto que impresionar a Europa y Estados Unidos, a fin de que cierren sus mercados a Chile.*

Al fin se definía la situación, poniendo término a la insoportable tensión nerviosa en que habían estado viviendo.

Las calles de todos los pueblos chilenos se llenaron de banderas, de multitudes que aclamaban y cantaban himnos marciales.

El plenipotenciario peruano, don José Antonio Lavalle, vio su juego perdido, y cuando el ministro de Relaciones Exteriores de

Chile, Alejandro Fierro, lo llamó urgentemente a su despacho, se presentó con la convicción de que su misión terminaba.

El ministro Fierro fue breve y categórico. Declarada ya la guerra por Bolivia, el Gobierno chileno exigía que el Perú se declarase neutral en la futura contienda, en vista de que se conocía el apresuramiento con que alistaba todos sus elementos de combate.

—¿Han medido ustedes el alcance que podría tener esta exigencia? —preguntó gravemente el señor Lavalle.

—Sí, señor —fue la respuesta—. Y ya hemos dado instrucciones a nuestro embajador en Lima para que pida la neutralidad inmediata.

El diplomático peruano movió cansadamente la cabeza. Exigir del Gobierno peruano un pronunciamiento inmediato era empujarlo a declarar la guerra.

—Sin instrucciones oficiales no puedo opinar, señor Fierro —murmuró. Pero, personalmente, estimo que ustedes no han visto la verdadera perspectiva de su exigencia.

El embajador don Joaquín Godoy, al recibir la orden de exigir la neutralidad, vio el peligro tan descarnadamente como el señor Lavalle y no se atrevió a cumplirla sin tener una confirmación de la misma. Curso un cable cifrado al Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago pidiendo que se le repitiera la orden mediante un telegrama que dijera únicamente la palabra «Auténtico».

Cuatro días más tarde, el secretario Abelardo Núñez depositaba en sus manos el cable respuesta.

Con mano temblorosa lo abrió el embajador. En él se leía: «Auténtico».

Encerrado en su despacho, el señor Godoy redactó aquella misma noche una nota mesurada, pero firme, al Gobierno peruano.

En Perú, la guerra también parecía inevitable al pueblo, pero el presidente de la república, don Mariano Ignacio Prado, había confiado en conjurarla. Sin embargo, cuando recibió la nota del embajador chileno, sintió que todas sus esperanzas se derrumbaban. Pensó en el presidente Aníbal Pinto, de quien era amigo y al cual

sabía tan devoto de la paz como él mismo, y demoró varios días sin decidirse a recibir al embajador Godoy.

Y una noche de fines de marzo, cuando el diplomático chileno entró en la sala de audiencias, el general Prado estaba sinceramente apesadumbrado.

Se sentaron en dos amplios sillones y durante unos segundos permanecieron silenciosos.

Fue el general Prado quien se decidió a hablar.

—¿Qué quiere decir esa nota que nos ha enviado usted, señor embajador? —preguntó nerviosamente.

—La neutralidad… o la guerra, Excelencia.

—¿Como es posible que vayamos a la guerra? ¡Oh, es inconcebible!

El presidente se había puesto de pie y se paseaba atormentado.

—Yo estimo a los chilenos. Estoy ligado a la sociedad de ese país por afectos profundos; ella me acogió cariñosamente en la época de mis destierros. Y hasta mi fortuna está invertida en un yacimiento carbonífero de Lota, en Chile.

—Lo sé, Excelentísimo señor. Como sé que en vuestra mano está conjurar la guerra.

El señor Godoy, que se había puesto de pie junto con el presidente, se le aproximó y le apoyó su diestra amistosamente sobre un brazo.

—Diga usted sólo dos palabras, general —le pidió—, diga «Seré neutral» y concluye todo peligro.

El presidente peruano estaba dramáticamente tenso. Durante unos segundos bajó el rostro meditabundo, con el ceño dolorosamente contraído.

—¡Diga usted «Seré neutral», Excelencia! —insistió anheloso el embajador.

—¡No puedo! ¡No puedo! —rompió por fin el general Prado, abriendo los brazos.

—¿Y por qué no puede, señor?

La voz de don Joaquín Godoy había silbado entre sus dientes, ronca, estrangulada por los nervios.

—No puedo porque…, porque mi antecesor en el Gobierno del Perú me dejó ligado a Bolivia por un Tratado Secreto de Alianza. ¡No puedo ser neutral, ya veis!

17

En tanto que agonizaban las gestiones diplomáticas con el Perú, la declaración de guerra de Bolivia había equivalido a una orden de marcha para las fuerzas expedicionarias chilenas en Antofagasta. La declaratoria de guerra había sido anunciada el 14 de marzo y ya el 18 el ministro de la Guerra, coronel Cornelio Saavedra, recibía instrucciones para movilizar sus hombres y establecer una larga línea defensiva desde la costa hasta el fondo del desierto, la que se llamó la «Línea del Loa».

El 21 de marzo el contralmirante Juan Williams Rebolledo, al mando del blindado *Blanco Encalada*, se posesionaba del puerto de Cobija, al mismo tiempo que el comandante del *Cochrane*, Enrique Simpson, desembarcaba su tripulación en Tocopilla.

Simultáneamente, partía un oficial de enlace a través del desierto, hasta Caracoles, llevando al coronel Emilio Sotomayor la orden de poner en marcha la columna expedicionaria que mantenía en espera en aquel asiento minero.

A las 3 de la tarde del 21 de marzo partía ese primer cuerpo de ejército hasta la primera batalla. Envuelta en los acordes de la banda del 2.º de Línea, la columna fue estirándose sobre el duro cascajo de la pampa. Marchaban adelante tres compañías de este regimiento, mandadas por el campechano teniente coronel Eleuterio Ramírez. Las seguía una compañía del 4.º de Línea, guiada por el capitán Juan José San Martín. Paralelamente a esta última, trotaba un escuadrón del Cazadores a Caballo, comandado por el sargento mayor Rafael Vargas, el que llevaba como anexo dos piezas de artillería de montaña arrastradas por mulas. Cerraba la marcha el Cuerpo de Pontoneros de Atacama, que, bajo la dirección del teniente coronel Arístides Martínez, trataba de hacer avanzar en

orden un grupo de carretas cargadas con tablones, para reponer los puentes del Loa, destruidos por los bolivianos en su retirada a Calama. Por último, a considerable distancia, venían los bagajes, víveres y agua, transportados en carros metaleros, a cuyos correajes y tirantes se asían las «camaradas» para hacerse más liviana la marcha.

Durante las primeras leguas, el paso de los soldados fue vivo y vigoroso; muchos avanzaban cantando, riendo o haciendo bromas a sus compañeros de escuadra. El propio coronel Sotomayor, reanimado con la perspectiva de reeditar el brillo de sus antiguas campañas contra los indios, iba erguido y sonriente sobre su caballo. Tan sólo los mineros atacameños que formaban el Cuerpo de Pontoneros iban silenciosos. Conocedores del desierto, sabían que aquella marcha no era un desfile y que les exigiría tan gran esfuerzo que era preciso economizar energías.

Muy pronto los demás soldados comenzaron a sentir la rudeza de la pampa. Los botines de cuero tieso, asentados sobre una doble corrida de estoperoles de fierro, resbalaban sobre los trozos movedizos de cascajo, duros y filosos, torciendo los tobillos y haciendo trastabillar al que pisaba descuidadamente. Antes de una hora de marcha se habían apagado las risas y conversaciones, y todos caminaban con la cabeza gacha, mirando atentamente cada pedazo de terreno y eligiendo el sitio donde posar el pie.

El sol multiplicaba sus rayos en los cristales salitrosos que cubrían la tierra. Los hombres transpiraban copiosamente.

Durante toda la tarde del 21 de marzo siguieron un rumbo vacilante, ondulando hacia el nordeste. Los guías iban dando nombres al coronel Sotomayor: Punta Negra, Sierra Gorda, Punta del Viento, Pozo Victoria…

Como hitos diferenciables sólo para el ojo del baqueano, las lomas parduscas, algún pimiento solitario y ceniciento y los conos de piedras levantadas por los arrieros y que se denominan «apachetas», iban indicando el sendero interminable.

Los soldados del 2.º y del 4.º de Línea, acostumbrados a las marchas por los fértiles terrenos sureños, se sentían ahogados por el calor del suelo y del aire.

Repentinamente, casi sin transición de crepúsculo, el sol se escondió tras el horizonte. La columna entera suspiró aliviada. Pero

muy pronto la neblina fría y húmeda de la camanchaca comenzó a rasar el suelo, envolviendo a la columna en un frío de alta cordillera que traspasaba los delgados uniformes de brin.

Pernoctaron en la Aguada de la Bandera. Después de saciar la sed, los soldados se tendieron envueltos en sus ponchos. Pero, ateridos por el frío, les fue imposible dormir. Sólo los atacameños, apiñados en un montón de cuerpos y cubiertos con todas sus mantas, lograron conciliar el sueño.

La aurora fue recibida con verdadero júbilo y la columna se puso nuevamente en marcha.

El sol, lanzando sus primeros rayos casi paralelos a la tierra, fue desentumeciéndolos.

—¡Qué noche, Dios santo! Me hubiera puesto a pedir a gritos un trago de aguardiente —comentaban algunos al iniciar la caminata.

—¡Qué frío de los diablos!

Ahora marchaban por un llano completamente liso, de arena suelta y blanda. Los pies se hundían hasta los tobillos y costaba volver a levantarlos.

Luego comenzó nuevamente la tortura del sol. Si en la primera jornada había sido mortificante por sus reflejos en el cascajo, ahora era calcinante, porque hacía arder la arena. Las fracciones de segundo que los pies permanecían embutidos en ella, en cada paso, producían el efecto de hundirlos en una marmita de agua caldeada. Comenzaron a hinchárseles, a ampollárseles.

El coronel Sotomayor volvía de cuando en cuando atrás, recorriendo la columna, y recomendaba a los soldados que se quejaban:

—No hablen. La jornada será larga y hay que ahorrar energías.

Por falta de coordinación entre el comando y los encargados de las vituallas, no se advirtió a los hombres que deberían dosificar el agua. Al mediodía la mayoría de ellos se había bebido toda la suya y cuando la columna se detuvo para el rancho se hizo evidente que no había más agua.

El coronel, furioso por este contratiempo, ordenó proseguir la marcha al momento con la esperanza de encontrar alguna aguada. Pero aunque los guías y los exploradores se diseminaron en abanico adelantándose a la expedición, no encontraron ninguna.

La sed enloquecía a los hombres. Seguían marchando sólo por

orgullo, por vergüenza a quedarse rezagados. Sin embargo, lentamente las filas fueron raleando.

El piquete de Pontoneros de Atacama iba recogiendo y ayudando a los que se retrasaban por cansancio o por el destrozo de los pies. A los más afectados los depositaban en los carros metaleros cargados de cocinas y víveres, y a los otros los apoyaban, haciéndolos proseguir la marcha entre dos de ellos.

El comandante Eleuterio Ramírez se vio obligado a ceder su caballo al corneta de órdenes, porque no había otro corneta en las compañías del 2.º de Línea.

De pronto, un toque lejano de «Alto» detuvo a la columna. Dos soldados de la vanguardia de exploradores regresaban al galope hacia el coronel Sotomayor.

La alarma sacudió las filas y los soldados olvidaron su penuria física, concentrando toda su atención en los fusiles.

—¡Reflauta, no será que vienen los enemigos! —reflexionó el soldado y agregó casi alegre: ¡Válgame Dios, que va a empezar la tostadera! Váyale probando el cerrojo al fusil, compañero, y echándole una mirada al corvo para que salga fácil del cinturón.

Entretanto, los dos exploradores rendían cuenta al coronel Sotomayor. La avanzada acababa de divisar a dos jinetes con uniformes bolivianos. Se acercaban por detrás de una loma situada a poco más de un kilómetro adelante. Los demás exploradores se habían escondido detrás de una duna, dejando pasar a los dos bolivianos, temerosos de que fueran una avanzada de algún cuerpo de ejército.

El coronel tomó disposiciones al momento. Ordenó al jefe de la caballería, mayor Vargas, que dividiera su escuadrón de cazadores en dos fracciones y que las hiciera desplegarse en semicírculo para atrapar entre sus dos extremos a los jinetes enemigos y para resistir a las tropas bolivianas que posiblemente venían detrás.

Entretanto, la infantería se desplegaba en línea, extendiéndose a lo ancho del desierto.

No se terminaba esta maniobra, cuando surgieron los dos jinetes enemigos. Al divisar la columna chilena intentaron volver bridas y retroceder. Pero algunos disparos bastaron para convencerlos de que no había escapatoria.

Minutos más tarde eran llevados a presencia del coronel

Sotomayor. Éste, incapaz, por su ancianidad, de soportar la inclemencia de aquel clima, había realizado la última etapa de la marcha en una pequeña carretilla arrastrada por dos mulas. Asomado por la abertura posterior de ella y protegido por el toldo de lona, observó con dureza a los prisioneros. Eran éstos un oficial joven, alto, enteco de músculos y un rostro viril y grave, y un indio pequeño y esquivo. El oficial respondió a las rudas preguntas del coronel con tono altivo y preciso. Pertenecían a las escasas fuerzas regulares que se habían amparado en Calama.

—¿Venía usted a observar nuestros movimientos? —inquirió el jefe chileno, catalogándolo anticipadamente como espía…

El oficial no respondió, limitándose a apretar las mandíbulas.

El coronel golpeó furiosamente con el puño en la baranda de la carretilla.

—Siendo usted nuestro prisionero, y sorprendido en carácter de espía, será fusilado si se obstina en callar.

—¡No soy espía! —replicó el interrogado con dignidad—. Soy el teniente Ruperto Jurado, hijo del coronel Jurado, y mi misión era de explorador.

—¿Cuánta fuerza hay en Calama?

El teniente Jurado no respondió. Aun cuando el coronel saltó al sendero e irguió su imponente figura ante él, no fue posible sacarle otra declaración.

Pero si el oficial no se dejó intimidar por el aspecto del viejo militar, el indio que lo acompañaba, en cambio, se aterrorizó ante la voz bronca y el rostro de largas barbas temblorosas de ira. Temblando, dio respuesta a todas las preguntas que se le hicieron.

En Calama existían, según él, 134 hombres dispuestos a morir defendiendo la plaza. Entre ellos se encontraba el prefecto de Antofagasta, Severino Zapata. El grupo de soldados era comandado por un antiguo abogado del pueblo llamado Ladislao Cabrera, transformado por las circunstancias en coronel. La tropa disponía solamente de rifles, sables, escopetas y lanzas.

El coronel Sotomayor, calculando la gran ventaja que llevarían sus 544 hombres sobre los 134 enemigos, le preguntó:

—¿No cree usted que preferirán rendirse al ver el número de chilenos que los atacará?

¡Los bolivianos no se rinden! —interfirió secamente el teniente

Jurado, que había sido dejado a un lado con las manos atadas.

La nobleza de su porte y la dignidad con que despreciaba su desventaja impresionaron a los oficiales chilenos que lo rodeaban.

El coronel prosiguió su interrogatorio al indio, consiguiendo saber que el día anterior habían sido cortados los tres puentes del Loa que daban acceso a Calama por el sur y el oeste.

—Pero el río, entre sus pajonales, tiene vados cercanos a la población —aventuró el coronel, recibiendo el asentimiento del interrogado—, y ustedes dos nos los indicarán, so pena de la vida.

El oficial boliviano volvió la cabeza y lo miró con sonrisa desdeñosa.

—Si quieren ustedes arriesgarse… —murmuró.

El coronel se plantó delante de él con los pulgares hundidos en el cinturón y el gesto amenazante.

—A la menor señal de traición, teniente Jurado, los soldados que los custodiarán dispararán sobre usted. ¿Me ha comprendido?

El oficial volvió a sonreír con desdén, antes de ser sacado a empellones por un sargento, que lo llevó hasta los carros de bagajes, a uno de cuyos tirantes fue atado, dejándosele libres las piernas para caminar. Igual suerte corrió el indio.

La columna reinició la marcha por el arenal quemante. A media tarde llegó la columna hasta la Aguada de Limón Verde, donde los guías tenían esperanzas de encontrar agua, pero los pozos estaban secos. Se continuó marchando, ahora directamente hacia el norte, hacia una cadena montañosa que se divisaba recortada en tonos grisáceos sobre la planicie amarilla. Eran los cerros de Limón Verde, ásperos y fragosos, incrustados de inmensas rocas despedazadas.

Rota la formación, los soldados trepaban en desorden, buscando senderos por las resbalosas pendientes.

Los carros con tablones y vituallas cruzaban peligrosamente por profundas gargantas cortadas en las abras que quedaban entre loma y loma.

La travesía terminó de agotar a los expedicionarios. Y cuando, al filo de la noche, se arrastraban por la senda reseca que flanquea el monte Chunchurri, un tercio de la columna se rezagaba, apegándose a los carros que rodaban en retaguardia.

Desencajados, con los labios amoratados, pálidos, cenicientos, los soldados subieron la última repechada que los condujo al Alto

de Calama. Allí, jadeando en forma que parecía que se les iban a reventar los pulmones, se tumbaron indiferentes al viento glacial que barría la cumbre.

Eran las 11 de la noche del 22 de marzo. Se concedió descanso hasta las dos de la madrugada, en que comenzaría el descenso al llano de Calama. Aun cuando los soldados no veían nada, advertían la proximidad del valle y del río por la inquietud de las bestias. Éstas, que habían llegado al alto tan exhaustas como los hombres, tiraban ahora de sus correas, relinchaban y se revolvían en torno de los carros, pugnando por descender al lugar en que sus olfatos les avisaban había agua y pasto verde.

Pese al coro de relinchos y resoplidos, los soldados durmieron como piedras.

A las dos de la mañana, los sargentos y cabos fueron despertándolos sin alboroto.

Refunfuñando, volvieron a ponerse en marcha. Chupando las correas humedecidas por la camanchaca aliviaban un tanto la sequedad de los labios.

Se descendía a ciegas, guiándose por el ruido de los que iban adelante, especialmente de la caballería, que ahora marchaba de vanguardia. La oquedad en que está encerrado Calama traía los sonidos acrecentados hacia arriba. El amanecer encontró a las primeras escuadras llegando al valle.

A la luz pálida de la aurora pudieron contemplar el mísero caserío de Calama, asentado al otro lado del río Loa. Sin embargo, la visión verde y fresca de los pajonales del río y de la arboleda que crecía en torno y dentro del pueblo, pareció a los soldados un panorama edénico. Reconfortados con la promesa de agua y pasto, hombres y bestias apresuraron el paso.

Un fraile mercedario que acompañaba a la expedición, trepó con su mula a un pequeño montículo y fue bendiciendo a la tropa que pasaba.

El efecto fue electrizante. La mayor parte de aquellos soldados no había participado jamás en una batalla, muchos de ellos habían sido reclutados pocas semanas antes de embarcarse al norte, y la mayoría de los oficiales eran jóvenes de buena posición, que habían recibido mando sólo porque el escalafón militar no daba abasto para proveer de oficialidad a todos los regimientos que nacían. La

bendición del mercedario les dio ánimos, los ensoberbeció, y bajaron hasta la margen sur del Loa, en cuyas aguas salobres hundieron los rostros sollamados por el sol.

Mientras apagaban la sed oían las instrucciones que el coronel Sotomayor daba a los comandantes reunidos en torno suyo.

—Los enemigos deben estar escondidos detrás de los chilcales, en la orilla opuesta del río —decía al comandante Eleuterio Ramírez y al capitán San Martín—. Seguramente ya están enterados de nuestra llegada y se han emboscado para la defensa; por eso no vemos a ninguno.

—¿Cuándo atacamos, mi coronel? —preguntó Ramírez.

—A las cinco en punto. Según nuestros informes, existen dos vados. Uno, que llaman de Topater, está a la derecha; el otro, denominado de Huaita o de Carvajal, está a la izquierda. Nuestra disposición de ataque será, pues, simplísima. Dividiremos la caballería en dos porciones y la echaremos por los vados, apoyadas por dos compañías de infantería. El resto de la infantería quedará de reserva a este lado del río.

Se produjo entonces una breve discusión. El comandante Eleuterio Ramírez no estaba de acuerdo en echar adelante la caballería. Jamás se había procedido así. Sugería que se enviaran mitades de infantería en reconocimiento y luego compañías enteras, apoyadas por la caballería.

Los soldados no pudieron enterarse del término de la discusión, porque los jefes se alejaron hacia el cerro Topater para disponer el emplazamiento de los dos cañones.

Pero, repentinamente, volvieron los comandantes y dispusieron el avance. Había prevalecido la opinión del coronel Sotomayor. El ataque lo encabezaría la caballería.

El coronel llamó a su lado al alférez Juan de Dios Quezada y al sargento mayor Rafael Vargas.

—Usted, alférez, cruzará el río por el vado de Topater con 25 cazadores y lo apoyará la compañía del 4.º de Línea, mandada por el capitán San Martín. Usted, mayor Vargas, lo cruzará por el vado de Huaita con los 65 cazadores restantes y lo apoyará una compañía del 2.º de Línea.

Los oficiales se miraron entre sí, pero nadie dijo nada, y los dos designados obedecieron. Entre los que se movilizaron para

incorporarse al avance estaba el teniente de Cazadores Sofanor Parra, que formó de segundo junto al mayor Vargas.

Cuando las dos fracciones estuvieron listas para iniciar el cruce del río, llegó uno de los ayudantes del comandante en jefe trayendo a los dos prisioneros bolivianos capturados la tarde anterior.

—Mayor Vargas —llamó el coronel—, usted llevará como guía de su columna, para que le indique el vado de Huaita, a este oficial boliviano, y, a la menor sospecha, lo matará usted con su propia pistola.

El teniente Jurado levantó sus manos atadas.

—No puedo cruzar el río así.

El comandante en jefe hizo un gesto a su ayudante y le fueron desatadas las manos.

—Usted, alférez Quezada —ordenó en seguida el jefe—, llevará como guía al otro prisionero para que lo preceda en el cruce del vado de Topater, y tomará con él la misma medida que el mayor Vargas.

—A su orden, mi coronel.

Las dos fracciones de caballería se alejaron bordeando el río, en direcciones opuestas, seguidas por una compañía del 4.º, la primera, y por otra del 2.º, la última.

El resto del 2.º de Línea permaneció junto a su comandante Ramírez, y los Pontoneros de Atacama comenzaron a derribar tres árboles para improvisar bases para un puente de tablones.

Los comentarios sobre el avance ordenado por el viejo coronel se esparcían en voz baja entre los soldados.

—Anoche me tocó como centinela de ese teniente Jurado —secreteaba uno—, y les aseguro a ustedes que a ese tipo no le confiaba yo ni la mugre de las uñas. Estuvo toda la noche sentado, inmóvil como una piedra, y con una sonrisa que daban ganas de meterle una patada entre los dientes. Hay que ser ciego para encomendarle a ese oficialito que lleve a los nuestros sobre su propio pueblo.

—Es un tipo valiente el boliviano ese. No lo obligan a traicionar a los suyos ni a balazos.

El teniente coronel Arístides Martínez, comandante de los Pontoneros, dirigía a sus hombres en la corta de los árboles, pero su atención estaba concentrada en las tropas que iban cruzando el río.

Su rostro requemado por el sol de Copiapó, se volvía continuamente hacia la orilla opuesta, cubierta por verdaderos muros de chilcas, tras los cuales se suponía oculto al enemigo. Su mirada de soldado veterano había alcanzado a captar cabezas que se escondían tras las cañas. Estaba realmente inquieto por el avance de la caballería sin previo reconocimiento de los chilcales. La disciplina lo había cohibido de dar su opinión al coronel Sotomayor, pero se la había comunicado a Rafael Torreblanca, a quien extraoficialmente reconocía como su segundo en el Cuerpo de Pontoneros. Juntos vieron cómo las dos columnas terminaban de cruzar el Loa y se perdían entre los cañaverales subiendo la pared opuesta del cajón del río.

Alertado por la inminencia del peligro, el comandante Martínez dio orden de apresurar el derribo de los árboles para tender un puente.

Entretanto, los 25 cazadores del alférez Quezada marchaban al paso de sus cabalgaduras por los senderillos abiertos entre las chilcas. La compañía del 4.º de Línea había quedado en la orilla sur del Loa y esperaba.

La maraña de cañas impedía al alférez ver cómo una cincuentena de bolivianos corrían agazapados desde el pueblo para tomar posiciones detrás de la última hilera de chilcas, separada de las costaneras al río por una franja descubierta de unos treinta metros.

El alférez avanzó seguido por sus cazadores. Llegaban a unos diez metros del parapeto de los enemigos, cuando éstos hicieron su primera descarga.

Al ruido de los estampidos, los caballos se encabritaron, chocando entre ellos con gran desorden, lo que hizo creer al alférez Quezada que la descarga había destrozado su columna. Pero la puntería de los bolivianos había sido tan atolondrada que las balas no hirieron a nadie.

No obstante, la situación de los cazadores era apuradísima; estaban ofreciendo un blanco magnífico y no podían ver a sus atacantes.

Una segunda descarga revolucionó más aún a las bestias e hirió a dos de ellas.

El alférez Quezada, que tenía orden de no atacar mientras no

tuviera junto a sus cazadores a los infantes del 4.º, dio orden de recruzar el río.

Los jinetes se retiraron precipitadamente sintiendo silbar las balas de los bolivianos que se abalanzaron tras ellos, pensando en que los chilenos huían derrotados; y tanto fue su ímpetu, que llegados a la orilla del cauce tendieron tablones y lo cruzaron persiguiendo a los cazadores hasta la otra orilla. Pero allí los esperaba la compañía del 4.º de Línea. Conocedores del lugar, los bolivianos se diseminaron entre los macizos de chilcas, desde cuyos vericuetos siguieron defendiéndose. Cambiando continuamente de sitio, llamándose a voces, desconcertaban a los cuartinos, quienes se vieron obligados a ir a buscarlos entre las matas. Por los gritos pudieron saber los chilenos que el oficial que los mandaba era un teniente Abaroa.

Simultáneamente con iniciarse la lucha en el vado de Topater, el mayor Vargas llegaba con sus 65 cazadores hasta un callejón encajonado entre un muro de adobones y una cerca de zarzamoras. Hasta allí los había conducido el teniente Jurado, quien había dicho al mayor antes de que sonaran las descargas del vado de Topater:

—¿Ve usted cómo no lo he engañado, mayor Vargas? Sus jinetes han cruzado ilesos el vado.

—Se lo agradezco, teniente Jurado. Y ahora, ¿por dónde se entra al pueblo?

—¿Ve usted este callejón? Al fondo de él está la entrada a Calama.

Envanecido con la idea de ser él quien primero pisara la plaza enemiga, el mayor Vargas entró al galope al callejón, seguido por sus 65 cazadores.

Cuando la columna estuvo metida entre la cerca de zarzamoras y el paredón de adobes, repentinamente éstos se coronaron de fusiles y una doble descarga, a quemarropa, cayó sobre los jinetes.

Once hombres rodaron muertos o heridos.

Al mismo tiempo comenzaron a oírse los disparos del otro vado, produciendo a los cazadores de Vargas la impresión de que eran centenares los enemigos que los habían sorprendido.

Pasado el primer segundo de estupor, el mayor buscó al oficial boliviano que los había llevado a la emboscada y alcanzó a verlo corriendo hacia los pajonales del río. Levantó su pistola y disparó

sobre él, pero ya el teniente Jurado se arrojaba quebrada abajo, desapareciendo entre las chilcas.

La situación de los cazadores era muy desventajosa. Elevados sobre los caballos se ofrecían muy visibles a los enemigos, que continuaban disparando parapetados en el murallón y la cerca de zarzas.

Varios soldados más habían caído, cuando el mayor decidió convertir a sus jinetes en infantes. Dando la orden de desmontar, saltó al suelo y corrió apegado al muro, buscando un boquete para pasar al otro lado.

Por su parte, el subteniente Carlos Souper, considerado el más audaz y fornido de los cazadores, saltó de la montura hasta el muro y a mandobles de su sable curvo limpió de enemigos varios metros, lugar por donde se treparon algunos de los hombres a su mando.

Con igual valor, el teniente Sofanor Parra se había lanzado a través de una brecha del paredón y trataba de mantenerse al otro lado con algunos cazadores. Pero los bolivianos concentraban sus fuegos en aquel boquete. Parra tuvo que replegarse al callejón, donde encontró al mayor Vargas, que lloraba de rabia por no poder pasar al patio de la fundición de metales que encerraba aquel muro y donde estaba el mayor número de bolivianos. Desesperado, había comisionado a diez hombres para que sujetaran los caballos que galopaban enloquecidos por el callejón. Viendo que era imposible trasponer los parapetos enemigos, ordenó retirarse treinta varas y hurtar el cuerpo apegándose a ellos. Entonces, cuando estaba con el teniente Parra defendiéndose junto a la cerca de zarzamoras, se le ocurrió sacar a los enemigos que se ocultaban tras ella mediante el fuego y protegió con su propio cuerpo a dos cazadores, mientras incendiaban las zarzas. Una densa humareda vino a cubrir a los chilenos por un costado. Entonces se lanzaron nuevamente al asalto del murallón que cerraba la calleja por el otro costado.

Entretanto, en la otra orilla del río, el coronel Sotomayor, sin comprender que aquéllas eran las consecuencias de su error de táctica, trataba de salvar a la caballería enviando en su socorro a las dos compañías restantes del 2.º de Línea. Una de ellas se lanzó al río, cruzándolo como pudo. La mandaba el propio comandante Eleuterio Ramírez. Las otras dos compañías, dirigidas por el mayor Bartolomé Vivar, lo atravesaron por un puente de tablones

improvisado por los atacameños y que soportaban los propios valientes mineros, manteniéndose con el agua hasta el pecho, sin preocuparse de los francotiradores bolivianos tumbados en la orilla norte.

Los segundinos de Vivar fueron a socorrer a la compañía del 4.º de Línea que había cruzado el río por Topater, persiguiendo a los bolivianos y que luchaba desventajosamente en unos corralillos de animales, casi en el linde de Calama.

Cuando Vivar llegó hasta ese punto, el capitán Juan José San Martín dirigía la lucha sentado sobre una tapia y acababa de pagar su osadía con el pedazo de una oreja, mordida por un balazo.

Los segundinos se derramaron por los corralillos, arrasándolo todo, y, junto con los del 4.º, derrumbaron la resistencia, avanzando a la carrera hacia el pueblo, por sobre zanjas, tapias y cercas.

El alférez Quezada, después de retroceder en el vado de Topater, recibió orden del coronel Sotomayor de incrementar las fuerzas con que el mayor Vargas se batía en el callejón frente al vado Huaita. Anticipándose al comandante Ramírez, que cruzaba el río con el mismo destino, llegó con sus 25 cazadores al lugar de la lucha. La repentina descarga de sus 25 fusiles sirvió para limpiar un espacio de muralla y por allí treparon los cazadores de Vargas, que seguían operando como infantes. El subteniente Souper corría por el canto de ella animando a gritos a su media compañía y fue uno de los primeros en saltar al patio de la fundición de metales, cuando los enemigos retrocedieron. Como cabros fueron saltando el paredón todos los demás y se abalanzaron tras los bolivianos. Éstos buscaron refugio entre altos montones de fardos de pasto y cercas de tablas que dividían el interior de la fundición. Desde allí siguieron disparando hasta que los chilenos prendieron fuego al pasto, provocando un incendio que se propagó con velocidad vertiginosa.

Ahogados por el humo y amenazados por las llamas, los defensores de Calama huyeron agazapados hacia el pueblo.

En ese momento llegaba Eleuterio Ramírez al frente de sus segundinos, y se lanzó por el callejón en dirección hacia Calama, pero un disparo le bandeó el caballo, tumbándolo. Ramírez se levantó y sin sacudirse siguió avanzando a la carrera. Alcanzado por sus hombres, tuvieron que detenerse ante un fosito que se podía pasar sólo por una tabla. Pero desde una zanja situada poco más

allá, un boliviano disparaba con toda calma sobre el que intentaba poner pie en la tabla. Durante varios minutos el hombre mantuvo a raya a más de cien soldados, y cuando dejó de disparar y los hombres cruzaron el foso, por más que se lo buscó no se le pudo hallar.

Recuperados sus caballos, los cazadores avanzaban, entretanto, a galope tendido sobre Calama. Levantando nubes de polvo, entraron al pueblo, lo cruzaron hasta el otro extremo y lo rodearon para impedir la huida de los enemigos. Se trataba de capturar al prefecto Zapata y al coronel Ladislao Cabrera, pero ambos habían desaparecido.

Inmediatamente fueron comisionados el mayor Vargas y el subteniente Souper para salir en su persecución, escoltados por cazadores. Pero no consiguieron darles alcance. Auxiliados por el conocimiento que tenían de los senderos de la sierra, pudieron escabullirse cargando sus heridos y dejando sus armas.

Pero toda la oficialidad que defendió tan heroicamente Calama fue tomada prisionera.

Cuando el coronel Sotomayor emprendió el cruce del Loa para ir a posesionarse oficialmente del pueblo, encontró más allá del vado de Topater un grupo de soldados que rodeaban un cuerpo caído.

Temiendo que fuera el cadáver de alguno de sus oficiales, el coronel desmontó rígidamente.

—¿Quién es el muerto? —preguntó nerviosamente al capitán Juan José San Martín.

—Un héroe, mi coronel; el teniente boliviano Abaroa, encargado de la defensa del vado de Topater.

El teniente Abaroa había caído luchando como un león. Estaba acribillado de heridas cuando se le intimó la rendición. Se negó a aceptarla y respondió levantándose sobre los codos para volver a disparar. Cuando la caballería avanzó al galope sobre él, intentó defenderse con el sable.

Impresionado por aquella bravura, el coronel Sotomayor mandó a los soldados del 4.º que allí estaban que presentaran armas ante el cadáver y él mismo se cuadró rígidamente mientras un corneta hacía oír el toque de honor a los caídos.

Luego el cadáver fue recogido respetuosamente y transportado a Calama, donde se le dio sepultura.

A la llegada del coronel al pueblo, ya se había restablecido la calma. Emilio Sotomayor nombró gobernador militar de la plaza al teniente coronel Eleuterio Ramírez y jefe de policía al capitán de Zapadores Guillermo Gaona.

Cuarenta cazadores, al mando del mayor Vargas, partieron hacia el poblado de

Chiu-Chiu

para extender el dominio de Chile hasta los faldeos de la sierra boliviana.

Había terminado la batalla de Calama y el ejército chileno extendía sus batallones a lo largo de «la Línea del Loa», desde la cordillera hasta el mar.

18

En los días que siguieron a la declaración de guerra de Bolivia, la agitación en las ciudades chilenas había sido incontenible; luego, la revelación de la existencia del tratado secreto aumentó el enardecimiento popular; pero lo que terminó por elevar el fervor patriótico fue la noticia de la batalla de Calama.

Una consigna corría en todas las voces:

—¡Hay que ir a reforzar la Línea del Loa!… ¡Los bolivianos atacarán por el Loa!… ¡Marchemos a defender la Línea del Loa!…

En San Felipe, al igual que en Valparaíso y Santiago, el arrebato bélico era inmenso. El cura Gómez, convertido en predicador de la guerra, arrastraba con su palabra a la juventud del pueblo y de los campos, proponiéndose formar un regimiento.

Alberto Cobo, que permanecía aún allí en compañía de su hermana y del padre de Leonora, quería mantenerse al margen del delirio público. En su fuero íntimo había tomado una decisión, después de conocer las informaciones que le diera el señor Latorre sobre el paradero posible de Leonora: volver al norte y buscar a su novia en los lugares próximos al foco del conflicto. Pero ¿dónde hallarla? ¿En Atacama? ¿En Tarapacá?… ¿En Iquique?… ¿Arica?… ¿Calama?…

—Debe estar en algún lugar cercano a donde ha de producirse la lucha —había aventurado con amargura el padre de la muchacha.

Alberto comprendía que así debía ser, pero no se sentía aún con fuerzas para partir.

Entretanto, con la esperanza de cazar alguna información que lo aproximara a Leonora, asistía a los comicios públicos celebrados en el pueblo y escuchaba, sin dejarse contagiar por el frenesí colectivo, las prédicas ardorosas del «curita Gómez».

Éste reunía a «sus niños», como llamaba a los huasos de los campos cercanos, y después de la misa dominical les hablaba desde las escalinatas de la iglesia.

El último domingo de marzo, su sermón fue una abierta incitación a la guerra.

—¡*Patria! Si, niños mios, ella es la que nos llama ahora* —comenzó diciendo.

Sus primeros hijos están ya muy al norte, defendiéndola. Pero son pocos, muy pocos; tan sólo un puñado de valientes que corrió primero a poner el pecho contra el peligro que amenaza a la nación.

Ayer yo les decía a ustedes que era preciso precaverse; hoy les pido acción. La guerra ha sido declarada, las fuerzas de la destrucción se han desatado, y pronto la muerte y la crueldad se abalanzarán sobre todos los hombres que se encuentren en los desiertos del norte. Si ustedes no se transforman en una inmensa ola que corra a apagar el incendio que ha estallado allá, los hermanos nuestros que vigilan en esa frontera se encontrarán solos, caerán como héroes, morirán. ¡Hijos míos, hay que impedirlo!

—¡Lo impediremos, padre! —aclamaron cien voces emocionadas.

—*Unámonos todos en un gran regimiento* —continuó el párroco, excitado—, *al que daremos el nombre de nuestra provincia: Aconcagua, y vamos a prestar nuestros brazos y nuestra sangre para que la patria se vea pronto libre de peligros*.

Dos días más tarde se levantaba bandera de enganche en una casona vecina a la parroquia, y antes de que llegaran un comandante instructor y oficiales, el propio cura Gómez anotaba en un libro registro los nombres de centenares de impacientes reclutas. Extraoficialmente nacía el regimiento «Aconcagua».

Voluntades igualmente aceradas forjaban, como el cura Gómez, nuevos batallones y regimientos en los pueblos del sur, y el territorio de Chile vibraba entero, tenso por la pasión guerrera.

El presidente don Aníbal Pinto sabía que estaba forzado a declarar la guerra, pero tenía ideas bien definidas sobre cómo y cuándo hacerlo. Discrepaba con el plan defensivo denominado la «Línea del Loa» y no participaba de los temores de sus ministros de que Bolivia pudiera descolgar un ejército sobre el desierto o el Perú bajar tropas de Iquique sobre Antofagasta. Para sostener su punto de vista y no dejarse arrastrar ni por debilidad ni por exaltación, recurrió al firme buen sentido de un hombre excepcional, retirado hacía poco de la política.

En la mañana del 28 de marzo hizo llamar urgentemente a don Rafael Sotomayor, superintendente de la Casa de Moneda y hermano del coronel Emilio Sotomayor.

En breves palabras le explicó su posición y le pidió que aceptara la misión de viajar al norte a representar ante la escuadra y el ejército el pensamiento del Gobierno.

El señor Sotomayor, cogido de sorpresa, se quedó atónito.

—Le agradezco profundamente la confianza que usted me dispensa —respondió—, pero el estado de mis negocios es tal que mi separación de Santiago podría significar la ruina de mi familia.

—Sería ésa una razón justa para no aceptar la comisión si se tratara de la vida ordinaria del país, don Rafael —insistió el presidente—; pero no es una razón bastante fuerte en estos momentos, en que el Gobierno cree que usted es el llamado para representarlo ante sus fuerzas armadas en campaña.

—Planteada así la situación, Excelencia —reconsideró Sotomayor—, reconozco que mi negativa ha sido egoísta y le ruego que la olvide.

—Gracias, don Rafael —exclamó aliviado el mandatario. ¿Cuántos días necesita usted para prepararse a partir?

El interrogado lo miró con resignación.

—Necesitaría por lo menos dos meses —declaró afablemente—, pero como sé que no puedo pedir ese plazo, no me queda más que decirle que estoy dispuesto a partir ahora mismo.

Impresionado por aquella llaneza, característica del señor Sotomayor, y agradecido por el sacrificio que sabía era para él separarse de su familia, el presidente lo invitó a pasar a su despacho privado y por espacio de una hora se sinceró respecto a la marcha que debería tomar la guerra. Lo preparaba de este modo para la

sesión de gabinete que iba a celebrarse aquella misma tarde.

Don Rafael Sotomayor y Baeza era un hombre que durante sus cincuenta y siete años de vida había dado pruebas de la indomable energía de su carácter, así como de una rara penetración psicológica.

Su contacto con el presidente Aníbal Pinto databa de 1877, en que el mandatario le confió la cartera de Hacienda, a la que renunció posteriormente, por los zarandeos políticos provocados por la crisis financiera.

Hubo entre ellos un convenio secreto que nadie conoció hasta muy avanzada la guerra. El señor Pinto otorgó a Sotomayor toda su confianza y poderes especiales para que actuara como los ojos, los oídos y la voluntad del presidente de la república.

A fin de justificar su injerencia en los asuntos de la guerra, le concedió un cargo pasivo, pero que le permitiría estar en todas partes, el de secretario general y asesor de la escuadra y del ejército.

En calidad de tal asistió a la sesión de gabinete del 28 de marzo y fue el respaldo que tuvo el presidente en sus discusiones con el ministro del Interior, don Belisario Prats.

—Yo no creo que la «Línea del Loa» sea el frente de batalla que deberemos mantener —había sostenido siempre don Aníbal Pinto, y lo repitió en aquellos momentos en que iba a decidirse qué táctica debía seguirse.

—Excúseme, Excelencia —le replicó inmediatamente el señor Prats—, pero nuestros informes nos indican que han partido de La Paz 5000 hombres con destino a Potosí y que los peruanos tienen acampados en La Noria, junto a Iquique, 3000 soldados más. Si aquellas fuerzas consiguen unirse, la «Línea del Loa» será, sin lugar a dudas, el campo de batalla. La ruta de Quillagua, entre Tocopilla y Calama, está bien provista de pastos y aguadas para las tropas.

—Señores ministros —terció Sotomayor—, durante bastante tiempo he viajado por los territorios de Atacama y Tarapacá y puedo asegurar a ustedes que no hay tales pastos ni aguadas y que es imposible que Bolivia haga cruzar un ejército numeroso por el desierto. Cuando mucho podrá enviar destacamentos reducidos que serán dominados fácilmente por nuestros soldados.

La intromisión de don Rafael Sotomayor irritaba al ministro

Prats y a sus partidarios, pero era confirmada en todas sus opiniones por el presidente. Don Aníbal Pinto consideraba tan difícil el cruce de tropas bolivianas por el desierto, como el descenso de soldados peruanos desde La Noria hasta Antofagasta.

—La guerra con el Perú, señores —afirmaba—, ha de ser esencialmente marítima en un comienzo. Y, por lo tanto, nuestros esfuerzos no deben encauzarse a trasladar soldados a la «Línea del Loa», sino a dotar y movilizar nuestra escuadra.

El ministro del Interior suponía que el presidente había madurado un plan y lo instó a exponerlo.

Efectivamente, el señor Pinto había forjado uno, pero no quería imponerlo, considerando que los llamados a decidirlo eran el ministro de la Guerra, coronel Cornelio Saavedra, y el jefe de la escuadra, contralmirante Williams Rebolledo. Requerido por don Belisario Prats, se decidió a explicar, en breves palabras, lo que él denominó «la insinuación de una táctica».

—Atacar a la escuadra peruana antes de que termine sus aprestos.

—El Callao está poderosamente artillado, Excelencia.

—El Callao está empezando a artillarse —rectificó él, y los que manejan las baterías son todos novicios, porque los artilleros que las sirvieron antes eran en su mayoría chilenos.

—Allí está la escuadra peruana completa —insistió el señor Prats, con cierto fastidio.

—Sé, por informes de nuestro embajador Joaquín Godoy, que la *Independencia* está con sus calderas en tierra, el *Huáscar* limpia sus fondos y la corbeta *Unión* está montando sus cañones —aclaró el presidente—. Es la ocasión de caer sobre ellos.

Los ministros partidarios de la defensa de la «Línea del Loa» consideraban que aquélla era una operación extremadamente audaz, en la que se ponía en riesgo toda la escuadra.

—Tan audaz como ustedes quieran, señores —corroboró Sotomayor vigorosamente—, pero con una enorme posibilidad de éxito. En caso de que destruyamos la escuadra peruana, la guerra estaría casi concluida. Sin barcos, Perú no podrá aprovisionar a sus tropas en Arica, Pisagua e Iquique. Nuestra escuadra dominará el mar, facilitándonos el asalto y posesión de esos puertos.

La discusión se prolongó varias horas.

El gabinete acordó, por fin, proponer a los jefes de Antofagasta el plan del presidente Pinto, el que se concretó en los siguientes puntos:

1.º Destruir o bloquear la escuadra peruana en el Callao antes de que pudiera terminar sus preparativos bélicos, y

2.º Transportar 5000 soldados hasta Iquique y tomar por asalto aquel puerto.

Se dio por descontado que las fuerzas aliadas acantonadas en Pisagua, Arica y Tacna, aisladas de Lima, no ofrecerían resistencia posterior.

A disgusto del señor Prats, se autorizó a Rafael Sotomayor para llevar este plan a los directores de la guerra establecidos en Antofagasta.

Pero, al tomar este acuerdo, tuvieron que llegar previamente a una determinación mucho más trascendental. Simultáneamente con la partida de Sotomayor, el Ejecutivo pediría al Senado la autorización para declarar la guerra a Perú y Bolivia y ésta sería hecha pública el mismo día en que la escuadra zarpase hacia el Callao.

Sin darse más tiempo que esa noche para dejar arreglados sus asuntos comerciales y la mantención de su familia, el señor Sotomayor tomó un tren de la mañana hacia Valparaíso. Pasado el mediodía, se presentó en la oficina de don Eulogio Altamirano, intendente de Valparaíso y comandante general de armas. A él explicó que no había tenido tiempo ni para buscar un secretario, que le sería indispensable.

—Preciso un hombre inteligente, prudente y de mucha iniciativa —resumió.

El señor Altamirano pensó un instante y, golpeándose la frente, exclamó sonriendo.

—Tengo el hombre que reúne todas las condiciones y otras más todavía.

—¡Magnífico, señor intendente! ¿Quién es mi futuro secretario?

—El capitán de corbeta Arturo Prat.

—No lo conozco. Llámelo sin que sepa que es para examinarlo. Hablaré con él y formaré mi opinión.

Después de ordenar a un ayudante que llamara al capitán Prat, el señor Altamirano fue dando a su visitante algunas informaciones

sobre aquel oficial.

—Vino a verme ayer precisamente. Me pidió permiso para no usar su uniforme de marino. Recuerdo que me dijo: «Cuando todos mis compañeros han salido ya en servicio de la patria, me es doloroso y hasta vergonzoso pasear mi uniforme de marino por las calles de Valparaíso. Me parece que va diciendo que no se me considera digno de servir a mi patria en estas circunstancias».

El intendente rió con suavidad al rememorar la pesarosa confesión del oficial.

—Le contesté que esperara un poco y que en la guerra que empezaba, hombres como él tendrían muchas oportunidades para servir al país.

La relación de la vergüenza del marino bastó para interesar a Rafael Sotomayor; de modo que cuando el capitán se presentó en el despacho, tenía ganada casi la plaza de secretario. Sin embargo, se dio un tiempo antes de comunicarle su elección. Sentado a cierta distancia del escritorio, lo observaba, mientras el señor Altamirano hablaba con él sobre asuntos del servicio.

Era el capitán Prat un hombre de estatura mediana, más bien bajo y poco corpulento. Tenía treinta y un años, pero representaba un poco más por la prematura calvicie que le ensanchaba la frente hasta la mitad del cráneo. Lo que más impresionaba en él eran sus ojos, grandes, claros y melancólicos. Sin embargo, pese a la expresión de suavidad que imprimían a su rostro, había algo en su mandíbula y en su boca firme que trascendía energía. Respondía con claridad e inteligencia a las preguntas del señor Altamirano, pero se lo notaba ligeramente triste.

Sotomayor pensó que la causa de su depresión podía ser la postergación de que se sentía víctima. Se puso de pie e interrumpió la charla del intendente.

Al verlo levantarse, el capitán Prat se volvió hacia él.

El señor Sotomayor pudo verle bien el rostro y le agradó el atildamiento con que el oficial peinaba su barba espesa y corta. Aquel rostro trasuntaba nobleza y lealtad.

—El señor intendente lo ha llamado —le dijo, aproximándosele — para pedirle que me acompañe como secretario en una comisión de confianza con que me ha honrado el Gobierno.

El marino lo examinó de pies a cabeza, sin responder,

preguntándose quién podía ser aquel civil que tan extemporáneamente y sin consultárselo pretendía hacerlo su secretario.

—Este caballero es don Rafael Sotomayor, personaje muy allegado al Gobierno —explicó don Eulogio Altamirano.

—Perdóneme usted, señor —dijo entonces Prat, dirigiéndose al visitante—, pero la comisión que me ofrece parece más propia de un hombre de pluma que de un marino. Sotomayor rió afablemente, comprendiendo los temores del capitán.

—Se equivoca usted —le advirtió. Todo será de acuerdo a sus deseos. Sé que se desespera anclado en tierra. Si me acompaña usted, embarcará en el buque almirante y hará en él toda la campaña. Y tendremos que ser muy desafortunados si no participamos de todos los trabajos, peligros y glorias de la escuadra.

Arturo Prat seguía contemplándolo perplejo y sólo vino a entender la proposición cuando el intendente Altamirano le explicó:

—El señor Sotomayor es el secretario general y asesor de la escuadra y el ejército.

Arturo Prat sonrió aliviado. Su rostro grave tomó una expresión de niño feliz. Impetuosamente estiró su diestra al señor Sotomayor.

—Gracias, señor, muchas gracias. Acepto con gusto ser su secretario.

—Y yo me alegro —manifestó con franqueza el delegado del Gobierno, estrechándole la mano.

—¿Me permite usted ir a prepararme para el viaje?

Sotomayor miró su reloj y calculó.

—¿Vive usted muy lejos? Porque el vapor *Bolivia*, en que debemos embarcar, parte dentro de una hora.

—No, señor, estoy cerca. Me bastarán cuarenta minutos para despedirme de mi esposa Carmela, abrazar a mis hijos y estar en el muelle con mi bolsa de viaje.

—Bien, capitán Prat, lo esperaré entonces a bordo del *Bolivia*. Vaya usted a despedirse de su familia.

—Con su permiso, caballeros…, gracias, gracias, señor Sotomayor.

Chocó los tacos y salió a paso vivo del despacho del intendente. Una hora más tarde, navegaba en el *Bolivia* junto al representante confidencial del presidente Pinto.

El primer mandatario había calculado que Sotomayor arribaría a Antofagasta el 1.º de abril y siguiendo el plan trazado con sus ministros, hizo telegrafiar, en clave, al coronel Emilio Sotomayor el 31 de marzo:

> *Escuadra esté lista para zarpar Callao a la llegada de don Rafael Sotomayor. Estará allí mañana con poderes e instrucciones. Impida que telégrafo comunique Perú u otra parte la salida de la escuadra. Anúncieme partida y día probable en que llegarán Callao. Reserva absoluta.*
>
> *A. FIERRO.*

Por su parte, Rafael Sotomayor encontró en Antofagasta otra orden telegráfica en la que se le disponía ponerse de acuerdo con el contralmirante Williams para alistar la escuadra para el zarpe. Y aquella orden terminaba con una frase inteligible sólo para el: «Espere órdenes partir».

Aquello quería decir: Espere a que declaremos la guerra.

Inmediatamente el delegado del Gobierno, acompañado por Arturo Prat, tomó una lancha y se dirigió al buque insignia.

Cerca de la costa estaba el *Blanco Encalada* rodeado por el *Cochrane*, las corbetas *Chacabuco*, *O'Higgins*, *Esmeralda* y *Magallanes*.

Cuando treparon la escalerilla del *Blanco Encalada*, divisaron arriba, en cubierta, la figura del contralmirante Juan Williams Rebolledo.

El prestigioso marino, que había mandado la escuadra aliada en la guerra contra España, en 1866, y que fuera el captor de la *Covadonga*, los contemplaba desde lo alto, con el ceño fruncido.

—Ya estaba notificado de su llegada, señor Sotomayor, así como de que me trae usted instrucciones del Gobierno —dijo—. Sírvanse ustedes pasar a mi cámara.

Minutos más tarde, hojeaba minuciosamente los pliegos que detallaban el plan sugerido por el Gobierno. Los leyó varias veces,

luego pidió al señor Sotomayor que lo informara más extensamente.

En silencio oyó las explicaciones del delegado y, cuando éste concluyó de hablar, se mantuvo mudo aún unos instantes.

De pronto se puso de pie y declaró:

—Señor Sotomayor, yo, como jefe de la escuadra, no estoy de acuerdo con el plan de operaciones que me sugiere el Gobierno. Los barcos bajo mi mando no irán al Callao.

El enviado del presidente se quedó atónito. Nadie había pensado en un rechazo tan categórico, y todos los actos próximos del Gobierno, incluso la declaración de guerra, estaban basados en la realización del plan.

Sotomayor quiso hacerle reconsiderar su decisión exponiéndole las ventajas que tendría para la campaña general destruir la escuadra peruana antes de que pudiera hacerse a la mar, pero el marino siguió inflexible.

—El éxito de esta guerra lo decidirá la potencia marítima. Yo no estoy dispuesto a arriesgar nuestra escuadra en una empresa precipitada y peligrosa. También busco destruir la escuadra peruana, pero de acuerdo con un plan más racional.

—¿Cuál plan, señor almirante?

—Bloquear el puerto de Iquique, hostilizar las poblaciones peruanas de Tarapacá y obligar a la escuadra enemiga a salir a defenderlas. Entonces, dirimir la supremacía marítima en un combate de escuadras.

—Pero, señor almirante —argumentó Sotomayor—, ¿para que arriesgar nuestras naves en un combate contra barcos ya totalmente puestos en pie de guerra, cuando, si caemos inmediatamente sobre el Callao, los encontraremos allí, en los diques, desarmados?

Los ojos del contralmirante destellaban iracundos.

Tenía razones fundamentales para rechazar el ataque al Callao. El aprovisionamiento de las fuerzas terrestres y la defensa de los puertos chilenos dependían enteramente de la escuadra. No sería él quien la arriesgara yendo a colocarla frente a los barcos peruanos protegidos por los potentes cañones de los fuertes chalacos.

—Nuestros informantes secretos nos han advertido que los artilleros son enteramente novicios —argüía Sotomayor.

—Aunque fueran ciegos, representan un peligro que puede determinar la pérdida de una unidad insubstituible. Además, no

poseemos un barco carbonero que pueda aprovisionar las máquinas de nuestros blindados y corbetas en aquella lejana empresa. El *Matías Cousiño* y el *Rímac*, que nos surten actualmente, son ingleses y se quedarían en Antofagasta.

—La misma dificultad tendrá que afrontar usted si trata de combatir a la escuadra peruana en mar abierto.

—No, puesto que nunca nos alejaremos demasiado de Antofagasta. Mi propósito es bloquear Iquique, hostilizar los puertos peruanos de Tarapacá y Arica, desbaratar los embarques de guano en Punta de Pica y Guanillos… En fin, impedir que el Perú siga explotando su guano y salitre y se vea entonces obligado a lanzar su escuadra contra nosotros.

Fue inútil toda discusión posterior. Sotomayor comprendió que la razón que hacía mantenerse inflexible al contralmirante era el temor de un contraste grave en el asalto al Callao.

Tampoco hizo cambiar de opinión al jefe de la escuadra una información telegráfica, recibida más tarde, en la que se le comunicaba que el transporte *Chalaco* había salido del Callao llevando tropas y elementos bélicos a Tarapacá.

—Otra razón que impone la partida inmediata hacia el Callao —insistió Sotomayor.

Pero el contralmirante no quiso atenderle. La captura de un transporte enemigo no le haría alterar un plan lentamente forjado.

—Señor Sotomayor —concluyó categóricamente—, ruego a usted que comunique a nuestro Gobierno que la escuadra zarpa mañana al anochecer a bloquear Iquique.

Aquel mismo día 2 de abril, el Gobierno, basado en la realización del asalto al Callao, comunicaba a Sotomayor, en telegrama cifrado:

> *Declaración guerra al Perú. Godoy y Lavalle se retiran mañana. Procedan como en campaña.*

Con desaliento, el delegado de don Aníbal Pinto respondía al día siguiente por la misma vía de comunicación:

> *Presidente. Escuadra irá a Iquique, no Callao. Carta vapor. Iquique 4000 hombres, 300 caballería. Salida*

hoy noche.

Ya no había forma de enmendar ni detener la marcha de los acontecimientos. El 5 de abril el presidente Aníbal Pinto hacía público el decreto que resumía en breves palabras la calamidad que había querido evitar con todas sus energías.

> *En virtud de la facultad que me confiere el número 18 de la Constitución del Estado y la Ley del 4 del presente, he acordado y decreto:*
> *El Gobierno de Chile declara la guerra a los Gobiernos del Perú y Bolivia…*

19

Una lanza de guerra se había atravesado entre las ruedas del carro de la paz condicionada que tan astutamente conducía el plenipotenciario peruano don José Antonio Lavalle.

Al mismo tiempo que la proclama de la declaración de guerra encendía entusiasmos bélicos en todos los pueblos de la república, el señor Lavalle abandonaba Santiago en un tren especial, protegido por el capitán de navío Patricio Lynch, puesto a sus órdenes, caballerosamente, por el presidente Aníbal Pinto.

Con expresión de tristeza, el diplomático peruano subió al barco en Valparaíso y emprendió el regreso a su patria.

Aquel mismo día, 5 de abril de 1879, el embajador chileno Joaquín Godoy llegaba hasta el Callao y, tomando apuntes de cuanto veía en su prodigiosa memoria, embarcaba hacia Ecuador.

Los telégrafos y el cable submarino vibraban transportando la alerta y lanzando a los hombres a la violencia.

Leonora Latorre y don Roberto Rodríguez pudieron comprobarlo cuando el barco en que viajaban se detenía frente a Arica. Decenas de embarcaciones, colmadas de gente, habían salido al encuentro de la nave y sus ocupantes pugnaban por encaramarse a bordo, trepando por las cuerdas, por la cadena de las anclas y luchando con los marineros ingleses que les negaban el acceso a las escalerillas.

En los primeros instantes, los pasajeros temieron que se tratara de un asalto organizado, pero pronto se les enteró de la triste realidad. Eran chilenos que huían de las tierras peruanas. Durante las últimas semanas había sido igual. Hombres, mujeres, niños, en confusa vocería llegaban junto a los cascos a implorar que se les permitiera embarcar.

Desde que en territorio peruano se tuvo la convicción de que la contienda era inevitable, la suerte de los chilenos fue durísima. Víctimas de continuos ataques, se vieron forzados a abandonar sus trabajos, primero; luego, sus casas; enseguida, las poblaciones interiores en que residían. Arreados como animales dañinos, llegaron hasta el mar, límite máximo que podían alcanzar con sus propios medios. Pero ni aún allí cesó el acoso. Agrupados en las playas, resistieron durante algunos días la crueldad sistemática, el ataque continuado. Finalmente, muchos tuvieron que ampararse en lanchones de carguío, en chatas abandonadas y aun en balsas improvisadas, esperando que algún barco los recogiera y los transportara hacia Chile.

La declaración de la guerra agravó la violencia. El Gobierno de Lima decretó que todos los chilenos residentes en territorio peruano debían abandonarlo en el plazo impostergable de ocho días.

Sólo en la región de Tarapacá había 16 000 chilenos, mineros en su mayoría, comerciantes el resto. Llegaron a las playas sin nada de lo que les pertenecía, sin más patrimonio que el odio y el deseo de venganza.

Una de estas partidas de exiliados fue la que contemplaron Leonora y el señor Rodríguez. Fueron inútiles los esfuerzos de los marineros para impedir que llenaran la cubierta.

Leonora, con el alma oprimida ante aquel espectáculo sobrecogedor, se multiplicaba ayudando a las mujeres a instalarse sobre las tablas desnudas o entre los fardos de mercaderías, y lo que oía la hacía apretar los puños, volviendo como ellas los ojos cargados de odio hacia aquellas playas.

—Nos han perseguido como a bestias rabiosas —clamaba una mujer, llorando.

—Yo permanecí en la lancha dos días sin un pedazo de pan ni un poco de agua que dar a mis hijos —agregaba otra—. Pero era preferible; ya que en tierra no se podía estar. No nos dejaban conseguir alimentos, las mujeres nos pegaban y nos insultaban.

Todos los recogidos desbordaban las mismas quejas. Todos los hombres prometían enrolarse en el ejército chileno posesionado de Antofagasta el mismo día en que desembarcaran allí.

El señor Rodríguez, temeroso de que Leonora delatara con su compasión su verdadera nacionalidad, la convenció de retirarse al

camarote.

Al crepúsculo del día siguiente el vapor anclaba en la bahía de Iquique. Como en Arica, una flotilla de lanchas y botes se le acercó desde la playa del Colorado y desde la isla del Faro. Don Roberto Rodríguez, buscando evitarle a Leonora las impresiones sufridas en el puerto anterior, consiguió que se les permitiera desembarcar tan pronto el barco ancló. Mezclados en un grupo de comerciantes peruanos y extranjeros bajaron a una lancha que los llevó a tierra.

En Iquique se advertía una enorme actividad. Los viajeros pudieron observar largas columnas de soldados movilizándose en la playa y yendo y viniendo en torno a las instalaciones del puerto.

El traslado apresurado de muchos regimientos colmaba el pueblo. Aun dentro del edificio de la aduana, en el que se presentaron para la revisión de sus documentos, había muchos infantes y artilleros que, al parecer, alojaban allí mismo.

Encogida tras el agente Rodríguez, Leonora llegó nerviosamente hasta la mesa de revisión, Llevaba documentos preparados por la embajada en Lima, los que la acreditaban como la señora Zulema Díaz de Arellano, natural de Trujillo. Sabía que nadie podía dudar de ellos, pero la enervaban las miradas cínicas con que la envolvían los oficiales que vagaban por el vestíbulo del viejo edificio.

Con gesto tímido alargó sus papeles al empleado y se quedó esperando que éste les estampara los timbres correspondientes. Pero el encargado los retuvo y levantó los ojos, contemplándola, con mirada descarada, mientras una sonrisa torpe le entreabría los labios gruesos.

Leonora sintió acrecentados sus nervios y se volvía ya hacia don Roberto Rodríguez, cuando afuera de la aduana se produjo un fuerte vocerío. Todos en el vestíbulo se volvieron hacia la puerta y en ese instante un hombre gritó hacia el interior:

—¡Hay cinco barcos desconocidos frente al puerto!

Todos corrieron hacia afuera, incluso el empleado revisor. Pero éste, luego de dar varios pasos, regresó apresuradamente al escritorio y estampó a ciegas un timbre en los papeles de Leonora, extendiéndoselos enseguida.

No terminaban de salir los ocupantes del edificio, cuando Rodríguez tomó a la agente de un brazo y le murmuró en el oído:

—¡Vámonos, señorita! Aprovechemos esta batahola para

perdernos en el pueblo.

Recogieron sus valijas y salieron.

Sorteando bultos y mercaderías diseminadas en los patios y abriéndose paso por hileras de mulas y caballos atados a lo largo de la pared frontera a la aduana, lograron internarse en la calle principal del pueblo.

Gran cantidad de personas corrían hacia la playa y a todos se oía hablar de los cinco barcos que acababan de presentarse ante la bahía, lo que hizo que los dos chilenos se detuvieran y volvieran los rostros hacia el mar.

Estaba ya anocheciendo y la visibilidad era demasiado escasa para que fuera posible distinguir la identidad de las naves. Sin embargo, se alcanzaban a ver las siluetas de sus cascos.

—Son barcos de guerra —murmuró Rodríguez—. Es posible que sean chilenos. Mañana lo sabremos. Por el momento, preocupémonos de encontrar la casa de una chilena amiga mía y de Abelardo Núñez, quien debe darnos alojamiento. Su casa está al pie del cerro, donde se encuentra la estación del ferrocarril.

Cruzaron el puerto hacia el sitio señalado por Rodríguez, pero el agente tuvo que preguntar antes de ubicar la casa que buscaba. Por fin, se detuvieron frente a una de humildísima apariencia.

Rodríguez golpeó discretamente y se quedaron aguardando en silencio.

—Parece que no hay nadie —musitó al cabo de un minuto Leonora.

Pero en ese momento se escuchó ruido de pasos y una voz de mujer desconfiada y áspera preguntó desde adentro:

—¿Quién está ahí?

—Abra usted. Somos amigos —respondió Rodríguez.

—No tengo amigos en este pueblo.

—Vengo de fuera. Busco a doña Elcira Carrasco. ¿Vive aquí?

—¿Quién es usted? —insistió con recelo la mujer.

—Roberto Rodríguez. Acuérdese usted de Antofagasta.

Como si aquel nombre y la mención de Antofagasta fueran una consigna para la dueña de la casa, removió al momento la tranca que afianzaba la puerta y abrió uno de los batientes. Detrás de la mujer un niño sostenía una lámpara de minero. Con un gesto brusco se la arrebató de las manos y la levantó hasta el rostro de

Rodríguez.

—Déjeme mirarlo —dijo alumbrándolo.

Mientras la mujer examinaba al agente, Leonora pudo observarla.

Aunque enflaquecida y demacrada, la laxitud de su piel y sus manos grandes denotaban que había sido gruesa y fornida.

—Sí, ahora lo reconozco —gruñó, terminado su examen, y volvió la luz hacia la joven.

—¿Quién es la señora que lo acompaña?

—Una chilena como nosotros, señora Elcira.

—Si es así, pasen.

Volvió a meterse e la casa excusándose:

—Perdónenme, no crean que siempre fui así. Pero ahora los chilenos que quedamos en Iquique no podemos abrirle la puerta a cualquiera. Nunca estamos seguros de que los que llegan no vienen a atacarnos. Esta noche especialmente debemos tener cuidado.

—¿Qué tiene esta noche de especial? —inquirió Rodríguez.

—¿No se han enterado de que, hace un rato, se ha detenido una escuadra frente a la bahía? No se sabe si es peruana o chilena. Si es lo último, ¿quién puede asegurarnos que no intentarán los peruanos desahogar su rabia en nosotros?

—¿Cuántos chilenos quedan aún en este puerto, señora?

—No se puede saber, porque están todos escondidos o viven en lanchas en la bahía. Pero yo creo que deben quedar unos doscientos. ¡Ay, no saben ustedes cómo nos han tratado!

—Esto no durará mucho más, doña Elcira —le aseguró Rodríguez.

Pero la mujer hizo un gesto sarcástico y despechado.

—¡Hum! ¿Chile vendrá a protegernos? —comentó—, ¡Bah, don Roberto, no hablemos más de eso! Pónganse cómodos. No tengo mucho que ofrecerles. Pero, cuando menos, les prepararé unos mates para que no los entuma el frío de la camanchaca.

—No se preocupe por nosotros, señora —le dijo Rodríguez, condolido de su miseria—. Sólo necesitamos un techo donde pasar la noche, aunque sea sentados. Tengo que ubicar a uno de los empleados del consulado chileno que se quedó en Iquique. Tiene el encargo de acomodarnos.

La mujer había extendido un mantel sucio sobre la mesa y

echaba azúcar, yerba y agua caliente en el pocillo de barro.

—¿Por qué se vino de Antofagasta, señora Elcira? —le preguntó el agente secreto—. Tenía usted allí una buena pensión.

Doña Elcira movió la cabeza de un lado a otro y chasqueó la lengua con fastidio.

—Sí, pero en la pensión vivían varios de los mineros que se mezclaron en la «Liga La Patria». ¿La recuerda usted?

—¿Cómo no recordarla si yo fui uno de los que la formaron?

Leonora había permanecido sentada junto a la mesa, silenciosa, pero al oír mencionar aquel nombre, levantó la cabeza.

—¿La «Liga La Patria»? —preguntó—. Aquella sociedad de chilenos que intentó una revolución en Antofagasta hace tres años?

—Y que sólo sirvió para que se levantara en armas el doctor Casimiro Corral, un boliviano ambicioso de poder, y que tuvo por consecuencia que a los chilenos los diseminaran a balazos —confirmó acremente la dueña de casa, y resumió—: Seis murieron en la playa.

—Sí, seis murieron —repitió anhelante Leonora, recordando las informaciones de los diarios—; seis murieron y varios quedaron heridos y fueron a perecer quizás dónde.

—No, Leonora, de los heridos no murió ninguno —le corrigió Rodríguez, extrañado de la exaltación de la muchacha—. Yo mismo ayudé a recogerlos cuando los soldados del prefecto Zapata se retiraron.

Leonora se puso lentamente de pie, tensa, afirmándose en la mesa, porque le temblaban las piernas. Después de buscar durante meses una persona que le diera alguna información sobre lo ocurrido en aquella trágica ocasión, ahora, inesperadamente, se encontraba frente a la revelación.

—¿Dice usted que ayudó a recoger a esos heridos? —tartamudeó —. ¡Oh, Dios santo, yo he agotado todas las investigaciones para saber qué fue de ellos! Y he estado meses cerca de usted ignorando que era el único que podía informarme.

Rodríguez la contempló atónito.

—¿Informarle de quién, Leonora?

—De…, de Alberto Cobo —balbuceó penosamente Leonora, como si le doliera repetir aquel nombre; y añadió en voz apenas perceptible—: era mi novio.

La mujer y el agente secreto la miraron impresionados.

—¿Alberto Cobo era su prometido? —indagó Rodríguez, estupefacto.

—Sí —confirmó la muchacha, clavando sus ojos ansiosos en los de su acompañante—. Lo he llorado por muerto durante estos últimos años. Y ahora que creo que estoy frente a la revelación de su suerte…, no me atrevo a preguntarle qué fue de él.

Estaba trémula. Rodríguez jamás la había visto tan alterada.

—Alberto Cobo no murió, Leonora —le declaró con voz estrangulada de emoción.

La joven abrió la boca como si le faltara el aire, luego se derrumbó en la silla, balbuceando algo incoherente.

La chilena que los cobijaba se le acercó y, pasándole uno de sus brazos sobre los hombros, la estrechó contra su costado.

—Sosiéguese, hijita; cálmese.

—Un chileno, dueño del hotel donde vivía Cobo, lo recogió —seguía explicando Rodríguez—, y lo llevó hasta su establecimiento. Allí yo mismo le ayudé a practicarle la primera cura. Tenía una larga herida en un costado de la cabeza, y perdía mucha sangre. Luego que lo hubimos vendado, lo crucé sobre el arzón de mi caballo y huí con él hasta Carmen Alto; en seguida a Placilla, y, por último, me interné en la sierra que se levanta al sur de San Pedro de Atacama. Allí, en un caserío indígena, me vi obligado a dejarlo en manos de una india vieja que accedió a cuidarlo, mediante un fuerte pago.

—¿Y sabe usted si sobrevivió?…

—No lo sé, pero debe haberse repuesto. Si no murió cuando galopábamos a través del desierto, seguramente fue salvado por aquella india.

—¿Y cómo no volvió más a Chile? ¿Por qué nunca más dio señales de vida? Viaje hasta Bolivia buscándolo, pero no encontré ni un rastro. Fue por la desesperanza de no hallarlo que entré al servicio secreto. ¿Para qué quería la vida si él había muerto?

Rodríguez no hallaba qué contestar para calmarla. Sin pensarlo dijo:

—¿Y no ha pensado en que tal vez, mientras usted lo buscaba por Bolivia y durante el tiempo que ha transcurrido después, Cobo puede haber regresado a Santiago? Hace mucho tiempo que no

tiene usted comunicación con su familia.

Convencida de la muerte de su novio, Leonora no había contemplado esa posibilidad.

—¿Podría abandonar el servicio y regresar a Santiago? —inquirió impulsivamente.

—Imposible en las circunstancias actuales, Leonora.

—Pero…, ¿escribir una carta a mi padre?…

—Tampoco, mi estimada amiga. Es duro, ya lo sé, pero no debemos exponernos a que esa carta caiga en manos enemigas. Tenga usted fe en que volverá a encontrar a su novio.

—¿Cómo podríamos encontrarnos, don Roberto? —exclamó con desaliento.

—Todos los hombres jóvenes están siendo enrolados en el ejército, y embarcados hacia el norte, Leonora. Algún día llegará también a estos lugares Alberto Cobo, vistiendo el uniforme rojo y azul.

—¡Algún día!… ¡Algún día! —musitó sin esperanzas la muchacha.

Doña Elcira entregó el mate humeante al señor Rodríguez, y, mientras él sorbía el líquido oloroso e hirviente, se enfrascaron en una conversación en voz baja. El agente secreto quería saber todos los movimientos de tropas peruanas en Iquique.

Más tarde, él y Leonora dormitaron incómodamente en las sillas del destartalado comedor.

La incertidumbre en que la población de Iquique pasó aquella noche, contemplando las luces lejanas de los barcos llegados en la víspera, se tradujo al alba en la aglomeración de centenares de peruanos en la playa. Y cuando la luz les permitió distinguir los contornos de las cosas a la distancia, el espectáculo los sobrecogió.

En medio de la bahía, enfocando sus cañones hacia el puerto, se movían cinco naves de guerra que enarbolaban el tricolor chileno.

Al toque de las cornetas, los regimientos peruanos corrieron a tomar sus fusiles, numerosas piezas pequeñas de artillería fueron enfiladas hacia el mar y la población, cogiendo sus enseres más valiosos, se lanzó hacia los cerros del interior.

Al mismo tiempo que los pobladores huían de la zona que cubrían los cañones de los barcos, figuras dispersas comenzaron a agruparse en la playa. Salían de los enrocados que se alzaban en los

extremos de la bahía, de los botes amarrados cerca de la playa, o descendían de casuchas escondidas en los primeros repliegues de los cerros. Eran los chilenos que restaban en Iquique, que al enterarse de la presencia de barcos de su nacionalidad corrían a refugiarse al amparo de sus baterías.

Aprovechando la confusión, don Roberto Rodríguez abandonó la casa de la chilena y se encaminó rápidamente en busca del empleado del consulado que debía ayudarlos.

Entretanto, a bordo del buque insignia, el contralmirante Williams y el señor Sotomayor hacían llamar al capitán Prat para encomendarle la delicada comisión de descender a tierra y notificar a las autoridades del bloqueo de Iquique. El delegado del Gobierno le advirtió que la misión era peligrosa, pues debería desembarcar desarmado.

—Mi almirante ha dicho que la misión es indispensable. Eso me basta para cumplirla —dijo Arturo Prat.

—Bien, capitán, pero eso no es todo —agregó el contralmirante Williams—. Enviar un parlamentario para notificar el bloqueo es en cierto modo inútil, puesto que tienen que haber comprendido nuestra intención. No expondría a uno de mis oficiales si se tratara solamente de eso.

—Usted ordenará qué otra cosa hay que hacer, mi almirante.

—Cruzar lentamente Iquique, aunque el populacho lo rodee, y fijarse con atención si el puerto está fortificado y artillado.

—Se hará como usted ordena, mi almirante.

Mientras se dirigían a la escalerilla por donde Prat descendería a la lancha que lo esperaba, el contralmirante añadió:

—La corbeta *Esmeralda* se acercará a la costa, con el objeto aparente de protegerlo a usted, pero en realidad cumplirá un cometido idéntico al suyo; observará si existe artillería en Iquique.

Minutos más tarde, Prat hacía su descenso en la playa de Iquique.

Parapetadas en las bodegas del muelle y en los edificios cercanos a la playa, las autoridades militares peruanas atisbaban la aproximación de la lancha y de la *Esmeralda*.

Prat saltó a tierra entre las aclamaciones de sus compatriotas. El oficial tuvo que contenerlos, temeroso de que las autoridades iquiqueñas consideraran una provocación aquel estallido de

entusiasmo y tomaran represalias posteriores en aquella gente.

—¡No nos importan las represalias! —le respondían en alta voz —. ¡Ya nada pueden hacernos! ¡Ustedes están aquí!

Difícil le fue al capitán abrirse paso para dirigirse al grupo de soldados y oficiales que había asomado tras la aduana, al verlo desembarcar con bandera blanca de parlamentario. Los chilenos lo acompañaron todavía muchos metros, y sólo cuando estaba muy próximo a los peruanos se fueron quedando atrás, advirtiéndole:

—Nosotros nos quedaremos detrasito para defenderlo en caso de que intenten hacerle algo.

Y efectivamente, durante el rato que Arturo Prat parlamentó con el jefe de la plaza, el grupo de chilenos se mantuvo unido en mitad de la playa.

A esa misma hora, Roberto Rodríguez regresaba a la casa donde había dejado a Leonora. En el lugar donde logró reunirse con el empleado del consulado cambió su traje por la modesta indumentaria de un cargador del puerto. Traía consigo un mensaje escrito, que dio a leer a su compañera.

—Voy a intentar entregárselo al oficial chileno que acaba de desembarcar —le advirtió—. Pero es conveniente que usted se entere de su contenido por si soy descubierto antes de lograrlo.

Leonora lo abarcó de una ojeada. El mensaje informaba que los transportes peruanos *Talisman* y *Chalaco* descendían desde el Callao, llevando tropas y artillería a los puertos de Arica y Pisagua. Y concluía indicando que un general venía a hacerse cargo de la defensa de Iquique, trayendo consigo, por tierra, tres mil soldados.

El agente Rodríguez volvió a salir, llevándose el escrito. Cruzó el pueblo en dirección a la playa, temeroso de que el marino se hubiera ya reembarcado. Pero no era así. Voces dispersas anunciaron el regreso del oficial:

—¡Allí viene!… ¡Allí viene!

Cuatro oficiales peruanos que lo escoltaban, lo dejaron al llegar a los últimos edificios, y cruzó solo la faja de arena.

El grupo de chilenos le salió al encuentro alborotadamente.

—Compatriotas, procedamos con calma —clamaba Rodríguez—. No comprometamos al capitán con nuestras demostraciones.

Pero era imposible contenerlos. Habían rodeado al marino, y caminaban con él, formando un anillo en torno suyo.

—¡Desembarquen pronto! —le decían. ¡Bajen a barrer con los enemigos!…

Arturo Prat caminaba sonriéndoles como a una bandada de chiquillos.

—Estaremos protegiéndolos desde el mar —les aseguraba.

Aprovechándose de que muchos le estrechaban la diestra al pasar, Rodríguez hizo lo mismo, y le dejó en la mano el mensaje arrollado.

Pero la acción había sido demasiado sorpresiva para Prat, y, en un gesto involuntario, miró el papel. Luego, asombrado, buscó con los ojos a Rodríguez, que ya se escabullía entre la gente. Comprendiendo, por fin, guardó apresuradamente la hoja en la abotonadura de su casaca azul.

Rodríguez se desprendió del grupo y se dirigió hacia los enrocados de la derecha de la bahía. Desde allí contempló cómo la lancha del parlamentario regresaba al *Blanco Encalada*. Suponiendo que nadie lo observaría, dio vuelta por detrás de las rocas y camino hacia los cerros del fondo, entrando al pueblo por la parte de atrás.

Leonora estaba esperándolo sumamente inquieta.

Rodríguez había comenzado a contarle el apuro en que se vio cuando el oficial se quedó con el papel al viento. Súbitamente, la puerta de la casa se abrió, hendida por un formidable golpe.

Antes de que alcanzaran a reponerse de la sorpresa, un oficial y cuatro soldados peruanos los rodearon, apuntándoles con sus fusiles:

—¿Qué significa esto? —alcanzó a preguntar Rodríguez, cuando uno de ellos se le vino y, retorciéndole los brazos, se los ató brutalmente.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el oficial amenazante.

—Yo…, yo soy un obrero peruano…, estibador del puerto —explicó con voz ruda Rodríguez.

—¿Cómo se llama usted? —interrogó el oficial a Leonora, extrañado de encontrar a aquella señora en compañía de dos seres de tan distinta condición.

La joven, dándose tiempo para urdir una historia aceptable, respondió con lentitud, exagerando su nerviosismo:

—Me llamo… Zulema Díaz de Arellano.

—¿Tiene cómo atestiguarlo?

—En mi bolso están el pasaje del vapor que me trajo del Callao anoche, y mi fe de bautismo, dada en la parroquia de Trujillo.

—¿Qué hace en esta casa?

—Vine a…, vine… —Leonora trataba de recordar el apellido de la mujer que los albergaba—…, Vine a ver a doña Elcira Carrasco —dijo—, recordándose por fin.

—¿Para qué? —insistió secamente el oficial.

—Para…, para que me diera noticias de una parienta mía…, una tía anciana que vivía en Iquique, y a quien he venido a buscar.

La agente había lanzado la primera explicación que se le vino a la cabeza. Temiendo que la mujer no supiera qué responder cuando le tocara el turno de ser interrogada, se apresuró a agregar:

—Doña Elcira fue lavandera de mi tía y tuve oportunidad de conocerla, hace tres años, en una visita que hice a mi parienta.

El teniente pareció momentáneamente satisfecho.

—¿Y tú, como te llamas? —preguntó bruscamente a Rodríguez.

—Néstor Arévalo Cifuentes, como puede certificar una carta del subcomisario de policía de Tarapacá, que tengo en el bolsillo de la camisa.

Uno de los soldados le hurgó con rudeza en el bolsillo, y sacando de allí una carta manoseada, la entregó al oficial.

Éste determinó, sin abrirla:

—Esos papeles ya los veremos. Por el momento, deberán ustedes explicar al jefe militar de Iquique qué documento fue el que entregó este hombre al parlamentario chileno en la playa. ¡Andando!

Fueron inútiles las protestas de Leonora. El piquete de soldados los sacó a la calle y los llevó hasta el cuartel de policía.

El mensaje que había provocado la prisión de los tres chilenos había llegado a su destino. El capitán Prat lo entregó a don Rafael Sotomayor, a bordo del *Blanco Encalada*.

El asesor de la armada, después de leerlo, se trasladó a la cámara del contralmirante Williams, a quien participó el contenido de la nota.

Éste se quedó pensando un momento. Pero en seguida expresó

enfáticamente:

—Lo que dice ese mensaje ya lo presumía yo, señor Sotomayor.

—¿Y no considera usted que la escuadra debiera hacer algo? Esos viajes del *Chalaco* y el *Talismán* significan el aumento del poderío militar peruano en los puertos cercanos a Iquique.

—Está usted hablando con la misma irreflexión que los miembros del Gobierno, señor Sotomayor —lo reconvino el contralmirante—. Resulta muy fácil opinar que alguno de nuestros barcos debiera interceptar a los transportes peruanos que acarrean armas y hombres a Pisagua y Arica, pero ¿acaso usted no ha comprendido la situación en que se encuentran nuestras naves?

—Comprendo que no las estime usted en condiciones para ir hasta el Callao… —intentó defenderse Sotomayor, pero el jefe de la escuadra lo interrumpió:

—Ni tampoco hasta Arica o Pisagua, señor. No disponemos de carbón, no poseemos víveres ni municiones. Además, el *Cochrane* y el *Blanco* están con sus fondos sucios; serían inhábiles para dar alcance a los transportes peruanos. Mandándolos a cazarlos, sólo conseguiríamos desguarnecer a los barcos menores de la escuadra y arriesgar a los mayores a percances y peligros imprevisibles.

—¿De modo que debemos permitir que los enemigos acumulen elementos, sin hacer nada por impedirlo? —interpuso el delegado de Gobierno, comenzando a exasperarse.

—De todos modos los acumularán. ¿No lee usted al término del mensaje que viene también un general con tres mil soldados por tierra? ¿Y qué quiere usted que haga yo para impedir la lógica organización de defensa de los peruanos? Hace un mes que estoy pidiendo al Gobierno el envío urgente, urgentísimo, de todo lo que necesitamos. Pero nada llega. Los políticos creen que para hacer la guerra bastan la buena voluntad y el empuje de los hombres.

El contralmirante Williams había hablado apoplético de enojo, y el esfuerzo desgarró su garganta enferma, obligándolo a toser penosamente. Cuando pasó el acceso, se volvió al capitán Prat, que escuchaba silencioso:

—¿Capitán Prat, usted que ha conocido todas nuestras corbetas, ¿quiere indicar al señor Sotomayor en qué estado se encuentran?

—Calamitoso —fue su concisa respuesta—. La *Esmeralda* ha recibido ya setenta parches en sus calderos.

—¿Y la *Chacabuco*? —preguntó el asesor.

—Le han fallado tres calderos, y exige un trabajo de reparación constante.

—Y la *O'Higgins* ha tenido que quedarse en Antofagasta, por estar momentáneamente inutilizada —concluyó el contralmirante.

—Comprendo la situación —argumentó Sotomayor—. Pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sabiendo cómo se preparan los peruanos.

—Hay una solución —advirtió el viejo marino.

—¿Cuál?

—Comprar un barco ligero, que pueda dar caza a los trasportes peruanos, y pueda ser artillado rápidamente.

—Un barco veloz como el *Amazonas*, de la Compañía Inglesa de Vapores —terció Arturo Prat.

—Justamente, capitán —aprobó el jefe—; en el *Amazonas* estaba pensando.

—Pues, comuniquemos inmediatamente esta necesidad al Gobierno, y enviemos un marino competente a efectuar la compra —propuso Sotomayor.

—El más entendido entre los oficiales de la escuadra es su ayudante, el capitán Prat —comentó el contralmirante, con un tono en que se advertía un ligero matiz burlón.

Arturo Prat pasó por alto aquel detalle y agradeció con cortesía. Pero advirtió:

—Gustoso cumpliré el cometido, aunque sentiría alejarme de la escuadra en los momentos en que puedan empezar a producirse las acciones.

—Mis informes me indican que los barcos enemigos aún permanecen inactivos en el Callao —lo tranquilizó su superior—. Tendrá usted tiempo sobrado para ir y volver antes de que se inicie la campaña naval.

Urgido por el temor de que los enemigos lograran una superioridad incontrarrestable en el territorio de Tarapacá, el señor Sotomayor dispuso que su secretario embarcara al día siguiente en un barco de la carrera que debía pasar, y se presentara al Ministerio de la Guerra en Santiago, recomendando la compra inmediata del *Amazonas* u otro barco de sus condiciones.

Prat cumplió la orden a disgusto, pues se lo alejaba nuevamente

del teatro de la guerra, y trasbordó a un vapor inglés.

Aquel mismo día, precedido por una brillante escolta de caballería, entraba al puerto bloqueado un general peruano con tres mil soldados. Había venido desde Arica, por tierra, hasta el corazón de Tarapacá.

Sin darse tiempo a quitarse el polvo del camino, hizo los trámites de reglamento para tomar el mando de los cuatro mil soldados acantonados ya en el lugar.

Desde la azotea del edificio que eligió para cuartel general, su ayudante, el teniente coronel Roque Sáenz Peña, contemplaba aquella tarde, con desdeñosa sonrisa, los cinco barcos chilenos, mientras hacía comentarios con los oficiales que lo rodeaban.

—¡El bloqueo de los chilenos! ¡Hum! Mientras el *Chalaco* y el *Talismán* entren y salgan de Arica y Pisagua, podemos reírnos del bloqueo de Iquique.

Reía con el mismo entusiasmo que si hubiera sido peruano, pero no lo era. El teniente coronel Sáenz Peña representaba a una de las más rancias familias argentinas, y, andando el tiempo, llegaría a ser presidente de esa república. Pero su espíritu aventurero, y los lazos sanguíneos que lo unían con antiguas familias peruanas, lo habían llevado a participar en la guerra.

Aquella tarde se ufanaba en repetir los hechos que daban fuerzas a su afirmación:

—El 5 de abril llegó a Arica el *Chalaco*, mandado por el comandante Villavicencio, gran amigo mío, y allí embarcó a los batallones Lima y Puno, junto con los regimientos de caballería Húsares y Dragones, y, por si esto fuera poco, cuatro cañones de fortificación. Por último, recogió 500 zapadores más, y con todo ese cargamento navegó impune hasta Pisagua. Y volvió a partir el 8 de abril, rumbo a Mollendo, sin que lo molestara ni uno de los «temibles» blindados enemigos.

La concurrencia rió desdeñosamente.

—Por su parte, el *Talisman* —prosiguió— salió del Callao el 10 de abril con pertrechos, armas y víveres, además de 19 jefes, treinta oficiales y cuarenta voluntarios con su equipo completo. Con ellos venía el general Lizardo Montero, que tomó el mando de Arica. Y, pese a la amenaza de la escuadra chilena, ese mismo barco regresó al norte, portando doscientos hombres destinados a la defensa de

Mollendo y Arequipa. ¿No les parece a ustedes muy divertido?

El teniente coronel se solazaba con la impresión que iba causando a sus oyentes, y exageraba para hacer más atractiva su charla y crear cierto suspenso antes de largar una noticia sensacional que se venía guardando. Cuando advirtió que todos estaban pendientes de sus labios, la dejó caer con maestría.

—Aún hay algo más importante, señores —dijo sonriendo—. El 9 de abril partieron del Callao los dos primeros blindados peruanos, listos para entrar en combate.

—¿Los blindados están listos ya?…

Todos los jefes y oficiales rodearon al argentino, preguntándole detalles y comentándolos confusamente.

Sáenz Peña les impuso silencio, y decidido a acrecentar la expectación, agregó:

—Y su ruta, ¿adivinan cuál será?…

Todos se miraron consultándose, y algunos aventuraron nombres de puertos.

—No, no, señores —declaró por último—. Los blindados navegarán nada menos que sobre Antofagasta.

El teniente coronel tuvo que alzar la voz para sobreponerla a los comentarios alborotados.

—El refugio que los chilenos han dejado desguarnecido por mandar su escuadra a bloquear Iquique. Y nuestros barcos, señores, deberán estar frente a Antofagasta mañana o pasado, a más tardar.

Satisfecho por la coronación exitosa que había dado a su charla, se levantó y se dispuso a bajar de la azotea.

—Mi general debe haber despertado ya de su siesta, caballeros —advirtió—. Aunque extenuado por el viaje que hemos hecho a través del desierto, me ordenó que lo despertara a las seis, para atender los asuntos más urgentes de esta comandancia militar.

—No se marche usted —le rogó un coronel—. No hay más que cosas de rutina, y al general le hará bien descansar.

—No, no, mi amigo —le rebatió el ayudante—, creo que hay algo más gordo. El comisario de policía me habló de tres espías que había cazado hace unos días. Será conveniente que el general los examine.

Haciendo repicar sus espolines, bajó la escalera de la azotea, en dirección al despacho del nuevo jefe militar de Iquique.

El general acababa de sentarse a su escritorio. Tenía húmedo el cabello canoso, pues terminaba de lavarse y peinarse. Con desgano, notificó a su ayudante que estaba dispuesto a atender los asuntos pendientes.

El teniente coronel salió a las oficinas en busca del comisario de policía, que había prometido estar allí a esa hora para exponer al general el caso de los espías.

Minutos después, el corpulento policía explicaba el asunto al nuevo jefe militar.

El general lo escuchó con negligencia.

—Bien, haga introducir al hombre y a la señora a mi presencia —le ordenó.

—A ambos es imposible, señor —manifestó el policía, turbado—. El hombre se fugó anoche de la cárcel.

El jefe militar levantó una ceja asombrado, y clavó sus ojos azules en su interlocutor.

—¿Cómo? ¿Han permitido ustedes que un reo de esa naturaleza se fugue?

—En la cárcel de este pueblo, señor, basta desclavar una tabla para fugarse —se defendió el comisario—. Pero se ha puesto doble vigilancia en los caminos y en la bahía.

El general hizo un gesto de fastidio.

—Bien. Traiga a la mujer entonces.

Cuando el comisario se retiraba, lo detuvo:

—¿Cómo se llama la arrestada?

—Dice llamarse Zulema Díaz de Arellano, señor. Sus documentos son los que tiene Su Señoría en las manos —respondió el policía y salió en busca de la detenida.

Leonora esperaba custodiada en la sala de guardia.

Segura de que los documentos que le fabricara la embajada chilena en Lima eran irrefutables, logró llegar tranquila al despacho del general.

Éste leía los papeles de los detenidos en el momento en que el policía se le aproximó, diciendo:

—Con su permiso, señor general. Aquí está la prisionera.

El general, que había olvidado el nombre que le diera el

comisario, lo buscó en los papeles sin levantar los ojos.

—Doña Zulema Díaz de Arellano —leyó.

El viejo militar y la prisionera quedaron frente a frente.

Leonora ahogó una exclamación. El general se puso de pie, con los ojos dilatados de asombro.

—¿Cómo es esto?… ¿Usted, señorita?

—¡General Buendía!

Leonora sintió que todo se desplomaba sobre su cabeza. El general Juan Buendía era el único juez al que no podría engañar con la historia que traía urdida.

El teniente coronel Sáenz Peña y el comisario se miraron estupefactos, mientras su jefe se acercaba a la joven.

¿Usted aquí, señorita Alcérreca?… ¿Y arrestada bajo un nombre falso? —balbuceó, desconcertado.

Leonora lo contemplaba atontada, temblándole los labios. Las ideas le giraban locamente dentro del cerebro, y ella trataba de asir una que la salvara.

Pasado el primer estupor, el general Buendía se había erguido rígido y, bajo el ceño contraído, sus ojos la taladraban.

—Señorita, es preciso que usted se explique, y con absoluta claridad.

Leonora siguió callada. En el movimiento de sus pupilas se traslucía el torbellino de su pensamiento.

—¿No tiene usted nada que responderme?

La voz del aristócrata sonaba seca, fría e impaciente.

—General Buendía —articuló la joven—, perdóneme usted si el asombro de encontrarlo en este puerto me ha paralizado. Es que…, realmente…, me había hecho ya a la idea de no verlo nunca más.

Hablaba atolondrada, mientras trataba de atrapar una idea que la sacara del apuro, e involuntariamente comenzaba a usar el tono de mujer coqueta con que se había dirigido siempre al general en el Callao.

Una levísima chispa de satisfacción que vio lucir en los ojos de su interrogador dio a la agente el camino por donde debía encauzar su proceder. Su intuición le advirtió que el punto vulnerable de aquel militar estaba en su donjuanesca vanidad.

—Señorita Alcérreca, ¿puede usted explicarme a qué se debe que la encuentre en Iquique y bajo un nombre que no es el suyo? —

preguntaba él.

Con dificultad esbozó ella una sonrisa.

—Sí, general, puedo explicarle perfectamente.

Pero, advirtiendo la mirada del teniente coronel Sáenz Peña y el rostro desconfiado del comisario, añadió en tono plañidero:

—Pero antes quiero pedir un favor a los señores oficiales que lo acompañan.

El general la autorizó con un gesto.

—Quiero pedirles que comprendan que para una mujer, que por primera vez se halla en una situación como la mía, resulta muy violento explicar públicamente las causas que la llevaron a la cárcel.

Los dos a quienes iban dirigidas esta palabras se volvieron al jefe de la plaza; éste les indicó que abandonaran el despacho.

Al verlos retirarse, Leonora suspiró aliviada. A solas con el general Buendía, le sería mucho más fácil realizar el juego que se proponía.

—Bien, señorita Alcérreca, espero su explicación.

—¡Oh, general Buendía! —dijo Leonora, en tono compungido—, no se imagina usted qué difícil me resulta confesarme a un caballero que, habiéndome conocido en otras circunstancias, me interroga ahora con la aspereza de un juez.

—Lamento, señorita, que la situación se haya alterado. Pero comprenda usted que ocupo el cargo de jefe militar de esta plaza, y que debo averiguar toda actividad sospechosa; y las circunstancias en que vuelvo a encontrarla son por demás misteriosas. Desapareció usted bruscamente del Callao, sin una explicación…

Un pensamiento alentador se aclaró en la mente de la joven. Recordó que la última vez que viera al general éste le había prometido ir a visitarla al día siguiente. Seguramente llegó a la casa, y al no encontrarla, se sintió defraudado y molesto.

—… y ahora la hallo en Iquique, arrestada, en compañía de dos chilenos sospechosos y amparada bajo un nombre falso —continuó Buendía.

—Bajo un nombre falso que me hace acreedora a toda clase de desconfianzas —aceptó ella, con humildad—. Sin embargo, la explicación es simple, general.

—Estoy ansioso de oírla, señorita —dijo Buendía, con exagerada

rigidez.

«Está fingiendo para encauzar los hechos en un sentido determinado», intuyó Leonora.

En efecto, el general hubiera querido desarrollar allí una escena de gran efecto teatral, en la que brillaran su agudeza y perspicacia, terminando por abrumar a aquella linda mujer.

—¿A qué vino usted a Iquique? —inquirió lentamente.

Leonora balbuceó tímidamente:

—A reunirme con una parienta anciana que siempre vivió aquí, pero cuando llegué se había marchado, temerosa de la guerra.

—¿Y por venir a reunirse con su parienta, desapareció usted del Callao en forma tan repentina? —preguntó el militar con burlona incredulidad.

—Supe que se iba a declarar la guerra.

—¿Cómo lo supo? ¿Por quién lo supo?

—Por… el teniente Roberto Barraza, general —confesó la joven, ocultando la mirada con turbación.

—¡Ah!

Leonora temblaba interiormente. Estaba jugando la parte más peligrosa de su comedia. Al mencionar al teniente Barraza había colocado el cebo a la trampa que estaba tendiendo al viejo militar. Si el correo del gabinete había hablado del ataque que sufriera en la casa de ella en el Callao, el general relacionaría aquel hecho con su presencia en la concentración de tropas de Iquique. Pero mantenía la esperanza de que el oficial habría comprendido que le era más conveniente callar. Por varias razones: una, porque sería sometido a consejo de guerra por haber entregado al enemigo un secreto de Estado; otra, porque tendría que reconocer que había sido burlado; y la última, y quizás la más valedera, porque la había amado de corazón.

Si el oficial había guardado el secreto, al general no se le pasaría por la cabeza acusarla de espionaje.

—Bien —dijo éste—, acepto que se haya marchado usted del Callao repentinamente por temor al estallido de la guerra. Pero, si venía usted a Iquique en busca de una parienta, ¿por qué adoptó un falso nombre?

—Por…, por miedo, señor.

El general la miró con sincera extrañeza.

Leonora parecía una gacela acorralada. Pero, en el fondo de sí misma, distaba mucho de sentir temor. El general no se había enterado del asunto del teniente Barraza. Era el instante de culminar la escena en el tono que el viejo militar había querido imprimirle y que a ella le convenía.

—Por miedo, señor —repitió—. Usted es un soldado y quizás no pueda comprender estas debilidades femeninas… Pero yo no soy más que una mujer desamparada; no contaba con más apoyo en el Perú que el de aquella parienta, y cuando vine a buscarla no la hallé. En verdad, ya al partir del Callao temía no encontrarla, y, por precaución, me premuní de esos documentos que tiene usted bajo su vista, los que compré a precio de oro a uno de esos infames traficantes que explotan la angustia de la guerra.

Había recitado su párrafo de un tirón, avanzando paulatinamente hacia el militar.

El general, impresionado, comenzaba a desconcertarse.

—Pero ¿miedo de quién podía sentir usted?

—Miedo de… ¡de ustedes, señor, de los peruanos!

El general Buendía se puso de pie, con los ojos abiertos de estupor.

—¿Miedo de los peruanos?

—General, ¿no lo comprende usted? ¡Yo soy chilena!

El efecto fue superior a lo imaginado por la agente secreta. El viejo militar se quedó boquiabierto.

—¡Chilena! —silabeó casi sin voz.

—Sí, señor. ¿Comprende usted ahora mi temor? Durante la navegación desde el Callao pude conocer la triste suerte que corrían mis compatriotas expulsados de territorio peruano. Usted seguramente se enteró de la forma en que se los sacó de sus casas, despojándolos de sus bienes y arreándolos como bestias hasta las playas. ¡No, no, general, no los culpo a ustedes! Comprendo que las reacciones populares son imposibles de controlar. Pero comprenda usted, a su vez, el pánico que me invadió. Llegué a Iquique y, escudada bajo mi falso nombre, busqué a mi parienta. Cuando desesperé de encontrarla, acudí donde una antigua doméstica de ella, esa pobre mujer que arrestaron conmigo. En su casa dormí aquella noche, mientras la buena Elcira salía a buscar alguna persona que se prestara a comprarme un pasaje para el primer

barco comercial que navegara hacia Chile. A media mañana consiguió que un lanchero aceptara hacerlo y transportarme en su lancha al barco, cuando éste anclara en ese puerto. Recién lo había traído a mi presencia cuando entraron los soldados y nos arrestaron a los tres. Eso es todo lo ocurrido, general Buendía. Ahora, juzgue usted.

Con los ojos arrasados de lágrimas, aferrada a un brazo del general, intentó arrodillarse para dar más fuerza a su súplica.

El aristocrático militar fue incapaz de resistir.

—¡No, no, por favor! —exclamó, impulsándola a levantarse—. Nosotros no hacemos la guerra contra las mujeres. Cálmese, señorita. Yo le aseguro que usted no sufrirá daño; le doy mi palabra de caballero de que la ayudaré en todo. Venga, venga; tome asiento, por favor.

Apoyándola de un brazo la sentó en su propia silla. Nerviosamente fue a un esquinero y llenó un vaso de agua.

Leonora, sacudida por los sollozos, no podía beber, y tuvo que llevárselo él hasta la boca.

—La guerra tiene exigencias terribles, señorita —le decía—. Pero es nuestro deber hacerla lo más humanitaria que se pueda. No tenga temores; yo me preocuparé de usted…

La crisis de llanto fue cediendo lentamente.

El general había terminado por callarse. De pie al lado de la joven, la contemplaba, vencida, y un pensamiento gozoso iba germinando en él. Aquella preciosa mujer, que tanto codició en el Callao, dependía ahora de él. Con furtiva sonrisa observaba su pecho turgente, agitado todavía por sollozos; la nuca nacarada en el nacimiento del cabello; los muslos mórbidos.

Leonora alzó la cabeza. El general desvió la mirada, enrojeciendo.

—Gracias, general —musitó la joven—. Algún día se conocerá su acción en mi país y se sabrá que también hay en el Perú militares nobles.

—Conociéndola a usted, no se puede obrar en otra forma, señorita —aventuró Buendía—. Un momento, voy a hacerla acompañar.

Se dirigió a la puerta, y, abriéndola, llamó a alguien. Antes de que el solicitado entrara, se volvió a la joven, recuperado su

aplomo.

—Tendrá usted que permitirme visitarla, señorita, si es que queremos arreglar su situación —le dijo.

—El caso es, general, que no tengo casa donde recibirlo —confesó Leonora con aire inocente.

—¡Ah, si es así, pruébeme usted que estima en algo mi amistad, permitiéndome que atienda a su instalación!

Con visible satisfacción se dirigió al escritorio y estampó algunas frases en un tarjetón.

Un soldado había entrado, y esperaba rígido en la puerta.

—Soldado, acompañe usted a la señora al Hotel Español, en la calle Zela, y entregue esta nota al dueño.

El rostro del aristocrático jefe resplandecía de placer cuando ayudó a levantarse a Leonora.

—General, yo no puedo aceptar que…

—Señorita, será sólo por unos pocos días, y vivirá usted con la comodidad que se merece. Le ruego aceptar, mientras me preocupo de usted.

—¿Cuántos días cree usted que deberé permanecer en el hotel?

—Los necesarios para que le consiga un pasaje de vapor hacia el sur…, y hasta que usted me demuestre que no odia a los peruanos.

Dijo la segunda parte de su frase inclinado sobre la mano de Leonora, y en seguida le besó la punta de los dedos con exquisita galantería.

—Trataré de demostrárselo, general —musitó ella, envolviéndolo con una mirada cálida—. Hasta la vista, señor.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el general Buendía tuvo que hacer una honda aspiración para calmar su pulso.

20

La noticia del bloqueo de Iquique, llegada con el natural retardo a Chile, soplaba frenéticamente sobre las llamas del entusiasmo popular. Y mientras el Ministerio, contrariado por la decisión inesperada del contralmirante Williams Rebolledo, se reunía a deliberar, los pocos estudiantes que habían vuelto a los colegios, al iniciarse el año escolar, se marcharon también a los cuarteles. Formados frente al oficial de enrolamiento, exhibían sus temerarios 15, 16 y 17 años.

Los escolares de San Felipe imitaron aquel ejemplo y llenaban las aceras, frente al cuartel.

Alberto Cobo contemplaba con disgusto a esa juventud que pensaba en la guerra como en una fiesta. Pero jóvenes y viejos vibraban, contagiados por aquel frenesí. Hasta el padre de Leonora, cuya salud se quebrantaba más y más, se reanimaba al observar el entusiasmo de los futuros reclutas.

—¡Ah, si yo fuera joven! —exclamó a menudo—. Si la ausencia de Leonora no me hubiera aniquilado tanto…

Alberto se sentía más aniquilado todavía. Había viajado a Santiago para presentarse a su madre, que lo reclamaba angustiosamente, pero no había resistido más de tres días en la capital. Le parecía que los preparativos guerreros que se hacían en San Felipe, más visibles por la pequeñez del pueblo, lo mantenían conectado con Leonora.

—Si tanto la lloras, ¿por qué no te olvidas de mí y partes a buscarla? —no pudo menos que decirle un día su hermana Clementina—. Yo sufro más que tú sintiendo que soy un estorbo a tus anhelos. Puedo quedarme acompañando a don Antonio y a misiá Clarita o puedo irme con mamá a Santiago. Todos estaremos

más tranquilos sabiendo que has partido a buscar a Leonora.

—Y a cumplir tu deber con la patria —había agregado el señor Latorre.

Aquel día el mozo decidió incorporarse al ejército. Pero postergó su realización, irresoluto sobre el batallón al que se agregaría. El Aconcagua, que creara el cura Gómez, necesitaba todavía muchas semanas de adiestramiento.

Lo ayudó a decidirse una carta que enviaba Rafael Torreblanca a Clementina, desde Calama.

La jovencita la leyó para todos, con labio trémulo.

> *Mi adorada Clementina* —comenzaba—. *Te escribo anunciándote mi partida de Calama, con el corazón pleno de alegría, aunque nuestra salida sea el mayor motivo de desencanto para el comandante Eleuterio Ramírez, jefe militar de la zona.*
>
> *Después de hacernos conquistar este pueblo a costa de tanta sangre, el Gobierno parece que ha considerado inútil la operación y ordena que se lo evacue. Gracias a esta circunstancia, que ha hecho llorar de rabia a nuestro comandante, mañana comenzaremos a dejar Calama los pontoneros, los artilleros y el 4.º de Línea. Es doloroso dejar a los compañeros del 2.º de Línea sin artillería para defenderse, en caso de que los bolivianos ataquen por aquí, pero las órdenes son órdenes. Y hoy me traen a mí un poco de felicidad, porque llegando a Antofagasta me retiraré de este cuerpo improvisado, para correr a Copiapó y enrolarme en el regimiento de mi pueblo: el Movilizado Atacama. Pero, antes, viajaré rápidamente a San Felipe para verte, para abrazarte, por fin, después de tanto tiempo. No puedo escribirte más largo porque el arriero que llevará las cartas a Antofagasta ya va a partir. Hasta muy pronto, adorada mía. Ruego al cielo que te conserve bien hasta que yo pueda llegar a besar tus lindas*

manos. Te quiere,

RAFAEL

Mientras la jovencita se encerraba en su cuarto para releer la carta de su novio, Alberto comprendió que aquél era el impulso que necesitaba para decidirse.

—Me enrolaré como soldado libre en el Atacama —participó a don Antonio Latorre.

Desde aquel día empezó a preparar su partida. En espera de la llegada de Rafael Torreblanca, se pasaba horas en el cuartel de San Felipe, donde se adiestraba a los reclutas del batallón Aconcagua. En compañía del «curita Gómez», que se movía como un chiquillo entre ellos, ayudando a los oficiales instructores, se familiarizaba con el uso de las distintas armas de la infantería.

Entretanto, el batallón de Pontoneros del comandante Martínez había salido de Calama.

El comandante Eleuterio Ramírez, con los puños crispados de desencanto, vio a los soldados cruzar el débil puente tendido sobre el río Loa, de regreso a Antofagasta.

Tras los pontoneros, pasaron los artilleros y por último los heridos. Los del 4.º de Línea venían retrasados y corrían hacia el puente, cuando las maderas de éste cedieron, precipitando a las aguas una carreta con seis heridos.

Seguido por sus soldados, el comandante Ramírez fue salvando a los que pudo. Pero las aguas arrastraron la carreta y cuatro de los heridos murieron ahogados.

Recién habían rescatado los cadáveres, cuando llegó un mensajero a todo galope. Venía mandado por el ministro de la Guerra, coronel Cornelio Saavedra, y traía una nota para el jefe de la plaza de Calama. Temiéndose un ataque boliviano desde la sierra, se daba contraorden y todos los batallones, salvo los pontoneros y la artillería, debían permanecer en Calama.

Eleuterio Ramírez no hizo comentarios, pero sus ojos claros se clavaban en los cuatro cadáveres extraídos del río.

Con la mirada del comandante Ramírez fija en el cerebro, Rafael

Torreblanca viajó hasta Antofagasta y luego navegó hasta Valparaíso.

Antes de tomar el tren que lo acercaría a San Felipe, el copiapino compró el diario *El Ferrocarril*, atraído por un titular a lo ancho de su primera página. En él se predecía la caída del Ministerio. ¿La causa? La discrepancia entre el presidente Aníbal Pinto, que propiciaba el bloqueo del Callao, y su ministro del Interior, don Belisario Prats, que pretendía la invasión de Tarapacá partiendo del asalto a Iquique.

«¿A qué puede conducir esta tensión política? —se preguntó con pesar Torreblanca—. Sólo a postergar más las acciones militares, dando mayor tiempo a Perú y Bolivia para completar sus armamentos y ocupar nuevas posiciones».

Cuando el tren se puso en marcha, buscó ahuyentar tales preocupaciones sumergiéndose en la lectura de la última carta de su novia. Aunque la había repasado infinitas veces, la simple visión de la letra de Clementina lo emocionaba. Con las blancas cuartillas abiertas, se sumió en ensueños, imaginando el momento en que volvería a oír la voz de la dulce muchacha.

Como lo afirmaban los periódicos, el Ministerio tambaleaba por causa de la divergencia de opiniones sobre los cauces que debía seguir la guerra.

El presidente Pinto, convencido de que una crisis ministerial retardaría más las decisiones, decidió ceder y aceptó estudiar la posibilidad de realizar un ataque a Iquique. Pero impuso como condición que se consultara de inmediato al comandante en jefe de las tropas expedicionarias de Antofagasta, coronel Emilio Sotomayor, a su hermano, don Rafael, que navegaba con la escuadra, y al propio jefe de ella, contralmirante Williams Rebolledo.

Toda determinación gubernamental se postergó así hasta que el «Plan Iquique» fuese enviado y se recibiera respuesta. El 16 de abril partió un oficial en un barco de la carrera, portando el despacho secreto.

Aquel mismo día, el capitán Arturo Prat se presentaba al

presidente de la república llevándole otro problema difícil: la compra de un vapor veloz como el *Amazonas*. Infructuosamente el marino había tratado de conseguir de la Compañía Inglesa de Vapores que se aviniera a vender aquel barco. Rechazada su petición, acudía al primer mandatario para proponerle la compra del vapor *Abtao*.

Mientras el presidente autorizaba a Prat para iniciar la negociación, la escuadra chilena proseguía el bloqueo de Iquique.

Por su parte, el general Buendía subía todas las mañanas a la torre de la aduana y provisto de un catalejo escrutaba el horizonte marino, con la esperanza de distinguir las arboladuras de las corbetas *Unión* y *Pilcomayo*, que debían pasar hacia el sur para atacar a la desguarnecida Antofagasta.

El general Buendía estaba satisfecho. Se sentía poderoso en Iquique. Los temores que concibiera al zarpar del Callao de que su vida en el puerto tarapaqueño fuese aburrida, se habían disipado. Su encuentro con la hermosa mujer que conocía como Elena Alcérreca ponía un misterioso atractivo en sus días.

La había hecho ubicar en el Hotel Español y, por orden suya, se la atendía regaladamente; más aún en las ocasiones en que él iba a visitarla…, y él ponía especial cuidado en robar una hora todas las tardes a sus ocupaciones para presentarse impecable y ligeramente perfumado en el cuarto de la joven.

Aunque no había avanzado mucho en la intimidad de la desconcertante chilena, tenía grandes esperanzas de que repentinamente todo se iba a hacer fácil. Desde luego, ya la señora había dejado de insistirle en la compra del pasaje prometido, y parecía olvidada de su urgencia en viajar a Chile. Y la última tarde había estado francamente amable con él. El viejo militar se maldecía por no haber aprovechado la oportunidad. Se prometía no mantenerse en un plan tan respetuoso para la próxima visita. Incluso, y como medida de prudencia, mantenía a uno de sus ordenanzas de guardia frente a la puerta del hotel. Gracias a esto sabía que la joven no hablaba con nadie y permanecía encerrada en su cuarto.

Pero las razones del encierro de Leonora eran diferentes a las imaginadas por Buendía. Una tarde en que consumida por la impaciencia se paseaba por la habitación, al cruzar frente a la ventana entreabierta, se detuvo intrigada. En la acera del frente estaba un hombre rudo y mal vestido apoyado en el muro. Algo en su mirada insistentemente fija en su ventana llamó la atención de Leonora. Acercando el rostro a la juntura de los batientes, lo observó con cuidado. Era un hombre alto y delgado, de tez muy tostada por el sol, y sus ropas lo señalaban como un minero de la pampa.

Mientras lo miraba, el observado reparó en ella y se le acercó negligentemente. En su manera de andar descubrió Leonora algo muy familiar, por lo que abrió un poco más la ventana.

El hombre se acercó sin prisa, pero sus ojos se movían alertos. De pronto, estuvo al pie de la ventana y alargó rápidamente un papel a la joven, al mismo tiempo que le susurraba:

—Tome. Haga lo que le digo en este papel.

Inmediatamente se alejó con paso perezoso. Era don Roberto Rodríguez, Leonora lo reconoció en la voz.

Cerró la ventana y leyó el mensaje. Decía:

> *Es preciso que usted haga llegar, con toda urgencia, este mensaje a los barcos chilenos. Lo he recibido por conducto de nuestros agentes en Arica y lo considero absolutamente digno de crédito. Las corbetas «Unión» y «Pilcomayo», totalmente artilladas, han zarpado del Callao rumbo a Antofagasta.*

Aquel mensaje le trajo una seguridad y un aplomo extraordinarios. Volvía a sentir que no estaba sola. Desde la sombra el servicio secreto velaba por ella. Repentinamente le pareció que aquellos hombres podían hacerlo todo. No sabía quiénes eran ni cuántos había en Iquique. Ella sólo conocía a don Roberto Rodríguez y le había oído hablar de uno de los exempleados del consulado chileno. Pero suponía que, así como Abelardo Núñez había enviado más agentes a Arica, seguramente habría agregado algunos más en Iquique.

Lo primero era eliminar al soldado de civil que había puesto el

general Buendía en la puerta del hotel. Cada vez que ella se asomaba a la ventana, lo había visto junto a la entrada. Además, lo había observado en las ocasiones en que el general trasponía la puerta del hotel. La rigidez con que lo saludaba denunciaba su calidad de soldado.

Sólo había una forma de quitarlo de allí: conseguir que el propio general Buendía lo retirara. Y Leonora se dispuso a conseguirlo. Vestida con un traje obscuro y audazmente escotado lo esperó. Cubrió sus hombros y el nacimiento de sus pechos con un chal de tul y se sombreó las ojeras tenuemente, dando a su rostro, por contraste, un tono de palidez marfileña.

Cuando abrió la puerta al general, su rostro transparentaba cansancio.

—¿Qué le ocurre, mi querida amiga? —le preguntó impresionado el militar—. La noto triste, apesadumbrada.

—No tengo pesar alguno, general —respondió con desgano—. Es el encierro el que me afecta los nervios, nada más.

El corazón le saltó al viejo aristócrata. Sus cálculos se verificaban punto por punto. El enclaustramiento obraba su efecto en la joven.

—Pero, Elena, ¿por qué no me había dicho usted nada? —exclamó condolido—. Yo puedo proporcionarle cuanto sea necesario para que usted se distraiga.

—¿Con un guardia siempre prendido a mi sombra? No, general.

El general se quedó atónito al verse descubierto y no intentó disculparse. Comentó entre divertido y avergonzado:

—Son las cosas de la guerra, mi estimada amiga, malas costumbres que se le pegan a uno.

—¿Acaso hay guerra entre nosotros dos, general?

Los enormes ojos de la joven se habían alzado lentamente hacia el rostro del militar, mientras hacía la pregunta con voz intencionada.

Buendía comenzó a jadear levemente. Aquella mujer lo sollamaba con sus ojos profundos y aquella voz arrastrada y ronca.

—No, no… Espero que no —tartamudeó incómodo—. Mi único deseo es que nos entendamos siempre bien…, que nos entendamos… mucho…

—Pues ha escogido usted un mal camino para conseguirlo, don

Juan. Me hiere con esa vigilancia.

El militar se defendió casi en un ruego:

—Por favor…, por favor, no me afee usted más esa tontería propia de un hombre celoso…, sí, mi querida amiga, éste es el calificativo. Le prometo a usted que nunca más volverá a ver vigilancia en torno suyo.

—¿Quiere decir que me vigilarán de lejos?

—Nadie la vigilará, Elena. Será usted tan libre como le parezca.

—Está bien, general, confío en su palabra. Pero le prometo, a mi vez, que si descubro que me ha mentido, no volveré a hablarle.

—¿Mentirle yo? ¡Por nada del mundo, mi querida amiga! Lo único que deseo es que usted me crea.

De pronto, le pareció haberse excedido en su ansiedad y adoptó un aire más indiferente.

—La única vigilancia que le ruego acepte, mi distinguida amiga… —aventuró con cierta malicia—, es…

—¿Cuál, don Juan?

—La mía. Una vigilancia que me propongo sea diaria.

Leonora sonrió picarescamente sin responder.

—Gracias, Elena —exclamó con alegría el militar—. En prueba de mi sincera gratitud, le ofrezco que disponga de mí para matar el aburrimiento.

La joven meditó un momento, midiendo el provecho que podía sacar de aquel ofrecimiento. Su propósito había sido conseguir que se le retirara la vigilancia, pero ahora calculaba que un paseo, en compañía del general, podría serle sumamente beneficioso. Además de servirle para que los centinelas y oficiales la consideraran insospechable por ser «la amiga del general», le permitiría observar las disposiciones tomadas en la costa por las fuerzas peruanas.

—Acepto, mi gentil amigo —respondió—, Necesito respirar aire puro, caminar un poco cerca del mar, y me será doblemente grato hacerlo acompañada por usted.

El general Buendía no cabía en sí de gozo. Apresurándose a abrir la puerta, le cedió el paso. Luego la alcanzó y, con un ademán un poco retraído, le ofreció su brazo.

Conversando mesuradamente cruzaron los corredores por medio de algunos grupos de pasajeros y empleados del hotel. En el pasillo que desembocaba en la calle, varios oficiales se cuadraron ante el

general y se quedaron mirándolo boquiabiertos.

En la puerta estaba estacionado el hombre de siempre. Buendía le ordenó sin detenerse:

—Retírese y suspenda su vigilancia. No volverá a ser necesaria.

Miró a Leonora como solicitando su aprobación. Ella le sonrió divertida. Siempre tomados del brazo, fueron caminando hasta la playa.

Comenzaba a obscurecer cuando pisaron sobre la arena húmeda.

El general respiraba a pleno pulmón, feliz. Leonora hablaba sobre su soledad, sobre sus noches desveladas por recuerdos y nostalgias.

Había obscurecido ya, cuando el general la dejó en la puerta del hotel. Olvidado de la gente que entraba y salía, al estrecharle la mano, la levantó rápidamente hasta sus labios y depositó en ella un beso apasionado.

Leonora se recogió a su cuarto, y cuando calculó que el jefe de la plaza ya habría llegado a su cuartel, cambió su chal de tul por un rebozo grueso y, cubriéndose con él la cabeza y la mitad del rostro, se encaminó hacia el patio interior del hotel. En días anteriores se había preocupado de ver dónde estaba la puerta de servicio. Salió a una calle lateral, por donde se orientó hacia los cerros del fondo, buscando la casa de la lavandera Elcira Carrasco.

Tan pronto como la sufrida chilena le abrió la puerta, Leonora se descubrió el rostro y le habló apremiada:

—Señora Elcira, es preciso que usted me proporcione los medios para cumplir una misión importantísima para nuestra escuadra.

—¿Qué ocurre, misiá Leonora?

—Dos barcos peruanos vienen hacia el sur. Hay que prevenir al jefe de la escuadra. Para ello es forzoso encontrar un lanchero chileno que cruce la bahía esta noche para llegar a los barcos bloqueadores.

—¡Vaya, misiá Leonora! —exclamó asombrada la mujer—. Segunda vez que me piden hoy lo mismo.

La joven pensó que el otro debía haber sido don Roberto Rodríguez.

—Sí —le confirmó la lavandera—. Vino hará unas tres horas a pedirme que lo pusiera en contacto con un botero. Le conseguí al Negro Rojas.

—Comprendo. El señor Rodríguez quiere tener la seguridad de que el mensaje llegará a bordo. Por eso me ordenó que yo también lo enviara. ¿Puede usted hacerme el mismo favor a mí, doña Elcira? He traído dinero para pagar el hombre que…

—Un chileno no necesita pago para ayudar a su patria, señorita. Voy a ir a buscar al Tuerto Avendaño. Avendaño perdió un ojo en una riña con soldados peruanos, señorita. Irá al infierno a vengarse, si es preciso.

—¿Cuánto tardará usted en traérmelo para entregarle el mensaje?

—Una hora y media, más o menos. El Tuerto tiene su lancha escondida. Tendrá que arrastrarla a un punto de la costa y dejarla lista, antes de venir acá.

—¿Puedo esperar aquí, doña Elcira?

—Por supuesto, misiá Leonora. Le voy a llamar al niño para que la acompañe y le cebe unos mates.

Minutos después salía envuelta en un manto que la cubría como a las indias serranas.

Leonora quedó sola con el niño. Por sobre el bullir del agua de la tetera, oía los ruidos últimos del puerto que se preparaba a dormir. Pronto el muchacho le alargó el pocillo de barro oloroso a yerba. Leonora comenzó a chupar la bombilla metálica a cortos sorbos, tratando de aplacar la tensión de la espera.

El general Buendía cenaba a solas en su habitación del cuartel. Como a las diez y media llamó a su ordenanza y le indicó que retirara los platos vacíos, disponiéndose a desvestirse. Pero cuando lo empezaba a hacer, el oficial de guardia vino a interrumpirlo. Acababa de llegar un italiano que se había escurrido a tierra, desde un barco de la carrera. Venía desde Caldera, donde lo mantenía el servicio de espionaje peruano. En aquel puerto chileno estaba la oficina cabecera del cable submarino al norte y no había que darse mucha maña para enterarse de todas las comunicaciones que enviaba el Gobierno chileno a sus jefes en Antofagasta. El descuido con que se procedía en aquella oficina del cable era pasmoso; el servicio secreto peruano obtenía casi todas sus informaciones allí.

La que traía el italiano al general Buendía no podía ser más valiosa: el vapor *Copiapó* había partido de Valparaíso hacía tres días, cargado con carbón y víveres para los barcos chilenos que bloqueaban Iquique.

Buendía ordenó de inmediato enviar un telegrama al comandante de mar de Arica, anunciándole la misión del *Copiapó*, para que diera aviso a los comandantes de las corbetas *Pilcomayo* y *Unión*, que habiendo zarpado del Callao hacía unos días, debían estar por llegar a ese puerto.

Terminaba de dar la orden, cuando en dirección a la costa se oyeron numerosos disparos de fusil.

El general se quedó escuchando, y como los tiros se repitieran, se colocó a toda prisa la guerrera y salió al patio del cuartel.

En la guardia se había dado el alerta y uno de los ayudantes, el mayor Venegas, se disponía a salir con ocho soldados. Buendía se agregó al grupo y todos marcharon rápidamente hacia la costa.

Leonora también había escuchado los disparos. Nerviosamente se quedó en pie tras la puerta de la casa, esperando sentir los pasos de doña Elcira.

Afortunadamente, al corto rato, se oyeron los pasos de la mujer. Llegó acompañada por un hombre bajo y haraposo, al que le faltaba el ojo derecho. Era el Tuerto Avendaño.

La mujer exclamó jadeando:

—¡Balearon al Negro Rojas, señorita! Nosotros veníamos pasando cerca; lo vimos cuando conversaba con dos hombres junto a su bote y en ese instante apareció la ronda de soldados. Dos de los que platicaban intentaron arrancar en el bote, mientras el otro corría a perderse entre las rocas. Pero los peruanos dispararon. Uno de los que empujaban la embarcación cayó y tuvo que salir rengueando de entre las olas. El que se dirigía a las rocas volvió y lo ayudó a escapar. Pero los soldados siguieron baleándolos. No nos atrevimos a seguir mirando, señorita, y nos vinimos a escape.

Aun cuando no lo había mencionado doña Elcira, Leonora comprendió que uno de los que fueron descubiertos era Roberto Rodríguez.

—Pero ¿el bote alcanzó a alejarse? —preguntó, trémula.

—Creo que sí, señorita —repuso el Tuerto Avendaño—. Pero a los otros dos los deben haber «charqueado» en las rocas.

Leonora meditó brevísimos momentos. En seguida preguntó al lanchero:

—¿Se atreve usted, de todos modos, a llevar el mensaje hasta los barcos?

—¿Y por qué no, señorita? Yo saco mi lancha por la Punta de Cavancha. Está más lejos, por allá no llegan las rondas.

—Gracias; tómelo. Y ahora, dígame, ¿sospecha usted dónde pueden haberse escondido su compañero Rojas y el que lo acompañaba, en caso de salvar de los disparos?

—En la casa de una china que tiene hijos del Negro, señorita.

—¿Está en el camino que debe usted seguir para llegar hasta su lancha?

—No, señorita, pero no me apartará mucho.

—Bueno, lléveme entonces. Necesito saber si le ocurrió algo a don Roberto Rodríguez.

El lanchero le propuso caminar por la parte posterior del pueblo, apegándose a los cerros, para esquivar las posibles rondas.

Marcharon en silencio y rápidamente durante media hora. Al cabo de ella entraron por una callejuela estrecha, bordeada de casuchas improvisadas. El lanchero se detuvo frente a una puerta. Sin golpear, apegó la boca a las junturas de la tablas y llamó en un susurro:

—¡Negro Rojas!… ¡Eh, Rojas, abre, soy yo, Avendaño!

Dos veces repitió su llamado, hasta que le respondió una voz de hombre igualmente en sordina:

—¿Qué hay? ¿A qué vienes?

—Traigo a una señora amiga del caballero que estaba contigo. Ábrele, no hay nadie más.

Se sintió retirar una tranca y la puerta se abrió, apareciendo la figura alta y corpulenta de un hombre.

El Tuerto Avendaño le indicó a la señorita Latorre y se escabulló al trote silencioso hacia el sur.

Leonora entró en la casa y se quedó encogida en la obscuridad. Sentía la respiración del botero. Armándose de valor le preguntó:

—¿Qué ha sido del caballero que lo contrató?

—Está herido allí adentro, señorita. No quiero encender luz por si andan soldados buscándonos. Venga.

Una mano enorme la tomó de un codo. Caminó con cuidado, temiendo estrellarse con mesas o sillas, pero la habitación parecía vacía. Luego cruzaron un patio y volvieron a entrar en una habitación.

Allí estaba el agente Rodríguez. Se le oía quejarse quedamente en la obscuridad.

Cuando Leonora lo llamó por su nombre, cesaron los gemidos y la voz de don Roberto se alzó quebrada.

—¡Qué disparate ha hecho usted, Leonora! ¿Cómo ha cometido la tontería de venir hasta aquí?

—Tenía que saber qué le había ocurrido, don Roberto. ¿Está usted malherido? ¿No se puede encender una luz para ver si necesita usted una curación?

El herido protestó enojado. Estaba herido, sí, pero ya hallaría el Negro Rojas la forma de ayudarlo. Le habían echado una venda y a la noche siguiente lo sacarían hacia la pampa para esconderlo en la casa de un chileno que vivía en el caserío de Hospicio. Tenía una bala en un muslo y otra le había resbalado sobre las costillas.

—¿Y el mensaje, don Roberto?

—Pudo salir. Confío en que el compañero del Negro habrá podido llegar a los barcos. Pero ahora váyase, váyase, no se arriesgue inútilmente. Comprenda que es usted la única que podrá seguir informando a los nuestros. Rojas, háganos el favor de dejarnos solos un momento.

—Bien, señor.

Rodríguez se incorporó con dificultad para acercarse a Leonora, arrodillada junto al jergón en que yacía.

—Leonora —le susurró muy bajo—, tiene usted que asegurarse al general Buendía. Mis heridas interrumpirán mis conexiones con nuestros agentes en Pisagua y Arica. No alcancé a enlazar a usted con nuestro compañero, el exempleado del consulado. Trataré de hacerlo tan pronto me haya recuperado un poco. Pero, entretanto, recuerde usted que la única vía que tendrá la escuadra para obtener informaciones de tierra será usted. Y la fuente para que usted las obtenga es el general Buendía. Aproveche bien sus buenas relaciones con él. Eso es todo, Leonora; y ahora márchese al

momento. Yo me haré presente ante usted cuando pueda. Adiós y cuídese, mi amiga.

El Negro Rojas la acompañó hasta una calle por donde podía encaminarse rectamente al hotel.

Cuando el lanchero la dejó sola, la agente sintió temor. La calle se estiraba silenciosa ante ella, como una faja parda obscura. De muy lejos del lado norte del puerto, venía una musiquilla confusa.

«Son soldados que "remuelen" en las cantinas de los chinos», pensó la joven, y le dio un escalofrío imaginar qué sería de ella si se topaba con algún grupo de ellos. Afortunadamente llegó hasta el centro del pueblo sin encontrar a nadie. Pero allí se presentaba una nueva dificultad. La intendencia del ejército peruano había hecho colocar faroles de parafina en las esquinas principales. Camino tratando de esquivarlos, pero cuando ya estaba a tres cuadras del hotel, le pareció divisar un grupo de soldados observándola desde una esquina distante.

Rápidamente alcanzó la primera calle atravesada, en cuyas sombras se hundió.

Todo el mundo dormía en el hotel, salvo el nochero, amodorrado en el pasillo de la entrada principal.

Al llegar a la puerta de su habitación, con un suspiro de alivio giró la palanca de la cerradura y entró en su cuarto. Una cerilla chispeó en la oscuridad.

Leonora se volvió sobresaltada y distinguió el rostro contraído del general Buendía. No pudo contener un grito sofocado.

El militar había aplicado la llama a la lámpara y la habitación se fue iluminando rápidamente. Pero en aquella fracción de tiempo Leonora alcanzó a controlar su zozobra.

—¿Qué significa esto, general? —quiso decir con firmeza, pero su voz tembló sin fuerza.

—Soy yo el que debe preguntarlo —exclamó el interpelado cogiéndola de los hombros con rudeza. Su rostro estaba ceniciento de furor. Sus dedos se habían agarrotado en los brazos de la joven. Congestionado, repetía sacudiéndola—: ¡Falsa!… ¡Mentirosa!… Me has estado engañando; te has estado burlando de mí. Pero esto terminó. ¿Me entiendes? ¡Terminó!

—Se equivoca usted, general, se equivoca —protestaba desesperadamente Leonora—. Precisamente por no engañarlo es

que me veo en esta situación. ¡Oh, no sabe usted qué martirio estoy viviendo!

—¿De dónde vienes, miserable?

—De la playa, señor. No podía estarme quieta en el hotel.

—¡Mientes!

Volvió a sacudirla frenéticamente.

—Te hemos visto, te hemos seguido mientras volvías de tus sucias vagancias.

Leonora hubiera dado diez años de vida a cambio de saber si el furor del general era por haber descubierto que ella estaba en comunicación con sus enemigos o por creer que venía de verse con otro hombre.

Pero el militar no le dejaba tiempo para pensar. Atropelladamente insistía:

—¿Qué hacías en esas calles? ¿A quién fuiste a buscar, perdida?

—Es usted injusto, general; ya verá cómo tiene usted que pedirme perdón por estas ofensas. Le he dicho que salí porque no podía estarme quieta en este encierro. Hace noches que no duermo presa de una terrible incertidumbre. Esta tarde, paseando por la playa con usted, comprendí que no podía demorarme en tomar una determinación. Y luego, al volver nuevamente a esta habitación, la cabeza me ardía. Por eso salí y caminé sin rumbo, buscando sólo el frescor del viento del mar. Volví tranquila porque había logrado llegar a una decisión.

—¿Y qué decisión es ésa? —inquirió el militar, silbándole las palabras entre los dientes cerrados.

—Marcharme; sí, marcharme cuanto antes. Soy chilena y no debo amar al jefe de los enemigos de mi patria.

El hombre se quedó mudo, repentinamente rígido. Con un gesto brusco separó a la muchacha y la miró.

El rebozo que llevaba Leonora se había corrido de sus hombros, dejando al descubierto el ancho escote del vestido.

Los ojos del general se clavaron en aquél.

Leonora sintió el ramalazo de deseo que sacudió al militar e intentó cubrirse. Pero las manos de él le atraparon las muñecas.

—¿Me amas? ¿Realmente me amas?

Su voz era dura. Tenía los ojos empequeñecidos y las mandíbulas rígidas.

Leonora pensó vertiginosamente en la recomendación de su compañero herido: «Tiene usted que mantenerse apegada a toda costa al general Buendía».

Cerrando los ojos, exclamó en un gemido:

—Sí, general.

Los dedos rabiosos del militar se hundieron bruscamente en el ángulo del escote y, aferrando corpiño y vestido, tiraron hacia ambos costados, rasgando las prendas de arriba abajo. Los pechos de la joven saltaron desnudos.

Comenzaba a clarear cuando el general Buendía abandonó la estancia. Lentamente tomó el camino del cuartel.

A esa misma hora, el oficial de guardia del buque insignia chileno se presentaba en la cámara del contralmirante Williams Rebolledo.

—Ha llegado un segundo mensaje, señor almirante. Esta vez lo envían de la corbeta *Chacabuco*, que lo recibió de un lanchero hace una hora.

—¿Un segundo mensaje? —exclamó asombrado el jefe de la escuadra—. ¿Y qué dice?

—Lo mismo que el anterior, señor almirante. Que las corbetas peruanas *Unión* y Pilcomayo han salido del Callao y navegan hacia el sur con el propósito de atacar Antofagasta.

—Está bien, teniente; comunique por destellos a los comandantes Simpson del *Cochrane* y Latorre de la *Magallanes* que transborden inmediatamente a este barco.

Media hora más tarde, en presencia del señor Rafael Sotomayor, los comandantes de los barcos mencionados recibían la orden de partir rápidamente hacia el sur. Navegando juntos para evitar ser atacados por los barcos peruanos, deberían ir a situarse frente a Antofagasta hasta que el contralmirante les informara que el peligro había pasado. A su regreso a Iquique, la *Magallanes* cumpliría la misión de investigar si había barcos cargando guano en Guanillos y Pabellón de Pica.

Casi junto con la llegada del *Cochrane* y la *Magallanes* a

Antofagasta, el coronel Sotomayor recibió el despacho presidencial que contenía el «Plan Iquique» y la instrucción de someterlo a consulta al contralmirante Williams y al asesor de la escuadra y el ejército, don Rafael Sotomayor.

Comprendiendo que de la rapidez en conseguir las opiniones de esos dos señores dependía la iniciación de la campaña, el veterano coronel subió a la *Magallanes* el 11 de abril y ordenó al comandante Latorre alterar la orden recibida del jefe de la escuadra, regresando de inmediato a Iquique como correo de gabinete.

Minutos antes del zarpe, le entregó el pliego sellado de la presidencia, advirtiéndole que eludiera toda lucha y que si corría peligro de ser capturado rompiera los sellos y leyera el mensaje, destruyéndolo en seguida.

La corbeta chilena puso proa al norte a mediodía del 11 de abril y navegó apegada a la costa, porque su comandante pensaba cumplir la misión de verificar si había barcos cargando guano en Guanillos y Pabellón de Pica.

Al amanecer del 12 la nave alcanzaba la latitud de esas caletas y se acercaba a la costa. Pero cuando contorneaba la Punta Chipana para asomar sobre Guanillos, los vigías alertaron la presencia de dos humos a proa.

El comandante Latorre escrutó con su catalejo y divisando dos corbetas, se imaginó que eran la *Chacabuco* y la *O'Higgins*, que patrullaban la costa.

—Vamos a su encuentro —ordenó a su segundo, y la pequeña nave surcó las olas en busca de los barcos avistados.

Pero, cuando ya estaban a tiro de cañón, descendió de las cofas un grito prolongado:

—¡Son barcos peruanos!… ¡Barcos peruanos a proaaa!

Eran la *Pilcomayo* y la *Unión*.

Habiendo recibido en Arica el mensaje enviado por el general Buendía, en el que se les advertía que el vapor *Copiapó* cruzaría sin defensa el mar llevando víveres, carbón y municiones a la escuadra que bloqueaba Iquique, su comandante, el capitán de navío don Aurelio García y García, había decidido descender hasta Guanillos y esconder las dos naves tras la Punta Chipana, a fin de interceptar sorpresivamente al transporte chileno.

La superioridad de los peruanos era enorme. La *Unión* y la *Pilcomayo* reunían 14 cañones de 70 libras y 4 de 40. La *Magallanes* disponía sólo de un cañón de 115 libras y otro de 64.

Al comprender su error, el comandante Latorre ordenó virar a toda prisa hacia el noroeste, con el fin de pasar frente a las naves enemigas antes de que alcanzaran a interceptarle la ruta.

Se tocó zafarrancho y la tripulación ocupó sus puestos. Iba a iniciarse el primer combate naval de la guerra y para la mayoría aquél era su bautismo de fuego.

Al divisar la maniobra de la cañonera chilena, los dos barcos enemigos avanzaron a todo vapor y abrieron fuego. Los tiros de la *Pilcomayo* levantaron penachos de espuma en la estela de la *Magallanes*.

En la cañonera los fogoneros echaban cuanto material combustible encontraban a mano, a fin de elevar la presión y conseguir pasar sin ser cortados por los enemigos.

Uno de los disparos de la *Pilcomayo* dio de refilón en la popa de la cañonera. Entonces Juan José Latorre ordenó a sus artilleros «afianzar el pabellón» respondiendo con un disparo de sus cañones.

En medio de las detonaciones, llamó a su segundo y le participó sus temores:

—Si la *Unión* navega a todo vapor hacia el norte, nos cerrará el paso y tendremos que combatir contra ella, en tanto que la *Pilcomayo* nos da alcance. Nuestra situación será sumamente comprometida y tendremos todas las posibilidades de perder. Si las cosas se presentan así, venga usted a mi lado, pues deberemos abrir un mensaje que me ha entregado el coronel Sotomayor para el contralmirante Williams y destruirlo en seguida, a fin de que no caiga en manos enemigas, si nos hacen prisioneros. Enterados de su contenido, aquel de nosotros que sobreviva podrá comunicar al contralmirante el mensaje.

Los cañonazos de los barcos peruanos seguían envolviendo a la *Magallanes*, pero pronto se hizo visible que la *Pilcomayo* se rezagaba rápidamente. En cambio, la *Unión* avanzaba a toda velocidad, decidida a interceptar a su enemiga. Pero cuando los chilenos daban por seguro que les cortaría el paso cometió su primer error. A fin de descargar los cañones de sus costados sobre la

nave chilena, comenzó a dar bordadas, perdiendo velocidad.

Gracias a esa desatinada maniobra, el comandante Latorre vio la posibilidad de cruzar hacia el norte. Sin embargo, tendrían que hacerlo pasando frente a la *Unión* a una distancia menor de 2500 metros, ofreciendo un blanco perfecto a sus cañones.

Comprendiendo el riesgo, el segundo se apersonó al comandante Latorre y le recordó el mensaje.

—¡En unos momentos más estaremos envueltos en un torbellino de plomo y pólvora, comandante, y no nos será posible preocuparnos del mensaje!

—¡Lo leeremos al momento entonces, teniente!…

Rompiendo los sellos, el marino desplegó las cuartillas. Era un extenso telegrama enviado por el presidente de la república a don Rafael Sotomayor, exponiéndole las materias que debía consultar con el contralmirante Williams.

> *Bloqueado Iquique se pide con insistencia que enviemos una fuerza para ocuparlo —decía en uno de sus párrafos—. Se considera esto muy fácil y se justifica por la conveniencia que habría de privar al Perú de los recursos que saca del salitre y el guano, y aún se cree que nosotros podríamos seguir explotando esas substancias…*

Una sucesión de formidables explosiones sacudieron la *Magallanes*. Una banda de la *Unión* había descargado todos sus cañones y los proyectiles habían estallado tan próximos a la nave chilena que las olas que provocaron la zarandearon como una nuez.

Ya los dos barcos estaban próximos y convergían hacia un mismo punto.

Latorre se apresuró a leer el final del telegrama. En él se advertía al señor Rafael Sotomayor que, «anticipando irreflexivamente que la operación era fácil, el ministro ha nombrado ya general en jefe del ejército del norte a don Justo Arteaga; comandante general de infantería al general Erasmo Escala; comandante general de caballería al general Manuel Baquedano, y jefe de estado mayor al coronel don Emilio Sotomayor»…

En aquel momento la *Magallanes* iba a cruzar frente a la proa

de la *Unión* a una distancia poco superior a los dos mil metros. El comandante Latorre abandonó la lectura, pues ya sólo le quedaba por ver la despedida del presidente Pinto, y entregó el telegrama a su segundo con la prevención de destruirlo tan pronto se enterara de su contenido. Acto seguido, se acercó al artillero que servía la pieza de 115 libras.

—De usted depende ahora nuestra suerte, sargento. Afine la puntería y dispare cuando la *Unión* esté frente a nuestra banda de estribor.

—¡Déjeme a mí no más a esta bandida, mi comandante! —repuso alegremente el artillero.

La nave enemiga se acercaba y sus proyectiles levantaban surtidores de agua en torno a la *Magallanes*, pero el sargento no disparaba. Impaciente, Latorre le gritó:

—¡Haga fuego pronto, artillero!

—Ahorita mismo, mi comandante, pero déjeme que le ponga el ojo bien encima.

Transcurrió un minuto sin que el sirviente del cañón actuara.

—¡Dispare, le ordeno! —gritó Latorre enfurecido. Fuego.

Pero el hombre siguió apuntado imperturbable. Lentamente seguía las evoluciones de la corbeta enemiga, hasta que, de repente, tiró el disparador. El proyectil salió zumbando en una parábola perfecta.

Un estentóreo griterío aclamó al artillero. La bala había dado en la popa de la corbeta enemiga y una intensa nube de vapor comenzaba a escaparse por sus escotillas, al mismo tiempo que la nave detenía bruscamente su andar.

Fuera de acción la *Unión* y rezagada la *Pilcomayo*, la ruta hacia Iquique estaba despejada.

Aquel mismo día, al atardecer, la *Magallanes* se incorporaba a la escuadra, en Iquique, y el comandante Latorre, junto con comunicar al contralmirante su encuentro con las corbetas peruanas en Punta Chipana, repitió a don Rafael Sotomayor el texto del telegrama presidencial.

La noticia de la acción de Chipana sacudió los nervios agotados del contralmirante Williams Rebolledo, y congestionado de irritación, paseó largo rato por la cubierta del *Blanco Encalada*.

De repente, el superior se detuvo en mitad de su paseo y, como

quien ha logrado llegar a una decisión, se encaminó rectamente hacia el oficial de guardia que estaba en el alcázar.

—Teniente, apréstese para bajar a Iquique como parlamentario de la escuadra. Irá a notificar a las autoridades militares del puerto que prohíbo que se enciendan las hornillas de la máquina resacadora de agua que está junto a la playa, desde hoy.

—A su orden, señor.

—¡Ah!, y que igualmente prohíbo que entre o salga ningún tren de la estación. Advierta usted a las autoridades que el no acatamiento de estas prohibiciones motivará el inmediato cañoneo de Iquique.

El secretario de la escuadra se enteró de la terrible orden después que el oficial había partido en una lancha. Sin embargo, corrió a entrevistarse con el contralmirante para ver modo de hacerlo desistir de su cruel determinación.

—La población de Iquique no dispone de otra agua para beber que la que purifican por medio de esa máquina, transformando en potable el agua salada. La prohibición impuesta por usted es bárbara.

El jefe de la escuadra se puso cárdeno de ira. Pese a que se encontraban en cubierta, estalló descontroladamente:

—Señor Sotomayor, he bloqueado Iquique con la esperanza de que la escuadra peruana hiciera efectivas sus bravatas, pero no he conseguido hacerla salir del Callao. Eso quiere decir que no los he herido bastante. Continuemos adelante entonces. Aunque tenga que acudir a los peores martirios de los peruanos residentes en este puerto, he de obligar a los navíos del Perú a venir en su defensa. Y si usted considera que mi determinación es bárbara, sepa que proyecto ir más allá aún. Por el momento, zarparé con el *Blanco* en persecución de esas dos corbetas que sorprendieron a la *Magallanes* en Punta Chipana.

Pero las embarcaciones peruanas parecían hacerse humo ante la proa del *Blanco*. A la altura de Camarones, el contralmirante Williams ordenó suspender la búsqueda y regresó frenético a Iquique. Allí fraccionó la escuadra en dos divisiones, dejando a la *Esmeralda* y la *Covadonga* a cargo del bloqueo. La primera división, compuesta por el *Cochrane* y la *Magallanes*, recibió orden de remontarse hacia el norte para ir a destruir los muelles y lanchas

de Mollendo, mientras la segunda división, formada por el *Blanco*, la *Chacabuco* y la *O'Higgins*, descendía al sur para cañonear las instalaciones de Guanillos y Pabellón de Pica.

A los dos días de la partida de las unidades mayores de la flota chilena, comenzaron a hacerse sentir en Iquique los efectos de la prohibición impuesta por el contralmirante. Cerca de siete mil soldados ocupaban el puerto, los que sumados a los habitantes estables elevaban la población a ocho mil almas. Apagados los hornillos de la máquina resacadora de agua, sólo se disponía de un depósito para abastecer a todos; éste era el de un tren que quedó en la estación al anunciarse la prohibición chilena. Racionando rigurosamente el agua de él, se logró hacerla durar dos días, pero corrido ese lapso, el general Buendía fue mandado a buscar al hotel de Leonora, solicitado por una junta de sus oficiales superiores.

—Perdónenos, señor general —le dijo el que llevaba la voz cantante—, pero la situación se ha hecho más crítica durante su ausencia del cuartel.

—Bien sabían todos que no me he movido de Iquique —repuso el general, percibiendo el reproche indirecto que se le hacía—. Pudieron habérmelo comunicado en cualquier momento.

—No nos atrevimos a perturbar al señor general… —deslizó otro con marcada intención.

El jefe de la plaza se puso rojo de rabia y vergüenza. Ya le habían llegado los murmullos que corrían en el ejército en torno a sus amores con la pasajera del Hotel Español, a quien comenzaban a motejar la «Generala Buendía». Comprendiendo que estaba en mal pie para discutir con sus oficiales, optó por fingir no haber sido tocado por el sarcasmo.

Afortunadamente, uno de sus ayudantes, el mayor Venegas, proseguía informándole sobre la situación.

—Pese al estricto racionamiento del agua —decía el oficial—, en el depósito del ferrocarril apenas quedan 20 litros. Y en cuanto a los víveres, como hace ya dos días que no puede salir el tren, ni entrar el que debía llegar, no disponemos de alimentos para mañana.

—Si esta situación se prolonga —apuntó un tercero—, nos veremos obligados a evacuar Iquique.

—¡Evacuar Iquique!

El general se encabritó ante la simple mención de esa

posibilidad.

—¿Para que las tropas chilenas lo invadan de inmediato? —vociferó fulminando con su mirada al oficial que se había atrevido a sugerir la medida. Palabras como las suyas merecen el calabozo.

El capitán reprochado se mordió los labios y calló. Pero el clima de la reunión se hizo más áspero.

—Confiamos entonces en que el señor general encontrará la solución adecuada —interpuso el mayor Venegas—. ¿Qué ordena usted?

—Echar a andar la máquina resacadora, tratando de ocultar su funcionamiento, y sacar el tren, rápida y repentinamente, hacia la pampa.

—¿Exponiéndose al cañoneo de los barcos enemigos, señor?

—¡Todo es preferible a evacuar el puerto!

Después que los oficiales se marcharon a cumplir sus órdenes, el general, turbado por el sentimiento de estar abandonando sus deberes por permanecer junto a Leonora, vagó por los cuarteles, revistando las tropas que se recogían al toque de silencio. En su espíritu se libraba una agotadora lucha entre sus principios militares y su creciente pasión por la chilena. Además, en su mente comenzaba a germinar el temor de que sus oficiales hubieran descubierto que la pasajera del hotel era chilena.

Pero, pese a sus reflexiones, la atracción de la mujer era tan imperativa, que iba a volver a abandonarlo todo para marchar a verla, cuando el mayor Venegas se cuadró ante él:

—Acabamos de recibir terribles noticias del norte, señor general —le espetó—. La escuadra chilena ha bombardeado los puertos indefensos de Mollendo y Mejillones del Norte, destruyéndolo todo e hiriendo a la población.

—¡Dios santo! ¿Es posible? ¿Mollendo y Mejillones del Norte destruidos?

—Reducidos a escombros, general. Y en Guanillos y Pabellón de Pica, otros barcos chilenos cañonearon las instalaciones portuarias, ahuyentaron a los barcos extranjeros que cargaban guano, se robaron las lanchas y terminaron por incendiar las barracas. Ha sido una operación bárbara, señor, que completaron los chinos que trabajan las guaneras, asaltando todo lo quedó en pie.

Como estampas pintadas en rojo, pasaron por la imaginación del

general las escenas de bombardeo de los dos puertos peruanos y se escalofrió al pensar en las venganzas que habrían tomado los chinos esclavizados en aquellos laboreos, amparados por el caos provocado por los cañones navales chilenos. Se los imaginó saqueando las ruinas, robando a los muertos, asaltando a las mujeres empavorecidas. Y con todas las fuerzas de su alma deseó que llegaran pronto los blindados peruanos a castigar a los que habían promovido tanto desastre. No había terminado el mayor Venegas de comunicarle la noticia, cuando en el centro de Iquique brotó un clamoreo. El general no necesitó esforzarse para comprender que eran sus compatriotas. Sin relacionarlo aún con los hechos relatados por el oficial, se volvió intrigado hacia él.

—El baqueano que trajo la noticia nos la dio en presencia de varios soldados del Cuartel General —dijo éste por toda explicación —. Seguramente ellos corrieron la información y el pueblo, furioso, se levanta contra los chilenos.

Buendía pensó de inmediato en su amada e involuntariamente exclamó:

—¡Debemos impedirlo! Nuestros compatriotas harán una carnicería entre los chilenos de Iquique.

—No será mayor que la que hicieron los barcos chilenos en los puertos peruanos —condenó rabiosamente el mayor—. Hay que pagarles con la misma moneda.

Los gritos de la multitud se oían cada vez más numerosos.

—¡Somos soldados y no asesinos, mayor Venegas! —clamó el general—. Los chilenos están indefensos y en su mayoría son mujeres.

—¡También había mujeres en Mollendo y Mejillones! —gritó el oficial, perdiendo toda noción de respeto a su superior.

—¡Haga levantar las tropas y que salgan a patrullar las calles! — le ordenó el superior, aterrado al ver correr grupos en dirección del hotel.

Pero el oficial había traspasado ya los límites de la cordura y, enardecido por los gritos de la multitud, comenzaba a rebelarse.

—Nuestros compatriotas están justamente furiosos, general — vociferó—. Sólo podría contenérselos por la fuerza. ¿Y no querrá usted que disparemos sobre nuestros hermanos por defender a una…?

—¡Mayor Venegas, una palabra más y lo hago meter al calabozo por insubordinación y desacato!

El veterano jefe temblaba de ira al verse atropellado por un subalterno, pero en el fondo de sí mismo aquel furor era una defensa inconsciente del temor de oír proclamar su culpable secreto. Involuntariamente había crispado sus dedos en la culata de la pistola que llevaba al cinto.

El oficial comprendió que estaba en un tris de perder el control y disparar sobre él. Girando sobre sus talones, se retiró a la carrera hacia el patio del cuartel.

—¡Despierte a la tropa y ordénele que salga a patrullar las calles! —le repitió el general a gritos.

Buendía no se movió de la puerta del cuartel hasta que oyó el toque de corneta ordenando levantarse a los soldados. Entonces se encaminó apresuradamente hacia el Hotel Español.

No se demoró mucho en asomar a la calle del hotel, y con un gran suspiro de alivio comprobó que no había nadie cerca. Se introdujo en el establecimiento por la puerta entreabierta, con gran asombro del nochero, que estaba en su sitio de costumbre.

Segundos más tarde se detenía anhelante ante la puerta del cuarto de Leonora.

—¡Elena!… ¡Elena!… —llamó.

—¿Quién está ahí? —se oyó sobresaltada la voz de la joven.

—¡Abra usted rápido! ¡Soy yo, el general Buendía!

La mujer apareció en la puerta con el largo cabello suelto. Se quedó contemplando al militar asustada e interrogante.

—El pueblo se ha levantado y anda persiguiendo a los chilenos. Conviene que usted abandone este hotel. Aunque nadie sabe que es usted también chilena, temo que algunos lo sospechen.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Los barcos chilenos bombardearon Mollendo y Guanillos y mataron a muchos peruanos; mis compatriotas están ansiosos de vengarse en los chilenos de este puerto.

En ese momento, los gritos de la multitud llegaron hasta el corredor donde hablaban. Por la imaginación de Leonora pasó la visión pavorosa de la muchedumbre persiguiendo al indefenso centenar de chilenos que vivían semiescondidos en Iquique.

—Hay que proteger a las mujeres y a los niños —clamó

angustiada.

—Lo primero es sacarla a usted de aquí —se obstinó el general —. Vístase rápidamente y venga conmigo hasta el cerro de la estación. Allí conozco a una mujer que la albergará por esta noche y mañana le buscaré una casa aislada donde pueda usted quedar sin peligro.

Leonora movió la cabeza.

—No, Juan; si usted se aleja conmigo, nadie podrá impedir que el pueblo consume una matanza entre mis compatriotas.

Como confirmando sus palabras, se oyeron lejos unos disparos de arma corta y los gritos subieron de tono.

—¿Oye usted? —exclamó el militar—. Por favor, no se exponga. Venga conmigo.

—No, Juan —rechazó de nuevo la joven—. Si usted no va a imponer orden, saldré yo a intentarlo, invocando su nombre.

El general la contemplaba pasmado e iba a seguir implorándole, cuando una sucesión de explosiones estremecieron la noche.

Instintivamente el general se volvió hacia la puerta de calle y cubrió a la joven con un brazo, amparándola contra su cuerpo.

Leonora fue la primera en darse cuenta.

—¡Los buques chilenos están bombardeando Iquique! — exclamó.

Recién entonces el militar recordó su rango y su responsabilidad. Soltando a la mujer, abrió la puerta del cuarto, lo cruzó atropelladamente y abrió la ventana, mirando hacia el mar. Efectivamente, rojos fogonazos marcaban la boca de los cañones de la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

Por la calle pasaba la gente corriendo y gritando:

—¡Los chilenos están asaltado el puerto!… ¡Los chilenos van a desembarcar!

Todos huían hacia los cerros.

—¿Será posible que los chilenos quieran hacer en Iquique la misma matanza que en Mollendo y Guanillos? —murmuró Buendía, helado.

—No creo que desciendan a tal barbarie —negó sin convicción la joven.

Fue el general el primero que escuchó un ruido extraño, en una pausa que hicieron los disparos. Era el resoplar de una locomotora

lanzada a todo vapor. Levantó la mirada hacia el cerro del fondo del pueblo. Por la mitad de la ladera se veía el chisporroteo de la máquina del tren que corría contorneando el cerro, buscando ocultarse tras él.

—¡Es sobre el tren que ordené que saliera que están disparando! —exclamó en un grito—. Y seguramente también sobre la máquina resacadora de agua que iba a ser puesta en funciones esta noche.

Seguía ansiosamente la trayectoria del tren, que se destacaba contra la mole negra del cerro, por el resplandor de su fogón y el chisperío de su chimenea.

—Si una bala da en la locomotora —reflexionó el militar, con la boca seca—, todos los soldados que van en el tren perecerán porque se precipitará cerro abajo.

Pero la máquina logró doblar el recodo del cerro.

Leonora respiró profundamente.

—¡Gracias a Dios que lograron sacarlo! —comentó el general—. Eso significa comida para los soldados, aunque al regreso haya que correr el mismo riesgo.

La máquina resacadora de agua seguramente debía haber apagado sus hornillos, porque los cañones dejaron de atronar.

El general se volvió a Leonora con el aliento contenido, impresionado por la quietud profunda en que había quedado el puerto.

—Tengo que dirigirme al cuartel, Elena —musitó—. Debe haber mucho desconcierto en él. Cuídese. Atranque su puerta, aunque no creo que el pueblo tenga ánimos para nada esta noche. Mañana haré habilitar una casa en las afueras para usted. Adiós, querida mía.

La abrazó suavemente y la besó en la mejilla. Leonora lo sintió temblar y experimentó compasión, pese al rencor que contra él le brotaba desde las entrañas.

A la mañana, muy temprano, entraron a la bahía tres barcos que se agregaron a los dos que bombardearon el tren y la máquina de agua. Eran el vapor *Abtao*, que comprara el Gobierno chileno en lugar del *Amazonas*, y los transportes *Huanay* y *Lamar*, que arrendara a la Compañía SudAmericana de Vapores. En el primero llegaba el capitán de corbeta Arturo Prat, cumplida su misión.

Poco más tarde entraban también el *Blanco Encalada* y la

Chacabuco, que regresaban cumplida su triste labor de cañonear Guanillos y Pabellón de Pica.

El contralmirante Williams hizo llamar al capitán Prat. Luego de escucharle sus informes sobre los nuevos barcos aportados a la escuadra, le preguntó bruscamente:

—Dígame, capitán Prat, ¿qué opina el Gobierno respecto a las operaciones de la guerra?

El oficial meditó un instante, cogido de sorpresa, pero en seguida respondió:

—Existe un hondo desconcierto, señor almirante; el pueblo culpa al Ministerio de la inactividad de las tropas y de la escuadra.

—¿Y el Gobierno qué piensa?

—Lo culpa a usted, señor almirante.

Williams Rebolledo se echó atrás, como si recibiera un bofetón.

—¿Me culpan por no lanzarme sobre el Callao con barcos desvencijados, sin combustible, sin municiones, hasta sin aceite para las máquinas? —farfulló—. ¡Malditos sean! Ya iré yo a la capital para hacerlos callar, contándoles las verdades sobre la formidable escuadra chilena.

—Ya es tarde, señor almirante —acotó Arturo Prat, con lentitud —. El Ministerio ha caído.

Efectivamente, presionado por la opinión pública, indispuesto con el presidente y con el ministro de la Guerra, el Gabinete había tenido que presentar su renuncia, siendo reemplazado de inmediato por otro que presidió don Antonio Varas como ministro del Interior y que llevó a la cartera de Relaciones Exteriores a don Domingo Santa María.

Un solo nombre interesaba conocer al contralmirante: el del ministro de Guerra y Marina.

—El general don Basilio Urrutia —dijo Prat.

El contralmirante hizo un gesto ambiguo. Conocía al general Urrutia desde hacía muchos años, lo sabía el primer factor en el logro de la pacificación de la Araucanía. Pero ahora se trataba de activar una guerra…

—¿El nuevo Ministerio ha dado a conocer algún plan de guerra? —preguntó.

—Se está estudiando, señor almirante. Por el momento sólo ha dado a conocer su firme propósito de activar los aprestos para

iniciar la lucha definitivamente.

—¡Iniciar la lucha! Como si pensaran que yo estoy menos ansioso que ellos por comenzarla.

—Eso es lo que temen, señor almirante.

El jefe prefirió no replicar. ¡Cómo hubiera querido él que toda la escuadra peruana se presentara frente a Iquique! Pero prefería mantenerse en el Callao. Les había destruido sus puertos del sur, les había privado del salitre y del guano, pero toda aquella provocación no rendía frutos.

«Hay que herirlos donde les duela más —pensó—; abrirles una herida que los obligue a defenderse».

Hecha esta reflexión, decidió inmediatamente zarpar con el *Blanco* y la *Chacabuco* para destruir las instalaciones portuarias de Pisagua.

Cuando, el 18 de abril, a las 9 de la mañana, las lanchas de la *Chacabuco* bogaron hasta el grupo de botes pescadores trincados con una sola cuerda al sur del muelle de Pisagua, descargas nutridísimas de fusilería las recibieron desde la playa.

Aquella reacción desesperada era perfectamente explicable. La población de Pisagua era exclusivamente pescadora, aquella actividad les proporcionaba el alimento diario. La pérdida de las lanchas y las redes que estaban en ellas les representaba la condena al hambre.

El contralmirante, al observar el peligro de sus hombres, les hizo poner banderas de retirada, y ordenó que las baterías del *Blanco* abrieran fuego graneado sobre la población.

La *Chacabuco* hizo lo mismo desde distinto ángulo y los gruesos proyectiles se cruzaban sobre las callejuelas del puerto, arrancando techos, derrumbando muros, aventado casuchas enteras.

La población huía despavorida hacia los escarpados cerros del fondo, abandonándolo todo. Los soldados que guarnecían el extremo sur de la bahía los imitaban, arrojando sus armas en la fuga.

La bandera peruana cayó abatida por un cañonazo y aquello sirvió de señal para suspender el fuego.

El jefe de la escuadra ordenó entonces que bogadores de los dos barcos se dirigieran a tomar las lanchas que estaban «acollaradas» al norte del muelle. Mientras remaban hacia ellas, en el centro del

poblado brotó un incendio que pronto se convirtió en una voraz hoguera.

Al mismo tiempo, regresaban al *Blanco* los primeros botes que habían intentado apoderarse de las lanchas del lado sur. Traían un muerto y varios heridos, entre ellos un guardiamarina.

Esto habría bastado para encender la furia del contralmirante, si no se hubiera producido un nuevo tiroteo. Soldados parapetados tras las rocas de la playa y en los contornos del consulado inglés comenzaron a disparar con tanta intensidad sobre los botes chilenos, que el agua parecía hervir junto a sus bordas.

Nuevamente el jefe ordenó la retirada y, en cuanto las embarcaciones viraron en redondo, hizo disparar todos los cañones sobre el caserío. En pocos segundos ardió completamente el centro de Pisagua y el humo y las llamas dominaron por completo la visión.

Cuando las naves pusieron proa al sur, de regreso a Iquique, Pisagua quedaba deshecha, alzando sus tizones ennegrecidos como una muestra elocuente de inhumanidad.

Los marinos del *Blanco* y de la *Chacabuco* iban silenciosos y tristes.

La noticia de esta acción provocó en Chile una impresión sombría. Era una guerra sin gloria la que se estaba iniciando. Así lo dijo en su sermón del 28 de abril el «curita Gómez», en la parroquia de San Felipe:

—La guerra es doblemente triste, hijos míos, cuando se emplean medios brutales contra poblaciones indefensas, cuando se disparan cañones sin discernimiento sobre hombres, mujeres y niños. Esto no fue lo que yo os pedí cuando os dije que abandonarais el arado, cuando os impulsé a dejar los colegios y las oficinas… ¡No, hijos míos, la violencia inútil jamás encontrará aprobación en mis labios! Si nos hemos visto obligados a hacer una guerra, os suplico que vosotros, que sois la voz de la patria, exijáis que sea una guerra justa, humanitaria; guerra de los hombres contra los hombres armados; jamás violencia contra las mujeres y niños que se refugian espantados en los rincones de sus casas bombardeadas.

La mayoría de los reclutas del batallón Aconcagua y de los hombres de San Felipe salieron con una impresión de vergüenza de aquella misa. Comprendían que, sin avanzar un paso, se estaba desprestigiando al país ante las demás naciones.

En mitad de la plaza, un pregonero leía un bando, acompañado de parche y corneta, anunciando que el ejército reclamaba a todos los hombres en estado de cargar armas. El Gobierno había cambiado de táctica y comenzaría a mandar fuerzas de tierra sobre la zona enemiga.

Alberto Cobo, Rafael Torreblanca y Clementina se habían detenido a escuchar el bando.

—¿Te marcharás ya a incorporarte al batallón Atacama? —preguntó Alberto a Torreblanca.

—Sí. Vine sólo por unos días para ver a Clementina, pero ya estoy aquí más de una semana. Debo partir. ¿Irás conmigo?

—Lo prometí, Rafael. Acompañaré a tu batallón, como soldado libre, hasta la zona de la guerra y tan pronto tenga noticias de Leonora me iré traspasando de regimientos hasta dar con ella.

Clementina los había tomado a ambos de un brazo y los sacudía suavemente, obligándolos a mirarla.

—Sólo piensan en ustedes —les reprochó—. ¿Y qué haré yo cuando se hayan marchado?

Torreblanca le acarició la mano que ella le apoyaba en el brazo.

—Es triste dejarte, amor mío —le dijo—. Pero tú comprendes que es forzoso hacerlo, ¿no es verdad?

La jovencita asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a verte, Rafael? —preguntó, dolorida.

Torreblanca no respondió; fue Alberto quien lo hizo:

—¡Quién puede decirlo, hermanita!

—Ni un instante dejaré de pensar en ti —la consoló su novio. Será como si estuviéramos siempre juntos, querida.

Pasaba junto a ellos un suboficial bajo y delgado, quien se detuvo y se quedó contemplándolos.

—Buenos días, Rafael —saludó.

El copiapino se volvió hacia el que le hablaba. Un gesto de alegría se marcó en su cara.

—¡Gumercindo Ipinza! —exclamó. ¿Tú aquí, mi viejo?

Se estrecharon las manos con sincero placer. Torreblanca lo observaba sin salir de su estupor y lo mismo hacían Cobo y su hermana, extrañados de aquella amistad desconocida de Rafael.

—Pero ¿cómo es que estás tú aquí? —insistía este último—. Te suponía en Santiago y ya retirado del ejército.

—Me había acogido a retiro, es verdad. Pero, al declararse la guerra, pedí mi reincorporación y comencé, como antes, a instruir bandas. Ahora estoy trabajando con la del batallón Aconcagua, que ha reclutado el «curita Gómez».

El suboficial miraba, con expresión simpática a los dos acompañantes de su amigo. Usaba el quepis caído sobre una ceja, con picardía. Debía tener entre cuarenta y cincuenta años.

—¡Ah, perdónenme! —se excusó Torreblanca—. Les presento a un antiguo amigo, a quien conocí en una escuelita de Santiago, donde ambos dábamos clases: él, de música, y yo, de matemáticas. Don Gumercindo Ipinza, músico mayor de… ¿De qué regimiento eres, Gumercindo?

El músico sonrió condescendiente.

—Mala memoria, Rafael. Ya te dije que por el momento del batallón Aconcagua.

Pero mi regimiento de toda la vida fue… el Séptimo de Línea.

Suspiró.

—Ahora ya no existe, lo disolvieron hace dos años por economías.

Hizo una pausa y comenzó a decir con aire ensoñador:

—Fue el regimiento más bravo de todos los que pelearon en los fuertes de Arauco y…

Se interrumpió avergonzado por la vehemencia de su declaración.

—¿Adónde te dirigías, Gumercindo? —indagó Torreblanca.

—Vagaba pensando en algo y… me detuve a oír el bando, simplemente. ¿Y ustedes?…

—Íbamos al hotel donde alojamos —respondió Clementina.

Ipinza pareció distraerse un instante. Después se volvió hacia Clementina:

—¿Sabe usted, señorita, si en su hotel hay algún piano?

—Sí, me parece que en una salita he visto uno.

El rostro del músico se iluminó.

—Permítame usted llegar hasta ese piano, por favor —le rogó.

Clementina accedió, riendo divertida.

Sin esperar más, el hombre se puso en marcha, dándoles el ejemplo.

—Ya estás con la cabeza llena de melodías —le dijo Torreblanca.

—Es verdad, es verdad. Tengo una marcha que me obsesiona, que me bulle en el cerebro desde hace varios días, pero que no puedo recordar bien. Es una melodía que compuse hace dos años, cuando mi regimiento, el Séptimo de Línea, dejó de existir. No había vuelto a acordarme de ella desde que me retiré del ejército. Pero ahora… me zumba en la cabeza hora tras hora…

Clementina se entusiasmó.

—¡Me encantaría oírla, señor Ipinza!

—No sé si la recordaré, señorita.

—Seguramente la recordará, mi amigo —lo animó Alberto—. Entremos, éste es el hotel.

Clementina le abrió la puerta de la salita donde estaba el piano. Ipinza se acercó a él como a un amigo largo tiempo esperado. Ante las teclas blancas, se quedó inmóvil, restregándose las manos nerviosamente.

Rafael, Clementina y Alberto lo rodeaban intrigados.

—Por favor —dijo, con una sonrisa tímida—, están dando ustedes una importancia exagerada a mi pobre música. ¡Ah, pero si se la hubiesen oído al sargento Mancilla cuando la hizo tocar por la banda del Séptimo de Línea!… ¡Entonces sí que sonaba igual como yo la sentí nacer en mi corazón!

Se había sentado ante el piano y hablaba con los ojos cerrados y la cabeza echada atrás.

—El sargento Mancilla era el tambor mayor de la banda del regimiento, él le dio forma instrumental a mi marcha y aquélla fue la única vez que se ejecutó. Estábamos todos formados en fila, vestidos ya de civil, y decíamos adiós al regimiento…, adiós al 7.º de Línea.

Hablaba para sí mismo. Sus manos se habían posado en las teclas y arrancaban notas sueltas, lentas y armoniosas.

—La compuse como marcha guerrera, aunque era un adiós. Cuando sentí nacer en mí sus primeros compases, veía al regimiento perderse en la bruma del horizonte. Pero era contra las arenas del

desierto que se recortaban nuestros quepis rojos y las casacas azules. Trompetas lejanas, cantando en sordina, descendían de la campana rojiza oscura del cielo anocheciendo, y los timbales redoblaban como el eco del desierto, respondiendo al compás pesado de los soldados en marcha.

Las manos del músico caían vigorosamente sobre el teclado, arrancándole voces que imitaban las trompetas y los timbales. Las notas graves marcaban el ritmo de las botas de los soldados sobre la arena.

Ipinza, transfigurado, iba recordando o creando de nuevo, y hablaba a medida que las notas brotaban del instrumento.

—El drama del adiós siguió surgiendo en mi mente: la tristeza de las madres en víspera de la partida de sus hijos soldados, se exaltaba en mi himno. Luego imaginé las novias, llorosas pero altivas, elevando una plegaria al cielo, ofreciendo el sacrificio del amor en los altares de la patria.

La música subía, magnífica, sentimental y viril, ora como un estruendo de guerra vertiginosa, ora como un noble toque fúnebre. Pero en el fondo de su melodía, incesante e incansable, seguía resonando el paso firme del regimiento en marcha…

Cuando las manos de Gumercindo Ipinza cayeron por última vez sobre las teclas, las notas quedaron resonando… El músico lloraba suavemente.

—La recordé…, la recordé —repetía—. Ahí estaba, anidada en mi corazón… Ella será del próximo regimiento que se llame 7.º de Línea y revivirá en los bronces de su banda.

Torreblanca y Alberto estaban pálidos, traspasados por aquella música ardiente y arrebatadora.

Clementina se había dejado caer en una silla, y sus ojos, muy abiertos, se veían arrasados de lágrimas.

21

La voz del pueblo, que comenzó aclamando a los gobernantes y conductores de la guerra por las audaces decisiones de posesionarse de Antofagasta, Calama y la «Línea del Loa», se hacía oír ahora exigiendo acción, velocidad. El presidente de la república vio caer al Gabinete encabezado por don Belisario Prats, y temió por su propia estabilidad si no daba a la campaña el impulso que el pueblo reclamaba.

Con la sabiduría instintiva de las masas, los chilenos imponían al Gobierno un avance decisivo sobre los territorios de Atacama y Tarapacá y la anexión definitiva de ellos. Comprendían que era preciso arrebatar a Bolivia y Perú esas tierras ricas en minerales y salitre para llegar algún día al término de la contienda.

Los nombres de los directores de la guerra eran arrastrados por el fango; políticos y oradores improvisados encendían a las multitudes, exhibiendo la inercia en que el contralmirante Williams Rebolledo mantenía a la escuadra frente a Iquique y la ociosidad en que el ejército se amodorraba en Antofagasta.

La voz del pueblo exigió el cambio del mando de las tropas y fue obedecida. Tomó el comando en jefe el general de división don Justo Arteaga. Fueron designados para secundarlo los generales de brigada don Erasmo Escala, en calidad de comandante general de Infantería, y don Manuel Baquedano, como comandante general de la Caballería. Ambos partieron inmediatamente al norte. Pero ni el pueblo ni el Gobierno quedaron satisfechos. Al día siguiente de aquel cambio, todos comprendieron que se había cometido un error. El vehemente ministro del Interior, don Antonio Varas, discutió la designación del general Arteaga.

—¿De qué puede servir una brillante hoja de servicios anteriores

a un general que tiene que ir a meter en el desierto sus cansados setenta y dos años? —expuso con calor en una de las sesiones del gabinete—. Si el país exige acción y el sentido común nos indica que sólo la rapidez y la decisión pueden valer a un país empobrecido para sostener una guerra larga, ¡cómo podemos entregar la dirección de las acciones a un hombre que, por muy meritorio que haya sido, está sujeto a los achaques y rigideces de la vejez?

El presidente, colocado entre su ministro de la Guerra, general Basilio Urrutia, que había hecho el nombramiento, y el ministro Varas, buscaba el modo de conciliarlos.

El ministro de la Guerra se desgastaba en discusiones con el señor Varas.

—Sólo hay dos caminos —exponía el general Urrutia—. O que Williams Rebolledo lleve su escuadra hasta el Callao y lo bloquee, impidiendo al Perú mandar fuerzas y pertrechos a Arica, Pisagua e Iquique, para dar facilidades a nuestro ejército para invadir esas tierras, o proceder al revés, es decir, utilizar la escuadra para transportar las tropas hasta Iquique y comenzar la campaña desembarcando en ese puerto, para perseguir luego a los peruanos y bolivianos hacia el norte.

Pero el ministro del Interior se erguía ante él agresivo:

—¿Cómo cumplimos cualquiera de los planes, general?

Los dos planes tenían dificultades insalvables. Para bloquear el Callao se precisaría toda la escuadra, lo que significaba levantar el bloqueo de Iquique y permitir a los peruanos fortificarlo y proveerlo de más tropas. Aquello pondría en peligro hasta la posición chilena en Antofagasta.

El plan inverso, o sea, desembarcar en Iquique y proceder a la invasión, exigía echar sobre aquel puerto un ejército superior a siete mil hombres, ya que en virtud de la inmovilidad de la escuadra ante el puerto, los transportes peruanos habían tenido expedito el camino para mandar más de seis mil soldados a Pisagua y Arica, los que por tierra se habían introducido en Iquique. Y Chile no disponía todavía de siete mil soldados armados.

El presidente Pinto determinó que se volviera a consultar a los directores de la guerra ubicados en Antofagasta y en la escuadra.

El general Arteaga reaccionó explosivamente ante la consulta.

—¿Tomar la iniciativa la escuadra, yendo a bloquear el Callao y dejar al ejército estancado aquí en Antofagasta? ¡Qué disparate! ¿Para eso hemos venido a este lugar entonces? ¡No, señores! Mi respuesta al presidente es que las acciones deben ser iniciadas por mi ejército, invadiendo Iquique.

El general Baquedano estuvo de acuerdo con él. En su lenguaje telegráfico característico, aprobó:

—Disponemos de 5696 soldados. Reclutas…, reclutas, sí. Pero en quince días…, quince días los tendremos filudos como navajas…, como navajas, sí.

El general Arteaga sabía que los peruanos tenían cerca de 7000 hombres en Iquique y 5700 en Tacna, pero confiaba en la intrepidez de los soldados chilenos, la que le permitiría apoderarse de Iquique en pocas horas, sin dar tiempo a los enemigos para trasladar refuerzos desde Tacna.

—¡Ir a bloquear el Callao y dejarnos paralizados aquí! —concluyó airado. ¡Qué cosas tienen estos políticos del Gobierno! Los voy a hacer saltar con mi nota de respuesta. ¡Hum, darle la oportunidad a Williams Rebolledo!

El contralmirante Williams Rebolledo recibió la consulta con fastidio no menor.

—¡Otra vez insisten sobre la misma majadería: bloquear el Callao! Pero ¿es que no entienden el castellano estos politicastros de Santiago? Les he dicho en cien comunicaciones que la escuadra no está en condiciones de llegar hasta el Callao y menos de sostener un bloqueo de ese puerto. Uno de los principios básicos de la táctica naval establece que las escuadras no deben buscar a los enemigos dentro de las bases fortificadas, y el Callao es un erizamiento de cañones.

Todos sus oficiales superiores y el propio delegado Sotomayor estuvieron de acuerdo en que esta vez el contralmirante tenía la razón. El Callao estaba poderosamente artillado. Ni Lord Cochrane, en su época, ni los almirantes españoles que lo atacaron en 1866 se atrevieron a enfrentar las formidables baterías de 300 y 500 libras que lo protegían.

—Son bocas de fuego de las llamadas «Piezas Rayadas», montadas en torres acorazadas y parapetos —explicaba a Sotomayor el capitán Arturo Prat, que asistía a la reunión—.

Además, desde los costados de la rada se enfocan sobre el centro más de 50 cañones de 28 y 32 centímetros.

Había otras razones igualmente valederas que no aconsejaban la marcha hacia el Callao. El contralmirante las exponía:

—Nuestra escuadra no podría ir completa hasta el Callao, ya que deberíamos reducir el andar de los blindados a la lentitud de las corbetas. Y como no estaría bien abandonar el bloqueo de Iquique y la vigilancia de esta costa, tendría que dejar aquí al *Cochrane*, disponiendo sólo del *Blanco* y la *Magallanes*.

Tampoco se disponía de un barco carbonero lo suficientemente veloz como para seguir a la escuadra e irla proveyendo de combustible.

—Por último, la rada del Callao tiene dos salidas —concluyó el jefe de la escuadra—. Mientras la escuadra chilena cubre una, los barcos peruanos podrán salir por la otra, ¡qué caramba!

Rafael Sotomayor ofició al Gobierno rechazando la posibilidad de bloquear el Callao. Pero en su nota agregó otra razón que también conocía el contralmirante, aunque no la hizo pública ante sus oficiales: que los peruanos habían instalado lanzatorpedos en la poza del Callao.

Aquella información la había proporcionado un agente secreto apodado «El Profesor». Éste había notificado al Ministerio de Relaciones Exteriores que las autoridades navales peruanas estaban en tratos con un técnico norteamericano llamado Mackin, a quien llamaban «El hombre de los torpedos». Era éste un representante de la casa «Horley, Hollingworth y Cía.», constructores de buques en Wilmington, en el Estado de Delaware, de Estados Unidos. La nota secreta de «El Profesor» dejaba constancia de que él mismo había visto uno de esos torpedos, desde el vapor *Ilo*, en los momentos en que se lo instalaba en el Callao.

La respuesta que don Rafael Sotomayor dio al Gobierno establecía que era preferible iniciar la campaña por medio de una invasión de Iquique, reservándose a la escuadra el papel de custodiar la costa entre ese puerto y Antofagasta, para permitir la llegada de los transportes con tropas hasta el punto de desembarco.

El presidente Pinto respiró aliviado. ¡Al fin se llegaba a un acuerdo!

La decisión se tomó en el momento más oportuno. Ese mismo

día el ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María, recibía una inquietante información del ministro plenipotenciario de Chile en Buenos Aires, don José Manuel Balmaceda. Con la nota temblando entre las manos, se presentó al presidente:

—¡Si Chile no ataca rápido y obtiene una victoria que demuestre su valor y poderío, Argentina nos cae por la espalda!

Don Aníbal Pinto se quedó helado. Había confiado en que el señor Balmaceda lograría neutralizar la inclinación argentina por la causa
perú-boliviana.
Pero el plenipotenciario, en su nota, calificaba la situación de «endiablada».

—Pero ¿cómo es esto, señores? —intervino el general Urrutia—. ¿Acaso no arreglamos con Argentina nuestra disputa sobre los límites de la Patagonia por medio de un pacto suscrito por los ministros Fierro y Sarratea, en diciembre del año pasado?

—Así fue. Se estableció una situación de *statu quo* —repuso el presidente.

—Pero ahora…, ahora que la Argentina ve a Chile enfrentado a una guerra por el norte —estableció don Domingo Santa María—, y que calcula que no le será posible distraer fuerzas para defender su costado cordillerano, estima que es momento propicio para no aprobar el Pacto de *statu quo*, o exigir modificaciones de él inaceptables para nosotros.

—¿Y si el Pacto Fierro-Sarratea no llega a aprobarse, Excelencia? —inquirió el general Urrutia.

—Argentina entrará en la guerra como aliada de Perú y Bolivia —musitó el primer mandatario.

El Gabinete, reunido aceleradamente, envió al momento una nota al comandante en jefe del ejército pidiéndole que enviara una lista de sus más urgentes necesidades, para disponer el asalto de Iquique. Al mismo tiempo, el presidente nombró a un segundo hombre de su confianza para que marchara a Antofagasta y sirviera para «hacer caminar la máquina, cuando se atasque por causa de la diferencia de caracteres de los jefes acantonados allí». Este hombre fue don Francisco Puelma, antiguo industrial del salitre, profundo conocedor de la zona del desierto y habilísimo conductor de caracteres difíciles.

Pese a que se dijo que viajaba para vigilar sus yacimientos salitreros, los generales Arteaga y Baquedano adivinaron que sus funciones eran las de proceder de acuerdo con Rafael Sotomayor, defendiendo los puntos de vista presidenciales.

Estas encubiertas funciones provocaron el recelo de ambos militares.

El señor Puelma se entrevistó con el señor Sotomayor, y en seguida se dispuso a regresar a Santiago portando las notas definitivas en que el general Justo Arteaga establecía los hombres y elementos que necesitaba para la invasión de Iquique.

El general en jefe pedía 8000 hombres.

Pero el señor Puelma había tenido oportunidad de examinar la situación durante los días que permaneció en Antofagasta y expresó su parecer al jefe del Estado:

—El general Arteaga piensa con una confianza que raya en la candidez, Excelencia. Tanto Rafael Sotomayor como yo, habiendo estudiado a fondo la operación de Tarapacá, estamos de acuerdo en que la invasión no se puede intentar sin un ejército de 14 000 a 15 000 hombres.

—En Antofagasta había ya 5696 soldados. Faltaría enviarle 9500. ¿Podrían reclutarse e instruirse antes de fines de mayo?

El ministro de la guerra respondió categóricamente:

—No, Excelencia; es imposible.

—¿Y podríamos reclutar los 2500 que faltan para completar los 8000 que pide el general?

—Eso sí. Hay varios batallones movilizados en formación. Podríamos echar mano también de la Guardia Nacional y de las Milicias Cívicas.

—Bien, general Urrutia, dé usted las órdenes precisas para que esos batallones en formación, la Guardia Nacional, las Milicias Cívicas y todo hombre que tenga instrucción militar, zarpe hacia Antofagasta en los primeros días de mayo.

—A su orden, Excelencia.

—En el mismo convoy de barcos irán los caballos, vestuario y víveres que reclama el comandante en jefe para proceder a la invasión de Tarapacá.

Al revisar la lista de los elementos solicitados, el oficial encargado de hacerlo advirtió que no se mencionaba algo vital para

cualquier campaña. Intrigado, lo participó al ministro de la Guerra y éste a la presidencia.

—El general Arteaga no pide municiones, Excelencia.

—¡Municiones! Es verdad. ¡Caramba! Sólo cabe pensar que tendrá una buena cantidad en Antofagasta. ¡General Urrutia, en el mismo telegrama en que usted le informará que se le envía todo lo pedido, pregúntele cómo anda de municiones!

Era el 4 de mayo. Los tambores de enganche volvieron a resonar en todo Chile. Los estudiantes que aún asistían a las aulas, arrancaban de ellas echando a volar sus libros y cuadernos; los campesinos botaban el arado; los elegantes dejaban en suspenso la taza de chocolate que bebían en algún café del centro de la ciudad; los pescadores recogían las redes y todos exaltadamente corrían a los cuarteles.

Los batallones de infantería, caballerías y zapadores, que estaban en instrucción desde hacía algún tiempo, comenzaron a salir en los trenes hacia los puertos.

San Felipe, convertida en forja de soldados, sintió más que otros pueblos aquella conmoción. El batallón Aconcagua, creado por el cura párroco, se dispuso a partir al alba del 5 de mayo.

Rafael Torreblanca y Alberto Cobo habían hablado con su comandante para que se les permitiera marchar en sus filas, a fin de incorporarse al batallón Atacama, en Copiapó.

El copiapino, acodado con su novia en la ventana del cuarto que ella ocupaba en el hotel, contemplaba la banda del batallón que tocaba por última vez en el quiosco de la plaza. Ambos podían divisar la figura delgada y nerviosa de Gumercindo Ipinza agitando los brazos al dirigir a los músicos.

Repentinamente, a sus espaldas, se abrió la puerta de la habitación y la voz de Alberto les llegó alegre y nerviosa:

—¡Rafael!… ¡Clementina!

Se volvieron sin entusiasmo. Allí estaba el hermano de Clementina vestido con el uniforme de guerra. Pantalón rojo con un vivo amarillo a los costados, embutido en botas cortas; guerrera azul con botones dorados y quepis francés, rojo, con cordoncillos

dorados envolviéndole la copa, achatado sobre el occipucio, y visera corta, de hule negro, cubriendo un trozo de la frente.

¡Por Dios, Alberto, de uniforme ya! —dejó escapar Clementina con la voz estrangulada.

—Me lo consiguió el «curita Gómez» en el batallón Aconcagua. El comandante no quiere que vayan civiles mezclados en las filas. Pero ¿por qué me miras con los ojos llenos de lágrimas, hermanita? ¿Cómo es que la dejas llorar, Rafael?

La muchacha sollozaba suavemente. Aquel uniforme la colocaba ante la inminencia de la partida, demostrándole que la separación era inevitable.

—Si Leonora estuviera aquí, viéndote aprestarte para ir a la guerra —balbuceaba—, también lloraría.

Cobo se sentía ya más cerca de Leonora. Por el simple hecho de saber que al día siguiente partiría con el batallón Aconcagua, experimentaba la reconfortante sensación de ir hacia ella.

Torreblanca, comprendiendo que estaban sometiendo a Clementina a una prueba dolorosa, cortó la conversación.

—Las despedidas son tristes; no empecemos a martirizarnos desde ahora. Vamos al comedor, que apenas tenemos tiempo para cenar y correr a la estación a esperar a tu madre.

Alberto había enviado un telegrama a su madre anunciándole la partida y confiaban en que alcanzaría a llegar esa noche.

Pero esto no ocurrió. Esperaron durante tres horas en la estación. Pero no llegó ningún tren. Por el telégrafo se supo que se habían cancelado las carreras de los trenes de pasajeros hasta el día siguiente, para dar paso a los largos convoyes militares.

Los tres regresaron tristemente al hotel.

Don Antonio Latorre no se había acostado y los esperaba en compañía de su hermana, misiá Clarita.

Inútilmente trataron de conversar un rato, pero las frases les nacían desanimadas y truncas. Por fin, cerca de las diez de la noche, se despidieron.

Clementina, con don Antonio y su hermana acompañaron a los dos mozos hasta la puerta del hotel. Tenían ellos que recogerse al cuartel del Aconcagua para salir al amanecer. La despedida fue casi sin palabras.

Cuando los dos hombres tomaron la calle del cuartel, iban

cabizbajos y graves.

El sargento de guardia les indicó un rincón de una cuadra donde podrían dormir. Todos los largos dormitorios estaban repletos de soldados, y pese a que se había dado el toque de silencio, como seguían aún llegando soldados con retardo, se mantenía un rumor confuso y apagado.

En la barraca donde entraron Cobo y Torreblanca, sólo había unos pocos soldados, que conversaban en sordina.

Torreblanca, que aún vestía de civil, salió a conseguirse una manta, pero regresó sin ella. Le darían una junto con el uniforme al día siguiente.

Cobo extendió la que traía y sobre ella se tumbaron los dos, sin desvestirse.

Pero, en lugar de dormir, Torreblanca sacó de uno de sus bolsillos un trozo de vela y la encendió. Luego extrajo un papel y lápiz y comenzó a escribir.

—¿Qué escribes? —le preguntó Cobo, transcurrido cierto rato.

—Unos versos, Alberto.

—¿Para Clementina?

—Sí, mi adiós a Clementina.

Escribió todavía unos minutos más. Afuera, en algún punto del cuartel, volvió la corneta a sonar repitiendo el toque de silencio y los pasos rítmicos de una patrulla encargada de hacer obedecer la orden resonaron por los corredores que encuadraban el patio.

—Ya he terminado —declaró Rafael, inclinándose para soplar la vela. Pero Alberto lo sujeto:

—Espera. Perdóname, pero… siento una emoción tan extraña…, se me presenta la imagen de Leonora tan vívida, que…, que quisiera saber si lo que tú dices a mi hermana en tus versos es parecido a lo que yo diría a Leonora en esta noche.

Torreblanca sonrió y comenzó a leer lo que acababa de escribir:

Lucero misterioso del amor
que brillas entre nubes escondido,
al fulgor de tus rayos he sentido
tembloroso mi pecho palpitar.
Voy a partir. El dedo del destino
me señala quizás en lontananza
un remoto sendero de esperanza

que conduzca a las gradas de tu altar.
Cuando suene el clarín de la batalla,
bastará, Clementina, tu memoria
para lanzarme en pos de la victoria
con altivo y osado corazón.
Y si el plomo enemigo me derriba,
tu nombre sólo, fulgido lucero,
brotará de mis labios de guerrero
como el postrero y eternal adiós…

Muy temprano, cuando las cornetas tocaron diana y el cuartel despertó, un muchachuelo llevó la hoja de papel hasta Clementina. Y en los momentos en que el batallón Aconcagua, con sus filas aún algo desordenadas por la inexperiencia militar, desfilaba hacia la estación, la jovencita examinaba la formación desde su ventana, estrujando entre sus manos el poema de Torreblanca. Con los ojos llenos de lágrimas, releía la última estrofa, como si quisiera responder al adiós del soldado.

De pronto divisó a su hermano y a Rafael incluidos en la última compañía del batallón. Se veían más delgados dentro del uniforme azul rojo y sus rostros parecían de niños bajo el pequeño quepis.

Clementina tuvo una reacción irresistible. Echándose un manto sobre los hombros, bajó a la carrera a la calle y, mezclada con la multitud que vitoreaba a los soldados, fue trotando junto a las filas, tratando de emparejarse a su hermano y su novio.

Pero las mujeres promovían un gran desorden, amenazando romper las filas, en su afán de colgar del cuello de los reclutas escapularios con la imagen de la Virgen del Carmen.

El «curita Gómez», de pie en lo alto de la escalinata exterior de su iglesia, asperjaba la columna con agua bendita.

Recién en los momentos en que la columna asomaba a la estación, Clementina consiguió aproximarse a la escuadra en que marchaban su hermano y su novio. Pero la muchacha era zarandeada de un lado a otro por la marea humana.

Rafael, que la veía luchar en medio de la muchedumbre, no pudo evitar gritarle:

—¡No corras tanto, mi vida; te van a magullar!

—¡Silencio en la fila! —vociferó el sargento más cercano.

Por fin entraron a la estación. La voz lejana del comandante

trajo alivio a todos, cuando ordenó:

—¡Batallón, atención…, alt!

Con un ruido seco de tacones, cesó la marcha. La multitud se estrechó más contra la columna.

—¡Descansen… arm!

Los fusiles bajaron automáticamente al suelo.

—¡A discreción!…

Las mujeres se abalanzaron dentro de las hileras y fue inútil contenerlas. La orden del comandante autorizando para romper filas se perdió en el vocinglerío aturdidor.

Clementina se había abrazado de Rafael, olvidada de todos los convencionalismos, y le balbuceaba, besándolo apasionadamente en las mejillas y en el cuello:

—¡Rafael! ¡Rafael! ¡Cómo me has hecho llorar con tu despedida!

A lo largo de todo el andén se multiplicaban las voces llamando a gritos a los soldados.

—¡Ernesto!…

—¡Lucho de mi vida!…

—¡Oh, Virgen Santa, perderte, mi Sebastián!

Clementina continuaba abrazada de Rafael. Alberto los miraba con sonrisa triste.

—Tienen ustedes muchas cosas que decirse. Mejor los dejo solos un rato.

—No, Alberto, no te vayas —suplicó la joven—, tú también…

—Yo soy apenas tu hermano, chiquilla. Bastará con que me des un abrazo, te bese yo en la frente y adiós. Allí viene el «curita Gómez». Platicaré con él hasta el instante de subir al tren.

Efectivamente, el párroco llegaba corriendo, con la sotana atada a la cintura.

Alberto le salió al encuentro.

—¡Espere un momentito, padre!

—¿No tienes a nadie que venga a decirte adiós y a hacerte una caricia, soldado? —rezongó el cura, jadeando.

—Mi madre no alcanzó a llegar, señor cura.

—¿Y novia…, mujer?…

—Está en el norte —explicó Cobo—. Voy a buscarla.

—¡Ah!… La hallarás; Dios querrá que la encuentres.

Al otro lado del andén, en una vía paralela, comenzaban a

embarcar los caballos.

—Tengo que tirarle las orejas a uno de los niños del piquete de caballería —exclamó el sacerdote, cruzando las líneas férreas—. Si quieres conversar, ven conmigo.

Cobo lo siguió, divirtiéndose con la agilidad del cura, que salvaba los rieles a pequeños saltitos nerviosos.

Al otro lado de los vagones de carga habían improvisado un corral para albergar una numerosa caballada, la que se revolvía piafando, inquieta por los gritos con que los soldados la azuzaban para empujarla hacia las rampas de embarque.

—Esos caballos son de la hacienda de don Ricardo de la Fuente —explicó el párroco a Cobo, mientras se allegaba a un costado del corral—. Él los regaló al batallón, pero están demasiado chúcaros todavía. Ayer uno de los niños del piquete fue derribado por una de estas bestias y se zafó un brazo. Le advertí que si no había amanecido bien, no lo dejaría embarcarse, pero el bribón se me escabulló y se me perdió entre las filas.

El viejo sacerdote hablaba mientras recorría la cerca, observando el rostro de los soldados empeñados en la faena del embarque.

En aquel instante llegaban los vagones vacíos en que habría de ubicarse el batallón, y el ruido de las ruedas, sumado a los pitazos con que el tren pedía vía franca, terminó de alborotar a los caballos.

—¡Cuidado, sujeten a esas bestias! —gritó uno de los soldados, al verlas atropellarse dentro del corral, demasiado débil para contener el ímpetu de los animales.

Pero la agitación había comenzado a prender entre ellos y se comunicaba a los que iban siendo guiados por la rampa. Uno de estos caballos se detuvo en mitad de la pasarela, relinchando, con las patas temblorosas.

—¡Afírmenle el cabestro y métanlo al vagón! —gritó el sacerdote, observando la vacilación del soldado que lo arrastraba.

Pero justamente entonces la locomotora volvió a hacer sonar el pito y el alarido del vapor enloqueció al caballo. Alzándose sobre los cuartos traseros, desprendió el ronzal de las manos de su cuidador y cayó hacia atrás, en medio de la tropilla ensoberbecida.

Aquello bastó para provocar el desbande de la caballada. Girando dentro del estrecho corral, los animales fueron chocando

unos contra otros y se estrellaron contra la cerca. Ésta resistió en un costado, pero en el extremo opuesto, los palos saltaron en pedazos.

El cura Gómez había divisado por fin al soldado que buscaba. Corría hacia él a pasitos menudos, llamándole la atención a gritos. No vio la estampía de los caballos que se precipitaban fuera del corral precisamente en la dirección en que él marchaba.

Alberto Cobo se dio cuenta del peligro y corrió desesperadamente para darle alcance, gritándole a todo pulmón:

—¡Padre Gómez, apártese! ¡Apártese!

El sacerdote oyó sus voces e instintivamente se detuvo y volvió la cabeza. Un gesto de espanto se le marcó en el rostro al divisar la masa atronadora de las bestias.

Alberto, que comprendió que el párroco iba a ser arrollado, cruzó por delante de las bestias y dándole un formidable empujón, lo arrojó bajo una carreta. Él mismo rodó a su lado, pero no alcanzó a encoger las piernas.

La caballada enloquecida pasó como una tromba sobre ellas. Con un alarido de dolor, el mozo sintió el impacto multiplicado de las pezuñas triturándole la carne, quebrantándole los huesos.

Cuando los soldados que habían presenciado la escena llegaron corriendo hasta el lugar del accidente, Cobo estaba desmayado y sus piernas eran una masa de polvo y sangre.

El cura Gómez se paseaba de un lado a otro por el corredor de la casa parroquial. Desde que el soldado herido fuera llevado a ella, había rechazado todo descanso. Había pasado un día completo desde el accidente. En los primeros momentos, cuando lo hizo traer hasta su casa, él mismo ayudó a acostarlo en la cama en que yacía; él hizo llamar al doctor; él le lavó las piernas magulladas y auxilió al médico en la operación de curarle las heridas y entablillar las fracturas.

Dentro de la habitación se había instalado Clementina. Durante toda la noche vigiló a su hermano, que, presa de la fiebre, pugnaba por echarse abajo del lecho.

Serían las nueve de la mañana cuando la muchacha asomó al corredor. El sacerdote se le acercó interrogante.

—Ahora duerme, padre —murmuró ella con fatiga—. Desde hace aproximadamente una hora descansa un poco.

—¡Oh, estaba bueno ya, por San Cipriano! ¡Veinte y tantas horas de agonía he sufrido!

—El Aconcagua debe haber embarcado ya —reflexionó Clementina, como volviendo a la realidad.

—Seguramente, hija. Ya deben estar en los transportes que manda el capitán Patricio Lynch.

La muchacha comenzó a llorar suavemente. El accidente de su hermano le impidió estar presente cuando partió el tren llevándose a Rafael Torreblanca.

—¡Vamos, hija, es preciso tener valor! —la alentó el cura Gómez sin mucha convicción—. Buena facha haremos ante los demás pueblos si las mujeres de nuestros soldados sacan el día llorando. ¡Vamos, Clementina, levante esa cara!

—Sí, padre, sí…, trataré de soportarlo —murmuró la muchacha.

El doctor del pueblo llegaba desde el otro extremo del patio de naranjos.

—Buenos días, padre Gómez. ¿Cómo sigue el herido? —inquirió.

—Ahora duerme, doctor.

—Bien, ya es un progreso. ¿Me permite pasar a verlo?

El sacerdote le interceptó la entrada con su cuerpo menguado:

—No sin que antes me declare usted cuál es el verdadero estado del muchacho, doctor. Está herido por salvarme la vida, compréndalo.

—No se preocupe, padre; no es tan grave —repuso el médico—. Tiene una pierna fracturada y los tendones maltrechos, pero se recuperará. En pocos días más podrá ser trasladado a su casa.

—Oh, no, de ningún modo. El muchacho no sale de esta parroquia hasta que pueda ingresar a las filas de algún regimiento que vaya hacia el norte. Eso era lo que él quería y yo no permitiré que se frustren sus deseos. Se quedará en la casa parroquial y yo lo cuidaré, doctor.

El médico sonrió. Sabía que era intento vano tratar de oponerse a la voluntad del «curita Gómez».

—Me alegro, porque en ninguna otra parte estará mejor cuidado, padre. Bueno, ahora con su permiso, voy a entrar a verlo.

Acompañado por Clementina, entró a la habitación. Vuelto a quedar solo, el cura empezó nuevamente a pasearse por el corredor. Hurgando en un bolsillo de su raída sotana, extrajo un rosario de cuentas negras. Besando respetuosamente la cruz, murmuró:

—Jesús mío y nuestra Señora del Carmen, protéjanme ustedes a este niño también, como a los otros que se me fueron ya al norte.

Antofagasta se aprestaba para una acción inmediata. El general Arteaga había organizado todo para recibir los 2500 hombres que venían de Valparaíso. Nerviosamente celebraba conferencias con el coronel Emilio Sotomayor, cuando recibió el telegrama del Gobierno consultándole cómo estaba de municiones. Se quedó perplejo. Pese a que, en repetidas ocasiones, su secretario, el señor José Francisco Vergara, había atraído su atención hacia ese asunto, hasta aquel momento no se había dado tiempo para pensar en las municiones. Puesto en la necesidad de hacerlo, ordenó inmediatamente al jefe del estado mayor, general José Antonio Villagrán, que hiciera un censo del parque de municiones de Antofagasta.

La investigación demoró un día y medio y el resultado fue aplastante. Sólo se contaba con 1 691 000 balas para fusiles Comblain.

El general se sintió abrumado.

—¿Poco más de un millón y medio? Para 8000 hombres… ¡Diablos, alcanzan apenas, 125 tiros por soldado! Eso es igual que nada, general Villagrán. Necesitaremos, cuando menos, el doble para que cada soldado lleve 250 tiros en cartuchera.

—Aún así no es suficiente, general Arteaga.

—¿Cree que no lo sé, general Villagrán?

Impaciente e irritado, redactó al momento un telegrama al Ministerio de la Guerra.

> *Mayo 10. Venga la fuerza, transportes para la expedición. Remita millón y medio de tiros Comblain;*

mil ochocientos para cañones montaña Krupp; seiscientos de campaña Krupp; cuarenta mil de ametralladora.

El general Basilio Urrutia, ministro del ramo, se presentó ante el presidente con el telegrama y se lo alargó sin palabras, aunque con un decidor gesto de impotencia. Don Aníbal Pinto lo leyó repitiendo en voz baja las cantidades, como si le costara entenderlas.

—Poseemos esas balas en los arsenales, general Urrutia, ¿verdad? —aventuró.

—No, Excelencia, estoy seguro que no las tenemos.

El mandatario se atusó la barba con aflicción. Inconscientemente, comenzó a pasearse. Por fin, se detuvo nuevamente ante el ministro de Guerra.

—General, es forzoso reunirlas. Ordene usted que se junte toda la munición existente en el arsenal e, incluso, que se pida toda la que tienen los soldados que cubren la frontera araucana. Pero hay que acumular esas balas a la brevedad posible.

En cuanto el general Urrutia salió a dar las órdenes pertinentes, el señor Pinto hizo llamar al ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María.

—¿No tenemos pendiente un pedido de municiones a Francia, ministro?

—Sí, don Aníbal, hemos solicitado seis millones de balas Comblain.

El presidente sintió que se le retiraba un peso enorme del pecho.

—Comuníquese por cable con nuestro embajador —le rogó—, para saber si puede enviar esas cápsulas antes de fines de mayo.

Pese a la esperanza de poder solucionar aquel problema, el presidente vivió profundamente intranquilo los días que siguieron. Se lo veía irritable y confuso.

Al cabo de cinco días, los ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores se presentaron ante él.

—Y bien, general Urrutia, ¿cuándo sale hacia el norte el millón y medio de balas Comblain que pide el general Arteaga? —preguntó ansiosamente el presidente al ministro de Guerra.

Éste abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Es imposible, señor —repuso abatido—, no lo tenemos.

Sacando hasta la última bala de los depósitos del arsenal y privando de todas las suyas a los cuerpos de la frontera de Arauco y a los que están de guarnición en Santiago, apenas hemos podido reunir medio millón.

El presidente se volvió al ministro de Relaciones Exteriores con expresión casi suplicante.

—Entonces tenemos que esperar a que lleguen las que manda Blest Gana desde Francia…

—También es imposible, Excelencia —repuso el señor Santa María, hurtándole los ojos.

El señor Pinto lo contempló aturdido.

—¿Cómo?… —musitó incrédulo—. No me diga usted que también…

—Sí, don Aníbal, falló la posibilidad. El embajador Blest Gana me ha comunicado que no pudo comprar en parte alguna la cantidad de municiones pedida y que habrá que esperar un mes, cuando menos, para adquirirlas en algún otro lugar de Europa.

El jefe del Estado dobló la cabeza vencido. Dio vuelta en torno a su mesa de trabajo y se dejó caer en su sillón.

—La operación de desembarco en Tarapacá se pierde, señores —murmuró.

El señor Santa María, que lo quería de muy antiguo, se le acercó sinceramente acongojado.

—Y lo peor del caso, Excelencia —le dijo—, es que nuestro embajador en Buenos Aires, don José Manuel Balmaceda, insiste en que si no se obtiene rápidamente una brillante victoria…

El presidente lo atajó con un gesto fatigado:

—Sí, sí, ya lo sé: Argentina se nos viene encima también.

Intentando sobreponerse a la situación, don Aníbal Pinto propuso al general en jefe del ejército emplear las fuerzas reunidas en una empresa que exigiera menos municiones; invadir Tarapacá por el puerto de Pisagua, por ejemplo.

Pero el general Arteaga se mantuvo en la más rígida intransigencia.

—La expedición por Pisagua nos demandará la misma cantidad de municiones e idéntico empleo de tiempo que la de Iquique y es para esta última que estoy perfectamente preparado. Sólo aguardo la llegada de los elementos que me tienen prometidos.

El general Villagrán intentó ablandarlo, llamando su atención hacia posibles operaciones menores, como las que sugería el Gobierno, pero se mantuvo inflexible.

—¡No moveré un hombre mientras no tenga las municiones! No porque el Gobierno, en su afán de halagar a los políticos y a la prensa, quiera lanzar al ejército en una aventura, voy a sacrificar mis tropas.

El país estaba viviendo sobre ascuas. Aun cuando el Gobierno ocultaba sus choques con el jefe del ejército, las noticias trascendían al público. La prensa, esgrimiendo desatinadamente su poder informativo, publicaba estos entredichos, enardeciendo los ímpetus populares y, lo que es peor, revelando a los enemigos los trastornos internos de la nación. En todos los tonos se gritaba que era preciso quitar el ejército al general Arteaga, porque estaba probando ser demasiado viejo para realizar empresas guerreras.

—Debió haberse entregado la jefatura del ejército y de la escuadra a hombres que estuvieran en la plenitud de la vida, Excelencia —repetían allegados al Gobierno, con insistencia que exasperaba al presidente.

En sus reuniones con sus ministros, el primer mandatario intentaba salvar el caos, manteniendo la cabeza serena.

—Originalmente habíamos trazado dos planes, señores —decía —. Uno era la invasión por tierra de Tarapacá. Ya hemos visto que no es factible, por falta de municiones. El otro era el bloqueo del Callao.

—Es inútil volver sobre ese segundo plan, Excelencia. El contralmirante Williams demostró que no puede realizarlo nuestra escuadra.

—Pero podrá verificar alguna operación menor. Bloquear, por ejemplo, la base naval de Arica y cortar así el suministro de tropas, víveres y pertrechos a Iquique.

Esta última posibilidad fue enviada en consulta al contralmirante Williams. Pero, antes de que le llegara, el jefe de la escuadra había tomado otra determinación, secreta, inesperada y de consecuencias sobrecogedoras.

Los agentes secretos chilenos escondidos en Iquique fueron los primeros en darse cuenta de ella, sin sospechar su trascendencia.

Leonora Latorre había sido trasladada a una casita cercana a la

estación del ferrocarril, en el camino que subía al Alto del Molle, como una precaución tomada por el general Buendía, temeroso de que los pobladores de Iquique pudieran vengarse en ella por la terrible situación en que los sumía el bloqueo de la escuadra chilena.

En la madrugada del 11 de mayo, un hombre vestido con las toscas ropas de los mineros pampinos llegó hasta la casa y se deslizó hasta la tapia trasera. Con precauciones, golpeó en la puerta del servicio. Como nadie respondiera, volvió a golpear impaciente.

Al cabo de un rato, una voz inquieta de mujer investigó:

—¿Quién está ahí?

—¿Es usted, señorita Alcérreca?

—Ssssí…, soy yo —le respondió vacilando—. ¿Quién me busca?

El pampino apegó la boca a las junturas de las tablas:

—Roberto Rodríguez, Leonora.

Se alcanzó a oír, ahogada, la exclamación de asombro de la agente, y luego el ruido de la tranca al ser quitada.

Leonora saludó con estupor y alegría al astuto compañero y lo introdujo al patiecillo de la casa.

—¿Qué ocurre, don Roberto; qué lo ha traído hasta aquí, pese a sus heridas?

—Leonora, mire usted hacia la bahía —le dijo por toda explicación el interrogado.

Cruzaron rápidamente la casa, hasta una de las ventanas que dominaba el puerto.

—El general Buendía mantiene dos soldados en la estación, vigilando siempre esta casa —advirtió Leonora, mientras abría con sigilo los postigos.

—Leonora, mire usted hacia la bahía —repitió Rodríguez.

En el primer momento, la joven no comprendió qué era lo que su compañero quería que viese. Pero, al fijarse más atentamente, se quedó atónita. En lugar de los seis barcos que habitualmente voltejeaban frente al puerto, había solamente dos y los más pequeños.

—¡Se ha marchado la escuadra! —exclamó.

—Zarpó antes de aclarar, dejando al cuidado del bloqueo a sus dos barquichuelos más inservibles: la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

—Pero ¿para dónde fue la escuadra, don Roberto?

—Hacia el norte. Eso es todo lo que sabemos. Pero no es eso lo grave, Leonora, sino que nos quedamos sin poder participar al contralmirante la noticia que recibimos.

—¿Es muy importante?

—Júzguela usted. Un agente de nuestro servicio llegó anoche desde Cobija para comunicarnos que, habiéndose interceptado en aquel puerto al vapor *Loa*, se supo por su capitán que el presidente del Perú, don Mariano Ignacio Prado, salió del Callao con el *Huáscar* y la *Independencia* y una división de 4000 hombres rumbo al sur, hacia la base naval de Arica. ¿Piensa usted en lo que esto puede provocar?

—Que las escuadras se encuentren en alta mar y se batan.

Roberto Rodríguez movió la cabeza.

—O que, siendo el mar tan inmenso, no se encuentren…, y la escuadra peruana caiga sobre estos dos barquichuelos que han quedado aquí y luego arrase las guarniciones que nuestros compatriotas han establecido en Atacama.

—¡Dios santo! Es preciso prevenir al comando militar de Antofagasta.

—Y a los comandantes de esos dos barcos, Leonora.

—¿Puede usted preocuparse de enviar la advertencia a Antofagasta, don Roberto? —inquirió la joven.

—Mandando el aviso por tierra, mediante un jinete. Pero tardará dos o tres días en llegar, ya que tendrá que ir sorteando las patrullas peruanas.

—Bien, hágalo usted, don Roberto. Yo intentaré prevenir a los comandantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. ¡Parta, parta al momento!

El 18 de mayo, en la tarde, el ministro de la Guerra, general Urrutia, entraba atropelladamente al despacho presidencial.

—¡Excelencia, mire usted el telegrama que hemos recibido de parte del comandante en jefe del ejército de Antofagasta!

Don Aníbal Pinto le arrebató el papel.

Mayo 18. Cartas interceptadas de Lima, en Cobija,

dicen Prado salió del Callao con escuadra 4000 hombres Arica. Williams salió 15 norte. Espero resultado.

ARTEAGA.

Por primera vez el presidente de la república perdió la mesura. Dando un golpe sobre el escritorio, se irguió pálido de enojo.

—¿Cómo es esto? —exclamó. El contralmirante abandona el bloqueo de Iquique, sin comunicárselo a nadie, y se lleva la escuadra con rumbo desconocido.

—Así es, Excelencia, y desbarata con su medida todos los planes en estudio.

El presidente no habló más, pero al volver a sentarse, demudado, pensaba en las dos consecuencias que podía tener la actitud del jefe de la escuadra. Si había tomado aquella determinación en conocimiento del descenso al sur de la flota peruana, la buscaría y posiblemente inclinaría la balanza de la guerra en un combate decisivo. Pero si había ordenado poner las proas hacia el norte sin saber que la escuadra enemiga se encaminaba hacia el sur, existía un porcentaje enorme de posibilidades de que las dos fuerzas navales pasaran en direcciones contrarias sin divisarse. Y en ese caso, los transportes con tropas chilenas que navegaban por el Pacífico, los puertos de Antofagasta, Mejillones, Taltal, Caldera y quizás si hasta el propio Valparaíso sufrirían el poder destructor de los cañones de monitores y blindados peruanos.

En los días que siguieron, el jefe del Estado iba a estar sometido a una sucesión de golpes nerviosos, provocados por una artimaña fraguada por el contralmirante Williams Rebolledo. Aquel mismo día 18 de mayo, en la noche, se recibía en la Comandancia General de Marina, en Valparaíso, una nota oficial del jefe de la escuadra, comunicando que había decidido establecer el bloqueo de Arica y que, con ese fin, se dirigía a ese puerto con la escuadra.

La prensa de Santiago y Valparaíso diseminó la noticia, mostrándola como la iniciación, por fin, de un avance viril.

Sin embargo, a mediodía del 20 de mayo un edecán entró desazonado al despacho presidencial, tratando de contener al comandante general de marina, don Eulogio Altamirano, que, saltándose todo protocolo, se colaba en la sala de don Aníbal Pinto.

—Le digo que no me estorbe, edecán —vociferaba Altamirano avanzando—. Lo que tengo que decir al presidente es de tal importancia que no admite demoras.

El jefe del Estado lo vio llegar con franca alarma.

—¿Qué ocurre, don Eulogio? —preguntó.

—Usted comprenderá, don Aníbal, que no iba a venirme a la carrera desde Valparaíso por una nadería.

—Por favor, no me intrigue más. ¿Qué hay?…

—He recibido la más extraña y desconcertante comunicación privada del contralmirante Williams Rebolledo.

El presidente pensó que era la notificación del resultado del ataque de la escuadra a Arica y lo preguntó a su interlocutor.

—¡Qué Arica ni nada, Excelencia! —barbotó Altamirano descontrolado—. El almirante se ha burlado de todos nosotros con su cuento de ir a bloquear Arica.

Don Aníbal Pinto volvió a demudarse.

—¿Quiere usted explicarme, señor Altamirano? —dijo.

—Mejor que yo le aclarará toda la situación este comunicado que acaba de llegarme —le manifestó el comandante general de marina alargándole un pliego escrito—. Es una carta personal que me envía el contralmirante Williams y que ha llegado dos días después de la nota oficial anterior, seguramente porque no alcanzó a ser embarcada en el vapor de la carrera que trajo la otra.

El presidente extendió el papel con mano temblorosa y, a medida que lo iba leyendo, su rostro se iba poniendo rígido de enojo.

> *Por este correo* —decía la carta— *remito a usted una Nota Oficial, comunicándole el próximo bloqueo de Arica con parte de los buques de la escuadra. Todo lo que le digo en esa nota es falso. Mis propósitos son otros, pero, para realizarlos, necesito principiar por hacer uso de esta estratagema, a fin de desorientar a bordo a los habladores y corresponsales indiscretos y*

conseguir, si es posible, que los espías transmitan al Perú esta noticia.

El jefe del Estado estrujó entre sus manos el mensaje.

—¿Qué le parece a usted, Excelencia? —exclamó Altamirano—. Nos ha engañado a todos.

—… incluso al presidente de la república y al Gobierno —precisó el mandatario—, cayendo en un acto de insubordinación en el que no debe incurrir jamás un alto jefe de las fuerzas armadas. Ni siquiera en tiempos de paz podría ser perdonable un atropello así, mucho menos en época de guerra, en que el Gobierno debe responder ante la ciudadanía de los escasos medios de defensa con que cuenta la nación.

Don Aníbal Pinto estaba frenético.

—Y en esta nueva nota en que nos advierte que su anuncio de que va a Arica es falso —aclaró el señor Altamirano—, ni siquiera se toma la molestia de avisarnos adónde lleva la escuadra.

—Al Callao, sin duda —dedujo el presidente—. Ha lanzado la escuadra a una empresa temeraria que él mismo rechazó cuando yo la propuse y era factible…

—Y ahora la emprende cuando todos sabemos que la fortificación del Callao está terminada y la escuadra peruana puesta en perfecto pie de guerra —completó el comandante general de marina.

Las funestas consecuencias que el acto del contralmirante Williams podía acarrear al país volvieron a hacerse presentes en la mente del presidente. En esos mismos momentos navegaban hacia el norte barcos chilenos cargados con 2500 soldados y valiosísimo material de guerra, todo lo cual estaba expuesto a ser capturado o hundido por los blindados enemigos. Y si esto no ocurría, Antofagasta estaría perdida, pues sería bombardeada. Bastaría con que los monitores enemigos destruyeran las máquinas resacadoras de agua para obligar a todo el ejército expedicionario a rendirse por la sed.

—Chile está suspendido sobre el desastre —reflexionó en voz alta el presidente—. Si no ocurre un milagro, podemos ser vencidos en pocos días. ¡Secretario, cite inmediatamente a un consejo de ministros para que discutamos el proceder del contralmirante

Williams Rebolledo y se dicten medidas para afrontar la posible catástrofe que se nos viene encima!

22

Tres días antes, en Iquique había comenzado a forjarse el marco del martirio.

La encerrada bahía se abría al alba el 17 de mayo de 1879 como un gigantesco escenario luminoso. En mitad de él, empequeñecidos, aplastados por aquel decorado soberbio, dos barcos se mecían suavemente. Eran la corbeta *Esmeralda* y la y cañonera *Covadonga*, reliquias desvencijadas de la historia naval chilena. La primera había sido construida en los astilleros de Northlee, cercanos a Londres, como nave de guerra de segunda categoría, y fue echada al agua en 1856. La segunda, provenía de astilleros de El Ferrol y tenía las típicas líneas de las goletas españolas. Su botadura al mar había ocurrido en 1861. Capturada por el contralmirante Williams Rebolledo en la guerra contra España, servía desde 1866 en la escuadra chilena.

Estas dos sombras de barcos de guerra eran las que sostenían el bloqueo de Iquique.

El 16 habían zarpado hacia el norte el *Cochrane*, la *Chacabuco*, la *O'Higgins*, el *Abtao* y el carbonero *Matías Cousiño*. El 17 los había seguido el buque insignia, blindado *Blanco Encalada*, escoltado por la cañonera *Magallanes*.

Entretanto, en tierra, los agentes secretos chilenos tenían en sus manos la noticia de que venían hacia el sur los más poderosos barcos del Perú. Un mensaje llegado desde Cobija les había informado que el presidente enemigo había zarpado del Callao al frente de una división de 4000 hombres, distribuida en tres transportes: el *Chalaco*, el *Oroya* y el *Lima*. Y aquellas fuerzas, destinadas a Arica, navegaban protegidas por las moles de acero del monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*.

La urgencia era terrible. Si aquellos dos colosos lograban hurtar el cuerpo a la escuadra chilena, caerían sobre los dos frágiles barquichuelos que guardaban la bahía. Era forzoso prevenirlos y llevar el aviso también al comando militar chileno de Antofagasta.

Roberto Rodríguez, despreciando la debilidad en que lo mantenían sus heridas no cicatrizadas, se encargó de mandar un mensajero hasta Antofagasta, por tierra, y logró hacer llegar la alarma al general Justo Arteaga.

Leonora Latorre, que tomó a su cargo advertir a los comandantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*, no encontraba la forma de hacerlo. El general Buendía había dispuesto una constante vigilancia de la costa. En lo alto del cerro Molle se mantenía alerta el coronel Belisario Suárez con los Cazadores de la Guardia; a lo largo de la playa del Colorado patrullaban los Cazadores del Cuzco, mientras en el otro lado del muelle, hasta el final de la bahía en la punta Cavancha, la división del coronel Cáceres había extendido en línea los regimientos bolivianos «Zepita» y «2 de Mayo». No había posibilidades de embarcarse sin ser visto y capturado.

Sin embargo, Leonora recordaba haber oído regañar al general Buendía porque los centinelas de la playa habían sido encontrados dormidos por las patrullas de relevo. Este cambio de guardia se verificaba todas las noches alrededor de las doce. Era, pues, la única hora en que se podía intentar llegar hasta los barcos sitiadores. Leonora decidió aventurarse, aunque ello le costara la libertad y quizás la vida.

Doña Elcira Carrasco la visitaba todos los días, porque se encargaba de la limpieza de la casa y del lavado de su ropa. Ese día la agente la esperó con ansiosa impaciencia.

Desgraciadamente, la chilena se presentó más tarde que de costumbre. Un batallón había estado trabajando en el camino, conectando unas antiguas cañerías que bajaban desde la pampa, por medio de las cuales el general Buendía pensaba traer agua para la población militar.

Por fin, los soldados terminaron su trabajo y la lavandera se atrevió a llegar hasta la casa de Leonora.

La agente le explicó el riesgo que estaban corriendo los dos barcos chilenos y la conminó a prestarle ayuda para hacerles llegar un aviso. La mujer aceptó y volvió a salir para buscar un lanchero

chileno que se atreviera a intentar la aventura.

Comenzaba a obscurecer, cuando la lavandera regresó.

—¿Encontró usted el lanchero que necesitamos? —le preguntó Leonora.

—Sí, señorita, pero estamos con mala suerte.

—¿Cómo? ¿No se atreve a ir hasta los barcos?

—No se puede, misiá Leonora. Dice Galvarino Fuentes que, aunque se logre engañar la vigilancia de los peruanos en la playa, no es posible llegar hasta los barcos, por dos razones.

—¿Cuáles, Elcira?

—Primero, porque los vigías de a bordo tienen orden de disparar sobre toda embarcación que se acerque a las buques. Y segundo, porque la *Esmeralda* y la *Covadonga* salen de la bahía en las noches, porque saben que los peruanos están preparando unos torpedos para tirárselos en cuanto estén cerca de la costa.

Leonora comenzó a desesperarse. Comprendía que si no le era posible mandar el aviso aquella misma noche, al día siguiente podría ser ya tarde.

Afortunadamente, doña Elcira creía que podía haber un medio para llegar hasta los barcos. Tomándola de una mano, la llevó hasta la ventana y la hizo mirar a la bahía.

—Fíjese allá, frente a la playa del Colorado. ¿Alcanza a ver una «chata» anclada como a ciento cincuenta varas de la orilla?

—Sí, es la del inglés que los peruanos llaman «El Hombre del Infierno».

Efectivamente, a corta distancia de la playa existía un pontón inmovilizado desde hacía varios años. Ahora estaba ocupado por un inglés y su familia. Era el piloto Stanley, antiguo práctico del puerto de Iquique. Descubiertas por los peruanos las simpatías de este marino por los chilenos, fue perseguido y maltratado, viéndose en la necesidad de irse a vivir a la chata con su mujer y tres hijos pequeños. Su suerte hubiera sido desesperada, de no haberse producido el bloqueo del puerto por la escuadra chilena. El auxilio en alimentos y agua que Stanley recibió de los barcos, bloqueadores, le permitió seguir manteniendo a su familia.

Leonora comprendió cuánto provecho se podía sacar al agradecimiento de aquel hombre. Pero la asaltó una última duda. ¿Podría Stanley llegar a los barcos que se habían alejado hasta la

boca de la bahía?

—Galvarino Fuentes dice que el gringo se pasa más en los barcos nuestros que en su chata —manifestó doña Elcira.

—Y dígame, Elcira, ¿se atrevería su amigo Fuentes a llevarme hasta la barca de Stanley esta noche?

La mujer se quedó mirándola aterrada.

—No me diga que va a ir usted, señorita.

—No dispongo de otra persona, Elcira. ¿Cree usted que ese lanchero me llevará?

—Es claro que sí, patrona —afirmó la mujer, afligida.

—Gracias, Elcira. Hágame usted el favor de transmitirle que me espere a las doce en punto en la puerta falsa del Hotel Español.

—Está bien, señorita. Me voy «al tiro» para decirle que esté listo a las doce.

Jamás le había sido a Leonora tan difícil fingir como aquella tarde, durante la visita que, al igual que todos los días, le hizo el general Buendía.

A medida que pasaba la hora sin que el general manifestara el propósito de marcharse, su inquietud iba creciendo. Afortunadamente, cuando faltaban pocos minutos para las once y media de la noche, se presentó en la casa el ordenanza de Buendía. Habló en la puerta con su jefe, pero Leonora alcanzó a oírlo.

—Ha llegado un segundo telegrama al cuartel, señor general —le dijo—. Y el coronel Benavides me encarga advertirle que es la confirmación del que se recibió desde Pisagua.

—¿Viene éste directamente de Arica? —preguntó el general.

—Sí, señor. Por eso, el coronel Benavides insiste en conferenciar con usted, ahora mismo, en el cuartel.

Leonora exhaló un profundo suspiro de alivio.

Buendía volvió a entrar apresuradamente, y excusándose por tener que partir a toda prisa, se marchó.

Leonora esperó unos minutos. En seguida se echó un manto sobre la cabeza y salió a la obscuridad.

En el hueco de la puerta de servicio del Hotel Español la esperaba el lanchero Fuentes, acompañado por la propia doña Elcira, que se había arriesgado a salir de noche únicamente con el propósito de convencer a Leonora de desistir de su intento. Pero la agente, demasiado preocupada por la suerte de los marinos, no

quiso oírla e instó al hombre a partir al instante.

Nunca supo por qué calles ni a qué sitio la llevó el hombre de mar; sólo tuvo la impresión de que su lancha estaba escondida en un erizado roquerío, en el extremo sur de la bahía.

En medio de la más tenebrosa obscuridad, el hombre comenzó a bogar vigorosamente para trasponer el rompiente de las olas. Luego, siguió remando durante largo rato, en un mar negro como la tinta.

Había transcurrido más de media hora, cuando Leonora se atrevió a hablar.

—¿Falta todavía mucho para llegar a la chata del piloto Stanley, lanchero?

—No la sé, patrona. Tenemos que ir al tanteo. La chata no tiene fanal. Como el gringo no puede bajar a tierra, seguramente se le terminó el aceite. Pero, al cálculo, me parece que vamos bien. «Catee» usted, patrona, y cuando vea un bulto, me pega un grito.

Leonora hundía los ojos en la obscuridad, buscado el pontón de Stanley. Pero sólo se divisaban, a la derecha, las luces mortecinas de Iquique y a la izquierda los fanales de posición de la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

—Se van bien mar adentro —comentó el lanchero—. El general Buendía se ha pasado la semana ensayando una maldita máquina que llaman del torpedo y…

En ese instante se dibujó, difusa, la silueta del pontón.

—¡Cuidado, nos vamos a estrellar! —gritó Leonora.

El botero hundió los remos en el agua, para detener la viada, pero la lancha, levantada por una ola, fue a golpear contra la embarcación desmantelada, produciendo un ruido de tambor, que para los habitantes del casco debió haber sido fortísimo.

En la cubierta del pontón surgió una figura alta, borrosa en la obscuridad.

—¿Quién está ahí? —gritó—. No se acerquen o disparo.

—¡Deje quieto el «cañón», compadre Stanley! —respondió el lanchero—. Somos chilenos y aquí viene una señora que tiene que hablar con usted.

—¡Que hable la señora, para ver si es verdad! —gruñó el piloto.

—¡Tengo que pedirle un favor importantísimo, señor Stanley! —terció Leonora, haciendo bocina con las manos.

Una escala de cuerda fue a golpear en la proa de la lancha. El

lanchero la cogió con una mano y con la otra ayudó a Leonora a subir por ella.

Stanley los esperaba, inclinado sobre el tope de la escalerilla y apuntando con un viejo pistolón. Calzado con botas altas de guardafaro, cubierto con un quebrajado capote de tela embreada y tocado por un ancho capuchón de hule, daba la impresión de un peligroso lobo de mar. Quizás de ahí provenía el apodo de «Hombre del Infierno» que le daban los peruanos.

Por la abertura de una escotilla, subían los resplandores de un brasero, a cuyo rededor se veían recostados una mujer y tres niños.

La persecución de los peruanos había tornado muy receloso al inglés. Los escuchó en la cubierta, sin importarle que Leonora venía con ropas empapadas y que la cubierta era inundada a cada momento por las olas.

El lanchero tuvo que acercarle su rostro para que lo reconociera. Sólo entonces su acento se dulcificó un tanto.

—Mi mujer es chilena, y por ella les tengo simpatía a los chilenos. Voy a ayudar a ustedes, si puedo.

Leonora le explicó rápidamente qué le pedía. El piloto la escuchaba, levantando las cejas hirsutas; y cuando la oyó decir que el *Huáscar* y la *Independencia* habían salido del Callao, rumbo a Arica, exclamó con rabia:

—*God saken*! Si las autoridades de Iquique telegrafían a Arica que el contralmirante Williams ha dejado solos a estos dos buques de madera…

—Pero la escuadra chilena tiene que encontrarse patrullando estos mares —lo interrumpió la agente, esperando una confirmación.

La reacción del inglés fue totalmente contraria.

—¡Qué patrullaje ni cuatro cuartos! —barbotó indignado—. El contralmirante Williams se ha llevado la escuadra para atacar la flota peruana en el mismísimo Callao.

La revelación dejó atónita a Leonora. ¿Cómo podían atacar a la escuadra peruana cuando ella estaba ya en Arica? Bruscamente saltó en su cerebro el recuerdo de las comunicaciones telegráficas entre el general Buendía y las autoridades de Arica y Pisagua y midió entonces la situación irremediable en que se encontraban aquellos dos débiles barcos.

Stanley había seguido hablando, ahora con acento acongojado.

—Lo peor es que el jefe de la escuadra realiza este plan, que antes había rechazado, sólo por encono personal. Toda la oficialidad lo comentaba así. La crítica que le hacían los diarios y los políticos lo tenía exasperado. Además, los sufrimientos de su enfermedad, las curaciones, consistentes en quemarle la garganta varias veces al día, sumados a la inmovilidad en Iquique, lo tenían fuera de quicio.

—Pero ¿su plana mayor no opinaba? —inquirió Leonora.

—¿El contralmirante Williams oír a algunos de sus subalternos? —rió el piloto sarcásticamente—. Ni siquiera le comunicó su idea de ir al Callao. Yo estuve en los barcos antes de que zarparan. El jefe de la escuadra había ordenado que se acumularan víveres y municiones desde hacía un mes y tenía el *Matías Cousiño* relleno de carbón. Todo esto, sin decirle nada a nadie. Sólo un par de días antes de zarpar se supo en los buques que salían hacia el norte, y en forma indirecta, porque el contralmirante ordenó el trasbordo de varios oficiales a distintos barcos, para llevarse con él a los que estima más hábiles.

—¿Cómo? ¿Entonces al mando de la *Esmeralda* no está el capitán Manuel Thomson?

—¡No, por supuesto! —rechazó Stanley—. Al capitán Thomson lo necesitaba para la operación más difícil de su plan: encargarse del mando del *Abtao*, la nave que juega el principal papel en el ataque a la escuadra peruana. Lo llevan cargado con sesenta quintales de pólvora fina, aguarrás y parafina. Al empeñarse el combate, lo engancharían al *Huáscar* o la *Independencia*, haciendo volar la collera de buques.

—¿Y quién está entonces a cargo del bloqueo? —preguntó cada vez más desesperanzada la chilena.

—Un capitán de fragata graduado, a quien el jefe considera un marino-literato —respondió con sonrisa desencantada el inglés—. El capitán Arturo Prat.

Leonora trató de ubicarlo en su memoria, pero no lo recordaba.

—¿Y quién manda la *Covadonga*? —preguntó.

El piloto volvió a reír con desgano.

—Un mozo casquivano y turbulento —dijo, remitiéndose a la

opinión del contralmirante—, un típico marino de puertos alegres, demasiado voluntarioso como para ser llevado al Callao. Es el capitán de corbeta Carlos Condell. A mí me parece un gran tipo.

Siguió hablando sobre la tripulación de los dos barcos. Todos sus miembros habían sido dejados atrás por obra de aquella misma selección.

—¿El teniente Ignacio Serrano? Un loco como Condell. ¿El teniente Luis Uribe? Un oficial suave, amable, estudioso, hijo de una conocida escritora, hace versos, tiene agradable voz de barítono. Un artista, no un marino. ¿Y el guardiamarina Ernesto Riquelme? Un mocito enamorado que toca su violín todo el día y vive soñando con su novia.

Stanley rió cascadamente, recordando las que aquellos mismos oficiales se hacían a propósito de las calificaciones con que se los había postergado.

—Calle usted —suplicó Leonora—. Si son tan poco aptos, con mayor razón debe prevenírseles del peligro que están corriendo. Si la escuadra peruana salió del Callao el 16 de mayo, ¿cuándo calcula usted que puede estar aquí?

Stanley se frotó la nariz:

—El *Huáscar* y la *Independencia* dicen que tienen muy buen andar, unas once millas. Podrían estar en Iquique…, si no se detienen…, en unos tres días más, o sea, el 20 de mayo en la noche o al amanecer del 21.

—Pues hay que llegar hasta estos pobres barcos nuestros esta noche misma, para que tengan tiempo de tomar una determinación: o ampararse en Antofagasta o esconderse mar adentro.

—Le prometo que haré cuanto pueda, señorita —afirmó el inglés —. Estimo mucho a Carlos Condell y la *Covadonga* no está muy lejos. Si logro hablar con alguno de sus tripulantes, le pediré un poco de aceite y encenderé un fanal verde en esta chata. Así sabrá usted, desde tierra, que logré llevarles el aviso.

Leonora abandonó el pontón con la reconfortante esperanza de que Stanley agotaría sus esfuerzos por advertir a los barcos chilenos la posible llegada de los blindados enemigos.

Sin embargo, espió el mar durante toda la noche, sin que se encendiera el fanal verde en la barca inmovilizada.

En la madrugada llegó don Roberto Rodríguez, siempre

disfrazado, y se arriesgó a ir a la playa, con la esperanza de poder llegar nuevamente hasta la chata de Stanley. Pero el general Buendía redoblaba la vigilancia de la costa durante las horas de luz.

En la noche del 18 de mayo, el lanchero Fuentes no se atrevió a bogar otra vez hasta el pontón y los dos agentes tuvieron que resignarse a contemplar el mar desde la casa de Leonora.

Pero el piloto Stanley no había abandonado la empresa. Agotado sobre los remos, zarandeado por las grandes olas en la boca de la bahía, estrelló por fin su bote contra la banda de estribor de la *Covadonga*.

Cuando su cabeza asomó al nivel de la borda, un rostro simpático y sonriente lo recibió.

—Buenas noches, amigo Stanley —le dijo el comandante Condell —. Soy yo quien lo recoge como si fuera una modesta sardina.

El inglés no perdió tiempo en saludos; tomó al jefe de la nave de un brazo y le rogó que lo escuchara en su cámara.

Condell atendió a su relación sin que se alterara el rostro, ni aun cuando el piloto le reveló que los blindados peruanos descendían seguramente hacia Iquique.

—Lo sospechábamos. Todos teníamos el pálpito de que iba a ser así.

Stanley se quedó asombrado.

—¿Sospechaban ustedes que iban a venir los barcos de la escuadra peruana? —preguntó incrédulo.

—¡Es claro que sí! Hace unos días pasó por Iquique el vapor *Lontué*, de la Compañía Inglesa de Vapores. Venía precisamente del Callao y el contralmirante Williams lo hizo detener, para subir a conferenciar con el capitán Potts, que es amigo suyo desde hace muchos años. Algunos oficiales nuestros pasaron también al *Lontué* y conversaron con varios pasajeros.

—¿Y ellos les dijeron que la escuadra peruana…?

—¡Espere usted! —lo atajó Condell—. La noche del 15 de mayo el contralmirante dio un banquete a bordo del *Blanco Encalada*, para departir con la oficialidad antes de zarpar hacia el norte, y entonces nos contó que el capitán Potts le había asegurado que la escuadra peruana estaba en el Callao, inmóvil, y que hasta le había indicado en un plano los lugares que ocupaban las naves, señalándole, además, que la fragata *Independencia* continuaba en

reparaciones.

—¡No puede ser! —protestó Stanley—. Los agentes chilenos de Iquique me han asegurado que la *Independencia* viene con el *Huáscar*.

—¡Y ésa es la verdad! —corroboró Condell—. Al comandante Simpson y al mayor Salamanca, que subieron al *Lontué*, los pasajeros le aseguraron que «estaba por partir un convoy de tres transportes con 4000 hombres, encabezados por el presidente del Perú en persona, los que vendrían convoyados por la escuadra peruana».

La misma información que recogieron los agentes secretos chilenos en Cobija, recordó el inglés. Pero ¿cómo podía explicarse entonces que el contralmirante Williams hubiera decidido emprender su viaje al Callao, dejando desamparadas a las dos viejas naves en Iquique?

—Quizás el almirante no lo supo —explicó Condell—; posiblemente fue engañado por el capitán Potts, que podía estar en connivencia con el enemigo, o posiblemente pensó encontrar a la escuadra peruana en la ruta y esto lo afirmó en su decisión de enfilar al norte.

—¿Y el capitán Prat se enteró de lo que revelaron los pasajeros del *Lontué*?

—Me imagino que sí.

—¿Lo ha conversado con usted, comandante Condell?

—No. Pero le oí algo que me hace creer que sabía que los barcos peruanos bajaban hacia el sur.

Encendiendo una pipa, el jefe de la cañonera comenzó a enhebrar sus recuerdos para no incurrir en un error.

—Fue el 16 en la madrugada —dijo, esforzándose por resucitar la escena en su memoria—. La primera sección de la escuadra iba a zarpar y luego la seguiría la segunda, en la que iba el *Blanco* con el contralmirante Williams. Aquella mañana fuimos llamados Prat y yo al buque insignia y el contralmirante nos manifestó que quedaríamos con nuestros buques a cargo del bloqueo de Iquique. Después de darnos las instrucciones correspondientes, el jefe nos acompañó a cubierta. Estando ya listos para descender a las lanchas que nos retornarían a nuestros barcos, el señor Williams retuvo a Prat y volvió a repetirle algo que le había dicho en la cámara.

«—Está de más insistirle sobre la responsabilidad inmensa que dejo sobre sus hombros, capitán Prat. Debe usted mantener el bloqueo a toda costa.

»En seguida le alargó un sobre cerrado, advirtiéndole:

»—No lo abra usted hasta el próximo 20 de mayo. ¿Comprendido?

»Prat asintió y se guardó el sobre. En seguida se llevó la mano al quepis, despidiéndose, pero el jefe de la escuadra agregó aún:

»—Grábese usted en el corazón que ningún barco peruano podrá entrar o salir de este puerto. Usted me responde de ello.

»Entonces Prat dijo algo que a mí me pareció absurdo en aquel momento —prosiguió Condell—. Fue apenas una frase, que ahora entiendo».

—¿Cuál fue esa frase, comandante Condell? —preguntó Stanley.

—Ésta: «Si viene el *Huáscar* lo abordo, señor».

La frase de Arturo Prat quedó suspendida entre los dos hombres. Ambos la analizaron, llegando al convencimiento de que al partir la escuadra, el comandante de la *Esmeralda* sabía que el *Huáscar* había partido del Callao.

Un marinero vino a interrumpir el meditabundo silencio en que habían caído.

Comunicaba al piloto Stanley que el bote que lo había traído había cortado la rabiza, perdiéndose a la deriva.

El inglés se alteró.

—¿Cómo voy a regresar a mi chata, don Carlos? Me comprometí con los agentes chilenos a encender un fanal verde en ella, anunciándoles que había logrado entregar el aviso.

—Lo siento, Stanley —lamentó Condell—; tendrán que quedarse sin saberlo.

—De todas maneras, tiene usted que proporcionarme un medio para regresar a mi barco, comandante —le rogó el piloto—. Mi esposa y mis hijos han quedado solos en él.

—No puedo, mi amigo. Comprenda usted que ahora no debo arriesgar ni siquiera un hombre, mandándolo a dejar a su casa flotante. Tenga usted comprensión y paciencia. Tal vez mañana en la noche nos sea posible llevarlo. Vea usted al mayordomo de oficiales Nicanor Gauna para que lo ubique en alguna parte. Y ahora, perdóneme, que voy a comunicarme con la *Esmeralda* por

medio del farol de destellos.

Stanley quedaba así atrapado en la *Covadonga* y ya no le sería posible retornar al pontón donde lo esperaba su familia.

El día 20 de mayo moría tibiamente en la plácida bahía iquiqueña. El sol rojizo, escondiéndose en el mar, teñía de bermellón la playa y las casas del puerto, y de amaranto los cerros rocosos, alzados al oriente.

El silencio de la noche naciente comenzaba a envolver una nueva velada de tensa expectación. ¿Aparecerían esa noche las moles poderosas de los blindados enemigos?

El comandante Arturo Prat asomó por una escotilla de popa de la *Esmeralda*, seguido por el teniente 2.º Ignacio Serrano. Ambos fueron a acodarse en la estructura de los compases, junto a la rueda de gobierno, y desde allí contemplaron la cubierta de la nave.

De la cámara de los oficiales, ubicada en el entrepuente, subían los compases sentimentales del violín del guardia-marina Ernesto Riquelme. Pocos metros más hacia el alcázar, el cirujano Francisco Guzmán fumaba su pipa, observando la costa. En la popa jugaban a las cartas los cinco griegos de la tripulación: el condestable Equalli, el contramaestre Micalbi, el timonel Eduardo Cornelio, el capitán de altos Tomás Blanco Pulo y el fogonero Estamatópolis.

Arturo Prat los contemplaba con el ceño contraído por la preocupación que lo venía royendo desde hacía varios días. Tenía en sus manos el rol de la tripulación, que había dejado el comandante Thomson al abandonar el mando de la *Esmeralda*. Inclinado el cuerpo, lo leyó en voz baja, consultando cada partida, con la mirada, al teniente Serrano:

Oficiales de marina y de mar	19
Sirvientes de cámara	8
Marineros, desde condestables a grumetes y	119

fogoneros	
Reemplazos	21
Guarnición militar	33
Tripulación total	200 hombres

—Doscientos «pililos» del mar —comentó Serrano, con una sonrisa, recordando que ese título habían dado los demás oficiales a los tripulantes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. Y tenían razón al considerarlos tan despectivamente. El equipaje de los dos viejos cascarones estaba compuesto por una multitud de grumetes imberbes, artilleros reclutados a prisa y marineros extranjeros, que no tenían por qué sentir ardor patriótico por la causa de Chile.

El contralmirante no había querido exponer a la grumetería a los riesgos del asalto al Callao y los dejó a casi todos en la *Esmeralda*. Si la corbeta no iba a tener un papel guerrero en la campaña, cuando menos que hicieran en ella su adiestramiento los grumetes más chiquillos. Al teniente Serrano le daba pena, y algo de vergüenza, cuando los veía juguetear sobre la cubierta. Los había hasta de catorce años.

Cuando se bajaba al sollado, o al entrepuente, se experimentaba la impresión de estar en la Torre de Babel. La tripulación de planta era de una heterogeneidad increíble. Formaban en ella los cinco griegos ya mencionados, tres italianos: Bagelio Bono, Carlos Cota y Bartolomeo Rosso; cuatro ingleses: Demetrio George, Andrew Brown, John Lassen y Charles Moore; dos franceses: Georges Tougoud y León P. Claret; un escandinavo: Alexander Oswath; un maltés: Esteban Despots, y un araucano puro que apenas hablaba castellano: Mateo Matamala.

—Si la mitad de ellos fuera gente de mar, estaría más tranquilo —resumió Serrano—. Pero son reclutas o mercenarios. A todos ellos los enganchó el teniente Uribe en dos días. ¿Comprenderán los señores directores de la guerra lo que significa formar la tripulación de un barco de guerra en dos días?

—No pase cuidados, señor Serrano —lo tranquilizó el comandante—; llegado el momento, la dotación responderá. Vamos a la cámara de los oficiales, que quiero hablar con el ingeniero Hyatt sobre una caldera que está fallando. Me lo comunicó el

ingeniero 2.º Vicente Mutilla.

—Y ésta es una guerra marítima —comentó amargamente Serrano, mientras caminaban por la cubierta atiborrada de mochilas y elementos de la guarnición de artilleros, que se había agregado a la nave para su defensa—. Todos lo sabemos. Sin embargo, el Gobierno vacila, se decide, pone marcha atrás, y de todo este «tira y afloja» no hemos podido todavía sacar los míseros quinientos pesos que se necesitan para hacer una recorrida en las costuras de esta pobre *Esmeralda*.

—¡Basta, señor Serrano! —lo atajó Prat—. Esta noche está usted francamente pesimista. Bajemos a conversar un rato con los demás y a oír el violín del guardiamarina Riquelme.

—Bien, mi comandante, aunque estamos con nuestras relaciones medio rotas con el guardiamarina Riquelme. Anoche le cambiamos la pez de castilla del violín por un pedazo de piedra alumbre, y ya puede usted imaginarse lo que pasó.

—No le eche a perder el violín al guardiamarina —lo sermoneó Prat, aunque celebrando la broma—. Nos quedaríamos sin música para las noches aburridoras que nos restan. Aunque quizás ya no son muchas.

Serrano cazó el acento sombrío que imprimió Prat a la última frase, y lo detuvo respetuosamente de una manga:

—¿Sigue usted pensando en la posible aparición del *Huáscar* y compañía?

—Debemos esperarlo, teniente —repuso Prat, tranquilo, pero inmediatamente abrió la puerta de la cámara y se introdujo en ella como si quisiera evitar aquel tema.

Cuatro oficiales, que ocupaban la sala, se pusieron de pie y se cuadraron. El guardiamarina Riquelme dejó de tocar su violín. Pero el comandante les indicó que volvieran a sus asientos.

—Continúen, señores. Por favor, siga tocando, Riquelme.

Se sentó en un sillón, junto al segundo comandante del barco, el teniente Luis Uribe. Éste le alargó su pitillera.

—¿Quieres pitar, Arturo?

Prat negó con la cabeza. Arrellanándose en el sillón, observó a los que le rodeaban. En un rincón, los ingenieros Eduardo Hyatt y Vicente Mutilla bebían unas copas de jerez. Serrano se había colocado junto a Riquelme y, riendo, le pedía perdón por la broma

de la piedra alumbre.

Aquí, en la cámara de oficiales, todos volvían a ser los compañeros de antes. Por una curiosa casualidad, en los dos barquichuelos había vuelto a reunirse un grupo de amigos de muchos años atrás. Mutilla había sido condiscípulo de Prat en la escuela que don José Bernardo Suárez tenía en la calle nueva de San Diego, en Santiago. Luego, en la Escuela Naval, ambos habían tenido como compañeros de curso a Ignacio Serrano, a Luis Uribe y al comandante de la *Covadonga*, Carlos Condell.

Sonriendo, Prat compartió su recuerdo con Uribe. Éste abrió los ojos con un gesto cómico, y comentó, marcando las «erres».

—¿Y a Prrrrotasio Castillo, el ingeniero 3.º de la *Covadonga*, le haremos el desaire de olvidar que fue «mote» junto con nosotros?

«Mote» es el apodo que se da a los cadetes del primer año de la Escuela Naval chilena.

Prat se apresuró a corregir su olvido:

—Tienes razón, Lucho. Lo incorporamos inmediatamente a esta legión de
marinos-literatos
que ha dejado el almirante en Iquique.

—¡Buen literato soy yo! —exclamó Serrano, riendo a carcajadas.

—Pues, cuando menos, yo he quedado aquí por literato —especificó el comandante, sonriendo—. Cuando el almirante salió con la escuadra desde Valparaíso, yo busqué hasta el último instante que se me permitiera embarcar en cualquiera de los barcos, incluso me atreví a pedir al comandante general de marina, don Eulogio Altamirano, que se empeñara por mí. Pero el almirante le respondió que «no le gustaban los
marinos-literatos».

—¿Y por qué te rebajó a literato, Arturo? —preguntó intrigado Uribe.

—Supongo que será porque me recibí de abogado, siendo marino, o por la personalidad de profesor que tuve que adoptar mientras fui agente secreto de nuestra Armada en Argentina y Uruguay.

Este trozo desconocido de la vida de Prat siempre había intrigado a sus antiguos compañeros. Serrano creyó que era llegada la oportunidad para hacerlo conversar sobre eso y alcanzó a decirle:

—Oye, Arturo, ¿cómo fue eso?

Pero antes que el comandante respondiera, sonó urgente la campana de alarma.

—¡A cubierta todo el mundo! —ordenó Prat, secamente—. Que el corneta toque «generala».

En el momento en que abrían la puerta para lanzarse por la escalerilla, descendía hasta la mitad el oficial de guardia, teniente Francisco Sánchez.

—¡Comandante, un barco está entrando en la bahía, protegido por la oscuridad! —gritó—. Se lo avista por la banda de babor.

En dos o tres saltos, Prat estuvo en la cubierta y tomó el catalejo que le tendía el teniente.

—Es verdad —confirmó, pero se quedó mirando a la nave que entraba. Le llamaba la atención que lo hiciera con todas sus luces encendidas.

—No puede ser peruano —resumió—. Pero, de todos modos, que la tripulación ocupe sus puestos de combate y que el teniente Hurtado distribuya la guarnición militar sobre la cubierta.

La corneta y el tambor comenzaron a batir «zafarrancho de combate». Los tripulantes surgían a medio vestir por las escotillas y se repartían a toda carrera en la cubierta y la arboladura. Los fusileros se ubicaban detrás de las amuras, los artilleros levantaban una tras otra las portas y asomaban las bocas de sus cañones, la gente de altos trepaba por la malla de los obenques y estayes, hacia las cofas y las vergas.

El barco avistado seguía acercándose. Repentinamente, el farol «absoluto» de la nave comenzó a destellar señales. Prat y los suyos observaban mudos.

El maestro de señales Carrasco acudió junto a ellos y comenzó a traducir los destellos:

—Trans… por… te… La… mar. ¡Es el *Lamar*, mi comandante!

—Entiendo. Viene, seguramente, de Antofagasta. Siga descifrando.

—Re… tardo… por fuertes… vientos… del nordweste… obligáronnos…

Un enorme suspiro aflojó la tensión de todos. Era el transporte *Lamar*, que venía con noticias del sur.

Después de darle la autorización para aproximarse, Prat ordenó

a Serrano que se transbordara a él y recogiera las comunicaciones que pudiera traer.

El comandante bajó con Uribe nuevamente a la cámara de oficiales y se hizo servir un vaso de coñac. Comenzaba a hacer frío.

El mozo Escobar, al colocar los vasos sobre la mesilla, murmuró, sonriendo tímidamente:

—Servido, mi comandante. Haga usted un brindis porque no aparezca el *Huáscar* o porque se presente de una vez por todas, mañana mismo. Esta espera nos va a enfermar a todos, señor.

Prat rió, pero repentinamente se puso serio. Acababa de recordar la fecha.

—Mañana es 21 de mayo, ¿verdad? —exclamó—. ¡Caramba, el almirante me dejó una carta con la indicación de leerla el 20 y no lo he hecho!

Echó mano al bolsillo interior de su casaca y extrajo un sobre. Cuidadosamente lo despegó y extendió la cuartilla que contenía.

—Adivino lo que te comunica —intervino el segundo—. Te revela el verdadero objetivo que persigue la escuadra. El Callao, ¿no es verdad?

—Sí. Escucha, Lucho.

> *Mi viaje tiene por objeto atacar al enemigo en la bahía del Callao. Le adjunto un oficio para el Gobierno, que hará usted llegar a su destino en la primera oportunidad. Por si no nos volvemos a ver, recuerde al amigo que lo distingue.*

—¡Al amigo que lo distingue! —repitió sarcásticamente Uribe.

—¡Basta, teniente! —lo reprendió el comandante—. Ya deben terminar las bromas. Ahora sabemos con certeza que tenemos sólo dos perspectivas por delante.

—O nuestra escuadra se encuentra con los blindados peruanos entre El Callao y Pisagua… —enumeró el segundo.

—… O nos encontramos nosotros con ellos aquí —concluyó gravemente Prat.

Justamente en la noche anterior, la del 19 de mayo, dos moles oscuras se introducían en la rada de Moliendo. Eran el monitor

Huáscar y la fragata blindada *Independencia*, orgullos del Perú. El primero desplazaba 1130 toneladas y era un barco moderno, echado al agua en 1865 en los astilleros de Gran Bretaña. Muy bajo de bordas, ofrecía un blanco insignificante; en cambio, sus dos largos cañones de 300 libras, embutidos en una torre blindada giratoria, dominaban el mar en una amplia extensión. Sus poderosas máquinas de 1200 caballos de fuerza le imprimían un andar de 11 millas por hora, y hacían particularmente temible su agudo espolón.

La *Independencia*, más grande que el monitor, era una elegante fragata de 2000 toneladas, blindada con un forro metálico de 4 pulgadas de espesor. Como su compañero, poseía un fuerte espolón de acero, pero sus máquinas le daban un andar aun más veloz: 13 nudos. Su juego de 22 cañones de 70 y 150 libras, la convertía en un erizo inabordable. En último momento, se le había emplazado en la proa una nueva boca de fuego de largo alcance: un cañón de 250 libras.

No bien habían echado sus anclas en la bahía de Moliendo, subió a bordo el gobernador del puerto, llevando al mandatario peruano y al almirante Miguel Grau, comandante del *Huáscar*, una noticia que los exaltó de júbilo.

—Mis vigías escalonados a lo largo de la costa y en los acantilados contiguos a esta bahía, observaron perfectamente los seis barcos que pasaban.

—¿Era la escuadra chilena? —inquirió expectante el señor Prado.

—Sin duda, Excelencia —afirmó el gobernador del puerto—. Era la escuadra enemiga, que ascendía hacia el norte.

La escuadra chilena navegaba hacia el Callao. Pero el puerto peruano estaba ya en condiciones no sólo para defenderse con los monumentales cañones de 500 libras emplazados en sus numerosos fuertes, sino que también para aniquilar a los osados que se atrevieran a poner sus barcos a tiro de las baterías.

En cambio, todo el Pacífico sur quedaba desguarnecido y los barcos mercantes chilenos, sus transportes con tropas, así como sus puertos, estaban a la merced de los fogosos cañones del *Huáscar* y la *Independencia*.

—Gobernador —ordenó el presidente—, comunique por el cable submarino al Callao que los blindados chilenos van hacia allá, para

que se preparen las fortificaciones y defensas; y advierta a los comandantes de la *Unión* y la *Pilcomayo* que deben colocar estas naves apegadas a los fuertes y al amparo de los cañones de 500 libras.

—Perfectamente, Excelencia.

—Y póngase en contacto con Arica, confirmando nuestra arribada para mañana 20 de mayo.

—Imposible, Excelencia. Los chilenos han cortado el cable entre este puerto y Arica.

—No importa. Navegaremos de todos modos hacia Arica; y allá trazaremos un plan definitivo.

Volviéndose entonces hacia el marino que estaba a su lado, le ordenó con cortesía no exenta de cierto respeto:

—¡Almirante Grau, disponga usted que zarpemos enseguida!

Media hora más tarde, las dos temibles naves dejaban Moliendo, para enfilar hacia el sur. Navegaban por alta mar y con todos sus fanales apagados; se deslizaban como dos gigantescos tiburones, seguidos por las siluetas más pequeñas de los tres transportes con tropas.

La atmósfera vibraba en torno a los barcos bloqueadores de Iquique. Se presentía acercarse la tragedia, proveniente del norte, del fondo del horizonte. Ninguno de los tripulantes de la *Esmeralda* y de la *Covadonga* desconocía ya su destino. Pero la espera, la tensión mantenida durante los últimos dos días, se les ponía áspero el humor. Talvez únicamente el comandante Prat, con su serenidad estatuaria, lograba mantenerse aparentemente tranquilo. En las conversaciones de los marineros y oficiales se observaba ese afán recordatorio, que tanto se asemeja a una despedida de la vida. Sin embargo, hasta el anochecer del 20 de mayo ninguno había dejado traslucir sus nervios.

El farol central de la cámara de la *Esmeralda*, oscilando suavemente, arrojaba su luz sobre el rostro firme del comandante. Sus grandes ojos profundos se paseaban cariñosamente sobre las figuras juveniles de sus oficiales.

Serrano había regresado del *Lamar*. El teniente 1.º Francisco

Sánchez estaba de guardia en el puente, pero pronto sería relevado por el guardiamarina Vicente Zegers. Junto al mesón se habían detenido, de pasada, el despensero Tomás Rueda, el mayordomo José Pereira y el cocinero Guillermo Serei; en voz baja discutían algo referente al rancho de oficiales del día siguiente.

Arturo Prat había vuelto a sacar la carta que le dejara el contralmirante Williams, y pensando en ella, se le escapó una frase que cazó al vuelo el guardiamarina Riquelme.

—«Mañana será un gran día para Chile».

—¿Por qué, comandante Prat?

La pregunta cogió de sorpresa a Prat, que no había querido expresar en voz alta su pensamiento.

—No me haga caso, guardiamarina —repuso, riendo con turbación.

El guardiamarina Riquelme, aprovechando que se había acercado al comandante, le pidió permiso para trasbordar al día siguiente al vapor *Lamar*.

—Quisiera enviar una carta a mi madre en el *Lamar*, señor —le explicó.

—Puede usted hacerlo, señor Riquelme —concedió Prat.

Tenía predilección por ese muchacho alto, elegante, delgado y sentimental como un poeta. Lo había conocido en la Escuela de Derecho, cuando se propuso ser abogado además de marino, y guardaba muy buenos recuerdos de las charlas que sostuvo entonces con él, que era apenas algo más que un niño.

—¿Conocen ustedes a la madre de Riquelme? —preguntó a Serrano y Uribe, que estaban sentados a su lado. Como ellos negaran, siguió diciendo—: Es profesora. Se llama Bruna Venegas de Riquelme. Está casada con un personaje muy interesante. ¿No han oído hablar de José Riquelme, el primer taquígrafo que hubo en Chile?

Uribe y Serrano se miraron. El último hizo un gesto cómico y trató de silabear el vocablo:

—Taqui… taqui… ¿Cómo dijiste, Arturo? —Prat rió de buenas ganas.

—¡Ah, soberano ignorante! —exclamó con afecto.

—Buenooooo…, yo no soy un marino-literato como otros —se defendió burlón el teniente 2.º.

—¡Hum, marino-literato! —repitió Prat—. Pero si a mí hasta me bautizaron con agua de mar —agregó, como si recién recordara ese antecedente.

—¿Cómo fue eso, Arturo? —preguntó interesado Uribe.

Prat se arrellanó en su sillón y empezó a narrar en voz baja:

—Cuando yo tenía poco más de un año, me trajo mi tío Andrés Chacón desde Talcahuano a Valparaíso, en un buque de vela. El viaje se alargó en forma imprevista, por el mal tiempo, y el capitán se vio obligado a ordenar una rigurosa economía del agua dulce. Entonces mi tío no halló mejor solución para mantenerme aseado que reemplazar mi baño diario de agua tibia por un chapuzón matinal en el mar. Ya ven, fue mi bautismo marinero.

—¿Tú eres santiaguino, Arturo? —preguntó Serrano, curioso.

—No, mi amigo —se apresuró a negar el comandante, y puntualizó con orgullo provinciano—: Soy sureño; nací al pie de los cerros Cayumanque y Coiquén.

—Me imagino que no nacerías en un árbol —bromeó Uribe.

—Casi, casi. Nací en una hacienda, en San Agustín de Puñual. ¿Saben ustedes dónde queda eso? En el valle del Itata, al pie de los Andes, en mitad de un llanito que parece una copia en miniatura del Paraíso.

Recordaba con acendrado cariño su valle natal, cruzado por centenares de esteros. Junto a una de estas venas de agua se levanta el pueblecito de Ninhue. Con la cabeza un poco echada atrás, Prat lo iba rememorando:

—El pueblo es una sola calle, de unas seis u ocho cuadras de largo, rodeada por casas de adobes, cubiertas por grandes tejas rojas. De los patios plantados de naranjos surge, al comenzar el invierno, la fragancia de los azahares. Mi pueblo está envuelto por un macizo de selva, y en los días que soplaba el viento sur nos llegaba el parloteo de centenares de choroyes.

Enfrascado en sus recuerdos, se dejaba llevar por el hilo de la rememoración y hablaba con voz impersonal, como si estuviera relatando una historia ajena.

—Los Prat son de estirpe marinera —dijo—; vienen del golfo de Cataluña. Los míos tuvieron su origen en el pueblo llamado Prat de Compte, cerca de la inmortal Sagunto. Mi bisabuelo materno era un marino toscano, natural de Pisa, apellidado Barrí. Vino desde

Buenos Aires en uno de los barcos que el general José Miguel Carrera contrató en Estados Unidos para libertar a Chile. El esquife en que llegó mi bisabuelo era comandado por un célebre cura, Julián Uribe, y llevaba estampado en el mascarón de proa tu propio apellido, Lucho: *El Uribe*.

—Ya lo sé —confirmó el aludido—; y el barco se hundió al pasar el estrecho de Magallanes, sepultando al cura Uribe, a tu bisabuelo y a todos los que se atrevieron a navegar en él.

Un poco amodorrado por el vaivén de cuna de la *Esmeralda*, Prat continuaba recordando a sus antepasados:

—Mi abuelo materno, don Pedro Chacón y Morales, muerto hace nueve años, fue amigo predilecto de los generales San Martín y O'Higgins,
y era tan patriota que, cuando el Ejército Libertador marchó al Perú, cada vez que los correos traían noticias halagadoras de las armas chilenas, izaba una inmensa bandera en la puerta del almacén que tenía en la calle que entonces se llamaba «Atravesada de la Compañía». Y tanto hizo flamear su bandera, que la gente llegó a llamar esa calle por el nombre que ahora lleva: calle de la Bandera.

Todos los oficiales rieron. Prat, al oír las risas, pareció despertar de su ensueño y se avergonzó algo por haber hablado tanto de los suyos.

—No me dejen parlotear tanto de mi familia —murmuró—; me olvido de que ustedes no tienen razón para quererla como yo.

—Eso mismo es lo que le digo a mi mujer en mis cartas —terció Ignacio Serrano—. Ella me escribe repitiéndome: «Háblame de ti, hijito, dime qué haces, cuéntame adónde los llevan»… Y yo le respondo las mismas frases: «A caballo en mi barco y encerrado en Iquique. Pregunta mejor a uno de mis cuatro hermanos, ellos saben más que yo de la guerra».

Sus compañeros estallaron en una carcajada, por el tono guasón con que había expresado su fastidio por no participar en la guerra, como seguramente lo estaban haciendo sus hermanos. Ramón Serrano era teniente 1.º de la *Magallanes*; Eduardo era guardiamarina del *Blanco*; Ricardo, teniente del 3.º de Línea, y Rodolfo, el menor, que estudiaba medicina al estallar la guerra, se había enrolado como ayudante en el cuerpo de cirujanos.

—¿A tu esposa la dejaste en Tomé, Ignacio? —le preguntó Uribe.

—No, Lucho —repuso el teniente, bajando tristemente la cabeza —. Mi casa en Tomé se la llevó el diablo.

Ignacio Serrano era gobernador marítimo de Tomé al comenzar la movilización. Llamado al mar nuevamente, perdió su puesto y se vio obligado a deshacer su casa.

—A mi Emilia tuve que dejarla en Puerto Montt, en casa de unos amigos —explicó conmovido—. Llevamos siete años de casados… Tú la conoces, Arturo, ¿verdad?… Pues, pese a mis calaveradas…, siempre la he querido con el alma.

Rió con desgano para disimular su emoción y sacó del bolsillo interior de la casaca un retrato. En ese momento entraba el guardiamarina Riquelme. Lo llamó con tono zumbón:

—¡Eh, tu, guardiamarina enamorado, ven acá! —Riquelme se le acercó asombrado.

—Ven a mirar el retrato de una mujer hermosa… y noble… —le dijo el teniente, poniéndole ante los ojos la imagen de su esposa.

Pero estaba tan conmovido que él mismo decía en voz baja:

—Linda…, muy linda…

El guardiamarina, inclinado por sobre el hombro de Serrano, la miraba y se sentía traspasado de emoción, al recordar a su propia novia.

—Sí, es muy linda su esposa, teniente Serrano —comentó.

Uribe rió, nervioso y casi agresivo.

—Ya sé qué estás pensando, Riquelme —intervino—: «Muy linda la señora de Serrano, pero mi gringuita de Liverpool…».

Se calló repentinamente y, en forma inexplicable, su risa fue terminando casi en un sollozo.

De pronto Arturo Prat se puso de pie y, muy pálido, se encaminó hacia la puerta.

—Con permiso, señores oficiales —dijo saliendo—, voy a practicar una ronda por cubierta.

—Te pones tonto a veces, Serrano —reprochó Uribe a su compañero—. Tú sabes cómo quiere Arturo a su Carmelita y te has puesto a sacar retratos y a hablar del hogar.

—Lo siento. No fue mi intención provocarle nostalgias.

—¡Norberto —dijo en voz alta—, sírvenos otra copita de coñac! Todavía estamos dentro de lo permitido por la Ordenanza.

Serrano comenzó a monologar en voz baja, con la vista fija en la copita llena de licor, que encerraba en su diestra.

—¡Cómo iba a querer causarle pesar a Prat, cuando desde mayo de 1865, fecha en que entré en la Escuela Naval, he sido su compañero y amigo! Y aun más, el primer barco que pisamos ambos, cuando ascendimos a guardiamarinas, fue esta vieja *Esmeralda*, la madre común, como la llamábamos todos: Juan José Latorre, ustedes, Condell, Jorge Montt, los pichones de marinos de aquella nidada.

—Arturo Prat salvó este buque —recordó Uribe—. ¿Te acuerdas Serrano de aquel temporal de la noche del 24 de mayo de 1876?

—El viento parecía que iba a arrancar las casas de Valparaíso y las olas saltaban por sobre los muelles.

Prat era segundo comandante de la *Esmeralda*; el comandante era Patricio Lynch. El temporal estalló de repente y las anclas de la nave garrearon hacia las rocas de la costa. Nadie pensaba que pudiera salvarse. Había cortado sus amarras y terminó girando en torno a la cadena del anclote de proa.

Prat llegó al muelle y gritó exigiendo que algún botero lo trasladara al barco. Pero ninguno se atrevió. Y sólo cuando lo vieron saltar a una lancha y coger él mismo los remos, uno se sintió contagiado por su valor. Cruzaron la bahía, convertida en un infierno de olas hirvientes, y se acercaron a la *Esmeralda*. Pero era imposible atracarse. Fue preciso que, desde cubierta, le echaran un cabo. Cuando Prat se cogió de él, la fuerza del mar lo arrancó de la lancha y lo sumergió en la masa de agua. Luchó nadando y trepando por la cuerda, casi media hora. Por fin logró subir a cubierta y, agotado y entumecido de frío, dirigió la maniobra hasta que sacó a la *Esmeralda* fuera de la zona de peligro.

—Hay veces que me quedo mirándolo, erguido allá arriba, en el puente, y me da un no sé qué… —confesó ingenuamente el guardiamarina Riquelme—. Lo veo apoyado en la baranda, y ¡juraría que acaricia la madera! Yo lo sé: le hace cariño a la *Esmeralda*.

—Yo también quiero mucho a Prat —afirmó Uribe—. Tú sabes, Serrano, somos compañeros desde que entramos a la Escuela Naval. Juntos hicimos toda la campaña marítima en la guerra contra España. A él lo premiaron por su participación en la victoria de

Papudo, donde, el 26 de noviembre de 1866, junto con el comandante Manuel Thomson, capturó la *Covadonga*. Entonces lo ascendieron a teniente 2.º y me dejó un poco atrás. Pero seguimos viéndonos porque somos algo parientes.

—¿Tú, pariente de Prat? —saltó Serrano—. ¡Hombre, no inventes!

—¡Somos parientes! El tío de Arturo, don Jacinto Chacón, el jurisconsulto y poeta tan conocido en Valparaíso, se casó con mi madre, viuda desde hacía muchos años.

—¡Vaya, no sabía eso! —aceptó cómicamente Serrano—. Prat me había confiado que su tío Jacinto, como buen poeta, se había casado con una poetisa. Pero no me imaginaba que pudiera ser…

—Mi madre, sí: Rosario Orrego viuda de Uribe. ¿Ven cómo soy pariente de Prat?

Rió, celebrando su victoria, pero después volvió a ponerse serio.

—Pero más que nuestro parentesco, nos ha unido nuestra camaradería de toda la vida —explicó gravemente—. ¡Y bien me demostró él una vez qué hondo significado le concede a la amistad!

—Fue con ocasión de tu matrimonio, ¿verdad? —aventuró Serrano.

—Sí, hace seis años —comenzó el segundo comandante—. Estábamos terminando un viaje de instrucción, cuando conocí en Londres a una inglesita encantadora y me enamoré perdidamente de ella. Pero nuestro viaje terminaba y debíamos regresar a Chile. La idea de separarme de mi amada se me hacía intolerable y comprendí que debía casarme con ella. Pero, para hacerlo, tenía que cumplir con el cúmulo de trámites que dispone la Ordenanza… ¡Un cuento de nunca acabar! Y nuestro buque estaba por dejar Inglaterra.

—¿Qué hizo usted, teniente Uribe? —preguntó el guardiamarina Riquelme, con una ansiedad inexplicable para quienes no sabían que su problema sentimental era casi idéntico al que el oficial estaba exponiendo.

—¡Me casé, guardiamarina! Simplemente, me casé, saltándome la Ordenanza.

—Y así fue el consejo de guerra que te armaron —dijo Serrano, con una carcajada.

—Y me tuvieron en un calabozo también —completó Uribe—.

Fue Arturo Prat, que recién se había recibido de abogado, quien me defendió y quien logró convencer a los miembros del consejo de guerra de que, en ciertas circunstancias, el amor puede ser más fuerte que el respeto a la disciplina.

—¡Yo estoy en la misma situación! —exclamó, acalorado, el guardiamarina Riquelme—. Navegué a Inglaterra en el *Cochrane*, hace dos años, cuando el blindado fue en viaje de reparaciones, y me tocó vivir en Londres varios meses. Hice un curso avanzado en torpedos, practiqué dibujo de estructuras, aprendí varios idiomas… ¡y me enamoré como un loco!

La confesión del muchacho fue acogida con burlonas condolencias.

—¡Pobre guardiamarina romántico! —dijo alguien, y todos suspiraron como damiselas.

—Sí, ríanse, ríanse —aceptaba Riquelme, afligido.

—¿Y por qué no hiciste lo que Uribe? —le echó en cara Serrano.

—No me atreví —murmuró el oficialito avergonzado, pero volvió a levantar la cabeza—. No obstante, regresé a Chile con el juramento de volver por ella y lo haré. Me está esperando. Cuando estalló la guerra, estaba preparándolo todo para ir a buscarla. Tengo comprados hasta los muebles de mi futura casa.

—¡Dios santo! —exclamó Serrano con cómica admiración—. El guardiamarina romántico volverá por su gringuita.

—¡Es claro que volveré por ella! —afirmó el muchacho—. ¡En cuanto termine esta guerra!…

La campana de cubierta sonó.

—Cambio de guardia —dijo Serrano—. Vamos.

Aquella misma mañana del 20 de mayo habían entrado en la rada de Arica los tres transportes peruanos con tropas y los blindados *Huáscar* e *Independencia*. Su avance se cumplía sin el menor tropiezo. El transporte Oroya lucía la insignia del presidente Prado y hasta allí llegó un oficial de la Gobernación Marítima a comunicarle que se encontraba en el puerto un conocido capitán de la Compañía Inglesa de Vapores, quien tenía una información tan valiosa que se negaba a revelársela a nadie que no fuera el

presidente del Perú.

—¿Es hombre de fiar ese capitán? —investigó don Mariano Ignacio Prado.

—Es muy considerado en toda la costa del Pacífico, Excelencia.

—Pues, tráigalo a mi presencia, oficial.

Al cabo de unos minutos, éste comunicó al presidente:

—Aquí está el capitán inglés, Excelencia. Su nombre es Cross, capitán David Cross.

Era un hombre exageradamente alto y delgado, de un rubio ceniza. Sus ojos grises brillaban astutos.

—No quiero robar mucho tiempo a Vuestra Excelencia —dijo inmediatamente—. Sólo pretendo comunicarle un detalle que puede serle interesante.

El general Prado le agradeció impaciente, instándolo a seguir.

—Ayer pasé por el puerto de Iquique —continuó el marino—. Manteniendo el bloqueo han quedado solamente dos naves, dos barquichuelos sin ningún poderío naval.

El general Prado se quedó con la respiración suspendida.

—¿Sólo dos barcos? —preguntó—. ¿Cuáles son, capitán Cross?

—La corbeta *Esmeralda* y la goleta *Covadonga*.

Tan pronto se marchó el capitán Cross, el presidente mandó a llamar al almirante Miguel Grau y al comandante Guillermo More, jefes del *Huáscar* y de la *Independencia*, respectivamente.

Mientras los comandantes llegaban, el mandatario se paseó nervioso por su camarote. El peso de la responsabilidad que le exigía aquel momento lo abrumaba. Como el presidente Aníbal Pinto, detestaba la guerra y la violencia en todas sus formas. Pero estaba uncido al carro bélico y no podía detenerse. Comprendía la tragedia que iba a nacer de la orden que él estaba forzado a dar. Se consolaba pensando: «¡Tienen que rendirse! No pueden ser tan locos como para afrontar una desventaja tan enorme».

La figura maciza del almirante Grau se encuadró en la puerta de la cámara, seguida por la fina y elegante del comandante More.

—Almirante Grau, comandante More —dijo el mandatario, con determinación—, los transportes *Chalaco*, *Talismán* y *Oroya* quedarán en Arica descargando las tropas y el material de guerra. Pero vuestros dos barcos se aprovisionarán de carbón y zarparán al momento a Iquique.

Hizo una pausa y prosiguió con voz impersonal:

—Llegarán a ese puerto en la madrugada de mañana y procederán a apresar o a hundir a dos barcos chilenos que lo bloquean. El 22 de mayo deberán capturar un convoy naval que transporta 2500 soldados chilenos y armamento para Antofagasta. Luego enfilarán proas hacia Antofagasta, cañonearán las máquinas resacadoras de agua e, implantando un rígido bloqueo, intentarán conseguir que la guarnición se vea obligada a rendirse por la sed.

—¿Y si hubiera resistencia? —inquirió el comandante More.

—Cañonearán el puerto hasta reducirlo a cenizas. Así habremos compensado en parte la destrucción que la escuadra chilena hizo en Moliendo, Pisagua, Pabellón de Pica y Guanillos. ¡Zarpen, señores! Mañana en la madrugada deben quedar rendidos los dos barcos chilenos. De más está desearles buena suerte. Los enemigos no pueden oponer resistencia.

23

Los pasos lentos y firmes del comandante Prat se acercaron al castillo de proa, donde montaba guardia Vicente Zegers. Sin volverse, el oficial lo reconoció. Los trancos del capitán Prat eran inconfundibles.

—¿Ninguna novedad, guardiamarina? —preguntó el comandante.

—Ninguna, señor —respondió el joven Zegers.

—Bien. No quite los ojos del norte, guardiamarina —le recomendó gravemente—; por allí vendrá el peligro. Hasta pronto. Le mandaré una taza de café. Hace bastante frío.

La camanchaca envolvía la bahía de Iquique en espesa cortina de niebla. Difusa y vaga, la corbeta se balanceaba en silencio sobre las olas henchidas y calmosas.

En la cofa del palo de mesana, atisbaba la noche el vigía araucano Mateo Matamala; en la cruz del trinquete, el vigía Ramón Rodríguez.

Junto a la rueda del timón, inmovilizada por su barra, dormitaba el timonel griego Eduardo Cornelio.

Al pie de un cañón de 40, que asomaba por la primera porta sobre la aleta de estribor, velaban el sargento 2.º Juan de Dios Aldea y el corneta Gaspar Cabrales.

El fanal de la escotilla que abría el descenso al entrepuente, donde dormían los tripulantes, se acababa de apagar y el sueño invadía el barco.

De pie en la toldilla de popa, el capitán Prat observaba las evoluciones lentas de las luces de posición de la *Covadonga*, que hacía la guardia del mar aquella noche, patrullando la boca de la bahía.

Terminada su ronda de cubierta, el teniente Serrano vino a acodarse junto a Prat y encendió su pipa.

—¿Ninguna novedad por el lado de la costa? —le preguntó el comandante.

—Se divisan hileras de luces moviéndose por lo alto del cerro Molle. Seguramente tropas que toman posiciones.

—Siguen llegando más regimientos desde el interior —comentó Prat—. Bloquear Iquique y dejar libre el puerto de Pisagua ha sido una tontería.

—Más tontería es ir a atacar al Callao ahora —opinó Serrano.

—¡Silencio, teniente! En este barco no se objetan los planes superiores.

Guardaron silencio durante largo rato, embebidos en sus pensamientos.

—Estamos en las manos de Dios —murmuró de pronto Prat, sin quitar la vista del mar—. Me comprendes, ¿verdad, Ignacio?

El teniente agachó la cabeza, asintiendo:

—¡Vaya que sí! —y agregó—: no sé qué me ha dado ahora por pensar en mi tierra. Yo soy de Melipilla. Mi mujer es de Ancud, de los Goicolea de la Isla Grande.

La evocación de su esposa le iluminó el rostro:

—Siempre me ha pasado algo curioso con el recuerdo de mi Emilia. Tú sabes cómo soy yo…, un poco aficionado a las faldas. Pues créeme que cada vez que me embarco, el cariño hacia mi mujer se me va avivando a medida que ponga más millas entre ella y yo.

—A todos los marinos les sucede igual, Ignacio —afirmó Prat—. El año pasado tuve que hacer un viaje fuera de Chile, y no sabes cuánto eché de menos a mi Carmela.

—¿Por dónde estuviste navegando?

—Viajé, pero por tierra; en ferrocarril, a caballo, en diligencia…

—¿Un marino viajando en tren, a caballo?…

Prat rió.

—En esos días no viajaba como marino —explicó—, y casi, casi dejé de llamarme Arturo Prat.

Serrano alzo los hombros, desorientado.

—Francamente, no te entiendo —confesó.

El comandante calló un momento, vacilando.

—Bueno —aceptó por fin—, ahora puede contarse; ya pasó todo aquello. ¿Recuerdas que el año pasado estuvimos a punto de entrar en guerra con Argentina, por los límites y el dominio de la Patagonia?

—¡Hum! Los argentinos querían para ellos el territorio de Santa Cruz al sur y el dominio del estrecho de Magallanes —puntualizó el teniente.

—Pues bien, la situación llegó a estar tan tirante durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1878, que en ambos países se creyó inevitable la guerra. En la Comandancia General de Marina se tuvo noticias de que la escuadra argentina había zarpado hacia el sur con la intención de posesionarse del estrecho de Magallanes. La jefatura nuestra estaba sobre ascuas. No se tenía idea sobre el verdadero poderío naval transandino. Para averiguarlo, se me comisionó a mí.

Serrano lo miró con la boca abierta. Atónito, arriesgó una pregunta:

—¿Quieres decir que tú fuiste…?

—Sí, hombre, sí, pero no es necesario emplear la palabra espía, que suena muy desagradable. Yo fui agente secreto de Chile en la Argentina.

Pausadamente fue evocando los incidentes de aquella labor secreta.

El Gobierno pidió al contralmirante Williams que indicara un marino que poseyera los conocimientos técnicos que requería aquella investigación. En que la designación recayera en Prat influyó mucho el hecho de que, además de marino, era abogado y profesor de cosmografía y astronomía.

Recordaba Prat que el entonces ministro de Guerra y Marina, coronel Cornelio Saavedra, luego de cerciorarse de que nadie podía oírlos, le había dicho:

—Es preciso que sea usted muy cauto, capitán. Desde luego, deberá cambiar su nombre. Sería muy riesgoso para su misión, y para usted mismo, que los argentinos llegaran a relacionar su persona con la del capitán Arturo Prat, de la marina chilena.

—Señor ministro —había respondido el marino—, con todo el respeto que le debo, me permito advertirle que, si es forzoso cambiar nombre, tendrá usted que buscar a otra persona.

—Es por su propia seguridad, capitán.

—Gracias, señor, pero me siento más seguro bajo mi nombre verdadero.

Fue inútil hacerlo variar de opinión, y durante los meses que permaneció en Buenos Aires, Montevideo, Comodoro Rivadavia y otras ciudades, actuó como «el doctor Arturo Prat».

—¡El doctor Arturo Prat! —repitió Serrano, tentado de risa.

—No te imaginas qué peripecias tuvo que vivir el doctor Prat para seguir el rastro de la escuadra argentina y enterarse de sus planes —confesó el marino—. ¡Uf, tendría para escribir un libro! Me vi obligado hasta a desenterrar los conocimientos que aplicaba cuando fui profesor de la Escuela Nocturna «Benjamín Franklin», en Valparaíso.

Serrano recordó los días en que todos comentaban la nueva «chifladura» que le había venido a Prat de dedicarse a enseñar astronomía y botánica en una escuela nocturna.

—En Bahía Blanca pasé por astrónomo —contaba el capitán— y en la boca del Río Negro fui un botánico en viaje de investigación.

Serrano se divertía imaginándolo en aquellos trajines.

—¿Me autorizas para que cuente esta aventura a los demás oficiales? —solicitó riendo.

—¡Por supuesto que no! No son asuntos para andar en la boca de los tripulantes.

—Tienes razón. ¿Y cuánto duró esa misión, Arturo?

—Partí a Montevideo el 6 de diciembre y regresé a Valparaíso a fines de febrero —recordó el capitán—. La guerra ya estaba en marcha.

—Y a ti no quiso traerte… por literato —majadereó Serrano.

—Quizás tenga razón el almirante —reflexionó Prat—. Mi mujer, en dos ocasiones, me ha pedido que abandone la marina y me dedique a mi profesión de abogado.

—¿Has pensado dejar el mar? —lo interrumpió el teniente, escandalizado.

—Tú sabes cómo amo yo el mar, con qué intensidad gozo de las olas y del cielo.

El comandante hizo una pausa y repitió, con tristeza:

—¡Dejar el mar! He logrado aplacar, en parte, la insistencia de Carmelita, prometiéndole que tan pronto termine la guerra,

postularé a la Auditoría de Marina.

—Me parece acertado. Así serás marino y abogado al mismo tiempo.

—Pero antes, en cuanto cesen las hostilidades, solicitaré una licencia y me iré con los míos al Viejo Mundo. Estoy ansioso de llevar a mi Carmela y a los niños a conocer Europa.

—Tendrás que hacerlo pronto —le advirtió su compañero—. Con tu afición a los niños, no es aventurado pensar que llegarás a tener una media docena.

—Ya hemos tenido tres. El mayorcito murió, por desventura.

El marino recordó con orgullo a sus otros dos pequeños: Blanquita y Arturo.

—A mi hijo menor quería ponerle un nombre heroico —comentó —, el de algún gran hombre de la antigüedad; Héctor, por ejemplo.

—Pero tu esposa quería llamarlo Arturo y no hubo más que hablar —comentó riendo el teniente.

Prat rió igualmente divertido.

—Se aprovecharon de que nació mientras yo viajaba como agente secreto y le pusieron mi nombre: Arturo. Pero mira tú si yo soy un marino de corazón o no. ¿Sabes cómo se llama mi hijita?

Había posado su diestra en un hombro de Serrano y lo interrogaba con ojos brillantes:

—Blanca —dijo el teniente, sin entender la razón de ese entusiasmo.

—No, Ignacio; se llama Blanca Estela.

Había pronunciado el nombre con deleite.

—Ella es la blanca estela de mi barco —continuó—, del barco de mi vida; la blanca estela que deja el amor que nos une a Carmelita y a mí. ¿Comprendes?

Serrano asintió conmovido. Prat aspiró profundamente el aire del mar.

—¡Vaya con los recuerdos! —dijo algo turbado por su arrebato sentimental. Sacó su reloj y advirtió a su subalterno:

—Vamos a la cámara para echar a dormir a los oficiales trasnochadores.

Desde abajo subieron unas campanadas marcando las once. Había calma en el mar.

Cincuenta millas más al norte, en la rada de Pisagua, amainaban su jadeo el *Huáscar* y la *Independencia*. Habían entrado en la bahía a las ocho de la tarde. El almirante Miguel Grau y el comandante More ahora estaban encerrados en la cámara del *Huáscar* con las autoridades de tierra, para celebrar una sigilosa conferencia.

A las diez de la noche, el almirante Grau, aplomado y sereno, surgió por la puertecilla de acero que daba acceso a la cubierta del monitor. Lo seguían el jefe de la *Independencia* y los militares de tierra. El almirante llamó al oficial de guardia y le dijo:

—Que toda la tripulación se acueste al momento y duerma. Deberán hacerlo vestidos y con sus armas junto a los coyes. Se mantendrá la guardia de costumbre en la cubierta, las torres y cofas.

—Usted ordena, señor almirante.

—Diga usted al ingeniero 1.º que venga a recibir mis órdenes y que mantenga, por el momento, los fuegos encendidos.

El oficial se alejó a la carrera y el almirante fue caminando lentamente por la cubierta, examinando los dos cañones pareados que asomaban sus tubos en la enorme y redonda torre blindada giratoria. Luego se dirigió hacia los cañones más pequeños, emplazados en troneras de las aletas de estribor y babor.

El comandante More y los militares le siguieron respetuosamente a dos pasos de distancia.

Mientras el almirante examinaba uno de los cañones, el jefe de la *Independencia* se atrevió a preguntarle:

—¿En definitiva, señor almirante…?

Grau levantó la cabeza y especificó:

—Las tripulaciones de ambos blindados descansarán hasta las cuatro de la madrugada, señores. A esa hora, el *Huáscar* y la *Independencia* zarparán rumbo a Iquique.

—¡A las cuatro de la madrugada! —repitió More, extrañado—. Llegaremos a Iquique ya amanecido.

—Justamente cuando comience a levantarse la camanchaca, comandante —puntualizó el almirante.

—¿Y por qué no caer sobre los barcos chilenos antes que se haga de día? —propuso el otro marino.

Grau lo miró y pareció que iba a replicar con aspereza, pero se contuvo.

—¿Conoce usted los fondos de la bahía de Iquique tan minuciosamente como para maniobrar allí su fragata de 2000 toneladas sin que los escollos le destruyan la quilla? —preguntó. Como su interlocutor no respondiera, volvió a ordenar—: Surgiremos en Iquique junto con producirse la luz del día. Navegaremos muy apegados a la costa y tratando de que el humo de nuestras chimeneas no permita a los vigías chilenos identificarnos, sino cuando estemos ya en la boca de la bahía. ¿Comprendido, señores?

Todos aprobaron.

—Coronel —añadió Grau, dirigiéndose a uno de ellos—, sírvase comunicar al jefe de la plaza de Iquique, general Buendía, nuestro arribo a las…, ¡a las 7.30 de la mañana!

—Bien, señor almirante.

—Los demás, a descansar hasta las cuatro —terminó el jefe naval, autorizándolos para retirarse.

Pero él siguió revisando las baterías.

—¿Se repasó el funcionamiento de los cañones y ametralladoras, teniente Velarde? —averiguó al oficial que le servía de ayudante.

—Prolijamente, señor.

—Pues vuelva usted a hacerlo repasar, señor teniente, porque al alba estos cañones tendrán la responsabilidad de nuestra empresa y, enseguida, de ellos dependerá la suerte de nuestro asalto a Antofagasta.

Después de dar una vuelta completa por la cubierta, el almirante Grau descendió a su cámara, decidido a dormir hasta las cuatro menos cuarto.

La luna menguante empalidecía las estrellas y platinaba las olas henchidas por la fuerza de la alta marea.

Al norte, casi enfrentando El Callao, la escuadra de Chile, arrastrada por la porfía del contralmirante Williams, orzaba de bolina contra el viento septentrional, junto a las islas Hormigas de Afuera.

Allí, los oficiales de la flota escuchaban, en la cámara del *Blanco*, el plan que había forjado el contralmirante. Éste, destrozado por las úlceras que le carcomían la garganta, hablaba disimulando su martirio:

—Dejaremos transcurrir todo el día de mañana, 21 de mayo, escondidos tras la isla San Lorenzo, que cierra la visión desde El Callao. Luego, entre 2 y 3 de la madrugada, el *Abtao* se dirigirá con su máximo andar sobre la línea de barcos enemigos y tratará de flanquearla o de forzarla, según crea conveniente, para tomar colocación entre las baterías de la costa y los barcos. ¿Comprendido, comandante Thomson y oficiales del *Abtao*?

Varios respondieron afirmando.

—Cuando la nave encuentre la ubicación precisa, el comandante Thomson encenderá la mecha tendida hasta la santabárbara y la abandonará junto a su gente, utilizando la lancha a vapor. Durante la retirada irán gritando a todo pulmón: «¡Sesenta quintales de pólvora! ¡Incendio, incendio!»… Aprovechando la luminosidad del siniestro —prosiguió el contralmirante—, el *Blanco* y el *Cochrane* se lanzarán al espolón sobre los buques enemigos, disparando al mismo tiempo sobre la ciudad para que se incendie.

Un murmullo surgió de la masa de oficiales al oír aquella parte del plan. Jamás se había hablado de bombardear El Callao. Pareció que algunos iban a oponer objeciones, pero no se atrevieron.

Cuando el almirante continuó su exposición, ya había pasado la oportunidad de oponerse:

—Los botestorpedos en que se han transformado las lanchas de los blindados entrarán sigilosamente, deslizándose por entre las naves neutrales ancladas en la bahía, y aplicarán sus torpedos contra los blindados y monitores enemigos. Y los buques de madera, o sea, la *Chacabuco*, la *Magallanes* y la *O'Higgins*, se mantendrán a 2000 metros de los fuertes, cañoneándolos, así como también a la ciudad. ¿Comprendido, señores oficiales?

La aprobación fue apenas un murmullo. La audacia de asaltar a los barcos enemigos dentro de su propio reducto se veía opacada por la orden de incendiar la ciudad.

—Regresen ya a sus naves y les deseo buena suerte en la noche de mañana —concluyó el contralmirante.

En la bahía de Pisagua, el *Huáscar* y la *Independencia*, con sus calderas a media presión, esperaban las cuatro de la madrugada para lanzarse sobre los bloqueadores de Iquique.

Éstos, ignorantes de la hora precisa en que les llegaría el golpe, reposaban en sus naves, tensos por la incertidumbre, sin dormir, de espaldas en las literas y los coyes.

En tierra también otros esperaban. El general Buendía había hecho bajar cañones desde el cerro Molle y, al amparo de la oscuridad, los distribuía detrás de las rocas de la playa, enfocados hacia los barcos chilenos.

Sin embargo, el jefe militar estaba seguro de que no serían necesarios. Los chilenos tenían que rendirse a los primeros cañonazos de los blindados. Tendrían que estar locos para proceder de otra forma.

El general lo había conversado largamente con sus coroneles. Allí se decidiría la guerra. Rendidos los barquichuelos, el *Huáscar* y la *Independencia* recogerían soldados y municiones en Iquique y proseguirían inmediatamente al sur. A la altura de Antofagasta, capturarían los transportes chilenos que llevaban soldados, víveres y armamento para nutrir a la guarnición de aquel puerto; por último, rendirían las defensas de Antofagasta por la sed o la metralla. El ejército boliviano descendería a la carrera desde el altiplano, para recuperar su puerto, y antes que la escuadra chilena regresara del Callao o el Gobierno de Santiago pudiera tomar alguna medida eficaz, los ejércitos aliados se habrían extendido hasta más al sur de Taltal, mientras los blindados peruanos bombardearían Valparaíso.

En su cámara, acompañado sólo por los crujidos de su querida nave, el capitán Prat escribía. Terminaba su carta, cuando alguien golpeó en su puerta.

—Adelante.

Era el teniente Serrano. Se veía pálido y cansado.

—¿Todos duermen ya, teniente Serrano?

—Todos, comandante. Ya relevé la guardia. Tuve que dar el turno del guardiamarina Riquelme a Arturo Wilson. El muchacho está con un ataque al hígado. Me pidió autorización para pasar mañana a la *Covadonga* para que lo atienda el cirujano Videla.

Prat se dio cuenta de que Serrano no había venido a hablarle de eso. Pero no podía tomar la iniciativa, interrogándolo, sino que tenía que esperar a que el oficial se decidiera a exponer el motivo de su visita. Siguió, pues, habiéndole de su informe de rutina.

—¿Y por qué no lo atiende nuestro doctor Guzmán?

—Cosas de niño consentido. Dice Riquelme que don Pedro Regalado Videla es pariente suyo y que le tiene mucha fe.

—Está bien. Que proceda como estime mejor. —Esperó, inclinado sobre su carta. Como Serrano no se decidía a hablar, le dio las «buenas noches». Pero el oficial no respondió ni se movió de su sitio.

—Buenas noches, teniente —repitió el comandante, mirándolo.

Serrano abrió la boca, vaciló y por fin tartamudeó:

—Comandante… ¡Escucha, Arturo! Quisiera pedirte un favor.

—Siéntate, Ignacio —le indicó Prat, con afecto—. Dime qué te pasa.

—No sé —dijo el oficial, tomando asiento—. Es que… esto de saber que, en cualquier momento, pueden caer sobre nosotros los blindados enemigos y esperarlos tantos días, sin que lleguen, me ha socavado un poco.

—A todos nos ha pasado igual, Ignacio —lo consoló el comandante—. Dime ¿qué puedo hacer por ti?

—Es una simpleza —murmuró turbado Serrano—, pero tú eres tú, distinto a los demás, por eso me atrevo a decírtela, sabiendo que me comprenderás.

Sacó una cartera del bolsillo interior de su casaca.

—Mira, aquí tengo un retrato de mi Emilia y una carta que acabo de escribirle. Si tuviéramos que combatir, sería en una desigualdad muy aplastante…, quizás muchos de nosotros caigan…, posiblemente yo.

Prat iba a protestar, aunque sin convicción, pero Serrano lo atajó, tranquilo:

—Es casi seguro, ¿no es cierto? ¿A qué engañarnos? Pues bien, poniéndome en ese caso, quisiera pedirte que…, que me saques de

este bolsillo el retrato y la carta a mi mujer, y se los hagas llegar junto con mis cosas.

Prat tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que los ojos se le humedecieran de lágrimas.

—¿Lo harías por mí, Arturo? —le rogaba Serrano—. ¿No lo harás por tu viejo compañero de escuela?

—¡Por supuesto, muchacho, por supuesto! —repuso el comandante, intentó sonreír, pero tenía las mandíbulas rígidas—. Para que veas cuánta confianza tengo en que la suerte seguirá mimándote, voy a pedirte el mismo servicio. Aquí, en mi cartera, está el retrato de mi Carmelita. Detrás tiene una frase presuntuosa, pero que refleja desde cuándo la quiero. Mira.

En el dorso de la fotografía decía: «La tengo desde 1869».

—O sea, desde cinco años antes de casarme, desde que ella no era para mí más que «la hermosa señorita Carmela Carvajal, la cuñadita de mi tía».

Dejó el retrato sobre la mesa. Había conocido a su esposa gracias a ese parentesco con una de sus tías. Recobrando dominio, pidió a Serrano:

—Si algo me sucediera, Ignacio, hazme el favor de recoger mis papeles y este retrato y llévaselos a Carmelita, advirtiéndole que…, que zarpé para el otro mundo pensando en ella.

—Así lo haré, Arturo.

Ya tranquilizados por el mutuo encargo, se saludaron serenamente.

—Buenas noches, comandante.

—Buenas noches, teniente.

La mañana, sin transición de penumbra, típica de los puertos semitropicales, se había abierto súbitamente.

Pero el silencio cerraba aún los párpados de las tripulaciones de la *Esmeralda* y la *Covadonga*. De pronto, la atmósfera idílica se rompió:

—¡Dos humos al norteeeee!… ¡Dos humos al norteeeee!…

El grito del vigía bajó desde la cofa más alta de la *Covadonga*, que vigilaba en la boca de la bahía.

El oficial de servicio, el guardiamarina Miguel Sanz, corrió a la banda de estribor y se trepó a la batayola. Junto a él, sobre los empalletados de redes, velas y cuerdas, el capitán de altos, Juan

González Concha, escrutaba ya el horizonte.

—Allí vienen —dijo—, y no deben ser de los nuestros; no vendrían tan apegados a la costa, como escondiéndose. Además, ningún buque chileno echa tantísimo humo.

—¡Contramaestre Vargas —gritó el guardiamarina—, corra a despertar al comandante Condell y particípele que se avistan dos humos!

Entretanto, muchos tripulantes habían comenzado a agruparse en la banda de estribor y clavaban los ojos en los humos.

—Para mí…, para mí que son peruanos —dijo de pronto el capitán de altos González. Todos treparon, atropellándose, a la flechadura de los obenques, para ver mejor. Las voces se confundían, nerviosas:

—No me quita naiden que una es la *Unión*.

—La otra tendría que ser la cañonera *Pilcomayo*, entonces.

Hasta el cirujano de a bordo, doctor Pedro Regalado Videla, llegó armado de un largo catalejo y lo enfocó hacia los humos. Después de observarlos preguntó:

—¿Alguno de ustedes ha navegado en los barcos de guerra peruanos?

Varios marineros se consultaron entre ellos, hasta que uno recordó:

—¡El fogonero Gumercindo Sepúlveda, mi doctor! Andaba por aquí, recién. ¡Eh, Sepúlvedaaaa!

El fogonero se acercó al oírse llamar.

—¡Tome este anteojo y mire los humos que se acercan! —le ordenó el guardiamarina Sanz.

El hombre se aplicó el catalejo a un ojo, haciendo una cómica morisqueta. Pero, súbitamente, aflojó el rostro.

—¡Por la vida, mi guardiamarina! —exclamó asustado.

—¡Diga, Sepúlveda! ¿Qué barcos son?

—El que viene adelante, mi guardiamarina…, ¡es el mismito monitor *Huáscar*!

En ese instante salía el comandante Condell a la carrera por la escotilla que conducía a su camarote. Llegó abrochándose la casaca.

—¡Oficial de servicio! ¿qué barcos son los que se aproximan? —preguntó.

—El fogonero Sepúlveda acaba de identificar al primero como el

monitor *Huáscar*, señor —repuso el guardiamarina Sanz.

—¿En qué lo has reconocido, hombre? —inquirió el comandante, arrebatándole el catalejo.

—En que tiene dos palos pelados y sin crucetas, mi comandante.

Condell acomodó el anteojo a su vista. Se mantuvo así durante varios minutos, observado tensamente por toda la tripulación, que ya estaba en cubierta. Por fin, bajó el catalejo y dijo:

—Teniente Orella, dispare un cañonazo de prevención a la *Esmeralda*. Esos barcos son el *Huáscar* y la *Independencia*.

Un murmullo ronco corrió por la cubierta. ¡Por fin llegaban los blindados peruanos!

El comandante Condell tomó al instante las medidas más aconsejables.

—¡Timonel Vargas, cierre la caña a babor! Vamos al encuentro de la capitana. ¡Corneta Pantaleón Cortés, zafarrancho de combate!

Entretanto, los 114 tripulantes, enardecidos por el toque vibrante de la corneta, corrían diseminándose por la cubierta y por los castillos y se lanzaban a trepar la arboladura para ocupar sus puestos de combate, Condell observaba a los barcos enemigos y calculaba las posibilidades de salvar de aquel encuentro. Sabía que el Huáscar era un monitor de 1130 toneladas, protegido por un blindaje de 4 1/2 pulgadas, que tenía un andar de 11 nudos y estaba artillado con dos cañones de proyectiles de 300 libras, que giraban protegidos por una enorme torre de hierro, de 5 1/2 pulgadas de espesor; tenía, además, dos cañones de 40 libras escondidos tras parapetos de hierro y un cañoncito de señales de 12 libras. La torre de mando era también un cilindro de metal, desde la cual el almirante Grau examinaría el combate por una ranura del ancho de los ojos.

Por su parte, la *Esmeralda* era una vieja corbeta de madera de apenas 850 toneladas y 12 cañones de 40 libras, y su velocidad máxima, en las mejores condiciones, alcanzaba sólo a 6 nudos.

La *Independencia* era una fragata blindada de 2000 toneladas, protegida por una coraza de hierro de 4 pulgadas de grueso y tenía un andar de 13 nudos. Su artillería era de 22 cañones de 150 y 70 libras, además de una colisa en proa de 250 libras, la que podía ir disparando sin necesidad de bandear el barco.

En oposición a ella, la *Covadonga* era una goleta de 400

toneladas, sin más artillería que dos cañoncitos de 70 libras.

—Este combate es imposible, comandante Condell —dijo a su lado el cirujano Videla, como si le adivinara el pensamiento.

Condell frunció los labios tercamente y dictaminó:

—¡Debemos cerrarles la ruta al sur! ¡Somos los últimos que podemos cerrarles el paso!

Igual pensamiento dirigía las acciones del comandante Prat. También en la *Esmeralda* resonaba el toque de zafarrancho y la marinería, así como los fusileros de la guarnición de artilleros de marina, tomaban sus colocaciones, decididos al combate.

Los dos barcos enemigos se proyectaban ya en la boca de la bahía. Adelante asomaba el *Huáscar*, desplegando sobre su corto palo de mesana una enorme bandera, su insignia de combate, que rozaba el agua, por la popa.

Prat levantó los ojos hacia su propia bandera, el tricolor reglamentario de 5 metros de largo, y dijo al teniente Serrano:

—Nadie la bajará del pico de mesana, ¿me entiende, teniente? Y si nos vemos muy apremiados, para confirmar que no nos rendiremos, usted o yo izaremos una segunda bandera en el tope de mesana.

—Comprendido, comandante.

La *Covadonga* se acercaba por popa, moviéndose ágilmente.

—Salgámosle al encuentro y pongámonos al pairo —ordenó Prat a Serrano.

—¡Cierra a babor! —gritó el teniente al timonel, y enseguida ordenó a los ingenieros, por medio del telégrafo de campanillas—: ¡Adelante, a toda máquina!

La corbeta comenzó a virar, a tirones. Al pasar la proa frente a la playa, los dos marinos pudieron apreciar los aprestos bélicos que se hacían en tierra.

—¿Se fija usted, comandante? —le advirtió Serrano—. Los soldados se preparan para tomar parte en el drama y el pueblo iquiqueño toma palco en los techos y en los cerros.

Prat iba a contestar algo, cuando una sorda explosión estremeció las entrañas de la nave. Enseguida vino una segunda, más intensa, que balanceó hasta los tres mástiles.

—¡Teniente —gritó Prat—, algo ha hecho explosión en la sentina!

—¡Mire usted, comandante, comienza a disminuir el andar; ya casi no nos movemos! —señaló Serrano.

El jefe cruzó apresuradamente la cubierta, yendo hacia el telégrafo que comunicaba con la sala de máquinas, pero, antes de llegar a él, se abrió una escotilla y asomó el rostro demudado del ingeniero Mutilla.

—¡Comandante —gritó desolado—, al forzar la máquina estallaron dos de las calderas!

Prat se detuvo, como si lo hubieran golpeado, y se quedó mirando al ingeniero.

—¿No hay forma de reparar el daño? —preguntó en voz baja, para no provocar alarma.

—Imposible, comandante —musitó Mutilla.

—¿Podemos seguir navegando con una sola caldera?

—Sí, señor, pero… a dos o tres nudos.

La *Esmeralda* estaba fatalizada. ¿Qué resistencia podría oponer a los dos blindados que navegaban a once nudos?

—¿Combatiremos… de todos modos? —balbuceó Serrano.

—¡Sí, señor! —replicó el comandante con violencia—. ¡Aunque la *Esmeralda* se niegue a seguir moviéndose! ¡Tenemos que impedirles pasar al sur!

La *Covadonga* llegaba en ese instante y emparejaba su proa a la popa de la capitana.

—«¡Comandante Prat, tenemos al *Huáscar* y la *Independencia* encima!» —gritaba Condell por medio de la bocina.

El jefe de la *Esmeralda* avanzó hasta la borda y le ordenó, también con una bocina:

—«Seguir mis aguas. Guardar sus fondos. Cada cual a su puesto y cumplir con su deber».

Vibrante, a pesar de la distancia, llegó la respuesta de Condell:

—«*All right*!».

Arturo Prat miró hacia el mar. Los barcos enemigos estaban ya a poco más de dos mil metros. Pensó que alcanzaba a cambiar su ropa por su uniforme de parada. Se encaminó rápidamente hacia su cámara, pero al pasar junto a Uribe reflexionó en que la lucha sería larga y que la mayor parte de los tripulantes no había podido tomar su rancho de la mañana. Ordenó al segundo que dispusiera el almuerzo de la gente y que colocara una señal a la *Covadonga*

consultando si había almorzado su tripulación. Dada la orden, siguió caminando, pero antes de llegar a su destino le interceptó el paso un personaje que lucía extraño entre los marineros y artilleros. Era un civil, el tripulante 201, el ingeniero Agustín Cabrera, que, habiendo sido enviado al norte por la Comandancia General de Marina, para que rastreara el cable submarino e interpusiera aparatos que establecieran la comunicación entre Iquique y Valparaíso, se había quedado atrapado a bordo de la *Esmeralda*.

Tímidamente abordó a Prat.

—¿Y yo, señor, en qué podré ser útil?

El capitán lo contempló asombrado, pero luego, comprendiendo el afán patriótico que movía al ingeniero, le dijo:

—Trate de llevar un apunte minucioso de los efectos de los disparos, sean nuestros o de los enemigos, y si esto no fuera posible, ayude al cirujano cuando sea necesario.

Reconfortado por la actitud de aquel civil, Prat bajó a su cámara a ponerse su uniforme de parada.

Entretanto, al embocar la bahía, el *Huáscar* enarboló una segunda bandera de combate en la driza de su palo mayor. El almirante Grau hizo tocar «generala» y la tripulación formó sobre cubierta.

—«Tripulantes del *Huáscar* —los arengó desde la alta torre de mando—. Ha llegado la hora de castigar al enemigo de la patria; y espero que lo sabréis hacer, cosechando nuevos laureles y nuevas glorias, dignas de figurar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de Mayo. ¡Viva el Perú!».

—¡Vivaaaaa! —corearon trescientas voces.

—¡Guarecerse todos tras los parapetos y blindajes! ¡Adelante las máquinas: a ocho nudos!

El barco se encabritó con el empujón de la vigorosa máquina y rasgó las olas hacia los barcos chilenos. El almirante Grau bajó al interior de la torre blindada y ordenó a los artilleros apuntar los cañones de 300 libras sobre la *Esmeralda*.

En aquellos instantes el comandante Prat volvía a subir a cubierta y hacía dar orden, por banderas, al transporte *Lamar*, de que se alejara a toda máquina hacia el sur, buscando la salvación en su velocidad, ya que no era un barco armado.

Luego se puso en comunicación con la *Covadonga*, ordenando a sus artilleros:

—«Reforzar las cargas».

El jefe de los artilleros de la goleta, teniente Orella, comentó:

—Ni aun cuando rellenemos nuestros cañones con pólvora y metralla hasta la boca, nuestros disparos harán otra cosa que abollar el blindaje del *Huáscar*.

No terminaba de hablar, cuando una fortísima detonación rompió la quietud de la atmósfera. Era el *Huáscar* que disparaba su primer tiro, levantando un turbión de agua entre los dos barcos chilenos.

—Ese cañonazo ha sido la intimación de rendición —dijo el teniente Serrano al comandante Prat, que estaba a su lado.

—Ya lo sé —respondió éste, y sin quitar la mirada del monitor enemigo, indagó—: ¿Se puso a salvo el transporte *Lamar*?

Serrano se volvió hacia el sur. El vapor iba girando apresuradamente por Punta Gruesa.

—Sí, señor —respondió—, ya navega hacia Antofagasta.

—Bien —afirmó Prat—, quedamos sólo los que debemos quedar.

—¿Qué hacemos, comandante?

Prat no contestó. ¿A qué deprimirlo diciéndole algo que ya todos sabían? Que la nave estaba condenada irremisiblemente, y que aquel que se salvara tendría que ser un protegido de los dioses. Paseó la mirada por la cubierta. Todos los hombres estaban pendientes de él. Parapetados tras las bordas, inclinados sobre los cañones, asomados en las cofas de los tres mástiles o a horcajadas en las vergas, todos tenían los rostros vueltos hacia él y esperaban su decisión. Bajo la toldilla de popa estaba la primera división, mandada por el guardiamarina Vicente Zegers; en torno al palo de mesana, la guarnición de artilleros de marina, dirigida por el subteniente Antonio Hurtado y el sargento Juan de Dios Aldea; hacia proa, en el combés, la segunda división, comandada por el teniente Francisco Sánchez y el

guardia-marina

Ernesto Riquelme, y en el castillo de proa, el segundo comandante, Luis Uribe, con sus ayudantes.

A todos ellos miró Prat, como si estuviera calificando la pasta de que estaban hechos, y si algo lo ayudó a decidirse, fue la visión de los grumetes apiñados en torno del palo mayor. De aquellos treinta y cuatro niños, sólo dos o tres tenían caras de espanto; los demás, aunque pálidos, sonreían.

—¿Qué hacemos, comandante? —volvió a preguntarle Serrano.

Prat levantó la diestra mostrando el tope de la mesana.

—¡Ice una segunda bandera allí, en señal de que no nos rendimos! —dijo bruscamente, y con un gesto alegre desenvainó la espada, batiéndola como un saludo a sus hombres. Un atronador griterío resonó en todos los ámbitos de la nave.

La corneta de órdenes hizo oír el toque de «atención» y luego «formar bajo el puente». El pito del contramaestre impuso silencio y Arturo Prat habló con voz vibrante:

—«Muchachos —dijo—, la contienda es desigual; pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile!».

—¡Vivaaaaa!…

El alarido con que los tripulantes respondieron se oyó en la playa, provocando expectación en la muchedumbre que se agrupaba para presenciar el combate.

Prat, que se había trazado ya un plan de defensa, el único posible, ordenó al timonel virar en 90.º grados y colocar la nave cerca de la playa, interpuesta entre los blindados peruanos y el puerto. De este modo, aquéllos no podrían cañonearla libremente, porque sus proyectiles caerían sobre la playa y las casas. La maniobra tendía a obligarlos a usar sus espolones para hundir la *Esmeralda*. Era la única posibilidad de victoria: saltar al abordaje, cuando las naves chocaran, y apoderarse de la enemiga, mediante una desesperada invasión a sable y bayoneta.

Como un cetáceo herido, la corbeta viró y fue a colocarse a 200 metros de la playa del Colorado, al norte de Iquique, con la proa hacia el noroeste, desde donde venía el *Huáscar*, seguido a cierta distancia por la *Independencia*. A la popa de la capitana tomó

posición la *Covadonga*.

Pero muy pronto los capitanes chilenos vieron junto a la torre de mando del monitor a un cabo de semáfora ordenando, por banderas, a la *Independencia*, que se abriera hacia el sur, para cortar la retirada de los sitiados.

Rápidamente, el comandante Prat ordenó a Condell que enfilara hacia el sur, a toda máquina, bordeando la costa, por sobre los bajíos, cuidando sus fondos para no dejar la nave ensartada en ellos.

La *Covadonga* ejecutó la maniobra al momento y fue contorneando la playa hacia la isla del Faro, que enfrenta el puerto comercial. De allí cruzaría en línea recta hacia la Punta del Molle, para arriesgarse enseguida en la bahía Chiquinata. Si lograba hacer aquella travesía sin ser hundida por la *Independencia* y alcanzaba a girar en torno de Punta Gruesa, tenía una esperanza de salvarse, porque fuera de la bahía iquiqueña le sería posible irse protegiendo en las infinitas escolleras que jalonan las costas hacia el sur.

—La *Independencia* tiene mucho más andar que nosotros —dijo el teniente Orella—; nos dará caza antes de una hora.

—Es probable —aceptó Condell—, pero si dejamos que esos dos blindados nos batan juntos dentro de la bahía, en unos minutos nos hacen cisco. Y no debemos olvidar que de lo que hagamos ahora depende la suerte del ejército acampado en Antofagasta y de todos los puertos del norte de Chile.

—¡Déjeme entonces meterles bala, mi comandante! —pidió frenéticamente el jefe de los artilleros—. Si nos van a mandar al otro mundo, que sea llevándonos a varios de ellos a la rastra.

Todos los marineros cercanos apoyaron con un griterío la proposición de Orella.

—¡Procedamos con disciplina! —les impuso el comandante—. ¿Dónde está el piloto Stanley?

El inglés se había ido a popa y contemplaba, transido de emoción, cómo el pontón en que dejara a su esposa y sus hijos se iba quedando atrás.

—Usted era el práctico de esta bahía —le gritó Condell—. ¿Puede sacar la *Covadonga* hacia el sur, muy apegada a la costa, por fondos en que no alcance a navegar la *Independencia*?

—Sí —repuso el inglés—, hay mucha diferencia de calado. Pero ¿cómo voy a dejar a mi mujer y mis niños allí? El pontón está

dentro del campo de tiro del *Huáscar* y de la *Esmeralda*.

Condell se le acercó y le apoyó una mano en la espalda:

—¿Cree usted que puede hacer algo por ellos? Ya es tarde, ¿verdad?

El piloto se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Luego giró bruscamente y, sin volver a mirar a su familia, se encaminó hacia la rueda de gobierno.

—Sacaremos la *Covadonga* rasando los arrecifes de la playa y de la isla —afirmó, cogiendo el timón. Con los ojos endurecidos miraba sólo hacia la proa, pero le temblaba la barbilla.

El sacrificio de aquel hombre fuerte volvió a ensoberbecer a la tripulación. El teniente Orella brincó hasta uno de los cañones de estribor, vociferando:

—¿Y nos vamos a alejar así, callados, como si arrancáramos, mi comandante?

—¡No, teniente Orella! —le gritó Condell—. ¡Métales una bala para que vean que les vamos a hacer la pelea!

A palabrotas y manotones, el artillero dio órdenes a los sirvientes de la pieza.

Entretanto Condell distribuía a los fusileros en la cofa del palo de mesana y detrás de la baranda de popa.

—¡Capitán de altos González, la *Independencia* tiene una pieza de 250 libras en la proa, que dispara sin bandear el barco! ¡Debemos tenerle recelos! Que diez fusileros se encarguen de ir tumbando a cuanto artillero se acerque a esa pieza. ¿Comprendido?

—¡A su orden, mi comandante! —respondió un hombretón corpulento desde lo alto de la cofa.

—¡Listo el cañón N.º 1, comandante! —gritaba el teniente Orella, vuelto hacia Condell.

—Pues…, ¡fuego, teniente!

Orella tiró del disparador.

—¡Viva Chile, mierda!

La detonación del cañoncito sonó atrevida, aunque pueril, y la bala penetró en el mar, a un tercio de la distancia que separaba la goleta del *Huáscar*.

El almirante Grau sonrió y dio orden de que disparara uno de los cañones de largo alcance contra la Covadonga para detenerla y facilitar a la *Independencia* darle caza. La torre acorazada comenzó

a girar, buscando con sus dos cañones a la goleta.

En esos momentos, el cirujano Videla proponía a Condell subir elementos médicos a cubierta. Obtenido el permiso, bajó a su cámara acompañado por el mozo de oficiales Felipe Ojeda. Cuando se introducía por la escotilla, el comandante le gritó:

—¡No se me exponga a las balas, cirujano!

El doctor apenas alcanzó a oírlo. Bajaba ya por la escalerilla, siguiendo al camarero.

Un estruendo espantoso los arrojó a los dos, despedazados, hacia el fondo.

El *Huáscar* había disparado uno de sus cañones de 300 libras. El proyectil alcanzó la quilla de la *Covadonga* por babor, una cuarta sobre la línea de flotación. Perforó el casco por la mitad, derribando con su desplazamiento de aire a los sirvientes de la bateria N.º 2, hirió en la cara del

guardia-marina

Sanz y, prosiguiendo en su feroz trayectoria, arrancó ambas piernas al cirujano Videla, despedazó al mozo de cámara Felipe Ojeda, dio un mordisco en la base del palo trinquete y fue a salir por la banca de estribor, diez centímetros por sobre la línea de flotación.

El barco quedaba salvado por milagro. Condell dispuso que varios hombres bajaran a toda prisa a tapar la brecha abierta por estribor, porque el balanceo de la nave hacía entrar agua.

El capitán de altos González fue comisionado para bajar a ver al doctor Videla. Regresó minutos más tarde, congestionado de rabia e impotencia.

—El pobrecito está sentado en el suelo de su camarote, mirando cómo se le escapa la sangre por los caños de las piernas cortadas. ¡Ah, por una grandísima puta, juro que me la han de pagar esos carajos!

Una bala de cañón silbó por entre la arboladura, y en seguida se oyó, retardada, la detonación.

—La *Independencia* está ya sobre nuestra estela —advirtió Condell—. Intentará emparejársenos y cortarnos el paso antes que giremos la isla del Faro. Y si no puede, nos hará papilla con su cañón de proa. ¡Capitán de altos González, usted me responde de que sus fusileros voltearán a todos los artilleros de esa pieza!

—¡A su orden mi comandante! ¡A eso voy y le juro que nos

cargamos a todos!

Así fue. Trepados en la arboladura y vueltos hacia proa, los fusileros de González fueron eliminando a todos los artilleros que se acercaban a disparar la pieza de proa de la fragata. En cuanto asomaba alguno, los fusileros competían en apuntarle.

—¡Hei se acerca otro negro a cargar el cañón, muchachos! ¡Bala con él!

Y diez fusileros disparaban al mismo tiempo.

—¡Hei viene otro acercándose a la pieza, «fusileros»! —gritaba el capitán de altos, echándose su fusil a la cara—. ¡Que si lo cargan, nos «junden»!

Los diez fusiles Comblain volvían a barrer la proa de la nave enemiga.

—¡*Güen* dar con los negros vilotes, cómo se arrancan del lado del cañón! —reía a gritos el grumete de quince años Juan Bravo, encanastado en la cofa de mesana.

Mediante esta defensa, la *Covadonga* pudo seguir huyendo hacia la isla del Faro.

Distribuida así la acción, el almirante Grau determinó cargar sobre la *Esmeralda*, pensando que la *Covadonga* sería rendida por la fragata a la vuelta de la isla, en la playa del Molle. La maniobra que había efectuado la *Esmeralda*, colocándose entre el *Huáscar* y la playa, lo obligaba a disparar por elevación, para no precipitar sus proyectiles sobre el puerto. Aquella forma de tiro era demasiado imprecisa, por lo que el jefe del monitor tomó la decisión que había esperado Arturo Prat. Ordenó avanzar a toda máquina para espolonear a la corbeta. Se hallaban a 1500 metros de distancia uno de la otra.

En tierra la conmoción era profunda. Los peruanos se habían trepado a todo sitio alto para contemplar la lucha. Iquique se llenaba de voces y carreras. Las mujeres huían a los cerros con sus hijos, presintiendo que el cielo se iba a oscurecer de balas locas.

El general Buendía, vestido de gran parada, había establecido su cuartel general en la oficina del telégrafo provisional. Al ver deslizarse la *Covadonga* hacia el sur, creyendo que sus tripulantes

la encallarían en la playa del Molle para huir a tierra, hizo telegrafiar al coronel Belisario Suárez, que mandaba la división establecida en el cerro del mismo nombre.

Inmediatamente los batallones Zepita y 2 de Mayo se descolgaron del cerro, yendo a tender un cordón de fusiles en la playa del Molle.

Igual orden impartió el general Buendía al coronel Benavides, que custodiaba la playa del Colorado, frente a la cual combatía la *Esmeralda*. El escuadrón peruano Cazadores de la Guardia y el boliviano Cazadores del Cuzco montaron vigilancia en mitad de la bahía, enfocando a la corbeta chilena.

Pero aún faltaba al general en jefe dar la orden más trascendental, y ésa se realizó poco antes de las 9 de la mañana. Cuatro baterías de 9 pulgadas se instalaron en la playa, junto al muelle del ferrocarril, y sus sirvientes esperaron la orden de disparar, para coger a la *Esmeralda* entre dos fuegos.

El *Huáscar*, empenachado de humo, violento y ágil en sus evoluciones, enfilaba su proa hacia la corbeta, que se cobijaba en los bajos fondos de la playa del Colorado. A mil metros de ella, sus cañones volvieron a vomitar fuego.

En aquel momento, aparecieron en el horizonte dos barcos de guerra que llegaban a presenciar el combate. Era uno de ellos la fragata de Su Majestad británica *Turquoise*, que rondaba esa latitud desde hacía varios días, y otro navío de guerra de nacionalidad desconocida.

A las 9.30 de la mañana el almirante Grau dio orden de espolonear. El humo brotó espeso por la chimenea del monitor y su proa fue cortando las olas como una inmensa aleta de tiburón.

Los proyectiles de la *Esmeralda* se aplastaban contra el blindaje del atacante.

La multitud que contemplaba el combate desde la playa, contuvo el aliento mientras el barco corría amenazante. Repentinamente, una voz se alzó entre los espectadores:

—¡El *Huáscar* va a saltar hecho pedazos!… ¡Hay que avisarle, hermanos! ¡La nave enemiga tiene una línea de torpedos por delante!…

Era uno de los agentes secretos chilenos que, mezclado con la muchedumbre, se había colocado cerca de las autoridades

marítimas peruanas. Su grito surtió efecto inmediato. Los vigilantes de la costa habían observado repentinamente los trabajos de sondeo del cable submarino que practicaban los marinos chilenos en la bahía, y no pudiéndoselo explicar, corrieron la voz de que realizaban emplazamiento de torpedos submarinos. Así, pues, al oírlos mencionar, en los momentos en que el *Huáscar* avanzaba, nadie dudó de la existencia de esas armas. La alarma cundió. Centenares de voces la fueron gritando a lo largo de la playa, y muy pronto llegó a los oídos del capitán de puerto, Bartolomé Forras.

—¡Una bandera!… ¡Cabo de señales! —se puso a vociferar éste; y cuando acudió a su lado un soldado provisto de los elementos necesarios, le ordenó—: ¡Trépese a una roca y haga señales al *Huáscar* para que se detenga! ¡Que no avance, porque corre un gran peligro!

Mientras el soldado cumplía su orden, corrió hasta el muelle en busca del práctico del puerto, un inglés llamado Guillermo Checle. Juntos embarcaron en la lancha de la gobernación y, describiendo un amplio círculo para no ponerse al alcance de las balas, navegaron hasta el monitor, que se había detenido. Sin embargo, mientras los dos hombres trepaban a su bordo, el *Huáscar* seguía disparando sobre la corbeta inmovilizada.

Cada disparo arrancaba un trozo de la nave o le arrebataba un puñado de vidas; pero también algunos iban a caer sobre Iquique, causando bastante destrucción. El cerro Huantaca estaba lleno de mordeduras y la ceja de tierra que protegía a la Casa Williamson se iba desmoronando ante los impactos. Detrás del muelle había estallado el primer incendio.

Esto enfurecía a los artilleros de la playa, los que redoblaban sus esfuerzos por desmantelar a la *Esmeralda*. Sus cañonazos habían conseguido abrir grandes claros en la tripulación. Una granada dio en el estómago de uno de los sirvientes del cañón N.º 5, y lo proyectó en piltrafas contra el grupo de grumetes. Otra arrancó un brazo a uno de esos niños.

Los espectadores de tierra, escalofriados, se habían quedado mudos y ya, en lugar de gritar vivando a los marinos peruanos, comentaban:

—Debieran rendirse. Todas las leyes de la guerra y del honor los excusarían. Es un combate imposible.

En ningún otro combate de la guerra del Pacífico se concentraron más proyectiles por segundo sobre un grupo de chilenos que en aquella media hora en que sobre la *Esmeralda* convergieron los fuegos del *Huáscar* por babor, las baterías de los Cazadores de la Guardia y los fusiles de la 2.ª y 3.ª división perú-boliviana por estribor, además del fuego de un grupo de lanchas de abordaje, tripuladas por Cazadores del Cuzco, que giraban frente a la proa de la corbeta.

En la cubierta de la capitana el espectáculo era dantesco. Una tercera parte de la tripulación estaba despedazada en torno a los cañones y los mástiles. El doctor Guzmán, secundado por el estudiante de medicina Germán Segura, el practicante José Cruzat, el contador Juan Goñi y el ingeniero Agustín Cabrera, no daban abasto para atender a los heridos. Ya no había vendas ni torniquetes, y la sangre hacía resbaloso el piso de la cubierta.

Sobre la toldilla, Arturo Prat contemplaba con un rictus de desesperación los estragos que los disparos de tierra causaban entre sus hombres. El sargento Juan de Dios Aldea trepó a su lado, para advertirle que era imposible mantenerse más en esa posición. Como una confirmación a sus palabras, en ese momento se desplomaba desde una cofa el velero 2.º Antonio Ruiz.

—¡Dios santo, acógelo en tu seno! —exclamó Prat—. ¡Que se protejan mejor los de la arboladura, que son los más expuestos! —gritó hacia las cofas.

Pero no había forma de protegerse. El cocinero Guillermo Serei y el mozo de cámara José Antonio Rojas, que habían pedido fusiles para ayudar a la defensa, estaban a pocos metros, bajo el comandante. De pronto, un cañonazo de tierra perforó la amura y lanzó a los dos hombres, desarticulados, contra la otra borda.

El teniente Uribe llegó a saltos hasta la toldilla:

—¡Nos están fusilando como a pichones, comandante! No podemos seguir aquí.

—¿Cuántas bajas tenemos, teniente?

—Es imposible contarlas. Pero calculo que hemos perdido casi la mitad de la tripulación.

—¡Cerca de cien hombres! —exclamó aterrado Prat—. ¡No puede ser!

Uribe no insistió; simplemente le mostró la cubierta llena de cuerpos palpitantes.

Prat apartó los ojos. Estaba pálido.

—¿Sabes tú qué nos representa salir de este sitio? —preguntó a Uribe.

—Sí. Entregarnos a los cañones y al espolón del *Huáscar*, que nos está esperando allí, donde hay más profundidad para su calado.

—Y las máquinas de la *Esmeralda* apenas permiten moverla. No podremos siquiera esquivar sus golpes —sentenció el comandante.

—¡Tampoco podemos quedarnos aquí! —protestó Uribe, nervioso al ver caer, a pocos pasos, al patrón de botes Justino Aguilar—. ¡Dios santo! —vociferó—. ¿Hasta cuándo? ¡Mira allí, el pobrecito grumete Venancio Díaz!

—¡Basta, teniente! —lo refrenó Prat—. ¡Nada conseguimos con lamentarnos!

Desde la verga del trinquete caía dando volteretas el capitán de altos Georges Jougoud, uno de los franceses. Uribe se cubrió el rostro.

—¡Teniente Uribe, repórtese! —ordenó Prat, con voz tajante.

El marino reaccionó al momento. Avergonzado, se cuadró ante el comandante.

—Perdón, mi comandante. No es temor…, es rabia, impotencia…

—Lo comprendo. ¡Dé orden a los ingenieros Hyatt y Mutilla de sacar la nave hacia el norte, al máximo de velocidad que den las máquinas.

Era la sentencia de muerte de la *Esmeralda*. Ambos jefes lo comprendían. Pero aquella mortandad lenta era peor que despachar de una vez, hundiéndose en el mar.

Mover a la *Esmeralda* fue una empresa penosa. Los ingenieros Hyatt, Mutilla y Manterola trabajaron arduamente para que la única caldera en buen estado diera fuerza suficiente para hacer virar la corbeta y empujarla hacia el norte. Por fin, crujiendo, gimiendo, la Mancarrona, como la llamaban afectuosamente sus tripulantes, enfiló hacia el extremo de la playa del Colorado, hacia el roquerío.

El general Buendía y los espectadores de la playa creyeron que la nave iba a ser varada y que sus tripulantes se preparaban a rendirse a las fuerzas de tierra.

Pero se habían equivocado nuevamente; la nave enderezó el rumbo y puso proa contra el *Huáscar*.

—¡Dios santo, no se rinden! —exclamó el general Buendía—. ¡No se rinden! Salen al mar abierto para enfrentar al *Huáscar*.

La *Esmeralda* estaba tomando su último rumbo: el de la inmortalidad. El humo de sus cañones y el vaho de la sangre de sus muertos, cogidos de trasluz por el sol, envolvía la nave moribunda en un halo dorado. Sobre la toldilla de popa, la silueta de Arturo Prat semejaba ya una estatua de bronce.

Callaron los cañones de tierra, enmudecieron también los del *Huáscar* y sólo sobrepasó el ruido de las olas la voz de una mujer. Era la esposa del piloto Stanley. Embarcada en un pequeño bote, con sus tres hijos escondidos bajo las bancadas, la mujer había huido de la chata, sobre la cual se habían estado cruzando los proyectiles, y reclamaba que se la ayudara a salvar a sus hijos.

—¡Capitán Prat, por el amor de Dios, sálvenos! —gritaba desgarradoramente, mientras la corbeta pasaba junto a su bote—. ¡Piense en sus hijos, capitán!…

Prat tuvo que aferrarse a la borda de estribor al escuchar a la señora Stanley. Pasaron por su mente las imágenes queridas de su Carmelita y de sus hijos. Se volvió hacia la otra banda. El *Huáscar* se divisaba por babor, un poco hacia proa, esperando que la *Esmeralda* saliera a mar más profundo para caerle encima.

—Mientras no abandonemos los bajíos, no nos espoloneará —murmuró—. Alcanzamos a salvar a esa mujer y a sus criaturas.

Se acercó a la escotilla que descendía a la sala de máquinas y gritó:

—¡Ingeniero Hyatt, a media marcha!

Era una locura. La corbeta, ahora más cercana al monitor, le ofrecía, a media marcha, un blanco seguro.

—Esa mujer y sus niños tienen derecho a salvarse —dijo, indicándolos a los tripulantes que estaban cerca—. Mientras la *Esmeralda* los cubra, no les alcanzarán las balas que dispare el *Huáscar*. Los protegeremos hasta que toquen la playa.

Se encaminó a la borda y se quitó la gorra, saludando a la señora Stanley.

—¡No tenga susto, señora! —le dijo con voz afable—. Guíe su

bote en línea recta, manteniéndolo escondido en la sombra de nuestro casco, y salga por aquel remanso al extremo de la playa.

—¡Dios los bendiga!… ¡Dios los proteja! —gritaba la mujer, alejándose.

Por babor, el *Huáscar* martillaba con sus grandes cañones la cubierta ya desmantelada de la corbeta.

—No podemos permanecer así, casi inmovilizados, comandante —vino a decir a Prat el teniente Serrano.

—Sólo un momento más —le respondió—. Por otra parte, da lo mismo este sitio que otro cualquiera. Nuestra única posibilidad está en saltar al abordaje del *Huáscar*, cuando nos espolonee.

Un terrible golpe sacudió en ese momento a la corbeta, derribando a todos los que estaban de pie. El monitor le había asestado uno de sus proyectiles de 300 libras en la popa, abriéndole una brecha de más de un metro de ancho.

El guardiamarina Riquelme llegó corriendo, desencajado:

—¡Comandante, nos pasaron de parte a parte! La bala perforó el casco, pasando por el camarote del 2.º comandante, y salió por el departamento de botica.

—¿Hacemos agua, guardiamarina?

—No, mi comandante; ¡pero se ha declarado un incendio!

Era la única calamidad que faltaba. Diez marineros, mandados por el contramaestre Micalbi, tuvieron que sacar fuerzas de flaqueza y descender al vientre de la nave para combatir el fuego.

Prat miró hacia el bote de la mujer de Stanley. Terminaba de ponerse a salvo, amparándose en la playa. Un guardiamarina se le acercó para preguntarle si no sería conveniente abrir el cubichete para que saliera el humo del incendio.

—Si se abre, se establece corriente de aire y el incendio aumenta —respondió sereno. Enseguida ordenó—: Vaya adonde el ingeniero Hyatt y pregúntele si aún podemos movernos.

Minutos más tarde, la corbeta volvía a acelerar la marcha. Renqueando como un animal agónico, fue introduciéndose en el mar, al encuentro del monitor.

El almirante Grau estaba en su torre de mando con el doctor Santiago Tavara, cuando vieron a la *Esmeralda* enfilar su proa hacia el *Huáscar*.

—Por un momento abrigué la esperanza de que se rendirían —

dijo Grau.

—¿Por qué no se rinden? —reflexionó nerviosamente el cirujano —. Ya han demostrado en demasía que son valientes y dignos.

—¡Cómo luchan estos chilenos, doctor Tavara! Siguen disparando como si su cascarón fuera un blindado de flamantes cañones.

—Es preciso terminar pronto esta matanza, almirante Grau — suplicó el doctor, profundamente impresionado.

—De acuerdo, doctor Tavara —aprobó el caballeroso marino—. Preferible es terminar de una vez con su resistencia y acogerlos como prisioneros.

Estaban a doscientos metros cuando el almirante dio orden de lanzar el monitor rectamente, y a toda fuerza, contra el casco de la corbeta chilena.

Eran las 11.30 de la mañana: el combate duraba ya tres horas.

Chorros de sangre escurrían por los trancaniles de cubierta; las escalerillas descendían al vientre de la nave bañadas de escarlata. Sobre la cubierta palpitaban y se retorcían docenas de heridos y moribundos.

El doctor y sus ayudantes recogían a los heridos que ofrecían alguna posibilidad de salvación. Había muchos, demasiados, y a cada disparo del *Huáscar*, otros quedaban sembrados sobre la cubierta.

De los sobrevivientes, ninguno volvía el rostro hacia los muertos. Así como los escaladores de alturas jamás miran hacia abajo, así los esmeraldinos no miraban a sus compañeros destrozados, para no sentir el imán de la muerte. Fijos los ojos en el monitor que avanzaba bufando, pendían de un gesto, de una orden del comandante Prat, que, sin gorra, con la espada en la diestra y los ojos llameantes, esperaba el momento supremo. Estaba de pie sobre la toldilla de popa; junto a él, el marino Arsenio Canave Miniño; bajo la toldilla, el sargento Juan de Dios Aldea; en la escalera, el corneta Gaspar Cabrales, que tocaba incesantemente zafarrancho de combate.

Prat comprendía que en unos minutos más se le iba a ofrecer la única posibilidad de salvar a sus hombres. Era forzoso saltar al abordaje y dominar a la tripulación del monitor…, o dar muerte al comandante…, o inutilizar alguna pieza vital de la nave…

—¡Hay que saltar, marinero! —repetía, casi sin darse cuenta, al hombre que tenía a su lado.

—¡Saltaremos, mi comandante! —respondía éste, esgrimiendo un hacha de abordaje.

Una ráfaga disparada por los fusileros del *Huáscar* sonó como una quebrazón de ramas secas. El corneta Cabrales suspendió su toque en mitad de una nota aguda, y abriendo los brazos rodó al pie de la escalerilla.

Un cabo recogió la corneta y siguió tocando.

El *Huáscar* venía ya a medio centenar de metros.

Prat volvió los ojos para ubicar a sus oficiales. Uribe estaba en el castillo de proa; Serrano, en mitad de cubierta, dirigiendo el fuego de las baterías centrales.

—¿Dónde está el teniente Sánchez? —preguntó al marinero Canave, que no se movía de su lado.

—Junto al timón, mi comandante.

—¡Teniente Sánchez, listo a la maniobra! —gritó entonces el comandante—. ¡Cuando el *Huáscar* esté a medio cable, cierre a estribor y vire sobre el eje, para que no nos espolonee por mitad de la banda!

Pero el estruendo de los cañones y la fusilería apagaba su voz. Se volvió al marinero Arsenio Canave, y le preguntó:

—¿Cree usted que oyó, marinero?

Éste se alzó de hombros. No podía responder; ya llegaba el monitor. De un salto, se dejó caer sobre el vientre, listo para reincorporarse, cuando pasara la conmoción del choque, y saltar al abordaje.

Prat alcanzó a gritar al sargento Aldea, que estaba al pie de la toldilla:

—¡Listos para saltar, sargento!

La *Esmeralda*, impulsada por el timón, giró sobre su eje, hurtando el cuerpo al monitor. Pero su movimiento fue pesado y lento, y el *Huáscar* se le vino encima por la aleta de babor.

Prat tuvo un destello de alegría, porque aquello era mejor para su propósito. Los barcos quedarían durante algunos segundos, banda contra banda, ofreciendo una mayor superficie de abordaje. Pero no contaba con la habilidad náutica del almirante Grau.

Éste también comprendió que la única posibilidad de salvación

de los chilenos estaba en abordar su barco y tuvo la certeza de que lo intentarían. Dio una sola orden para impedirlo:

—¡Que todos los cañones y los fusiles disparen a toca penoles cuando se produzca el choque!

La cuchilla curva del espolón del monitor chocó con fuerza contra el flanco de madera de la corbeta, pero como ésta guiñaba en ese instante, quebrantó las costillas del casco y resbaló de popa a proa.

Los esmeraldinos iban a saltar, pero los cañones enemigos dispararon a quemarropa sobre ellos, imitados por toda la guarnición de fusileros del monitor.

Cuarenta o cincuenta tripulantes volaron despedazados, sus trozos mutilados se elevaron sobre la cubierta y se esparcieron sobre el alcázar, el combés y el mar.

Prat volvió a erguirse, y enarbolando la espada dio un grito enloquecido:

—«¡Al abordaje, muchachos!… ¡Al abordaje!».

Empuñando un revólver en la mano izquierda y destellándole la espada en la diestra, saltó desde la toldilla a la proa del *Huáscar*. Inmediatamente detrás de él saltaron el marinero Arsenio Canave Miniño y el sargento Juan de Dios Aldea, los únicos que lograron oír su orden. El desconcierto, la lluvia de sangre, el ruido horrísono, cubrieron la voz del comandante. Y Serrano, Uribe y los tripulantes sólo supieron de su temeraria acción cuando el *Huáscar*, de un poderoso tirón, comenzó a separarse de la corbeta. Entonces un último marinero saltó al abordaje. Fue Luis Ugarte. Cayó sobre el borde del tajamar de proa del monitor, se equilibró unos instantes agitando los brazos y enseguida se precipitó al mar, entre las dos naves.

Arturo Prat se volvió al oír el crujido de los barcos al separarse y contempló a sus subalternos con mirada indefinible.

—¡Comandante Prat!… —oyó que gritaba Serrano, en un alarido desesperado. Pero una descarga le envolvió las demás voces. A su lado acababa de caer el marinero Canave con el pecho acribillado. Sólo lo seguía el fornido sargento Aldea.

Comprendió que iba a morir. Paseo su mirada por la cubierta solitaria del barco enemigo. No se veía un solo defensor. Pero sabía que estaban allí, detrás de la torre blindada, que giraba moviendo

sus cañones como tentáculos vivos.

Quinientos ojos y centenares de fusiles se enfocaban sobre los dos hombres, mientras bajaban la escalera del castillo de proa y caminaban por el lado de babor de la cubierta. Pero los dedos de los tiradores se negaban a oprimir los gatillos, paralizados por el espectáculo de aquella temeridad.

El almirante Grau contempló a los invasores por la tronera de su alta torre acorazada, con la respiración contenida. Vio al comandante chileno alzar los ojos hacia la bandera peruana, que ondeaba sobre el monitor, y adivinó su intención. Sin embargo, no se movió ni dio una orden.

En los brevísimos segundos que transcurrieron, los pensamientos pasaron en torbellino por la mente de Arturo Prat. Pensó conseguir que su sacrificio no fuera estéril. Si lograba llegar a la driza que sustentaba la bandera peruana y la abatía, duplicaría el valor de los tripulantes de la *Esmeralda*, y tal vez los enemigos, impresionados, se aturdirían en la lucha posterior. Además, dentro de la torre blindada estaba el comandante del monitor. Si él lograba trepar hasta ella y disparar al interior, dejaría al barco enemigo sin jefe. Con estos pensamientos, llegó hasta el mamparo que daba entrada a los compartimientos interiores, puerta de hierro ubicada al pie de la torre del almirante Grau.

Pero, en el mismo instante en que llegaba a este punto, se abrió el mamparo y brotaron por él el teniente Jorge Velarde y un negro.

—¡Ríndase, capitán! —alcanzó a decirle el oficial, enfocándolo con su revólver, cuando Prat disparó sobre él, dándole muerte.

De la caracola de hierro, que había dejado a sus espaldas el comandante chileno, brotaron numerosos tiros de fusil. Diez alcanzaron al sargento Aldea, tumbándolo, malherido, junto al palo mayor, en cuyos cables quedó aferrado; uno dio en mitad de la espalda del capitán Prat.

Arqueado por el dolor, se sostuvo unos instantes de pie y luego cayó sobre una rodilla. Levantando los ojos, pudo ver al negro que se le acercaba con el fusil en ristre. Intentó levantar su espada, pero el fusil había elevado su boca hasta su frente e hizo fuego. En un espasmo violento irguió el cuerpo, levantando los brazos, y enseguida cayó de bruces, a los pies de su victimario.

El marinero, en un arranque brutal, alzó el fusil y remató al

caído de un feroz culatazo.

El sargento Aldea, todavía vivo, alzó el rostro y miró a su comandante muerto a pocos metros. Volvió la mirada hacia la *Esmeralda* empavesada con dos tricolores no rendidos y abatiendo la mejilla en las tablas teñidas en su propia sangre, murmuró sollozando:

—¡Vi…, viva Chile, comandante Prat!

En la torre blindada del monitor se hablaba en voz baja, con respeto. El almirante Grau ordenó suspender el fuego, para dar tiempo a los sobrevivientes de la *Esmeralda* para que se consultaran y decidieran arriar su bandera. En el momento del espolonazo había visto la cubierta de la corbeta encharcada de sangre y repleta de cadáveres. Además, ya había muerto su comandante. El almirante confiaba en que se rendirían.

Mientras el monitor giraba en un amplio círculo, ordenó que el soldado Mariano Portales, que mató al comandante Prat, fuera arrestado y se disponía a aplicarle un riguroso castigo, cuando fue disuadido de hacerlo por sus oficiales.

—El jefe chileno estaba herido e imposibilitado. Debió desarmársele y tomársele prisionero —argumentaba, herido en sus sentimientos caballerosos—. Era un valiente y se merecía otra suerte que la de morir con la cabeza destrozada por un culatazo.

—Señor almirante, está usted ofuscado por el combate —objetaba el 2.º comandante, capitán de fragata Exequiel Otoya—. El soldado Portales cumplió con su deber, dando muerte al comandante enemigo; aquél estaba armado y acababa de matar a nuestro teniente Velarde.

—¡No lo sé…, no lo sé aún! —eludió por fin el almirante—. Cuando termine el combate, estudiaremos el caso. Ahora, atentos a la *Esmeralda* y confiemos en que sus conductores preferirán rendirla.

Los cuerpos de Arturo Prat y del sargento Aldea habían sido recogidos respetuosamente de la cubierta y trasladados al entrepuente. El del marinero Arsenio Canave fue arrojado al mar por uno de los primeros tripulantes que salieron a la cubierta,

después de consumada la tragedia. El sargento Aldea no había muerto, pero agonizaba.

Cuando el monitor volvió a acercarse a la corbeta desmantelada, el almirante Grau escrutó la cubierta enemiga con sus anteojos, con la esperanza de ver elevarse la bandera de rendición. Pero, en lugar de ello, divisaba a los tripulantes agrupados en mitad de la *Esmeralda*, ocupados en organizar una nueva defensa.

El teniente Serrano, con el uniforme desgarrado, peroraba ardorosamente, incitando a los hombres que tomaban un descanso, sentados en el suelo y con las espaldas apoyadas a la parte interior de las bordas. Se había quitado los botines para no resbalar en la sangre que corría por el piso.

—En unos minutos más van a dar la segunda embestida —decía —. Es seguro que este espolonazo nos echará al fondo del mar. Nuestro único camino es, pues, el abordaje. ¡Tripulantes, sobre la cubierta del *Huáscar* está nuestra tarea! ¡El cadáver del comandante Prat nos está esperando!

Los sobrevivientes de la capitana no necesitaban estímulo; habían traspasado ya el lindero en que se pierde el instinto del miedo, y, embrutecidos, sólo pensaban en seguir luchando y terminar de una vez. Pero morir matando. Sus gritos de «¡Al abordaje! ¡Al abordaje!» se escuchaban claramente en el monitor que avanzaba.

El teniente Uribe, que había asumido el mando, ordenó que siguiera el toque de zafarrancho, pero todos los cornetas estaban muertos. El mozo de cámara Norberto Escobar se ofreció para reemplazarlos, y, aunque malamente, el toque de combate siguió oyéndose.

Era un nuevo desafío a los enemigos. Así lo comprendió el almirante Grau y desechó toda esperanza de otorgar la vida a esos hombres. La única prueba de humanidad que le cabía dar era terminar lo más rápidamente la matanza.

—¡Proa a la *Esmeralda* y a toda máquina! —ordenó con amargura.

Como un toro furioso, el *Huáscar* se afirmó en la popa y saltó hacia adelante. El humo le brotó a borbotones por la chimenea.

Los esmeraldinos se habían agrupado en torno al teniente Serrano y empuñaban las hachas de abordaje. El subteniente

Hurtado, al mando de sus artilleros, disparaba uno tras otro los pequeños cañones.

Uribe ordenó girar la rueda de gobierno y la corbeta viró pesadamente, esquivando el flanco; pero ya era tarde, el espolón del monitor venía recto contra ella, y se le hundió en el costado como una siniestra cuchillada.

Los largos cañones del *Huáscar* quedaron asomados dentro de la cubierta chilena.

Serrano quiso pasar con todos sus hombres evitando las bocas, pero no hubo tiempo. Con estruendo ensordecedor, éstos vomitaron su carga de metralla sobre los chilenos, aventándolos como briznas de paja.

Sólo Serrano con diez, o doce hombres alcanzó a saltar sobre la cubierta enemiga. Como alucinados corrieron por ella hacia el cuerpo central. Pero ahora la guarnición peruana los esperaba a pie firme. Una ráfaga de fusilería, seguida por otra y otra, los barrieron.

Serrano se había arrojado hacia el palo mayor y trataba de coger las drizas de la bandera para derrumbarla, cuando un proyectil le dio en el bajo vientre. Tronchado por el dolor, cayó retorciéndose.

En pocos segundos no quedaba un solo chileno en pie sobre el *Huáscar*. Y el monitor, cumplida su misión de muerte, volvía a retirarse aceleradamente.

Uribe comprobó entonces el daño irreparable sufrido por la *Esmeralda*. El tajo era una brecha enorme bajo la línea de flotación y el agua inundaba la santabárbara, ahogando a todos los hombres encargados de subir municiones a cubierta. Un minuto más tarde, los cuatro ingenieros aparecían pálidos en el puente. El agua había invadido también la sala de máquinas, ahogando a los mecánicos Torres y Figueroa.

La *Esmeralda* llegaba a su máximo desamparo; estaba sin municiones y sin máquinas, sin defensa ni movimiento.

Los ingenieros Hyatt, Manterola, Mutilla y Gutiérrez de la Fuente, formando un grupito junto al palo de mesana, esperaban órdenes de Uribe, con el aturdimiento pintado en las caras. En ese instante resonó un nuevo cañonazo del *Huáscar*, y los cuatro hombres volaron desmenuzados.

Uribe dio un alarido de rabia, de dolor, de impotencia. Un nuevo tiro del monitor dio de lleno en los grumetes apiñados en torno del

trinquete. Como un zarpazo gigantesco, los arrancó a todos de su sitio y los espolvoreó sobre el mar.

Una cólera espantosa enloqueció a los pocos que sobrevivían. Uribe corría junto a la borda de babor, gritando:

—¡Los que aún tengan municiones…, fuego sobre el *Huáscar*! ¡Todavía podemos llevarnos un puñado de enemigos con nosotros!… ¡Fuego!… ¡Fuego!…

El *Huáscar*, intacto, giraba para volver a la carga y sus cañones disparaban de nuevo, como exasperados por aquella inverosímil resistencia.

El mozo de cámara Norberto Escobar había bajado por un poco de coñac y repartía algunos tragos entre Uribe, Riquelme, Hurtado y los hombres más cercanos.

—¡Coñac para todos, niños! —gritaba—. ¡Arrimarse, que el comandante convida!

Llevaba al cinto la corneta que había recogido junto al cadáver de Gaspar Cabrales. Terminaba su reparto, cuando una bala rasante le arrancó la cabeza, incrustándola en la chimenea.

El cabo Crispín Reyes le sacó la corneta del cinturón y se quedó mirándola, atontado.

El monitor llegaba como un cetáceo furioso.

—¡Nos va a espolonear por el medio del casco! —gritó Uribe—. ¡Disparemos todos a la vez, justo cuando choque!

La poderosa hoja del espolón partió la corbeta por el vientre, con un escalofriante ruido de maderas rotas. En un torbellino de humo y espuma, los dos barcos estuvieron fundidos por unos instantes, mientras los cañones y fusiles del monitor tronaban, arrasando con los últimos chilenos. Por los costados de la vieja capitana caían muertos y vivos a las olas.

De pronto, el *Huáscar* rompió la cópula mortal y retiró su cuerpo de hierro.

La *Esmeralda* se inclino de proa «como un cisne que se dobla para morir». Las olas barrieron su cubierta, pero algunos fusileros seguían aún disparando. Uno a uno los fue acallando el mar, a medida que se posesionaba de la nave.

Y al final, cuando la proa comenzó a hundirse recta, levantando vertical la popa hacia los cielos, la muchedumbre sobrecogida de la playa y el almirante Grau vieron una figura diminuta aferrarse,

herida, al último cañón de babor y dispararlo hacia el *Huáscar*, al mismo tiempo que la corneta de órdenes volvía a tocar zafarrancho de combate.

Eran «el guardiamarina romántico» Ernesto Riquelme y el cabo Crispín Reyes que se hundían con la capitana, defendiendo su honor hasta el último aliento.

La *Esmeralda* desaparecía, empavesada como en día de gala: el gallardete insignia en el mayor, la banderola de guardia en el trinquete; y en el pico y tope del mesana, dos banderas chilenas, desgarradas, pero no rendidas.

Eran las 12:10 del 21 de mayo.

24

Los soldados peruanos y bolivianos apostados en la playa de Iquique guardaron sobrecogido silencio y el comandante del *Huáscar* se descubrió respetuosamente cuando el gallardete del palo mayor de la *Esmeralda* desapareció en el mar.

Barriles, cajones, pedazos de lanchas y trozos de la arboladura de la corbeta quedaron sobrenadando en el gran remolino que se la tragó.

Asidos a ellos o luchando con las olas divisó el almirante Grau a los escasos sobrevivientes. Sin demora hizo arriar lanchas y los recogió. Venían casi desnudos, heridos, en el límite de la resistencia física. El combate había durado cerca de cinco horas.

Cejijunto e impresionado, el almirante Grau los contempló, formados sobre la cubierta del monitor. Pese al cansancio y la depresión del desastre, había en sus rostros una desesperada altivez. Habían salvado cincuenta y siete.

Les sirvieron cerveza y coñac con galletas. Luego les dieron trajes de marineros peruanos.

Cuando estuvieron vestidos, el segundo comandante, capitán Otoya, condujo a los oficiales a la cámara del almirante Grau.

—¿Quién de ustedes tiene el grado superior? —preguntó éste.

—Yo, señor —respondió Uribe—. Teniente 1.º Luis Uribe.

—Son ustedes nuestros prisioneros —declaró el almirante—, pero cuenten con que serán tratados con todas las consideraciones que merecen los valientes. ¿De cuántos hombres se componía la *Esmeralda*, teniente?

—De doscientos hombres, sin incluir a un pasajero, don Agustín Cabrera, que afortunadamente se ha salvado.

—¿Cuántos oficiales están vivos?

Uribe paseó la mirada sobre sus compañeros y los fue nombrando.

—Teniente Francisco Sánchez, guardiamarina Arturo Fernández, guardiamarina Vicente Zegers, guardiamarina Arturo Wilson, cirujano Francisco Guzmán, su ayudante Germán Segura y el subteniente de la guarnición Antonio Hurtado. Ocho, en total, señor.

—¿Cuántos marineros sobreviven?

—Cuarenta y nueve, señor.

—¿Los muertos a cuántos ascienden?

Uribe calló, como si le fuera penoso declararlo. Luego respondió en voz baja:

—Ciento cuarenta y cuatro muertos, señor.

—Dos más sobreviven aún —reveló el almirante, provocando el asombro de los prisioneros.

—¿Quiénes, señor? —inquirió ansiosamente Uribe.

—El teniente Ignacio Serrano y el sargento Juan de Dios Aldea.

Un murmullo de consuelo conmovió al grupo de los prisioneros. El teniente Uribe se aproximó al almirante y le suplicó con vehemencia:

—Señor almirante, en nombre de la hidalguía que debe primar en la guerra entre hombres civilizados, le ruego que permita que nuestro cirujano y su ayudante atiendan a nuestros compañeros.

—No, señor teniente —replicó el interpelado, sin odio, pero con firmeza.

—Pero, señor almirante —terció el cirujano—, considere usted que se trata de la vida de —dos compañeros que agonizan y…

—¡Vuelva usted a la fila! —lo atajó con voz cortante el jefe peruano—. He dicho que no puede ser. Están siendo atendidos por nuestro propio doctor, el cirujano Santiago Tavara. Y ni una palabra más sobre esto, señores.

Los oficiales chilenos se miraron acongojados. El almirante prosiguió:

—He hecho colocar en el entrepuente el cadáver de vuestro comandante, el capitán Prat. Personalmente he retirado de su cuerpo aquellas pertenencias que deben volver a su familia. Son éstas.

Uno de sus ayudantes depositó sobre la mesa un puñado de

objetos envueltos en un pañuelo blanco. Siguiendo una lista escrita, los fue designando:

—Una espada, un anillo de matrimonio, gemelos y botones de nácar de su pechera, tres retratos: uno de su esposa y los otros, seguramente, de dos hijos; una reliquia del Corazón de Jesús, un escapulario y una medalla de la Purísima.

—Al embarcar en Valparaíso, las señoras nos impusieron esas reliquias santas —acotó Uribe.

El ayudante seguía enumerando:

—Un par de guantes de *Preville*, un pañuelo de hilo blanco, un libro memorándum y una carta cerrada, dirigida al señor J. Lassero, Gobernación Marítima de Valparaíso. Eso es todo.

El jefe peruano recogió los objetos y volvió a anudarlos dentro del pañuelo.

—Tan pronto me sea posible —dijo— enviaré estas cosas a la viuda de vuestro comandante, acompañándolas con una carta en que le manifestaré mi pésame.

El *Huáscar* sufrió un fuerte e inesperado bandazo que lo inclinó sobre babor.

Esto pareció recordar al almirante sus funciones e hizo ademán a su ayudante para que sacaran a los prisioneros.

Pero antes de que se cumpliera la orden, el teniente Uribe le rogó:

—¿Podría ver al capitán Prat por última vez?

El almirante, que se había acercado a una claraboya para mirar si estaban cerca de la *Independencia* y la *Covadonga*, se volvió y lo observó rectamente al rostro. Al ver la expresión del oficial, accedió.

—Está bien. Pero irá sólo usted. ¡Ayudante, acompáñelo!

Subieron una escalerilla y salieron a cubierta. Uribe comprobó que el *Huáscar* navegaba a toda máquina hacia el sur. Alzó la mirada, pero no distinguió a la *Covadonga* ni a su perseguidora.

El oficial que lo acompañaba abrió una escotilla y descendieron al entrepuente. En un pequeño compartimiento yacía el cuerpo de Arturo Prat.

—Aquí está, teniente dijo el oficial. —Tiene la cabeza destrozada, por eso el señor almirante le hizo cubrir el rostro con la casaca.

El segundo comandante de la *Esmeralda* se detuvo demudado. Allí estaba su compañero de toda la vida, el amigo más admirable que tuviera. Lo habían extendido en el suelo, en mitad del cuarto. La levita
azul-negra
del uniforme de parada le cubría el pecho y la cabeza. Pero la camisa blanca le asomaba tinta en sangre por el hombro y el brazo izquierdo.

Con la garganta anudada, Uribe hincó una rodilla junto al cadáver y tomó la casaca, para descubrirle el rostro.

—No lo haga —le previno el oficial—. ¿A qué martirizarse más?

—Tengo que decirle adiós —musitó el chileno y fue levantando lentamente la levita. Pero cuando vio el rostro del muerto, lo volvió a tapar con un movimiento brusco.

—¡Dios santo, Arturo!

Un sollozo incontenible lo sacudió.

—¡Ánimo, teniente! —dijo el oficial peruano—. Su comandante murió como un grande. Extraiga usted fuerza de su ejemplo.

—Es verdad —reconoció Uribe, y se puso de pie. Con un esfuerzo, se cuadró y lentamente se llevó la mano a la sien, dedicándole un postrer saludo—: ¡Comandante Prat…, a su orden! Descanse en paz.

Giró sobre sus talones y abandonó el compartimiento.

El marinero peruano lo alcanzó en el pasillo.

—Quedarán ustedes bajo cubierta hasta que termine el combate —le explicó. La *Independencia* persigue a vuestra segunda nave; el *Huáscar* va también en su persecución.

Uribe se detuvo.

—Teniente —rogó en voz baja a su custodio—, dígame usted, por favor, ¿dónde están Serrano y el sargento Aldea?

El oficial miró hacia todos lados y le respondió en secreto:

—El sargento, en la enfermería; el teniente Serrano, en el camarote de uno de mis compañeros.

—¿Cree usted que salvarán?

—Me parece que no. El sargento recibió once impactos en el tronco, y el oficial tiene el vientre destrozado por una ráfaga de fusilería.

—¡Dios santo! ¿Y por qué no ha permitido el almirante Grau que

los atendiera nuestro cirujano? —exclamó con vehemencia Uribe.

El oficial se acercó más al chileno y le musitó rápidamente:

—El teniente Serrano tuvo la culpa, señor; cometió una locura.

Uribe abrió los ojos sorprendido, mientras escuchaba la revelación que el oficial peruano le iba haciendo.

Después del segundo espolonazo del *Huáscar* a la *Esmeralda*, Serrano fue recogido de la cubierta, donde se retorcía de dolor. Una descarga le había destrozado los órganos sexuales y el vientre. Fue bajado a la cámara de oficiales y tendido en el lecho de uno de los guardiamarinas. El médico del monitor, luego de hacerle la primera cura, lo dejó solo en el camarote, alumbrado por una vela.

Nadie pudo explicarse cómo el oficial, en estado casi agónico, tuvo fuerzas para incorporarse, alcanzar la vela y aplicar la llama a las ropas del propio lecho en que yacía. Éstas empezaban a arder cuando acertó a pasar por allí un oficial, que apagó el comienzo de incendio.

En su desesperación por salvar a la *Esmeralda* e impedir el paso de los barcos enemigos hacia el sur, el teniente Serrano no había trepidado en quemarse vivo, a trueque de incendiar el *Huáscar*.

La *Covadonga*, entretanto, huía hacia el sur. Su pequeño casco de 400 toneladas se veía minúsculo delante de la mole blindada de la *Independencia*, que desplazaba 2000 toneladas. Tres horas hacía ya que la fragata peruana la perseguía estérilmente. Adhiriéndose a la costa, siguiendo la conformación de las rocas, enhebrándose por entre los punzantes arrecifes, la goleta había logrado seguir avanzando por bajos fondos, donde el calado de la nave peruana no alcanzaba a pasar.

El capitán de altos González, con cinco fusileros, secundado por el sargento Ramón Olave, con otros cinco, habían hecho gala de puntería al no permitir que ningún artillero permaneciera vivo junto al grueso cañón de proa de la fragata enemiga. Y los tenientes Orella y Estanislao Lynch barrían la cubierta de la *Independencia* con los dos pequeños cañones de la *Covadonga*.

Dos veces el comandante peruano, don Juan Guillermo More, lanzó temerariamente su nave a espolonear a la antagonista. Pero

en ambas ocasiones tuvo que sacar la fragata marcha atrás, amenazada por los arrecifes.

Aquello daba ventaja y alegría a los chilenos, que reían con carcajadas salvajes y hacían gestos procaces a los enemigos.

—Le van a meter una bala en el gaznate a ese diablo de González —comentaba Condell, celebrando los aspavientos de los fusileros.

—¡Cómo no reírse, comandante Condell! —gritaba Orella, junto al cañón N.º 1—. Yo sólo les he metido ocho granadas en plena cubierta, y Lynch he hecho otro tanto.

Efectivamente, los cañonazos de la *Covadonga* habían sido muy afortunados, logrando volar la escotilla de la máquina de la fragata, los botes, la telera y hasta habían mordido varias veces el puente de mando, donde estaba el comandante More.

Hasta el guardiamarina Eduardo Valenzuela había tenido gloria, rechazando con el cañoncito de señales a las lanchas de abordaje que el general Buendía enviara desde la costa, cuando la goleta pasó cerca de la Punta de Cavancha.

No terminaba de celebrar sus aciertos, cuando un tiro de la *Independencia* dio de lleno en la cañonera. Casi todos los tripulantes perdieron el equilibrio, y varios de los hombres de altos estuvieron a punto de caer al mar, por el fuerte bandazo que dio la nave. Casi simultáneamente, un segundo cañonazo volvió a cogerla por el mismo lugar.

La goleta crujió como si se fuera a partir en dos y volvió a bandearse. El humo de la chimenea se vino sobre la cubierta, haciendo toser a los hombres, que rodaban de un lado a otro.

—¡Comandante Condell! ¡Comandante Condell! —llamaba el teniente Lynch, aferrado a su cañón e inquieto por no ver al capitán.

—¡Estoy vivo todavía, Lynch! —gritó Condell, agarrado a la flechadura de los obenques de estribor—. ¡Parece que nos pegaron, eh!

—Nos ajustaron dos granadas por la aleta de babor, comandante —informaba el teniente Orella.

—¿Hacemos agua, Orella?

—Seguramente, comandante. Una dio sobre la línea de flotación y la otra justo bajo la superficie del agua.

—Que el contramaestre con toda la dotación de grumetes bajen a cubrir la brecha y bombeen el agua.

La fragata peruana se acercaba cada vez más peligrosamente a la *Covadonga*, poniendo nervioso a Condell, que urgía al piloto Stanley a girar pronto la Punta del Molle, donde las escolleras impedirían aproximarse a la nave enemiga. Pero el inglés tenía que ir buscando camino en aquella escasa profundidad, lo que hacía la marcha sumamente lenta.

Comenzaba a girar en torno de Punta del Molle, cuando el teniente Lynch regresó con el informe sobre los daños causados por las dos granadas. Por una rarísima suerte, ambas se habían «ahogado» en la carbonera, sin estallar.

—¡Por la vida que andamos con buena suerte! —aplaudió Condell.

—¡Entramos a la caleta de Chiquinata, comandante! —gritó el piloto Stanley.

Era lo que quería el jefe de la *Covadonga*. Conocía los traicioneros bajíos de esa pequeña ensenada. Si la *Independencia* se atrevía a entrar, persiguiéndolos, podía darse por encallada.

Comenzó entonces un verdadero toreo, provocando a la fragata. Pero los peruanos sospecharon el peligro y el comandante More colocó a un oficial en la proa con la misión de ir cantando la sonda cada diez metros.

Como un ciego que va tanteando el camino, navegaba el comandante More, frenético de impotencia, ordenando fuego ininterrumpido. Pero la distancia a que se veían obligados a mantenerse agravaba la mala puntería de sus artilleros.

Ambas naves recorrieron todo el largo de la caleta y luego comenzaron a bordear la prominencia que cierra la bahía de Iquique por el sur. Ya divisaban Punta Gruesa. Más allá estaba el mar abierto. Con el ceño fruncido, el comandante Condell se mantuvo apegado a la rueda de gobierno cuando el piloto Stanley lanzó la goleta hacia los arrecifes de Punta Gruesa.

—Si no los hacemos encallar aquí, piloto, mejor será que abramos las válvulas y nos hundamos —dijo.

—No hable así, comandante —replicó el inglés—. Vuélvase y mire cómo van pendientes de la sonda. Puedo adivinar lo que el sondeador dice a sus compañeros. Encuentra fondo de sobra.

—¡Diablo, si hay fondo se nos acercan y nos liquidan!

—Allí hay fondo, pero por donde vamos ¿sabe usted cuánto hay? ¡Trece pies! Nosotros pasamos porque la *Covadonga* tiene once pies de calado. Pero la *Independencia* tiene veinticuatro. Y allí, delante de nuestra proa, ¡mire, comandante!

—¡Arrecifes, Stanley! —observó escalofriado Condell.

—El enrocado de Punta Gruesa. Ahí el fondo alcanza a poco más de diez pies, quizás once.

—El calado de la «Covadonga».

—Puede que pasemos, comandante, y puede que nos quedemos sobre las rocas, con la quilla abierta —reflexionó el inglés.

Condell se volvió hacia la fragata enemiga. Estaba a doscientos metros. No se atrevía a guiñar para disparar por bandas, ni hacía fuego con su colisa de proa, por no herir al sondeador.

—Viene sobre nuestra estela —comentó Condell impresionado.

—Y a toda máquina —apuntó Stanley. Luego miró al comandante, con una sonrisilla nerviosa, y preguntó—: ¿Nos echamos sobre los bajos de Punta Gruesa, comandante? Si pasamos, la *Independencia* se hace trizas en los escollos. Si no pasamos, ellos nos hacen trizas a cañonazos.

Condell se mordió los labios, miró las aguas turbulentas frente a la proa, y exclamó, con determinación suicida:

—¡Adelante, piloto Stanley! Vamos sobre los escollos y quiera Dios que pasemos.

—¡A toda máquina entonces! —exigió el inglés—. Si raspamos las rocas, cuando menos que pasemos sobre ellas, aunque nos rasguen el vientre.

—¡A toda máquina! —ordenó Condell por el tubo acústico.

A otra orden suya todos los tripulantes se tendieron de bruces sobre la cubierta, como si la cañonera fuera a embestir con el espolón a un barco enemigo.

El piloto Stanley desvió el timón una fracción de grado y cerró los ojos, aferrándose a la rueda de gobierno.

Al empuje vigoroso de su máquina, la *Covadonga* se lanzó sobre los escollos.

El casco chocó con la punta de los picachos sumergidos. La nave se bamboleó, crujió, volvió a bambolearse…, y con un raspar áspero y crispante, como un gemido, pasó y siguió navegando.

Todos se pusieron de pie, con las bocas muy abiertas, pero acallando los gritos delirantes de alegría.

La *Independencia* se acercaba, enorme, turbulenta, atropelladora.

—¡Aquí se fregaron estos gallos! —exclamó sordamente Condell, apretando los puños.

Stanley tenía las manos agarrotadas en la rueda de gobierno, y, sin volverse, aguzaba los oídos, esperando…

Los marineros, con los ojos saltados, seguían el avance de la fragata. Impetuosa, llegó al lugar en que había raspado la cañonera.

Con el estruendo pavoroso de una casa que se derrumba, la proa chocó en las rocas, se levantó en el aire y volvió a caer sobre los escollos sumergidos. La quilla se abrió y el casco se tumbó ruidosamente sobre la banda de estribor. El agua penetró a torrentes por las portas de los cañones, inundó la sala de máquinas, apagó los fuegos y sumergió las calderas hasta la caja de humo. Gran parte de la tripulación rodó sobre la cubierta, ahora vertical, y cayó al mar. El resto quedó aferrada a los cañones y al cordaje.

Los marinos de la *Covadonga* brincaban de alegría.

—¡Bravo, bravo! ¡Cayeron en la trampa!

—¡Cumplimos! ¡Cumplimos! —vociferaba Condell—. ¡No pasarán hacia el sur!

—¡Vamos a vengar a los compañeros de la *Esmeralda*, que tuvieron que volar su nave antes que rendirse! —propuso el capitán de altos González.

El recuerdo de la *Esmeralda*, que creían había sido volada por sus propios tripulantes, despertó la furia de los chilenos. Condell dio una orden a Stanley y la cañonera viró por avante, volviendo atrás, para pasar frente a la cubierta de su perseguidora.

Orella y Lynch tiritaban de nervios en los cañones de a 70.

—¿No nos querían hacer picadillo? Pues, ¡paguen ahora!

—¡Fuego! —gritó Condell, y los tres cañones de la goleta dispararon a quemarropa, al mismo tiempo que los fusileros.

—¡Fuego por la *Esmeralda*!

La cubierta de la fragata volvió a ser rociada de metralla.

—¡Traigan al cirujano Videla para que vea esto! —clamaba el capitán de altos González—. ¡Para que muera contento, viendo que no nos vencieron!

Aquélla era una matanza despiadada que no podía seguir. Los enemigos estaban vencidos. No tardó en escurrirse la bandera del palo mayor de la *Independencia*.

—¡Se rinden!… ¡Se rinden! —comprobó con exaltado regocijo el comandante Condell.

Sin embargo, algunos fusiles disparaban todavía desde la fragata, provocando la respuesta de los cañones y de la fusilería de la *Covadonga*. Hasta que, de pronto, un oficial enemigo comenzó a gritar, agitando una bandera blanca:

—¡No disparen más, estamos rendidos!… ¡No disparen más!

Condell tuvo que arrancar a Orella y a Lynch de los cañones para terminar el fuego.

—¡Lanchas! —gritaban varias voces en la *Independencia*—. ¡Lanchas para recogernos!

—Teniente Lynch —ordenó Condell—. Haga arriar dos lanchas para recoger a los heridos y tomar prisioneros a los oficiales. Esto último me interesa mucho. Pero dese prisa, que ya algunos se salvan, nadando hacia la playa.

Lynch corrió hacia los botes, pero en ese instante la voz del vigía descendía desde una cofa:

—¡El *Huáscar* por el norte!… ¡El *Huáscar* viene por el norte!

Efectivamente, a una distancia de diez millas asomaba el monitor, navegando a toda máquina.

Condell llamó a los ingenieros Emilio Cuevas y Protasio Castillo. Éstos le informaron que la cañonera hacia tanta agua, que se veían obligados a mantener las bombas achicando continuamente.

—¿Podremos huir del *Huáscar* y llegar hasta Tocopilla, para reparar allí nuestros desperfectos? —indagó el comandante.

—Poniendo a todos los grumetes a achicar el agua con baldes y manteniendo las bombas en continua acción, tapando las brechas con lona y cargando los palos con velas, quizás logremos llegar a Tocopilla —repuso Castillo.

—¿Y qué velocidad lograremos?

—Cuatro nudos a todo reventar.

—Y el *Huáscar* da diez —calculó Condell—. Pero son las dos y media de la tarde, les llevamos diez millas de ventaja y no las recuperarán en menos de cuatro horas. Para entonces estará obscureciendo, y quizás logremos quitarles el cuerpo hasta que la

noche nos cubra. ¡Ingenieros, a toda máquina! ¡Timonel, rumbo al sur!

La goleta volvió a virar y puso proa al sur.

Condell, desde la popa, observaba al monitor en la distancia y a la *Independencia*, tumbada sobre las rocas. Pese al peligro, estaba satisfecho. Bien valía la *Independencia* por la *Esmeralda*. Además, se había cumplido el propósito que forjaran con Arturo Prat: los blindados ya no pasarían hacia el sur a destruir los convoyes y los puertos chilenos.

Leonora Latorre no había podido mantenerse en su casa mientras duró el combate de Iquique, y despreciando las precauciones que le recomendara el general Buendía, bajó al puerto en compañía de doña Elcira Carrasco.

Traspasada por la angustia, presenció el fin de la *Esmeralda* y la fuga de la *Covadonga*, perseguida por los dos blindados peruanos.

El general Buendía la encontró en la playa, confundida con la muchedumbre, y la obligó a refugiarse en algún sitio más discreto. Éste fue el despacho provisional del telégrafo, que el ejército aliado había establecido en el muelle, detrás de la Gobernación del Puerto.

Por un ventanillo que dominaba la caleta del Colorado, la agente pudo contemplar la reñida pesca de los restos de la corbeta chilena ejecutada por hombres y mujeres, entre gritos y blasfemias.

El general Buendía estaba a espaldas suyas, preocupado de examinar los partes que los comandantes de destacamentos le iban enviando desde las postas telegráficas establecidas en el lomo de los cerros y en distintos puntos de la costa. Absorto en la lectura de los mensajes, no pudo percibir el notorio sobresalto que sacudió a Leonora en cierto momento.

La agente había distinguido, en medio de la batahola de la playa, la figura de don Roberto Rodríguez. Aunque iba todavía disfrazado de pescador, lo reconoció al momento. Además, con él estaba el lanchero chileno Galvarino Fuentes, que la transportara hacía unos días a la chata del piloto Stanley.

Ambos hombres habían estado luchando por acaparar los restos de una de las lanchas de la *Esmeralda*. En el instante en que

Leonora los divisó, conseguían sacar su presa hasta la playa, y, cargándola entre ambos, se alejaban hacia el extremo norte del puerto.

Leonora respiró tranquila cuando los vio perderse por una de las callejuelas.

Entretanto, detrás de ella, el general Buendía hacía llamar urgente al prefecto de Iquique, don Ramón López Lavalle, para participarle el descorazonador contenido de los telegramas que habían llegado a sus manos.

El primero decía: *«Esmeralda» a pique. Varó «Independencia»*. Y lo enviaba el coronel Belisario Suárez, desde el puesto del alto del cerro Molle.

El segundo, del mismo origen, abrumaba al general:

Tripulación «Independencia» dispersa en tierra. Sólo More a bordo. Bueno sería presencia de usted aquí.

El telégrafo iba revelando al general el fiasco sufrido por las fuerzas navales peruanas. El era el primero en conocer el desastre de la fragata blindada. Comprendía que aquella pérdida significaba la disminución casi a la mitad del poderío naval del Perú.

No pudo continuar sus reflexiones, porque se aproximaba el prefecto López Lavalle.

—Es preferible que el prefecto no nos vea juntos —cuchicheó a Leonora, disponiéndose a salirle al encuentro—. Es hombre meloso, pero tajante como un cuchillo. No lo quiero por enemigo.

A la agente tampoco le convenía ser vista por la más alta autoridad policial del litoral tarapaqueño, y se apresuró a escabullirse.

Pero el prefecto venía demasiado preocupado por otro asunto para prestar atención a la amante del general.

—¡General Buendía! —le dijo nerviosamente—: Mire usted hacia el sur, sobre el cerro Molle.

Por detrás de la isla del Faro y del cerro mencionado se estaba elevando una gruesa nube de humo.

—¿Qué puede estar ocurriendo allá, general? —preguntó el señor López Lavalle—. ¿Qué será lo que se incendia?

Un pensamiento aterrador cruzó por la mente de Buendía. Aquel humo surgía muy próximo a Punta Gruesa, y allí se había varado la *Independencia*.

Volvió al despacho telegráfico, y gritó al operador:

—¡Telegrafista, pregunte a la estación del cerro Molle cuál es el origen de ese humo!

La respuesta llegó con la urgencia que imponía la magnitud de su contenido. Decía:

> *La «Independencia» arde por proa. Parece hecho así por convenir—. CASTAÑÓN.*

Los dos jefes se quedaron alelados.

—¡Incendiada! ¡Destruida por su propio comandante! —comentó atontado el prefecto—. ¡Oh Dios! ¿qué catástrofe ha ocurrido? ¿Quién es el culpable de este formidable fracaso?

—¡Vamos al sitio de los hechos, prefecto! —propuso el general Buendía—. Si hay un culpable, será castigado, será sometido a consejo de guerra.

Cuando los dos jefes se alejaron a caballo, comenzó a trascender en el pueblo que la *Independencia* había sufrido un contraste. Pero ello no fue obstáculo para que los peruanos comenzaran a celebrar ruidosamente la ruptura del bloqueo. En las cantinas cercanas al pueblo y a los cuarteles militares surgieron pronto los sones de las guitarras.

Leonora estuvo oyéndolos toda la tarde, impaciente por conocer la continuación de los sucesos.

Empezaba a declinar el sol, cuando, súbitamente, entró por la tapia trasera de la casa don Roberto Rodríguez. Venía lleno de alegría, pese a los acontecimientos de la mañana.

—Ya pueden bailar y beber toda la noche, y vitorearse a sí mismos —dijo con sarcasmo—, que cuando se haga pública la verdad, les van a dar ganas de llorar.

Las impresiones del día lo hacían olvidar el riesgo, y Leonora tuvo que recordárselo.

—¡Márchese, don Roberto; es muy peligrosa su permanencia aquí!

—Por el momento no hay peligro, Leonora. Todos los peruanos están festejando, y el general Buendía con las autoridades están mordiéndose los puños frente al esqueleto de la *Independencia*, que todavía arde.

—¿Cómo ocurrió, don Roberto? —preguntó la joven—. ¿Quién incendió la fragata?

—El almirante Grau, por supuesto. Se puso frenético cuando descubrió que la *Independencia* había encallado y que era imposible ponerla nuevamente a flote. Recogió a los tripulantes que se habían mantenido sobre la fragata, y, después de afear violentamente su torpeza al comandante More, le ordenó prender fuego a la nave.

—¿Y nuestra *Covadonga*?…

—Se aprovechó de aquel bochinche para alejarse a toda prisa, cargada de velas hasta los topes y arrojando al mar cuanto pudiera ser un peso muerto. Cuando el almirante Grau decidió reemprender su persecución, la goleta le llevaba una delantera de una docena de millas. Si han logrado mantener suficiente distancia, la noche salvará a los valientes tripulantes de la *Covadonga*.

Aquel pronóstico estaba por cumplirse. Pero los jefes del *Huáscar* aún alentaban la esperanza de ponerse a tiro de cañón. Comenzaba a obscurecer, y la *Covadonga* no distaba más de tres millas de su perseguidor. El almirante Grau ordenó a su segundo:

—Haga usted traer al oficial de la *Esmeralda* que tenga el menor grado, capitán Raygada.

Minutos más tarde, el capitán se presentaba custodiando al ayudante de cirujano de la nave hundida, el estudiante de medicina Germán Segura.

El almirante irguió su imponente estatura frente al joven y le clavó, ceñudos, sus ojos obscuros, tratando de amedrentarlo:

—Va usted a responderme a una pregunta, pero con la estricta verdad —dijo tajante—. Si algo me hace sospechar que usted me engaña, lo haré colgar en la barra y dar de palos hasta que se le acaben los ánimos. ¿Entendido?

El muchacho asintió con la cabeza.

—¡Respóndame! —dijo el almirante, sin darle tiempo para pensar más—. ¿Qué andar tiene la *Covadonga*?

A la mente del ayudante Segura acudió inmediatamente la cifra: cuatro nudos. Había oído comentar la lentitud de la cañonera. Pero se mordió la lengua antes de responder. ¿Para qué quería ese dato el almirante? La respuesta le vino sola: para saber si podía darle alcance.

—¿Acaso no me entiende usted? —bramó el jefe del *Huáscar*—. ¿O está tramando una invención?

—No, no, señor. Estoy tratado de acordarme; usted exige exactitud.

—Así es. Diga entonces, ¿qué andar tiene esa goleta?

Segura vaciló, pensando en la barra y los palos prometidos, pero finalmente mintió con decisión:

—¡Diez nudos, señor!

—Diez nudos —repitió lentamente el marino, traspasando con su mirada inquisitiva al muchacho.

Éste tragó saliva:

—Sí, señor, diez nudos.

El almirante dejó escapar ruidosamente el aire de sus pulmones, y fue a sentarse a su escritorio.

—Llévenlo nuevamente a la cámara de los prisioneros —ordenó al capitán Raygada—. ¡Diez nudos de andar! —volvió a repetir, cuando se quedó solo con el segundo comandante—. Podríamos perseguirlos hasta el fin de la eternidad. ¡Capitán Raygada, suspenda la persecución; regresamos a Iquique!

—Usted ordena, señor almirante.

Minutos más tarde, el silbato de órdenes disponía la maniobra, y el *Huáscar* viraba en redondo.

La visión del monitor remontando nuevamente hacia el norte fue celebrada con el júbilo más delirante en la cañonera. Los tripulantes saltaban de alegría, arrojando sus gorras al aire y vivando a la patria. Luego, extenuados por la tensión en que se habían mantenido, se tumbaban en cubierta, para relajar los nervios.

Manteniendo una cadena permanente de baldeadores, para que vaciaran el agua que inundaba la nave por las enormes brechas, el comandante Condell rectificó el rumbo hacia Tocopilla, y se alejaron lentamente, entregándose esperanzados en los brazos negros de la noche.

La obscuridad envolvía a Iquique cuando el *Huáscar* echó ruidosamente sus anclas en la bahía.

El rostro sombrío del almirante Grau contrastaba con la

alborotada alegría con que los recibió el pueblo.

Por calles y plazas se oían los huainos, marineras y tonderos cantados y bailados por una muchedumbre que comenzaba a embriagarse.

A las órdenes del malhumorado almirante Grau, se arriaron unas lanchas y los tripulantes de la *Independencia* bajaron a tierra cabizbajos. Tras ellos, custodiados por soldados de la guarnición militar del monitor, fueron desembarcados los prisioneros de la *Esmeralda*. Y, en una lancha, se llevaron a la playa los cuerpos de los oficiales chilenos caídos en la cubierta del *Huáscar*: el capitán Arturo Prat… y el teniente Ignacio Serrano, ya cadáver. Sobre una camilla improvisada, el cuerpo agonizante del sargento Aldea.

Pese a las prevenciones del general Buendía, Leonora había vuelto al puerto. La arrastraba el deseo irresistible de ver a los prisioneros chilenos, de reconfortarlos, aunque sólo fuera con una mirada. Para disminuir las sospechas, se hizo acompañar por Elcira Carrasco, que ahora era su criada.

Pero la muchedumbre se había aglomerado en la playa y les fue imposible aproximarse a los sobrevivientes de la *Esmeralda*.

Regresaban descorazonadas, cuando, al pasar por la calle de la aduana, el vocerío de un grupo aislado les llamó la atención.

—¿Qué habrá allí, en la vereda, que todos se aglomeran? —se preguntó, curiosa, la criada.

—¿Dónde, Elcira?

La mujer señaló la mitad de la cuadra que llevaba al muelle. En la acera se veía un grupo de personas inmóviles.

—Tal vez allí están los prisioneros —sugirió Leonora, y empujó a su compañera hacia el grupo.

Envueltas en los rebozos que les dejaban al descubierto sólo la parte superior del rostro, se acercaron al montón de gente.

—Con permiso, déjenme ver, por favor —rogaba Leonora.

—¡Hase visto qué lisura! —protestó, ofendida, una mujer, al sentirse apartada—. ¡Hum, que la dejen pasar! ¿Y nosotras no tenemos derecho a mirar, pues?

—Es dificilito que lleguen a mirarlos, dulzura —bromeó un soldado, contemplando a la joven con malicia—. Hay mucha gente que quiere verlos también.

—Pero no los irán a tener toda la noche allí —argumentó

Leonora, tratando de conseguir paso. Seguramente los harán marchar a otra parte para encerrarlos.

Todos los que estaban en torno de ella la miraron, unos escandalizados, otros conteniendo la risa.

—¿Hacerlos marchar? —comentó el mismo soldado—. ¿Hacer marchar a los cadáveres?

Un escalofrío recorrió a Leonora:

—¿Dice usted que los que hay ahí están muertos?

—¿Y qué te imaginabas, cholita? —repuso el soldado—. Dicen que son los cuerpos de los jefes de la *Esmeralda*, un comandante Prat y un teniente Serrano.

De un empellón, Leonora separó a las personas que tenía delante, y se abrió paso hasta el claro que dejaba la muchedumbre.

Sobre la acera estaban extendidos los cadáveres de los dos marinos. Arturo Prat tenía envuelta la cabeza en la levita, ya sucia y arrugada; Serrano estaba enfundado en un embarrado trozo de tela de buque desde la cintura a los pies, y mostraba el rostro tumefacto, con los ojos abiertos.

Leonora sintió el deseo irresistible de gritar, de repeler a toda esa gentuza, alejándola de los cadáveres. Involuntariamente se volvió hacia la masa humana, con los ojos llameantes, pero detrás de ella estaba la lavandera chilena, quien la tomó de un brazo y la remeció discretamente.

—¡Vamos, señorita, que éstos no son espectáculos para las niñas! —dijo tratando de sacarla de allí.

Junto a ellas, siguiéndolas, se movía el soldado que les había hablado. Su mirada desconfiada y penetrante se clavaba en Leonora.

Doña Elcira se abrió paso arrastrando a la joven. Por fin, logró sacarla de la rueda de gente y la obligó a alejarse.

Leonora, sublevada por la impresión, murmuraba, sin cuidarse de las personas que pasaban a su lado:

—¡Los cuerpos de nuestros marinos botados en una calle, sometidos a la befa de la muchedumbre ebria! ¡Oh, no puede ser!

—¡Cállese, señorita! —le imponía su acompañante, tirándola de una manga y mirando a todos lados—. Nada sacamos metiendo alharaca ahora. Lo que hay que hacer es esperar la medianoche y valerse de algún chileno valiente, para que venga a recoger los

cuerpos y podamos darles sepultura cristiana.

Siguieron caminando a prisa durante unos minutos, pero de pronto, la lavandera miró hacia atrás con disimulo.

—Es preferible que no vayamos directamente a su casa, señorita —advirtió—. Detrás de nosotros viene el soldado con quien habló usted, y parece que acompañado por otros.

Apresuraron el paso, y entonces el ruido de las botas de los que venían detrás se hizo más perceptible.

—¿No le dije yo que su arrebato nos iba a traer malas consecuencias? —rezongó la criada. ¿Y ahora qué hacemos?

—No podemos pedir auxilio a nadie, ni menos correr a mi casa. En cuanto vean que nos fugamos, nos echarán una poblada encima.

—¿Y si gritáramos pidiendo auxilio a los chilenos? —propuso doña Elcira—. Deben haber muchos disimulados entre la muchedumbre.

—¿Y arrastrarlos a correr nuestra misma suerte? No, Elcira. Torzamos mejor hacia la plaza, y tratemos de perdernos entre la gente que está de fiesta allí. ¡Vamos, apresúrese, mujer!

Casi corriendo se sumergieron en la multitud que llenaba la plaza con sus cantos y sus danzas, alumbrada por los destellos de varias fogatas.

Se escabullían las dos mujeres por entre los grupos bulliciosos, cuando alguien atrapó a Leonora por un brazo, al mismo tiempo que le cuchicheaba:

—¡Leonora! ¡Soy yo, Roberto Rodríguez!

A las dos mujeres les habría sido imposible reconocerlo. Iba siempre vestido como un andrajoso pescador, pero ahora cubría su cabeza con un ancho chupallón de paja.

—¡Nos vienen persiguiendo, don Roberto! —le contó Leonora, profundamente aliviada.

—Ya lo sé —respondió éste, apresurado—. Yo también venía detrás de ustedes desde la calle de la aduana. Estaba en el grupo que miraba los cadáveres de nuestros compatriotas.

—¡Allí diviso al soldado, buscándonos entre le gente! —intervino doña Elcira.

—Caminen detrás de mí, agachadas y escurriéndose entre los grupos —indicó el agente, espiando atentamente al soldado, que se movía a unos diez metros de distancia, mirando de un lado a otro

—. Al lado opuesto de la plaza, tomaremos la calle de los chinos, donde existe una casa que nos servirá de refugio.

Hablaba mientras iba caminando delante de las mujeres. Pero, como en cierto momento, al volver la cabeza, viera que el soldado levantaba las manos y comenzaba a gritar, hizo avanzar sola a doña Elcira, y él echó un brazo sobre los hombros de Leonora, cubriéndole la cabeza con el ala de su chupalla. Parecían una pareja del bajo pueblo, que, semiembriagada, se abría paso entre la gente.

Los gritos del soldado comenzaban a encontrar eco en sus compatriotas.

—¡Andan dos chilenas por aquí!… ¡Dos chilenas andan arrancando!…

Comprendiendo que en pocos minutos la plaza se iba a revolucionar, organizándose la cacería de las chilenas, Rodríguez apresuró el paso, y, fingiendo tambaleos y trastabillones, sacó a su compañera, abrazada, hasta la acera del frente.

—¿A quién pertenece esa casa a donde nos lleva, don Roberto? —preguntó, inquieta, Leonora.

—Es la sede de la Sociedad de Beneficencia Española —susurró su compañero—. Está a la vuelta de esta esquina. Uno de sus directores es amigo mío, y buen amigo de los chilenos. Algunas noches me ha permitido dormir en ella. Ahora me dirigía a pedirle que me ayudara a rescatar los cuerpos del capitán Prat y el teniente Serrano.

La cacería organizada por el soldado había degenerado en una batahola. Todos se hacían sospechosos a todos y comenzaban a acusarse mutuamente, a gritos y blasfemias.

Aquello permitió que las dos mujeres y el agente Rodríguez llegaran, sin ser molestados, a la casa de la Sociedad de Beneficencia Española.

—Don Roberto, parece que aquí hay mucha gente reunida —le llamó la atención Leonora.

Efectivamente, al fondo de un pasillo se veía una galería, a través de cuyos vidrios se divisaba una profusión de sombras.

Pero no pudieron esperar a tomar una decisión. En la plaza subían los gritos y ahora se oían carreras, como si la muchedumbre se estuviera diseminando por las bocacalles que convergían al cuadrilátero.

Hubiera sido una locura esperar allí. Rodríguez empujó a las dos mujeres hacia el pasillo.

—Pasemos por este pasillo hasta las habitaciones de don Eduardo Llanos, que es el amigo de quien les he hablado. Síganme en silencio.

A medida que se aproximaban a la galería iluminada, las voces de dos o tres hombres se fueron haciendo más inteligibles. En los instantes en que llegaban frente a ella, uno decía:

—Comprendo que no es de cristianos despreocuparse del pavoroso destino que pueden correr los cadáveres de esos infortunados marinos, pero estimo que, ante la exaltación en que se encuentran los peruanos por la victoria, es demasiado peligroso solicitar al señor prefecto López Lavalle lo que don Eduardo Llanos propone.

Rodríguez se detuvo al oír mencionar el nombre de su amigo, el señor Llanos. Las mujeres lo esperaron algunos metros más allá.

Una voz con fuerte acento español hablaba en respuesta a la anterior. Era la de don Eduardo Llanos. Rodríguez la reconoció de inmediato, y se apresuró a reunirse con sus acompañantes, indicándoles que continuaran adentrándose en la casa. Mientras avanzaban, la voz del español proseguía.

—Todos presenciamos con qué extraordinario heroísmo combatieron esos marinos chilenos, y nos impresionamos con su glorioso fin. ¿Podemos abandonarlos ahora, como si sus cadáveres fueran despojos de bestias irracionales?…

Desde la habitación a la que entraron Rodríguez y las dos mujeres, la voz del señor Llanos era ininteligible.

—Éste es el escritorio de los directores de la Sociedad de Beneficencia Española —les informó el agente—. Terminada la sesión, mi amigo vendrá acá, sin duda.

—¿Quién es ese español que se interesaba por los cadáveres de los jefes de la *Esmeralda*? —preguntó Leonora.

—Don Eduardo Llanos y Alvarez, administrador de los Molinos Devas de Iquique —explicó Rodríguez.

—Es muy nombrado en este pueblo, señorita —terció doña Elcira.

—Es, también, el secretario general de la Sociedad de Beneficencia Española de Iquique —agregó el agente—. Él me ha

contado que es asturiano, y que se vino de España en 1851, con la intención de radicarse en el Callao. Pero, habiendo desembarcado en Valparaíso, se prendó de las costumbres chilenas. Lamentablemente, cuando se produjo la guerra con España en 1866, él, como muchos españoles, fue tomado prisionero, y se le encarceló en Santiago. Cuando terminó la querella con España, decidió venirse a Iquique como administrador de los Molinos Devas. Y en los años que ha vivido aquí, ha pasado a ser uno de los vecinos más respetados del puerto. La simpatía que siente por los chilenos es sabida hasta de las autoridades peruanas; sin embargo, el respeto que le dispensan no se ha visto disminuido. En virtud de estos antecedentes, me he atrevido a pedirle refugio cuando no he hallado dónde esconderme —concluyó Rodríguez—, así como también se lo ha solicitado el agente que nos comunica con nuestra red tendida por el interior, hacia Bolivia y el Perú. Claro es que el señor Llanos no sabe a ciencia cierta cuáles son nuestras actividades, pero calculo que las sospecha.

Afuera las voces aumentaron repentinamente de volumen. Seguramente alguien había abierto una puerta de la sala de sesiones.

—Debe estar terminando la reunión —reflexionó Rodríguez—. Esperemos en silencio.

Se oían los pasos de varias personas alejándose por el pasillo. Poco después les llegaron confusamente los saludos de algunos hombres que se despedían y, por último, los trancos de dos que regresaban por el pasadizo conversando.

Cuando estuvieron más cerca, los agentes oyeron que uno de ellos decía al otro:

—Voy a tomarme una copa a la cantina, don Eduardo. En seguida estoy con usted, para que redactemos la solicitud que enviaremos al prefecto López Lavalle.

—Está bien, don Benigno —respondió el aludido—; lo aguardo en el escritorio.

Roberto Rodríguez encendió una cerilla en el momento en que el español aparecía en el vano de la puerta, y la levantó para que alumbrara su propio rostro.

—Buenas noches, señor Llanos —se apresuró a saludarlo, sin alzar la voz—. No se asuste, soy Roberto Rodríguez. ¿Me recuerda?

El que acababa de llegar se había detenido, sobresaltado, pero al reconocer al chileno, se le aproximó cordial.

—Pero ¿qué ha ocurrido, señor Rodríguez? —preguntó, intrigado.

El interrogado había aplicado la cerilla a la lámpara de parafina, y al expandirse la luz, se hicieron visibles Leonora y su criada.

Don Eduardo Llanos las miró con asombro.

—La señorita Elena Alcérreca y su criada, compatriotas míos —presentó Rodríguez.

Leonora consideró imprescindible excusarse por su insólita presencia en aquella habitación.

—Perdone usted la invasión a su morada, señor Llanos —dijo gravemente—, pero nos perseguían. Fuimos lo bastante imprudentes como para acercarnos a mirar los cadáveres de los infortunados jefes de la *Esmeralda*, y…

—… y la emoción las delató, ¿no es así? —adivinó el español.

—Efectivamente —confirmó Rodríguez—. No atiné a otra solución que traerlas a esta casa, y luego nos decidimos a permanecer más rato en ella, porque oímos parte de la discusión que ustedes sostenían.

—Discurríamos la forma de rescatar los cuerpos de esos valientes marinos, para darles la sepultura cristiana a que tienen derecho.

—Es preciso hacerlo, señor —rogó Leonora, con vehemencia.

—¡Cálmese usted, señora! —la tranquilizó el español. Don Benigno Posadas, el presidente de nuestra Sociedad, y yo daremos todos los pasos para que mañana las autoridades peruanas nos entreguen esos cadáveres y nos permitan sepultarlos.

—¡Yo iré acompañándolos al cementerio, aunque me pillen y me fusilen después! —exclamó doña Elcira, que se había mantenido arrinconada.

El señor Llanos volvió hacia ella el rostro y le sonrió comprensivamente.

—Con un lanchero chileno, de toda mi confianza, recogimos esta tarde los trozos de una de las lanchas de la *Esmeralda* —confesó Rodríguez—. Teníamos pensado robarnos esta noche los cadáveres de Prat y Serrano, para sepultarlos en ataúdes fabricados con esas tablas.

—Pues, los enterraremos en ellos —afirmó el español—. ¿Alguien los está confeccionando?

—Galvarino Fuentes, el lanchero de que le hablo.

—Pues bien, que traiga esos ataúdes aquí, al amanecer, y en ellos reposarán esos oficiales. Será como si los sepultáramos en su propia nave.

Rodríguez le estrechó las manos, sinceramente emocionado.

—Yo mismo…, yo mismo ayudaré a mi compatriota a traer los cajones… —murmuró— y acompañaré al cortejo hasta el cementerio, aunque me pillen y me fusilen, como dice doña Elcira.

—¡Todos iremos! —aseguró Leonora con pasión—. Que no se diga que esos héroes chilenos fueron sepultados a escondidas.

Pese a la afirmación de Leonora, los tres chilenos sentían el terrible desamparo en que se encontraban. Esta emoción contagió al señor Llanos, y todos guardaron silencio. El caballero fue el primero en reaccionar.

—Mis amigos —dijo, les ruego que me permitan considerarlos mis huéspedes. Cenen conmigo, y, cuando la medianoche haya aquietado las calles, podrán marcharse a sus casas, sin graves riesgos. Mañana don Benigno Posadas y yo pediremos al prefecto López Lavalle los cuerpos de vuestros compatriotas.

A la mañana siguiente, los dos caballeros españoles emplearon toda su influencia y la de su colonia para obtener el permiso del prefecto de Iquique. Éste se lo concedió, imponiéndoles como condición que ellos deberían comprar el terreno en el cementerio público.

—Descuide usted, señor prefecto —le aseguró el señor Llanos—. Inmediatamente iremos a adquirirlo, para sepultar esos cadáveres esta misma tarde.

—¿Esta tarde? —reflexionó el prefecto—. Permítanme que les haga una sugerencia. No entierren a los marinos chilenos hasta la noche. Ustedes ven qué exaltados están los iquiqueños. Será preferible que no vean el cortejo y que ignoren el sitio en que serán enterrados.

—¿Cree usted que el rencor popular llegue hasta el extremo de

profanar sus tumbas? —preguntó espantado el señor Posadas.

El prefecto se encogió de hombros, y se limitó a responder:

—Esta mañana los oficiales del *Huáscar* dieron sepultura al teniente Jorge Velarde, el héroe que sacrificó su vida impidiendo que el capitán enemigo abatiera la bandera del monitor. ¿Y saben ustedes? Prefirieron enterrarlo en Mejillones para no enardecer más los ánimos en Iquique.

Los dos españoles inclinaron la cabeza, indicando que comprendían.

—Retiren esos cadáveres después de caída la noche —sugirió el prefecto—, y llévenlos al cementerio ocultamente, dándoles sepultura sin ruido ni ceremonias; y ni siquiera coloquen sobre sus túmulos un nombre o un signo que los identifique. Es lo más cauto, señores.

—Está bien, señor prefecto —aprobó don Eduardo Llanos—. Tomaremos esas precauciones. Muchas gracias.

Lentamente, alumbrado sólo por la luz de dos antorchas, subió el cortejo aquella noche por el camino que flanqueaba el cerro Molle y ascendía al camposanto.

Unos pocos miembros de la Sociedad de Beneficencia Española lo encabezaban, y otros portaban los toscos ataúdes fabricados con maderas de una lancha de la *Esmeralda*. Roberto Rodríguez era uno de los cuatro portadores del cajón que contenía a Arturo Prat. Cuatro desconocidos cargaban el del teniente Serrano. Tras ellos, caminaban solas y doloridas Leonora Latorre y Elcira Carrasco, envueltas en negros mantos. Llevaban las antorchas don Eduardo Llanos, don Benigno Posadas y un sacerdote español.

Pasada la medianoche, descendieron los ataúdes en el terreno comprado aquella mañana. Cavaron, luego, las sepulturas, y, respetuosamente, deslizaron los cajones en su interior.

El sacerdote pronunció una oración, que todos corearon en voz baja. Luego, bajo el fulgor diamantino de las estrellas de aquellas latitudes, Leonora, Elcira y el agente Rodríguez arrojaron sobre los ataúdes los primeros puñados de tierra.

—¡Descansen en paz, hijos del alma! —musitó la lavandera,

conteniendo los sollozos.

—Adiós, valientes compatriotas —murmuró Rodríguez.

Arrodillada entre las dos fosas, Leonora se persignó, y, llenos los ojos de lágrimas, balbuceó:

—¡El Señor los haya en su gloria, capitán Prat…, teniente Serrano!

Las palas comenzaron a llenar las fosas. Rígidos, como cipreses batidos por el viento, esperaron todos hasta que se terminó la faena. Cuando cayó la última paletada, uno de los miembros de la Sociedad de Beneficencia se volvió consternado hacia el señor Llanos.

—No hemos traído cruces —dijo con sentimiento.

—No les pondremos nada, mi amigo —respondió el secretario—. Queremos que descansen en paz, ¿verdad?

Todos comprendieron.

—Se olvidará el sitio de sus tumbas; nadie podrá encontrarlos después, si su patria los reclama —argumentó el señor Posadas.

—No, mis amigos, no —los tranquilizó Llanos—. Ustedes y yo nos haremos el deber de recordar el sitio exacto donde reposan estos valiente marinos. Y cuando sea llegada la hora de sacarlos de esta tierra para colocarlos en el lugar destacado, que sus compatriotas querrán asignarles, todos tendremos un medio de identificarlos.

—¿Cuál, señor Llanos? —inquirieron varias voces.

—Están amortajados en sábanas que llevan mis iniciales bordadas ex profeso en indestructible hilo de plata. Ellas son: «E. LL.»; no lo olviden.

Cabizbajos y silenciosos, emprendieron el regreso. Don Eduardo Llanos y don Benigno Posadas marchaban con el agente Rodríguez, un par de metros delante de Leonora y su criada.

—Triste destino el de estos marinos —exclamó de pronto el señor Posadas—. Venir a terminar en tierra extranjera y tan distante de la de ellos.

—¿Extranjera? ¿Distante? —comentó el señor Llanos—. ¡Hum!, creo que se equivoca usted, don Benigno. Con el glorioso hundimiento de la *Esmeralda*, estos marinos encendieron ayer la mecha de la guerra. Su ejemplo representará una doctrina de valor; sus muertes serán un nuevo código de honor para todos los

chilenos: luchar, sin rendirse, hasta la muerte. Así no hay victoria lejana. Quizás, algún día, Iquique no será distante ni siquiera extranjero para los chilenos.

Estas frases hicieron erguirse con orgullo a los agentes, y poco más tarde les sirvió para paliar el efecto de otra nefasta noticia. En el hospital de la prefectura acababa de morir el sargento Juan de Dios Aldea, la última víctima de la *Esmeralda*.

Pero los blindados peruanos no habían pasado hacia el sur. La *Covadonga*, ya a salvo, navegaba hacia Tocopilla; el convoy de los cuatro transportes: *Itata*, *Rímac*, *Huanay* y *Valdivia*, que conducía 2500 soldados, caballada y víveres, llegaba a puerto seguro, y Antofagasta junto con los puertos nortinos de Chile se salvaban de la destrucción, gracias únicamente al sacrificio de Prat y los suyos, y a la valentía de Condell y su tripulación.

En aquella misma hora en que se daba sepultura a los mártires, 22 de mayo a la medianoche, la flota chilena dejaba atrás el islote de Palomas y se apegaba al enrocado oriental de la isla San Lorenzo, peñón que cubre la entrada al Callao por el oeste.

Sigilosamente, los barcos habían ido llegando al cabezo de San Lorenzo, donde se alza el faro; allí el contralmirante Williams ordenó detener la marcha. Frente a las proas de los buques se divisaban, lejanas, las luces del Callao.

Llamados por señales de destellos, los comandantes se reunieron sobre la cubierta del *Blanco Encalada*, y el contralmirante les dio sus últimas instrucciones para asaltar a la escuadra enemiga dentro de su base fortificada.

El jefe de la flota, notoriamente nervioso, dispuso con toda minuciosidad: el orden y hora en que avanzarían los barcos, la forma en que se filtrarían las lanchas torpederas por entre las líneas peruanas, los servicios sanitarios que deberían atender a los heridos…

Luego despidió a los comandantes con la orden de comunicarle por medio de luces el instante en que sus diferentes barcos estuvieran listos para emprender el plan de ataque.

Pero algo falló. Llegaron las tres y media de la madrugada, sin

que los destellos de los fanales de conexión comunicaran que las naves estaban listas.

El contralmirante Williams estaba enfermo de impaciencia.

—¿Cómo demonios pueden retardar tanto el cumplimiento de las órdenes? —exclamaba. Si seguimos demorando nos sorprenderá la luz del día, y la sorpresa se habrá estropeado; no habrá jamás asalto al Callao.

El secretario general, don Rafael Sotomayor, lo contemplaba silencioso. El viaje con la escuadra le había dejado una inolvidable enseñanza sobre la organización de la campaña naval. El barco carbonero *Matías Cousiño*, vital para el movimiento de todos los buques, estaba perdido desde el segundo día de la partida de Iquique. Al cruzar a la altura de Chala, a medianoche, rumoreaban los tripulantes de todos los barcos, se habían divisado luces sospechosas, que descendían hacia el sur, luces que serían las de los barcos peruanos que los pasajeros del vapor *Lontué* aseguraron habían partido del Callao. Despreciando hacerlas reconocer, el contralmirante insistió en mantener el rumbo hacia el primer puerto del Perú.

Pocos después de las tres y media, una serie de luces comenzó a destellar en tierra. Eran las señales de alarma del muelle dársena del Callao.

—¡Nos han descubierto! —exclamó furioso el jefe de la escuadra —. Ya todos los barcos enemigos estarán tomando posiciones defensivas debajo de los fuertes y los cañones de la costa se aprontarán para recibirnos. ¡Todo ha sido desbaratado por la torpeza en cumplir las instrucciones!

Pero no había sido sólo torpeza. El *Abtao*, factor principal del ataque, puesto que debía ser el que se introdujera primero a la bahía, para ser enganchado al *Huáscar* y volado, no había podido cumplir su parte en el plan, porque sus máquinas estaban en tan mal estado, que casi no se movía. Mientras se trataba de subsanar este inconveniente, comenzaron a lucir las señales de alarma del puerto, y pocos minutos más tarde, el teniente Señoret, que mandaba la lancha torpedo del *Blanco*, y que se había adelantado detrás de la *Magallanes*, regresó inesperadamente al buque insignia. Traía una información increíble. Había capturado un prisionero cerca del cabezo de la isla, un pescador italiano, que

cruzaba todos los días entre San Lorenzo y el Callao.

Aterrado por la mirada del jefe de la escuadra, el italiano le repitió la noticia:

—El monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia* abandonaron este puerto el 16 de mayo, *signor*.

Al contralmirante Williams se le congestionó el rostro hasta ponérsele púrpura.

—¿Qué dice usted? —exclamó— ¿Que el *Huáscar* y la *Independencia* no están allí dentro?

—No, *signor*, zarparon escoltando tres transportes con soldados para la guarnición de Arica. Hace cinco días, *signor*…, cinco días.

El contralmirante, aturdido por la magnitud del fracaso, ordenó anular todas las disposiciones para el asalto a la base peruana, e hizo regresar al momento las tripulaciones a sus respectivos barcos. Con un nudo en el corazón, calculando las proyecciones que podía tener el paso de los blindados enemigos hacia el sur, dispuso el regreso inmediato a Iquique.

La noche había terminado, y la luz del alba mostraba a los atónitos ojos de los defensores del Callao, a la escuadra chilena retirándose sin la más leve manifestación agresiva. Pero mucho mayor era la perplejidad de los tripulantes de la flota de Chile. Ante ellos se extendía el puerto peruano, y en torno y dentro de sus molos podían distinguir, con escalofríos, más de ciento cincuenta barcos mercantes y una decena de naves de guerra extranjeras, que entrecruzaban sus proas y la madeja de sus anclas y anclotes. Por entre aquel enjambre de cascos, boyas, lanchas, cadenas y cordajes, sin contar los rompeolas, espigones, muelles, dársenas y pontones, habrían tenido que entrar, en medio de la obscuridad de la noche. Por aquel laberinto habría tenido que cruzar el *Abtao* cargado de explosivos, para atracarse al *Huáscar* e incendiarse; las lanchas torpedos, para perforar a los barcos enemigos; y los blindados para destrozarlos a cañonazos. Todo esto, bajo el cañoneo pavoroso de los fuertes de la costa…, y sin dañar a los barcos extranjeros y a los mercantes. De sólo pensar en el caos espantoso que habría sido aquello, a los marinos chilenos se les encarrujaba la piel.

El contralmirante Williams se encerró en su cámara, para reponerse de las emociones sufridas. El secretario general de marina, don Rafael Sotomayor, escribía nerviosamente en su diario

íntimo:

> *Hemos andado poco, sigue el viento sur, y hay mar gruesa; hay temores de que nos falte el carbón. El almirante piensa, por lo que me dice, que su viaje al Callao lo ha hecho para que la opinión de la prensa de Chile se satisfaga, pero que él ha demostrado la dificultad de emprender nuevas tentativas. Vuelve a pensar en el plan que yo le había propuesto, de ocupar a Iquique, y abandona la idea de pasar a Arica, por falta de carbón.*

Muchas más noticias desastrosas y decepcionantes habría de anotar el secretario general de marina en aquel desdichado viaje de regreso. Al día siguiente, a la anotación mencionada, se presentó en su camarote el teniente Señoret.

—Señor Sotomayor —le dijo nerviosamente—, sírvase usted salir a cubierta.

—¿Qué sucede, teniente?

—El comandante Latorre ha capturado con la *Magallanes* a un vapor peruano, y ha traído al *Blanco* al oficial que lo comanda, quien dice tener noticias extraordinarias, aun cuando se ha negado a proporcionarlas al señor almirante.

—¡Vamos allá!

Mientras se encaminaban a la cubierta, el teniente Señoret seguía informándole:

—Se trata de un barco carguero que viene de Guanillos y su comandante pertenece a la marina peruana; su apellido es Sauri.

El contralmirante había hecho entrar al capitán Sauri a su cámara, y estaba interrogándolo, sin mucho interés.

—Aproxímese, señor Sotomayor —dijo al ver a éste—. El capitán Sauri dice que sus noticias son desagradables y que preferiría callarlas.

Sotomayor observó al marino peruano, y le pareció que su resistencia era sincera.

—Le ruego, capitán, que nos diga lo que sea —pidió amablemente.

El oficial vaciló aún, pero al fin, se decidió.

—Bien, señores —dijo—, sepan ustedes que los dos barcos vuestros, que quedaron manteniendo el bloqueo de Iquique, fueron

atacados y vencidos por nuestros blindados *Huáscar* e *Independencia*.

El contralmirante, que lo escuchaba con desgano, dio un salto y lo enfrentó:

—¿Qué dice usted? —barbotó—. ¡Repítalo, repítalo! No se atreve, ¿verdad? ¡Está usted mintiendo!

El oficial, que había hablado sin falso orgullo, se irguió ofendido.

—¡Un oficial de la marina del Perú jamás miente, señor! —replicó tajante—. He dicho y lo sostengo, que vuestros barcos *Esmeralda* y *Covadonga* fueron atacados por los nuestros y vencidos. La primera fue hundida con toda su tripulación, y la segunda huyó hacia el sur, perseguida por los blindados.

Todos los que oyeron la declaración del capitán Sauri comprendieron que estaba diciendo la estricta verdad.

—¿Cómo ha podido ser esto? —exclamaban desconcertados—. ¡Hundidos nuestros barcos!… ¡Aniquilados nuestros compañeros!…

El contralmirante Williams quedó como atontado.

—¡Hundida la *Esmeralda*! —murmuraba—. ¡Perdida la *Covadonga*! No puede ser…, no puede ser…

Pero luego su tono fue subiendo, en una desesperada rebelión.

—¡Quiera la Providencia que no haya sido así! —exclamaba—. Porque, de lo contrario, haré pedazos Iquique. ¡Cañonearé el puerto y sus casas y cuanto ser viviente se ampare en él!

Como la encarnación de la furia oceánica, el contralmirante Williams siguió descendiendo hacia el sur. Su situación ante el país era muy grave. Había partido a atacar el Callao secretamente, sin considerar al Gobierno; había dejado solas a dos débiles embarcaciones; pese al anuncio de los pasajeros del vapor *Lontué*, que advirtieron a la oficialidad que los blindados peruanos navegaban hacia el sur, y pese a que, a la altura de Chala, los vigías chilenos habían divisado luces sospechosas. Añadíase a esto que el barco carbonero *Matías Cousiño* estaba perdido desde el segundo día de la partida, por lo que la flota regresaba a Iquique lentamente, casi sin combustible. Éste se había agotado poco después de dejar atrás las islas Hormigas y fue preciso transbordar a los blindados el que tenían para su consumo las corbetas
O'Higgins

y *Chacabuco*, las que debieron continuar a la vela, solas e inermes, expuestas a ser hundidas o apresadas por el *Huáscar*. Como complemento, el *Abtao* navegaba haciendo agua y arrastrado a remolque.

Burlada y desvencijada, la escuadra chilena se aproximaba a Iquique el 26 de mayo.

Cuatro días antes, el 22, a las 9 de la mañana, la *Covadonga*, haciendo agua por todas partes, con su tripulación rendida de baldear y taponar con lona las brechas del casco, entraba en la bahía de Tocopilla.

El comandante militar del puerto y su segundo, el capitán Alonso Toro Herrera, alarmados por los alertas de los vigías, subieron precipitadamente a la torre de observación y enfocaron con sus catalejos a la nave desconocida.

En un comienzo, el comandante pensó que se trataba de un barco de guerra peruano, pero pronto el capitán Toro Herrera divisó la bandera chilena en uno de los palos de la nave y reconoció a la *Covadonga*.

Una lancha llevó al capitán Toro al encuentro de la cañonera. Fue el primer chileno que tuvo noticia del combate de Iquique. Pero una noticia errada, puesto que el comandante Condell le informó que la *Esmeralda* había prendido fuego a su santabárbara y volado por los aires, antes de rendirse.

Se ofreció el cuartel militar a los tripulantes para que repusieran sus fuerzas. Pero el comandante Carlos Condell rechazó aquella hospitalidad.

—No puedo perder un instante —explicó—. Debo hacer las reparaciones de urgencia a mi barco y continuar en seguida a Antofagasta para prevenir al general en jefe del ejército y a la Comandancia General de Marina del peligro que representa el *Huáscar* navegando frente a nuestros puertos.

—Podemos prevenirlos desde aquí, comandante Condell —le advirtió el capitán Toro Herrera—. Hemos hecho una instalación telegráfica de campaña, que va desde Tocopilla a Chacance,

Caracoles y Antofagasta.

—¡Magnífico, capitán Toro! Cursemos ahora mismo ese telegrama.

Aquel mensaje fue el clarinazo que puso definitivamente de pie a la nación.

—¡Por Cristo, esto es inaudito! —exclamó el general Justo Arteaga, cuando lo recibió en Antofagasta—. Éste es el resultado de ese tonto bloqueo de Iquique.

El presidente de la república se quedó pálido y mudo. Quiso silenciar la noticia y evitar al pueblo aquel dolor, pero ella era demasiado fuerte para ser encerrada y trascendió a la calle. En pocas horas, todos los periódicos la voceaban febrilmente.

—¡*El Independiente*!… ¡*El Independiente* con el hundimiento heroico de la *Esmeralda*!…

—*El Mercurio*!… ¡Últimas noticias de Iquique!… ¡La *Esmeralda* y la *Covadonga* se hundieron con la bandera al tope!… ¡*El Mercurio*…!

Los héroes de la jornada eran el comandante Thomson y el comandante Condell. Por ignorancia de las remociones que el contralmirante había hecho a última hora, todo el mundo atribuía la gloria del sacrificio a Thomson, sin que figurara para nada el nombre del capitán Prat.

Sólo al día siguiente, por noticias proporcionadas por el transporte *Lamar*, que consiguió llegar a Antofagasta, y por mensajes de los vapores de pasajeros se llegó a saber la verdad.

Entonces, exaltados oradores, que convertían en tribunas las ventanas de los edificios públicos y las escalinatas de los periódicos, fueron participando a la muchedumbre los datos exactos sobre el combate naval de Iquique.

—¡Compatriotas, el Gobierno ha recibido, por fin, esta noche, la aclaración del combate naval de Iquique! ¡La *Esmeralda* se hundió sin rendirse, luchando cinco horas contra el *Huáscar*!

—¡Vivaaaa!… —coreaban centenares de voces.

El tono de las arengas fue pasando del acento trágico al bélico y la multitud rugía en la calle, embravecida por los oradores populares.

—¡Compatriotas!… —gritó, por fin, uno que se había trepado en el quiosco de la Plaza de Armas—. ¡El capitán Prat murió en su

barco que se hundía! ¡Los tripulantes sucumbieron todos! Prefirieron morir antes que rendirse… ¿No es éste un símbolo? ¿No es una orden para nosotros?

Y subiendo el tono, lanzó la voz que habría de repetirse por todo el país:

—¡Guerra a muerte, chilenos!… ¡A la guerra!… ¡Todos a la guerraaaa!…

A la 1 P. M. del 24 de mayo, diez mil santiaguinos se agolparon a los pies de la estatua de don Bernardo
O'Higgins,
en la Alameda central de la capital. La bandera con que el general San Martín proclamó la Independencia de Chile el 12 de febrero de 1818, fue sacada del edificio de la Municipalidad, y, escoltada por una columna de bomberos armados, fue llevada hasta el lugar del *meeting*.

Sobre las gradas de la estatua del prócer presidían don Rafael Larraín Moxó y el brillante tribuno, escritor y encendido patriota don Benjamín Vicuña Mackenna.

Alzando los brazos para imponer silencio, el señor Larraín inició la ceremonia:

—«¡En nombre de Arturo Prat y sus gloriosos compañeros, se abre la sesión!».

Don Benjamín Vicuña Mackenna ascendió hasta la grada más alta e irguiendo su figura patricia, comenzó a hablar.

—«Quisiera esta vez —comenzó diciendo—, bajo este espléndido cielo que, en este día, ha alumbrado en la América tantos heroísmos, quisiera que un tímpano de bronce anidara en mi garganta, para que mi voz fuese oída como la campana de una gran nación que corre en tropel a la batalla, en todos los confines de Chile, del Loa a Magallanes. Quisiera que mis ecos tuvieran la santa unción del sacerdote, las lágrimas de todas las madres, los sollozos de la Virgen, para consagrar, eterna y bendita, la memoria de los que han perecido por la Patria, alzando al cielo luminosa hoguera, o con el acero en la mano, sobre el puente enemigo, lo que es mil veces más glorioso que el estéril heroísmo de las llamas.

«Quisiera que todas nuestras catedrales y los más humildes santuarios cubrieran sus bóvedas con enlutadas vestiduras y abrieran sus puertas a la plegaria de la expiación y de la ofrenda

que la gratitud y el amor deben a los que sucumben, como sucumbieron los tripulantes de nuestra vieja y gloriosa capitana. ¡Quisiera que todas las madres que la fecundidad haya bendecido en estas horas, pusieran a sus hijas en la pila del cristiano, ese nombre tres veces santo de ESMERALDA».

Hombres y mujeres, viejos y niños, sentían escurrirse por sus venas una delirante embriaguez, una fortaleza desconocida; y endurecidos, alzaban los ojos desafiantes hacia el norte.

Don Benjamín Vicuña Mackenna seguía, enardecido:

—«Y nosotros, compatriotas, ¿no tendremos un trozo de mármol de nuestras canteras, una efigie de bronce, fundida con cañones enemigos, para consagrar la proeza de Iquique, digna de la antigüedad?».

Arrebatada de entusiasmo, la multitud lo aclamaba, decidida a obedecerlo en cuanto él ordenara.

—«En esta guerra, como en las guerras que hicieron nuestros mayores, no quedará ninguna bandera en manos enemigas —prometía—. Ni los marinos ni los soldados chilenos han aprendido todavía el arte cómodo de izar al tope la bandera del parlamento. Pero, entretanto y en medio de ejemplos de tan levantada virtud, ¿qué haremos nosotros para ponernos a su altura? ¡Ciudadanos, vosotros, los que no tenéis sino vuestra sangre que ofrecer en aras de la Patria, corred desde aquí mismo a los cuarteles a inscribiros bajo las banderas. La Patria necesita de todos sus hijos para dar pronto y glorioso acabo a la lucha que se inicia!

»¡A las armas, chilenos, a las armas!… ¡En la ciudad y en la aldea, en el palacio y la choza, a las armas!… ¡A las armas, chilenos!».

En largas columnas que trotaban apresuradas, aquel mismo día los hombres comenzaron a llenar los cuarteles, en una fiebre de ser los primeros en partir a vengar a los mártires navales.

En las calles, madres desesperadas luchaban vanamente por sujetar a sus hijos.

—Hijo mío, eres apenas un estudiante, ¡no has cumplido diecisiete años!

Las frases de don Benjamín Vicuña Mackenna, arrastrando al pueblo a la guerra, encontraban ecos en todas partes. Hasta en la iglesia de San Felipe, el cura Gómez recordó sus palabras, para

embravecer a «sus niños». Y puso tal ardimiento al repetirlas, que un hombre, olvidando que estaba en la iglesia, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Viva Chile!

Como obedeciendo a un conjuro, todos los feligreses se pusieron de pie, sin saber si corearlo o callarse. Y quizás se hubiesen dejado contagiar de aquel entusiasmo si el cura Gómez no se hubiera apresurado a contenerlos:

—¡Estamos en la casa de Dios!

El cura Gómez terminó agotado aquel oficio. Ni él ni nadie supo lo que se dijo en el lapso que corrió hasta su conclusión. En la mente de todos seguía vibrando aquel grito lanzado en medio de la iglesia.

Cuando dejó la sacristía y entró en la casa parroquial, el viejo sacerdote sentía que le temblaban las piernas. Tambaleándose un poco, se encaminó al cuarto donde todavía estaba enfermo Alberto Cobo.

En el momento de abrir la puerta, percibió que en la habitación reinaba la misma tensión que acababa de sentir en el templo. Don Antonio Latorre se paseaba enervado frente al sillón en que se mantenía Alberto, con las piernas enyesadas.

—Buenos días, padre Gómez —saludó el caballero—. Perdóneme si me colé en su casa, pero no podía estarme tranquilo en el hotel. Tenía que hablar con Alberto.

—Calma, don Antonio —repuso el cura, forzándose a mantenerse sereno—. Los hombres que ya tenemos nieve en la cabeza, no podemos dejarnos llevar por los nervios en estos días. Siéntese usted y examinemos las cosas con tranquilidad.

Alberto se debatió, crispando las manos en los brazos del sillón.

—¿Cómo quiere usted que esté tranquilo, señor cura, clavado en esta silla, sabiendo que en el norte arde la guerra y que Leonora está allá, en medio del peligro, sola?

Esas mismas reflexiones atormentaban al señor Latorre, y así lo dijo, agregando:

—Estoy pensando en partir hacia el norte en ayuda de mi hija, ya que Alberto está imposibilitado de hacerlo.

—Es imposible navegar hacia el norte, don Antonio —afirmó el cura Gómez—. ¿No se han enterado de las noticias? El *Huáscar*

abandonó Iquique y navega hacia el sur en amago de nuestros puertos.

—Entonces el monitor ya debe haber bombardeado Antofagasta o estará haciéndolo —reflexionó sordamente el señor Latorre.

—Salvo que la escuadra chilena apareciera frente a él —consideró Cobo, más optimista.

—Es muy improbable —gruñó el cura Gómez—. ¿Dónde se habrá metido la escuadra? ¡Qué caramba! Todos los regimientos se están concentrando en los puertos, listos para partir al norte. No hay hombre, ni niño en todo el centro del país que no suspire porque se le conceda la oportunidad de demostrar que tiene un alma de héroe como la de Arturo Prat. ¡Y no es posible partir! Basta un solo barco enemigo para arrebatarnos todo nuestro mar. ¿Cómo ha podido producirse una situación tan absurda?

El mismo pensamiento asaltaba a casi todos los chilenos y oprimía a las autoridades gubernamentales. Estas últimas comprendían que, mientras no reapareciera la escuadra chilena, el *Huáscar* sería un peligro incontrarrestable. La imaginación popular, desconcertada por la diversidad de noticias que se recibían sobre sus presuntos movimientos, lo representaba como una sombra fatídica que se deslizaba vertiginosamente por el mar, amagando a los puertos y persiguiendo a los transportes chilenos. Nadie podía indicar con certeza dónde estaba ni cuáles eran sus rumbos.

El 24 de mayo, sin embargo, el *Huáscar* estaba en Iquique. Acababa de regresar de una corta exploración, cuando la fragata de S. M. Británica *Turquoise* solicitó autorización para fondear en esa bahía.

Concedido el permiso, la nave inglesa fondeó justamente en el lugar donde la *Esmeralda* fue tragada por las aguas. Su comandante hizo descender un buzo por la banda contraria a la costa. Terminaba de ponerse el sol, cuando el buzo volvió a la superficie.

Minutos más tarde, los oficiales de la *Turquoise* se reunían en la cámara de su jefe.

—¿Listo ya, señores oficiales? —preguntó el comandante.

Uno de ellos respondió, mostrándole dos trozos de madera embebidos de agua:

—Aquí están los dos trozos que el buzo extrajo del casco de la *Esmeralda*, señor.

—Bien, señores, cumplamos con nuestro propósito. Aquel de ustedes que posea mayor talento para ejecutar trabajos en madera, que fabrique una cruz con estos dos trozos.

A las nueve de la noche, los oficiales volvieron a hacerse presentes en la cámara del comandante. Uno de ellos había fabricado la cruz pedida y otro la había labrado a cuchillo.

—Felicitaciones, señores oficiales —dijo el jefe—. Han realizado ustedes un trabajo encomiable. Permítanme que les lea la carta que quiero que entreguemos junto con esta reliquia hecha con madera de la *Esmeralda*.

El comandante desplegó una cuartilla. Decía:

> *Al bravo comandante Condell:*
> *Los oficiales del buque de S. M. Británica* Turquoise*, admiradores del glorioso combate de la* Esmeralda *y de la* Covadonga*, sin ejemplo en los fastos navales, empeñaron sus esfuerzos por hallar el sitio donde la gloriosa* Esmeralda *sucumbió. Querían encontrar allí una reliquia que ofrecer al compañero del heroico Prat, caído cuando se hundía su buque, al tomar al abordaje al enemigo. A nadie, pues, mejor que al comandante Condell, de la gloriosa* Covadonga*, corresponde ser el depositario de la noble reliquia que hoy le enviamos.*

Los oficiales británicos aprobaron gravemente el texto del mensaje y éste fue prendido a la cruz.

Las máquinas de la *Turquoise* volvieron a acelerar su ritmo y la nave comenzó a abandonar la bahía. Pero tuvo que detenerse sorpresivamente, porque frente a su proa acababa de cruzar una mole que se deslizaba silenciosamente mar afuera. Era el *Huáscar*, que abandonaba a Iquique con todas sus luces apagadas.

Al día siguiente, 25 de mayo, el presidente de la república conferenciaba nerviosamente con el ministro del Interior, señor Antonio Varas, a propósito de un telegrama llegado de Tocopilla en que se les advertía que el *Huáscar* había sido avistado cruzando

hacia el sur, cuando el secretario privado de Su Excelencia entró muy alterado.

—Con el perdón de sus señorías —dijo, excusándose—. Ha llegado un oficial de comunicaciones del Ministerio de la Guerra, quien insiste en entregar a Su Excelencia un mensaje urgentísimo, exigiendo hacerlo en sus propias manos.

El presidente y su ministro cambiaron una mirada de inteligencia y el mandatario dio orden de que se lo introdujera al momento.

—¡Ojalá sea un mensaje del contralmirante Williams, indicándonos en qué lugar del planeta se encuentra! —exclamó el señor Varas.

—De nada nos servirá saber dónde está la escuadra —comentó el presidente—, si no se encuentra al sur de Tocopilla. Ya sabemos, por ese telegrama, que el *Huáscar* pasó hacia el sur de ese puerto.

El oficial de comunicaciones anunciado se cuadró rígidamente ante el señor Pinto.

—Deme ese mensaje, por favor —urgió el presidente—. ¿De dónde lo envían?

—De Antofagasta, Excelencia.

—¡De Antofagasta! —repitieron el mandatario y su ministro, asaltados por un mismo presentimiento.

Don Aníbal Pinto rompió los sellos. Le temblaban ligeramente las manos mientras leía.

Don Antonio Varas le examinaba el rostro, con profunda atención, a medida que avanzaba en la lectura, y el gesto consternado del presidente se iba reflejando en sus propias facciones.

—¿Qué dice, don Aníbal? —preguntó al fin sin poderse contener —. Por favor, ¿qué dice?

El señor Pinto bajó lentamente el papel y miró a su ministro, aturdido, atónito.

—Dice —balbuceó— que el *Huáscar* está cañoneando Antofagasta.

El ministro le arrebató el pliego y lo leyó ansiosamente, como si necesitara comprobar la noticia. Cuando terminó, no dijo una palabra, pero se fue desplomando lentamente en un sillón, abrumado también por ella.

Las correrías del *Huáscar* habían impuesto el toque de queda en Iquique. A las diez de la noche sonaba una corneta en el cuartel de la Recova Nueva y otra en la torre de la prefectura, silenciando el puerto. El movimiento en las calles cesaba inmediatamente, las luces eran extinguidas y sólo velaba en medio de la negrura el fanal parpadeante del faro de la isla.

El *Huáscar* había escogido como madriguera la bahía de Iquique y entraba y salía de ella de noche, como un fantasma.

Se esperaba el regreso de la escuadra chilena en cualquier momento y el obscurecimiento del puerto era indispensable para que los tripulantes del monitor pudieran dormir sin demasiada alarma y reponerse de la endemoniada tensión en que los hacía vivir el almirante Grau.

La noche del 29 de mayo, Leonora Latorre tomaba mate, en espera de que le viniese sueño. Desde el hundimiento de la *Esmeralda* sus nervios no andaban bien. Una confusa sensación de vergüenza la mantenía recluida en su habitación. La radiosa demostración de patriotismo ofrecida por aquellos marinos la hacía sentirse disminuida, mancillada, sucia por sus relaciones con el general Buendía. Olvidaba que someterse a esos amores había sido también un sacrificio. Era conocida en Iquique como la amante del viejo militar, como la «generala Buendía».

Esta sensación hacía germinar en ella una repelencia creciente hacia el aristócrata que comandaba el ejército peruano, repulsión que le era cada vez más difícil disimular. El general la había percibido la última vez que estuvo con ella, hacía tres días, y al marcharse la había mirado a los ojos casi amenazante.

Leonora comprendía que estaba destruyendo su labor de meses, que estaba eliminando aquella irremplazable fuente de informaciones, pero no podía evitarlo.

Hubiera querido participar su conflicto a don Roberto Rodríguez y rogarle que le facilitara los medios para marcharse, para truncar aquellas relaciones que la llenaban de oprobio. Pero el agente no había aparecido por su casa después del entierro de los marinos chilenos.

Serían las once de la noche cuando unos golpes discretos

resonaron en la puerta que daba al camino. Leonora se irguió, muy pálida, en su asiento.

—A esta hora no puede ser otro que el general Buendía —refunfuñó doña Elcira, como respondiendo a los pensamientos de su ama. Arrastrando los pies, se encaminó hacia la puerta y la entreabrió.

En la penumbra de la noche, se distinguía la figura alta y delgada del viejo militar.

—Perdón por molestarla tan tarde, Elena… —comenzaba a disculparse el general, pero al entrever el rostro obscuro de la mujer, se interrumpió e inquirió desconfiado: ¿Quién es usted? ¿Qué hace en esta casa?

Doña Elcira se hizo a un lado, cediéndole el paso.

—La señorita me llamó para que la sirviera, señor —repuso, agachando el rostro con hosca humildad.

—Veo que ha tomado usted una sirviente permanente, Elena —dijo el general, cruzando el pasillo y yendo a depositar su sable y su quepis en una mesilla.

—¿Tiene usted alguna objeción que hacer, general? —replicó la señora, sin poder evitar que se trasluciera la agresividad de su ánimo.

—No, sólo me sorprende. Esperaba encontrarla sola —explicó, conciliador, el militar.

—Habría sido inconveniente para usted, porque no le hubiera abierto mi puerta a esta hora —insistió en su hostilidad Leonora.

—¿Cómo es eso? —murmuró el general, asombrado y, en cierto modo, dolorido por aquel despego. Pero, caballeroso y experimentado en las cambiantes reacciones de las mujeres, prefirió pasar por alto la frialdad de la recepción—. Perdóneme usted que haya venido tan tarde —se disculpó—, pero tuve el honor de acompañar a Su Excelencia el presidente del Perú a bordo del *Huáscar*.

La fuerza de la costumbre primó sobre el desgano de la joven, retrotrayéndola a su papel de investigadora.

—¿El presidente está en Iquique? —preguntó.

—Desde hace tres días; los mismos en que no he podido venir a visitarla.

El general sonreía amistoso y galante. El afecto que sentía por

aquella mujer, siempre ausente y poco comunicativa, era mucho más hondo de lo que él hubiera querido.

—¿Puedo sentarme, Elena? —rogó, entre jovial y burlesco.

—Por supuesto. Hágame usted el favor —respondió la joven, comprendiendo que le era forzoso dominarse—, Elcira, prepara una taza de té al general, y tráele, por el momento, un sorbo de aguardiente.

Junto con dar las órdenes, se puso de pie y se acercó solícita al militar.

—Veo que trae usted la casaca húmeda —dijo, enjutándole los hombros con un extremo del chal que la envolvía.

El general sonrió agradecido y le atrapó la mano sobre su pecho.

—El mar está muy malo y fue difícil llegar hasta el monitor —le decía, mientras la acariciaba hasta el antebrazo.

Leonora cerraba los ojos, helada, haciendo un esfuerzo para tolerar las caricias.

—¿Y por qué fueron de noche? —pudo preguntar al cabo de unos segundos.

—El *Huáscar* zarpa mañana para Ilo, por orden del presidente —reveló el general, atento sólo a la blanca mano que retenía entre las suyas. Sin prestar atención a lo que le decía, siguió—: Además, Su Excelencia subirá mañana a la pampa, para distribuir los regimientos que vinieron con él desde el norte. Seguramente los ubicará en la línea que une los campamentos de La Noria y Pozo Almonte.

—Siguen transportando tropas a esta región —comentó Leonora.

—Innecesariamente, creo yo. Pero Su Excelencia estimó necesario traer consigo los regimientos «Olañeta» y «Victoria». Tropas escogidas que bostezarán en esta pampa.

—¿Cree usted que no habrá lucha en Iquique?

Buendía rió alegremente y giró el cuello para mirar a la chilena.

—¿Y cómo va a haberla? —comentó divertido. ¿Quiénes podrían ser nuestros contendores?

Leonora retiró su mano bruscamente, sintiendo que el desprecio contra los chilenos que evidenciaba el general la hería ahora más que nunca.

—Ya sabe usted, general, que me disgusta el tono con que se refiere últimamente a mis compatriotas —exclamó.

El militar se levantó y la alcanzó, tomándola cariñosamente de los hombros.

—Perdóneme, Elena —dijo—. Pero si usted hubiera estado oyendo, hace unas horas, al almirante Grau contar sus últimas aventuras, concordaría conmigo.

—¿Tan felices han sido las aventuras del almirante?

El general se encogió de hombros con un gesto suficiente.

—Imagínese usted —dijo—. El 26 de mayo llegó a Antofagasta. Tan pronto hizo su aparición con el monitor, salieron disparados del puerto dos transportes chilenos que comenzaban a descargar: el *Rímac* y el *Itata*. Sin que nadie se le opusiera, el *Huáscar* se situó frente a la poza, donde estaba anclada la *Covadonga*, y comenzó a disparar sobre esa nave y sobre el puerto. Supo más tarde que el comandante en jefe del ejército chileno mandó retirar las tropas hasta una quebrada del interior, abandonando la ciudad, y que, en seguida, temeroso de que la *Covadonga* pudiese caer en su poder, dio orden de que la hundieran sus tripulantes.

El general celebraba esta ocurrencia, riendo a carcajadas. Todos los marinos peruanos habían reído igualmente, porque sabían que estando la cañonera dentro de la poza de Antofagasta y apegada a la costa, el *Huáscar* no podría entrar a atacarla por su exceso de calado.

—El caso fue —prosiguió el general— que el monitor disparó dos decenas de cañonazos sobre los estanques de agua y sobre las pequeñas baterías emplazadas en la playa, y luego de desmontar estas últimas, como cayera la obscuridad, suspendió el bombardeo.

—¿Y lo reinició al día siguiente? —preguntó Leonora, inquieta por la suerte de Antofagasta.

—No, porque durante la noche comprobó que se le agotaba la provisión de carbón, por lo que decidió regresar a Iquique. Pero aquí tampoco tenemos el carbón inglés que necesita el monitor, razón por la cual el presidente Prado le ha ordenado ir a aprovisionarse a Ilo. Zarpa al amanecer —concluyó el general Buendía, ufano por la impresión que causaba en su auditora.

Separándose de ella fue hasta la ventana y la abrió. En el panorama nocturno se divisaban los fanales verde y rojo del *Huáscar*.

—Allí lo tiene usted, Elena —dijo henchido de orgullo—;

intacto, aureolado de victorias, con los pabellones bicolores del Perú ondeando altivos sobre los mástiles.

—¡Basta, general Buendía! —lo acalló Leonora.

En ese momento, el militar sintió los pasos firmes de un hombre que se acercaba por el camino y casi en seguida lo vio surgir de la obscuridad.

—¿Espera usted a alguien, Elena? —preguntó a la joven, nuevamente asaltado por el recelo.

—Por supuesto que no. Sin duda vienen por usted.

Cuando el hombre estuvo más cerca, el general pudo distinguir que se trataba de un soldado. Éste se detuvo frente a la casa y al ver a su superior, recortado en la ventana, se cuadró presurosamente.

—Excuse usted, señor general —dijo jadeante—, pero lo buscamos por todo el pueblo.

—¿Qué ocurre, soldado?

—Acaba de llegar un aviso de Pisagua, advirtiendo que, a media tarde, pasó frente a ese puerto la escuadra chilena, en ruta hacia acá.

El general Buendía saltó, sacudido por la alarmante noticia. Con rápidas zancadas cruzó la sala, recogió su sable y su quepis y se encamino hacia el pasillo, exclamando:

—¡El *Huáscar* está desprevenido en la bahía!

Al pasar bajo la ventana abierta a la que había acudido Leonora, le dijo atolondradamente:

—Perdóneme, Elena; pero, usted comprende, tengo que marcharme. Buenas noches.

La agente no respondió; sus ojos estaban clavados en la bahía, con la esperanza de ver aparecer las luces de la escuadra chilena.

El general Buendía no perdió el tiempo en buscar a sus ayudantes; personalmente se preocupó de llevar la alarma al jefe del monitor. Primero pasó por el cuartel donde se alojaba el presidente, don Mariano Ignacio Prado, y le participó la noticia. El mandatario envió con él al almirante Grau la orden de zarpar al momento. Media hora más tarde estaba a bordo del *Huáscar* y la transmitía al jefe del barco. Éste lo escuchó sin inmutarse.

—Diga usted a Su Excelencia el presidente que zarparé con el carbón estrictamente necesario para llegar hasta Ilo y que, aún más, para poder llegar, tendré que ir economizando paladas.

—No quiero recordarle el riesgo que corre, almirante Grau —lo urgió el general—, pero le repito que la escuadra chilena, con todas sus naves, puede aparecer en la boca de esta bahía en este instante mismo.

El comandante del monitor sonrió divertido.

—Descuide usted, general —dijo, zarpamos al momento. Pero reitero a usted, y le ruego que lo transmita al señor presidente, mi promesa de que el *Huáscar* no será capturado sino después de mi muerte.

—Así lo diré a Su Excelencia. Buena suerte, almirante.

Cuando el general pisaba nuevamente la playa, el blindado se alejaba con todas sus luces apagadas, tomando altura hacia el oeste.

En aquella misma hora, la escuadra chilena regresaba de su desventurado viaje al Callao, con el carbón apenas necesario para encender sus cocinas.

Según el diario del viaje del corresponsal del diario *El Mercurio*, Eloy Caviedes, después de que supo la noticia del combate de Iquique por la declaración del capitán peruano Sauri, la flota interceptó el paso del vapor de pasajeros *Amazonas*, en el cual viajaba don Domingo Godoy, nombrado embajador de Chile en Colombia. Éste confirmó al contralmirante Williams los detalles de la muerte de Prat. Afectado por los sucesivos golpes emocionales, el jefe de la escuadra le indagó si junto al transporte *Lamar* había llegado a Antofagasta el carbonero *Matías Cousiño*, al que había dado órdenes, hacía dos semanas, de esperarlo a la altura de Camarones.

Informado de que estaba solo el *Lamar*, dio órdenes de proseguir renqueando lentamente hacia el sur.

El 29 de mayo ordenó detenerse frente a Arica, para observar las fortificaciones. Después de una hora, prosiguió la navegación, manteniendo los barcos apegados a la costa.

A las 11 de la noche, la escuadra pasaba frente a la boca de la quebrada de Camarones. El secretario general de la escuadra, don Rafael Sotomayor, fue a acodarse en el puente de mando del *Blanco*, junto al contralmirante, y lo instó a intentar una búsqueda

del *Matías Cousiño*, pero el señor Williams se negó a hacerlo, argumentando que no conduciría a nada, ya que habiendo estado por esa latitud el *Huáscar*, la *Independencia* y otros barcos peruanos, era imposible que el carbonero hubiera podido mantenerse en el sitio indicado.

—O lo han hundido o ha tenido que huir a Antofagasta —concluyó agriamente.

—Pero ¿no se lo buscará, pese a que los blindados van ya casi sin combustible? —insistió el señor Sotomayor.

—Sería gastar el poco carbón que nos queda —rechazó el contralmirante—. No, señor, seguimos rectamente a Iquique.

El señor Sotomayor se fue a su litera con la sensación de que las cosas podrían hacerse mejor.

Este pensamiento lo taladraba desde hacía días y le quitaba el sueño. Aquella noche durmió agitadamente, y despertó de un salto a los primeros sones de una corneta.

—¡Zafarrancho de combate! —exclamó. Miró el reloj. Eran las cinco de la madrugada. Se vestía a toda prisa, cuando la descarga de un cañonazo hizo retemblar el interior del *Blanco Encalada*.

«Han disparado para intimar la detención de algún barco», pensó al no oír repetirse la detonación.

Poco después salía a la cubierta, envuelto en un capote grueso.

La tripulación del buque insignia ocupaba ya sus puestos de combate. El contralmirante Williams estaba en el puente de mando.

—¡Es el *Huáscar*, señor Sotomayor! —gritó al verlo trepar la escalerilla. Venía saliendo furtivamente de Iquique cuando enfilamos hacia la costa para entrar en la bahía. ¡Mire: véalo cómo arranca hacia el noroeste!

En la claridad lechosa del amanecer, se alcanzaba a divisar vagamente la silueta afilada del monitor, cubierto de humo, a no más de seis millas de distancia.

—Por supuesto, vamos a perseguirlo —aventuró el secretario de la escuadra.

—¡En eso estamos, señor! —replicó secamente el contralmirante, y volviéndose hacia el tubo acústico que lo comunicaba con la sala de máquinas, gritó—: ¡Más carbón a esas calderas! ¡Tenemos que sobrepasar los diez nudos!

Sotomayor giró la vista en torno, deseoso de contemplar a la

escuadra chilena persiguiendo, por fin, al endemoniado blindado enemigo, pero se quedó perplejo al observar que los únicos perseguidores eran el *Blanco* y la *Magallanes*.

—¿El *Cochrane* se queda en Iquique, almirante? —preguntó extrañado.

—Participan en la cacería sólo los dos barcos que disponen de suficiente carbón —respondió el jefe de la escuadra, con leve tono de fastidio, por tener que estar dando siempre explicaciones al «civil» que se había entrometido en las operaciones de la flota—. Los demás buques tendrán que anclarse en Iquique hasta que consigamos combustible.

El secretario general de la escuadra tuvo intenciones de preguntar si bastarían el *Blanco* y la *Magallanes* para batir al *Huáscar*, pero prefirió callarse. *In mente*, hizo el balance de la potencia del blindado chileno comparado con la del monitor peruano. El *Blanco* desplazaba 3500 toneladas, contra 1130 del *Huáscar*; su andar era de 11 millas, contra 10 del monitor. Tenía blindaje de acero de 9 pulgadas de grosor y el del enemigo era sólo de 5 pulgadas; por último, la artillería del acorazado chileno era de 6 cañones de 250 libras, contra los dos de 300 libras del *Huáscar*.

El blindado había conseguido aumentar su andar hasta los once nudos pedidos por el contralmirante. Con los ojos brillantes, éste contemplaba al monitor enemigo, ya perfectamente visible en la claridad de la aurora naciente.

—Sepa usted, señor Sotomayor —dijo frotándose las manos de contento—, que si logramos reducir la distancia a cuatro mil metros, el *Huáscar* puede darse por perdido. Y creo que no sólo vamos a conseguir eso, sino que lo vamos a cazar, ya que disponemos de todo el día para mantener la persecución. Según mis cálculos, podemos reducir la distancia a razón de 700 metros por hora y nos separan, más o menos, seis millas. En una hora más, ya podrá usted comprobarlo a simple vista.

Cuando el almirante Grau comprobó que la distancia se había acortado a cinco millas, ordenó que se arrojase al mar todo el peso inútil. Sin embargo, el monitor no conseguía recuperar ventaja.

—¡Que los ingenieros mezclen alquitrán en el carbón! —ordenó —. ¡Y que se levante la presión de las calderas al máximo, aunque revienten y volemos todos!

Pero, como a su vez, el jefe de la escuadra chilena tomaba iguales medidas, la distancia que separaba las dos naves iba acortándose inexorablemente. A las dos de la tarde, el almirante Grau comprobaba que la ventaja se había reducido a 4 millas.

—¡Que echen a los fogones aguarrás y kerosene! —ordenó irritado.

—Es muy peligroso, señor —objetó tímidamente el segundo comandante.

—¡Obedezca! —insistió el señor Grau—. Unos centenares de metros más que se nos aproximen y estaremos al alcance de sus cañones.

La medida no dio resultado. Aun cuando el *Huáscar*, en grave peligro de estallar, logró aumentar un poco más su carrera, el *Blanco Encalada* le iba comiendo la estela y a las dos y media de la tarde navegaba a tres millas y media de su perseguido. Era el momento esperado por el contralmirante Williams. Con un grito de entusiasmo, ordenó alistar las baterías de ambas bandas.

Al oírlo, el comandante del *Blanco*, capitán Juan Esteban López, le preguntó en voz baja:

—¿Va usted a ordenar hacer fuego con las baterías laterales, guiñando sobre las bandas, señor?

—Sí, capitán López. Estas baterías exigen una guiñada muy pequeña. Vaya usted a dirigir la maniobra del timón.

El capitán se retiró preocupado. Conocía bien la maniobrabilidad de su barco y sabía que el uso de las baterías laterales exigía dar amplias bordadas. Pero su jefe estaba demasiado excitado por aquel combate tan esperado, para que alguien se atreviera a hacerle objeciones.

—¡Atención la batería de babor! —ordenaba a gritos, prescindiendo de sus ayudantes—. ¡Timonel, orza a estribor! ¡Artilleros de babor, apunten!… ¡Fuego!

Los enormes proyectiles comenzaron a rasgar el aire, uno tras otro, perforando la estela del *Huáscar*.

El almirante Grau se sobresaltó al ver saltar el agua tan cerca de la popa del monitor. Pero pronto una sonrisa despectiva se extendió en su rostro.

—Están cometiendo una torpeza que nos salva, capitán Raygada —dijo a su segundo comandante.

Éste también se había percatado del error de los marinos chilenos. Mirando hacia atrás, veían al *Blanco* zigzaguear abiertamente entre cada andanada. Aquel avanzar ondulante anulaba la mayor velocidad del blindado chileno, y el monitor, que navegaba en línea recta, iba recuperando su ventaja.

Antes de una hora, el resultado fue visible.

—Nos han dejado atrás, señor almirante —comentó con tristeza el señor Sotomayor—. Nuestros proyectiles quedan cada vez más cortos.

El jefe de la escuadra pensó entonces en enmendar su táctica, pero en aquellos momentos se presentó el ingeniero jefe de la nave, para participarle que en la carbonera quedaban 15 toneladas de combustible, las justas para regresar a Iquique.

El contralmirante se quedó rígido.

—¡Estoy fatalizado! —masculló entre dientes—. Ahora que estamos pisándole los talones…, ahora que disponemos de horas de luz para seguirlo… ¡Oh, maldita sea mi suerte!

El ingeniero lo contemplaba asustado, inmóvil, esperando sus órdenes.

El jefe lo miró con rabia, como si fuera el culpable de la escasez del combustible.

—¡Viramos por avante, por la condenación de mi alma! —ordenó exasperado—. ¡Regresamos a Iquique!

El señor Sotomayor, cuidando de no tener un choque con el jefe de la escuadra, descendió también del puente de mando, dejándolo solo.

El contralmirante, con los ojos empequeñecidos de odio, miraba alejarse al *Huáscar* a todo vapor hacia el norte, y la conciencia de que aquel nuevo fracaso sería comentado en la escuadra y llegaría a conocimiento de todo Chile, lo exasperaba como la quemadura de un ácido.

Al anochecer del 30 de mayo, el *Blanco* y la *Magallanes*, con las chimeneas despidiendo apenas hilos de humo, entraron en la bahía de Iquique y tomaron colocación entre los demás barcos de la escuadra.

Los comandantes de las otras unidades se transbordaron al buque insignia para enterarse de las noticias y supieron que el *Huáscar* se le había escabullido por entre los dedos. Nadie habló

sobre ello. Todos imaginaron el infierno que estaría quemando el alma del contralmirante.

Éste, helado por el silencio y perturbado por los espíritus inquietos de la noche, bajó del castillo de proa, después de tomar una resolución, y se acercó al maestre de señales. Pronto, del buque insignia comenzaron a brotar destellos que fueron respondiendo los demás barcos.

A las diez, los comandantes de todas las naves chilenas volvían a reunirse en la cámara del contralmirante. Estaban el capitán de navío Juan Esteban López, comandante del *Blanco*; el capitán de navío Enrique Simpson, comandante del *Cochrane*; el capitán de fragata Manuel Thomson, comandante del *Abtao*, y el del mismo grado Juan José Latorre, comandante de la *Magallanes*. Faltaban los capitanes Jorge Montt y Oscar Viel, comandantes de las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco*, respectivamente, las que navegaban a la vela, con sus carboneras agotadas, buscando, a la ventura, el refugio de algún puerto del sur.

El contralmirante se paseó frente a sus subordinados, antes de decidirse a hablar.

—Señores comandantes, es muy breve lo que deseo comunicarles —dijo. Hizo una pausa y declaró, contemplando las luces de la costa—: ¡Vamos a bombardear Iquique!

—¡Bombardear Iquique!…

El propósito del contralmirante tomó a todos por sorpresa.

—¡Bombardear Iquique! —repetían, como si aquella idea les pareciera inconcebible.

El comandante de la *Magallanes*, Juan José Latorre, se inclinó hacia el jefe de la escuadra y le consultó, como si no hubiera entendido bien el propósito:

—¿Quiere usted dar a entender que vamos a cañonear las casas y los habitantes de Iquique, señor?

El contralmirante se volvió y clavó sus ojos duros en el capitán Latorre:

—Sus cuarteles militares, sus baterías costeras, sus siete mil soldados; eso vamos a bombardear. ¿Le inspiran lástima, señor Latorre?

—Si fuera posible separar esos elementos bélicos de la población

indefensa, naturalmente no me provocarían piedad… —trató de argumentar el comandante de la cañonera, pero su jefe lo cortó con ademán tajante.

—¡Basta, comandante! Estoy comunicando a ustedes una orden. Vamos a cañonear Iquique mañana al mediodía. Y para que compruebe el señor Latorre que no soy un despiadado asaltante, al alba bajará un oficial con bandera de parlamento y notificará al prefecto López Lavalle que vamos a bombardear su puerto, a fin de que retire a tiempo a la población civil. ¡No procedió igual el *Huáscar*, hace unos días, cuando fue a cañonear Antofagasta, señores! —prosiguió el comandante, exaltándose nuevamente—. Los aliados han creído poder burlarse impunemente de nosotros; las aventuras del *Huáscar* seguramente ya hacen leyenda en los diarios y los corrillos de Lima. Pues bien, nosotros les vamos a demostrar que, cuando se trata de castigar, también sabemos hacerlo. ¿Comprendido, señores?

Un murmullo bajo fue la única respuesta.

—He aquí las instrucciones —continuó el jefe—. A las 12 en punto del mediodía, el *Blanco* disparará la primera andanada con sus baterías gruesas. Aquélla será la señal para comenzar el bombardeo. El *Cochrane* destruirá el sector del puerto; el *Blanco*, el muelle, la estación de ferrocarril, la prefectura, la aduana y el cuartel central, sede de los regimientos peruanos; la *Magallanes* y el *Abtao* reducirán a escombros el sector norte y bombardearán los campamentos de los regimientos bolivianos establecidos en la playa del Colorado. Después los blindados tratarán de alcanzar con sus cañones los fuertes improvisados en las cumbres de los cerros Molle y Colorado y las tolderías de soldados enclavadas en los cerros que espaldean el puerto. ¿Entendido?

—Entendido, señor almirante.

—Bien, eso es todo. Pueden retirarse, señores. Buenas noches.

Los cuatro comandantes abandonaron la cámara preocupados. La orden les había dejado francamente incómodos.

—Me parece una maniobra muy delicada, comandante López —iba diciendo al comandante del *Blanco*, mientras cruzaban hacia la escalerilla, bajo la cual los esperaba la lancha—. En Iquique hay muchos chilenos; van a sufrir las consecuencias también dijo el comandante Simpson.

Por su parte, el comandante Latorre venía conversando con el comandante Thomson, unos pasos más atrás.

—Dime, Manuel, ¿qué opinas tú de esto de bombardear Iquique? —preguntaba el jefe de la *Magallanes*.

—Ah, no me preguntes nada, Latorre —repuso el comandante del *Abtao*—. Bien sabes que es una falta penada por la Ordenanza criticar las órdenes de los superiores.

Thomson era el brazo derecho del contralmirante Williams. Marino de una audacia ilimitada, era considerado por sus compañeros como un irreflexivo, capaz de dar una sorpresa en el momento menos esperado.

—Será falta grave para la Ordenanza, pero me parece bastante mal cañonear el puerto; mal para nosotros mismos, Thomson —declaró Latorre.

—¿Por los remordimientos? —le sonsacó riendo el jefe del *Abtao*.

—¡Por las consecuencias, hombre! —repuso fastidiado Latorre.

Los otros dos comandantes se detuvieron al oírlo decir:

—¿Pero ninguno de ustedes se da cuenta de nuestra situación? ¿No han entrevisto que si el almirante Grau llega a enterarse del estado en que se encuentran nuestros buques en esta bahía, gana la guerra ahora mismo, de un solo golpe?

López y Simpson lo contemplaron perplejos, Thomson lanzó una carcajada.

—¡Caramba, Latorre —exclamó riendo—, tu admiración por Grau te va a llevar a pedirle que te firme tu álbum de poesías!

—¡No seas idiota, Thomson! Escucha. ¿Has pensado en qué ocurriría si en estos momentos apareciera en la boca de la bahía el *Huáscar*?

—¡Rediablos, sería espléndido! ¡Nos dábamos el gusto de salirle al encuentro, por fin, y darle la paliza que se merece!

—¿Salirle al encuentro?… ¿Salir?… ¿Con qué?…

Latorre lo había atrapado de una de las solapas y lo atraía, sin violencia, hacia él.

—¿Moveríamos las máquinas de los barcos con qué?… ¿Con aire? —seguía preguntándole, y llevándose la mano al corazón, concluyó—: ¡Oh, sí, ya sé con qué las moveríamos: con el fuego de nuestro patriotismo!

Los tres hombres que lo escuchaban esperaron con cierto respeto a que ampliara su explicación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Simpson.

—Que si el monitor viene a colocarse frente a la bahía ahora, se termina la guerra y la gana el Perú. Sí, Thomson, no me mires con cara de tonto. Si Grau no deja entrar a ninguno de nuestros barquichuelos carboneros, ni a ningún transporte, nosotros, la formidable escuadra chilena, como no tenemos combustible, nos quedamos anclados aquí, entre los cañones movedizos del *Huáscar* y los torpedos que están preparando en tierra. Y mientras nosotros permaneceríamos encerrados, los demás barcos de la escuadra peruana: la *Pilcomayo*, la *Unión*, el monitor *Manco Cápac* y sus buques menores, capturarían nuestros transportes, bombardearían nuestros puertos y llevarían sus tropas al punto que quisieran; en un mes, Chile estaría rendido y las tropas peruanas se pasearían por Santiago.

Thomson silbó entre dientes.

—¡Diablos que eres optimista, Latorre! —exclamó— ¿Todos esos alegres pensamientos te provoca la idea de bombardear Iquique?

—Hacerlo, Thomson, significa atraer a este sitio a todos los barcos que andan por los alrededores. ¿Y quién puede asegurarnos que nadie…, nunca falta un traidor o un espía…, que nadie avisará a Grau que nuestros barcos no tienen carbón ni para correr cien metros?…

—Tienes razón, Latorre —murmuró López.

—¡Caramba que la tiene! —confirmó Simpson—. ¿Y por qué no le expusiste esas razones al almirante?

Los otros tres lo miraron burlonamente, como pensando: «¿De dónde cae este pájaro que no está enterado?».

—¡Oh, sí, sí, no me digan nada! —los atajó Simpson—. Ya comprendo.

—Bien, regresemos a nuestros barcos —propuso Latorre, poniendo término a la discusión.

Pisaba Simpson el primer peldaño de la escalerilla que conducía a la lancha, cuando de lo alto de la cofa del blindado bajó el alerta de un vigía.

—¡Barco a popaaaa!… ¡Barco a popaaaa!…

Los jefes se volvieron y divisaron claramente las luces de

posiciones de un barco.

—¿El *Huáscar*? —exclamó Simpson, anhelante.

—¿Crees tú que puede ser el monitor? —preguntó Thomson a Latorre.

Éste trataba de perforar la obscuridad, aguzando la mirada.

Prevenidos por la guardia, los oficiales del *Blanco* salían a cubierta. El contralmirante Williams, de una ojeada, localizó las luces que provocaban la alarma y dio orden de tocar zafarrancho. Mientras la corneta hacía saltar de sus literas y coyes a toda la tripulación, se dirigió al maestre de señales, que ocupaba su puesto junto a la aleta de babor.

—¡Destelle a la *Magallanes* para que salga de la bahía a investigar qué barco es ése!

Latorre, que se le había aproximado, se hizo presente:

—Perdón, señor almirante, pero la *Magallanes* está también sin carbón.

Al oír aquella voz inesperada, el contralmirante se volvió hacia los comandantes.

—¡Ustedes aquí todavía! Los hacía en sus barcos, señores.

—Íbamos a tomar la lancha en este momento, señor —explicó Thomson, consultándole a continuación—: ¿Qué buque sospecha usted que puede ser aquél?

—No tengo la menor idea —contestó el contralmirante con indiferencia—. Tal vez un vapor de la carrera.

—O… el *Huáscar* —aventuró tímidamente Simpson.

—¿El *Huáscar*? —repitió el jefe, como si recién se le ocurriera esa posibilidad—. Nos encontraría en un muy mal momento —comentó.

Cuando regresaron a sus barcos, los cuatro comandantes dispusieron mayores medidas de vigilancia y ordenaron que toda la tripulación se mantuviera sobre las armas durante la noche entera.

Por fin amaneció ese 31 de mayo.

La camanchaca empezó a levantarse y su trasluz nebuloso, desfigurando los contornos del barco incógnito, siguió estirando los nervios de los marinos.

—Parece una fragata inglesa —comentaban algunos. ¿No será la *Turquoise*?

—Yo juraría que es la *Unión* —afirmaba otro—. Tiene las bordas

altas como ella.

—¡Qué va a tener bordas altas ésa, hombre! —corregía un tercero—. Y barco con bordas tan apegadas a la superficie del mar hay uno solo, compañeros, uno solo…

No era necesario pronunciar el nombre; todos lo adivinaban: el *Huáscar*.

En invierno, la camanchaca de los mares que enfrentan al desierto de Tarapacá tarda en disiparse. Serían las siete y media de la mañana cuando el comandante Latorre volvió a insistir con su catalejo. Mantuvo el anteojo enfocado sobre el barco misterioso, hasta que, repentinamente, lo bajó, perplejo.

—No puede ser —murmuró. A ver, contramaestre, mire usted y dígame qué barco le parece.

El suboficial se llevó el catalejo a los ojos e inmediatamente volvió su rostro asombrado:

—Pero ¿que no lo habían hundido, mi comandante? ¡Todo el mundo decía que lo tenían que haber echado a pique!

—Entonces…, usted estima que es el mismo barco que creo yo.

—¡Clarito, pues, mi comandante: es el *Matías Cousiño*!

Era el carbonero que se daba por perdido. Todo el mundo se quedó boquiabierto, cuando su comandante se atrevió a introducirlo en la bahía y lo ancló cerca del *Blanco*.

El barco había permanecido 13 días en un mismo sitio, frente a la quebrada de Camarones, esquivando a todos los buques enemigos.

—Llegó un momento, señor almirante —confesó su comandante —, en que llegué a temer más a mi tripulación que a los barcos peruanos.

El contralmirante estaba profundamente irritado, pero no podía desahogarse en el jefe del *Matías*, Éste había obedecido sus órdenes hasta el momento en que el *Huáscar* lo obligó a huir hacia el sur.

Esto motivó nuevos comentarios en la escuadra. Afortunadamente, el carbonero venía a salvar la difícil situación en que se encontraba la flota y todos los barcos se surtieron de combustible.

El contralmirante volvió a insistir sobre su proyecto.

—Ya que el *Huáscar* se ha ido al norte, vamos a aprovechar para cumplir nuestro bombardeo de Iquique. ¡Comandante López,

enviaremos a un oficial a tierra para que comunique al prefecto que cañonearemos el puerto mañana, 1.º de junio, a las doce en punto del mediodía!

El efecto de la notificación llevada por el parlamentario fue instantáneo. No había éste alcanzado a regresar a su barco, cuando empezó a producirse el desbande en el puerto. Aunque el mensaje del contralmirante fue dado al prefecto en su despacho, estaban en él también algunos ayudantes y subalternos de la prefectura y se hizo imposible mantener el secreto. En minutos, la noticia corría por el pueblo, y la gente empavorecida, sin recapacitar en que el bombardeo se anunciaba para el día siguiente a las doce, se lanzaba hacia los cerros.

—Hay que evacuar el pueblo —era lo único que atinaba a pensar el prefecto López Lavalle—, presintiendo que los cañones de los cinco barcos de guerra no dejarían un muro en pie. Incapaz ya de reflexión, ordenó leer un bando en las calles, urgiendo a la población a abandonar la ciudad. Y hubiera continuado alimentando la alarma, de no haberlo interferido el general Buendía.

—¿Está usted loco, señor prefecto? No hay derecho para sembrar el pánico en forma tan irreflexiva —lo recriminó rudamente.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer, general, que instar a la gente a abandonar Iquique? No tenemos cómo defendernos.

—Hay que evitar el desastre, prefecto, pero procediendo con calma y juicio. No podemos pensar solamente en salvar a los pobladores. ¿Qué haríamos con una masa humana sin tener casas donde cobijarla? ¿La llevaríamos a través del desierto hasta Pisagua, hasta Arica, hasta Tacna?… ¿Y la defensa de este punto de la costa, cómo la haríamos? ¿El ejército cómo subsistiría en las alturas de la pampa, sin tener como base de apoyo este pueblo?

—Oh, yo no sé, general. Sólo atino a pensar que, dentro de un día, las bombas van a caer sobre Iquique.

—La solución no está en salvar solamente a los pobladores y a los soldados —afirmó el general Buendía—, sino en salvar la ciudad misma.

—Bien, bien; usted insiste en que hay que impedirlo, pero dígame cómo podemos hacerlo —replicó el prefecto, olvidando el

respeto que debía al general en jefe del ejército—. ¿Quién va a meter en la cabeza de esos bárbaros, henchidos de rencor por el hundimiento de la *Esmeralda*, que no efectúen el bombardeo?

—La *Esmeralda* misma —afirmó el general.

López Lavalle se quedó mirándolo como quien observa a un loco.

El comandante en jefe no se apresuró a explicarle, sino que le preguntó:

—¿No mantiene usted en Iquique a los sobrevivientes de esa corbeta?

—Por supuesto —asintió el prefecto. Son 49 marineros y 8 oficiales.

—¿Y no cree usted que esos 57 individuos podrían ser un magnífico escudo para nuestro puerto? —aclaró triunfalmente el general.

—¡Caray, general Buendía, tiene usted razón! —exclamó iluminado don Ramón López Lavalle.

—Si el almirante chileno llega a saber que los oficiales y tripulantes de la *Esmeralda* van a ser las primeras víctimas de su bombardeo, ¿cree usted que dará la orden de fuego? No, señor prefecto, no la dará.

El jefe administrativo sintió que la tranquilidad le volvía al espíritu. Todo residía en hacer llegar al jefe enemigo la información de que los sobrevivientes de la *Esmeralda* serían distribuidos en los sitios más expuestos, a fin de que sus vidas sirvieran de escudo al pueblo.

El prefecto se dispuso a mandar un emisario a la nave capitana enemiga, pero el general Buendía lo contuvo.

—¡Un momento, señor López! —le dijo—. Voy a pedir a usted un favor.

El viejo militar vaciló, como si se resistiera a la idea que acababa de ocurrírsele.

—Verá usted —declaró finalmente—. Tengo algunas sospechas de cierta persona, que hasta ahora me había merecido mucha confianza. Creo…, adivino que está manteniendo relaciones con el enemigo. Ésta sería una oportunidad para comprobarlo.

El prefecto volvió junto a él, abiertamente interesado.

—Escuche usted —siguió explicando el militar—. Los ocho

oficiales de la *Esmeralda* deben ser trasladados a una celda de esta prefectura, a un calabozo o habitación que tenga una ventanilla a la calle.

—No es difícil —aprobó el prefecto—; en la parte posterior de este edificio hay varias pequeñas bodegas que tienen ventanillas a la calle, cerradas por barrotes.

—¡Magnífico! Cuando estén aquí esos prisioneros, yo me encargaré de hacer saber a la persona que inspira mis dudas el sitio en que quedarán esos hombres y le advertiré que, en caso de producirse el bombardeo, los primeros en sufrir las consecuencias serán ellos.

—Ah, comprendo —aprobó el señor López—. Esa persona desleal intentará comunicar este hecho a la escuadra chilena y…

—Y si no se realiza el bombardeo, sabremos, es decir, sabré yo a qué atenerme.

No terminaba de desmontar el general Buendía frente a la casa de Leonora Latorre, cuando la propia señora abrió la puerta y se adelantó a recibirlo.

—Buenas tardes, Juan —dijo nerviosamente—. Mi criada me ha traído una información que me resisto a creer.

—¿Cuál, mi querida niña? —averiguó el general, con estudiada calma.

—Que los barcos chilenos van a bombardear Iquique.

El general no hizo comentarios. La mujer le insistió cuando se quitaba el quepis y el sable.

—¿Es verdad eso? Dígamelo, general.

—Sí, es verdad. Esta mañana han mandado un ultimátum al prefecto, instándolo a evacuar a los civiles, porque cañonearán la población mañana a las doce en punto.

—¡Bombardear Iquique! Pero ¿por qué, Dios santo?

La joven se había puesto pálida e, inconscientemente, apoyaba su diestra en el antebrazo del general.

—¿Acaso no piensan en las mujeres…, en los niños? —murmuró con amargura.

—Y en los muchos prisioneros chilenos que hay aquí —dejó caer

el general.

—¿Qué prisioneros? —saltó Leonora. ¿Los sobrevivientes de la *Esmeralda*?

El general sonrió con indiferencia.

—¿Cuáles otros podrían ser? —comentó displicente—. Los prisioneros de la *Esmeralda* son los que corren el mayor riesgo, Elena. Imaginese usted, están encerrados en la prefectura, recinto que tendrá el privilegio de recibir las primeras balas enemigas.

—¡Es un crimen mantenerlos allí! —exclamó Leonora, sin poderse contener.

—Mayor crimen es bombardear un pueblo —retrucó el general, sonriendo.

Luego, simulando no percatarse del ansia reflejada en el rostro de la chilena, entró en la sala y se dejó caer en un sillón.

—Pero ¿qué sacamos con amargarnos nosotros, querida, si nada podemos hacer? —comentó con falsa resignación—. La escuadra chilena se dará el placer de cañonear Iquique y el prefecto, en desquite, se dará también el placer de mantener a los prisioneros en una celda de la aduana.

Leonora lo contemplaba, crispada por el tono zumbón con que se refería a los sobrevivientes de la corbeta.

—Bueno, mi amiga —dijo el general—, sea usted tan gentil como siempre y ordene a su criada que nos sirva nuestra taza de té, como todas las tardes.

Leonora se mantuvo silenciosa durante la hora y media que el general permaneció en su casa. El viejo señor charlaba jovialmente, fingiendo no percatarse del mutismo de la joven. Pero llegó un instante en que ésta no pudo soportar más.

—Perdóneme, Juan —dijo, a punto de perder el control—, pero no…, no me siento bien. Parece que este clima, estos atardeceres… me alteran. Casi todas las tardes sufro dolores de cabeza y…

—Oh, sí, comprendo, Elena —se apresuró a decir el general—. Y quisiera usted estar sola, ¿verdad?

—Le ruego no tomarlo a mal, Juan —se excusó la joven—. Usted sabe que su compañía es la única entretención que tengo, pero… ¡por favor, déjeme sola!

El general se puso de pie. La miró con terrible dureza, pero luego sus pupilas se velaron con una sincera expresión de pesar. Sin

una palabra, recogió su sable y su quepis.

—Hasta mañana, Elena. Deseo con toda mi alma que duerma usted bien esta noche.

—Gracias, Juan —respondió la joven, sin levantar los ojos, por lo que no pudo ver el gesto de pena con que él la contempló antes de salir.

Cuando oyó el ruido de la puerta que se cerraba, Leonora levantó la cabeza y se quedó escuchando el retintín de los espolines del general encaminándose a su caballo y luego el golpe rítmico de los cascos, alejándose. Corrió entonces al interior de la casa, en busca de la criada.

—¡Elcira! tienes que ir inmediatamente al escondite de don Roberto Rodríguez.

Sabes dónde está, ¿verdad? Pues, ve y dile que necesito que venga esta noche misma a verme.

Dos horas más tarde, un soldado golpeaba en la puerta del cuarto que el general Buendía ocupaba en el cuartel general. La puerta le fue franqueada por el propio jefe, quien lo instó a entrar.

—¿Y bien?… —lo interrogó el general, con ansiedad.

—Cumplida su orden, señor —respondió el soldado—. Después de que usted dejó la casa, salió de ella una criada, la que cruzó hasta el pueblo y fue a llamar en una casucha de pescadores, a media cuadra del muelle.

—¿Averiguaron quién vive allí?

—Sí, señor general; un lanchero llamado Galvarino Fuentes.

¡Galvarino! —repitió Buendía sordamente—. Nombre chileno, no hay duda.

—La criada regresó enseguida a la casa de su ama, pero poco después salió de la casucha del pescador un desconocido, vestido de andrajos, quien fue recibido, por la puerta falsa, en la vivienda de la señora que interesa a usted, señor.

—Me lo imaginaba —musitó el militar, aplastado—. ¿Y qué más?

—Ese mismo hombre abandonó la casa y regresó al sitio de donde había salido. Tuvimos que esperar media hora y ya pensábamos que no volvería a aparecer, cuando dejó la casucha en compañía del pescador Galvarino Fuentes. Hurtando el cuerpo a las patrullas, sacaron un pequeño bote que mantenían escondido

debajo de redes y velas. En él se internaron en el mar, aprovechando la penumbra del obscurecer. Eso es todo, señor.

—Está bien, soldado —aprobó Buendía, cansadamente—. Regrese a su puesto de observación y avíseme cuando esos hombres estén acercándose, de regreso a la playa.

Cuando el soldado salió, el general dejó caer la cabeza entre los dos puños y permaneció sentado largo rato, repitiendo, dolorido:

—Elena, por Dios, ¿por qué tenía que ser así?

Más tarde se colocó el capote y el quepis y salió hacia la prefectura.

Una hora después contemplaba la rada de Iquique, desde lo alto de la torre de madera de la prefectura.

Había luna. Por sobre las azoteas de las casas se divisaban las luces movibles de los grandes barcos de la escuadra chilena. Por precaución, los jefes enemigos los mantenían alejados de la costa durante la noche. Habían sabido que técnicos peruanos trabajaban en aprestar un enorme torpedo en una casucha vecina a la playa. Se habían enterado de esto como de muchas otras cosas referentes a las fuerzas
perú-bolivianas
acantonadas en Iquique. Ahora descubría el general Buendía cómo y por conducto de quién se informaban. Elena Alcérreca, la mujer que él amaba, la fascinadora chilena que había traído encanto a sus años seniles, era la espía.

Las mandíbulas del general se contraían de enojo, pero, al mismo tiempo, sus ojos se humedecían de lágrimas. La veía ya, empequeñecida, ante los coroneles del consejo de guerra y luego, acurrucada en el banquillo de la muerte, frente al piquete de fusilamiento.

A las dos de la madrugada, el contralmirante Williams fue despertado por el oficial de guardia del *Blanco*.

—Es un hombre extraño el que insiste en hablar con usted, señor —comunicó el oficial a su superior—. Viene vestido de andrajos y lo acompaña un lanchero chileno.

—¿Los dos son chilenos? —averiguó el contralmirante.

—Así parece, por la forma de hablar, señor. Y vienen de Iquique. El que lleva la voz cantante exige entregar un mensaje urgentísimo a usted.

«Agentes del servicio secreto», pensó el jefe de la escuadra, por lo que ordenó:

—Haga pasar al principal aquí; al otro, el lanchero, manténgalo custodiado en cubierta.

Minutos más tarde, el señor Rodríguez se presentaba, revelando su identidad:

—Servicio secreto, señor almirante.

—Me lo imaginaba —repuso secamente el marino.

Siempre había sentido desprecio por ese tipo de combatientes.

Por eso, cuando el recién llegado le especificó:

—Soy el agente Roberto Rodríguez, director de la red de espionaje tendida en Tarapacá…

Lo interrumpió con un tajante:

—¡Abreviemos, señor! Soy hombre se armas y no concibo otro sistema honroso de hacer la guerra.

Rodríguez se recogió ante el inesperado ataque. Pero su sistema nervioso, habituado a vivir en peligro, se afinó de inmediato. Cautamente dijo al marino, con voz lenta:

—Pues, si no existiera el otro sistema de hacer la guerra, usted mataría mañana a todos los sobrevivientes de la *Esmeralda* con sus propios cañones.

El contralmirante saltó, como picado por una avispa:

—¿Qué dice usted?… ¿Dónde están los tripulantes de la corbeta?

—En la prefectura de Iquique, colocados allí para servir de primer blanco a los cañones de esta escuadra.

El marino comenzó a pasearse nerviosamente por la cámara.

—¡Condenación! —murmuraba entre dientes. ¿Cómo nadie me informó?

—Eso es lo que está haciendo en este momento el servicio secreto que usted desprecia, señor le hizo ver el agente, sin ánimo de molestarlo.

—¿Y si usted no perteneciera al servicio secreto chileno, sino al peruano? —le espetó el contralmirante, plantándose frente a él.

Rodríguez echó mano a un bolsillo interior y sacó un trozo de

papel ajado.

—Nos precavimos contra sus sospechas, señor —dijo, alargándole la carilla—. Aquí tiene usted una nota escrita de puño y letra del segundo comandante de la *Esmeralda*, teniente Luis Uribe. Nos la entregó por entre los barrotes de la celda, confiando en que su jefe evitará fusilar a los 57 sobrevivientes de la corbeta.

El contralmirante le arrebató el pliego, molesto. Poniéndose bajo la lámpara, leyó:

> *Iquique, junio 1.º de 1879. Señor Comandante en Jefe. Aprovecho la oportunidad que se nos da para avisar a usted que estamos alojados en una pieza de la prefectura. Dios guarde a usted. LUIS URIBE.*

El señor Williams permaneció un momento inmóvil.

—¿Están todos en la prefectura? —preguntó, comenzando a amoscarse por aquel inconveniente.

—No, señor, sólo los oficiales.

—¿Y la marinería?…

—La han distribuido en distintos sitios, los más expuestos al bombardeo, por supuesto.

El jefe de la escuadra estrujó el papel dentro de una mano.

—¡No podré cañonear este puerto maldito! —barbotó furioso—. ¡Tampoco consigo esto! ¡Estoy dándome de cabezazos contra un muro de granito!

—La guerra es así, señor —lo consoló Rodríguez, impresionado —. Si hoy falla un plan, quizás mañana encontraremos otro mejor.

—¡Qué sabe usted de la guerra! —gritó el contralmirante, descontrolado.

El rostro del agente volvió a endurecerse.

—Los del servicio secreto la estamos viviendo desde antes de declararse, señor —replicó—. Somos los únicos que, hasta ahora, hemos combatido en territorio enemigo. Usted y todos los suyos están seguros en sus blindados. ¿Y los del servicio secreto, en cambio?… ¿Sabe usted que, en este mismo momento, en Iquique, se juegan la vida dos mujeres chilenas, para que yo pueda traer a usted este mensaje?

—¿Dos mujeres? —reflexionó asombrado el marino.

Su naturaleza caballerosa resucitó ante la revelación de aquellos hechos.

—Perdón —murmuró—, yo no quise disminuir el mérito de ustedes, pero ¡es que estoy envenenado por la mala suerte que se ha obstinado en perseguirme y por esta maldita enfermedad que me trastorna de dolores!

El rostro de Rodríguez volvió a la serenidad.

—Lo lamento, señor almirante —dijo, comprensivo—. Excúseme usted, debo retirarme. Mientras más demoro en regresar, menos probabilidades tengo de desembarcar sin ser visto. ¿Suspenderá usted el bombardeo de Iquique?

—Naturalmente —respondió el contralmirante, abatido—. Pero mantendré el bloqueo. La campaña definitiva, o sea, el ataque terrestre y marítimo combinados, tienen que comenzar pronto y su primer paso será la posesión de este puerto.

—Ojalá así sea. Mantendremos entonces nuestro servicio de informaciones en Iquique mientras nos sea posible. Hasta la vista, señor almirante.

El jefe de la escuadra le alargó su diestra.

—Gracias, señor —dijo—. Cuenten ustedes con nosotros. Si se encuentran en peligro, refúgiense en los barcos de la escuadra.

Rodríguez se encaminaba hacia la puerta, pero regresó al oír aquella oferta.

—Es verdad, señor —aceptó—. Podrían servirnos en caso de grave peligro. ¿Cómo podríamos avisarles si necesitamos que nos recojan en alguna ocasión?

—Se llevará usted dos luces de bengala, de las que utilizamos para señales nocturnas. Cuando les sea precisa nuestra ayuda, enciendan una en algún sitio visible. Quince minutos después estará una de nuestras lanchas a vapor recorriendo la playa. Entonces señalarán ustedes el sitio en que estén escondidos alumbrando la segunda bengala.

—Perfecto. Gracias, señor almirante.

Pisaba Rodríguez la escala de gato, para descender, cuando desde la lancha le llegó la voz del botero Fuentes:

—¡Tenemos que bajar a tierra al tiro, señor Rodríguez, si queremos que no nos pillen!

El agente estuvo rápidamente en la lancha.

—Vamos al momento, Galvarino —dijo, tomando los remos—. Pero ¿por qué pareces asustado?

—¡Chis, y no voy a estarlo, patrón! Acaba de estar aquí la lancha de la *Magallanes*, que andaba vigilando la costa, y uno de sus tripulantes le gritó a aquel oficial del *Blanco* que los peruanos están llenando la playa de *sordaos*, que se los *veida* a la luz de la luna.

«Nos han descubierto», pensó Rodríguez, pero no lo dijo por no alarmar más a su compañero. Preguntó:

—¿Nadas bien, Galvarino?

—Claro, patrón, pero…, quizás fuera mejor que no desembarcáramos esta noche.

—No, muchacho, nos esperan las dos mujeres. Si nos están intentando cazar a nosotros, quiere decir que es casi seguro que las han descubierto a ellas también. Sería indigno que las abandonáramos.

—Es cierto, patrón —aprobó el lanchero—. Echémosle para la costa entonces.

Bogando con cuidado para no golpear las olas, fueron avanzando hacia la playa.

Ambos aguzaban la mirada, para ver qué estaba ocurriendo en ella.

Pero los soldados que los esperaban, mandados por el general Buendía, estaban escondidos entre las rocas. Inmóviles, escrutaban la bahía. El general los había extendido en un largo cordón. Repentinamente, uno de ellos, que atisbaba desde la parte más alta de una roca, se agachó hacia uno de sus compañeros. Éste anunció al de más abajo:

—Allí vienen. Van a atracar la lancha detrás del enrocado.

La voz se corrió y todos comenzaron a moverse hacia el punto indicado.

—Quiero atraparlos vivos —recomendó el general Buendía, movilizándose junto con sus hombres—. Sólo si intentan huir, disparen.

La lancha de los chilenos se había deslizado sobre la arena de una pequeña caleta. Ambos hombres saltaron rápidamente a tierra y arrastraron la embarcación, con el propósito de esconderla. Los soldados peruanos asomaron sobre las rocas:

—¡Alto!… ¡Deténganse o hacemos fuego!…

Rodríguez abarcó fugazmente el escenario. Si lograban escabullirse entre las rocas de la derecha, tenían alguna posibilidad de escapar.

—¡Arranca, Galvarino! —ordenó en voz baja a su compañero, al mismo tiempo que se agazapaba y daba un salto hacia el roquerío.

El lanchero intentó seguirlo, pero al impulsarse para saltar, le resbaló un pie. Aquella demora dio tiempo a los soldados para hacerle la puntería. Diez estampidos sonaron simultáneamente y el lanchero se retorció. Sin embargo, se puso de pie y, con cierta torpeza, corrió hacia las rocas.

Las balas arrancaban chispas de ellas, y se desviaban, rebotando.

Rodríguez corría, saltando de risco en risco, pero se detenía de vez en cuando, preocupado por su compañero. Por fin lo vio acercarse, avanzando con dificultad.

«Viene herido», pensó el agente. Si se detenía a esperarlo, caerían los dos prisioneros, o serían muertos allí mismo. Aquello significaba también la pérdida de Leonora y de su criada. Se desbarataba la red de informantes. El lanchero tenía que ser sacrificado.

Dio media vuelta y corrió, culebreando agachado, por entre las rocas negras.

No había alcanzado a dar diez pasos, cuando una descarga cerrada y un alarido le advirtieron que Fuentes había sido ultimado.

Los soldados y el general llegaron a la carrera junto al lanchero. Uno levantó un farol y lo aproximó al rostro del agonizante.

—¿Lo conoce alguno de ustedes? —preguntó el general Buendía.

—Sí, señor —respondió un soldado—. Es un hombre de mar, llamado Galvarino Fuentes.

El cuerpo del lanchero se estremecía, en un esfuerzo por conservar la vida.

Junto con borbotones de sangre, se le escapaban palabras quejumbrosas.

El general Buendía se inclinó y alcanzó a oír:

—¿No le decía, patrón? *Agora* no vuelvo más para Chile… Mi negra me va…, me va a quedar esperando en Rancagua…

Una arcada de sangre le cortó las palabras y el hombre quedó laxo. El tiroteo recrudecía en algún lugar próximo. El general y sus acompañantes corrieron en la dirección en que sonaban los

estampidos.

Los perseguidores avanzados habían visto a Roberto Rodríguez.

El agente buscaba pasar hacia el pueblo, con la esperanza de poder perderse en las callejuelas. Para lograrlo tenía que exponerse a los fusiles, al cruzar por encima de las rocas, que, como un muro, lo separaban del pueblo.

Corría por una especie de garganta abierta entre dos paredes de roca, pero repentinamente aquélla se terminó. Los soldados venían demasiado próximos. De un salto, trepó al filo de las rocas. Alcanzó a ver que, hacia la derecha, había un acantilado cortado a pico sobre el mar y, a la izquierda, un sembradero de riscos que no iban a servirle de escudos. Titubeó un momento, en lo alto de las rocas. Todos los fusiles dispararon sobre él. Dio un grito ronco, alzó los brazos, como sacudido por un golpe eléctrico, y se desplomó, rodando desde lo alto del acantilado hasta las olas, que removían un bosque de huiros.

Los soldados y el general llegaron hasta el sitio donde había caído y contemplaron, escalofriados, el movimiento de las olas que se habían tragado al agente chileno.

—Regresemos —dijo el general, impresionado.

Al entrar al pueblo, el general, que iba junto al sargento que encabezaba la columna, le ordenó:

—Ahora tendrán ustedes que arrestar a dos mujeres que viven en el camino al cerro Molle, en una casa cuyas señas les daré. Son… —tragó saliva—, son cómplices de estos espías que acaban ustedes de ultimar.

—¡Ajá! —aprobó el sargento con cierto maligno placer—. ¿Y las fusilaremos ahora mismo?

El general sintió que los nervios le daban un terrible sacudón.

—Eso lo decidirá el consejo de guerra —murmuró. Silencio ahora. Marchen hacia el Molle. Yo les indicaré cuál es la casa y en seguida me retiraré al cuartel. No quiero presenciar la detención de esas mujeres.

Diez minutos más tarde, la columna se detenía y el general mostraba una casita aislada, junto al camino y al pie del cerro Molle.

El general regresó solo hacia el pueblo y la columna se abrió en dos hileras para abrazar la casa entre ellas.

25

Las descargas de fusilería en la costa advirtieron al contralmirante Williams que los agentes secretos que lo visitaran habían sido descubiertos y sacrificados.

El pesar que le produjo aquel hecho tuvo la virtud de afincarlo en su propósito de acelerar los acontecimientos para que la campaña general se iniciara con la ocupación de Iquique.

Al día siguiente, aprovechando el cruce de un vapor de la carrera, envió un emisario al general Justo Arteaga, solicitándole víveres y municiones para seguir manteniendo el bloqueo hasta que el ejército estuviera listo para trasladarse a la costa de Tarapacá.

Fue la primera noticia de la escuadra desde el 16 de mayo, fecha de su desaparición.

—¡Hum, ahora aparece el almirante Williams, pidiendo elementos para continuar el bloqueo! —exclamó el general en jefe —. ¡Es para mandarlo al infierno!

Parecida reacción tuvo la prensa del país, al divulgarse la reaparición de la escuadra.

«Se resuelve la charada de la escuadra», publicaba el diario *Los Tiempos*.

«Un paseo por el Callao», anotaba, a su vez, *El Mercurio*.

Los titulares de todos los periódicos eran un reproche enconado hacia los directores de la flota, que con su inoportuno alejamiento hacia el Callao habían permitido el martirio de Arturo Prat y de sus hombres.

Para el Gobierno, que recibió noticias detalladas explicando el porqué de la ausencia de la escuadra, el fracaso del asalto al Callao fue un golpe muy rudo.

—¡Es un desastre, Excelencia! —consideró el ministro de

Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María.

—Alegrémonos que la escuadra está a flote —se conformó don Aníbal Pinto—. Créanme ustedes, señores ministros, que he pasado noches sin dormir, angustiado por no saber adónde se había llevado la flota el almirante.

—Bien hacía Eulogio Altamirano al decir que lo de la escuadra se iba volviendo una charada —machacaba el ministro Santa María —. Todo un pueblo preocupado por ella; el ejército, el Gobierno, todo el mundo ansioso, temiendo que la escuadra pudiera haber sido hundida en algún temerario combate y ¡nada, señor! Simplemente, el almirante esconde la flota desde el 16 de mayo hasta el 5 de junio y aparece, impávido, sin haber disparado un tiro, pero habiendo permitido que nos hicieran picadillo la *Esmeralda*, que…

—¡Basta, señor Santa María, por favor! —tuvo que hacerlo callar el presidente—. Vuelve usted a dejarse arrebatar por sus apreciaciones apasionadas.

—Siempre que piense en el combate naval de Iquique me arrebataré, Excelencia.

La aparición de uno de los edecanes del presidente puso término a la acalorada discusión. El secretario venía a recordar al señor Pinto una misa de réquiem que se oficiaría en la catedral en homenaje a los muertos de la *Esmeralda*.

Minutos más tarde, apareció el capitán José María Pinto, vestido con el elegante uniforme del Batallón Cívico «Carampangue». Con cariño y respeto ayudó a su padre a subir a la carroza y luego galopó junto al estribo del carruaje, escoltándolo.

La catedral estaba solemnemente enlutada. Inmensos paños negros, con cruces blancas en sus centros, cubrían los muros. Las luces de los altares menores y de la bóveda habían sido extinguidas; sólo el altar mayor y un túmulo erigido en mitad de la nave central centelleaban alumbrados por centenares de cirios.

Las tres naves del templo estaban repletas de fieles, entre los cuales primaban las madres y mujeres de los soldados y marinos.

Desde la puerta central hasta el púlpito, formados en dos hileras, abrían calle, como guardia de honor presidencial, los oficiales del Batallón Cívico «Carampangue».

Los batallones cívicos, o de la guardia nacional, se habían

creado mediante una ley de la república que obligaba a todos los hombres en estado de cargar armas a hacer prácticas militares, cuando menos, una vez a la semana.

Naturalmente, cada individuo ingresaba al batallón cívico donde tenía más amigos, ya que cada uno de aquéllos era en cierto modo un club de ejercicio o una hermandad, donde se rivalizaba en la esgrima del sable y la espada, en el tiro al blanco y el manejo de la bayoneta.

Cada batallón cívico tenía sus características propias, dependientes de la clase social y de los medios económicos de sus miembros.

Así, la juventud aristócrata de Santiago formaba en las filas de un batallón en el cual todos se conocían, estando la mayoría de sus miembros unidos por lazos de familia. Este batallón cívico era llamado «Carampangue», nombre de un glorioso regimiento de las guerras araucanas y de la contienda contra la Confederación Perú-boliviana.

Uniformados impecablemente, con armas y cabalgaduras costeadas por ellos mismos, los oficiales del batallón cívico escoltaban al primer mandatario en todas las grandes solemnidades, en los desfiles militares, en las ceremonias diplomáticas, en la función de gala de la ópera el 18 de septiembre y en los grandes oficios religiosos.

Aquel día, al llegar a la misa de réquiem, el señor Aníbal Pinto cruzó por entre la doble hilera de oficiales del «Carampangue».

El jefe de la nación ocupó su sitial y el presbítero don Esteban Muñoz Donoso pronunció su oración fúnebre.

«—Yo no sé si cantar o llorar —empezó diciendo—. Este fúnebre aparato, el dolor que se pinta en vuestros semblantes, el luto de tantos hogares, arrancan lágrimas al corazón. Pero los ecos del vivo entusiasmo, que aún resuenan hasta en los confines de la república, la luz de inmensa gloria con que brilla la imagen querida de la patria, ponen en los labios del alma himnos de admiración y de júbilo».

La voz suave del presbítero llegaba apagada a los rincones, obligando a los asistentes a tender las cabezas hacia él para percibir sus frases.

El orador sagrado, ducho en su oficio, contemplaba sus rostros

atentos. Entonces, cierto ya de que todos bebían sus palabras, hinchó la voz y llenó los ámbitos del templo, en un desborde lírico:

«—¡Ah, esas nobles vidas segadas en flor, esas madres desoladas, tantas esposas sumergidas en llanto, tantos huérfanos que preguntan por sus padres, en medio de la alegría universal, me obligan, sí, a llorar! Pero esos jóvenes generosos, que de un solo golpe se han ceñido la difícil corona de los héroes, esa espléndida victoria, inaudita en los anales de la guerra, ese heroísmo sublime de los que sucumbieron en brazos de la gloria, como también de los que, uno contra ciento y en frágil tabla, vengaron a sus hermanos, estrellando contra las rocas y pulverizando, con valor indomable, a una poderosa y acerada nave, me obligan a cantar la belleza del heroísmo y las inmortales hazañas que inspira el santo amor de la patria!».

Aunque deshilvanadas, las frases del sacerdote estremecían a sus oyentes. De pronto, por el costado derecho del templo, se vio deslizarse a un cura viejo apoyando a un hombre.

Desde su alto sitial, el presbítero Muñoz los vio hender la concurrencia, provocando un ligero trastorno.

«Debe ser un enfermo o un soldado herido», pensó el presbítero, y volvió a concentrarse en su discurso.

A medida que avanzaban hacia la puerta, el clérigo y su acompañado lo oyeron proseguir:

«—Y tú, Señor, Dios de los Ejércitos, que amas a los héroes; tú, que encendiste en el corazón del hombre la llama celestial del heroísmo, para que lo guiase e inflamara en defensa de la patria, pon en mis labios palabras de verdad y de admiración, palabras de consuelo y de esperanza».

El enfermo tuvo que apoyarse en el muro exterior del templo. Alentaba fatigosamente. El clérigo que lo acompañaba se inclinó solícito hacia él.

—Oh, ya ves, Alberto, que yo tenía razón —dijo compungido—. No debiste acompañarme. Sabía que el viaje desde San Felipe y las agitaciones de Santiago te iban a sentar mal.

—¡Oh, es una tontería, padre Gómez! —exclamó el aludido—. ¿Debo pensar que nunca voy a ser un hombre normal?

El viejo sacerdote se revolvió desorientado.

—Hay que tener paciencia, Alberto —rezongó—. Has estado un

mes y días con las piernas maltrechas y no puedes sentirte fuerte simplemente porque tu voluntad lo desea. Vamos, caminemos hasta la plaza y te sentarás un momento.

Lo volvió a asir de un brazo. Pero el mozo era demasiado corpulento y ambos iban tambaleando.

Un suboficial, que venía detrás de ellos, los alcanzó y tomando al hombre del otro brazo, lo apoyó con fuerza.

—Permítanme que los ayude —alcanzó a decir, pero al mirar el rostro del convaleciente, lanzó una exclamación:

—¡Alberto!… ¡Mi amigo Cobo! ¡Y el curita Gómez! Pero ¿qué demonios les pasa?

Era el músico mayor Gumercindo Ipinza, el militar que les presentara hacía un par de meses Rafael Torreblanca en San Felipe.

—¡Ipinza! —exclamó Cobo, reconociéndolo.

—¿Cómo es esto, Gumercindo? —preguntó el cura Gómez—. ¿Que no se marchó usted con el batallón «Aconcagua» al norte?

—No, padre, yo sólo instruí la banda, pero me dejaron en Santiago.

—¿Y qué hace ahora en la capital, hijo?

—Lo de siempre. Instruyo otra banda, la del regimiento «Santiago», que va a partir pronto. Pero ¿qué es lo que tiene usted, Alberto? Caminaba como un borracho.

—¿Qué va a tener? —refunfuñó el sacerdote—. Que estuvo más de un mes en cama, que yo tenía que asistir a la misa del réquiem de los mártires de la *Esmeralda* y que se obstinó en venir conmigo. Dentro del templo le vino un desfallecimiento y he tenido que sacarlo como un fardo.

—No tiene importancia, Ipinza —fingió el mozo—. No le haga usted caso, el padre exagera.

—Oh, naturalmente que sí —aprobó el músico—. Ya verán ustedes qué rápido pasa esa debilidad. Permítame afirmarlo y vamos donde pueda tomarse un cordial. Un trago de coñac lo va a resucitar. Vamos.

Echó a andar, sujetando a Cobo, olvidado de que había envuelto al sacerdote en su invitación. Éste lo miró con malicia:

—Parece que usted me ha convidado a beber un trago, mi amiguito —dijo con solapada intención.

—¡Oh, perdón, padre, perdón! —se excusó el músico—. Pero a

nadie se le ocurriría que el curita Gómez no es capaz de entrar en un restaurante a tomarse unas copas con unos amigos, ¿verdad?

Cuando entraron al restaurante había muy pocos parroquianos y les fue fácil elegir una mesa en un rincón invisible desde la calle. Gumercindo Ipinza quiso sentarse cerca del piano. Pidió una copa de coñac para Alberto, y sendos vasos de vino para el cura y para él.

Hablando hasta por los codos, los divirtió contándoles incidentes de la vertiginosa vida de cuartel que se llevaba en esos días.

—Un traguito nada más, para que Alberto se reponga, y nos marchamos, ¿eh? —había advertido el curita Gómez al sentarse. Pero al poco rato, reía como un niño ante las tonterías que contaba Ipinza.

Así, no se dio cuenta de cómo el restaurante se llenó de gente, en su mayor parte oficiales bulliciosos.

De pronto, una voz muy próxima preguntó:

—¿Y qué le pasa a José María Pinto que no llega?

—Calma, Martiniano —respondió otra—. Tenía que hablar con el presidente y comprenderás que no podía hacerlo hasta que terminara la misa.

Cobo y el cura Gómez miraron en dirección de las voces.

—¿Quiénes son esos oficiales que alborotan tanto? No conozco ese uniforme —consultó Alberto a Ipinza en voz baja.

—Es extraño que no los conozca —respondió el músico, en el mismo tono, y acercando su boca al oído de Cobo, susurró burlesco —: Son oficiales del «Carampangue», el «Batallón de los Pijes».

—¡De los pijes! —repitió el cura Gómez—. ¿Y por qué?…

—Porque está integrado por muchachos de grandes fortunas y de apellidos muy linajudos. Fíjense. Allí están: Félix Sanfuentes, Eduardo Lecaros, Miguel Ureta, José Antonio Echeverría, Juan Rafael Ovalle y…, ¡ah, sí, ése es Martiniano Santa María!

—¡Caray!… —alcanzó a decir el sacerdote, pero no pudo continuar, pues en ese momento los oficiales vecinos se levantaron, saludando con grandes aspavientos a otro oficial que llegaba.

—¡Ahí viene José María Pinto! —gritó uno.

—¡Por fin, hombre! ¡Por fin!

—Es el hijo del presidente de la república, el capitán José María Pinto —explicó, en un murmullo, Ipinza.

—¡Aceptado, muchachos! —gritaba el oficial anunciando, a medida que se aproximaba a la mesa—. Mi padre nos autoriza para cambiar el nombre a nuestro batallón «Carampangue», bautizándolo «Esmeralda»…, ¡y nos ordena preparamos para partir a la guerra!

Todos los ocupantes de la mesa se pusieron de pie, con los ojos brillantes y los rostros radiantes de júbilo.

—¡Bravo!… ¡Bravo!… ¡Partir a la guerra al fin! —gritaban, sin preocuparse de los demás parroquianos.

—¡Cantemos algo alegre para celebrar esto! —propuso un oficial moreno y crespo.

—¡Qué calamidad es que no tengamos un himno de nuestro batallón! —se quejó otro—. ¿Qué cantamos, mi capitán? ¡Eh! ¿Qué cantamos, muchachos?

Todos se miraron, consultándose.

Gumercindo Ipinza se levantó de su silla.

—Con su permiso, padre Gómez —dijo, con el rostro lleno de risa—. Voy a ayudar un poquito a estos muchachos.

De un salto estuvo junto al piano.

—¿Quieren un himno? —preguntó a los oficiales—. ¿Les serviría éste?

Dejó caer las dos manos sobre el teclado.

Era su marcha. Alberto Cobo la reconoció al momento; aquel aire marcial que les hiciera oír hacía algunos meses en San Felipe y que tan hondamente los conmoviera. La marcha noble y sentimental que Gumercindo Ipinza compusiera para decir adiós al regimiento a que había pertenecido toda su vida.

Atraídos por los compases vibrantes, los oficiales corrieron a rodear al músico.

—¿Qué marcha es ésta, sargento? —preguntó entusiasmado el capitán Pinto.

—El himno del «7.º de Línea» —respondió Ipinza, orgulloso.

—¿El «7.º de Línea»? —repitieron varios, asombrados.

—Está usted bromeando. —No existe ningún regimiento que sea el «7.º de Línea».

—Es cierto, no existe ahora —aceptó Ipinza, sin dejar de tocar —, pero existió…, ¡y existirá de nuevo! Así tendrá que llamarse el próximo regimiento de línea que se cree. Ya hay seis en la guerra, falta el séptimo.

—¡El nuestro entonces! —gritó el oficial moreno, sintiendo que aquella música le encarrujaba la piel—. Nuestro batallón «Carampangue» acaba de ser autorizado para cambiar su nombre por el de «Esmeralda».

—¡Y que será el destinado a vengar a Prat! —gritó Ipinza, entusiasmado, mientras seguía tocando. ¡El que vengará a la *Esmeralda* y emulará a los héroes con sus acciones de guerra!

No era preciso espolear más a esos oficiales jóvenes para llevarlos a la exaltación.

—¡Regimiento «Esmeralda», 7.º de Línea! —murmuró José María Pinto, paladeando el nombre.

—¡Vengan todos, canten conmigo! —ofreció emocionado el músico—. Éstos son los versos del himno. Repitan conmigo:

El Séptimo de Línea
partió en correcta formación,
y al frente, con orgullo,
iba flameando su pabellón.
En el pecho se agita
de los soldados la emoción
al ritmo fragoroso
del redoble del tambor.

De a uno, primero; luego, todos a plena voz, corearon las estrofas de la marcha enardecedora. Pronto no hubo un solo parroquiano del restaurante Gage que no cantara con toda su alma aquel aire marcial.

Ese día, el «Adiós al Séptimo de Línea» se incorporó para siempre a la tradición guerrera de Chile.

26

Embriagado todavía por el hechizo de la marcha del «7.º de Línea», Alberto Cobo acompañó al cura Gómez hasta la antigua casa de don Antonio Latorre, en la calle del Peumo, casi al llegar a la de La Moneda. El padre de Leonora había venido con ellos desde San Felipe, pero había preferido quedarse en la casa, sin ánimos para asistir al solemne réquiem.

Contagiado todavía por el entusiasmo de los oficiales del «Carampangue», Cobo no sufrió muy rudamente la impresión de encontrarse otra vez frente a la casa de panzudos balcones.

En el salón principal, los sillones de medallón parecían ahora cosas muertas. Contemplándolos, Alberto recordaba aquella lejana noche de 1876, en que, allí mismo, se realizó la fiesta con que lo despidieron, cuando partía a hacerse cargo de un puesto en una mina de Caracoles.

Sintiendo, sin oír, la conversación que sostenían a sus espaldas el curita Gómez y don Antonio Latorre, el mozo fue recorriendo la sala, dejándose asaltar por los recuerdos. Una melancolía tibia se infiltraba en su ánimo, a medida que iba reconociendo objetos. Sin embargo, no había sentido pena hasta el momento en que, desde el centro de un grupo de retratos familiares, lo miró una fotografía de Leonora.

Alberto sintió como si una aguja se le incrustara en el pecho y le sobrevino un brusco deseo de llorar. Tomó el retrato en sus manos y lo acercó apasionadamente hacia sus ojos. Dentro de un grueso marco dorado se veía el rostro fino e inteligente de Leonora, sus ojos rasgados, húmedos y firmes. Una mantilla de tul le cubría el cabello sedoso, cayéndole sobre un cuello alto de valencianas y muselina. Varias veces, cuando paseaban por la Alameda, recordaba

Alberto haberla visto con aquel atavío.

—El Gobierno tiene que ser muy cauto e impedir que las noticias de guerra las obtenga el enemigo por medio de nuestra propia prensa —decía el señor Latorre en el otro extremo del salón—. Especialmente ahora que están partiendo tantos regimientos hacia el norte.

Hacía un rato, mientras escuchaba a los oficiales del «Carampangue» celebrar la autorización que les había dado el presidente para organizar su batallón y partir rápidamente hacia la guerra, Alberto había tomado la decisión de enrolarse en él.

Ahora, con el retrato de su novia entre las manos, se lo prometía con mayor ahínco.

«En alguna parte tienes que estar, querida —pensaba—; en Iquique, en Arica, en Tacna. Te buscaré hasta hallarte. El batallón "Esmeralda" no puede demorar su partida y yo iré con él».

Los dos caballeros cruzaban la habitación, aproximándose al joven.

—Permítanme que les brinde hospitalidad —ofrecía el señor Latorre desanimadamente—. Van a devolver un poco su antigua vida a esta casa tan triste.

—Gracias, don Antonio —respondió el padre Gómez—. Acepto alojar en su casa esta noche, pero mañana regresaré a San Felipe. Extraño demasiado mi parroquia.

Alberto se llevó consigo el retrato de Leonora a su habitación, y aquella noche, ya acostado, lo contemplaba sobre la mesa velador. Se durmió torturado por la misma pregunta que lo asaltaba en la tarde:

«¿Dónde estarás ahora, mi adorada Leonora?».

Entre cuatro guardias hostiles habían sido sacadas de su casa las dos mujeres. A la luz de la luna, las bayonetas dentadas de los soldados relucían siniestramente, mientras las escoltaban hasta la prefectura de Iquique.

El general Buendía no se dejó ver. Pero la agente chilena comprendió de dónde venía aquel golpe, y presintió que Roberto Rodríguez tenía que haber sido descubierto.

Sin más explicaciones que las tajantes que les dio el oficial de la prefectura, fueron encerradas en una sucia celda.

En el libro de partes de la guardia, el oficial estampó sólo cinco palabras: «Espías chilenas. Consejo de Guerra».

—Don Roberto Rodríguez debe haber muerto, Elcira —comentó Leonora, cuando las dejaron solas.

—Y nosotros moriremos también, señorita —murmuró la criada.

—Es posible, sí —suspiró la joven—. Perdóname; lamento haberte arrastrado a este fin.

Sentadas en el suelo, se quedaron ambas en silencio. No se veían en la obscuridad, pero se presentían mutuamente despiertas, recordando a los seres queridos.

La campana de una iglesia tocó la hora; tal vez las cuatro. Sus sones desafinados ascendieron multiplicados por el silencio, diluyéndose en el cielo iquiqueño.

El señor Eduardo Llanos despertó bruscamente. Creyó, al principio, que eran los sonidos de la campana los que lo habían arrancado del sueño; pero no cerraba los ojos de nuevo, cuando la repetición de unos golpecitos discretos en la puerta de su alcoba lo hicieron enderezarse sobresaltado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó cauteloso.

—Soy yo, don Eduardo —respondió la voz muy conocida del viejo portero de la Sociedad de Beneficencia Española—. Salga usted que hay algo muy extraño en la puerta de la calle.

La voz del empleado era tan temblorosa, que el señor Llanos saltó al suelo. Echándose encima una de las frazadas de la cama, salió al pasillo.

—¿Qué ocurre, Cipriano? —preguntó al anciano.

—Estaba durmiendo, señor, y me despertó un ruido muy suave, como el de un perro que arañara la puerta. Me quedé escuchando y oí…, no sabría decirle, señor, qué oí, pero parecía un quejido ahogado. Miré por la mirilla de la puerta, pero no vi nada. Pregunté entonces quién estaba allí, y, aunque no me respondieron, divisé un bulto monstruoso que se revolcaba al lado afuera, señor.

—¿Un bulto que se revolcaba frente a la puerta? —indagó

estupefacto el español—. Pero ¿qué bulto, Cipriano, por Dios?

—No lo sé, don Eduardo. Parecía un perro enorme o un ternero negro…, yo no sé qué, señor. No tuve ánimos para mirar más. Preferí venir a avisarle a usted.

El señor Llanos regresó a su dormitorio y recogió un revólver del cajón de su mesita de noche. Amartillándolo, salió al pasillo y caminó rápidamente hacia la calle. El portero se quedó atrás, con la lámpara levantada, alumbrando el camino a su patrón.

El señor Llanos se detuvo detrás de la puerta y tendió el oído. Al comienzo no oyó nada, pero de súbito escuchó unos quejidos y ruido de unas uñas rascando la madera. Espeluznado, abrió la mirilla enrejada y preguntó, sin alzar la voz:

—¿Quién anda ahí?

Nadie respondió. Pero los quejidos subieron de volumen, unidos a un jadeo desesperado, como el de un hombre que trata de hablar.

—¿Quién está ahí? —volvió a preguntar el español, sintiendo un escalofrío.

Entonces los quejidos se fueron transformado en un balbuceo penoso. El señor Llanos se agachó y aplicó su oído a la puerta, casi a ras del suelo.

—Yo…, señor Llanos —alcanzó a oír que decía una voz, apenas audible—. Roberto Rodríguez.

El caballero sofocó una exclamación. Enderezándose, asió la tranca de la puerta y la quitó, al mismo tiempo que ordenaba al portero:

—Cipriano, acércate con la luz. Es un amigo y parece que se está muriendo.

El espectáculo que se les ofreció cuando abrieron la puerta los dejó helados. De bruces en el suelo, yacía el cuerpo de un hombre. Sus ropas y su cabello chorreaban agua.

El señor Llanos se arrodilló y, levantándole la cabeza, preguntó, ansioso:

—¿Qué le ocurre, señor Rodríguez? ¿Está usted herido?

—Una bala… en el pecho —silabeó casi desvanecido el agente.

—Cipriano, ayúdame a levantarlo —ordenó el español.

Mientras el portero lo tomaba de los pies, él lo volvió boca arriba, para levantarlo de las axilas. Sus manos quedaron tintas en sangre.

—¡Dios santo! —exclamó horrorizado. Está usted perdiendo mucha sangre.

—Vengo arrastrándome desde muy lejos —murmuró el herido. Luego comenzó a toser, sin fuerzas, debatiéndose por la asfixia que le producían las arcadas, y terminó por desmayarse.

El señor Llanos le apoyó el oído sobre el corazón. Como sintiera que aún latía, lo tomó vigorosamente de los brazos y lo arrastró hacia el interior. El portero, demasiado viejo, no tenía fuerzas para levantarlo de las piernas, y lo iba dejando caer de trecho en trecho.

Algunos minutos más tarde lo tenían tendido en el dormitorio del señor Llanos, y éste le taponeaba una ancha herida abierta en el costado derecho del torso.

El señor Benigno Posadas, presidente de la Sociedad de Beneficencia Española, había sido llamado por el portero y observaba con aprensión las manipulaciones de su compatriota.

La fricción de los trapos sobre la herida terminó por despertar al desvanecido, haciéndolo quejarse penosamente.

El señor Posadas le vertió entre los labios un vasito de coñac, que lo reanimó un poco.

—La bala debe estar metida entre las costillas, tal vez en el pulmón —aventuró el señor Llanos—. Sólo hemos contenido la sangre. Pero tiene que atenderlo un doctor y extraerle el proyectil.

—Ya lo sé… —balbuceó Rodríguez.

—¿Cómo pudieron darle así, mi amigo —preguntó el presidente de la Sociedad, con un escalofrío.

—En la playa —articuló con dificultad el herido—. Caí desde las rocas al mar. Estuve media hora aferrado a los huiros, respirando cuando las olas dejaban de pasar sobre mí.

—¡Vaya resistencia la suya! —comentó don Eduardo, a tiempo que quitaba los trapos para cerciorarse de que de la herida no manaba sangre—. ¿Y después caminó hasta aquí?

—Sí, rodeando Iquique para que no me sorprendieran las patrullas —explicó el agente, agotándose nuevamente.

Los dos españoles se miraron. Comprendían que era forzoso que el chileno fuese atendido al momento por un médico, o, de lo contrario, moriría. Pero en Iquique sólo había dos cirujanos, uno militar y otro civil, ambos peruanos.

Como si adivinara el pensamiento de sus protectores, Rodríguez

volvió a hablar, tratando de sobreponerse a su debilidad.

—No quiero comprometerlos, señores. Me atreví a venir aquí solo porque pude aquilatar la grandeza de alma de ustedes cuando sepultaron al capitán Prat.

—Ojalá pudiéramos hacer algo por usted —dijo angustiado el señor Posadas—; pero no se me ocurre cómo.

—No quiero… exigirles que se arriesguen; pero…

—¿Qué habría que hacer? —inquirió ansiosamente don Eduardo Llanos.

Rodríguez intentó incorporarse.

—En un bolsillo interior… de la manta que traía —explicó el herido, haciendo un esfuerzo… hay una bolsa impermeable.

El señor Posadas registró rápidamente la manta. Allí estaba la bolsa. Deshizo el nudo que la cerraba y sacó del interior dos antorchas de bengala. Volvió junto al herido, sin comprender el uso que podían darles.

—Tengo un acuerdo con el almirante de la escuadra chilena —articuló el agente—. Encendida una de estas luces, vendrá una lancha a vapor y recorrerá la bahía hasta que, mediante la segunda, yo les indique el lugar exacto donde debe recogerme.

El señor Llanos comprendió en seguida.

—Quiere usted que uno de nosotros encienda la primera luz, mientras el otro lo acompaña hasta la playa, ¿verdad?

—No me atrevo a pedírselo, señores —tartamudeó Rodríguez.

Los dos españoles se miraron durante unos segundos; y de pronto, el señor Posadas alargó una bengala a su compatriota, diciéndole:

—Yo encenderé la primera antorcha en la subida de los cerros. La verán bien desde los barcos bloqueadores. Y allí hay menos vigilancia militar.

—Bien. Y mientras usted camina hacia el interior —declaró Llanos—, yo sacaré a nuestro amigo hasta la playa del Colorado. Parta inmediatamente, don Benigno, que usted tendrá que andar más.

El presidente de la Sociedad Española palmeó afectuosamente el dorso de la diestra de Rodríguez y salió.

Don Eduardo Llanos comenzó a echar una apretada venda en torno del pecho del agente. Luego tomó una de sus chaquetas y se la

colocó al herido. En seguida se vistió rápidamente, vació en un vaso una buena dosis de coñac y se la hizo beber a Rodríguez, el que pareció recuperar un poco las fuerzas.

Pasándose uno de los brazos del herido sobre los hombros, lo alzó lentamente. Con enorme esfuerzo, Rodríguez pudo tenerse en pie.

—Tengo que llegar a los barcos chilenos, no tanto por mí, señor Llanos —dijo—, sino por mi compañera, ¿la recuerda?

El español asintió con la cabeza, mientras ayudaba al hombre a salir al pasillo.

—Sin duda ella y su criada han sido descubiertas —siguió explicando el agente—, y si yo no consigo la ayuda de nuestros marinos, serán fusiladas.

—Confiemos en que lograremos llegar a la playa y en que sus compatriotas podrán recogerlo, mi amigo —repuso el español.

Faltaba poco para las cinco de la madrugada cuando se sumergieron en la obscuridad de las calles.

Afortunadamente, era la hora de menor vigilancia. Los centinelas, agotados por la vigilia, dormían en sus puestos. Gracias a ello pudieron llegar hasta la playa del Colorado.

El señor Llanos ubicó al herido entre las rocas y se volvió inquieto hacia los cerros. Temía que el señor Posadas hubiera llegado más rápido que ellos al faldeo, anticipándoseles al encender su antorcha. Pero no había sido así, porque casi en seguida se vio una estrella verde que ascendía al cielo.

—Las patrullas peruanas correrán hacia ese lugar y nos dejarán tranquilos —comentó el español—. Tiéndase y esperemos la llegada de la lancha. El ruido de su motor nos avisará cuándo deberemos encender nuestra luz.

Los minutos pasaban con una lentitud terrible. Los dos hombres permanecían silenciosos, atentos a todo ruido.

El señor Llanos percibió que el contorno de los cerros comenzaba a dibujarse. En pocos minutos más brotaría la aurora. Se puso de pie inconscientemente, en el momento en que su compañero, adivinando su zozobra, le decía:

—¡Váyase, don Eduardo! Ya todo se ha perdido.

Pero no. Del lado del mar llegaba un ruido confuso, un ronco zumbar. Era la lancha a vapor que se acercaba.

El señor Llanos estuvo a punto de ponerse a gritar, pero recordó la antorcha. Con manos entorpecidas, raspó una cerilla. Tuvo que hacer tres veces aquella maniobra antes de conseguir encenderla. La bengala chisporroteó y, de pronto, lanzó hacia el cielo una parábola de luz verde.

La lancha estaba muy próxima. Ambos hombres pudieron distinguir el cambio de ritmo de su motor al virar, guiada por la luz.

El español ayudó a levantarse al herido y lo mantuvo apegado a su cuerpo. Las salpicaduras del mar habían empapado a Rodríguez y el frío le restaba las últimas fuerzas.

—¡Dense prisa! —gritó una voz desde la embarcación—. ¡Suban pronto; no podemos exponernos a que nos baleen.

—¡No soy yo quien se embarca, oficial! —gritó el señor Llanos. ¡Es un compatriota de ustedes! ¡Pero está herido y próximo a desmayarse!

A bordo de la lancha se oyó una orden, y de ella saltaron dos hombres que corrieron, vadeando las olas, hasta donde estaba el español.

El señor Llanos apenas tuvo tiempo de entregarles el herido, cuando volvieron a introducirse en el mar, llevándolo en brazos.

—¡Tiene una bala en el pecho! —les advirtió en voz alta el caballero español, y giró sobre sus talones, perdiéndose a la carrera a través de la playa, hacia los cerros del fondo. Mientras corría, oyó el ruido de la lancha que se alejaba, al mismo tiempo que los silbatos de una patrulla peruana que se acercaba a todo correr, atraída por la luz de bengala. Luego, cuando ya estaba distante, escuchó algunos tiros que disparaban los soldados sobre la lancha que se perdía mar adentro.

Don Rafael Sotomayor encontró al contralmirante Williams a la salida de la enfermería del *Blanco*. Había sido despertado por su secretario, que llevaba la noticia de que se acababa de recoger a un chileno moribundo.

—Es el mismo agente del servicio secreto que vino esta noche a traernos el mensaje del teniente Uribe —aclaró el jefe de la escuadra—. Está muy grave. Nuestro cirujano lo está atendiendo.

—¿Alcanzó a explicar qué le ha pasado? —preguntó el secretario general.

—Pasarán muchas horas antes de que consiga hablar —respondió el contralmirante—. Es mejor que regrese usted a su litera, señor Sotomayor. Yo voy a terminar de vestirme.

—Está amaneciendo, almirante. Podría usted descansar todavía unas horas.

El marino sonrió con amargura.

—Me cuesta dormirme cuando está comenzando la noche —confesó—; ahora que está terminando, me sería imposible. Vaya y descanse usted que es joven. Yo me quedaré contemplando la amanecida de este Iquique que se ha convertido en mi enemigo personal.

Las casas del puerto comenzaban a dibujarse blanquizcas y borrosas en la palidez de la aurora. El aire estaba quieto y tan diáfano que el contralmirante pudo oír las cornetas que comenzaban a tocar diana en los cuarteles peruanos.

Aquellos mismos sones habían hecho incorporarse en su celda a Leonora Latorre. Asomada al ventanillo por donde se aireaba el calabozo, contempló el nacimiento de la aurora.

—Temprano comienza la vida en los cuarteles peruanos —murmuró suspirando.

—Será que tienen prisa en deshacerse de nosotras —rezongó Elcira Carrasco, desde el suelo, donde estaba tendida.

Como confirmando su pronóstico, divisó Leonora una patrulla que avanzaba rítmicamente por el patio hacia la celda.

—¿Están dispuestas? —preguntó una voz ruda, a través de la puerta, cuando el piquete se hubo detenido—. ¿Necesitan agua para asearse?

—Gracias —respondió Leonora—, encontramos un balde en la celda.

La puerta de maderos crujió, descuadernada, cuando retiraron la barra que la aseguraba por fuera.

—¡Salgan! —ordenó, desde la puerta, el sargento rechoncho que mandaba el piquete.

Las mujeres ocuparon un hueco entre las dos filas de soldados.

—¿Adónde nos llevan? —indagó la agente.

—Al consejo de guerra, pues, dulzura —contestó el suboficial con sonrisa malintencionada.

Cruzaron el vasto patio de la prefectura y luego un largo corredor. Por fin, la patrulla se detuvo frente a una puerta más ancha que las demás, y el suboficial entró por ella. Regresó minutos más tarde, y, dejando abierto uno de los batientes, se apartó a un lado, mostrando la pasada a Leonora.

—Entre usted primero, sola. Los señores del consejo la requieren.

La joven vaciló atemorizada; luego entró con decidida altivez. El golpe de la puerta a su espalda la hizo estremecer, como si se hubiera cerrado una trampa. Haciendo un esfuerzo, se repuso y abarcó con la mirada una larga mesa. Sentados tras ella había unos siete u ocho militares, con distintos uniformes; rojos de la caballería, verdes de la infantería,
azul-negro
de la marina.

Leonora buscó entre sus rostros con la vaga esperanza de divisar el del general Buendía. Pero no estaba allí. Todas las caras le eran desconocidas.

Los dos coroneles más jóvenes la observaban con curiosidad un tanto cínica, un jefe naval clavaba en ella sus pupilas despectivas, los demás se mostraban indiferentes e inexpresivos. Sólo un miembro del consejo de guerra, el más anciano de todos, la contemplaba con una leve sonrisa, intrigada y benevolente.

La hicieron detenerse en el foco de luz que arrojaba una ventana que corría a más de tres metros del suelo, y comenzó el juicio.

Uno de los coroneles jóvenes se puso de pie y relató en breves palabras los hechos que determinaban que a aquella mujer se la acusara de espionaje a favor de Chile. Terminada su exposición, volvió a sentarse, dejando la palabra al coronel más antiguo, quien, sin dejar su silla, requirió de Leonora que respondiera si aceptaba la acusación, confesándose culpable.

—¡No soy espía! —repuso la joven nerviosamente.

El jefe naval, con un gesto violento de su índice, la conminó a aceptar la culpabilidad, so pena de predisponer al tribunal a un

rigor mayor.

La agente volvió a negar, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse serena.

Uno de los coroneles de caballería terció, advirtiéndole fastidiado:

—Tenemos antecedentes sobrados que prueban que usted envió un mensaje de guerra a los barcos chilenos.

—No he mandado mensaje alguno.

El jefe de marina sacudió la mesa de un palmetazo.

—¡Miente usted! —gritó con violencia, y volviéndose hacia los demás miembros del consejo, expresó—: Señores, ¿a qué seguir escuchando esta sarta de embustes? ¿No nos consta que esta mujer mandó con dos de sus cómplices mensajes a los barcos enemigos? ¿Acaso esos espías no cayeron en nuestro poder y fueron muertos cuando regresaban de cumplir su canallesca misión?

Leonora se estremeció al oír aquella revelación.

—¿Muertos?… —dejó escapar.

Todos los rostros se volvieron hacia ella y un murmullo general corrió a lo largo de la mesa.

—¿Ven ustedes cómo se denuncia? —exclamó uno.

—La muerte de sus cómplices la afecta, ¿eh? —comentó otro.

—Obsérvenla ahora, señores —silbó el marino—. La demacración que le causa la muerte de sus cómplices, ¿no es bastante prueba?

Se levantó de su asiento y le espetó irritado:

—Sí, sí, acusada, sus cómplices fueron muertos cuando desembarcaban de la lancha que los llevó a los barcos enemigos.

Leonora sintió que las piernas le temblaban y un sollozo convulsivo pugnaba por subirle a la garganta. Apretó los labios, tratando de sobreponerse. Luego respondió, haciendo un esfuerzo:

—No sé de quiénes me están hablando.

Como si se hubiera abierto una válvula de vapor, sonó el escape de la respiración contenida de los miembros del consejo y un coro de comentarios irritados llenó la sala durante unos momentos.

—¡Es exasperante!

—¿Podemos tener clemencia con una mujer así?…

El coronel más antiguo se levantó e impuso silencio.

—Señores coroneles, más serenidad —dijo—. ¿A qué complicar

las cosas? Tenemos una base que nos permitirá comprobar si tiene fundamentos nuestra acusación. Es ésta: fuimos notificados por el jefe de la escuadra chilena de que seríamos bombardeados hoy, 1.º de junio, a las doce meridiano. Ante semejante amenaza, nuestro prefecto decidió trasladar los prisioneros de la *Esmeralda* a este cuartel para que sus vidas le sirvan de escudo. Nadie más que una persona sospechosa supo del traslado de los prisioneros y del peligro que correrían de iniciarse el cañoneo. Esa persona, a la que se quería atrapar en sus propias redes, fue, según el testimonio del general Buendía, esta mujer. Más tarde, la vigilancia puesta sobre ella nos indicó que había enviado a dos de sus cómplices hasta la escuadra chilena. Ella niega estas evidencias. Pero, si en verdad envió el aviso a nuestros enemigos, la confirmación de su culpabilidad ha de venir justamente de los barcos chilenos.

Leonora comprendió a dónde quería llegar el orador, y se heló al sentirse atrapada.

Pero no todos los miembros del consejo de guerra habían entendido, y uno de ellos preguntó:

—¿Cómo tendremos esa confirmación, señor coronel?

—Es simple —explicó el interrogado—. El almirante enemigo nos notificó que a las doce meridiano bombardearía Iquique. Si no lo hace…

El anciano coronel dejó la frase en suspenso y se volvió a la joven con una expresión pesarosa.

—Si no lo hace —repitió, dejando caer una a una las palabras—, significará que recibió la advertencia de que los prisioneros de la *Esmeralda* serán los más expuestos a morir. Y esa advertencia sólo podrá haberla enviado… esta mujer.

—¡Ésta espía! —corrigió rudamente el jefe naval.

—No soy espía —protestó Leonora, intensamente pálida.

—Eso lo sabremos dentro de cuatro horas —sentenció el mismo acusador—. Si a las doce meridiano la escuadra chilena no bombardea este puerto, quedará probada su condición de espía al servicio del enemigo y sufrirá la pena correspondiente.

Leonora no supo qué más dijeron los miembros del consejo de guerra. Quedó allí, encogida en mitad de la sala, pálida como un papel, hasta que el sargento del piquete que la había traído la sacó hasta el corredor.

De regreso a la celda, marchaba como un autómata, con la vista ausente. En su cerebro sólo había cabida para un pensamiento: iba a ser fusilada.

Sentada en el suelo del calabozo, laxa y sin voluntad, comenzó a pensar ahora en alguna solución. ¿Cómo podía salvarse? ¿Qué podía evitar su muerte? Una ocurrencia egoísta le fulguró por unos instantes. Si la escuadra bombardeaba Iquique, ella se salvaría. Durante unos segundos, deseó ardientemente oír el estampido de los gruesos cañones. Quizás el almirante no hiciera caso del mensaje, posiblemente existiera una razón de guerra superior que exigiera el bombardeo…

Pero al momento imaginó a los sobrevivientes de la *Esmeralda* destrozados por las granadas y se avergonzó de su pensamiento. Ellos eran cincuenta y siete héroes; ella, una espía.

Doblegando la cabeza, se resignó a morir, desechada la esperanza de que la escuadra la salvara con su bombardeo.

A las nueve de la mañana, el proyecto de cañoneo de Iquique quedaba anulado. El agente Rodríguez continuaba inconsciente en la enfermería del *Blanco Encalada*. El doctor Sherbakoff, cirujano del barco, no lo había abandonado un momento y se esforzaba por preservarle la vida. Después de extraerle la bala, permanecía atento a su respiración y a su pulso. Y en una de las ocasiones en que se agachaba para aplicarle el oído al corazón, le pareció oír que el herido susurraba. El cirujano acercó su oído, casi hasta apegarlo a la boca del herido, y no supo si fue una ilusión suya, pero le pareció que el hombre estaba repitiendo:

—Leonora…, Leo… nora…

Estaba casi agónico, y, sin embargo, luchaba por comunicarle algo.

El doctor Sherbakoff percibía esta lucha y se propuso mantenerse alerta junto al herido, acechando todas sus manifestaciones.

Serían las once de la mañana cuando el contralmirante Williams lo vio subir a cubierta y buscarlo con ademanes nerviosos. El jefe de la escuadra, que conversaba con el comandante Esteban López,

intrigado por la actitud del cirujano, lo llamó desde la borda.

—¿Qué le ocurre, doctor Sherbakoff?

El cirujano recorrió a zancadas la distancia que los separaba.

—Señor almirante —dijo apresurado—, creo que es conveniente que baje usted a la enfermería. El agente secreto herido está hablando desesperadamente, medio en delirio, y lo ha llamado a usted varias veces. Repite continuamente «Leonora, Leonora», y «fusilamiento». En un momento, en que me pareció lúcido, me alcanzó a decir: «Quiero hablar con el almirante. Urgente, urgente».

—Bien, vamos abajo —aceptó el marino.

Pero en el instante en que se dirigían a la escotilla, el comandante López lo detuvo.

—Allí regresa el mayor Salamanca, de vuelta del vapor de pasajeros, señor almirante —advirtió.

—Excúseme, doctor Sherbakoff —dijo el contralmirante—, debo atender primero a las informaciones que me trae mi oficial de órdenes. He hecho detenerse aquel vapor de la carrera expresamente para obtener noticias del norte. Con su permiso.

El cirujano lo vio alejarse hacia la escalerilla, que se había mantenido tendida en espera del mayor Salamanca.

—¿Qué hay, mayor Salamanca? ¿Recogió alguna noticia en el vapor? —preguntó a gritos desde lo alto el contralmirante.

—Sí, señor, y una muy gorda —respondió el mayor, a medida que subía la escalerilla—. ¡Nada menos que el *Huáscar* viene descendiendo hacia el sur, sobre la estela de ese vapor de pasajeros!

—¿Viene el *Huáscar* —alcanzó a repetir el jefe de la escuadra, cuando ya la voz corría por la cubierta y los departamentos del blindado.

—Esta madrugada cruzaba frente a Pisagua, señor —terminó de informar el ayudante, llegando junto a su jefe.

El doctor Sherbakoff no necesitó escuchar más. Regresó pesaroso a la enfermería. El agente Rodríguez, delirando, seguía llamando al contralmirante Williams.

Sintiendo palpitar sus corazones al unísono con el voluminoso reloj de la prefectura, los ocho coroneles del consejo de guerra

observaban los barcos que se balanceaban en la bahía.

A media mañana, un vapor inglés del servicio de pasajeros del Pacífico había sido interceptado por el buque insignia chileno y una lancha a vapor había transitado entre los dos.

«¿Qué significaría aquello?», pensaban los jefes peruanos, observando la maniobra.

El tiempo corría inexorable. Detrás de ellos, el reloj dio las once y media de la mañana.

El general Buendía sintió también aquella campanada enervante, pero surgida del bolsillo superior de su guerrera, donde guardaba un rico reloj de oro que le regalaran los suboficiales de un batallón del regimiento chileno «Carampangue», al terminar la campaña contra la Confederación
Perú-boliviana
en 1839. La campanita le recordó aquellos tiempos en que él comandó a los bravos soldados chilenos en la Portada de Guías y en la entrada al valle de Huaylas; y al mismo tiempo, paradojalmente, le recordó que media hora después, por causa de él, iba a ser dictada la sentencia de muerte de una mujer chilena.

Acosado por la angustia de que aquella magnífica mujer, en cuya intimidad él había vivido momentos inolvidables, iba a perecer por su denuncia, se levantó de su escritorio y se dirigió a la ventana, aferrado a la esperanza de que la escuadra chilena abriría fuego sobre Iquique.

Estaba a punto de llorar, cuando un movimiento extraño de los buques chilenos lo hizo contener la respiración.

El *Blanco Encalada* primero y luego la *Magallanes* comenzaban a girar rápidamente, enfrentando sus proas al norte.

«Viran para enfocar las baterías de las bandas sobre Iquique», pensó casi con alegría el general.

En su celda, con el rostro asomado por entre los barrotes del ventanillo, Leonora se estremecía con el mismo pensamiento.

Pero súbitamente los dos barcos chilenos, vomitando nubes de humo por sus chimeneas, se lanzaron hacia el oeste para tomar altura y salieron al mar abierto. El contralmirante Williams partía en busca del *Huáscar*.

Las manos de la espía fueron resbalando a lo largo de los barrotes y su cuerpo descendió hasta quedar arrodillado en los

ladrillos húmedos del suelo. No habría bombardeo. Se sellaba su sentencia de muerte.

En su despacho del piso alto del cuartel general, el general Buendía volvió la espalda a la ventana y fue a sentarse, cabizbajo, ante su escritorio.

—Perdón, querida —murmuraba, temblando de remordimientos.

Entretanto, el *Blanco* y la *Magallanes* hendían las olas describiendo amplios zigzagues, al orzar de derecha a izquierda.

El contralmirante Williams, de pie en el puente de mando, no se quitaba un instante el catalejo de los ojos. Estaba preocupado por la suerte de las corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins*, a las que había ordenado rumbear hacia el sur, navegando a la vela. Ambas podían ser cazadas por el monitor enemigo en cualquier momento.

Este pensamiento lo impulsó a ordenar que sus dos barcos viraran hacia el sur, en busca de las corbetas. Calculaba encontrarlas a la altura de Pabellón de Pica o de Guanillos. Conseguido este objetivo, virarían hacia el norte, para salir al encuentro del *Huáscar*.

El *Blanco* se abría camino a pechazos impetuosos contra las olas hinchadas por una fuerte marejada del noroeste. La *Magallanes* era apenas un punto en la estela del blindado.

Se apagó el sol y lucieron las estrellas. Jadeando chorros de vapor, los dos barcos frenaron su marcha frente a la caleta de Guanillos.

En la costa lejana se veían sólo parpadeos de fogatas mineras, y en el mar, el reflejo de los astros y el furtivo relumbrón de los delfines.

—Comandante López —ordenó el contralmirante—, pernoctaremos con los fuegos encendidos.

Se encaminaba hacia su cámara, cuando se le emparejó el señor Rafael Sotomayor.

—¿No hay señales de las corbetas, señor almirante? —preguntó.

—Ninguna —repuso malhumorado el marino—. No me lo

explico. ¿Cómo podrían haber avanzado más al sur?

—Habrán tenido buen viento.

—No lo creo. Más bien pienso lo contrario, señor Sotomayor. Ahora sopla bastante fuerte del noroeste; la marejada nos ha hecho encabuzar toda la tarde. Las corbetas habrán tenido que navegar a bordadas.

—Tal vez mañana las veamos, señor almirante.

—Me conformaría con ver aparecer al *Huáscar*, señor Sotomayor. Buenas noches.

El secretario de la armada lo vio alejarse, buscando la soledad. Todos los tripulantes conocían su preocupación. Si no conseguía capturar o hundir al monitor enemigo, su antiguo prestigio de marino N.º 1 de Chile se derrumbaría, convirtiéndolo en pasto de la prensa y de los políticos.

El pensamiento de que aquello podía ocurrir abrumaba al contralmirante, poniéndolo intratable.

—Seguimos teniendo mar gruesa, comandante López —comentó a la mañana siguiente al salir a cubierta, en dirección al puente de mando.

—Así es, señor almirante; la marejada nos ha balanceado toda la noche.

Comenzaban a ascender la escalerilla que subía al puente, cuando, de repente, bajó desde lo alto el alerta de un vigía:

—¡Humo al norteeee!…

El contralmirante sacudió la cabeza, reactivándose. Si se anunciaba un humo, no podían ser las corbetas, ya que navegaban a la vela. De un salto estuvo en el puente y enristró su catalejo hacia el norte.

—¡Comandante López —exclamó vibrando—, zafarrancho de combate! ¡Ése que viene por el norte es el *Huáscar*!

Pero los vigías del monitor habían denunciado también la presencia de las dos naves chilenas y el acorazado viraba a toda prisa, dispuesto a no dejarse alcanzar.

Despreciando el menor andar de la *Magallanes*, el *Blanco* se lanzó a toda máquina en la estela del monitor. Muy pronto, los oficiales del blindado chileno pudieron comprobar que le restaban rápidamente la ventaja. Según los cálculos del contralmirante, lo iban alcanzando a razón de media milla por hora. A las once de la

mañana, las ocho millas se habían reducido a 4700 metros.

—Y nos quedan todavía siete horas de luz —celebró el señor Williams—. Y esta vez nos sobra carbón para seguirlo hasta el mismísimo Callao.

En ese momento el doctor Sherbakoff apareció en el puente de mando.

—Hola, doctor —dijo alegremente el contralmirante—, ¿se asoma usted también para ver el fin del *Huáscar*.

—No, señor —respondió el cirujano—, estoy todavía atendiendo al herido que tenemos en la enfermería. A pedido de él he venido a hablarle.

—¿Ah, sí? ¿Qué le ocurre a ese hombre, doctor? —averiguó el marino sin prestar atención a sus palabras.

—Me ha informado que hay en Iquique una agente secreta, una mujer, que está prisionera y seguramente corre peligro. Le ruega que haga algo por salvarla.

—¡Ah, sí! Bueno, más adelante nos preocuparemos de ese asunto —respondió el contralmirante, mirando al *Huáscar* a través de su anteojo. Luego, olvidado del doctor, siguió hablando con el comandante López—: ¡Comandante, que se preparen las baterías de las amuras de proa! Ya vamos a estar a tiro.

—Perdón, señor —se atrevió a insistir tímidamente el cirujano —, el herido pide desesperadamente hablar con usted y…

El contralmirante no lo dejó concluir.

—¿Está usted loco, doctor? ¿Se le ocurre que voy a bajar a la enfermería ahora, cuando estamos encima del *Huáscar*? ¡Retírese usted y diga a ese hombre que después me preocuparé de su asunto! ¡Y basta ya!

El cirujano se retiró turbadísimo.

—¡Hase visto tamaña majadería! —barbotó entre dientes el jefe de la escuadra—. Si tan interesante le es la suerte de ésa espía, que se baje en una lancha cuando pasemos frente a Iquique. Ya no hemos de tardar en hacerlo.

Efectivamente, media hora más tarde, perseguido y perseguidor pasaban a toda velocidad frente a la bahía iquiqueña.

En aquel instante, doce meridiano, las dos chilenas se encontraban en medio de la sala donde las juzgara el consejo de guerra, y uno de los ocho coroneles que lo componían pronunciaba

la sentencia.

—Habiéndose comprobado que las mujeres chilenas denominadas Elcira Carrasco y Elena Alcérreca han realizado actos de espionaje a favor del enemigo, dentro del territorio de Tarapacá —resonaba la voz—, y habiéndose demostrado que se pusieron en contacto con la flota chilena que bloquea este puerto, para revelar a sus jefes importantes datos militares…

—¡Es falso! —interrumpió Leonora, con un grito angustiado—. ¡Sólo comuniqué a la escuadra dónde estaban los sobrevivientes de la *Esmeralda*, para evitar que fuera bombardeado Iquique.

Nadie le respondió, ni la hizo callar. Las miradas siguieron clavadas en ella, frías e impersonales.

El militar siguió leyendo la sentencia, inmutable:

—… para revelar a sus jefes importantes datos militares, este consejo de guerra las califica de espías sorprendidas en flagrante ejercicio de su detestable misión, y, por lo tanto, de acuerdo con las Ordenanzas del Código Militar, las condena a sufrir la suerte que la ley impone a los espías enemigos capturados en tiempo de guerra.

—¡*Benaiga*, qué orgullo para ustedes! —gritó con desprecio Elcira Carrasco—. ¡Qué triunfo, matar a dos mujeres!

Los miembros del tribunal permanecieron imperturbables y el orador concluyó la sentencia, dejando caer las palabras:

—Serán pasadas por las armas, mañana 4 de junio de 1879, al salir el sol.

Leonora se tambaleó y tuvo que afirmarse en su criada, pero se repuso e irguió frente a sus jueces su rostro empalidecido, pero desafiante.

El presidente del consejo de guerra informaba al jefe militar de la plaza de Iquique sobre el veredicto del tribunal, gozándose por el efecto que iba a causar en el viejo general. La pasión del general Buendía por la espía chilena, aunque mantenida en penumbra por respeto al grado, era conocida de todos los militares en Iquique y había menoscabado mucho el prestigio del jefe entre sus subordinados.

—Ya se ha pronunciado la sentencia, señor general.

El comandante en jefe trató de mantenerse inmutable, pero una espasmódica contracción de las mandíbulas traicionó el esfuerzo que hacía por mantener su impasibilidad.

—¿Mu… muerte? —preguntó en voz baja.

—Serán fusiladas mañana al salir el sol.

El general se quedó inmóvil, pero su rostro se puso plomizo y los ojos se le hundieron en las órbitas.

—Gracias, coronel —pudo articular, en un tono áspero, que intentaba encubrir su quebranto—. Puede usted retirarse.

Cuando estuvo solo, permaneció inmóvil un instante, pero repentinamente todos sus músculos se relajaron y se desplomó en su sillón.

—¡Dios santo, Elena! —exclamaba al borde del llanto—. ¡Y he sido yo, Elena de mi vida! ¡Perdón, amor mío, perdón! ¡Tenía que cumplir con mi deber! ¡Oh, Elena querida, llevarte yo mismo a la muerte, yo que te necesito tanto!

Unos golpes en la puerta lo obligaron a controlarse. Apenas tuvo tiempo de adoptar una actitud compuesta, cuando entró un soldado atolondradamente.

—¡Señor general! —informó, cuadrándose—, ¡está pasando frente a este puerto el monitor *Huáscar* perseguido por dos barcos enemigos!

Como el general permaneciera inalterable, el soldado repitió atónito:

—El *Huáscar* perseguido, señor general…

—Está bien, retírese —reaccionó el jefe, poniéndose de pie—. Subo a la torre de observación.

Como un autómata se movilizó por el despacho, recogiendo su sable y su quepis.

Llegaba a la torre, cuando, muy lejos, ya fuera del alcance de la vista, resonó el primer disparo de cañón. Lo único que alcanzó a divisar fue a la *Magallanes* que corría, rezagada, detrás de los dos blindados.

El *Blanco* daba alcance ya al monitor peruano. Su primer disparo había caído apenas cien metros detrás de la popa del barco

enemigo.

«Elevarán un poco el alza para dejar caer el segundo proyectil delante de nuestra proa y el tercero lo calcularán a la mitad, para que nos caiga en cubierta», pensó el almirante Grau.

Estaba en el alcázar, junto a los botes. A su lado se encontraba un joven periodista.

—El blindado chileno está al alcance de nuestras baterías, almirante Grau —dijo, con alegre impertinencia—. ¿Por qué no disparamos?

Grau se volvió fastidiado hacia él.

—Señor Cucalón —advirtió—, acepté que viajara usted en el *Huáscar* sólo por los insistentes pedidos del señor ministro de la Guerra, pero no quiero responsabilizarme por lo que pueda ocurrirle. De modo que baje a su cámara.

—¿Y por qué la cubierta va a ser peligrosa para mí y no para ustedes? —comentó fanfarronamente el periodista.

—Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber, jovencito.

—Yo también, señor. Aunque no soy oficialmente corresponsal de guerra…

—¡Señor Cucalón —repitió el almirante, frenando su exasperación—, le insisto en que se guarezca bajo cubierta!

—Pero, señor almirante, si quiero escribir sobre las hazañas del *Huáscar* debo presenciarlas, ¿no le parece a usted?

—Está bien. Proceda como le parezca —estalló el marino—. Yo no respondo por su vida, pero le ordeno que se retire, para no estorbar las maniobras.

El joven Cucalón se alejó hacia la popa. En ese instante se produjo el segundo disparo del *Blanco* y un enorme penacho de agua saltó frente a la proa del monitor.

—¡Guay! —exclamó el periodista alegremente—. Tenía razón el almirante. El tercer cañonazo va a caer en mitad del buque.

Un nuevo cañonazo conmovió entero al monitor: el proyectil había estallado junto a la banda de babor.

«En unos minutos más va a ser imposible evitar que nos acribillen», pensó el almirante.

Al *Huáscar* le era imposible responder al fuego: su pareja de cañones de la torre giratoria no podían apuntarse hacia la popa. Disponía solamente de los dos cañoncitos de 40 libras ubicadas en

las aletas.

—¡Arrojen al mar las dos falúas! —ordenó el almirante, con la idea de aligerar la carga del acorazado.

Las roldanas de los pescantes chirriaron, y las dos lanchas de salvamento cayeron al mar.

La maniobra dio una leve tregua al barco peruano. El comandante del *Blanco*, temiendo que las embarcaciones pudieran estar preparadas como torpedos, ordenó desviar el rumbo, describiendo un amplio semicírculo, lo que lo distanció un tanto. Pero, en seguida, volvió a navegar sobre la estela del monitor.

El almirante Grau dispuso entonces que se arrojara al mar todo el carbón que, no previendo una persecución por un enemigo más rápido, había acumulado sobre cubierta. Un tercio de la tripulación, provisto de palas, comenzó a lanzar el combustible por sobre las bordas. Aquello aligeró la marcha del *Huascar*.

«Si conseguimos mantener esta distancia hasta que caiga la noche, estamos salvados», pensaba el almirante.

Pronto vio que el recurso no era suficiente. El *Blanco* había vuelto a colocarse a 4700 metros, y seguía acortando la distancia. Para colmo, la marejada volvía a golpear al barco por babor, haciéndolo encabuzar peligrosamente al mismo tiempo que le imprimía violentos bandazos.

—Ah, si pudiéramos alimentar las calderas con el carbón inglés, ganaríamos dos millas por hora —comentaba irritado el almirante.

Al cargar combustible en Ilo, no se había tomado la precaución de separar el carbón inglés, y éste había quedado debajo del carbón corriente.

Pero los ingenieros del monitor hallaron una solución. Los fogoneros excavaron un túnel a través del combustible de inferior calidad, y lograron llegar al carbón inglés. El barco dio un brioso tirón, y saltó hacia adelante.

Este envión y el golpe de una ola tumbaron bruscamente el barco sobre babor; hombres, cajones y cuerdas resbalaron sobre la cubierta, y al enderezarse el barco, un grito sonó a popa:

—¡Hombre al aguaaaa!…

El almirante Grau saltó hacia la borda de babor, y miró el mar. Revuelto en la espuma de la estela se veía a un hombre agitándose. Era el desenfadado periodista Antonio Cucalón.

—¡Socorro!… ¡Sálvenme!… —gritaba, a medida que se iba quedando atrás.

—¡Échenle un salvavidas! —ordenó el almirante, mordiéndose los labios de rabia.

La rueda de goma saltó la borda y quedó flotando a unos cincuenta metros del nadador.

—¡Sálvenme, por Dios! —seguía gritando el mozo, alejándose cada vez más.

El almirante Grau le volvió la espalda, encaminándose sombrío hacia el puente de mando.

El doctor Tavara, espantado, lo retuvo de un brazo.

—¿No va usted a arriar una lancha para recogerlo, almirante? —preguntó.

El almirante movió la cabeza apesadumbrado, y repuso:

—¿Para que los chilenos nos alcancen, nos destrocen a cañonazos o se apoderen de nuestro barco? ¿Tengo derecho a privar al Perú de su mejor barco y a arriesgar la vida de quinientos tripulantes, por salvar la de un jovencito imprudente? ¡No, doctor Tavara!

—Pero, almirante, ese muchacho va a morir allí, ante nuestra vista…

—Por favor, doctor, no me mire usted así —exclamó el jefe de la escuadra—. ¡Primero están mi barco y mi tripulación!

Los gritos del periodista se oían lejanos y agotados.

El doctor Tavara se tapó los oídos, y corrió al interior de la nave. Los tripulantes miraban hacia proa, pálidos.

Pero no tuvieron mucho tiempo para seguir rumiando aquella amarga impresión. El buque insignia chileno iniciaba la segunda fase del ataque, con una rápida sucesión de cañonazos.

La persecución, ya demasiado prolongada, había terminado por exacerbar al contralmirante Williams, haciéndolo perder la sensatez de comando. Los cuatro cañones de las amuras de babor y estribor iban haciendo fuego uno tras otro, para lo cual el barco tenía que ir guiñando en un angosto culebreo. La velocidad de diez nudos se redujo.

Por su parte, el *Huáscar* acrecentaba la suya a más de diez nudos, y el almirante Grau tentaba aumentarla apelando a un recurso peligrosísimo.

—¡Que echen aguarrás y kerosene a dos fogones, comandante Otoya! —gritó desde el puente.

—Podemos volar por los aires, señor almirante —contestó el comandante.

—¡Obedézcame! —fue la respuesta perentoria—. ¡Aguarrás y kerosene a los fogones!

El *Huáscar* se encabritó. Su chimenea despidió rojas bocanadas de humo fétido; los árboles de sus turbinas se entrechocaron con un alarmante ruido de hierro, y el barco dio un sorpresivo pechazo en las olas, acelerando su huida.

El contralmirante Williams comprendió que se le arrancaba, y, sin embargo, no desistió de su táctica de seguir disparando por bandas. Confiaba en acertar un tiro; un solo tiro afortunado bastaría.

Pero la fuerza de la marejada imprimía tal movimiento al *Blanco*, que las bocas de los cañones subían y bajaban, sin que los artilleros pudieran enfocar sus tiros.

Lenta, pero seguramente, el *Huáscar* fue saliendo del área de fuego. Los proyectiles iban cayendo cada vez más sobre su estela.

Cuando el contralmirante Williams suspendió el fuego y emprendió otra vez la persecución en línea recta, el monitor, aligerado de peso y con sus máquinas a la máxima presión, corría más que el *Blanco Encalada*.

Había cerrado la noche cuando Leonora despertó por el chirrido de la puerta de su celda.

En su marco apareció un cura, acompañado por un guardia que portaba un farol. Tomando el fanal en sus manos, el sacerdote despidió al hombre, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Hijas —dijo, acercándose a las dos mujeres, aterradas por la significación de su presencia allí—, he venido a rezar con vosotras y a traeros el consuelo de Dios. Mañana al alba tendréis que afrontar el tribunal supremo, y conviene que vayáis sin sombra de pecado.

Leonora se levantó respetuosa y con el ánimo tronchado; pero aferrada, no obstante, a una última esperanza, preguntó:

—Padre, oímos gritar, al mediodía, que pasaba el *Huáscar*

perseguido por los blindados de la escuadra chilena. ¿Se ha sabido si lo atraparon? ¿Si después de obtenida la victoria regresaron?

—No, mujer —repuso el sacerdote, sin poder ocultar su orgullo nacional—, no pudieron dar alcance al *Huáscar*, y acaban de regresar, burlados, a la bahía de Iquique.

Leonora sintió que se le ablandaban las piernas, y se dejó caer de rodillas. Había mantenido la remota esperanza de que una victoria diera a los jefes chilenos la decisión necesaria para intentar salvarlas.

—Olviden las despreciables querellas de la guerra, hijas mías —decía el cura—, y eleven su sentimiento a Dios. Vamos a orar, recomendando vuestras almas a Él, para que, al alba, la muerte os encuentre purificadas y en gracia.

De hinojos frente a las dos mujeres, comenzó a rezar en un murmullo confuso e interminable.

Leonora repetía maquinalmente las oraciones sintiendo que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Una torre cercana dio diez campanadas. Le quedaba apenas solo ocho horas de vida. Con amarga decepción, pensó que todo el mundo se había olvidado de ellas. Sin rebeldías, se sumergió en la oración.

Pero no todos la habían olvidado. Aún había un hombre que, desde el fondo de su miseria física, seguía manteniendo como único pensamiento el salvarla. Era don Roberto Rodríguez. Durante la persecución del *Huáscar*, había ido recuperándose. Vuelto a su juicio y disminuida la fiebre, expuso al doctor Sherbakoff sus temores respecto a la suerte que podían estar corriendo sus colaboradoras; fue tanto el énfasis que dio a su exposición, que logró convencerlo de que lo ayudara a levantarse y fuera con él hasta la cámara del contralmirante.

El mayor de órdenes Salamanca se quedó estupefacto al verlos.

—Este hombre insiste en que tiene que hablar con el almirante ahora mismo —explicó turbadísimo el cirujano.

—Necesito pedirle que me ayude a salvar a la agente secreta Leonora Latorre, que seguramente está corriendo peligro de muerte —agregó Rodríguez, ansiosamente.

El oficial los miró desolado.

—Es imposible entrar a la cámara del almirante, señores —expresó. Está hecho una fiera.

—¿No podría usted insistir? —rogó Rodríguez—. Es la vida de una compatriota la que…

—¡Imposible, señor! —interrumpió el mayor Salamanca—. Permítame que le diga una sola palabra, y va usted a comprender por qué no deja entrar a nadie a su cámara. Renuncia.

—¿Qué dice usted, mayor? —exclamó el cirujano.

—Que el almirante Williams se ha encerrado en su cámara para redactar su renuncia al comando en jefe de la escuadra, señores —concluyó el oficial, con profundo desaliento.

Roberto Rodríguez tuvo que apoyarse en el doctor Sherbakoff. La última posibilidad de ayudar a las dos agentes se perdía lastimosamente.

A las tres de la mañana, Leonora pidió al sacerdote que las dejara solas, y que dispusiera que nadie las molestara hasta que viniera a reclamarlas el piquete, al salir al sol.

Elcira Castro, tumbada sobre una manta, gruñía recuerdos, a ratos llorando, otras veces rabiosa. A su lado, la otrora elegante y alegre muchacha santiaguina entrecruzaba tristemente sus manos en los barrotes del ventanillo, y contemplaba las estrellas brillantes. Bajo ese terciopelo cuajado de diamantes se divisaban mortecinas las luces de la escuadra chilena. La cercanía de los marinos conectaba a la joven con los recuerdos de su país. Pensaba en su familia, en sus amigos, en sus borrosos afectos. Rememorando, no sintió pasar el tiempo, hasta que la sobresaltó la señal del campanario dando las cuatro. Dentro de una hora o poco más, saldría el sol.

La frente de la joven se abatió contra los hierros fríos. La mano ruda de doña Elcira le oprimió con ternura un brazo.

—Vamos, patroncita, usted que manejando al general Buendía parecía de hielo…, ¿va a llorar ahora, porque nos salió mal una jugada?…

—No lloro porque dentro de una hora vamos a… —quiso

defenderse la agente, pero no tuvo valor para pronunciar la palabra «morir». Se abrazó a la ruda lavandera, y permaneció con el rostro hundido en el hueco de su hombro, hasta que sus sollozos cesaron. Entonces levantó la cabeza y murmuró acongojada—: Un hombre al que he amado toda mi vida quedará aguardándome, y nunca sabrá dónde me perdió. Si llega a encontrar mi rastro, le informarán que su novia murió fusilada bajo el vergonzoso título de la «generala Buendía».

—¿A qué imaginar esas cosas, señorita? —la reprendió con ternura la criada—. Nadie volverá a saber nada de nosotros. El día menos pensado, esos barcos descargan sus cañones sobre Iquique, o las tropas chilenas suben desde Antofagasta, y aquí sólo quedan huesos y tizones. ¿Quién se va a preocupar de decir a los soldados que lleguen: «Aquí fusilaron a la "Generala Buendía", que era la novia de un chileno llamado Alberto Cobo»?… ¡Bah, señorita Elena!, ¿para qué sufre por lo que no va a suceder?

—¡Elena! —repitió la espía—. Tú todavía me sigues llamando Elena. Mi nombre verdadero es Leonora.

—Ni me lo diga, señorita. Ya ve usted que ni yo sé su nombre. ¿Cómo podrían llegar a saberlo los soldados que lleguen a Iquique, después de que nos…, de que nos…

Ambas se quedaron en silencio. Doña Elcira oprimió una mano a su ama, e iba a decirle algo, cuando el chisporroteo lejano de fusiles resonó por el lado de la playa.

Las dos mujeres se asomaron, tensas, al ventanillo.

Los disparos seguían repitiéndose, graneados, en dirección del Colorado.

—¿Serán los chilenos, que desembarcan, patroncita?

Leonora no respondió, atenta sólo a percibir los ruidos del exterior. Casi inmediatamente después de comenzar el tiroteo, surgieron voces en los corredores de la prefectura, y pronto se oyeron carreras en los patios.

—Algo grave sucede —comentó la agente—. Se están movilizando los guardias, Elcira.

—¡Por la Santísima Virgen del Carmen —imploró esperanzada su compañera—, que se apuren mis rotitos lindos!

Las descargas volvían a oírse en el extremo norte del puerto, aumentadas ahora por las que les respondían desde un punto más

cercano.

—¿Por qué demonios no disparan los buques sus cañones y terminan de una vez? —exclamó con rabia la criada.

De pronto, alguien abrió la puerta de la celda con un brusco manipuleo de la cerradura.

Sobresaltadas, las chilenas sólo atinaron a refugiarse la una contra la otra.

—¡Rápido, señoras, afuera! —ordenó una voz con marcado acento peruano.

—¿Quién es usted? —interrogó Leonora, sin moverse—. ¿Vienen ya a fusilarnos?

—Vengo a darles la libertad —respondió urgido el recién llegado —. Por favor, señoras, dense prisa. ¡Vengan, vengan por aquí!

Doña Elcira fue la primera en reaccionar, arrastrando a su ama hacia el corredor por donde marchaba ya el hombre.

—¿Quién nos devuelve la libertad? —interrogó, desconfiada.

—No puedo decirles nada —contestó el hombre, en sordina.

Habían llegado a una puertecilla en la que el hombre forcejeó breves segundos. Cuando consiguió abrirla, asomaron a un patio desierto.

A la débil luz de las estrellas, las mujeres pudieron distinguir que su guía era un soldado. Apegándose a los muros, éste las guió hasta un gran portón, y allí se detuvo.

Las chilenas sentían golpearles la sangre en las sienes, mientras el hombre luchaba con una tranca que trababa los batientes. De pronto profirió una maldición, y dejó caer la barra, mientras se llevaba una mano a la boca, succionando un dedo herido.

Las dos mujeres se quedaron crispadas, escuchando. Pero no les llegó ningún ruido.

Salieron a la carrera, y se encontraron en la calle, a un costado de las bodegas de la aduana.

—Hay que perderse en esas callejuelas —susurró el soldado, echando a trotar delante de ellas.

—¿No debiéramos correr hacia la playa? —preguntó Leonora, apresurándose para darle alcance—. Nuestra única salvación está en los barcos chilenos…

—Tengo otras órdenes —se limitó a responder el hombre—. ¡Corran en silencio o todo se pierde!

Trotaron unos quince minutos, antes de salir del pueblo. Cuando, por fin, se detuvo el soldado, se encontraban en el camino que ascendía a la pampa. Detrás de un grupo de pimientos estaba otro soldado, sosteniendo tres caballos.

Moviéndose como sombras, se distribuyeron las cabalgaduras, y montaron.

—¿Divisan los rieles del ferrocarril? —preguntó el primer soldado—. Pues bien, la última estación a que llega el tren es Pozo Almonte, una oficina salitrera, que sirve actualmente de campamento al grueso de nuestro ejército. Más al interior, hay otra oficina salitrera, abandonada, que se llama Santa Catalina. Allí quedarán ustedes en una casucha a la que voy a llevarlas.

Una inefable sensación de alivio invadía a Leonora a medida que galopaban hacia lo alto del camino, envueltas por el frío aliento del amanecer.

La luz de la aurora empalidecía más el rostro del general Buendía, mientras escuchaba el informe que le daba nerviosamente el prefecto López Lavalle sobre la fuga de las espías.

—La única dirección hacia donde pueden haberse fugado es hacia el mar —dictaminó, cuando el otro terminó su exposición—. No tienen otra escapatoria que los barcos chilenos.

—¿Entonces, usted cree que buscar en la pampa…?

—Es malgastar energías, señor prefecto. Ordene usted que se acordone la playa y que se dé caza a toda embarcación sospechosa.

—Tiene usted razón, señor general.

El prefecto dio media vuelta y se encaminó a la puerta del dormitorio del comandante en jefe. Pero, en el momento de abrir, se detuvo, extrañado.

—Está usted vestido a estas horas de la madrugada, señor —comentó con asombro.

—¿Acaso no lo está usted también, prefecto? —replicó secamente el viejo militar—. ¿Piensa que me iba a quedar en el lecho oyendo fusilería en la playa?

—Perdón, señor —sonrió turbado el prefecto—. Lo decía pensando pedirle que colaborara en…

—¡Oh, no, señor; ésas no son funciones del general en jefe del ejército! —lo atajó el militar con altivez—. Buenos días.

—Buenos días —contestó secamente el señor López, y se retiro.

En cuanto se cerró la puerta, el general Buendía suspiró hondamente.

—¡Gracias a Dios que todo salió bien! —exclamó con expresión de supremo alivio.

27

La renuncia del contralmirante Williams Rebolledo al Comando en Jefe de la Escuadra cayó como una bomba en el palacio presidencial de Chile. Aun cuando muchos la presentían como la culminación de la sucesión de fracasos experimentados por la flota, tomó de sorpresa a todo el mundo y abrumó al presidente Aníbal Pinto.

En la mañana del 9 de junio, siguiente al día en que recibiera el correo oficial del norte, el primer mandatario continuaba sin saber qué decisión tomar.

Volvió a releer la nota del contralmirante.

Junio 5 de 1879.
Excelentísimo señor:
Juan Williams Rebolledo, Comandante en Jefe de la Escuadra, a V. E. respetuosamente expone:
Que con el certificado que debidamente acompaño, verá V. E. que actualmente sufro una grave enfermedad a la garganta, que no me permite continuar embarcado. En consecuencia, espero que V. E. se servirá designar el jefe que debe reemplazarme en la comisión que desempeño, para poder regresar al Departamento en busca del restablecimiento de mi salud, gravemente comprometida. Es justicia.

JUAN WILLIAMS REBOLLEDO.

Y el certificado médico que adjuntaba, rezaba, por su parte:

Blindado «Blanco Encalada». Antofagasta, abril 3 de 1879.

El cirujano que suscribe certifica que el señor almirante don Juan Williams Rebolledo está afectado de la difteria gangrenosa de la garganta y de muy mal carácter. La humedad del buque y los cambios bruscos de temperatura de los lugares de la zona tropical ejercen influencia dañosa sobre la enfermedad que padece y que puede agravarse hasta el punto de producir resultados irreparables.

DOCTOR A. SHERBAKOFF,
Cirujano del Blanco Encalada

El presidente se había espantado al saber que el contralmirante había estado soportando su terrible enfermedad, sin quejarse a nadie, y había dejado pasar más de dos meses desde el momento en que el cirujano le expidió el certificado.

Pero tenía otro antecedente que lo preocupaba mucho. Con la renuncia del jefe de la escuadra había llegado un informe del señor Rafael Sotomayor, que decía, entre otras cosas:

Williams, según me lo avisa reservadamente el emisario, hace la renuncia de su cargo por enfermo. Aunque esto es efectivo, es preciso no aceptarle esa renuncia, pero deben mandarle un buen facultativo que venga a medicinarlo por algún tiempo…

¿Qué razones podía tener Sotomayor para pedir que no se privara del puesto al contralmirante?

El presidente se había devanado los sesos, tratando de adivinarlo. Estaba perfectamente enterado de que el señor Williams había hecho insoportable la vida en la escuadra al secretario general, llevando su inquina hasta el extremo de ordenar al mayor Salamanca que le cobrara dos pesos diarios por el rancho que se le proporcionaba a bordo.

De no haber sido por el ministro del Interior, don Antonio Varas, el primer mandatario se habría quedado sin entender el asunto. Pero Sotomayor había enviado otra carta más explícita al señor Varas, en la que le decía:

Williams hará falta en la escuadra y no veo quién podrá

reemplazarlo. Simpson, buen comandante de buque, el más capaz quizás de hacer buen uso de la máquina de guerra que maneja, no se ha corregido de su vicio. He tenido que hablar seriamente con él, a título de pariente, y me ha prometido no beber en adelante sino agua. Habría que mandar a Goñi, que no tiene simpatías entre los jefes y oficiales…

La desoladora conclusión era que no había en la escuadra jefes superiores capaces de llevar adelante la guerra naval, pensaban los jefes del Gobierno. Salvo el señor Varas, que insistía en una audaz idea: suprimir el Comando en Jefe de la Armada y entregar la misión de terminar con el *Huáscar* a un comandante joven, al frente de uno de los acorazados.

El señor Varas sostenía que los viejos oficiales de la marina estaban caducos y utilizaban tácticas antiguas, inútiles en la guerra presente.

—Sólo nuestros marinos jóvenes nos darán victorias —argumentaba apasionadamente—; marinos con el temple de Prat y de Condell, comandantes jóvenes como Juan José Latorre, Patricio Lynch o Jorge Montt.

Pero aquel paso representaba atropellar el escalafón y destruir la disciplina en la escuadra. El presidente no se atrevía a darlo sin intentar los medios regulares primero. Para ello, había citado al Gabinete aquella misma mañana.

Mientras esperaba la sesión, decidió despachar los documentos de guerra que estuvieran para su firma. Tomando el primero que estaba sobre la mesa, vio que decía: «Creación del Batallón Movilizado Esmeralda».

El presidente sonrió orgulloso y enternecido. Era el batallón de milicias cívicas «Carampangue», donde militaba su hijo José María, batallón que adoptaba el nombre de «Esmeralda» para partir a la guerra.

Entraba el ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María, siempre fresco y animoso. Saludó efusivamente al presidente, mientras se acercaba al escritorio.

Don Aníbal le dijo, mostrándole el pliego:

—Aquí está el decreto que crea el «Batallón Movilizado

Esmeralda», don Domingo; créame que vacilo antes de firmarlo.

—¿Y por qué?

—Sus oficiales pretenden partir cuanto antes al norte, atacar Iquique y vengar a Prat.

—¿Y si el plan general es comenzar la campaña por la posesión de Iquique, por qué no permitirles participar? Hombres jóvenes, pletóricos de ardiente entusiasmo, sin duda harán un buen papel.

—Pienso en eso, ministro —reflexionó el presidente—, pero al mismo tiempo me detiene la certidumbre de que voy a causar grandes trastornos en las principales familias de Chile.

El señor Santa María rió burlonamente. Adivinaba los temores de don Aníbal Pinto. No era poca responsabilidad la de mandar a la guerra a los niños mimados de las familias aristócratas del país.

—¿Acaso no irá entre los esmeraldinos su propio hijo José María, señor? —le preguntó, negando toda trascendencia al asunto —. ¿Y no estará tan expuesto a la muerte como los demás?

—Sí -afirmó gravemente el presidente.

—¿Alguien se atrevería a hacerle reproches, Excelencia? ¡No, señor! Y esos muchachos, no lo olvide usted, poseen como nadie el concepto del honor. Permítame que le recuerde aquella frase famosa que afirma: «El saber morir está en la sangre de los hidalgos».

—Es curioso —comentó el señor Pinto—, mi hijo José María me habló anoche en los mismos términos. Me dijo que el deseo de todos los oficiales del regimiento era prestigiar tanto el nombre del «Movilizado Esmeralda», que el Gobierno lo premiara incorporándolo a los regimientos de línea. «Hay seis, me informó, el nuestro sería el séptimo».

—Regimiento Esmeralda, 7.º de Línea —precisó el ministro Santa María—. ¡Hum, suena fuerte…, suena auspicioso! Excelencia, no postergue usted el anhelo de esos mozos entusiastas. Fírmeles el decreto que da nacimiento al regimiento «Esmeralda», con fecha de hoy, 9 de junio de 1879.

—Está bien. Usted lo ha querido, don Domingo —exclamó alegremente don Aníbal Pinto, y firmó el papel.

Con un gesto entusiasta, el señor Santa María tomó el timbre presidencial y lo estampó sobre la firma.

—Y yo me apropio del honor de poner el sello, Excelencia —

exclamó.

Al día siguiente, junto con el primer rayo del sol, cayeron los palillos sobre el tambor de enganche en el cuartel del recién nacido regimiento «Esmeralda». El redoble desafiante despertó a todo el barrio de la Pampilla. A la carrera hombres, niños y mujeres llegaron curiosos hasta el viejo portón de piedra del batallón de los «pijes» o de los «futres».

Bajo una flamante bandera tricolor, primorosamente trabajada por manos de niñas aristocráticas, un lienzo cruzaba la testera del portón:

«REGIMIENTO ESMERALDA LLAMA A LOS VALIENTES».

Los oficiales del regimiento tiritaban de entusiasmo observando cómo empezaba a formarse una fila de aspirantes a reclutas en la calle. Pero faltaba un factor indispensable, sin el cual el regimiento no podía recibir a nadie: un comandante.

El presidente de la república y sus ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina habían estudiado aquella designación. ¿Quién podía ser el comandante de un regimiento tan particular?

—Tiene que ser un militar distinguido, Excelencia —se había apresurado a advertir el señor Santa María.

—Los regimientos mandados por hombres simplemente distinguidos van a la muerte en la guerra, señor Santa María —rebatió despectivamente el ministro de la Guerra.

—Se puede ser distinguido y, al mismo tiempo, fuerte y experto, general Urrutia —replicó el ministro de Relaciones Exteriores, amoscado.

La discusión comenzaba mal y el presidente adivinaba que iba a seguir peor.

—Excelencia, perdóneme usted si digo algo inconveniente —advirtió el general Urrutia—, pero soy el ministro de la Guerra y me creo autorizado para opinar sobre la creación de este nuevo cuerpo militar. Ya sé que ese batallón le es querido, no sólo porque milita

en él uno de sus hijos, sino también porque en sus filas forman los hijos de casi todos sus amigos y de los políticos de mayor actividad en su Gobierno…

—Sí, ¿y qué?… intervino Santa María, casi agresivo. —¿Cuáles son sus objeciones? Dígalas de una vez.

—Que son muchachos frívolos, elegantes, acostumbrados sólo a las blanduras de los salones —espetó el general.

—Son mozos que han dispuesto de todos los elementos para ser fuertes, audaces y hábiles —saltó el aristócrata—. Desde luego, son físicamente mejores, porque han tenido buena alimentación y cuidados toda su vida.

—¿Y quién va a cuidarlos en el desierto? —gritó el general, exasperado—. ¿Llevarán a sus nodrizas, señor Santa María?…

—¡Calma, caballeros! —ordenó el presidente—. ¡Caramba que son ustedes quisquillosos!

—Los verdaderos soldados, Excelencia, son hijos del rigor —insistió el general Urrutia, más sereno.

Aquella observación bastó para que el señor Santa María replicara:

—Los esmeraldinos se reirán de los rigores, general. Son fuertes y hábiles y, además, buenos jinetes, ya que casi todos ellos tienen caballos propios desde niños. Y como el regimiento se proveerá con los recursos aportados por las familias de los propios oficiales…

El general Urrutia levantó una ceja, asombrado.

—¿Cómo es eso, Excelencia? —preguntó.

—Los uniformes, la caballada y el calzado de los oficiales serán proporcionados por ellos mismos, don Basilio —respondió el señor Pinto.

El general Urrutia hizo un gesto de rechazo y gruñó:

—Qué desbarajuste de uniformes y fornituras va a ser aquello. Cada uno querrá ser más elegante que su compañero. ¡Oh, no, señores, esto colma…!

—¡Cálmese, don Basilio! —lo atajó el presidente riendo—. Todo se hará de acuerdo con el reglamento. No sea usted tan rígido.

Don Aníbal Pinto tuvo que gastar varios minutos para convencerlo de que nada escaparía al control del Ministerio de la Guerra.

—Bueno, bueno, bueno —gruñó por último el general—.

Veamos entonces cómo solucionamos el dilema de dar un jefe a un regimiento tan «distinguido» como el «Esmeralda».

—Tiene que ser un hombre de buena cuna —majadereó el señor Santa María, molesto por el tono con que el general se refería al regimiento—, un hombre que sepa comprender a los oficiales que tendrá bajo su mando.

—Tiene que ser un jefe pleno de saber militar —porfió el general—, un jefe de probada fortaleza moral, que sea capaz de convertir en cuerpo de línea a un grupo caprichoso de elegantes.

El presidente alzó las manos entre los dos, poniendo término a la discusión.

—Disponemos de ese militar, caballeros —afirmó—, y, aún más, el jefe en quien pienso, sobre las condiciones que ustedes le exigen, reúne la de ser una gloria nacional.

Los dos ministros se quedaron mirándolo interrogantes. El general Urrutia aventuró:

—Todos los jefes de prestigio están ya al frente del regimiento, Excelencia.

—De acuerdo, general. Pero las glorias también tienen derecho a retirarse a disfrutar de los laureles ganados a través de toda una vida.

—¿Es un hombre viejo entonces? —planteó Santa María.

—Como los robles: apellinado.

—¿Y glorioso? —indagó el general, tanteando una pista.

—Dio hasta su brazo derecho por la patria —aclaró el señor Pinto.

Ambos ministros se expresaron simultáneamente y con evidente regocijo:

—¡El coronel Santiago Amengual!

—El mismo, caballeros —afirmó el presidente, contento por la aprobación de sus secretarios de Estado—. He aquí su hoja de servicios. Háganme el favor de examinarla.

La hoja de servicios del coronel Amengual bastaba para pintar el retrato de aquel veterano.

Siendo fiscal de la Alcaidía de la Aduana de Valparaíso y excapitán del Batallón Cívico de Quillota, se produjeron los sucesos de junio de 1837, que costaron la vida a don Diego Portales. El joven Amengual se presentó entonces al teniente general Manuel

Blanco Encalada, quien lo destinó al Batallón Cívico N.º 2 de Valparaíso, en cuyas filas luchó en la acción del Barón. El Gobierno lo agració con el grado de capitán de ejército y una medalla de oro. Allí comenzó su vida militar.

En agosto de 1837 fue nombrado ayudante de campo del general en jefe del Ejército Restaurador del Perú, almirante Blanco Encalada, a cuyo lado hizo la primera campaña contra la Confederación
Perú-boliviana.

En 1838 hizo la segunda campaña contra la Confederación, bajo las órdenes del general Manuel Bulnes y como comandante de la 3a Compañía del Batallón Portales. Su ardor guerrero lo llevó a participar en casi todas las batallas de esa campaña, recibiendo varias condecoraciones.

Ya en Santiago, organizó el batallón de línea «Santiago», realizando con este cuerpo la campaña del sur, entre octubre de 1851 y enero de 1852.

En 1859 se le mandó organizar el batallón 7.º de línea, confiándosele su comandancia. Al frente de éste concurrió a Los Vilos, para hacer la campaña del norte contra los revolucionarios encabezados por don Pedro León Gallo.

En la batalla de Cerro Grande, al frente de sus «séptimos», recibió una bala que le dejó inutilizado el brazo derecho para siempre. Desde aquel día fue llamado «El Manco Glorioso». Pero aquel impedimento físico no lo hizo abandonar las filas y siguió mandando su 7.º de Línea hasta septiembre de 1861, en que presentó su cédula de retiro absoluto, con el grado de coronel.

En febrero de 1874 volvió al servicio como edecán militar del presidente de la república. Sin embargo, aquellas funciones de paz no se avenían con su temperamento y las abandonó pronto, para retirarse a cultivar una quinta que había comprado en el vecino pueblito de San Bernardo.

—¡Éste es el jefe distinguido y gran soldado que necesita el regimiento «Esmeralda»! —celebró el ministro Santa María, después de leer la hoja de servicios.

—Pero ¿querrá el coronel Amengual volver a empuñar las armas? —dudó el ministro de la Guerra—. Según mis cálculos, tiene ya sesenta y cuatro años.

—¿Qué son sesenta y cuatro años para un hombre de hierro como Amengual? —reflexionó sonriendo el presidente e indicó un párrafo agregado a la hoja de servicios—. Escuchen la recomendación que el Ejército hace de él:

El párrafo decía:

> *Posee el espíritu militar en el más alto grado; actividad prodigiosa que le permite realizar en un día el trabajo de muchas semanas; firmeza que doblega y fascina; energía incontrarrestable; constitución de hierro para soportar las más rudas tareas. La fatiga es una palabra sin significado para su vitalidad robusta y portentosa.*

Al día siguiente, al divisarlo de pie en la puerta del despacho presidencial, don Domingo Santa María lo consideró demasiado viejo. El coronel Amengual era alto, muy delgado y huesudo. La cara larga y descarnada se veía dulcificada por una barba blanca aguzada y unos espesos bigotes canos. Las cejas y el cabello escaso eran igualmente blancos. Pero, examinado de cerca, se percibía el efluvio poderoso de su personalidad.

Cuando habló, su voz atenorada y vibrante parecía la de un hombre de cuarenta años.

—¿Volver a la guerra? —exclamó riendo, después de escuchar al presidente—. ¡Caramba, yo creía que, para mí, habían terminado esos trotes, Excelencia!

—¿Nunca echó de menos la vida de cuartel, don Santiago? —preguntó amablemente el señor Pinto—. ¿No soñó alguna vez con encontrarse de nuevo en su tienda de campaña, bajo las estrellas?…

—Bajo la lluvia, bajo el viento, con los pies hundidos en el lodo… —completó riendo el coronel—. Comiendo carne añeja, y las más de las veces apretándose el cinturón simplemente. ¡Oh Excelencia, la guerra tiene, por cada momento glorioso, cien escenas penosas!

—¿Recuerda usted sus campañas con disgusto, coronel Amengual?

El veterano dejó de reír y exclamó con firmeza:

—¡Oh no, mi generalísimo! Sólo tengo memoria para los grandes momentos.

Se le habían encendido los ojos y su única mano hábil se

crispaba a la altura de la cadera, como si buscara el pomo de un sable.

—¡Ay, qué instantes aquellos, don Aníbal! —recordaba gozoso —. Cuando me extrajeron la bala que me mató este brazo, en la batalla de Cerro Grande, yo oía a mis «séptimos», que estaban al lado afuera de la habitación. Cuando el doctor metió sus tenazas buscando la bala, como el dolor era serio y yo estaba medio inconsciente, se me escapaban algunos gruñidos. Mis niños, ahí afuera, me gritaban como si les doliera a ellos: «¡Ánimo, mi comandante, que nos estamos repartiendo su dolor!».

El viejo soldado rió enternecido al evocar a «sus niños».

—Buenos soldados supo formar usted, coronel —comentó el general Urrutia.

—No se imagina usted, mi general, cómo sufrí cuando fue preciso licenciarlos y disolver el batallón por economías.

—Ha llegado el momento de tomarse el desquite, coronel —le propuso el presidente—. Vuelva usted al viejo cuartel y enarbole su bandera, como antes; resucite su antiguo y noble «7.º de Línea».

El coronel Amengual suspiró y bajó la cabeza dubitativo.

—¿Se podrá? —murmuró—. ¿Encontraré soldados como aquéllos? Eran de bronce, Excelencia.

—Éstos también lo serán, coronel —afirmó el mandatario—. Tanta fe tengo en ellos, que hasta un hijo mío he metido en sus filas. Y ahora el cuerpo de su mando, coronel, no será solamente un batallón, será un regimiento completo, con sus mil doscientos hombres. Y la oficialidad estará integrada por los jóvenes más granados de esta capital.

El viejo coronel comenzó a pasearse de un lado a otro del despacho, girando en cada extremo como un centinela. Sonreía con los labios crispados, mientras hablaba como quien tiene el pensamiento puesto en otra cosa:

—Devuelve usted el calor a mi viejo corazón de soldado, Excelencia… Su voz me eriza el cabello, como cuando oía el son de las cornetas en el toque a degüello…

Repentinamente, se detuvo y avanzó hasta el escritorio, donde se afirmó, entrechocando los tacones.

—¿Cuánto tiempo se me concede para tener el regimiento organizado?

El presidente respiró satisfecho.

—El menor tiempo posible, coronel —puntualizó con los ojos brillantes—. Usted es un hombre que hace brotar regimientos como por ensalmo. ¿Por qué no puede usted tener en pie de guerra al regimiento «Esmeralda» en un mes?

Los dos ministros presentes se miraron estupefactos. Pero el coronel Amengual no pareció espantarse. Atusándose la barba con su única mano, declaró:

—Si la oficialidad no se me dobla como alambre, sino que se mueve firme entre mis dedos, veinte días me bastan para tener el «Esmeralda» cuadrado y armas al hombro.

—Gracias, coronel. Cuando me encuentro hombres resueltos y expertos, como usted, por fin descanso.

—A sus órdenes, mi generalísimo —ofreció el anciano jefe, cuadrándose vigorosamente—. Con su permiso, voy a mi casa a desenterrar mi uniforme y me presento en seguida en el cuartel.

—Permítame que lo acompañe en esa oportunidad, coronel —propuso el presidente.

—Excelencia, usted es el generalísimo, me sentiré honrado si me acepta como su escolta.

—Bien, esta tarde a las seis entonces.

Los tres hombres de Gobierno lo acompañaron hasta la puerta del despacho, y el presidente, al estrecharle la mano, le dijo:

—Su plana mayor la designará usted entre los oficiales que le merezcan confianza. Pero le ruego que acepte como su segundo comandante al teniente coronel Adolfo Holley.

—Muy bien, Excelencia —acató el coronel—. Holley es de mi misma escuela. Yo le respondo que este regimiento «Esmeralda» sale tan bueno como mi antiguo 7.º de Línea o acaso mejor.

Haciendo sonar los tacones vigorosamente, volvió a saludar y se alejó con paso firme a través de las salas de la presidencia.

A las seis y media de la tarde, una carroza cerrada de la Presidencia de la República, sin escolta, se detenía frente al portón de piedra que servía de entrada a la antigua mansión donde estaba instalado el cuartel del exbatallón «Carampangue».

Bajo los desnudos árboles de la calle, una doble hilera de hombres esperaban ser enrolados; al distinguir los escudos de la Presidencia en las portezuelas, se arremolinaron en torno al carruaje.

El señor Aníbal Pinto descendió sonriente, saludando con su sombrero a los hombres que lo aplaudían y vivaban. Tras él, bajó el ministro de la Guerra, general Basilio Urrutia, y, por último, el coronel Amengual.

El veterano de tantas campañas lucía su uniforme como si no hubiera dejado de vestirlo jamás. Paseó su mirada autoritaria sobre los candidatos al enganche y ello bastó para que se aquietaran.

El coronel Amengual disimuló una sonrisa comprensiva y entró tras el presidente.

En la guardia un corneta rendía los honores al primer mandatario. Naturalmente, no pertenecía al novel regimiento, sino que había sido prestado de la banda del «Santiago», que adiestraba Gumercindo Ipinza.

En mitad del zaguán los recibió el teniente coronel Adolfo Holley, bajo y delgado, de marcado tipo europeo. Más allá, a la entrada del amplio patio rectangular, formaban los oficiales del regimiento.

—¡Atención, vista a la iz… quier! —tronó una voz, y todos los rostros juveniles se volvieron hacia los recién llegados.

—¡Presenten… arm!

Con tres movimientos secos, sables y fusiles subieron hasta la posición de honores.

Don Aníbal Pinto avanzó sonriente, hasta situarse frente al centro de las filas. Conocía a la mayoría de esos oficiales desde niños; sus familias eran amigas de la suya. Los saludó cariñosamente y mostrándolos al coronel Amengual, dijo:

—Ésta es la bizarra oficialidad de su nuevo regimiento, coronel.

El viejo Amengual, que se había quedado frente al hombre inicial de la primera fila, frunció los labios y avanzó lentamente examinando a cada oficial con mirada inquisitiva.

—¡Hum, no veo a ningún contrahecho todavía! —gruñó mientras los revistaba—. Pero ni siquiera saben mantenerse en posición firme. ¡Esas barbillas, oficiales! Aun cuando se rindan honores al presidente de la república, deben ir más levantadas. ¡Que

se vea que primero somos soldados, después cortesanos!

Llegado al final de las filas, infló el pecho y gritó como un gallo de pelea:

—¡Atenciónnnn! ¡Descansennnnn, arm!

La simultaneidad de los movimientos brilló por su ausencia.

—¡A discreción! —tronó la voz del manco tajante como un golpe de hacha. Y los músculos de los mozos se aflojaron aliviados.

—¡Deficiente! ¡Mediocre! —gruñó el coronel.

Pero el presidente, conciliador, se adelantó y dijo en voz alta:

—Oficiales del regimiento «Esmeralda», tengo el honor de presentarles al nuevo comandante de este cuerpo, el coronel don Santiago Amengual, glorioso veterano de las guerras de nuestra patria. Como de todos ustedes deben ser conocidos los méritos y valores militares del distinguido coronel, me limitaré solamente a conminarlos a esforzarse por ser dignos oficiales de tan ilustre jefe.

El coronel Amengual, viendo que el presidente había terminado su arenga, enfrentó a las filas:

—Oficiales —dijo lentamente, mirándolos, uno tras otro—, todos sabemos por qué estamos reunidos en este cuartel. Nuestra misión es marchar a la guerra y derrotar a los ejércitos enemigos. A ustedes se los ha llamado para que luchen por obtener la victoria; a mí, para que les enseñe cómo conseguirla. Disponemos de veinte días para que aprendan a combatir. Pues bien, ¡juro por la cruz de mi espada, que en ese plazo van ustedes a estar listos a la guerra! Y aunque yo haya de estar esos veinte días sin dormir y a ustedes se les aplanen los pies y se les llaguen los hombros con los correajes del fusil y la mochila, vamos a cumplirlo. ¿Me han entendido? ¡Vamos a cumplirlo!

—¡Entendido, mi comandante! —respondieron al unísono los treinta y cinco mozos.

El coronel desarrugó entonces el ceño y sonrió paternalmente a los oficiales. Éstos le devolvieron la sonrisa alegres y ufanos.

—Coronel Holley, ordene usted que rompan filas y preocúpese en lo que resta de la tarde de distribuir la oficialidad en los dos batallones y las ocho compañías de que constará nuestro regimiento. Voy a iniciar de inmediato el reclutamiento de esos centenares de hombres que esperan en la puerta del cuartel. Hay que engancharlos a todos, antes de que se ponga el sol.

—Comprendido, mi comandante —acató el segundo.

—Necesito un oficial ayudante provisional para que vaya anotando a los reclutas en el registro de enrolamiento.

Varios oficiales hicieron amago de salir de la fila para ofrecerse, pero el comandante los fulminó con la mirada, inmovilizándolos. El coronel Holley entonces designó al capitán Patricio Larraín Alcalde.

—Marche a la sala de guardia, ayudante, y proceda a organizar el enganche. Yo lo sigo pronto para recibir a los primeros reclutas.

El joven oficial, de espesa barba rizada, se cuadró y partió a paso vivo.

—¡Esas barbitas perfumadas! —masculló el comandante—. Ya les voy a enseñar yo a usar barbas de soldado.

El presidente Aníbal Pinto se le acercó emocionado:

—No sabe usted, coronel, con qué satisfacción apruebo el calor con que usted pone manos a la obra.

—Dispongo sólo de veinte días, Excelencia —respondió el comandante—. Y he prometido a la oficialidad que en ese plazo estaríamos listos.

El mandatario sonrió ante el arrebato del veterano.

—Lo felicito, coronel. Y ahora que lo dejo posesionado de su nuevo cuartel y de su regimiento, permítame que me retire.

—Usted ordena, Excelencia.

En el zaguán del cuartel, el capitán Larraín había hecho colocar una mesa, sobre la cual campeaba el libro de enrolamiento. Dos suboficiales del antiguo batallón «Carampangue» ordenaban en filas a los futuros reclutas.

Don Aníbal Pinto se detuvo junto a la mesa y apoyó su mano en un hombro del capitán Larraín.

—Hasta otra oportunidad, Patricio —se despidió el mandatario, palmoteándole el hombro.

—Hasta la vista, don Aníbal. Mis respetos a la señora Delfina —respondió el joven con respetuosa familiaridad.

El comandante Amengual permaneció rígido mientras el presidente y el ministro subían a la carroza, pero su rostro se iba poniendo rojo poco a poco. Cuando el carruaje partió, dio un bufido que hizo saltar al capitán Larraín.

—¡Ayudante! ¿Ignora usted que el presidente de la república es el generalísimo de las fuerzas de mar y tierra?

—Por supuesto que lo sé, mi comandante —se defendió el capitán, desconcertado.

—¿Y al generalísimo se le da el trato de «don Aníbal», eh? ¡Jamás lo volverá a hacer un oficial mientras esté bajo mis órdenes!

—Pero, mi comandante…, es que nuestras familias son amigas…

—¡Dentro del regimiento no tiene usted otra familia que la que forman sus compañeros y sus soldados! —tronó el coronel—. ¡Ni más padre ni madre que yo! ¿Comprendido?

—Comprendido, mi comandante —musitó el ayudante, turbadísimo.

—Su Excelencia el presidente de la república es aquí Dios, la Virgen Santísima, los manes tutelares, el símbolo supremo —siguió fustigándolo el superior—. ¿Comprendido?

—Comprendido, señor.

—¿Cómo que «señor»? ¡Mi coronel!

—Mi coronel —se corrigió el capitán, espantado. Pero el coronel con la misma rapidez con que ardió en cólera, pasó a la calma.

—Vamos a comenzar el enganche, ayudante —dijo serenamente, indicándole que se sentara ante el libro de contingente.

El capitán Larraín lo obedeció pasmado, y no atinó a reaccionar hasta que lo vio mostrarle al soldado que tocaba el tambor en la entrada.

—¿Y ese payaso que aporrea el tambor frente a la puerta?

—Es un… sirviente de la casa de Manuel Aguirre Peña y Lillo, mi comandante —balbuceó—. Como era el único que sabía tocar el tambor, el coronel Holley admitió que le pusiéramos un uniforme…

Intimidado por el fruncimiento de cejas del terrible viejo y previendo un nuevo estallido, se apresuró a decir:

—Pero, si a usted no le parece bien, le ordenaré al momento que…

—¡No! —lo atajó el coronel—. Si está con uniforme, que se quede con él. Pero adviértale usted que ya no vuelve a sacárselo nadie, como no sea el cirujano del regimiento para extraerle una bala.

El capitán Larraín se agachó sobre el libro de rol, sin hacer comentario alguno. Comenzaba a conocer los puntos que calzaba el comandante.

—¡Que avance la fila! —ordenó el coronel, y los sargentos

encauzaron a los hombres hacia el zaguán, deteniéndolos ante la mesa.

—Escúchenme todos —los arengó el comandante—. Me imagino que ya sabrán cuáles son las condiciones del enganche. Once pesos al momento, para que los dejen a la familia, y once pesos mensuales, encuéntrense donde se encuentren. Los que no estén de acuerdo con la paga, pueden retirarse. Pero después de firmar en este libro o estampar su cruz, pueden estar seguros de que nadie, ni el Santo Padre, me los hace mover un pie fuera del cuartel sin mi permiso. ¡Pensarlo bien, jóvenes! ¿Quiénes se retiran?…

Los hombres se miraron entre ellos, pero ninguno se movió.

—Bien —exclamó el coronel, regocijado—. ¿Quiénes se enrolan?

—¡Yo, mi coronel!

—¡Déjeme poner mi cruz, señor!

—¡Orden! —los acalló el jefe en un grito seco—. Procedamos por orden. ¿Cuál es el primero?

Una figura se destacó del grupo y se apegó al borde de la mesa.

—¡Hum, buena estampa de soldado! —comentó el coronel, examinándolo de arriba abajo—. ¿Nombre?

—Alberto Cobo Rodríguez.

—Lo felicito, soldado —expresó el viejo Amengual estirándole su mano izquierda sobre la mesa—. Le ha tocado a usted el honor de ser el primer recluta del regimiento «Esmeralda».

—Es un honor que reconozco, mi comandante —repuso gravemente el novio de Leonora Latorre.

—Un paso adelante. Capitán Larraín, dele los once pesos del enganche.

—Gracias, mi comandante —rechazó Alberto—; que queden para la caja del regimiento. Yo sólo busco poder ir al norte, a la guerra.

El coronel lo contempló satisfecho y sonrió ampliamente.

—¡Allá es la cita, soldado! —expresó orgulloso. ¡En Antofagasta! ¡Entre a su cuartel, seguro de que hacia allá vamos! ¡Bienvenido! Pase el próximo.

Alberto firmó el libro y entró al cuartel. Mientras a sus espaldas seguían oyéndose los nombres de sus futuros camaradas, él escuchaba una voz que decía:

«¡Por fin de nuevo en el camino que va hacia ti, Leonora! Ahora

ya no estás tan perdida. El regimiento “Esmeralda” y yo iremos a buscarte».

Hinchando el pecho, aliviado, cruzó el patio a paso vivo y fue a cuadrarse en mitad de él, como el punto inicial de una larga línea. A su diestra fueron sumándose los reclutas que habrían de ser el cuerpo y el alma del regimiento «Esmeralda». Proyectada por los rayos del sol poniente, la sombra de la bandera de Chile los acariciaba suavemente.

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiológo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Mas tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplómatico en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, (con lo cua) el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.